

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES



SUSAN DENNARD



EL BRUJO DE LA SANGRE

~ SAGA LAS TIERRAS EMBRUJADAS ~

Lectulandia

Amor, muerte, traición, magia, destino...

Regresa a las tierras embrujadas.

En el fantástico mundo de las Tierras Embrujadas, nadie está a salvo de la oscuridad que se avecina...

El brujo de la sangre Aeduan se ha unido a la bruja de los hilos, Iseult, para detener a una sanguinaria horda de saqueadores del rey saqueador que está a punto de arrasar un monasterio... un monasterio que oculta un gran secreto.

Pero para hacerlo, deberá enfrentarse a su padre, y su pasado.

Aeduan e Iseult han aprendido a confiar el uno en el otro, pero el vínculo que los une, y del que dependen sus vidas, es aún demasiado frágil.

La guerra ha regresado a las tierras embrujadas.

Tal vez si Safi, la bruja de la verdad, e Iseult pudieran reunirse, sus poderes trearían la paz. Pero el cuchillo de la Dama Fortuna cae sobre todos nosotros.

Susan Dennard

El brujo de la sangre

Las tierras embrujadas - 03

ePub r1.0

Titivillus 12-06-2023

Título original: *Bloodwitch*
Susan Dennard, 2019
Traducción: Carlos Loscertales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Whitney.

*Lo que está más cerca no lo puede ver.
Hebra suelta del tapiz que flota en vientos de fuego.
Cuchillo de doble filo.
Nieve manchada de sangre.*

—*De «El lamento de Eridysi»*

HACE TRECE AÑOS



«**Q**uizá hoy será distinto», piensa el niño.

Las campanas del portalón ya han sonado tres veces, pero siguen jugando con él. Son seis; nunca había tenido cerca a tantos niños de su edad. Nunca le habían dejado jugar con ellos al zorro y las gallinas.

Y desde luego, el niño nunca había sonreído tanto como ahora. Le duelen las mejillas de tanto sonreír, pero no puede parar.

Lizl le está dando alcance. A ella le ha tocado ser el zorro esta vez, y el niño es la única gallina que queda. Lizl ríe. Él también. La risa es agradable: le hincha el pecho y le sube por la garganta, burbujeando como la fuente que hay tras los dormitorios.

No recuerda haberse reído nunca, antes de hoy. Ojalá el juego no termine jamás.

Lizl lo alcanza. Es mayor que los demás acólitos, más ágil y tiene las piernas más largas. Ayer, el niño oyó decir a su mentor que pensaban ascenderla al siguiente nivel de entrenamiento.

La mano de Lizl cae con fuerza sobre el hombro del niño.

—¡Te pillé! —Hunde los dedos en la holgada túnica de lino del monasterio y le da un tirón para obligarlo a detenerse.

Él suelta otra carcajada aguda y feliz. Ahora también le duele el vientre de tanto reír, y las mejillas. ¡Ay, las mejillas!

Por eso tarda un momento en darse cuenta de que Lizl se ha quedado inmóvil. Está demasiado contento; no puede ser que su monstruo interior se despierte ahora.

Entonces otro de los acólitos, Kerta, el primero al que han pillado, grita:

—¿Lizl? ¿Estás bien?

El niño se da cuenta de lo que pasa. Presa del pánico, se le queda la mente en blanco. Siente que el estómago se le cae a los pies.

«Suéltala», se dice a sí mismo. «Suéltala, suéltala, suéltala». Si no lo hace, Lizl se va a morir, igual que su perro. Pero es peor que perder a Calzas. Ahora es una persona. Es una niña con la que ha estado jugando hasta hace un momento. Es Lizl.

—¿Qué le pasa? —Kerta se acerca. Todavía no está alarmado, solo confundido. «Suéltala, suéltala, suéltala»—. ¿Por qué no se mueve?

El niño retrocede a trompicones.

—Por favor —le dice a su monstruo interior. O tal vez a Lizl. O a Kerta. O a quienquiera que pueda hacer latir de nuevo el corazón de la niña.

Si no lo consigue, el cerebro de Lizl dejará de funcionar. Y se morirá.

Igual que Calzas.

Kerta repara ahora en la expresión de pánico del niño, y los demás también empiezan a darse cuenta.

—¿Qué le has hecho? —lo increpa uno.

—¿Le has hecho daño? —dice otro.

—Brujo de la sangre —declara el tercero, un abusón llamado Natan. Entonces el niño percibe el destello de lucidez en los ojos de todos. Se quedan sin aliento y retroceden por instinto.

Ahora ya saben por qué los demás niños no juegan con él. Ahora ya saben por qué la monja Evrane lo entrena a solas, aislado de los demás.

Poco importa que unos segundos después Lizl empiece a toser y caiga al suelo de piedra. Poco importa que esté viva y que el monstruo se haya marchado ya. Poco importa que esto haya sido un accidente, que el niño sería incapaz de hacerle daño adrede.

El mal ya está hecho. Ya no hay sonrisas. Vuelven los gritos, las persecuciones y el odio, como siempre.

Corre hacia la fuente que hay tras los dormitorios, huyendo de las pedradas. Es un pozo viejo que ya no se usa. Está infestado de

espinos que solamente alguien como él, cuyas heridas siempre se curan, podría atravesar sin detenerse.

Los latigazos de dolor lo sacan de su estupor. Estos arbustos tienen dientes y sus mordiscos le distraen, igual que el ruido que hace su sangre al gotear en el agua del pozo.

Se acucilla en el borde de piedra. Al ver que algo más que su sangre cae en las frías aguas, se avergüenza. Los monjes no lloran.

Pero lo peor de todo (peor que las lágrimas, peor que el mordisco cruel de los espinos, peor que las pedradas de los niños) es el dolor de las mejillas. Porque le recuerda lo que ha estado a punto de tener. Lo que ha tenido brevemente, durante unas horas fugaces y perfectas.

Ha nacido siendo un monstruo, morirá siendo un monstruo, y los monstruos no pueden tener amigos.

UNO



Bajo la lluvia, la sangre parecía fresca.

El agua de la tormenta mojaba las heridas de los cadáveres, haciendo gotear, rezumar e incluso fluir una sangre que llevaba días estancada. Pero el lecho de granito no aceptaba aquella ofrenda; un río de sangre se deslizaba cuesta abajo, siguiendo la pendiente y encharcándose bajo las botas de Aeduan. Su magia detectaba multitud de esencias sanguíneas, tantas como los muertos que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista.

Era la tercera masacre con la que se topaba desde hacía dos semanas. La tercera vez que venteaba el olor a matanza, que detectaba la esencia de cuevas húmedas y nudillos blancos entre la carnicería. Estaba dando alcance a los atacantes.

A los hombres de su padre.

Las cuatro heridas del abdomen de Aeduan escupían sangre cada vez que respiraba. Habría sido mejor no tocar las flechas y dejar que fuera la bruja de los hilos quien se las sacara con cuidado, en lugar de arrancárselas él mismo de un tirón en cuanto las había sentido horadándole la pared del estómago.

Pero era una costumbre suya desde hacía veinte años, y no iba a cambiarla en cuestión de dos semanas.

Y tampoco se esperaba que las flechas fueran arponadas.

Aeduan inspiró temblorosamente, dejando que la lluvia le entrara por la boca abierta. No tenía nada más que hacer allí; la esencia sanguínea que esperaba encontrar (la que llevaba dos semanas siguiendo, adentrándose cada vez más en las Sirmayas) no andaba cerca. Sin duda había estado allí, ese olor a brezo veraniego y decisiones imposibles que impregnaba su sangre, pero ya se había marchado. Probablemente antes de que se produjera el ataque; de lo contrario, ahora se encontraría entre los muertos.

Antes de que Aeduan pudiera darles la espalda a los cadáveres y alejarse cojeando hacia el bosque perenne que había cruzado para llegar, su nariz detectó una nueva esencia sanguínea. Le resultaba vagamente familiar, como si hubiera conocido a su dueño y se hubiera molestado en catalogar su sangre, pero no en memorizarla.

Era un olor nítido. Vivo.

En cuestión de un segundo, Aeduan cambió de rumbo. Avanzó treinta y cuatro pasos con cautela, pasando por encima de los cadáveres boquiabiertos. La lluvia que le caía en los ojos lo obligaba a parpadear sin cesar. El suelo pedregoso dio paso a una alfombra de musgo teñido de rojo. Más cadáveres (de todas las edades y tendidos en toda clase de posturas) cubrían el suelo, formando un denso manto que sugería un intento de fuga. Pero los escudos nomatsíes cuadrados que llevaban colgados a la espalda no habían podido protegerlos de la emboscada frontal.

Mirara donde mirara, no veía más que sangre y ojos ausentes.

Siguió adelante, evitando los cadáveres a su paso, hasta que llegó a la arboleda de coníferas mecidas por el viento. La esencia era cada vez más fuerte, pero la lluvia había humedecido el lecho de agujas de pino, volviéndolo peligrosamente resbaladizo. Y Aeduan prefería no caerse. Aunque su cuerpo era capaz de sanar cualquier rasguño y hueso roto, no era inmune al dolor.

Pero el verdadero problema era que estaba agotando su magia. Las heridas en el estómago eran especialmente fastidiosas de curar.

Aeduan inspiró hondo. Exhaló. Contó en silencio, esperando y observando, mientras la sangre se le escapaba del cuerpo y el mundo se iba oscureciendo. Él no era su mente. No era su cuerpo.

Siguió adelante.

Pero entonces, por encima de los lejanos truenos procedentes del sur, oyó un gemido humano:

—Socorro.

Al oír esa palabra, sus sentidos se aguzaron y se irguió, espoleado por una nueva energía. Apretó el paso; las botas chapoteaban en los charcos de agua de lluvia. Seguía tronando al sur. El sendero serpenteaba entre la arboleda; los troncos de los árboles crujían como barcos en la mar. Un camino nomatsí. Sabía que seguramente le esperaban otras trampas como la que él mismo había activado tiempo atrás, junto a una alfombra de campanillas.

—Socorro.

La voz era más débil, pero la oía más cerca que antes. También sentía acercarse la esencia sanguínea del moribundo. Aeduan se dio cuenta de que se trataba de un monje tras cruzar una hondonada por la que discurría un arroyo crecido por la lluvia. A tres pasos de él, pendiente arriba, había una túnica blanca manchada de color parduzco. Y tres pasos más allá, recostado en el tronco de un árbol caído, el dueño de la prenda se presionaba las heridas del vientre.

Unas heridas como las de Aeduan, causadas por las trampas que protegían a la tribu nomatsí. Sin embargo, a diferencia de Aeduan, aquel hombre no se había arrancado las flechas.

Por un instante, Aeduan pensó que podía ayudarlo. Que podía utilizar el escaso poder que le quedaba para detener la hemorragia. Ya lo había hecho con Evrane; podía volver a hacerlo. La gran ciudad de Tirla estaba a solo media jornada de viaje.

Pero aunque Aeduan hubiera podido emplear tanto poder en su estado, no había nada que hacer con el tajo de espada que el monje tenía en el muslo. Le habían seccionado la arteria femoral; la sangre brotaba muy deprisa, sin dar tiempo a la lluvia para diluirla.

Le quedaban unos minutos de vida.

—Diablo... —balbuceó el hombre; por las comisuras de la boca le goteaba sangre que se deslizaba por la barbilla arrugada hasta que la lluvia la arrastraba—. Me... acuerdo de ti.

—¿Quién ha sido? —preguntó Aeduan. No había tiempo que perder con nombres y recuerdos inútiles. Si había alguien entrenado para afrontar la muerte, ese era un Carawen. Y si había alguien capaz de ayudarlo a comprender aquella masacre, ese era el moribundo que tenía delante.

—Puristas.

Aeduan parpadeó varias veces. Sus pestañas goteaban agua de lluvia. Los puristas, por viles que fueran, no tenían fama de violentos. Salvo...

Salvo que esos puristas no lo fueran en realidad.

—Ayúdame... —le imploró el hombre, agarrándose la herida del muslo. Se le cerró la garganta de rabia al ver ese gesto. Los monjes mercenarios aceptaban el abrazo del vacío sin miedo, sin súplicas. La desesperación que oscurecía los ojos de ese hombre— no estaba bien. No tenía sentido.

Y sin embargo, Aeduan extendió su magia hacia él casi sin darse cuenta, envolviendo la esencia de fuego blanco y hierro en bruto que constituía la naturaleza del monje. Pero era un esfuerzo inútil; le quedaba tan poca sangre

en las venas que era como intentar agarrar el viento. Por mucho que manoteara, su magia siempre regresaba vacía.

—¿Por qué no has empleado tu gema? —preguntó Aeduan con la vista fija en su oreja, de la que pendía un reluciente ópalo Carawen, listo para convocar a otros monjes en caso de emergencia.

El moribundo negó con la cabeza débilmente, de forma casi imperceptible.

—Em... boscada. —Escupió sangre al decirlo; su rostro empalidecía por momentos—. Estaban mejor... entrenados.

«Imposible», quiso decir Aeduan. «Nadie está mejor entrenado que los mercenarios Carawen». Entonces el hombre empezó a toser y se llevó la mano a la boca; Aeduan reparó en que tenía las manos cubiertas de quemaduras de un herrero, los hombros torcidos de alguien que se había pasado la vida trabajando en una forja.

Un monje artesano. De todos los Carawen, ellos eran los que menos formación de combate recibían. ¿Qué hacía allí ese hombre, lejos del monasterio y de su forja?

Aeduan abrió la boca para preguntárselo, pero antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, el último aliento del monje se le escapó de los pulmones perforados. Su corazón dejó de latir y quedó en silencio. Su sangre se vació de vida.

Y Aeduan se quedó solo, delante de otro cadáver que pronto empezaría a pudrirse bajo la lluvia.

DOS



¿Y si Aeduan no volvía? Iseult llevaba toda la noche esperándolo, desde que se había marchado al atardecer para explorar el terreno.

Se puso el sol. Salió la luna. Empezó a llover. La luna se ocultó. Escampó. Finalmente, el brumoso amanecer se apoderó de la ladera de la montaña. Pero Aeduan seguía sin aparecer.

Si lo pensaba fríamente, sabía que era muy poco probable que se hubiera marchado para siempre. Después de todo lo que habían pasado juntos, ¿por qué abandonarla ahora? Había permanecido dos semanas a su lado, dos semanas guiando a Lechuza y a Iseult hacia el interior de las Sirmayas, sin pago ni aliciente alguno que lo obligara a ello.

Pero cuando no pensaba fríamente, le venían a la cabeza mil motivos por los que el brujo de la sangre podría no regresar jamás. Un millar de excusas para haberse internado en el bosque neblinoso al atardecer, con intención de no volver: dinero, compañía...

Pero la idea que destacaba sobre todas las demás, tan brillante como los primeros rayos del sol que ya asomaban por las cumbres de la montaña, era que Aeduan no había vuelto porque lo habían capturado. O herido.

«O asesinado».

Era esa posibilidad la que la tenía caminando de un lado a otro por el suelo de grava, al lado del campamento. Diez pasos. Media vuelta. Diez pasos. Media vuelta. No perdía de vista la estrecha boca que conducía a la cueva seca y acogedora que había construido Lechuza con sus poderes. La niña estaba durmiendo dentro, acurrucada con Arándano, su murciélago montañés, que apenas dejaba espacio para nada más.

Y aunque no hubiera sido así, Iseult sabía que ella no habría podido dormir. Hacía días que el sueño era su enemigo. Desde que el fuego y la voz que lo controlaba se habían colado en sus sueños. «Quémalos», susurraba un

rostro malicioso, consumido por las llamas. Se le aparecía todas las noches. «Quémalos a todos».

Iseult había intentado sajarlo en sueños. Había intentado segar sus hilos y corromper su magia de fuego, igual que había hecho en las Tierras Disputadas, pero el brujo se había limitado a reírse mientras las llamas seguían creciendo. Unas llamas que eran demasiado reales; lo había descubierto la primera noche, cuando Aeduan la había despertado. «Habrá saltado un ascua de la hoguera», le había dicho. «Hay mucha leña por aquí».

Iseult no se había molestado en contradecirlo, pero tampoco había vuelto a dormirse desde entonces, y la falta de sueño también le impedía preguntarle a Esme por qué le estaba pasando aquello. Por qué el brujo del fuego al que había matado ahora parecía habitar dentro de ella.

Pero esa noche no le escocían los ojos de cansancio. Quería marcharse, adentrarse entre los pinos, igual que había hecho Aeduan al atardecer, y registrar cada rincón de aquel sombrío territorio, aunque supiera que era una empresa inútil: Aeduan era demasiado hábil como para ir dejando huellas.

Además, no podía abandonar a Lechuza.

Hasta que supiera si Aeduan iba a regresar o no, a Iseult no le quedaba más que seguir paseándose de un lado a otro.

Lo oyó tintes de verlo; eso era tan impropio del sigiloso brujo de la sangre que Iseult desenvainó el sable que llevaba al cinto. En aquellos bosques había osos. Y pumas. Y a diferencia de los humanos, los animales carecían de hilos; ellos no tenían un manojo de hebras de colores que se agitaban sobre su cabeza, informando a Iseult de sus emociones y sus vínculos.

Pero no fue un animal sin hilos lo que salió a trompicones de la linde del bosque, sino el brujo de la sangre. En cuanto vio surgir la capa Carawen de Aeduan entre las sombras de los árboles, un fresco alivio se apoderó de ella. Pero entonces se dio cuenta de que algo iba mal.

Aeduan salió cojeando de la arboleda. La miró con los ojos entornados y ausentes.

—Están todos muertos —dijo con voz grave y ronca, tambaleándose.

El alivio que sentía en el vientre se hizo añicos, transformándose en horror. Aeduan estaba herido. Malherido.

Sin pensar, Iseult echó a correr hacia él y le pasó un brazo por la espalda, palpando astiles y plumas empapadas por la lluvia. Incontables flechas le sobresalían del cuerpo como las espinas de un erizo de mar. Ahora que la veía más de cerca, la capa de Aeduan estaba sucia y hecha jirones.

Aeduan se apoyó sobre ella; respiraba entrecortadamente. En sus ojos cristalinos giraban unos remolinos rojizos. Iseult no sabía lo que le pasaba, pero era evidente que no lograría mantenerse en pie mucho más tiempo, y no quería que se desmayara y se le cayera encima. Lechuza podía salir de la cueva y verlo, y la niña tenía la costumbre de sacudir la tierra cuando se alteraba.

«Hay un arroyo más arriba», pensó Iseult, trazando algo parecido a un plan. «Puedo lavarle las heridas allí sin que Lechuza nos vea y secarle la ropa al sol de la mañana». Lo único que tenía que hacer era evitar que Aeduan perdiera el conocimiento hasta llegar a la orilla.

Con exasperante lentitud, Iseult guio a Aeduan colina arriba. Le temblaban los párpados y arrastraba los pies al caminar. A Iseult se le helaba el estómago con cada paso, y también al contar las flechas. Eran diecisiete en total, más que suficientes para matar a un hombre normal. Pero Aeduan no era un hombre normal.

Aun así, Iseult ya lo había visto atravesado por el doble de flechas. Le ocurría algo más. Algo terrible. Por algún motivo, su magia no parecía estar curándolo. Su brujería de la sangre no limpiaba ni restañaba las heridas, no escupía las flechas ni le cosía la carne, como ella había visto otras veces.

—¿Tienes algo más? —le preguntó al oído. «No te duermas, no te duermas»—. ¿Tienes otra herida que no veo?

—Flechas... —respondió Aeduan con dificultad. Eso no le decía nada. Cambió de táctica.

—¿Has tardado tanto en volver por estas heridas?

Aeduan gruñó y asintió vagamente.

—Un superviviente.

Iseult se irguió.

—¿La mujer de la tribu de Lechuza? —Aeduan llevaba casi dos semanas siguiendo el rastro de esa mujer. Se habían topado con una masacre en dos ocasiones, pero su rastro siempre pasaba de largo. Ahora ya eran tres. Iseult escudriñó el rostro de Aeduan en busca de respuestas, pero no encontraba nada más que resuellos y palidez—. ¿Esa mujer estuvo allí?

Al ver que seguía sin responder, lo dejó estar. Ya habían llegado al arroyo, gracias a la Madre Luna, y el agotamiento le pisaba los talones. El miedo solo podía compensar el cansancio hasta cierto punto.

Iseult llevó a Aeduan hasta una roca plana, a orillas del transparente remanso; el arroyo de montaña había doblado su caudal gracias a la lluvia. Con todos los músculos en tensión, ayudó a Aeduan a sentarse. Se le escapó

un gemido de la garganta y se le contrajo el rostro de dolor. Le rechinaban los dientes.

Iseult jamás lo había visto sufrir tanto, ni siquiera entre las peores llamas del campo de batalla, ni al pie de un faro iluminado por la luna y azotado por las olas. Iseult se colocó a su espalda, sujetándole el hombro para que no se desplomara. Tendría que cortar la capa para poder...

—Deprisa... —dijo Aeduan. Iseult renunció a toda esperanza de pulcritud. No había tiempo que perder. Solo esperaba que Lechuza no se despertara demasiado pronto.

Agarró la primera flecha y tiró de ella. Unas púas minúsculas rasgaron la carne, salpicándolo todo de sangre. Aeduan inclinó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un siseo, mientras Iseult le iba arrancando las flechas de la carne, una tras otra, y las dejaba caer al suelo, formando un montoncillo de plumas blancas ensangrentadas y astiles de madera de cedro.

Cuando le sacó la última, la capa blanca estaba veteada de sangre fresca. Lo único que impedía que Aeduan, encorvado, se cayera de cabeza al agua eran las manos de Iseult, que lo sujetaban fuertemente por el cuello. Terminada la tarea, Iseult clavó los talones en el suelo de grava de la orilla y tiró de él hacia atrás. Quería erguirlo para alejarse con él del remanso, que cada vez crecía más.

Pero entonces Aeduan se desplomó de espaldas. Iseult tuvo el tiempo justo para frenar su caída antes de que chocara contra el suelo. Le cedieron las rodillas bajo su peso y cayó hacia atrás, golpeándose dolorosamente la pelvis contra las piedras del suelo y la cabeza contra la peña que tenía detrás.

El remanso empezó a dar vueltas. Le lloraban los ojos.

—Aeduan —dijo con un hilo de voz, pero no hubo respuesta. Su magia lo había aletargado. No despertaría hasta haberse curado por completo.

Y eso quería decir que Iseult se había quedado atrapada bajo su cuerpo. Notó que el pecho se le hinchaba de... algo.

—Pesas mucho —dijo, intentando apartarlo. Pero no le quedaban fuerzas para mover su cuerpo inerte y resbaladizo por la sangre. La cabeza de Aeduan descansaba plácidamente en el hombro de Iseult.

A pesar del frío de la mañana que le acariciaba la piel, sentía el calor del cuerpo de Aeduan. Ahí estaba otra vez, esa hinchazón en los pulmones. Cálida. Burbujeante. Hasta que se le escapó: una carcajada estridente que parecía sonar a miles de leguas de distancia. Era la risa nerviosa y asustada de otra persona. El cuerpo cansado y la mente chamuscada de otra persona. El dolor de cabeza y el chichón palpitante de otra persona.

Iseult estaba a incontables leguas de su hogar, aplastada contra el suelo de grava por el cuerpo del hombre que había sido su enemigo, mientras un pajarillo piaba desde el cercano bosque, que ya empezaba a despertar, y mientras una bruja de la tierra en miniatura y su murciélago montañés seguían durmiendo más abajo, dentro de una colina hueca.

«Si me viera Safi...».

Incapaz de seguir resistiendo, a Iseult se le cerraron los párpados y el mundo quedó en silencio.

El calor ruge. La madera cruje y saltan chispas.

—Corre.

Al hablar, de la boca de su madre gotea sangre que le cae en el rostro a él.

Ella se incorpora, impulsándose con los brazos teñidos de rojo. Quiere que su hijo deje de esconderse bajo su cuerpo. Quiere que escape.

—Corre, hijo mío, corre.

Pero no corre. No se mueve. Se queda esperando, igual que siempre, hasta que las llamas lo alcanzan y el mundo arde.



Aeduan ya había estado en aquella pesadilla. Atrapado, ensangrentado y acorralado por las llamas. El calor lo golpeaba en oleadas; el humo le quemaba los pulmones. Pero en lugar de la tienda de campaña en llamas que veía siempre, en lugar de la tormenta que sabía que le caería encima, esta vez no vio nada más que el cielo azul, con jirones de nubes. En lugar del hedor de la sangre coagulada de su madre, solamente olía la suya.

Pero el dolor del pecho era el mismo. Una agonía que se empeñaba en mantenerlo inmovilizado, que desafiaba las últimas palabras de su madre. «Corre, hijo mío, corre».

Aeduan intentó darse la vuelta, como hacía siempre en el sueño, en vano. Pero esta vez pudo mover la cabeza con facilidad. Las flechas y la muerte no lo retenían. Más bien era él quien estaba inmovilizando a alguien bajo el peso de su cuerpo.

Abrió los ojos y la boca de par en par; tenía la vista temblorosa y surcada de motas rojas. Había una cabeza recostada en su hombro, un rostro que

reconocía. Conocía aquel perfil. Pero ¿qué hacía la bruja de los hilos en su sueño? Era como si lo hubiera estado abrazando mientras dormía, una idea tan extravagante que ahuyentaba el habitual terror de la pesadilla.

Las llamas anaranjadas y el humo negro oscilaban, coloreando su piel blanca como el hielo. Estaba muy cerca de él; Aeduan distinguía las motas de ceniza que le manchaban las pestañas, y también su cabello negro y fino, encrespado por la lluvia y el calor. Había cambiado muchísimo desde la primera vez que la había visto: la cicatriz en forma de lágrima junto al ojo izquierdo (cortesía de un brujo de los venenos y su ácido), el cabello irregular y chamuscado en los incendios de las Tierras Disputadas. Era incapaz de apartar la mirada de ella. ¿Cuánto daño iba a seguir causándole Aeduan a aquella bruja de los hilos que no lo era en absoluto?

«Ella no debería estar aquí», pensó. Si la bruja permanecía dentro de su sueño, ella también moriría con él. Moriría una y otra vez hasta que llegaran la lluvia y Evrane.

No quería que muriera. Ni en su sueño ni en la vida real. Ella no era un monstruo, a diferencia de Aeduan. No se recuperaría de las quemaduras. No resucitaría.

—Iseult —intentó decir. Para su sorpresa, el nombre brotó audiblemente de su garganta y su lengua. Vocales suaves, consonantes duras. Un sonido y un sabor perfectos para ella.

Iseult se revolvió. Sus manos, que descansaban junto a los costados de Aeduan, se retrajeron, clavándole los dedos en las caderas.

Al sentir sus manos tocándolo, se le heló el estómago y se le tensaron los pulmones de frío. Aunque el fuego los consumiera a los dos, el tacto de Iseult era invernal.

—Aeduan —dijo ella con un suspiro. Su voz pareció ahuyentar las llamas, que se apagaron por completo. Estaban junto a un remanso, un arroyo que Aeduan reconocía, rodeado de peñas y de árboles perennes.

El hielo que sentía en su interior siguió cristalizando. Ya no era un frío reconfortante, sino asesino.

Aquello no era ninguna pesadilla. Iseult lo estaba abrazando de verdad; había susurrado el nombre de Aeduan en sueños; las llamas que los habían envuelto eran reales.

«No puedo más». Aquello era demasiado para su mente y su cuerpo, atormentados por el dolor. Que Iseult estuviera tan cerca. Que sus dedos siguieran presionándole las caderas. Que acabara de quemar la tierra hasta reducirla a cenizas.

En contra de sus más desesperados deseos, a pesar de que su instinto le exigía a gritos que se espabilara, los párpados de Aeduan se cerraron y un nuevo gemido se le escapó de los labios.

Entonces la oscuridad se apoderó de él y las llamas de sus pesadillas se lo llevaron de nuevo.

TRES



Por eso los víboras vestían de negro. Safiya fon Hasstrel ya lo entendía: el color negro disimulaba las manchas de sangre mucho mejor que aquellos suelos blancos.

Lo más asombroso era la facilidad y la rapidez con la que había sucedido todo. Hacía un momento, Safi estaba mirando el rostro alargado y caballuno del noble, todavía adherido al cuerpo. Y un instante después, su cabeza caía al suelo, sangrando y pestañeando.

Vaness lo había invitado a su salón del trono, siguiendo el *protocolo* de visitas familiares. Sus primos, sus primos segundos, la mujer de su tía bisabuela... La recepción oficial se celebraba siempre en el salón del trono imperial. En este caso se trataba de un primo tercero de Vaness, por parte de madre.

Tras arrodillarse ante la emperatriz, haciendo ondear su túnica púrpura, había tenido la desfachatez de plantificar la sandalia en el primer escalón del estrado de mármol. A pocos pasos de donde se encontraba Safi, ataviada con un vestido sin mangas de color blanco inmaculado, exactamente igual que el que vestía la emperatriz.

El noble la había mirado de arriba abajo; era evidente que sabía quién era Safi. Vaness no había mantenido en secreto a su bruja de la verdad.

Pero también le había quedado claro que aquel hombre no creía en los poderes de Safi: el pie clavado con descaro en el estrado, la sonrisa que se adivinaba en su rostro mofletudo e incluso la parsimonia con la que hacía la reverencia delataban su escepticismo.

Casi todas las personas que Safi había conocido en Azmir se habían comportado de igual modo: estaban convencidas de que las brujas de la verdad no existían. Eran un cuento. Una leyenda. No una muchacha de carne y hueso de apenas diecinueve años, con músculos y cicatrices de soldado.

O quizá el primo creía que, aunque se destaparan sus mentiras, la emperatriz de Marstok no le haría daño. Los lazos familiares y todo eso.

—Mi primo Bayrum de las Esquirlas —dijo Vaness con aquella voz rotunda y distante que siempre utilizaba en la corte. Como si estuviera eligiendo cuidadosamente cada palabra para que expresara justo lo que ella quería, pero también lo mucho que las sopesaba.

Aunque, bien mirado, en realidad Vaness hablaba así en todas partes.

Vaness estaba sentada en una banqueta de hierro, sin almohadones ni ornamentos superfluos. Un asiento demasiado sencillo para alguien con tantos títulos como ella: la emperatriz de los hijos de la llama, la hija elegida del Pozo Originario del fuego, la más venerada de los marstokíes, la destructora del paso de Kendura... y seguramente unos cuantos más que Safi no recordaba ahora mismo.

En el salón del trono, como en la mayoría del palacio, reinaba el color blanco; en los candeleros de hierro de las paredes no se veían velas ni llamas embrujadas. La luz de la mañana que entraba por la bóveda de cristal del techo, construida por los famosos brujos del cristal de Azmir, era más que suficiente para iluminar la estancia.

Con un simple gesto de la mano de Vaness, todos los candeleros de hierro se despegarían de la pared y adoptarían la forma que a la emperatriz se le antojara.

Aunque, gracias a la docena de víboras que rodeaban el estrado en todo momento, Vaness no necesitaba defenderse por sí misma. Iban vestidos con unos ropajes tan negros que parecían absorber la luz del sol. Guantes negros, pañuelo negro en la cabeza, botas flexibles y silenciosas...; los víboras no dejaban al descubierto nada más que una estrecha rendija para los ojos.

Aquellos negros centinelas nunca se alejaban de su emperatriz, y últimamente tampoco de Safi. Uno en concreto, un tal Rokesh, era el guardaespaldas principal de Safi. La seguía a todas partes, aunque ella no sabía a ciencia cierta si su misión era protegerla o vigilarla. Safi le había buscado el apodo de Niñero, y lo más curioso era que el víbora se reía discretamente cada vez que Safi lo llamaba así.

Safi se había portado excepcionalmente bien desde que había llegado a Azmir hacía dos semanas. Iba donde le ordenaban que fuera, escuchaba cuando le ordenaban escuchar y buscaba mentiras cuando le ordenaban buscar mentiras. Y cuando los nobles la miraban de arriba abajo con la misma insolencia que Bayrum de las Esquirlas, Safi respondía con una cortés reverencia, por muchas ganas que tuviera de partirles los dos brazos.

A Habim le habría impresionado aquella exhibición de autocontrol.

—Mucho gusto —lo saludó.

El hombre desdeñó su saludo con un gesto de la mano, se volvió hacia Vaness y procedió a relatarle sus viajes con todo lujo de detalle. Había surcado el mar de Karadin durante una tormenta, había visto halcones flamígeros anidando en las costas del continente y bandidos apostados entre las granjas fluviales de algodón.

Mientras él seguía enumerando los peligros de su periplo, cada cual más impresionante que el anterior, Safi lo miraba fijamente. Bayrum de las Esquirlas era un embustero, eso estaba claro. Su pasión por el engaño y el subterfugio le producía un hormigueo en la espalda a Safi, le arañaba las entrañas como solo podía hacerlo un alma verdaderamente falaz.

Safi no esperaba menos de un noble. En la corte todo el mundo mentía, independientemente de su nación, su Gobierno o su pueblo. El tío Eron le había dicho una vez que, cuando el poder estaba en juego, las mentiras crecían como malas hierbas para ocultar a los mentirosos que medraban debajo.

Safi había comprobado la verdad de esas palabras en Cartorra, en Dalmotti y, ahora, también en Marstok. Sin embargo, al igual que las malas hierbas, las mentiras no eran un síntoma de la corrupción del alma, como tampoco la verdad era un síntoma de su pureza. Una nación no podía funcionar sin chantajes, falsas promesas ni intercambios de dinero, y mucho menos una tan inmensa como el Imperio de Marstok.

Pero lo que Safi necesitaba saber era si aquel primo formaba parte de la conspiración para derrocar a la emperatriz Vaness. En realidad, Safi no creía que existiera tal conspiración. Se habían producido ataques y explosiones por toda la ciudad, sí. Y también había una corriente de... de malestar y podredumbre extendiéndose por Azmir, pero estaba relacionada con la rebelión de los piratas baedyed. Safi estaba convencida; al fin y al cabo, los piratas habían hecho pública su traición en Saldónica y ya habían intentado asesinar a Vaness en una ocasión.

Pero Vaness no estaba tan segura, y por una sencilla razón: en los últimos ataques, no se habían oído gritos de «¡Por el Mar de Arena! ¡Por el Mar de Arena!». La emperatriz insistía en que ese era el proceder de los baedyed y, por tanto, tenía que haber otra conspiración en marcha.

Por eso Safi se veía obligada a reunirse con cada uno de los ministros del Sultanato, con cada oficial militar y con cada pariente lejano de Vaness, por no hablar de que prácticamente *todos* los habitantes del imperio habían

viajado a la capital para celebrar el cumpleaños de la emperatriz de Marstok al día siguiente.

Al principio, le había parecido casi divertido. Novedoso. Caras nuevas, una oportunidad de poner a prueba su entrenamiento, separando a los puros de los malvados. El primer día se había tomado muy en serio su deber, escuchando con suma atención a cualquiera que se cruzara en el camino de la emperatriz. Pero todas las palabras, las verdades y las mentiras no tardaron en fundirse en una cascada infinita de sinsentidos.

El segundo día, Safi estaba algo menos concentrada. El quinto, dejó de prestarles atención. En el fondo sus palabras eran lo de menos. Si había ponzoña en aquella corte, iba a tener que erradicarla de otro modo. Encontró la solución en tres preguntas, unas preguntas muy sencillas que impedían que un experto embustero o un creyente devoto pudieran burlar su magia. Porque lo cierto era que la brujería de Safi se confundía con facilidad. La fuerza de la fe engañaba a su poder, y también los rumores o las falsedades arcaicas.

Cuando Bayrum de las Esquirlas tuvo a bien interrumpir el relato de su audaz huida de unos saqueadores para tomar aliento, Safi atacó:

—¿Estáis al corriente del tratado de paz con los baedyed?

La reacción fue inmediata, aunque Safi tuvo que reconocerle que no mostrara el menor atisbo de pánico. Los músculos del rostro no se tensaron. Tampoco le temblaron los párpados.

—Sí. He oído que su imperial majestad estaba negociando un acuerdo con ellos.

«Verdad», canturreó la magia de Safi. Eso la pilló por sorpresa. Muchos conocían la existencia del tratado, pero solían negarlo. Nadie quería admitir que prestaba oídos a los rumores.

—¿Y habéis oído hablar de una conspiración para derrocar a la emperatriz y arrebatarse el trono?

—Nada concreto. —Bayrum se encogió de hombros con desinterés—. Pero tales rumores siempre abundan. Las moscas acuden al poder.

Sonrió a Vaness. Aunque su expresión era artificial, sus palabras estaban cargadas de verdad.

—¿Y estabais enterado —continuó Safi, pronunciando lentamente cada palabra— de la explosión del buque de la emperatriz...?

—¡Todo el mundo lo sabe!

—¿... antes de que se produjera? —Safi tuvo que levantar la voz para hacerse oír, pero el efecto fue instantáneo.

Un silencio. Un parpadeo. Y una respuesta pausada:

—Por supuesto que no. Qué pregunta tan ridícula.

La mentira se deslizó por la nuca de Safi, arañándole el cráneo con las uñas. El noble lo sabía de antemano, sin duda. Y eso solo era posible si estaba involucrado en la conspiración.

Se abrió un abismo en el vientre de Safi. Empezó a tamborilear con los dedos de los pies sobre las baldosas. Tenía delante a uno de los responsables del ataque que había estado a punto de matarla hacía dos semanas. Vaness y ella habían sobrevivido, pero los víboras y la tripulación no habían tenido tanta suerte.

Miró de reojo a la emperatriz de Marstok. Vaness ya tenía sus ojos oscuros clavados en el rostro de Safi. Arqueó una sola ceja, como si no le interesara en absoluto lo que estaba a punto de decir.

Pero Safi percibía esa mentira tanto como las del primo de Vaness. La emperatriz era un áspid agazapado, esperando una respuesta, lista para actuar.

Safi inclinó la cabeza.

—Es mentira. Estaba al corriente del ataque.

Vaness chasqueó los dedos. El primo gritó y levantó las manos; las mangas de la túnica resbalaron hacia atrás, dejando al descubierto las muñecas y los antebrazos pálidos.

En un veloz borrón de color gris, las pulseras de hierro de Vaness se separaron de sus brazos, se fundieron en forma de disco y le cortaron el cuello a Bayrum.

La cabeza cayó al suelo; el cuerpo se desplomó a su lado, chorreando sangre que se fue acumulando en las junturas de las baldosas, formando unos grandes charcos rojos que se extendían como telarañas.

«¿Quién será el pobre criado que tendrá que fregar después?», pensó Safi vagamente. Tampoco sabía por qué aún no había salido ningún sonido de su garganta. Por qué se estaba alisando el vestido blanco tan despacio. Por qué tenía la vista fija en las tres manchas rojas del bajo, que ya empezaban a volverse marrones.

Sin saber cómo, consiguió evitar que le cedieran las piernas. Consiguió dirigirle la palabra a Rokesh cuando este le cortó el paso mientras descendía del estrado, buscando la puerta.

—Me encuentro mal —le dijo Safi. Su voz se le antojaba muy lejana. El desayuno, por el contrario, lo notaba muy cerca, cada vez más cerca.

—Que salga —dijo secamente Vaness a sus espaldas.

Rokesh dio una palmada y otros siete víboras se situaron en formación de cuadrado, rodeando a Safi tan estrechamente que, con solo extender los

brazos, les habría rozado los hombros. Caminaron hacia la puerta; sabían que Safi quería alejarse de ese lugar. De ese cadáver.

Por algún motivo, Safi no podía pensar en nada más que en el desdichado criado que tendría que limpiar la sangre de aquellos suelos blancos. No quería ponérselo aún más difícil pisando y extendiendo el charco. No quería que las sandalias blancas se le mancharan de aquella sangre pegajosa que olía a metal. Ni ir dejando huellas por las baldosas de mármol y los pasillos de arenisca.

Sería mejor dar un rodeo. «Rodéalo, rodéalo, rodéalo».

Pero no podía hacerlo con los víboras; estos pisaron la sangre y Safi tuvo que hacer lo mismo. Sus pies chapotearon en el charco y fueron dejando huellas por toda la sala.

Al llegar a las grandes puertas del salón del trono, Safi empezó a correr. Los víboras la imitaron. Cruzaron al trote los siete interminables pasillos de arenisca, en dirección al ala privada de la emperatriz, donde se encontraban los amplios aposentos de Safi, al lado de los de Vaness. También había una biblioteca privada a la que solamente tenían acceso Safi y la propia emperatriz. Salvo por los omnipresentes víboras apostados en todas las puertas, Safi tendría una pizca de intimidad en su alcoba.

Para vomitar a sus anchas.

Casi llegó a tiempo. Cuando le faltaban apenas treinta pasos para alcanzar la puerta de roble labrada, ya no pudo contener más las náuseas. En los pasillos había muy pocos adornos, tan solo algún que otro limonero en su macetón, un candelero o un carrillón de hierro meciéndose en el aire. No había escondites para posibles asesinos, pero tampoco ningún lugar donde una jovencita indispueta pudiera arrojar su desayuno.

No le quedó más remedio que frenar en seco y doblarse en dos en mitad del pasillo. Vomitó ácido y bilis, un líquido grumoso y errático muy diferente de la sangre del noble, tan líquida y fluida.

«Más faena para los criados».

Los víboras permanecieron totalmente quietos y en formación mientras Safi vomitaba. Ni siquiera reaccionaron cuando la bilis le salpicó las botas a Rokesh. Tampoco hicieron nada por ayudarla. Le estaban recordando que eran soldados. Que Rokesh no era su niño, y desde luego tampoco su amigo.

Pero Safi estaba tan asqueada consigo misma como debían de estarlo los víboras. Había matado a un hombre. Su vida (y su muerte) ahora pesaba sobre

su conciencia. Y aunque no era la primera vez que veía la muerte, la muerte lúgubre, sangrienta y violenta, nunca la había provocado ella misma.

Se limpió la boca con el cuello del vestido y se irguió. Todo le daba vueltas. Por un momento deseó que al menos uno de los víboras le devolviera la mirada. Finalmente, Rokesh la miró.

—Yo no quería esto —le dijo Safi, aunque sabía que a él no le importaba. Pero sentía la necesidad de hacérselo entender. Lo repitió más fuerte; tenía la garganta en carne viva—. Yo no quería esto.

Safi siguió caminando a trompicones hasta su habitación, dejando tras de sí un rastro de sangre y vómito.

CUATRO



Merik Nihar ascendía por el acantilado, tan cerca de la altísima cascada que la espuma le humedecía el rostro bañado por el sol.

—Solo nos queda una hora —les había dicho Ryber al pie del acantilado, antes de empezar a subir—. Una vez que lleguemos al convento de las brujas de la vista, os enseñaré a atravesar la ilusión que lo protege.

Ryber caminaba por delante, guiando a Merik y a Cam con paso firme y decidido. Tras abandonar Lovats hacía dos semanas, se habían adentrado en las Sirmayas, acercándose cada vez más al lugar en el que se había criado la joven: el legendario convento de las brujas de la vista. Merik acababa de enterarse de que existía de verdad, y también de que Ryber pertenecía a la hermandad.

El agua le acariciaba la cara. Estaba cansado y sediento, tan sediento que ya se había imaginado varias veces que hundía el rostro en aquella cascada para beber cuanto pudiera antes de que la fuerza del agua lo arrastrara pendiente abajo.

Miró de reojo a Cam, que caminaba tras él. Al poco, volvió a mirarlo.

—Estoy bien, señor —le aseguró el chico, gritando para hacerse oír por encima del estruendo de la cascada—. Dejad de mirarme así.

—Dejaré de mirarte cuando se te haya curado del todo la mano —replicó Merik. Sabía que Cam estaba harto de verlo tan preocupado por él. Solía llamarlo en broma «mamá gallina», pero es que Cam no veía lo pálida que estaba su piel morena y moteada desde que habían iniciado el viaje. Desde que los Nueves le habían cortado el dedo meñique—. Cuando lleguemos arriba, haremos un alto para cambiarte las vendas —continuó Merik.

—Está bien, está bien, señor. Si insist...

Un fuerte temblor sacudió la tierra, dejando a Cam sin palabras y lanzando a Merik contra la pared del acantilado.

Y a Cam al vacío.

Instintivamente, Merik liberó su magia. Un latigazo de viento atrapó al chico antes de que cayera al agua y lo devolvió a los brazos de Merik.

Este lo abrazó con fuerza, jadeando, mientras las réplicas del terremoto seguían estremeciendo las rocas. Tardó una eternidad en desaparecer del todo, dejando el aire cargado de polvo y agua.

—Señor —susurró Cam, con los ojos desorbitados de terror—. Habéis usado vuestra magia.

—Lo sé —contestó Merik.

—¿Estáis bien? —preguntó Ryber, tosiendo. Tenía la piel oscura manchada de polvo y se agarraba a un saliente, algo más arriba.

—Sí —respondió Merik, aunque tal vez no fuera del todo cierto. Hasta ahora había conseguido resistir con firmeza la llamada de su brujería. Y también la ira de los Nihar, pues ambas cosas estaban conectadas. No podía contener sus vientos cuando la rabia se apoderaba de él.

Y no podía detener a Kullen cuando los vientos despertaban.

—Casi estamos —dijo Ryber. Descendió un poco y le tendió la mano a Cam. Con la ayuda de Merik, consiguieron aupar al chico hasta el siguiente saliente.

—Quizá —aventuró Cam mientras trepaba— el primer oficial no haya notado vuestra magia.

«No es el primer oficial», pensó Merik. Ojalá Cam dejara de llamar así a Kullen. El primer oficial había muerto. Kullen había muerto. Se había sajado en Lejna. Su magia se había colapsado, consumiéndolo y transformándolo en un monstruo. Pero a diferencia de los demás sajados, que morían en cuestión de minutos por el desbordamiento de su poder corrompido, Kullen había sobrevivido.

Y de algún modo, la mente de Kullen había desaparecido, dando paso a una tenebrosa bestia que se hacía llamar la Furia.

Merik se disponía a reanudar la escalada cuando una voz retumbó dentro de su cráneo: «AHÍ ESTAS».

Merik se llevó las manos a la cabeza.

«YA VOY».

—¿Señor? —Cam lo miró, parpadeando—. ¿Es el primer oficial?

—Sí —musitó Merik entre dientes—. Daos prisa.

Merik dejó de resistirse a su propia magia. Kullen los había encontrado; ya estaban condenados. Inspiró hondo, por muy viciado que estuviera el aire por el polvo de la montaña, y dejó que la brisa cálida lo envolviera. Las

hebras de viento eran frágiles, pero bastarían. Bastarían para impulsarlos a los tres hasta la cima del acantilado.

Cuando llegaron por fin al último saliente, se pusieron de pie como pudieron y echaron a correr. Ninguno volvió la vista atrás. Ya oían la tormenta acercándose. Y el frío.

Se acercaba deprisa, increíblemente deprisa gracias a su maligno y oscuro poder. La Furia solo tardaría unos minutos en recorrer la misma distancia que a ellos les había llevado varios días.

Apretaron el paso, o más bien lo intentaron, porque un súbito mareo se abatió de pronto sobre Merik (y a juzgar por sus gritos de alarma, también sobre Cam).

—Tranquilos —les dijo Ryber—. Es un efecto de la ilusión. Confiad en mí y seguid adelante. —Agarró a Cam por el antebrazo, el chico agarró a Merik y los tres siguieron corriendo.

Entraron en un bosque a la carrera. Los troncos de los árboles, como los barrotes de una celda, pasaban a toda velocidad, sin dejarles otra opción que continuar recto. Las agujas verdes se fundían con la corteza rojiza y la tierra compacta. Todo daba vueltas.

Pero Ryber no frenaba, así que Merik y Cam tampoco lo hicieron.

Entonces, las criaturas del bosque empezaron a huir. Una lluvia de arañas cayó sobre ellos; Merik las sentía enredándosele en el pelo. Después llegaron las polillas, formando una gran nube que volaba hacia delante, no hacia el cielo. Lejos de la Furia.

«Nunca pensé que te marcharías de Nubrevna», susurró la Furia en la mente de Merik. «Creía que volverías a las tierras Nihar. ¿Tan poco te importa tu gente?».

Los pájaros pasaban a toda velocidad. También los ratones, las ratas y las ardillas.

—Más deprisa —los apremió Merik, invocando de nuevo sus vientos. Unos vientos fríos. Por muy inestable que pareciera todo, estaba dispuesto a luchar.

—¡Casi hemos llegado! —gritó Ryber, un poco más adelante. La tierra volvió a temblar bajo sus pies. Merik no podía evitar imaginarse que cada temblor era un paso de Kullen, que se acercaba cada vez más.

—¿Adónde vamos? —dijo Cam, jadeando—. Si él también puede atravesar la ilusión...

—No puede.

—Ya lo ha hecho. —Merik frenó en seco y se dio la vuelta. Una mancha negra serpenteaba por el lecho del bosque. Era demasiado rápida para dejarla atrás; tan rápida que, antes de que Merik pudiera volverse de nuevo hacia delante, la oscuridad lo alcanzó.

Todavía estaba agarrado a Cam, y este a Ryber.

Siguieron corriendo.

La luz del sol no tardó en desaparecer. La oscuridad se movía y temblaba a su alrededor. Merik no sabía que existieran tantas tonalidades de gris. Entonces una capa de escarcha se extendió por el suelo, congelando a los animalillos en plena carrera.

«¿Dónde estás, Merik? ¿Adónde te lleva mi hilo del corazón?».

Merik no habría podido responder de haber querido. Los restos de la ilusión seguían intentando desorientarlo...

Hasta que lo vio: un difuminado muro de piedra gris, entre las sombras. Una capilla iba tomando forma ante ellos, excavada en la propia ladera de la montaña. La alta puerta estaba obstruida por arbolillos y juncos.

Ryber redujo el paso, soltó a Cam y echó mano al cuchillo que llevaba al cinto. Pero no había tiempo para cortar la maleza, así que Merik lanzó directamente sus vientos contra los obstáculos. El aire furioso arrancó las plantas de raíz.

Ante ellos se abrió, como un bostezo, un oscuro umbral.

Entraron enseguida, y la escasa luz se desvaneció por completo. Pero el caos los perseguía, al igual que el bramido de los vientos, que avanzaba hacia ellos cada vez más aprisa.

—¡Préndete! —exclamó Ryber. Una débil antorcha se encendió entre aquellas sombras infinitas.

Merik y Cam frenaron en seco.

—¡La mano en alto, Cam! —¿Por qué la mano herida de Cam le parecía tan importante ahora que la muerte les estaba pisando los talones?

Un poco más adelante, Ryber golpeó una pared de piedra con las manos.

—¿Qué hace esto aquí? —exclamó—. ¿Por qué me niegas la entrada? Soy Ryber Fortiza, la última bruja de la hermandad de la vista. ¿Por qué no me dejas entrar? —Volvió a aporrear la pared de granito—. ¡Solo he estado un año fuera! ¡Ábrete! ¡Tienes que abrirte!

No sucedió nada. Ryber regresó con Cam y Merik.

—No debería estar cerrada. ¡Nunca la había visto cerrada! —Se palpó el pecho, el rostro y de nuevo el pecho—. Será porque nos está siguiendo él... —Se interrumpió cuando la escarcha penetró en la capilla.

La antorcha chisporroteó y se apagó.

La Furia había llegado.

Merik se puso delante de Cam.

—Quédate con Ryber —le ordenó. Comprobó con alivio que el muchacho le obedecía. Merik retrocedió hasta cruzar de nuevo la puerta y se adentró en las sombras.

—¡Déjalos en paz! —Su voz se le antojaba endeble, como si el frío le hubiera arrebatado la fuerza—. Me buscas a mí, ¿no?

—No. —La palabra rozó el rostro de Merik, erizándole la piel. Y entonces la Furia emergió de entre las sombras. Un millar de olas negras se mecían a su alrededor; los árboles crujían y temblaban. Pero Kullen estaba igual que siempre. Alto, de cabello pálido y piel aún más pálida. Lo único distinto eran sus ojos: ahora eran negros e irradiaban unas finas líneas que se extendían por sus sienes.

Unas líneas iguales a las que Merik tenía en el pecho: la vil mancha de los sajados.

Merik sintió un ramalazo de compasión. Ryber quería a Kullen tanto como Merik, pero a diferencia de él, la joven todavía no había visto al monstruo en el que se había convertido Kullen, y Merik esperaba que nunca tuviera que verlo. Que no saliera de la capilla.

Como si le estuviera leyendo la mente, Kullen le dedicó una sonrisa tensa e inhumana, hecha solo con la boca pero no con la mirada.

—Sé que mi hilo del corazón te acompaña —canturreó mientras caminaba con pasos más cortos, casi brincando—. ¿Y ese de ahí es el joven Leeri? —Ensanchó su sonrisa—. Siempre fue muy leal. Pero *nadie* es tan leal como yo, Merik.

Un muro de viento hizo retroceder a Merik, que cayó al suelo dolorosamente mientras Kullen se reía y seguía acercándose.

Pero entonces Merik atrajo hacia sí los vientos de la propia Furia para atacarlo y distraerlo. Se elevó por los aires y, al hacerlo, lanzó una patada a las rodillas de su hermano de hilos.

Kullen ya estaba retrocediendo cuando llegó el golpe, pero fue suficiente. Ahora se habían apartado de la puerta y Merik tenía una ventaja, aunque fuera efímera. Desenvainó su sable y atacó. Sin magia, solo con fuerza bruta. La esgrima era lo único que siempre se le había dado mejor que a Kullen. Y aunque este trataba de atacar a Merik con su magia, sus intentos parecían desganados.

Porque, claro, los dos estaban unidos por su magia y sus hilos saados. Si Merik moría, Kullen lo seguiría. Y aunque Merik no terminaba de entenderlo, no podía negar lo que había presenciado en Lovats hacía dos semanas.

Ahora volvía a afrontar lo mismo; Kullen lo esquivaba y se deslizaba para evitar la hoja de Merik, pero sin devolver los golpes apenas.

—No vas a matarme —declaró Kullen, lanzándose hacia la izquierda y girando sobre sí mismo.

—Te equivocas —replicó Merik, buscando con su espada la garganta de Kullen—. Moriría gustoso con tal de salvar a los que tú has abandonado.

—Nuestro príncipe Merik, siempre tan valiente. Tan bueno. Pero los buenos son los que caen desde más alto.

—¡SEÑOR! —aulló la voz de Cam, lejana y amortiguada—. ¡La puerta!

Kullen también lo oyó. Como un solo ser, Merik y él se dieron la vuelta. Como un solo ser, se lanzaron volando hacia la capilla. Estaban echando una carrera, como habían hecho tantas veces de niños en Nihar. Y al igual que entonces, Kullen era más veloz que él. Pero Merik no había mentido: estaba completamente dispuesto a morir con tal de proteger a Cam y a Ryber.

Mientras la capilla se iba acercando a toda velocidad, Merik le lanzó un último tajo a Kullen. No le acertó en el cuello, pero sí en la oreja, cortándole limpiamente la parte superior. El grito de Kullen pareció estallar dentro del cerebro de Merik, como unos puños mentales que destrozaban a golpes todos sus pensamientos y su consciencia.

Las sombras rugientes envolvieron a Merik. Y cayó.



Merik despertó en mitad de una tormenta.

Intentó levantarse, retorciéndose a izquierda y derecha, luchando por erguirse mientras una lluvia oscura lo flagelaba. «Estoy atado», comprendió en el instante en que un relámpago acuchilló el cielo. Los truenos le retumbaban dentro del cráneo y le estremecían la piel.

Rodó hacia la izquierda, manchándose la mejilla de barro. La hierba ondeaba a su alrededor, y se estaban formando grandes charcos de agua. Si no conseguía sentarse derecho, el agua seguiría subiendo y se ahogaría.

Pero eso no era lo que más miedo le daba. No, lo peor era la voz de Kullen, que atravesaba la tormenta y se le introducía en el cerebro.

«Justo a tiempo, hermano de hilos. Estás a punto de ver por qué he venido».

Merik hundió un hombro en el suelo embarrado y flexionó las rodillas. Tenía las muñecas y los tobillos atados, pero a base de gruñidos, gemidos y chasquidos de sus propias articulaciones, consiguió recoger las piernas debajo del cuerpo e incorporarse hasta quedarse sentado.

Se encontraba en una pradera, en mitad de la cual brotaban ocho gigantescas piedras dispuestas en tres hileras. Eran unas columnas muy toscas, tan altas y anchas como dos hombres. Kullen sobrevolaba la más cercana, envuelto en viento y relámpagos.

«Estos megalitos llevan mil años en pie. Durante mil años, las brujas de la vista han ocultado al mundo sus tesoros. Pero eso se ha acabado. Cuando haya caído esta ilusión, yo guiaré a las hordas del rey saqueador hasta este lugar». Un relámpago iluminó el cielo. «La montaña durmiente será nuestra».

Justo antes de cerrar los ojos, incapaz de resistir la intensidad del calor, la luz y el sonido, Merik acertó a ver cómo los relámpagos mágicos alcanzaban una de las piedras gigantes, que se resquebrajó con un sonido que desgarró el cielo y le estremeció la piel.

Una oleada de energía recorrió la tierra, arrojando de nuevo a Merik al barro, bajo la demoledora lluvia y las sombras, que volvieron a apoderarse de él.

CINCO



Había llegado el gran día.

Tras dos semanas de preparativos (de limpieza, construcción, organización y hostigamiento al Alto Consejo para que les prestara ayuda, donativos, trabajadores...; todo había que sacárselo con pinzas a esos bastardos tacaños), por fin la ciudad subterránea estaba lista para acoger a los primeros refugiados.

Por el contrario, Vivia Nihar, reina sucesora del trono de Nubrevna, estaba de todo menos lista.

Al parecer, el corazón se le había atascado detrás del esófago. Además, se había frotado tanto el puño izquierdo del abrigo que se le había caído el botón de oro. Alguien iba a llevarse una grata sorpresa cuando lo encontrara.

Desde la entrada principal, Vivia observó a la densa muchedumbre congregada ante la Torre del Color. Bebés chillones, padres angustiados, adolescentes perdidos, abuelitas tosedoras... Pero no encontraba allí los rostros que buscaba, los dos rostros que esperaba ver al dar las nueve.

«Vamos, Stix, vamos». No era propio de ella. Stacia Sotar, la antigua primera oficial de Vivia (ahora ascendida a capitana de pleno derecho) siempre era puntual, siempre llegaba temprano. Pero Vivia no encontraba, en aquella maraña de rostros hambrientos, el cabello blanco de Stix, que tan vivamente destacaba siempre sobre su piel negra.

Tampoco veía al hombre al que Stix y otros cinco guardias debían escoltar: su padre, Serafín Nihar, rey y regente emérito.

—¿Seguro que no han entrado ya? —le preguntó Vivia a la soldado más cercana, por cuarta vez desde que habían sonado las campanadas. Y por cuarta vez, la mujer negó con la cabeza:

—No hemos dejado entrar a nadie en la Torre del Color, alteza. Tal y como nos ordenaron.

Habían evacuado completamente el refugio. Todos sus voluntarios aguardaban ahora en la ciudad subterránea o en el sótano desde el que se accedía a ella a través de un túnel. Cincuenta soldados custodiaban la torre, y otros doscientos estaban repartidos por todo Lovats, por insistencia de los vizeros Quihar y Eltar. «No hay que descartar la posibilidad de una revuelta», coreaban sin cesar. Aunque a Vivia no le hacía ninguna gracia admitir que tenían razón...

Tenían razón. Hasta ahora el sistema de sorteos de Vivia no había suscitado protestas, pero en cuanto las familias empezaran a ver a otras familias desfilando hacia su nuevo hogar bajo tierra, la reacción podría cambiar como una marea veleidosa.

Y Vivia no podría reprochárselo. Desde hacía dos semanas, tras el ataque con fuego marino, Lovats estaba hecha un desastre (aunque antes de eso tampoco había sido una ciudad precisamente agradable o limpia). Y por eso mismo Vivia había pedido a los voluntarios de la Torre del Color que dedicaran toda la semana a decirle a la gente que el sistema de sorteos era «tan solo el primer paso de un gran plan a largo plazo para reformar la ciudad».

Ciertamente, Vivia todavía no había decidido los siguientes pasos de dicho plan, y el Alto Consejo estaba demasiado ocupado para ayudarla, sobre todo tras el súbito final de la Tregua de los Veinte Años (y la reanudación de la guerra que la tregua había interrumpido, claro). Pero cuando por fin se celebrara la ceremonia de coronación, cuando por fin llevara la corona que le pertenecía por derecho de nacimiento, Vivia podría ocuparse de ello personalmente, sin tener que buscar el beneplácito de irnos consejeros que no parecían ponerse de acuerdo en nada.

Vivia carraspeó. No podía esperar más; Stix y su padre se perderían la inauguración. Se alisó por última vez la pechera de la camisa y se dio un par de cachetes en la cara. Era un gesto que solía hacer de niña; ahora que era adulta, creía que ya lo había superado.

Y así había sido hasta hacía dos semanas, cuando la habían nombrado reina sucesora.

«Cuando estés acompañada, el Zorrito debe convertirse en una osa», le decía siempre su madre. «¿Llevas puesta la máscara, Vivia?».

«Sí, Madre», pensó Vivía. «La llevo puesta». Abrió la boca. La multitud expectante guardó silencio...

Y entonces llegaron. Stix iba delante, abriéndose paso entre el gentío. Le sacaba media cabeza a todo el mundo. Y detrás de ella, rodeado de soldados

vestidos con el mismo uniforme naval que llevaba Stix, venía Serafín.

Vivia comprendió en ese momento que la muchedumbre no se había callado para escucharla a ella. Habían reconocido al rey emérito; cuchicheaban, saludaban y lo miraban embobados. Serafín sonreía y les devolvía el saludo. Hacía casi un año que Vivia no lo veía con tan buen color como ahora.

Debería estar contenta. Y lo estaba, de verdad que sí. Pero también sentía un nudo en el estómago por algo, algo que no le gustaba, que deseaba que parara de inmediato. Y eso fue lo que ocurrió en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Stix. En cuanto Stix le dedicó una sonrisa deslumbrante.

Vivia sintió un repentino calor que le subía por el cuello hasta la cara, un rubor ineludible que le sobrevenía siempre que veía a su mejor amiga, y que seguramente continuaría hasta que Vivia reuniera el valor suficiente para mencionar el beso que Stix le había dado en la ciudad subterránea.

Todo había cambiado desde aquel beso, un simple roce de los labios de Stix en la mejilla de Vivia. Y todo había cambiado desde que Vivia había sido nombrada reina sucesora... por poco que eso significara, porque aunque teóricamente el poder había pasado de las manos de su padre a las de Vivia, para el Alto Consejo la palabra «sucesora» parecía tener más peso que la palabra «reina».

—Lo lamento, alteza —murmuró Stix, situándose rápidamente a la izquierda de Vivia—. Ha llegado un mensaje urgente que requería atención inmediata. —Miró de reojo a Serafín—. Pero no sabía si él debía verlo.

—¿De qué se...?

Stix sacudió la mano.

—Puede esperar hasta que terminemos con esto.

Claro. Con *esto*. Con la inauguración de la ciudad subterránea de Vivia. El motivo por el que se habían reunido centenares de familias, por el que miles de personas habían acudido a la Raposera para observarla a ella.

Y el motivo por el que Vivia sentía las entrañas llenas de agujeros ahora mismo.

—Vivia —la saludó su padre, con una voz tenante capaz de silenciar a toda una ciudad (como en efecto ocurrió). Después de meses de frágiles susurros, se alegraba de que estuviera tan fuerte. De verdad—. ¿Empezamos? —Serafín se colocó a su derecha.

—Sí —dijo Vivia sin aliento, dándose otro par de cachetes. «Sí, Madre, la llevo puesta». Inspiró hondo, imitó la expresión feroz de su padre y...

—Los imperios han retomado la guerra —bramó Serafín.

Vivia apretó los dientes con fuerza.

—Ese no era nuestro deseo. Nunca lo ha sido.

Su padre le estaba hablando al pueblo. ¿Por qué?

—Siempre han procurado acobardarnos, arrinconarnos. Siempre han intentado aplastarnos bajo su bota. Pero Nubrevna siempre ha resistido con tenacidad.

¿Qué hacía su padre? Era el discurso de Vivia. Se había pasado tres días redactándolo.

—Esta ciudad y sus gentes han resistido durante siglos. —Serafín abrió los brazos de par en par, haciendo gala de la fortaleza de su cuerpo y la potencia de su voz—. Y seguiremos resistiendo muchos siglos más. Hoy empieza una nueva era. Hoy da comienzo algo que los imperios nunca podrán robarnos.

Levantó el puño en alto y la muchedumbre se desató como una tormenta, soltando un rugido enérgico y viviente que se abatió sobre Vivia.

—Hoy —continuó Serafín, levantando todavía más la voz— inauguramos la ciudad subterránea de Lovats y empezamos a trasladar a sus familias, a vosotros, a un nuevo hogar. Hemos trabajado mucho durante estas dos semanas para prepararlo todo. Y lo hemos hecho por vosotros.

Más pisotones, más gritos. Vivia debería estar haciendo lo mismo que todos. No solo porque la ciudad subterránea estuviera preparada, sino porque este era el Serafín que ella recordaba. La fuerza de la naturaleza con la que Vivia se había criado, el gobernante que ella había intentado ser.

Pero estaba demasiado aturdida para hacer nada. Serafín estaba pronunciando el discurso de Vivia, delante de la misma gente por la que *ella* tanto había estado trabajando. Ciertamente, su padre siempre le había dicho que debían «compartir la gloria y la humillación», pero esto... esto le parecía más importante.

Una mano le agarró el antebrazo. Vivia se puso rígida. Stix solamente intentaba consolarla. O tal vez su amiga lo hacía como gesto de solidaridad, una señal de que al menos una persona en aquella vorágine extasiada sabía que Serafín se estaba apropiando de una gloria que no le correspondía.

Mientras Serafín seguía bramando, recitando las palabras que ella había escrito y ensayado ante el espejo, Vivia se percató de que empezaba a tensar los hombros con fuerza, de que sus dedos se iban cerrando hasta formar dos puños crispados y palpitantes.

«Lo importante no es el mérito, sino cumplir con nuestro deber», decía siempre Jana. Y el deber se estaba cumpliendo. Se estaba cumpliendo a la

perfección; Vivia se había asegurado de ello. Y su padre parecía más robusto que nunca. Debería estar contenta. Debería estar contenta.

—Y hoy —concluyó Serafín— demostraremos ante los imperios y ante nosotros mismos que, aunque no siempre podremos ver que hay fortuna en la derrota...

—La fuerza es el don de nuestra dama Baile —coreó el pueblo, haciendo temblar los cimientos de la ciudad—. Que nunca nos abandona.

—¿Vivia? —Serafín se volvió hacia su hija, sonriente y triunfante—. Abre las puertas.

Se le hizo un nudo en la garganta. Sentía el escozor de las lágrimas a punto de salir. Porque esas palabras le correspondían a ella. Era ella la que tenía que haberse girado hacia Stix y haberle dicho: «¿Capitana? Abra las puertas».

Pero las había pronunciado su padre. Era la reina sucesora la que se estaba girando hacia la puerta de entrada. Era la reina en espera, que había fracasado miserablemente en su intento de ser una osa, una Nihar o cualquier otra cosa mínimamente notable, la que estaba abriendo el cerrojo de hierro con las manos enguantadas, mientras su padre se daba un baño de multitudes.

A espaldas de Vivia, la ciudad de Lovats temblaba de felicidad, de entusiasmo y de expectación, todo lo cual se vertía sobre Serafín Nihar, un hombre que no había pisado siquiera la ciudad subterránea.

Vivia abrió las puertas de un empujón. El clamor de la multitud engulló completamente el chirrido de las bisagras y el crujido de la madera. Dio gracias a Noden al no encontrar a nadie en el pasillo.

Así nadie pudo verla llorar.



Vivia fue la primera en entrar en la ciudad subterránea. La familia que caminaba tras ella, una madre con sus dos hijos, no pronunció ni una palabra durante el trayecto por la Torre del Color, ni tampoco al entrar en el sótano o al descender por el túnel que conducía bajo tierra, iluminado por antorchas embrujadas que ardían sin humo. Vivia había insistido en instalarlas: en el subterráneo, el humo podía resultar letal.

Ojalá aquella familia dijera algo. El silencio se le antojaba peor que la cacofonía del exterior.

Por la mañana, al imaginarse ese momento, se le había hinchado el pecho de triunfo. Se había sentido tan llena de dicha y de orgullo que había tenido

ganas de echarse a reír a carcajadas mientras desayunaba. Y lo había hecho.

Ahora, en cambio, sentía el pecho vapuleado. Un ritmo explosivo obligaba a sus pulmones a trabajar el doble y le aplastaba las costillas con un cepo. Notaba el corazón tan pesado y comprimido que le costaba respirar.

Quería romper algo. Quería ponerse a gritar. Quería hacerse un ovillo y echarse a llorar. Pero aquello no era rabia. No era dolor. Era algo ardiente y vil. Algo bochornoso e inmisericorde.

«Lo importante no es el mérito», gritaba para sus adentros. «¡Lo importante no es el mérito!». Todavía no era reina de verdad y ya estaba siendo una reina pésima, exactamente lo contrario de lo que le había enseñado su madre.

Y también una hija desleal.

Tampoco la ayudaba nada el dolor del hombro izquierdo; dos semanas antes, había encajado el tajo de un saqueador. Aunque la herida se estaba curando bien a fuerza de ungüentos y tónicos, y aunque el tiempo que había pasado en el lago subterráneo también contribuía, todavía no había desaparecido del todo.

Vivia llegó al final del túnel. Seis rostros enmarcaban un umbral tallado en la roca caliza: los peces bruja, erosionados por el tiempo y los hongos luminosos.

Dos semanas antes, Vivia había entrado allí con Stix. Había abierto por vez primera aquella puerta y había descubierto la ciudad subterránea olvidada, tal cual se la había descrito su madre. Pero esta vez, cuando Vivia empujó la puerta de piedra, se filtraron la luz y las risas de los voluntarios y los soldados.

Ojalá se fueran todos.

—Bienvenidos —murmuró Vivia, sin mirar siquiera a la familia. Necesitaba salir de allí. Necesitaba estar a solas y sufrir aquel castigo en privado.

La madre fue la primera que entró en la ciudad subterránea, con los ojos tan abiertos como los de sus hijos.

—Gracias, majestad —dijo, con voz vacilante pero sincera.

—No me llames así —gruñó Vivia—. Basta con «alteza». —Se arrepintió al instante. Qué grosera. Sabía que estaba siendo grosera, pero en vez de disculparse o añadir un «de nada», como habría hecho una persona normal, siguió mirando hacia delante con ojos ausentes.

Pero entonces, gracias a los peces bruja, apareció Varrmin. Trabajaba en las cocinas de la Torre del Color; un hombre jovial y afectuoso, todo lo que

Vivia nunca había sido. En cuanto Vivia lo vio acercarse y distinguió su descuidada barba gris, dio media vuelta y escapó de allí.

La ciudad subterránea tenía otra salida que conducía hasta las cisternas, así que se encaminó hacia allí. Quería sentir las aguas embrujadas de aquellos túneles antes de que algún guardia decidiera escoltarla.

Pero no fue lo bastante rápida para eludir a Stix. Vivia no la vio venir, pero de pronto la tenía caminando a su lado, siguiendo sin dificultad el ritmo frenético de Vivia gracias a sus largas piernas.

—¿Por qué será que los hombres siempre se atribuyen los triunfos de las mujeres? —le preguntó Stix.

Vivia no respondió. Tampoco lo había hecho dos meses antes, cuando su hermano Merik había sido nombrado almirante sin más méritos que su sexo.

Apretó el paso. Las casas vacías e iluminadas que tanto se había esforzado por adecentar ahora parecían fulminarla con la mirada.

—Siento lo que os ha hecho —continuó Stix—. Sé que ese discurso lo escribisteis vos.

—Lo importante no es el mérito, sino cumplir con nuestro deber —musitó Vivia.

—Esperad. —Stix extendió el brazo para sujetarla—. Alteza.

«Alteza». Hacía dos semanas que había dejado de llamarla «señora» o «Vivia», y no sabía si se debía al beso o a su nuevo cargo. En cualquier caso, no lo soportaba. Quería recuperar a la antigua Stix.

—Por favor —dijo finalmente Vivia. Ojalá su voz no sonara tan ahogada—. Por favor, llámame Viv.

No hubo reacción. Sin decir nada, Stix le tendió una misiva enrollada y marcada con el sello del brujo de la voz real.

—Ha llegado esto para vos, pero pensé que..., en fin, pensé que era mejor que lo leyerais antes que vuestro padre.

Sabía que debía reprender a Stix por haberle ocultado el mensaje a Serafin. Aunque ya no fuera rey ni regente, seguía siendo el principal consejero de Vivia. Pero no dijo nada, porque por primera vez desde que había entrado en la Torre del Color, sentía el corazón y los pulmones algo menos estrujados.

Redujo el paso al llegar a un cruce y desplegó el mensaje. Allí los fuegos fatuos eran más potentes que las lámparas y bañaban el papel con un brillo verdoso.

Ahora que hemos iniciado de verdad las negociaciones comerciales, deseo invitaros a Azmir. Hay decisiones que es

mejor tomar cara a cara. También me gustaría disculparme por los términos del tratado que mis embajadores os propusieron antes de mi regreso.

He alertado a mis fuerzas para que os permitan entrar en la ciudad vía aire, en caso de que decidáis aceptar mi invitación. Tan solo os pido que me lo confirméis con unas horas de antelación.

Vivia parpadeó y volvió a leer el mensaje; una nueva sensación empezaba a recorrerle los músculos y los pulmones. Una sensación de tensión y calor que, sin embargo, prefería mil veces al pánico y la angustia de antes.

Al terminar de leerlo por tercera vez, se le escapó una carcajada. La emperatriz no podía estar hablando en serio.

—Dile a su *majestad* —dijo Vivia, arrugando el mensaje y poniéndoselo en las manos a Stix— que venga a verme ella a mí si de verdad quiere negociar. Y que «tan solo le pido que me lo confirme con unas horas de antelación».

Stix se rio entre dientes, pero era evidente que estaba nerviosa. Cuando Vivia volvió a ponerse en camino, echó a andar detrás de ella.

—Por las aguas infernales, ¿quién diablos se cree que es? —preguntó Vivia en voz alta.

—Pues... yo diría que se cree que es la emperatriz de los hijos de la llama, la hija elegida del Pozo Originario del fuego, la más venerada de los marstokíes, la destructora del paso de Kendura... —contestó Stix.

—¿Y?

—Y que está acostumbrada a que la obedezcan.

Vivia soltó un resoplido de burla.

—Yo podría tener tantos títulos como ella si quisiera.

—Claro que sí, alteza.

«Alteza». Otra vez. De pronto, Vivia llegó a su límite. No necesitaba la compasión de Stix ni tampoco su condescendencia. Y por encima de todo, no necesitaba méritos, títulos ni la adoración de la ciudad por la que tanto se había esforzado.

No lo necesitaba. No.

Casi habían llegado a la salida. La barricada de madera que alejaba a los refugiados incautos de los túneles más peligrosos brillaba bajo la luz verdosa de los hongos. Vivia sintió el rugido de las aguas de las cisternas en el pecho. A su paso, aunque débiles desde el ataque de hacía dos semanas, seguían llamando a su magia.

Antes de que Vivia pudiera sacar la llave para franquear la barricada, Stix le cortó el paso.

—Esperad. Por favor —dijo—. Escuchadme un momento, alteza.

—¿Por qué? —Grosera, grosera. Ya estaba igual que antes—. ¿Qué quieres decirme?

—Que deberíais aceptar y viajar a Azmir.

No era lo que Vivia se esperaba, ni tampoco lo que quería oír.

Pero Stix no había terminado.

—Lo creáis o no, la ciudad no se vendrá abajo si os ausentáis durante un día. Y el comercio con Marstok... ¿De verdad podemos arriesgarnos a perder una oportunidad así?

—No tengo tiempo —le espetó Vivia, sacando la llave—. Hazte a un lado, capitana.

Stix no se movió. Se limitó a cruzarse de brazos; era una pose que Vivia ya había visto un millar de veces, normalmente serena y sonriente, con sus ojos miopes entornados.

Pero ahora no veía sonrisa alguna. Stix fruncía los labios con fuerza.

—¿Que no tenéis tiempo? Los preparativos de la ciudad subterránea ya han concluido, y hay soldados repartidos por toda la ciudad para que todo funcione como es debido. El Alto Consejo no se reunirá hasta mañana, y me tenéis a mí para asegurarme de que las reparaciones del dique avancen según lo planeado. Yo diría que hoy es el día perfecto para ir.

—Pero mi padre... —dijo Vivia.

—No tiene nada que ver. Os ha robado el discurso. Os ha robado los aplausos y el reconocimiento que os correspondían. La reina sucesora sois vos, no él. ¿Y cuántas veces hemos dicho que Noden y los peces bruja deberían doblegarse a la voluntad de una mujer? Por favor —añadió Stix, apartándose de la barricada—. Los Hasstrel solamente nos enviaron un cargamento de cereal y ya no responden a nuestros brujos de la voz. Necesitamos esta oportunidad. Hacedlo por vos misma y también por Nubrevna. Puede que no tengáis tantos títulos como la emperatriz, pero no sois menos que ella. La reina sucesora eres tú, Viv. No tu padre.

Ah. Viv. Hacía dos semanas que Vivia no quería oír otra palabra de labios de su mejor amiga y ahora, por fin, la había dicho. Para suplicarle.

El castigo de antes regresó, más fuerte que nunca. Más cruel que nunca. Tenía que marcharse de allí antes de que le estallara el pecho. Necesitaba estar sola.

—Me lo pensaré —dijo, sorprendida por el tono normal y nítido de su propia voz. Pasó junto a Stix sin miramientos, abrió la barricada y entró en los túneles tan deprisa como se lo permitían sus torpes pies.

Y cuando las mareas de las cisternas se lanzaron sobre ella, no hizo el menor ademán de detenerlas. No empleó su magia para controlarlas o refrenar su impacto. En vez de eso, dejó que las aguas de la ciudad la arrastraran y se la llevaran muy lejos de allí.

SEIS



Stacia Sotar deslizó los dedos por la superficie de piedra caliza tallada. Los hongos luminosos bañaban su piel con su verdoso resplandor. Un centenar de diminutos recuadros entrecruzados por líneas diagonales enmarcaban un gran rectángulo tan alto como ella. Daba la impresión de que alguien había planeado construir allí una puerta y había incluso iniciado las obras, pero que después había renunciado a su proyecto antes de excavar pasadizo alguno.

«O tal vez sea una puerta de un solo sentido».

Por algún motivo, Stix llevaba toda la mañana pensando en lo mismo. En que quizá, por obra de alguna magia que escapaba a su comprensión, allí había una puerta.

Una puerta de un solo sentido.

Stix apartó la mano de los grabados y retrocedió un par de pasos, sacudiendo la cabeza como hacía siempre que acudía allí. Inspiró hondo, sintiendo el impulso de hablar con Vivia. Quería preguntarle qué opinaba ella acerca de aquella puerta escondida en los límites de la ciudad subterránea. Y, sobre todo, quería saber si Vivía también oía las voces que salían de la roca.

Pero lo cierto era que Stix no debía... no podía mencionárselo. La reina sucesora ya tenía suficientes preocupaciones. Demasiadas, incluso. Stix no quería echar más leña al fuego.

Tampoco la ayudaba demasiado que su relación se hubiera enfriado tanto desde aquel beso del que nunca hablaban. Era muy extraño (siempre lo había sido) que Stix pudiera estar tan cerca de su mejor amiga y, al mismo tiempo, a un millar de leguas de distancia. De cuando en cuando captaba un destello de la verdadera Vivia, pero nada más. Pequeños atisbos, siempre fugaces.

Después del beso, Stix estaba convencida de que finalmente se había ganado su total sinceridad, el verdadero rostro de Vivia, el que ella tanto

adoraba. Pero luego la promesa de la corona se había posado sobre la frente de Vivia y, con ella, un millar de tareas ineludibles para reconstruir su ciudad arrasada. Vivia se había vuelto a esconder tras sus máscaras y sus deberes.

Y Stix se había quedado sola frente a los susurros.

Además, ¿qué podía decirle? «Conozco demasiado bien la ciudad subterránea, Viv. Encuentro rincones secretos y calles ocultas que no debería ser capaz de ver».

O quizá: «Me angustio cada vez que me alejo de la ciudad subterránea. Pero en cuanto regreso, siento que puedo volver a respirar».

O lo que más asustaba a Stix, lo que no era capaz ni de decirse en voz alta a sí misma: «Oigo susurros, Viv. Me hablan día y noche y me están haciendo perder la cabeza».

Las voces solamente le hablaban cuando Stix estaba en la superficie, lejos de la ciudad subterránea. Solamente gritaban cuando se alejaba de aquella puerta. Pero cuando estaba allí, se acallaban.

Todo había empezado dos semanas antes, con un sueño. Con oscuridad, gritos y un dolor en el cuello que la había despertado en plena noche, con las sábanas empapadas y ríos de sudor corriéndole por la piel.

Una semana más tarde, las sombras habían comenzado a abordarla durante el día, en forma de movimientos furtivos por los rincones. Empezó a temer que su visión, ya de por sí deficiente, estuviera yendo a peor. Pero solamente duraron unos días. Después desaparecieron, sustituidas por los susurros.

Eso era lo peor hasta el momento, porque nunca conseguía oír las voces con claridad. Le recordaban a un recluta al que había entrenado: por mucho que Stix le decía que levantara la voz, siempre hablaba como un ratoncillo. Casi todas sus palabras se perdían sin que nadie las oyera.

Así eran aquellos susurros.

A veces, Stix se las imaginaba como un centenar de voces distintas que hablaban dentro de su cerebro. Otras, le parecía que era una sola voz, que todos aquellos sonidos e idiomas aislados se fundían como una enorme orquesta que tocaba una misma melodía.

Ya fueran muchas o una sola, lo importante era que aquellas voces pronunciaban palabras sin sentido, en un idioma (o varios) que ella desconocía.

El murmullo grave e inaudible de esas voces no cesaba jamás. Seguían a Stix noche y día. Siempre incomprensibles y furiosas, ansiosas por que Stix les hiciera caso.

«¡Pero si no os entiendo!», había gritado para sus adentros un millar de veces durante las últimas dos semanas. En dos ocasiones, incluso lo había gritado en voz alta, por despiste.

Su único consuelo era la Torre del Color. El jolgorio de la abarrotada sala principal, donde los desamparados y los hambrientos acudían en busca de alimento. Donde todo aquel jaleo ahogaba durante un tiempo los delirantes susurros. Pero solamente en la ciudad subterránea se sentía verdaderamente en casa.

Allí, los susurros pasaban de la ira a la persuasión. «Ven», parecían decirle, con palabras que ella no comprendía. «Ven por aquí, no te detengas».

Stix las seguía todas las noches, aun sabiendo que al día siguiente se arrepentiría. Que estaría agotada, le dolería la cabeza y los susurros regresarían igualmente. Pero la llamada de la ciudad siempre era más fuerte, y terminaba cediendo cada noche.

Incluso ahora, en lugar de estar ayudando al traslado de las familias o supervisando las obras del dique, estaba allí. Hoy era el cumpleaños de su padre y Stix le había prometido que se pasarían por El Sajado. Pero allí estaba, delante de aquella puerta a ninguna parte. Otra vez. Y no estaba obteniendo más respuestas que ayer ni que cualquier otra noche. Tan solo ese débil gemido: «Ven por aquí, no te detengas».

—No puedo —contestó Stix. Se frotó los ojos (por los Doce, cómo le escocían) y se dio la vuelta.



Stix caminaba por las cisternas, siguiendo el mismo camino que habría tenido que recorrer Vivian para salir a la superficie, cuando se fijó en una marca de la pared de piedra caliza. No era nueva; la había visto cien veces antes.

Pero hoy, sin saber por qué, se detuvo allí. Sin saber por qué, aunque el estruendo del agua se acercaba rápidamente, Stix frenó sus pasos y examinó la imagen de arriba abajo.

Era un relieve de la dama Baile, santa patrona del cambio, las estaciones y las encrucijadas. En una mano sostenía una trucha y en la otra una espiga de trigo. La santa de piedra era tan alta como Stix y estaba tan erosionada por el tiempo que su máscara de zorro había desaparecido, junto con casi toda la cabeza.

Pero los ojos seguían allí. Era precisamente eso lo que le había llamado la atención. Eran esos ojos los que de pronto habían hecho que las voces se

revolvieran y arreciaran.

Pero esta vez le hablaban en un idioma que conocía, y esta vez sí que le estaban indicando adonde debía ir. Le explicaban cómo ir y no detenerse.

—Sí —dijo Stix, aunque el sonido de su voz se perdió entre las aguas que avanzaban hacia ella—. Llegaré enseguida.

De pronto, el coro de su cabeza quedó en silencio, y entonces la alcanzó el torrente de la cisterna, espumoso y violento, unido a la magia que le corría por las venas. Dejó que las aguas se la llevaran, porque ya no había razón para seguir los pasos de Vivia. No había razón para regresar al Cerro de la Reina ni supervisar las obras del dique.

Stix tenía que ir al sur.

«Ven por aquí, no te detengas».

SIETE



Aeduan despertó confundido. Recordaba el dolor, el fuego y unos sueños imposibles que ahora estaban borrosos. Iseult y él habían dormido dentro de una pira, junto a un arroyo.

En cuanto abrió los párpados, una tenue luz lo cegó. Estaba dentro de la cueva de Lechuza; el tufo del murciélago montañés eclipsaba cualquier otro olor. Pero su magia era más fuerte. Lechuza estaba cerca: percibía la esencia de agua de rosas y nanas arropadas que le corría por las venas. Y si la niña estaba allí, Iseult tampoco podía andar lejos. Estaba allí de verdad, no solamente en sueños.

No sabía por qué Iseult había decidido quedarse, pero sentía un alivio innegable extendiéndose por su cuerpo.

Aeduan carraspeó, se giró para tumbarse de costado y se topó con Lechuza, que estaba acucillada a su lado, mirándolo fijamente con sus grandes ojos rasgados.

—El desayuno —anunció, poniéndole un cuenco de madera bajo las narices. Estaba lleno de lombrices vivas. Aeduan tuvo que emplear todo su autocontrol para no apartarse. Se incorporó, dejando caer la manta, y notó un frío repentino en el cuerpo. ¿Por qué iba descamisado?

—Son las favoritas de Arándano —le explicó Lechuza. Como si quisiera confirmarlo, la bestia se asomó desde el fondo de la cueva, envuelta en sombras. El rancio hedor del murciélago lo golpeó cuando este le echó una vaharada en la cara.

Los gusanos no dejaban de retorcerse. Lechuza le acercó el cuenco un poco más.

—Come.

Aeduan cogió el cuenco; de inmediato, Arándano empezó a olisquearle la oreja con el hocico caliente y húmedo. Agitó la mano para ahuyentar al

murciélago y miró de reojo la rendija de luz que se filtraba por la entrada.

—Primero... quiero agua, Lechuza.

La niña pareció dar su beneplácito. Después de mirar a Aeduan mientras este se ponía de pie con dificultad, Lechuza se arrebujó en las mantas todavía calientes y Arándano se echó a su lado.

Las piedras le arañaron el pecho al salir de la cueva. Una vez fuera, se le erizó la piel de inmediato. Hacía mucho frío, a pesar de la luz del sol que calentaba la niebla matinal. Tiritando, se obligó a alejarse de la cueva y dirigirse a la linde del bosque. Una vez allí, oculto tras los arbustos y el musgo, vació el cuenco de lombrices en el suelo. Hacía solamente tres días que Lechuza había empezado a hablar de nuevo y ya les estaba dando un sinfín de quebraderos de cabeza.

Aeduan dejó el cuenco vacío sobre una piedra para recogerlo más tarde, pero en cuanto se inclinó comenzó a dolerle el pecho como si le hubieran hundido una daga entre las costillas. De pronto empezó a toser. Y a toser. Y a toser. No podía parar. Entonces una mano se posó en su espalda con delicadeza. Con cautela. Con preocupación. Su inesperada aparición consiguió que dejara de toser; el rostro inescrutable de la bruja de los hilos escudriñó el suyo.

—¿Estás bien?

Aeduan no intentó erguirse. Se le oscurecía la visión y sentía una frustrante palpitación en el pecho. ¿A qué venía esa debilidad? ¿Ese malestar? Su magia ya debería haberlo sanado por completo.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó. Le escocía la garganta como si hubiera bebido ácido.

—Yo iba a preguntarte lo mismo. —Iseult lo ayudó a levantarse, tocándole la piel con sus manos cálidas—. ¿No recuerdas que volviste al campamento?

—No —confesó. Iseult estaba tan cerca que Aeduan distinguía unas motas verdes en sus ojos. El rubor de su nariz por culpa del frío. Le recordaba el sueño que había tenido: su rostro sereno, las llamas inofensivas. Iseult había pronunciado el nombre de Aeduan sin abrir los ojos, y sus dedos le habían aferrado las caderas, dejándolo sin aliento.

Ahora también lo había dejado sin aliento, y en este momento no se lo podía permitir.

Se apartó de ella con un movimiento brusco que hizo que los árboles empezaran a dar vueltas.

—¿Y mi camisa?

Iseult se ruborizó de pronto y señaló vagamente colina arriba.

—Se está secando. T-te la he lavado.

—Ah. —Aeduan se obligó a erguirse, y le dolió todo el cuerpo al hacerlo —. Voy a buscarla.

Se dio la vuelta, pero o el movimiento fue demasiado rápido o su cuerpo estaba más débil de lo que pensaba, porque su visión volvió a oscurecerse y empezó a toser de nuevo. Los dedos de la bruja de los hilos lo sujetaron otra vez. Aeduan no protestó cuando Iseult lo guio hasta la pequeña hoguera y lo ayudó a sentarse.

No protestó, porque no era capaz.

Había un pequeño perol junto al fuego moribundo; un paño húmedo asomaba por el borde. Iseult llenó una taza de agua caliente.

—Bebe.

Obedeció. Aunque le dolía la garganta como si estuviera bebiendo cristales rotos, lo prefería así. El dolor hacía retroceder las sombras. Y las toses.

—Si me hubieras dejado acompañarte —dijo Iseult mientras bebía—, te habría ayudado con el camino nomatsí. —Era la tercera vez que discutían por lo mismo: ¿era mejor que Iseult lo acompañara o que se quedara con Lechuza? Si lo acompañaba, sabría identificar el camino nomatsí y ayudaría a Aeduan a llegar ileso hasta las masacres que rastreaba. Si se quedaba, impediría que Lechuza y Arándano se metieran en algún lío.

—Las trampas ya estaban casi todas activadas cuando llegué —mintió. Aunque era verdad que había visto varios cadáveres (vestidos con lo que ahora identificaba como los ropajes grises de los puristas), los que habían pasado por allí habían hecho saltar muy pocas trampas.

Por lo tanto, los atacantes parecían saber lo que se hacían. La tribu nomatsí había sido masacrada sin previo aviso, igual que las dos anteriores.

Se terminó el agua antes de añadir:

—Esta tribu era más numerosa que las otras. Estaban todos muertos.

—Oh. —Apenas un suspiro de resignación, aunque su rostro permaneció impassible—. Pero si ya habían activado las trampas, ¿por qué tenías tantas flechas?

—Encontré un superviviente. Un monje. Pero no estaba entrenado para el combate. Tuve que... ocuparme de él. —Aeduan se dio cuenta de que Iseult abría los ojos de espanto y añadió—: No lo maté. —No sabía por qué sentía la necesidad de aclararlo—. Estaba moribundo cuando lo encontré y me quedé para enterrarlo. Entonces activé las trampas.

Otro leve suspiro. Iseult se sentó a su lado, con las piernas cruzadas.

—¿Viste quién los atacó?

Aeduan asintió, pero enseguida deseó no haberlo hecho: todo le daba vueltas.

—El monje —se obligó a decir, cerrando los ojos con fuerza— dijo que habían sido los puristas.

—¿Entonces no eran saqueadores?

—No lo sé. —También era mentira, pero no veía motivos para contarle a Iseult que algunos puristas trabajaban para el rey saqueador. Que él mismo conocía a un purista que trabajaba para su padre.

—Corlant —dijo Iseult, deduciéndolo sin ayuda—. Estuvo allí, ¿verdad?

Sin esperar a que Aeduan respondiera, sacó algo de sus bolsillos y abrió las manos para mostrárselo.

Dos oscuras puntas de flecha resplandecían en las palmas de sus manos pálidas. Ambas tenían manchas de sangre, pero solamente una despedía una esencia sanguínea: la de Aeduan.

—Esta me hirió en Dalmotti. —Cerró la mano izquierda en un puño—. Y esta otra te la he sacado al amanecer. Creo que están malditas. No —se corrigió, sacudiendo la cabeza—. Sé que están malditas. Lechuza lo llama «tierra mala».

«Tierra mala». Aeduan se miró el pecho, las seis viejas cicatrices que le marcaban la carne y las cuatro nuevas heridas del vientre, unas heridas que no deberían seguir ahí, como tampoco los diecisiete orificios de la espalda. Había tenido tiempo más que de sobra para sanar.

—Corlant es capaz de hacer eso —continuó Iseult—. Me... —Se tocó el bíceps derecho—. Me disparó una flecha maldita en Dalmotti. —Su voz se había vuelto aguda, como un violín con las cuerdas demasiado tensas—. Estuve inconsciente mucho tiempo. C-casi me muero.

—Eso no puede pasarme a mí. Soy un brujo de la sangre.

Iseult se encogió de hombros, como diciendo: «¿Cómo estás tan seguro?». Pero lo que dijo fue muy distinto:

—¿Qué hacía Corlant con esa tribu? Los Midenzi están al otro lado del Jadansi. A menos que... —Se interrumpió, frunciendo levemente el ceño.

Aeduan no contestó. No le resultaba natural mentir, y ya había llegado a su límite. La mejor opción era guardar silencio.

Iseult lo miró sin pestañear durante largo rato, tan inescrutable como cualquier bruja de los hilos. Detrás de ella se oyó el chasquido de la hoguera;

una última llama lamió el aire antes de que empezara a brotar el humo. Una suave brisa le rozó la piel desnuda.

Quería su camisa.

—Necesitamos un sanador de verdad —dijo finalmente Iseult, mirando significativamente el vientre de Aeduan—. Necesitamos suministros de curación en condiciones y nos hemos quedado sin grasa para las armas.

«¿Nos?», pensó Aeduan. Pero antes de que pudiera preguntarle por qué hablaba en plural o por qué no había aprovechado para marcharse durante la noche, Iseult ya se había puesto de pie y le examinaba la espalda; percibía sus movimientos por el rabillo del ojo. Humo, carne y llamas.

—Estás sangrando otra vez —murmuró. Sus dedos cálidos y firmes volvieron a rozarle el cuerpo, presionándole el paño húmedo contra la espalda. Ni siquiera la había visto recogerlo.

—Para. —Se dio la vuelta para quitarle el paño de la mano—. Ya lo hago yo —intentó decir, pero el movimiento de las costillas y la tensión de las heridas de la espalda al girarse le provocaron nuevos espasmos en los pulmones.

Esta vez no pudo dejar de toser. Después de beber dos tazas más de agua, seguía sin aliento. Por eso, cuando Iseult volvió a intentar limpiarle la sangre que no paraba de gotear, no protestó.

Ni tampoco cuando le dijo:

—Tenemos que ir a Tirla, Aeduan. Sé que es una plaza marstokí, pero en una ciudad tan grande seguro que podremos encontrar un sanador. Y reabastecernos.

En plural, siempre en plural.

El paño húmedo era como una cuchilla sobre su piel. Por todas partes sentía dolores extraños, y si no dejaba de toser pronto, empezaría a sangrarle la garganta también. Odiaba notarse tan débil. Los monjes Carawen estaban preparados para cualquier cosa, y Aeduan siempre se había enorgullecido de estarlo más que ningún otro. Pero llevaba dos semanas distraído, inestable.

Además, era la primera vez que trabajaba de balde. Sentía una presión fastidiosa y constante en la nuca, como si una voz le hiciera cosquillas: «Deberías estar cobrando. Cada segundo que pasa es una moneda perdida». Y también un segundo sin contactar con su padre y sin buscar las monedas que le debían.

Dos semanas antes, Aeduan habría seguido la esencia de lagos transparentes e inviernos gélidos, el fantasma que le había robado su dinero y que había socorrido al príncipe Leopold en Nubrevna. Dos semanas antes,

también habría regresado a Lejna para recuperar esas monedas del escondite que le había revelado Iseult. Y dos semanas antes, habría contemplado todas esas masacres sin sentir absolutamente nada. Al fin y al cabo, la muerte era algo inevitable en tiempos de guerra. Como solía decir su padre: «La vida es el precio de la justicia».

Pero dos semanas antes, todavía no había encontrado a Lechuza atada y drogada por unos saqueadores que lucían el estandarte de su padre. Dos semanas antes, no había reconocido la esencia de los hombres de su padre en mitad de una matanza de tribus nomatsíes enteras.

Y dos semanas antes tampoco viajaba con una mujer con la que había contraído más deudas vitales de las que podía contar, que aumentaban día a día.

Ahora mismo, por ejemplo: Iseult lo estaba cuidando. Aeduan no sabía por qué. Tampoco lo que suponía aquella ayuda, tan solo que estaba en deuda con ella. Que no podía marcharse hasta que la deuda estuviera saldada.

Y también estaba el problema de la tribu desaparecida de Lechuza. De la esencia de brezo veraniego y decisiones imposibles. Todavía estaba viva, en algún lugar de las montañas.

—Sí —accedió finalmente Aeduan, con un hilo de voz entre los accesos de tos—. Vamos a Tirla.



El día en que Aeduan descubrió que su padre estaba vivo, llovía. Aeduan había viajado a la base que el monasterio tenía en Tirla para conseguir un nuevo encargo. Por aquel entonces muchísima gente quería contratarlo específicamente a él, esta vez no había sido diferente. Pero una misión le había resultado más interesante que el resto.

Todavía recordaba lo que decía exactamente el mensaje:

*Se necesita brujo de la sangre Carawen para localizar a un
perro que responde al nombre de Calzas.*

*Preséntese en la granja al norte de Tirla; habrá banderines
azules sobre la puerta.*

El perro que había tenido de niño también se llamaba Calzas. Aeduan lo había matado; tal vez podía salvar a este otro.

Pero cuando llegó a la ruinoso granja, solamente percibió a un hombre que lo esperaba dentro de una casita con techo de paja.

Aeduan empuñó un cuchillo antes de entrar. Tardó muchas horas en envainarlo, aunque el hombre que estaba sentado en un taburete frente al hogar era su viva imagen, salvo por las arrugas que rodeaban sus ojos avellana y los reflejos grises que iluminaban su cabello.

—Eres tú —dijo el hombre con una voz cavernosa que le hizo retumbar el pecho. Era la misma voz que todavía le contaba el cuento del monstruo y la miel en sueños.

Aeduan no guardó el cuchillo. No reaccionó en absoluto. Ni siquiera cuando el hombre se levantó y dijo:

—Aeduan. Hijo mío. —Al fin y al cabo, los fantasmas no podían volver de entre los muertos—. Estás vivo. —Aquel hombre hablaba en nomatsí, un idioma que Aeduan llevaba más de diez años sin utilizar—. Creía... que estabas muerto.

Aeduan había creído lo mismo. Pero no dijo nada. Ninguno se sentó. Se sostuvieron la mirada largo rato.

—Tu madre... —dijo el hombre, con un deje interrogativo.

Aeduan negó con la cabeza, con un movimiento cortante. Dysi no había sobrevivido. Pero no quería decirlo en voz alta.

El hombre inspiró hondo con gesto afligido antes de asentir secamente, con aire casi formal.

—Solo he amado dos veces —dijo—. Y dos veces los imperios me lo han arrebatado todo.

Tragó saliva y frunció el ceño. Por primera vez desde hacía muchos años, Aeduan recordó que su padre había tenido otra familia, hijas y una esposa que habían muerto.

—Por eso mismo, comprenderás —continuó el hombre— que haber recuperado a mi hijo... es más de lo que nunca me he atrevido a soñar. —Hablaban con absoluta calma, como si estuviera comentando el clima o describiendo la mejor forma de esquivar el golpe de un enemigo.

El tono impasible con el que pronunciaba tan desgarradoras palabras las volvía aún *más* hirientes. Por primera vez desde que había entrado en aquella casucha, Aeduan habló:

—Dime dónde has estado.

Y su padre se lo contó.

Aeduan se enteró de que, en los quince años que habían pasado desde el ataque a su tribu, Ragnor había viajado a Arituania, siguiendo a los emigrantes nomatsíes y a los brujos desterrados por sus imperios. Se enteró de

que su padre había reunido un ejército que pretendía terminar de una vez por todas con la tiranía imperial.

Y se enteró de que su padre le ofrecía un lugar a su lado..., si es que Aeduan estaba dispuesto a aceptarlo.

Y lo estaba.

Al final, fue su esencia sanguínea la que lo convenció de que aquel hombre era verdaderamente su padre. Había cambiado en esos quince años, por supuesto: el aroma a hierro ensangrentado y hielo durmiente seguían allí, pero habían desaparecido las canciones de cuna y los perros cariñosos que él recordaba. En su lugar, había fuego. Una pérdida inconsolable que impregnaba cada gota de la sangre de Ragnor y daba a sus ojos un peso que nadie más podía entender.

Nadie más que Aeduan, que había estado presente el día en que se lo habían arrebatado todo a los dos.

Pero fueron las palabras de Ragnor las que lo convencieron de unirse a él. Y desde aquel día en la casita de techo de paja, el camino de Aeduan había estado muy claro. Nunca había dudado. Nunca había cuestionado nada. Nunca había titubeado. El dinero y la causa. El dinero y la causa. No había sitio para deseos personales, ni tampoco los quería. Hacía mucho tiempo que había renunciado a la esperanza. Lo único que podía hacer era actuar, seguir adelante. El dinero y la causa. El dinero y la causa.

Hasta hacia dos semanas.

Ahora, todo estaba borroso. Ahora Aeduan se sentía atrapado entre el deber y las deudas vitales. Entre su padre y una niña. No podía servir a Ragnor y rastrear a la tribu de Lechuza. No podía buscarle un hogar a la niña (ni saldar su deuda con Iseult) y permanecer fiel al dinero y a la causa.

Estaba atrapado, como en el cuento de aquel hombre que quería alimentar a su familia durante una ventisca, pero le daba lástima sacrificar al cordero. El cuento terminaba con todos los personajes muertos de hambre, incluido el cordero.

Porque la Dama Fortuna nos obliga a elegir a todos tarde o temprano. Incluso a los brujos de la sangre.

OCHO



Sin saber muy bien cómo, de pronto era Iseult quien estaba al mando. Y no le hacía gracia. Ni pizca de gracia. Para empezar, ella nunca había estado en Tirla, y la única instrucción que le había podido dar Aeduan en su estado era «Sigue los letreros».

Y en segundo lugar, Lechuza se negaba a hacerle caso. Al igual que su tocaya, aquella niña era una rebelde. Si Iseult le pedía que hiciera algo (recoger los utensilios después de la cena, no alejarse demasiado mientras caminaban...), la niña clavaba los pies en el suelo y se negaba en redondo. O fingía no haberla oído.

Sin embargo, si era Aeduan quien se lo pedía..., oh, entonces Lechuza obedecía sin rechistar. Los hilos del color del alba que la conectaban con Aeduan se fortalecían día a día. Aunque el brujo careciera de hilos, no había duda de que Lechuza estaba unida a él.

Su desobediencia no había supuesto un problema en aquellas dos semanas de viaje. Era un incordio, por supuesto, pero Aeduan siempre conseguía solucionar rápidamente cualquier problema de disciplina. Sin embargo, ahora que Aeduan apenas era capaz de mantenerse consciente y debía emplear toda su atención en seguir poniendo un pie delante del otro, Iseult tenía que ocuparse de Lechuza ella sola.

Y la cosa no iba bien. De hecho, desde que Lechuza había tirado al fuego la trucha que iban a desayunar esa mañana, Iseult había decidido que la odiaba. Sabía que no estaba bien odiar a una niña, pero estaba convencida de que incluso Safi, que tenía mucha mano para los niños, la habría llamado «diabla infernal, maldita sea tres veces» o algo peor.

Lechuza protestaba por todo. Por el desayuno. Por lavar los cuencos. Por ponerse los zapatos. Por no salirse del camino. Y al menor atisbo de una

respuesta brusca de Iseult, se escabullía por los arbustos más cercanos y se escondía entre los árboles. Y cuando no había árboles, entre las rocas.

Echaba a correr y desaparecía sin más, como si se la hubiera tragado la tierra. Y antes de que Iseult tuviera tiempo de ponerse a buscarla, Arándano se acercaba dando pisotones y echando grandes vaharadas de aire fétido; en sus hilos plateados destellaba la aversión que sentía por Iseult.

El sentimiento era mutuo.

Cuanto más se acercaban a Tirla, más gente encontraban por el camino; sus mulas y carromatos convertían la tierra en barro. Tirla, ubicada en mitad de las montañas, conectaba tres fronteras, y ahora que se avecinaba la guerra tras diecinueve años de paz, la gente escapaba. Las familias huían de la amenaza de los saqueadores, cada vez mayor; las autoridades movilizaban tropas y los comerciantes esperaban sacar provecho de unos y de otros. Al avistar una de las vías principales que conducían a la ciudad, Iseult detuvo la marcha. No le apetecía pasearse entre la gente con un murciélago montañés.

Aeduan, tosiendo violentamente, se dejó caer a tierra nada más llegar al arroyo que Iseult había escogido para hacer un alto en el camino. La orilla estaba invadida por las zarzas, pero Aeduan apartó con las manos los arbustos espinosos, ignorando la sangre y el dolor, y bebió agua hasta que el acceso de tos remitió. No fue de ninguna utilidad en la inevitable discusión con la niña.

—A mí tampoco me gusta —le dijo Iseult a un montículo de piedras cuya forma recordaba vagamente a la silueta de una niña, y del que sobresalían unos hilos teñidos del color gris del odio—. Pero tienes que decirle a Arándano que se esconda. Pronto habrá mucha gente cerca, y si lo ven, querrán hacerle daño.

—No pueden —insistió el montón de piedras, separándose para dejar al descubierto una boca menuda—. Él es más grande.

—Sí —admitió Iseult a regañadientes—. Y ese es el problema. Si lo atacan, él hará lo mismo. —Los hilos del montículo se tiñeron del rosa del beneplácito, como si a Lechuza le pareciera una solución totalmente razonable—. Y eso no puede ser, Lechuza —continuó Iseult—. Para ayudar a Aeduan, tenemos que entrar en Tirla. ¿O es que no te importa Aeduan? —Justo entonces, el brujo de la sangre se puso a toser de nuevo.

Y no era una coincidencia; cuando Iseult lo miró de reojo, advirtió una leve sonrisa en sus labios cansados.

—Lechuza —dijo Aeduan, tosiendo teatralmente—. Dile... a Arándano... que se quede aquí. Te prometo que volveremos con él enseguida.

Aeduan tenía la voz quebrada y estaba encorvado, pero aun así miró a Iseult con ojos cansados y movió los labios para preguntarle sin hablar: «¿Qué más?».

«Y nada de magia», respondió Iseult, también moviendo los labios.

Aeduan asintió, pero no dijo nada. Se secó la boca y señaló los árboles con gesto dolorido.

—Creo que es mejor que te alejes un poco —murmuró—. No creo que... En fin, será más sencillo siendo dos.

—Quieres decir que la niña me odia.

Iseult sintió que se le encendía el rostro, pero obedeció. Sin mirar atrás, recogió las bolsas (que estaban atadas juntas para que Iseult pudiera cargar con las dos) y echó a andar hacia el bosque, en dirección a la carretera más cercana.

No llegó muy lejos antes de que Arándano surgiera de entre los árboles, tan sigiloso como un murciélago corriente, exhibiendo sus ardientes hilos desdeñosos. Al parecer, la criatura pensaba que no podía acompañarlos a Tirla por culpa de Iseult. Que era culpa de Iseult que Lechuza estuviera enfadada o Aeduan malherido.

Iseult no pudo contenerse: abandonando por completo su entrenamiento de bruja de los hilos, fulminó con la mirada a la enorme bestia, haciéndole una mueca. Por la diosa, qué bien se sentía al entornar los ojos y arrugar la nariz. Al enseñar los dientes. Sentía los pulmones ardiendo.

«Quémalo». Notaba las llamas bailando en las puntas de los dedos. «Préndele fuego y luego a la niña».

Al instante, la mueca de Iseult desapareció y se quedó helada.

Ella no era así. Aquel fuego no era suyo. Y tampoco aquella voz. La habían entrenado para mantener el cuerpo frío cuando debería calentarse, los dedos quietos cuando deberían temblar. La habían entrenado para ignorar los sentimientos que dominaban a todos los demás. Y sin embargo, ahí estaba: dominada. Arrastrada por unas emociones que no podía controlar.

Por un fuego que no podía controlar.

Durante un segundo que pareció una eternidad, Iseult se sintió abrumada por la culpa. Por lo mucho que se odiaba a sí misma, su magia y lo que le había hecho a aquel brujo del fuego. Ni siquiera era la primera persona que mataba. Todos los soldados y víboras que Esme había sajado en Lejna...

Había sido culpa suya. La Titiritera había utilizado la mente de Iseult para descubrir su paradero. Y después para ejecutar el ataque.

Iseult se llevó las manos a las sienes y se alejó de Arándano a trompicones. De Lechuza, de Aeduan.

—Estabilidad —susurró, pensando en el hielo, el hielo y nada más que el hielo—. Estabilidad en los dedos de las manos y los pies.

Las ramas la fustigaban. Sus botas se hundían en el suelo embarrado por la lluvia de anoche. El morral tintineaba y rebotaba a cada paso. Pero por mucho que huyera, hasta ahora no había conseguido escapar de los demonios ni eludir al brujo del fuego. No había motivos para pensar que fuera a funcionar ahora.

Tendría que estar más atenta. Ni un solo estallido de rabia más. Y nada de dormir. Había prendido un incendio esa mañana, cuando el golpe en la cabeza la había dejado sin sentido. Gracias a la Madre Luna, Aeduan y ella habían estado rodeados de grava y no de vegetación.

Sin duda, la ciudad de Tirla sería mucho más inflamable.

Iseult se detuvo por fin al ver señales de vida. En la periferia de su percepción mágica empezaba a flotar un denso tapiz de hilos en el que aparecían representadas todas las emociones imaginables, desde el color gris hierro del dolor hasta el tono color escarlata de los hilos del corazón. Pero en todos ellos estaba enhebrada una emoción compartida: el color verde de la concentración durante un viaje.

Aguardó allí, dejando pasar los minutos mientras su magia se acostumbraba a la abundancia de gentes y de hilos. La estabilidad que antes la rehuía se asentó por fin sobre ella, reconfortada por las reglas a las que estaba habituada. Iseult había crecido rodeada de gente; había vivido muchos años en una ciudad populosa: la indiferencia y la lógica eran más fáciles de alcanzar al mirar desde la periferia.

Pero Aeduan no tenía hilos. No podía mirarlo desde la periferia.

Finalmente, el brujo de la sangre se acercó renqueando. Llevaba a Lechuza de la mano, y aunque los hilos de la niña lucían el color rojo de los berrinches, al menos estaba siendo obediente... y no se veía a Arándano por ninguna parte.

Aeduan escudriñó a Iseult con sus ojos azules e inquisitivos. Como si se estuviera preguntando por qué se había alejado tanto de ellos. Como si quisiera asegurarse de que todo iba bien.

Iseult fingió no darse cuenta. Las llamas eran problema suyo, solamente suyo. Aeduan no podía hacer nada por ella. Solo quedaba seguir adelante y hacer de tripas corazón.

Pero, por la diosa, ojalá Safi estuviera con ella.



—Piensa como Iseult —susurró Safi. Llevaba dos horas repitiéndose lo mismo, sentada en el borde de la cama, en sus preciosos aposentos blancos, con el precioso vestido blanco manchado de sangre de aquel hombre.

«Blanco, blanco, blanco». Todo lo que veía era blanco, desde las paredes hasta las baldosas del suelo. El primer día, Safi había admirado sus aposentos luminosos y apacibles. Pero ahora veía lo terrible que era ese color. El blanco hacía resaltar demasiado la sangre, y una vez seca era imposible eliminarla.

Las huellas que había ido dejando por el suelo seguían allí, como un recordatorio parduzco e ineludible de lo que había hecho. De lo que había provocado. Por si no fuera suficiente con los recuerdos grabados a fuego en su cerebro. La cabeza cercenada, pestañeando y chorreando sangre. Las últimas palabras de aquel hombre: «Qué pregunta tan ridícula».

Fuera, estaba sonando la decimotercera campanada. Brillaba el sol, aunque por los postigos de hierro de la solitaria ventana solamente entraba una luz grisácea y débil. Los grillos chirriaban en el pequeño patio ajardinado.

Safi apretó con los dedos la piedra hilandera que llevaba al cuello y apoyó la cabeza en las rodillas. Aquella piedra era un regalo de Iseult. Ella tenía otra idéntica, y se iluminaban cuando alguna de las dos estaba en peligro.

—Piensa como Iseult. Piensa como Iseult. —Su hermana de hilos habría encontrado alguna solución para aquel desastre. La fría y lógica Iseult habría abordado el problema como si se tratara de un nudo en un collar fino y delicado. Le habría hecho mil preguntas hasta sonsacarle todos los hechos.

Y los hechos eran que, por segunda vez en su vida, Safi se había labrado su propio camino, había jugado sus propias cartas (sin que nadie la guiara), y sus decisiones la habían conducido hasta allí. Se había convertido en la bruja de la verdad de la emperatriz Vaness a cambio de un acuerdo comercial con la empobrecida nación de Nubrevna. Más tarde, había tomado una decisión parecida en Saldónica; la marca que ahora lucía en el pulgar era un recordatorio de ello.

Un día después de su duelo con la almirante Kahina y del pacto entre ambas, le había aparecido una delgada línea roja en el dedo, *exactamente* donde Kahina llevaba un anillo de jade. El mismo anillo que había emitido un destello cuando Safi había prometido hacer lo que la almirante le pidiera; sospechaba que ahora su trato era algo más que un simple acuerdo verbal. Pero como con todo lo demás, procuraba no pensar en ello. Su decisión le había salvado el pellejo, y también a Vaness y a los bardas infernales.

Pero los bardas infernales ya no estaban allí. El Sultanato marstokí se había negado rotundamente a admitir cartorrianos (sin contar a Safi) en el palacio, y también los generales, los almirantes, la nobleza y los víboras. El revuelo que había causado la presencia de los bardas infernales como escoltas y compañeros de Safi... era peligroso. Tanto para ellos como para Safi.

Eso la llevaba al siguiente hecho: Safi estaba completamente sola en el palacio imperial, rodeada por las aguas del lago Scarza, la falda de las montañas kenduranas y miles de enemigos marstokíes que querían verla muerta. Y otros tantos extranjeros.

Sabía que Rokesh y los demás víboras la protegerían, pero aunque Vaness y ella se habían hecho aliadas en Saldónica (tal vez incluso amigas), si había que elegir entre la vida de Safi y el futuro del imperio...

«Una vida a cambio de muchas» era una máxima que Safi comprendía demasiado bien.

Pero quizá el hecho más importante de todos era que la brujería de la verdad que Safi llevaba toda la vida escondiendo se había vuelto de dominio público. Lo único que Safi nunca había querido que pasara, lo único de lo que había huido durante diecinueve años... ahora se había hecho realidad. Era un peón de un imperio, un cuchillo en manos de la Dama Fortuna. Y muchos hombres iban a morir por culpa de su magia.

«Verdad», ronroneó el poder de Safi, produciéndole en el pecho una calidez inoportuna. Cerró los ojos con fuerza. Quería irse de allí. Quería abandonar la posición que había elegido y huir tan deprisa y tan lejos como pudiera.

Pero no era ninguna ingenua. Si intentaba fugarse, terminaría cargada de cadenas y ya no podría escapar jamás de Marstok. Tampoco podría encontrar a Iseult, la única persona de las Tierras Embrujadas que le importaba.

Iseult viajaba ahora con un brujo de la sangre. Concretamente, con el que las había perseguido desde el otro lado del Jadansi, y aunque Iseult le había dicho que se fiaba de él, Safi no se lo creía. No podía creerlo. Iseult y ella habían hablado dos veces en sueños, y siempre había pasado algo. Por algún motivo, los pensamientos de Iseult se dispersaban y sus palabras se cargaban de mentiras.

Safi temía que en realidad Iseult no estuviera viajando por voluntad propia con el brujo de la sangre, ese monstruo, pero no tenía forma de averiguarlo: Iseult llevaba una semana y media sin visitarla en sueños.

Soltó un lamento. Sus pensamientos la habían guiado de nuevo hasta el principio: estaba atrapada en la corte, muy lejos de Iseult. Aquello no se le

daba bien. Necesitaba a Iseult para que dedujera cuál era la mejor forma de actuar.

Mientras estaba sentada en la cama, tamborileando con los pies en las baldosas, un graznido resonó en la habitación. Safi levantó la vista y se dio cuenta de que un cuervo la observaba desde la puerta del jardín. Un cuervo viejo, a juzgar por las marcas blancas del pico.

El ave ladeó la cabeza con un gesto siniestramente inteligente.

—No tengo comida —dijo Safi, levantándose—. Largo de aquí, cuervo. —Ahuyentó a la criatura con gestos desganados—. Lárgate antes de que te eche encima a los víboras.

Sus amenazas no parecieron impresionar al pájaro, que sin embargo retrocedió de un salto y batió las alas cuando Safi se le acercó.

—Largo de aquí —repitió Safi con más energía, agitando las manos como si fueran alas—. Vete antes de que alguien te dispare un dardo envenenado... —Safi se interrumpió cuando el cuervo echó a volar y se posó en el telescopio instalado en el corazón del pequeño jardín.

Era un regalo de la emperatriz, adquirido en Veñaza durante la Cumbre de la Tregua. Safi y Vaness se habían orientado gracias a las constelaciones durante su viaje por las Tierras Disputadas, así que a la emperatriz se le había ocurrido que quizás a Safi le gustaría tener el telescopio para «contemplar los cielos más de cerca».

Sabía que Vaness lo había hecho con buena intención, pero para ella era un cruel recordatorio de que estaba atrapada dentro de los muros del palacio y las estrellas eran su única vía de evasión.

El pájaro extendió las alas totalmente. Sus plumas resplandecían a la luz del sol. Pero no era el cuervo lo que miraba Safi, sino lo que este llevaba en el pico: un pedazo de cuarzo rosa. Al principio pensó que se trataba de una piedra dolora, pero no brillaba. Además, ¿qué iba a hacer un cuervo con una piedra mágica?

Entonces el cuervo soltó la piedra, graznó de nuevo con tono apremiante y se marchó volando, no sin antes dejar un espléndido manchurrón de mierda en el telescopio de latón.

—Gracias —musitó Safi. Por lo menos no se le había cagado en la cabeza.

La curiosidad la llevó hasta el jardín. Los insectos más cercanos se quedaron en silencio; la grava amarillenta crujía bajo las sandalias ensangrentadas.

Sí que era una piedra dolora. No podía creerlo. Era evidente que su magia se había agotado, pero la forma y el tamaño eran inconfundibles. Al agacharse

a recogerla, descubrió un orificio en la parte superior, para introducir un cordel.

Se quedó acucillada durante varios segundos, observando fijamente la piedra mientras el nudo de su mente se iba deshaciendo. Cautelosamente, tanteó la cadena de ideas, recorriéndola con delicadeza mientras una leve sonrisa iba asomando por la comisura de sus labios.

Ahí estaba: un plan para salvarse. Sencillo, directo y muy del gusto de Iseult. Necesitaría herramientas y libros. Y mañana, cuando la arisca bruja sanadora de la tierra fuera a verla para examinarle el pie y la nariz (las dos heridas seguían sin curarse del todo), Safi la atosigaría a preguntas. Si otros brujos eran capaces de transferir su magia a gemas, ungüentos, cerraduras y tambores, ¿por qué no Safi?

Si conseguía crear una... «piedra sincera», Vaness ya no la necesitaría para nada. Ya no serían sus palabras las que condenaran a muerte a los traidores. Y lo mejor de todo, podría partir en busca de Iseult sin más demora.

Con los pulmones hinchados de entusiasmo, Safi recogió la piedra dolosa inerte y se irguió. Tenía una misión, un plan. Y se sentía genial. Ya estaba bien de quedarse mano sobre mano en el palacio, de esperar a que le presentaran a los corruptos para señalarlos con el dedo. Ya estaba bien de ser el peón de los demás.

Safi se puso a trabajar.



Vivia estaba en la orilla del lago subterráneo, descalza. Las sombras bailaban sobre las ondas de la superficie, proyectadas por el farol que había dejado un poco más atrás, junto con sus botas, como hacía siempre que visitaba ese lugar.

Aquel era el corazón de Lovats, alimentado por kilómetros de ríos subterráneos y acuíferos olvidados largo tiempo atrás. También era el corazón de Vivia, el único lugar al que podía acudir cuando el pánico la desbordaba. Aquí podía respirar. Aquí podía ser Vivía. Solamente Vivía.

«Esta es la fuente de nuestro poder, Zorrito», le había dicho Jana. «El motivo por el que nuestra familia gobierna Nubrevna y las demás no. Esta agua nos conoce. Esta agua nos eligió».

—Apágate —susurró Vivia al farol. La caverna se sumió en la oscuridad. Después de respirar hondo tres veces, sus ojos se habituaron a la falta de luz y

distinguió los hongos luminiscentes que salpicaban la caverna, extendiéndose por el techo y formando seis radios.

Dos semanas antes solamente había tres radios, porque dos semanas antes la ciudad había estado a punto de caer. Pero Vivia y Merik habían ahuyentado a los saqueadores y al monstruo llamado la Furia. Habían reparado el dique, y poco después los fuegos fatuos habían regresado.

Además, dos semanas antes, Serrit Linday le había asegurado que aquel lugar era un Pozo Originario.

Desde que Linday había plantado esa semilla en la mente de Vivía, ella había sido incapaz de detener el crecimiento de sus raíces. En las Tierras Embrujadas había un Pozo elemental cuyo paradero nadie conocía, y aunque la magia de Vivia no estaba vinculada al vacío, era innegable que aquel lago era algo más que un simple depósito de agua subterránea.

¿Y si el Pozo Originario del vacío se ocultaba bajo su ciudad? Era un problema adicional, una pregunta más que añadir a aquella lista que no dejaba de crecer.

Antes de que sus pulmones se agarrotaran de pánico al pensarlo, Vivia se zambulló en las aguas. El lago la recibió con calidez y alegría. Trémulo. Vivo. Le ofrecía una solidez que ningún suelo firme podía proporcionarle.

A aquellas aguas les traían sin cuidado las madres, los padres o las amigas distantes. Les traían sin cuidado los mensajes de las emperatrices y los discursos birlados. Al agua solamente le importaba el presente. Fluía allí donde la tierra se lo permitía. Cambiaba en función de las estaciones. Y no le inquietaba no estar a la altura de expectativas ajenas.

Vivia cerró los ojos y extendió su magia, saludando a los peces y las salamandras, deslizándose junto a rocas y raíces, colándose por fisuras y grietas. Sus sentidos se movieron a favor y en contra de la corriente; Vivia tanteaba y buscaba cualquier cosa que estuviera fuera de lugar en el interior de la meseta.

Pero desde que Merik y ella habían salvado la ciudad hacía dos semanas, todo estaba bien. Y segundo a segundo, Vivia fue regresando a su cuerpo. El pánico había desaparecido, sustituido por el poder de las mareas y la fuerza de las tormentas.

Ella era Vivia Nihar, reina sucesora de Nubrevna, elegida por aquellas aguas eternas. Podía hacer frente a flotas enteras, cabalgar sobre una catarata desde el pico de una montaña hasta el lecho de un valle. Podía luchar contra casi cualquier hombre o mujer y salir victoriosa.

Y Stix tenía razón: ya era hora de que Noden y los peces bruja se doblegaran a la voluntad de una mujer.

Entonces Vivia tomó una decisión. Viajaría a Azmir hoy mismo, tal y como le había propuesto Stix, y negociaría un acuerdo comercial con la emperatriz de Marstok.

Y lo haría por sí misma. Lo haría por Nubrevna.

NUEVE



Estaban dando la decimoquinta campanada cuando Iseult, Aeduan y Lechuza llegaron a Tirla, conocida como la ciudad de los mil nombres porque cada pocas décadas sus tejados picudos y sus calles tortuosas pasaban a manos de otra nación u otro imperio. Tras conquistarla, Marstok la había bautizado como Tirla, en honor al lago cercano.

El sol del atardecer bañaba en oro las fachadas encaladas de los edificios, pero Iseult no podía admirar su belleza, abrumada como estaba por la algazara de los niños, el vocerío de los mercaderes, los rebuznos de los asnos y el continuo martilleo de sus pezuñas, y eso por no hablar de los ladridos de los soldados, los bramidos de los herreros y el traqueteo de las ruedas de los carromatos. El bullicio llegaba desde todas direcciones.

Y había tantos sonidos como personas: cuerpos, cuerpos y más cuerpos dondequiera que miraba, cada cual moviéndose bajo su propio manojito de hilos, sus propias vidas emocionales y erráticas. El alivio de Iseult por volver a la civilización se había visto rápidamente eclipsado; lo único que quería ahora era *parar*. Cerrar los ojos un instante y dejar descansar al menos uno de sus sentidos.

Pero no podía. Todavía no.

Iseult llevaba un kilómetro sujetando a Aeduan con un brazo mientras caminaban. A Lechuza no le hacía gracia, a Aeduan mucho menos, y a Iseult menos que a nadie. Tenía que estar pendiente de sostener a Aeduan, de evitar que Lechuza se alejara demasiado y también de que ambas llevaran el rostro bien cubierto bajo las capuchas y los pañuelos. Las leyes marstokiés eran más tolerantes con los nomatsíes, pero no le apetecía tentar a la suerte.

La protección legal no podía eliminar siglos de odio.

Precisamente por eso, se alejó del gentío en cuanto avistó la primera posada. Sus dos letreros anunciaban el nombre de la posada (El aliso blanco)

y que disponía de habitaciones libres. Y lo que era mejor, se trataba de un edificio de ladrillo blanco y baldosas de terracota. «Cuanta menos madera, mejor», pensó.

Pero la Dama Fortuna quiso que, al entrar en el patio del establo, Iseult se diera de bruces con un majestuoso aliso, ya muerto y blanqueado por el sol. Lo observó con recelo al pasar y se detuvo frente a la puerta principal para comprobar que... sí, sí, llevaba la capucha bien calada sobre el rostro. Se volvió hacia Lechuza. La niña fruncía los labios en un mohín, fulminándola con una mirada más asesina que la de Arándano, pero no se resistió cuando Iseult le ajustó el pañuelo ni rechistó cuando le dijo en voz baja:

—Quédate con Aeduan. Y no hables.

En los hilos de la niña aparecieron unas motas del color rojo arcilloso del fastidio, además de un destello pálido y desdeñoso, como si estuviera pensando: «Yo casi nunca hablo, boba».

Y no le faltaba razón.

Cruzaron el umbral, agachándose para no darse contra el dintel, y entraron en un ruidoso comedor que, por suerte, también estaba hecho de piedra blanca. Había mesas de roble con sillas a juego y, aunque Iseult no podía verla, también una pequeña chimenea al fondo; su fuego la atraía como una brújula. Sentía un hormigueo recorriéndole los dedos.

«Fría como una bruja de los hilos», se dijo antes de caminar con decisión hacia el mostrador. Una mujer morena, con el cabello recogido en un moño alto, estaba cortando cuidadosamente lonchas de jamón. No levantó la mirada cuando Iseult se acercó, ni tampoco cuando habló:

—Necesitamos una habitación para esta noche. —La mujer siguió cortando el jamón; los jugos resbalaban con cada movimiento del cuchillo. Los hilos de la posadera lucían el color verde de la concentración.

Iseult tosió y probó de nuevo, en voz más alta:

—Necesitamos una habitación para es...

—Ya te he oído. —La mujer no interrumpió su meticulosa tarea. Tampoco hubo el menor cambio en sus hilos—. No hay sitio.

—El letrado dice que sí.

—Pues el letrado se equivoca.

A Iseult le tembló la nariz. Esta clase de cosas casi siempre las hacía con Safi, y no creía que su amenaza habitual («Te cortaré las orejas y se las daré de comer a las ratas») fuera a funcionar en aquella situación.

Pero Mathew, el mentor de Iseult, siempre decía: «El dinero es un idioma universal».

—Tengo dinero —dijo.

—No el suficiente. —La mujer siguió cortando, pero en sus hilos destelló el rojo de la irritación—. Este es un establecimiento caro.

—¿Cómo de caro?

—Cincuenta cleques la noche.

A Iseult no le hacía falta la magia de Safi para saber que era mentira. Les estaba subiendo el precio; sus hilos dejaban claro que quería que Iseult se marchara. Pero aquello acababa de convertirse en algo personal. Que la Madre Luna la guardara, pero Iseult estaba a punto de derrochar mucho dinero solo para que esa mujer se llevara un chasco. Solo para defender a los suyos.

Safi estaría orgullosa.

Sacó del abrigo un tálaro de plata y lo depositó sobre el mostrador, antes de esbozar, algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué tal si doblo ese precio?

Al instante, los hilos de la mujer se tiñeron de suspicacia. Se irguió y levantó el cuchillo; no era una amenaza, pero al mismo tiempo sí.

—¿Lo has robado?

—No. —Iseult mantuvo la voz totalmente firme y la expresión impasible; una bruja de los hilos de la cabeza a los pies—. Es mi sueldo de... costurera.

—Ya. —La suspicacia de la mujer se extendió por sus hilos—. Creía que la costura era un oficio masculino entre los matsíes.

Oh. Vaya, eso sí que no se lo esperaba. De todas las taberneras con las que podía haberse topado Iseult, había ido a dar con la única que sabía algo sobre la cultura nomatsí.

—Es verdad —dijo con toda la calma posible. «Dale lo que espera. Dale lo que espera»—. Lo... lo aprendí de mi padre. Pero me lo mataron los saqueadores. Ahora mi familia y yo —señaló a Aeduan y a Lechuza— estamos buscando un lugar para pasar un par de noches. Nos marcharemos pronto, lo prometo.

Tras un gruñido pensativo, los hilos de la mujer se fueron ablandando lentamente. Primero apareció el intenso azul cian de la comprensión, con vetas del azul marino de la lástima. Y finalmente, como una oleada, el rosa de la aceptación.

Pero la buena suerte de Iseult duró apenas un segundo, porque entonces Aeduan empezó a toser, con una gran explosión de aire y sonido que hizo que los parroquianos más cercanos se giraran bruscamente hacia él, con hilos horrorizados.

Ese mismo horror invadió los hilos de la tabernera. Se le torció el gesto y volvió a inclinar el cuchillo amenazadoramente.

—Nada de enfermos de plaga.

—No tiene la plaga. —Iseult pronunció esas palabras en voz alta, para que la oyeran tanto la posadera como los clientes más próximos. Incluso puso los ojos en blanco, en su mejor imitación de Safi—. Si estuviera enfermo, mi hermana y yo también lo estaríamos. Así funcionan las enfermedades, ¿sabe? —A la mujer no le gustó su tono, pero no replicó—. Lo han herido los saqueadores y la herida todavía no se le ha curado. Es más, si tuviera la bondad de indicarme la clínica más cercana, le estaría muy agradecida.

Después de un momento de reflexión, los hilos de la mujer recuperaron el color de la aceptación. Asintió con brusquedad y, finalmente, dejó el cuchillo y se apoderó del tálaro de plata resplandeciente que seguía sobre el oscuro mostrador.

—Hay una clínica no muy lejos, en dirección este —dijo, agachándose para sacar una llave—. Pero no creo que encontréis ayuda allí. A casi todos nuestros sanadores los han reclutado y enviado a la frontera. —Cuando se irguió de nuevo, sus hilos habían recuperado el tono oscuro de la pena—. Sé lo que es perder a alguien a manos de los saqueadores y su violencia. Toma. —Le tendió la llave a Iseult junto con un puñado de monedas de bronce—. Habitación trece. Tercera planta, tercera puerta a la izquierda.

—Gracias. —Se le escapó la emoción, perdiendo momentáneamente su control de bruja de los hilos. Le había cobrado mucho menos de cincuenta cleques y le estaba verdaderamente agradecida.

—Un consejo —dijo la mujer, levantando la barbilla—. No os dejéis ver mucho por aquí. Se rumorea que los nomatsíes se han unido al rey saqueador. No son bienvenidos en Tirla.

Iseult parpadeó, aturdida.

—Pero eso no es verdad. El rey saqueador nos está *masacrando*.

Sus palabras no impresionaron a la posadera.

—No hace falta que sea verdad para que la gente se lo crea, así que no salgáis mucho ni os metáis en líos.

Antes de que Iseult pudiera asentir siquiera, la mujer frunció el ceño y siguió loncheando el jamón.



Aeduan pronto se dio cuenta de que compartir habitación era muy distinto de compartir bosque.

Su cerebro palpitante y atormentado no terminaba de entender por qué cuatro paredes suponían tanta diferencia; técnicamente, ahora no estaba más cerca de la bruja de los hilos o de Lechuza que en la cueva de la noche pasada. Y sin embargo, aquella estancia se le antojaba cien veces más pequeña. Cien veces más asfixiante.

En la habitación solo había una cama baja y combada junto a la solitaria ventana, con una colcha verde de calidad, aunque muy gastada. Junto a la puerta había una mesita con una jofaina desportillada, con los bordes decorados con motivos vegetales, y un espejo no muy bien hecho.

Lechuza se quedó prendada del espejo en cuanto entró; Aeduan dio gracias por aquella distracción: le palpitaban de dolor los órganos y las extremidades, y empeoraba por momentos. Apenas conseguía contener los ataques de tos. Por no hablar de la sangre, del goteo continuo de sus viejas cicatrices, pero también de las heridas nuevas (las veintiuna). La camisa que le había lavado Iseult volvía a estar apergaminada y manchada de rojo.

«Por lo menos ella no se ha ensuciado», pensó mientras Iseult lo ayudaba a sentarse.

—Gracias —intentó decir mientras se dejaba caer sobre la cama, pero lo único que le salió fue un resuello.

El catre crujió bajo su peso y las paredes de madera oscura se escoraron violentamente. Entonces la bruja de los hilos apareció frente a él; su rostro era un borrón difuminado de labios fruncidos y ojos verdes y dorados. Acercó las manos a la garganta de Aeduan, tan delicadas como siempre. Intentaba quitarle la capa.

Aeduan se puso rígido e Iseult titubeó. Un leve rubor se le subió a las mejillas.

—¿Te importa? Tenemos que curarte las heridas.

Otra vez hablando en plural.

Aeduan asintió y, mientras ella le quitaba la capa de los hombros, se dio cuenta de que el problema no era que la habitación fuera demasiado pequeña. No, el problema era que Iseult era demasiado grande. Lo llenaba todo. Cada roce, cada palabra, cada aliento. No podía escapar de ella.

Iseult plegó la capa de Aeduan cuidadosamente, como si no estuviera mugrienta y agujereada, antes de depositarla en el suelo. Se volvió de nuevo hacia él con el ceño fruncido y acercó los dedos al faldón de la camisa, como

intentando sacársela del pantalón y despegársela del pecho desnudo y sanguinolento.

Era demasiado.

Aeduan sujetó rápidamente las manos de Iseult, posadas sobre sus caderas.

—No —dijo. Fue apenas un suspiro, pero bastó. El rubor de las mejillas de la muchacha aumentó. Retiró velozmente las manos antes de apartarse y girarse hacia Lechuza. Medio segundo después, Iseult se alejó atropelladamente de Aeduan.

—¡Déjalo! —exclamó—. Ese espejo no es tuyo, no lo vayas a... ¡Lechuza, que lo sueltes!

De los pulmones de Aeduan escapó un suspiro. Le aliviaba más de lo que quería admitir que Lechuza estuviera portándose mal. Pero su alivio no duró mucho, porque descubrió enseguida que era totalmente incapaz de quitarse la camisa solo. Y para ser sincero, tampoco era tan importante.

Todos los músculos de su cuerpo gritaban. Las sombras le carcomían la visión; sencillamente, ya no le quedaban fuerzas para resistir.

«Un hombre no es su mente», se dijo. Era la primera lección que aprendían todos los monjes. «Un hombre no es su cuerpo. Son solo herramientas que le permiten seguir luchando».

Pero sus esfuerzos fueron en vano. Ya no podía seguir negando que Iseult seguramente tuviera razón: las flechas estaban malditas.

Ahora ya sabía lo que se sentía al estar moribundo.

—Por lo visto, también controla el cristal —murmuró Iseult en dalmotti, girándose de nuevo hacia Aeduan—. Como si esta niña no fuera ya lo bastante insufrible... ¿Aeduan? —Su rostro se acercó de nuevo—. Aeduan, no te duermas... Aguanta un poco más. ¿Puedes?

—Mmm —asintió. Aunque le supuso un esfuerzo monumental, obligó a sus párpados a abrirse. Irguió la espalda.

Iseult y Lechuza lo estaban mirando.

—Voy a salir a buscar a un sanador —continuó Iseult—. Y a comprar suministros para el viaje.

—No... —Aeduan tragó saliva—. Hay una base del monasterio en Tirla. Puedo conseguir... suministros... allí.

Abrió los ojos de par en par, incrédula.

—Creía que ya no eras monje.

Eso le había dicho, ¿verdad? Y lo había dicho en serio, aunque ahora mismo no recordaba la explicación que le había dado hacía dos semanas.

—Casi no puedes ni hablar —continuó Iseult—. Y mucho menos andar.

—Pero... debo hacerlo —replicó Aeduan, sin saber por qué Iseult insistía tanto. Por qué era tan importante—. El monje muerto... Debo avisar.

—Puedo ir yo a informarles de que ha muerto.

Aeduan la miró fijamente durante largos segundos, pensativo. Iseult siempre lo dejaba perplejo. Nunca tenía ni idea de lo que iba a decir a continuación. De lo que iba a hacer. A veces eso lo irritaba; Iseult no tenía derecho a preocuparse por él. Pero otras veces...

Bueno, no lo sabía con exactitud. Solo sabía que se alegraba de no haber abandonado todavía aquel camino para regresar con su padre. Se alegraba de no haberse marchado a Lejna ni haber ido en busca del fantasma que olía a lagos transparentes.

—Allí solo pueden entrar monjes —dijo finalmente, con voz ronca. Aquella debilidad era vergonzosa.

Iseult arrugó la nariz.

—Está bien —dijo—. Puedes ir a esa base más tarde, cuando estés mejor. Por ahora, descansa. —Miró a la niña con gesto severo—. Lechuza, cierra la puerta cuando salga y no toquetees el espejo.

Poco después, Iseult salió del cuarto. Tal y como había prometido, Lechuza cerró la puerta desde el otro lado de la estancia, con una simple mirada. Se oyó el chasquido del cerrojo y Lechuza se encaramó a la cama. Se sentó al lado de Aeduan con las piernas cruzadas y expresión expectante.

—Cuento —dijo.

Quería que le contara un cuento. Aeduan tardó un momento en asimilarlo: la gente no iba por ahí pidiéndole cuentos. Y tampoco conocía muchos cuentos apropiados para una bruja de la tierra de seis años.

—El monstruo y la miel —concretó la niña con insistencia, pinchándole en el brazo con un dedo.

Le dolió. La oscuridad avanzaba. Aeduan iba a desmayarse si no hacía algo pronto. Y por muy inútil que se sintiera, no quería dejar sola a la niña en una posada desconocida, donde los espejos pedían a gritos que alguien los derritiera y reconstruyera.

Pero el monstruo y la miel... era un cuento que su padre le había contado de niño más de cien veces. Un cuento que Aeduan se negaba a contar. Al fin y al cabo, esa clase de cuentos eran peligrosos. Daban esperanza a los desesperados. Hacían que los olvidados soñaran con ser recordados. Pero lo cierto era que los monstruos jamás podían convertirse en hombres, por mucha miel que consiguieran recolectar.

Así que Aeduan tragó saliva, notando la garganta en llamas, y empezó a contar otro cuento. Un cuento inofensivo. Uno que su madre le había contado muchas veces, hacía tantos años: el cuento del gato sucio que se quedaba atrapado en una tormenta y de la niña que lo salvaba.

DIEZ



Fue una canción lo que salvó a Merik de las sombras. La voz era tan perfecta que se convenció de que estaba muerto, de que solo podía estar en los salones de Noden y que aquel tenía que ser el cántico del más sagrado.

Pero notaba el rostro caliente; al abrir los ojos un momento, la luz del sol lo cegó y volvió a cerrarlos con fuerza.

La voz seguía cantando. Alegre, vibrante y aguda, llenaba sus oídos con palabras pronunciadas en un idioma que no reconocía pero que le fascinaba igualmente. Merik era un gato tendido bajo el rayo de sol perfecto. Se sentía querido y arropado, y no quería que aquella música terminara jamás. Si estaba muerto, aquella canción lo salvaría.

Las sombras se deslizaban frente al sol, haciendo titilar la luz que Merik adivinaba a través de los párpados cerrados. Se oía un suave roce bajo la música, un sonido familiar que le recordaba a un sol similar, a una brisa matinal similar besándole el rostro, a un ruido similar de pisadas: las de la tía Evrane paseándose por el taller de Nihar mientras trituraba ingredientes con la mano del mortero.

Casi le parecía oír su clásico reproche sonando al ritmo de aquella canción:

*La Furia nunca olvida.
Todo lo que hagas volverá a ti
multiplicado por diez,
y te atormentará
hasta que te redimas.*

Funestas palabras, pensó Merik, abriendo los ojos de nuevo. Funestas palabras para tan alegre canción, para la agradable calidez que lo envolvía.

Pero no fue esa calidez lo que vio al abrir los ojos, ni tampoco la luz del sol, sino una ventana diminuta y sin cristal, en lo alto de una pared de piedra oscura y húmeda. El sol seguía allí, pero ahora las nubes lo ocultaban y su fulgor ya no le impedía ver los ladrillos grisáceos e irregulares que enmarcaban la ventana. Tampoco el musgo que se extendía por los bordes ni los restos de una cortina de cuentas e hilos (verdes, amarillos, rosas y azules).

La hiedra trepaba por el techo, y en las grietas de las paredes ruinosas crecían amapolas rojas. «Reliquias renovadas», pensó. Entonces sintió el primer ramalazo de pánico, en mitad de la canción.

«Cam. Ryber. La Furia».

Por las aguas infernales, ¿dónde estaba?

Intentó incorporarse, pero sintió una punzada de dolor en las costillas, el vientre y la columna. Se rindió y volvió a tumbarse, pero cuando su cuello tocó el suelo áspero, oyó el tintineo de algo pesado y duro. Se levantó de nuevo, resistiendo el dolor y el mareo, y se dio cuenta de que llevaba una argolla en el cuello, hecha de madera lisa. De la cerradura de hierro pendía un candado del mismo material, unido a una cadena enrollada en el suelo, cuyo extremo opuesto terminaba en un gancho clavado a la pared.

Todo le daba vueltas. Le dolían los músculos. Tiró del candado una y otra vez.

—No te servirá de nada.

Tan distraído estaba Merik que no se había fijado en que la cantante se había callado. No había reparado en que se estaba acercando a él por detrás. Al oírla hablar justo a su lado, supo que no estaba solo.

Se giró hacia el sonido, arañando el suelo con la cadena. Distraídamente, reparó en que las paredes eran curvas; se encontraba en un pequeño nicho de una sala circular. Una torre, seguramente. Cuando vio a su interlocutora, el tiempo y el pánico se agotaron como los últimos granos de un reloj de arena.

Su rostro hacía justicia a la belleza de su voz. Parecía nomatsí, pues su palidez era excesiva para ser ultoriental. Pero a diferencia de la mayoría de las nomatsíes, llevaba el cabello largo y suelto hasta la cintura, trenzado con coloridos lazos de fieltro, cuentas resplandecientes e incluso unos ramilletes de brezo seco de color violeta colocados detrás de la oreja.

—Solo yo puedo quitarte el collar —dijo, acucillándose frente a él y haciendo ondear su vestido verde bosque. Con un tintineo, dejó el mortero en el suelo. Durante varios segundos interminables, Merik se quedó embelesado por sus ardientes ojos dorados. No eran los ojos de una joven.

«Reliquias renovadas».

Merik tardó un momento en darse cuenta de que le estaba hablando en arituano. No se le daba bien ese idioma. Aunque lo entendía (la madre de Kullen lo hablaba cuando eran pequeños), no estaba seguro de poder formar frases y encontrar la palabra adecuada...

—¿Dónde? —dijo con un hilo de voz. No era capaz de nada más elaborado.

Pero la joven lo entendió:

—Estás en mi hogar, príncipe Merik Nihar. En Poznin.

En Poznin. Imposible. Eso estaba en el otro extremo de las Tierras Embrujadas... ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? ¿Y Cam y Ryber? ¿Estaban a salvo?

Al ver la evidente turbación de Merik, la joven se echó a reír. Era un sonido hermoso, pero... antinatural. Como un tiburón gritando o un pez llorando; aquella garganta no estaba hecha para emitir ese sonido. El hoyuelo que se formaba en su mejilla derecha no hacía sino empeorarlo.

—No me hace falta mi Telar para leer tus pensamientos, príncipe Merik. Los veo con tanta claridad como si los llevaras escritos en tus hilos. Te estás preguntando cómo has llegado aquí, ¿verdad? Es muy sencillo. —Se puso en pie, recogiendo el mortero y levantando una nubecilla de polvo al hacerlo—. Te ha traído tu amigo. Aquel que se llamaba Kullen antes de que yo despertara a la Furia en su interior. —Otra carcajada, otro escalofrío—. El vínculo que compartís los dos es tan fuerte que te arrastró con él a su viducha de sajado. Y ahora, al igual que él, eres *muy* difícil de matar... Aunque no es imposible. Por eso debes permanecer aquí, príncipe. Necesitamos que la Furia lidere a los saqueadores al interior de la montaña de la Durmiente, y no podemos arriesgarnos a que te mueras y lo echéis todo a perder.

Le sonaba vagamente familiar. Durante el viaje al convento, Ryber había mencionado algo sobre una tal Durmiente..., una montaña..., algo sobre unas puertas y diferentes formas de entrar.

Por los peces bruja, ojalá Ryber estuviera bien. Y Cam. «Te lo ruego, Noden. Te lo ruego».

—Tú —intentó decir Merik—. ¿Quién?

—Me llamo Esme, y si sigues vivo es gracias a mí. Esto... —Se inclinó y le dio unos toquecitos al collar de madera que le aprisionaba el cuello, dejando caer una pizca de polvo del mortero—. Esto inhibe tu magia, así que no intentes usar tu brujería conmigo. Ni con nadie.

Al oír esas palabras, el reloj de arena que contenía el pánico de Merik se dio la vuelta. La arena volvió a caer y a girar. Inspiró tan hondo como pudo,

hinchando los pulmones hasta tocar las doloridas costillas, e invocó el poder que habitaba en ellos. Invocó el aire, los vientos, las corrientes que lo rodeaban.

Pero regresó sin nada. Sin nada más que el polvo del mortero, que se le metió en la nariz y lo hizo toser, para mayor divertimento de la joven, que se alejó brincando y riendo y volvió con una taza de porcelana.

—Bebe —le ordenó. Merik obedeció.

El agua, a pesar de su fuerte sabor sulfúrico, hizo maravillas con su garganta irritada. Mientras bebía, Esme caminó hacia un escritorio atestado de libros. Había velas apagadas (en distintos estados de descomposición) en cada recoveco disponible: en la mesa, en el suelo, en las piedras que sobresalían de la pared y en el alféizar de una ventana más grande, desde la que se veía el cielo nublado.

Parecía que era por la tarde, pero consiguió sacar las palabras adecuadas de su dura mollera:

—¿Qué... día es?

—En el calendario nomatsí, es el vigésimo séptimo día de la octava luna. En el calendario de los primeros pueblos, los que habitaron aquí hace un millar de años, es el vigésimo séptimo día de las tormentas. —Esme miró de soslayo a Merik, con una sonrisa astuta—. Pero me imagino que alguien tan simplón como tú, príncipe Merik, querrá saber qué día es hoy en el calendario «común». —Puso los ojos en blanco—. Esa palabra implica una aceptación voluntaria, ¿verdad? Pero lo cierto es que el calendario común nos fue impuesto mediante los látigos y las cadenas.

Merik no dijo nada durante aquel largo discurso. Su rostro solamente reflejaba el dolor que sentía en las costillas y la espalda. Siguió mirando a Esme, procurando que no se diera cuenta de que en realidad estaba tomando nota de cada rincón de aquella torre, de cada posible arma o herramienta. Había mencionado sus hilos, así que tenía que tratarse de una bruja de los hilos, lo cual también explicaba el montón de gemas variopintas que había en una mesilla, bajo la ventana principal.

También afirmaba haber despertado a la Furia en el interior de Kullen. Pero tendría que preguntar por eso más tarde.

—En el calendario *común* —concluyó Esme—, hoy es el día doscientos cuarenta y tres del decimonoveno año tras la firma de la Tregua de los Veinte Años.

Merik apenas había perdido unas horas. Kullen debía de haber transportado su cuerpo inconsciente hasta allí justo después de destruir el

megalito. Por lo tanto, no había intentado perseguir a Ryber y a Cam. Por fin una buena noticia en medio de aquella tormenta delirante.

Después de apurar la taza de agua, Merik carraspeó.

—Tendrán... que empezar otra vez.

Al ver que Esme lo miraba con perplejidad, Merik pensó que se había equivocado de palabra o que había conjugado incorrectamente algún verbo. Pero entonces la expresión de la joven cambió y volvió a oírse su risa escalofriante. Incluso dejó caer el mortero para dar una palmada.

—¡Lo dices por el calendario! Tendrán que empezar otra vez... Sí, sí, claro, porque la Tregua ha acabado. Ay, qué gracioso. Resulta que tienes cerebro, príncipe. No lo habría dicho nunca al verte, pero no eres como mis otros sajados, ¿verdad? —Se puso en pie de un salto, dando otra palmada, y se dirigió a una pila de libros que había junto a la pared opuesta.

«Mis otros sajados». Al oír eso, un millar de preguntas cobraron vida en la mente de Merik. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué decía que los sajados eran suyos? ¿Cómo los hacía suyos? ¿Y por qué hablaba de Merik como si él fuera uno de ellos?

Pero lo más perturbador era que Merik no se sentía alarmado. El pánico de antes se había desvanecido. Solo sentía una creciente calidez en los pulmones y la lenta disipación de sus dolores.

—Supongo que tiene lógica —continuó la joven, cogiendo un libro muy gastado de la pila—. No estás atado directamente a mi Telar. No te saqué a propósito, como hice con el resto de mis sirvientes. Tampoco saqué por completo a tu hermano de hilos. Y eso que lo intenté. —Abrió el libro, suspirando mientras lo hojeaba—. Pero él está hecho de tantas personas, de tantos hilos antiguos... No era tan sencillo como pensaba. Ah, pero ahora que estás aquí, príncipe...

Se giró hacia él, con los ojos abiertos de par en par y el dedo clavado en una página que Merik no distinguía. Aunque debería: la joven no estaba tan lejos. Merik pestañeó. La habitación se estaba difuminando.

—Ahora que estás aquí, príncipe, voy a poder rellenar todos los huecos que no se explican en este diario. La magia ya no es lo que era cuando Eridysi empezó a realizar sus experimentos. El collar que llevas, mi Telar... He tenido que modificarlo y ajustarlo todo. Pero ahora que estás aquí... Oh, hay muchas cosas que investigar. ¡Ojalá no te hubiera echado el somnífero en la taza de agua! Así podríamos empezar a experimentar ya.

«Vaya», pensó Merik mientras el dulce sueño se apoderaba de él y lo arrastraba al suelo entre el ruido de las cadenas y la argolla de madera. «Me

ha drogado. Estupendo».

ONCE



Vivia nunca había visto una ciudad tan grande.

A pesar de que todavía se encontraba a decenas de leguas de distancia, Azmir consumía el horizonte como un incendio. La ciudad de los pilares dorados, la ciudad de la llama eterna. Aquella ciudad (y el inmenso desfiladero que la rodeaba) tenía tantos títulos absurdos como su emperatriz. Pero Vivia tenía que reconocer que se los tenía bien merecidos. Las paredes estratificadas del desfiladero, que se fundían con las colmas de Kendura hasta las blancas montañas Sirmayas; los muelles abarrotados que cubrían la mitad del lago Scarza hasta el palacio flotante erigido sobre la isla central... Vivia nunca había visto ni imaginado un lugar semejante.

Vivia se acercaba más y más a la capital imperial, transportada por los seis brujos del viento. El sol iluminaba el rígido contorno de sus torres; era diez veces más grande que Lovats, quizás veinte veces mayor, y eso sin contar con el centenar de aldeas repartidas por las colinas más cercanas. Sin embargo, no era su tamaño lo que impresionaba a Vivia. Azmir tenía un aspecto nuevo, limpio y orgulloso, como si llevara menos de un año en pie, aunque ella sabía que tenía siglos de antigüedad.

El palacio flotante, aquella nívea maravilla de torres y zonas verdes, se aproximaba a toda velocidad. A Vivia le dio un vuelco el estómago. Intentó achacar el mareo y el temblor que sentía en las rodillas al descenso, pero cuando aterrizaron seguía teniendo ganas de vomitar. De echar a correr hacia el ciprés más cercano y esconderse de todo el mundo.

Porque no había nada, absolutamente nada que aquel imperio exuberante y opulento pudiera querer de Vivia o de Nubrevna. A la hora de comerciar o firmar tratados, Marstok tenía todas las ventajas y ningún inconveniente.

«No te arrepientas de nada. Sigue adelante». Estaba allí. Tenía poder. No iba a desaprovechar el viaje.

Se alisó su abrigo gris plateado antes de quitarse las gafas protectoras e intentar domeñarse el cabello, sin éxito.

Mientras tanto, dieciséis mujeres y hombres vestidos con uniformes verdes caminaban hacia ella. Casi todos iban desarmados o, como mucho, con una espada al cinto. Se trataba de una guardia ceremonial, no de una muestra de amenaza o poder. Era un comité de bienvenida. La emperatriz no pretendía asustar a Vivía.

Pero lo estaba haciendo igualmente.

—Alteza —la saludó la mujer que iba en cabeza. Todos se inclinaron en perfecta coordinación—. Su imperial majestad os espera en sus aposentos privados.

«En sus aposentos privados», pensó Vivía mientras hacía un gesto a sus acompañantes para que la siguieran. Por lo visto la emperatriz estaba empeñada en que Vivía se sintiera a gusto.

Y eso no le hacía ninguna gracia. Se sentía como un cangrejo atraído hacia una olla llena de agua. Al principio estaba fresquita y agradable, sí, pero no tardarían en avivar las llamas.

La inquietud de Vivía iba en aumento mientras seguía a los soldados por un jardín rebotante de rododendros (que no deberían estar en flor en esa época del año), entre dos columnas de mármol cuyos profusos labrados imitaban la corteza de un árbol, hasta que finalmente entraron en el palacio.

En los austeros salones de mármol no se cruzaron con ningún otro soldado, ni tampoco con los guardaespaldas imperiales conocidos como víboras. Solamente vieron a algunos criados, que se apresuraban a inclinarse y dejarles paso.

Pero sin duda lo más inquietante de todo eran los cuencos de arcilla llenos de agua que había por todas partes. Vivía contaba doce en cada recodo o cruce de pasillos. En esos cuencos no había nenúfares ni peces, y el material no hacía juego con las decoraciones de hierro: los limoneros en maceteros de hierro, los candeleros de hierro con llamas embrujadas, los canillones de hierro totalmente inmóviles por la falta de brisa...

Una vez más, era como si la emperatriz Vaness le estuviera diciendo: «¿Lo veis? Os estoy ofreciendo agua para vuestra brujería. ¡Estáis a salvo! ¡Tranquila!».

Pero Vivía no podía sentirse más intranquila, y cuando se topó con una puerta curvada al final del pasillo, flanqueada por dos víboras y otros tantos cuencos de agua, tuvo que concentrarse en seguir poniendo un pie delante del otro.

No debería haber venido. Por Noden, ¿por qué había venido? Había sido una idea espantosa, y aquellos tristes recipientes de agua no la salvarían de ningún peligro.

A diez pasos de distancia de la puerta, el comité de bienvenida se dividió en dos filas perfectas. Nadie dijo nada mientras Vivia y sus brujos del viento pasaban entre ellos, así que no se detuvo.

Clac, clac, clac. Sus botas parecían tocar una marcha fúnebre. Aunque los marstokiés la estaban mirando, no pudo evitar alisarse el abrigo, recolocarse los puños y darse un par de cachetes en la cara antes de adoptar el ceño fruncido de los Nihar, que a Merik le salía tan natural.

Cuando llegó frente a la puerta de la emperatriz, esta se abrió sin un ruido; debían de haberla engrasado ayer. O tal vez, en aquel lugar tan suntuoso, engrasaban las puertas a diario.

Al otro lado entraba la luz de la tarde. Al otro lado la aguardaba la emperatriz de Marstok. Y al otro lado Vivia esperaba no descubrir que se había equivocado al venir.

Cruzó el umbral.

En una ocasión, de niña, la tía de Vivia le había enseñado una cajita de música. Era un artilugio embrujado, procedente de Dalmotti, que solo se abría cuando lo tocaba Evrane. Era lo más hermoso que Vivia había visto nunca (blanca y de bordes dorados); cuando la tapa se abrió y empezó a sonar la melodía, Vivia se sintió transportada a otro mundo. Un mundo en el que no necesitaba máscaras, en el que nadie intentaba hacerle daño ni robarle lo que le pertenecía.

Durante un breve instante, mientras la luz del sol la acariciaba, mientras la blanca sencillez de aquella estancia se asentaba en su visión y tintineaba el carrillón de la terraza, al fondo, Vivia sintió la misma belleza que entonces. La misma seguridad, la misma paz. Allí, el Zorrito podía seguir siéndolo para siempre.

Pero al igual que Evrane había cerrado bruscamente la cajita de música y había reprendido a Vivia por quedarse embobada mirándola, en cuanto Vaness apareció ante ella, ahuyentó aquel mundo perfecto e intocable.

—Alteza —dijo Vaness mientras entraba desde la terraza, haciendo ondear su vestido de seda negro, un vestido sencillo de escote discreto, mangas muy cortas y una falda que dejaba entrever apenas sus pies calzados con sandalias. Inclino la cabeza. Vivia la imitó, aunque con mucha menos elegancia.

Por las aguas infernales, la emperatriz era más menuda de lo que ella recordaba. De pronto, Vivia se sentía tan enorme como un zorro marino. Y cien veces menos grácil.

—Si os parece aceptable, vuestros soldados pueden esperar aquí. —La emperatriz hablaba bien el nubrevnés, aunque con un fuerte acento. Señaló varios sillones con almohadones blancos, dispuestos junto a la pared, entre varias orquídeas. A una señal de Vivia, todos se sentaron con gesto rígido.

Tenían un aspecto absurdo, con sus uniformes navales y el cabello revuelto por el viento dentro de aquel palacio sofisticado y elegante.

—Hablemos en la terraza —sugirió la emperatriz. Se alejó enseguida para dejar que Vivia hablara a solas con sus compañeros.

—Esperadme aquí. Si ocurre algo, ya sabéis qué hacer —murmuró ella.

La saludaron discretamente. Vivia esbozó una sonrisa sin poder evitarlo. Aquellos brujos del viento eran buenos soldados. Aunque lamentaba no tener a Stix a su lado, no dudaba ni por un segundo de su lealtad.

Al salir a la terraza, Vivia encontró dos sillas y una mesa de hierro, esta última con unos higos escarchados y una jarra de agua. Nada demasiado ostentoso. Seguía sin haber rastro de los criados ni de los víboras. En realidad, lo único que se veía desde allí era la tapia de adobe de la terraza y unos cipreses, en medio de un jardín de hierbas aromáticas que impregnaba el aire con el aroma de la salvia y la lavanda.

Vaness no hizo ademán de sentarse; durante varios segundos se quedó mirando fijamente a Vivia. La estudió de arriba abajo sin disimulo.

Vivia la dejó hacer. Incluso cruzó las manos detrás de la espalda y le sostuvo la mirada. En el fondo, comportarse como dos perras oliéndose el trasero en un callejón era mucho más sencillo que las sutilezas diplomáticas que le había enseñado su madre.

—Habéis... crecido —dijo finalmente Vaness—. La última vez que os vi, creo que no os habíais desarrollado todavía.

—Pero vos sí —replicó Vivia. Era cierto. Vaness y ella solamente se habían visto una vez, hacía diez años. Por entonces Vivia era todavía una niña, mientras que Vaness ya era toda una mujer.

Si a los diecisiete años ya era una joven bellísima, ahora lo era incluso más. Sobre todo cuando esbozaba una sonrisa.

—Sentémonos. —Vaness se acomodó en una de las sillas de hierro, adoptando una postura perfecta—. Tenemos mucho de que hablar.

—Sí —admitió Vivia. Durante un segundo, se planteó emular la elegancia de la emperatriz. Todo en ella era refinamiento y delicadeza; era radicalmente

opuesta a Vivía..., pero al mismo tiempo era todo lo que Vivía quería ser.

Pero no, no había venido a dejarse intimidar. A dejarse manipular. Estaba allí por Nubrevna, nada más. Así que, mientras se sentaba con la misma ordinareiz que habría empleado entre sus soldados, mientras se daba el último par de cachetes en la cara, invocó a su osa interior.

—En efecto, tenemos mucho de que hablar —declaró—. Para empezar, por Noden y su infierno submarino, ¿qué diablos pinto yo aquí?



Escondida tras una pared falsa, Safi observaba el encuentro entre la emperatriz de Marstok y la recién nombrada reina sucesora de Nubrevna.

Hasta esa mañana, Safi pensaba que prefería el salón del trono para aquella clase de tareas. Se le agarrotaban las piernas de tanto estar de pie, pero al menos allí podía respirar, sentirla luz del sol y la brisa fresca en la piel. Sin embargo, se acababa de dar cuenta de que la oscuridad era mejor. El calor, las paredes, la ausencia de personas mirándola, esperando a que anunciara la verdad y la mentira... Así era mejor. Más seguro.

Desde su llegada a Azmir, Safi había pasado al menos una hora al día en algún escondite sofocante. Aparte de este, había otro en el comedor imperial y un tercero en el enorme anfiteatro donde se reunía a diario el Sultanato para ocuparse de los problemas económicos e infraestructurales del imperio.

Normalmente las voces eran demasiadas y tenía que confiar en su instinto para percibir la corrupción. Sin embargo, hasta hoy no había notado corrupción alguna, y aunque Bayrum de las Esquirlas había sido el primero, Safi estaba segura de que no sería el último.

Por eso, mientras Safi estuviera tras aquella pared falsa, no tenía que temer su propia magia. No tenía que temer otra muerte súbita. Podía escuchar, evaluar y elegir sus palabras cuidadosamente. Pero lo mejor de todo era que, en la oscuridad, Safi podía ponerse a trabajar.

Ya se había llevado una docena de libros de la biblioteca privada de la emperatriz, e incluso había estado tomando apuntes (¡apuntes!) de uno de ellos. Iseult se habría quedado pasmada. Ese libro (*La elaboración de piedras doloras*) parecía el punto de partida más lógico. Aparte de sobre las piedras, también versaba sobre tónicos y tinturas embrujados. Safi había descubierto que los sanadores incorporaban su poder en el acto mismo de la creación.

Y eso le había dado una idea: si sostenía un cuarzo mientras utilizaba sus poderes, quizá ella también fuera capaz de integrarlos en la piedra.

Vaness había tenido la gentileza de proporcionarle un pedazo de cuarzo rosa recién cortado, además de otras gemas (sin hacerle preguntas, gracias a los dioses). Su plan estaba en marcha. Dejó que su magia flotara hacia la superficie mientras seguía espiando.

Y lo que veía era absolutamente fascinante. De hecho, no sabía cómo había podido pensar alguna vez que Vaness era aburrida. Ahora era todo lo contrario a la emperatriz Sosainas.

Safi jamás había visto a dos mujeres como aquellas compitiendo por el dominio. Había visto a muchos hombres hacer lo mismo, cacareando como dos gallos en el gallinero. Y había visto a hombres intentando doblegar (en vano) a mujeres con voluntad de acero.

Aquello era totalmente distinto: dos mujeres mil veces más fuertes que cualquier hombre, cada una con sus propios objetivos y su propia brujería letal. Eran dos púgiles cartorrianos, pero en vez de baldosas y arena, a ellas las separaban una mesa de hierro y una jarra de agua, dos armas a su entera disposición.

Tintineó el carrillón, un sutil preludio a lo que sin duda iba a ser una explosión sinfónica. Para complicar aún más aquella tensa situación, la magia de Safi temblaba a medida que las verdades y las mentiras la alcanzaban al unísono. Las dos mujeres irradiaban tanto el sonido cantarín de la sinceridad más honrada como el chirrido de las mentiras expertas.

La sinfonía dio comienzo:

—El motivo por el que estáis en mi «condenada ciudad» —empezó Vaness— es que la última vez que os vi, estabais robando uno de mis navíos.

—Y la última vez que os vi yo —contraatacó Vivia— habíais saboteado vuestro propio navío para que yo lo robara.

—Era un señuelo. —Vaness levantó una mano—. Quería apoderarme de lo que transportaba vuestro hermano. Compensaba con creces el valor de aquellas armas.

«Verdad», murmuró la magia de Safi. Se imaginó vertiendo aquella verdad directamente en el trozo de cuarzo.

Vivia también pareció percibir la sinceridad de Vaness, porque se puso rígida momentáneamente, como si le sorprendiera.

—Queréis decir que merecía la pena perder esas armas con tal de apoderaros de la bruja de la verdad que supuestamente tenéis ahora a vuestro servicio. Veámosla, pues, ya que es tan especial.

—¿También queréis robármela?

—Quizás. —La reina sucesora se encogió de hombros con indiferencia—. Decidme: ¿esa bruja valía tanto como para dejar que estallara la guerra?

—Decidme vos: ¿acaso lo valían mis armas? —La emperatriz enarcó las cejas—. Fuisteis vos la primera en emprender acciones que infringían la Tregua de los Veinte Años. Fue pura casualidad que la magia de ese documento considerara mi falta más grave que la vuestra.

—Yo robé un barco. Vos desembarcasteis soldados en suelo nubrevnés. Yo diría que el documento tuvo buen criterio.

—Dice la que ha llevado a su Marina real a la piratería.

—Dice la que liberó a mis Zorros de una cárcel de Saldónica. —Vivia levantó la barbilla—. ¿Por qué lo hicisteis?

—Porque la bruja de la verdad me lo pidió. —Vaness se quitó un pelo invisible del vestido—. Si hubiera dependido de mí, habría dejado que se pudrieran allí dentro.

—¿Y por qué os pidió que los liberarais? —insistió Vivia—. ¿Qué le importan a ella?

—Por el mismo motivo por el que me pidió que negociara un tratado comercial con Nubrevna a cambio de entregarse sin resistencia. Algo, o más bien alguien, la une a vuestra patria.

—Merik —dijo Vivia. Al oír ese nombre, Safi se olvidó por completo de su plan, de su magia y de la piedra.

En las dos semanas que habían pasado desde que se había enterado de la muerte de Merik, había momentos (como aquel) en que el rostro del joven ascendía hasta la superficie de su memoria. Su forma de mirarla en aquel acantilado de Nubrevna, a la luz de la luna; su expresión de deseo, de fascinación... y también de pena, porque el poco tiempo que habían pasado juntos lo habían hecho como enemigos. Solamente al separarse se habían dado cuenta de que estaban mejor como amigos.

O tal vez más que amigos.

Pero ahora Merik estaba muerto y Safi ya nunca sabría qué podría haber pasado.

—Os he traído aquí —continuó Vaness— para concluir mi acuerdo con la bruja de la verdad.

—¿Qué ganáis vos?

—No gano nada, pero se lo prometí. Y yo cumplo mis promesas.

—Entiendo. —Vivia separó las manos—. Antes solamente queríais tratar con mi hermano. Ahora que ha muerto, no os queda otra que tratar conmigo,

aunque ambas sabemos que al final no llegaremos a nada. Así podréis lavaros las manos; al fin y al cabo, podréis decir que lo habéis intentado.

—En absoluto —dijo Vaness, molesta. Su reacción fue tan sincera que pilló por sorpresa a Safi. La emperatriz nunca se quitaba la máscara.

De pronto Safi se acordó de su plan. Se concentró en su magia, en el cuarzo y en la conversación.

—Seguro que los nubrevneses poseen algo con lo que merezca la pena comerciar —dijo Vaness.

—Ya sabéis que mi patria no tiene nada que ofreceros.

—No, estáis equivocada. —Vaness inspiró hondo, observando a la reina sucesora—. Sois un caso fascinante. Hace falta mucha osadía para recurrir a la piratería.

—Más bien desesperación.

Vaness soltó una risa discreta, pero cargada de una sinceridad que volvió a sorprender a Safi.

—Os agradezco que no intentéis ocultarme la realidad de vuestras circunstancias. Que no intentéis exagerar lo que tenéis.

—¿De qué serviría? —Vivia se encogió de hombros—. Sabéis perfectamente en qué estado se encuentra Nubrevna. Tenéis espías.

—No tantos como os imagináis —contratacó Vaness—. No es fácil infiltrarse en vuestra patria. Vuestro pueblo os profesa una lealtad increíble.

—Ya. Cuando no se fijan en mi sexo. —Vivia miró de reojo hacia la puerta, al otro lado de la cual aguardaban sus oficiales. Rezumaba impaciencia. Se tironeó del cuello del abrigo y se recolocó los puños.

Justo cuando volvía a mirar a la emperatriz, Rokesh apareció de pronto entre los cipreses y salió a la luz del sol.

Antes de que Safi tuviera tiempo de pestañear, dos gruesas hebras de agua habían salido flotando de la jarra y avanzaban velozmente hacia el víbora.

—Basta —ladró Vaness.

El agua se detuvo. Rokesh también, hincando una rodilla en el suelo. Aunque Safi no sabía si lo había hecho como muestra de respeto o para eludir el posible ataque.

—¿A qué estáis jugando? —le espetó Vivia, manteniendo en el aire sus látigos de agua.

—A nada —replicó Vaness, antes de dirigirse a Rokesh—. ¿Por qué nos interrumpes?

—Disculpadme, emperatriz. —Rokesh inclinó la cabeza—. Tenemos una emergencia. Necesitamos a Safiya.

«Oh». Safi se irguió tras la falsa pared, estrujando el cuarzo entre los dedos. Al parecer la necesitaban en otra parte.

«Por favor, que no sea el salón del trono. Por favor, que no sea otro corrupto».

—Ha llegado un invitado —le explicó Rokesh—. Supongo que querréis que Safiya lo examine.

—¿De quién se trata? —La impaciencia de la emperatriz era palpable—. Hoy no estaba prevista la llegada de ningún pariente.

—No es pariente vuestro. Es un general retirado de los brujos del fuego. Según parece, ha decidido poner fin a su jubilación. —Rokesh miró de reojo hacia Safi. Sus miradas se encontraron fugazmente a través de la mirilla secreta—. Habim Fashayit os aguarda en la biblioteca, imperial majestad. Dice que ha venido a ayudarnos a ganar la guerra.

DOCE



Iseult se alegraba de alejarse de la posada. De Aeduan y de la niña que nunca le hacía caso.

Aquella habitación era demasiado pequeña. La cercanía de Aeduan... y Lechuza... le embotaba la mente. O quizá era el brujo del fuego sajado quien le hervía la sangre con sus llamas. O simple agotamiento. O la repentina e inquietante necesidad de taparse el rostro.

Fuera cual fuera el motivo de su idiocia, Iseult seguía reprendiéndose cuando llegó a la abarrotada clínica de sanación. ¿Cómo se le había ocurrido quitarle la camisa a Aeduan? Una cosa era desnudar a un hombre inconsciente para curarle las heridas y otra muy distinta hacerlo mientras te miraba con ojos centelleantes y sin respiración.

Algo se había debatido dentro de su pecho al verlo así. Sujetándole las manos. Algo que no identificaba, algo al mismo tiempo ardiente y gélido.

Y seguía debatiéndose. Por la diosa, ¿en qué estaba pensando? Recorrió las calles de Tirla prácticamente corriendo; su propio bochorno le pisaba los talones. Le vino bien distraerse regateando el precio de los suministros. Compró ungüentos, tinturas, vendas y gasas. A diferencia de la posadera, los atareados dependientes no le pusieron pegas al tálaro de plata de Iseult. Por desgracia, ese tálaro no servía para acortar la lista de espera de catorce páginas para las visitas del sanador. Escribió su nombre al final de todos modos, aunque era muy poco probable que el sanador tuviera tiempo de examinar a Aeduan antes de que tuvieran que marcharse de Tirla.

Con un poco de suerte, los suministros bastarían para mantener el maleficio a raya, al menos hasta que se les ocurriera una solución mejor.

Mientras Iseult volvía a internarse en la maraña de tráfico diurno, sintió una repentina tensión tras las costillas. Una punzada lacerante que eclipsaba el latido de su corazón. «Es arrepentimiento», concluyó al cabo de un

momento. Pero no, no era exactamente eso. Era un dolor más tenue, mezclado con algo parecido al... al hambre.

Cuando pasó junto a un purista con una pancarta que rezaba «¡Arrepentíos!», finalmente discernió aquella emoción. «Es nostalgia». Tirla se parecía mucho a Veñaza. Estaba más limpia, claro. También era más fría y había soldados con uniformes verdes mezclados con la muchedumbre, pero le seguía recordando a su hogar. Apenas llevaba unas horas allí y ya había encontrado su trama en el tapiz de la ciudad. El ruido ya no era una molestia para ella, sino un consuelo. Algo tan constante como la marea. El gesto de calarse la capucha volvía a formar parte de su instinto.

«¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?». Esa pregunta llevaba un mes rondándole la cabeza al menos una vez al día, mientras aferraba su piedra hilandera hasta que los nudillos se le ponían blancos. Siempre llegaba entre los momentos de caos, cuando no había ninguna amenaza pisándole los talones. Cuando su cerebro tenía demasiado tiempo para rememorar el pasado e inventariar todo lo que había dejado atrás. Cuando nada evitaba que su mente divagara y se preguntara por lo que podría haber pasado si Safi y ella nunca hubieran jugado a ser salteadoras de caminos al norte de Veñaza.

«¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?». Una letanía inútil que no le ofrecía respuestas satisfactorias. Sin aquel frustrado atraco, Iseult y Safi no se habrían convertido en presas del mercenario Aeduan, y por lo tanto Iseult nunca habría regresado con la tribu Midenzi. No le habrían echado un maleficio ni habría tenido que huir a Nubrevna, y nunca habría encontrado el Pozo Originario...

Y así tampoco habría descubierto que tal vez ella fuera una Cahr Awen. Que Safi y ella podían ser la legendaria pareja destinada a restaurar los Pozos Originarios y erradicar el mal del mundo.

Iseult tampoco habría hecho un trato con Aeduan, cuya orden Carawen tenía la misión de proteger a los Cahr Awen, ni habrían salvado a Lechuza de los piratas velas rojas. Y tampoco estaría allí ahora, con un vacío en el pecho, acarreando suministros médicos por una ciudad desconocida que no se lo parecía tanto.

De hecho, si Iseult bajaba la mirada hasta los adoquines, renunciaba a su consciencia y dejaba que fuera su brujería la que la guiara entre el gentío, casi podía imaginar que iba de camino a encontrarse con Safi. Que en cualquier momento su hermana de hilos aparecería dando empujones y refunfuñando y las dos se dirigirían al local de Mathew. Y es que ese escaparate de allí se

parecía muchísimo al suyo. Incluso tenía el mismo letrero: «Auténtico café marstokí. El mejor de Tirla».

Iseult se detuvo en plena zancada, notando que el corazón se le subía a la garganta. Era imposible. Imposible. No podía ser tan afortunada como para encontrar una de las cafeterías de Mathew en Tirla. Había vivido más de seis años en su establecimiento de Veñaza, entrenando con el embaucador brujo de las palabras y con Habim, su hilo del corazón.

Iseult abrazó con fuerza su bolsa y atravesó la calle. Con movimientos veloces, casi desesperados, cruzó la puerta de la tienda. Fue como entrar en casa. Lo primero que notó fue el intenso olor a café. Después el colorido: las alfombras, los tapices y los almohadones. Todo estaba dispuesto exactamente igual que en Veñaza. Incluso la gente sentada en los divanes y los taburetes se parecía. Incluso las tazas de porcelana que sostenían parecían *idénticas*.

La cafetería era de Mathew. Y eso quería decir que ella podía ponerse en contacto con él. No podía creer su buena suerte. La Madre Luna hoy la había bendecido. Caminó rápidamente hasta el alto mostrador del fondo, donde una mujer con la piel tan oscura como el café que molía la miró con los hilos verdes de la atención.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó con el mismo acento marstokí de Habim. Había nacido en la capital—. Servimos por jarras o por tazas.

Iseult se detuvo delante del mostrador. Sentía la lengua pastosa por la excitación, y tuvo que tragar saliva dos veces antes de poder hablar:

—¿E-está aquí Mathew fítz Leaux?

Silencio. Los hilos de la mujer se tensaron, teñidos del color turquesa de la sorpresa, luego del tono tostado del recelo y finalmente de una mezcla fluida de ambos colores. Dejó el molinillo cilíndrico y apartó el cuenco en el que estaba depositando el café molido, mientras miraba a Iseult de arriba abajo.

—Eres... tú —dijo en marstokí, pero se apresuró a cambiar al dalmotti, aunque con un fuerte acento—. Bienvenida. Me alegro de verte, Iseult det Midenzi.

Esta vez le tocó a Iseult sentir sorpresa y recelo. Solamente sus años de entrenamiento evitaron que retrocediera unos pasos.

—¿Me... conoces?

—¡Pues claro! Todos tenemos órdenes de buscarte. Aunque reconozco que no esperaba que entraras sin más en mi cafetería. Pero... ¡Ah, espera un momento! —La mujer levantó las manos—. Tengo un mensaje para ti.

Se dio la vuelta, haciendo ondear sus faldas de color azafrán, y desapareció en la trastienda. Regresó antes de que el cliente más cercano terminara de apurar su taza. Sus mejillas y sus hilos lucían un rubor de excitación. Iseult supuso que habría alguna clase de recompensa por localizarla.

La idea le gustaba. Sentía un curioso calor en el pecho y el impulso de sonreír. Cuando vio la familiar caligrafía de Mathew en la hoja de papel, la sonrisa terminó de salir a la superficie en toda su plenitud, de oreja a oreja. No era algo digno de una bruja de los hilos, pero le daba igual.

Era estupendo ver su nombre escrito con la letra de Mathew. Maravilloso.

Iseult:

*Quédate donde estás. Enviaré a alguien a buscarte
para que te lleve donde debes estar.*

Lamento que todo se desmadrara en Veñaza.

Con amor

Mathew

Después de leer la carta una vez, la sonrisa de Iseult flaqueó. Tras la segunda lectura, desapareció por completo. Y tras la tercera, se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño. Era imposible que ese fuera su único mensaje. Tenía que haber una nota cifrada oculta en aquellas palabras (Mathew tenía esa costumbre) o... o tal vez un mensaje implícito. «Decir una cosa que significa otra distinta», uno de los juegos favoritos de Iseult y Safi.

Pero al ver que seguía sin encontrar nada después de la sexta lectura, no le quedó más remedio que aceptar que aquello era lo único que decía el mensaje. Que aquello era lo único que Mathew juzgaba necesario compartir con ella.

Una tormenta empezó a fraguarse en sus hombros mientras la leía por séptima vez. «¿Que todo se desmadrara? ¿A un brujo de las palabras no se le ocurre una descripción mejor?». Desmadrarse era quedarse muy corto, y ni siquiera había mencionado el espectacular caos que le había caído encima desde lo de Lejna. Y ahora Mathew esperaba que Iseult «se quedara donde estaba» y aguardara a que «alguien» se reuniera con ella. Le habían dicho lo mismo en Veñaza, y también en Lejna, y la cosa no había salido precisamente bien.

—Para que te lleve donde debes estar —susurró para sí, notando que la tempestad le ascendía por el cuello. Donde debía estar era con Aeduan, cuidando de él. Ayudándolo a encontrar a la familia de Lechuza, como habían acordado. Y después de eso, donde debía estar era al lado de Safi.

Iseult quería mucho a Mathew y a Habim. Los quería con locura. Eran su familia de hilos, y nada en el mundo era más importante que eso. Pero se había cansado de que la trataran como si fuera la carta del Tonto de una baraja de taro, esperando a que la pusieran en juego en el momento preciso. A Safi también la habían utilizado en contra de su voluntad y ahora estaba atrapada en Marstok, lejísimos de Iseult.

Inspiró hondo y volvió a atornillar en su lugar su calma de bruja de los hilos, al menos ante la muchacha que tenía delante.

—Me hospedo en El aliso blanco —dijo con una voz tan suave como una playa de arena fina en bajamar—. Habitación trece. Si alguien me busca, me encontrará allí. —Entonces arqueó una ceja, haciendo su mejor imitación de Safi—. Pero más vale que os deis prisa. Pronto me iré de Tirla. No tengo intención de «quedarme donde estoy» más de lo imprescindible.



Las primeras notas del atardecer saludaron a Iseult cuando salió de la cafetería de Mathew. En las montañas anochecía temprano; las campanadas anunciaban la decimoséptima hora mientras regresaba a la posada.

Con la duodécima, Iseult se dio cuenta de que la estaban siguiendo.

La primera lección que le había metido en la cabeza Habim era fijarse constantemente, *constantemente*, en quién andaba cerca de ella. Cada pocos segundos se concentraba en su magia para percibir el tapiz de la ciudad. La ubicación de sus hilos.

Talán. Nadie la seguía. Talán. Ahora sí. Pero era inteligente. Moviéndose con sutileza y astucia, se mantenía a la distancia justa para que, si Iseult volvía la cabeza, no notara nada fuera de lo normal. Pero los hilos no se podían camuflar, y los de aquella persona eran inconfundibles.

Brillaban con más fuerza que los de ningún otro transeúnte, como una llama en mitad de un campo de trigo. Pero esa llama era de color verde oscuro. Estaba concentrada. Al acecho.

«Evalúa a tus adversarios. Analiza el terreno. Elige el campo de batalla siempre que puedas». La segunda lección de Habim le hacía cosquillas en el oído, como si su mentor estuviera justo a su lado. Iseult no conocía la ciudad, así que el análisis del terreno y la elección del campo de batalla estaban descartados. Por ahora, su objetivo era escapar.

Sin embargo, en vez de tranquilizarla, el hecho de tener un plan parecía acelerar su sangre. Solamente había una persona que podía ir tras ella, que ya

había contratado a otros para hacerlo. Y seguramente se encontraba cerca de Tirla, porque sus flechas malditas habían herido a Aeduan hacía apenas un día.

«Corlant». Aunque quien estaba siguiendo a Iseult no era el sacerdote purista, sin duda trabajaba para él.

No, no, no. No la había atrapado en el asentamiento Midenzi. Tampoco en las Tierras Disputadas. Y no iba a conseguirlo ahora.

Giró de pronto por una calleja secundaria, con banderines en los tejados. Tal y como esperaba, los hilos de aquel hombre la siguieron. Tres pasos después, el perseguidor giró por la misma calle. Pero Iseult no echó a correr. No se abrió paso a empujones entre la gente. Los soldados acechaban en todos los rincones de Tirla, como motas verdes en el tráfico de la tarde.

No podía arriesgarse a que su tez y su cabello la delataran.

En la siguiente calle, rodeó una carreta cargada de repollos y aceleró ligeramente, pasando frente a una herrería por cuyas puertas abiertas salía un calor sofocante. Una mujer la invitó a gritos a inspeccionar el género.

Aquel grito le recordó una persecución distinta, en una ciudad distinta. Ese día, había ido saltando de barca en barca para escapar de Aeduan. Tal vez ahora podía hacer algo parecido. En Tirla no había canales, pero sí carretas. Y aunque no pudiera saltar de carro en carro, sí que podía aprovecharlos para escapar.

«A la izquierda, el carruaje del techo rojo». Demasiado sofisticado. «La carreta de pollos de la derecha». Demasiado inmundia. «La caravana de refugiados que viene detrás». Perfecta.

Eran tres carromatos cubiertos y tirados por mulas. Solamente el segundo y el tercero iban llenos de gente, personas con los hilos casi descoloridos, las emociones embotadas por la pérdida y el dolor.

Iseult frenó sus pasos y giró a la derecha para ponerse a la altura de la caravana. Transcurrieron varios segundos; le palpitaba el cráneo. «Sus hilos todavía me siguen. Se acercan, se acercan...».

Cuando las mulas la alcanzaron con paso cansado, Iseult entró en acción. Rodeó el primer carromato, levantó el toldo de lona y se coló dentro. Los refugiados habían cargado todo lo posible en el vehículo y apenas quedaba sitio para Iseult. Por suerte, el conductor no la vio, y tampoco su perseguidor.

Los hilos de esa persona se habían detenido en el cruce y se estaban tiñendo rápidamente del color ocre de la confusión. Y del rojo de la frustración. Se movieron. Se detuvieron. Se movieron de nuevo. Giraron sobre sí mismos.

Iseult no pudo reprimir una sonrisa. Apretó la piedra hilandera entre sus dedos; Safi habría estado orgullosa de ella. Y Habim también, aunque él seguramente la habría reprendido por no aprovechar para observar mejor a su oponente. «Nunca confíes únicamente en la magia o las armas», solía decir. «Son cosas que pueden quitarte».

«Está bien, está bien», pensó. Con suma precaución, levantó la lona y se encontró con unos hilos tan radiantes como el sol.

Su dueño también relucía como el sol; Safi se habría puesto a babear al ver su tez y sus cabellos dorados.

Un nombre cruzó la mente de Iseult. «El Bribón». El hermano menor de la Madre Luna, el más ladino, el que tenía el color del sol, pero también el resplandor de la luna. Al igual que aquel joven, el Bribón siempre vestía de gris claro. El color del amanecer y el atardecer, de los bosques sombríos en los que se ocultaba.

En los cuentos, el Bribón era el más peligroso de toda la familia; su lealtad era tan voluble como la brisa que lo transportaba. Por suerte, no eran más que fábulas..., mientras que aquel hombre era de carne y hueso.

Iseult dejó caer la lona. Recordaría el rostro de aquel hombre. Y también sus hilos.

Si sus caminos volvían a cruzarse, estaría preparada.

TRECE



Habim Fashayit.

El *general* Habim Fashayit.

El hombre de armas del tío Eron, el mentor que había enseñado a Safi a luchar y que la había criado como a una hija. El que la había enseñado a ser una loba en un mundo de conejos. Estaba allí, en Azmir. En el palacio imperial. Y era general.

Safi había deducido hacía tiempo que Habim debía de haber sido oficial de las fuerzas armadas marstokíes. Después de husmear durante años sin que ni Habim ni Eron ni Mathew le revelaran nada concreto sobre el pasado de Habim (ni cómo había terminado al servicio de un dom cartorriano), Safi había dejado de preguntar y había aceptado a Habim tal y como era: adusto, implacable, un experto luchador, un estratega todavía mejor y demasiado proclive a encargarle redacciones sobre historia bélica.

En cuestión de un segundo, todas las preguntas de la infancia de Safi se avivaron, un millar de veces más ardientes de lo que lo habían sido diez años antes. Sentía el pecho en llamas. Quería reír, saltar, agarrar su piedra hilandera y anunciarle a gritos a Iseult, dondequiera que estuviera, ¡que Habim Fashayit estaba allí! ¡Que el *general* Habim Fashayit estaba en Azmir! ¡En el palacio imperial!

Ahora estaba aún más agradecida que antes por las sombras y la soledad que le proporcionaba la pared falsa. Así tenía un momento para reaccionar en privado, antes de que nadie viera su expresión.

Oyó el chasquido de la diminuta trampilla que conducía al interior de la pared falsa a sus espaldas, y el aire de la tarde le rozó la piel. Tragó saliva y adoptó la misma expresión que lucía siempre que estaba cerca de Rokesh y la emperatriz: obediencia, concentración e indiferencia. Después de comprobar

que llevaba en el bolsillo su proyecto de piedra sincera, se volvió hacia el víbora.

Rokesh no dijo nada, así que ella tampoco. En cuanto salió de la pared falsa, el resto de sus guardaespaldas se colocaron en estrecha formación a su alrededor y pasaron al jardín principal. La luz del sol le bañó el rostro; la brisa del mediodía arrastraba el perfume de las rosas, las lilas y la madreSelva. Los insectos chirriaban y los pájaros piaban desde los arbustos y los árboles.

Los jardines imperiales, divididos en tres niveles en terrazas, ofrecían una vista magnífica de las aguas azules y relucientes del lago Scarza y, al otro lado, la abarrotada y soleada Azmir. Normalmente Safi disfrutaba mucho de esos paseos, porque le permitían estar fuera, al aire libre. Pero ahora mismo en su mente solo había sitio para Habim.

Por las ubres de una cabra, ¿por qué los víboras caminaban tan despacio? Habim estaba allí mismo. «Arrea, Niñero, arrea».

Finalmente, tras cruzar todo el nivel superior, llegaron a una terraza de mármol que Safi ya conocía, con una fuente burbujeante y carrillones. Después se dirigieron a la entrada de la biblioteca privada de Vaness, donde Safi había estado apenas unas horas antes.

Los víboras (y Safi) entraron de inmediato, sin detenerse ni un segundo. Las paredes quedaban totalmente ocultas tras las librerías, repletas de volúmenes con tapas de piel granate a juego. También había libros apilados en los escritorios y los sillones de satén de color miel. Y, por supuesto, toda la estancia estaba decorada con adornos de hierro: los candeleros, las patas de las mesas, los bordes de las librerías... Era una biblioteca digna de una emperatriz, de una bruja del hierro.

La biblioteca tenía dos puertas. La primera estaba hecha de roble tallado en forma de rayos de sol y conducía a los aposentos de Safi y de Vaness. Era la que usaba Safi para entrar. Pero la otra, una puerta sencilla, con el tamaño justo para pasar sin tener que agachar la cabeza, llevaba al despacho personal de la emperatriz. A Safi le habían prohibido expresamente que entrara allí. Al parecer, había zonas vedadas a los huéspedes.

Sin embargo, ahora mismo se estaban dirigiendo precisamente hacia esa puerta. Safi sentía una emoción cada vez mayor en el vientre. Le sudaban las manos. «Estabilidad», se dijo, como hacía siempre Iseult. «Estabilidad en los dedos de las manos y los pies».

Rokesh se colocó en cabeza, abrió la puerta y entró. Safi lo siguió.

No era lo que esperaba. Mientras que el resto del palacio flotante estaba hecho de mármol o de arenisca, con amplias ventanas que dejaban pasar

mucha luz, aquella sala estaba revestida de paneles de madera de roble muy oscura y carecía por completo de ventanas. Del techo abovedado pendían lámparas de araña con velas idénticas entre sí que ardían con las llamas sin humo de los brujos del fuego.

Safi divisó a Habim al fondo de la sala, erguido y mirándola con aquellos ojos con arrugas que tan bien conocía ella. Se encontraba al otro lado de una larga mesa con un detallado relieve de las Tierras Embrujadas.

Habim no le sostuvo la mirada. Rodeó la mesa y declaró:

—Esta no es la emperatriz.

Safi notó lágrimas en los ojos al oír su voz grave. Por los dioses del subsuelo, cómo se alegraba de escucharla. «Estabilidad. Haz lo que haría Iseult».

—La emperatriz está ocupada. —Rokesh se inclinó con una profunda reverencia, se hizo a un lado y le hizo una seña a Safi.

Habim la miró de arriba abajo.

—Supongo que tú eres la bruja de la verdad.

—Así es —dijo Safi, aunque casi se le quebró la voz. Aquel escrutinio, aquella mirada valorativa eran tan típicos de Habim... Los labios apretados con seriedad, el ceño levemente fruncido. Habim la había mirado de esa forma durante toda su vida, para estudiar sus debilidades. Pero ahora mismo parecía estar evaluando sus fortalezas. Su salud. Su seguridad.

Sin duda se estaba preguntando por qué tenía una cicatriz nueva en la ceja y otra en el pulgar. Por qué el pelo solo le llegaba hasta los hombros o por qué se apoyaba más en una pierna que en la otra, en lugar de mantener la pose estable y sólida que él le había enseñado desde pequeña. Y sus ojos también se fijaron claramente en el cinturón de hierro y en la cadena de acero que llevaba al cuello.

Habim había venido a Azmir por Safi; sentía esa verdad llenándole el pecho. De pronto empezaron a escocerle los ojos todavía más. Se obligó a echar los hombros atrás y a sacar pecho.

—Sí, soy la bruja de la verdad —contestó, levantando la voz y haciendo gala del entrenamiento de domna que *él* le había inculcado—. ¿Puedo preguntar quién sois vos?

Habim soltó un resoplido y se volvió hacia Rokesh.

—La presencia de esta niña indica que no confiáis en mí. Esperaba un recibimiento distinto, víbora.

Rokesh separó las manos enguantadas, disculpándose y encogiéndose de hombros simultáneamente.

—Diecinueve años es mucho tiempo, general.

—Y habrían sido más de no haberse roto la Tregua de los Veinte Años. — Señaló las tropas, los barcos y las cadenas de suministros en miniatura que estaban repartidos por la mesa en relieve—. Pensaba que su imperial majestad tenía más sensatez que sus padres, pero romper la Tregua solo para apoderarse de una muchacha que se rumorea que es bruja de la verdad... — Inspiró hondo, hinchando el pecho como si contuviera el impulso de gritar.

Era mentira. Todo era *mentira*. Safi sonrió para sus adentros.

Habim suspiró con los dientes apretados y añadió:

—Esperemos que hayas valido la pena, niña.

«Niña». Safi puso los ojos en blanco, un gesto para el que no le hizo falta fingir.

Pero Rokesh se echó a reír, entornando los ojos.

—Hazle las preguntas, bruja de la verdad, para que el general sea testigo de lo que vales.

Y así, sin más, a Safi se le atascó el aliento en la garganta. Porque formular esas preguntas era lo último que quería hacer. De pronto le temblaban las manos. Veía sangre, bilis y un rastro de manchas en el suelo.

Se secó las palmas en los muslos. Rokesh dejó caer ligeramente los hombros y se le acercó hasta dejar su rostro velado a escasos centímetros del de Safi.

—Puedo preguntar yo si así te resulta más fácil —murmuró.

Safi se mordió el labio. Le resultaría más fácil, sin duda, pero no tenía sentido. Si no era capaz de hacerle esas preguntas a Habim, a una de las pocas personas de las Tierras Embrujadas en las que confiaba de verdad, ya no podría volver a hacerlas nunca. Y sabía que la obligarían. Para eso estaba allí; era el único modo de marcharse.

«A menos que logre crear una piedra sincera».

Deslizó la mano temblorosa hasta el bolsillo y apretó el cuarzo con el pulgar y el índice. Ella era capaz de introducir su magia en aquella piedra, y también de hacerle las tres preguntas a Habim.

Poco a poco, los pulmones de Safi se relajaron.

—Gracias, Niñero, pero no hace falta —dijo por fin.

Una nueva sonrisa entornó los ojos de Rokesh, que asintió y retrocedió de nuevo.

Safi se giró hacia Habim. Se giró hacia su mentor.

—¿Estáis al corriente del tratado de paz con los baedyed? —Las palabras empezaron a brotar de sus labios, distantes y mesuradas. Mathew la había

entrenado para eso. No pensaba decepcionarlo, ni tampoco a Habim.

—Sí —respondió este sin rodeos—. Me llegaron rumores de algunos oficiales con los que todavía me carteo, y me han confirmado la existencia de ese tratado al llegar a la capital.

Safi se sorprendió al comprobar que todo lo que había dicho era cierto. Habim había oído esos rumores y estaba en contacto con otros oficiales.

Pero el general todavía no había terminado de responder:

—Ha sido un asunto muy mal llevado, en mi opinión. —Esta vez se dirigía a Rokesh—. Mal negociado y totalmente inviable. Marstok destruyó el modo de vida baedyed. Como se negaban a instalarse en nuestros asentamientos, matábamos a sus caballos. Como no querían regirse por nuestras leyes, les quitábamos a sus hijos. No tienen ningún motivo para colaborar con nosotros y sí muchos para odiarnos. La emperatriz fue una necia al creer lo contrario y los baedyed han hecho bien en abandonar ese acuerdo en favor de otro más ventajoso.

—Podréis decírselo en persona a la emperatriz —dijo Rokesh por toda respuesta.

—Eso pretendo. —Habim se giró de nuevo hacia Safi, rápido como un halcón—. Siguiendo pregunta, bruja de la verdad.

Safi levantó el mentón.

—¿Habéis oído hablar de una conspiración para derrocar a la emperatriz y arrebatarse el trono?

Habim suspiró. Safi conocía muy bien aquel ruido de fastidio, pero esta vez era mentira. Su falsedad se le deslizó por la piel con un hormigueo.

—No —le espetó Habim—. Siguiendo pregunta.

El cosquilleo de la mentira se intensificó.

Safi se quedó rígida. Durante un segundo, creyó que su magia se había equivocado. Que reaccionaba únicamente ante la postura y las expresiones fingidas de Habim...

Pero no, no había la menor verdad mezclada con sus mentiras. *Todo* era mentira. Habim conocía la conspiración para derrocar a la emperatriz.

Bayrum de las Esquirlas también. «Tales rumores siempre abundan», había dicho antes de que el disco de hierro de Vaness lo decapitara. «Las moscas acuden al poder».

Safi tragó saliva. No sabía qué había oído Habim exactamente, pero él no era el origen de la conspiración. Habim había venido a Azmir por Safi, no por Vaness. Así que continuó:

—General Fashayit, ¿estabais enterado de la explosión del buque de la emperatriz antes de que se produjera?

—No. Siguiendo pregunta.

«Verdad». Safi relajó los hombros y los dedos; había cerrado las manos sin darse cuenta.

—Esa era la última.

—¿Y bien? —preguntó Rokesh—. ¿El general ha pasado la prueba?

Fuera cual fuera el resultado, Safi sabía que solo podía contestar una cosa. Pero el caso era que Habim había pasado la prueba, así que pudo responder con convicción:

—Sí, el general ha dicho la verdad.

—Bien —contestó Habim antes de que Rokesh pudiera abrir la boca. Se giró hacia la mesa rápidamente, dándoles la espalda a Safi y a los víboras. Como el mecanismo acelerado que era, había pasado al siguiente instante, a la siguiente tarea, sin esperar que el mundo le siguiera el ritmo—. Ahora quiero ver a la emperatriz, muchas gracias. —Señaló un contingente de tropas marstokíes en miniatura, repartidas por las fronteras del imperio—. Decidle que tenemos mucho de que hablar. Y decidle también que si *esta* es la estrategia imperial, va a ser una guerra sumamente breve.



Vivia sentía su sangre palpitándole en los oídos, cargada de magia, mientras mantenía en el aire los dos látigos de agua.

—Ya podéis bajarla —dijo Vaness, agitando la mano con elegancia.

—¿De verdad? Muchas gracias por darme permiso.

Vaness soltó un suspiro de cansancio, aunque un tanto exagerado, y se sentó.

—Si quisiera mataros, ya estaríais muerta. Además, no creo que os sintáis amenazada. De lo contrario, habríais llamado a vuestros oficiales.

Ah, qué lista era. Vivia esbozó una sonrisa descarada sobre su máscara (¿con qué otra cosa podía mantener el control?) y devolvió el agua a la jarra con su poder, formando un lento remolino que no derramó ni una sola gota.

—Si os requieren en otro lugar —dijo Vivia con parsimonia—, supongo que damos por terminada nuestra reunión.

—Os pido disculpas. —Vaness inclinó la cabeza—. Esto es algo que no esperaba... ni deseaba. Pero antes de que os vayáis, tomad. —Le pasó un pergamino enrollado.

Vivia lo cogió, procurando mantener una expresión indiferente mientras desataba la cinta dorada que sujetaba el grueso rollo de vitela.

—No dice nada. —Estaba totalmente en blanco.

—Todavía. —Vaness sacó un segundo pergamino enrollado de su vestido y lo extendió sobre la mesa en un instante, pero al hacerlo derribó un lapicero que cayó al suelo.

Y por primera vez en su vida, Vivia vio ruborizarse a la emperatriz de Marstok. Y se quedó todavía más fascinada cuando la elegancia de la emperatriz se desvaneció durante un momento. Con gestos abochornados, casi atropellados, recogió el lápiz de grafito forrado de piel de oveja, haciendo tintinear sus pulseras y ruborizándose todavía más.

Vivia se vio obligada a admitir que Vaness era, posiblemente, la mujer más hermosa que había existido. Era casi... en fin, casi *ridículo* que pudiera haber alguien tan bello.

Vaness recuperó su aplomo apenas unos instantes después, inclinándose sobre la mesa con la misma determinación de siempre.

—Estas dos páginas están encantadas con brujería de las palabras. Si escribo en una, así... —Garabateó algo y se irguió de nuevo—. Ahora mirad la vuestra.

Vivia abrió los ojos de par en par. En la parte superior, con letras compactas y elegantes, estaba escrito *lista es mi letra* en nubrevnés.

—Podéis responder. —Vaness le tendió el lápiz a Vivia, pero ella no lo aceptó.

—¿Qué queréis que haga con esto? —preguntó con cautela.

—Responder. —Vaness agitó el lápiz para apremiar a Vivia a cogerlo.

—¿Por qué?

—Creía que era evidente. Sois una mujer muy ocupada, y yo también. Gracias a esto, podremos negociar un tratado a distancia. Cuando lleguemos al final de la página, el texto se borrará y podremos reanudar la conversación.

—¿Cómo sabré que sois vos?

—Porque esta es mi letra. Puedo escribir más frases si queréis...

—No. —Vivia dejó el pergamino sobre la mesa—. No os necesito, ni a vos ni vuestros... vuestros... —Miró a los ojos a Vaness.

Y de pronto, sin más, Vivia se dio cuenta de que estaba demasiado cansada para continuar.

Siempre representaba el papel de la cólera. El papel del poder, del dominio, de la ira y la impaciencia de los Nihar. Siempre entraba y salía hecha una furia. Gritaba más que nadie, luchaba más que nadie y mantenía a

todo el mundo a raya, ya fueran amigos o imperios enteros. Pero ¿por qué? Después de tantos años haciendo lo mismo, imitando a su padre y llevando la máscara de la osa, se daba cuenta de que nunca le había servido para nada.

El Alto Consejo no quería celebrar su coronación, Stix no quería estar cerca de ella. Y hacía apenas unas horas, su propio padre le había arrebatado el triunfo por el que tanto había luchado.

Y ahora, la emperatriz de Marstok, la de los ocho millones de títulos, le ofrecía una oportunidad a Vivia. A *Vivia*, no a su padre. Y por muy ingenua que fuera, le había parecido que Vaness estaba siendo sincera al decir que la maniobra de los Zorros la había impresionado.

Lo mirara como lo mirara, no veía motivos para negarse.

—Está bien. —Las palabras salieron de sus labios como el agua de un grifo viejo: oxidadas y ahogadas—. Está bien —repitió, obligándose a asentir—. Escribid unas cuantas palabras más y yo haré lo mismo.

Vaness sonrió. Fue una sonrisa genuina, que le entrecerró los ojos y le relajó los músculos de la mandíbula. «Demasiado hermosa».

Transcurrieron varios minutos sin que se oyera nada más que el suave roce del lápiz. Lo que Vaness escribía iba apareciendo simultáneamente en el pergamino que tenía ella.

Esta es mi letra. Soy Vaness, hija única de Rishra y Alalm,
emperatriz de Marstok. Estoy deseosa de negociar con
Nubrevna.

Le pasó el lápiz a Vivia. El forro de piel de oveja estaba caliente.

*Esta es mi letra, escribió Vivia. Soy Vivia, hija de
Jana y Serafín, reina sucesora de Nubrevna. Espero
que no intentéis darme gato por liebre.*

Vaness se rio discretamente. Cuando Vivia le tendió el lápiz, la emperatriz lo rechazó.

—Quedáoslo —le dijo—. Tengo más.

—Yo también —replicó Vivia, depositándolo sobre la mesa de todas formas—. Tan pobres no somos, emperatriz.

Con otra carcajada y otra sonrisa, la reunión concluyó.

Y esta vez, mientras Vivian cruzaba los aposentos de la emperatriz y el ala imperial para salir del palacio, se dio cuenta de que caminaba con un brío nuevo. El Zorrito no era tan ingenua como para pensar que podía salir algo productivo de aquella conversación, pero tal vez, solo tal vez, podía permitirse albergar una pizca de esperanza.

CATORCE



El monstruo despierta en un día nublado.

El niño y su perrito negro, un cachorro llamado Calzas que su padre le ha regalado hace seis meses, están jugando junto a la tienda de su familia. Su tribu ha acampado en un cálido rincón de las Tierras Disputadas.

Calzas jadea y jadea, aunque el sol ya se ha ocultado tras unas lúgubres nubes, así que el niño decide llevárselo al río cercano para nadar y se dice a sí mismo que lo hace para que el perro no pase calor.

Su madre le dijo una vez que los perros no sudan, que no pueden librarse del calor como hacen las personas. El niño cree que está siendo generoso al preocuparse por el bienestar de su perro. Y si de paso consigue ver los cocodrilos de los que le ha hablado Alma, tanto mejor.

Calzas y el niño chapotean en el agua enfangada durante horas, con los gordos y resbaladizos siluros que habitan entre los juncos. Cazan saltamontes del tamaño de su mano, pero no consigue atraparlos. Intenta enseñar a Calzas a hacerlo, pero el perro enturbia el agua y asusta a los bichos.

Las nubes se despejan. El niño se olvida por completo de los cocodrilos. Finalmente oye que su madre lo llama para cenar. Obediente, echa a andar hacia la orilla.

Todavía está con el agua a la altura de los muslos cuando la luz del sol se refleja en dos puntos cercanos. Los juncos empiezan a moverse y el niño se da cuenta de que algo se aproxima. Algo más

grande que él. Algo que se desliza y reptar por el agua con la misma facilidad que el mercurio del reloj de su madre.

Calzas empieza a ladrar, con ese gañido agudo que su padre le ha dicho que no ignore nunca. El niño no lo ignora. Pero tampoco se mueve. No tiene adonde ir. Las escamas amarillas del cocodrilo surgen entre los juncos, cada vez más nítidas. Se interponen entre el niño y la orilla.

Antes de que el niño pueda gritar, Calzas se abalanza.

El cocodrilo cierra las mandíbulas. Calzas gimotea y el cocodrilo se sacude.

El agua se agita. Calzas está atrapado entre las fauces de la bestia. Ya no se oyen ladridos, tan solo el salvaje chapoteo del agua.

La sangre tiñe de rojo las parduzcas aguas pantanosas. Oscura y densa. Incluso la espuma de las aguas revueltas es roja, roja, roja.

Y esa imagen provoca algo en el niño. Aviva lo que late dentro de su pecho. Le hiela la columna. No sabe por qué, pero nota calor en los ojos y fuerza en los músculos. Incluso sus pulmones parecen distintos, más grandes que hace un instante.

Inspira hondo.

Y huele... a libertad. Pura, intensa y viva. Y junto a la libertad... lealtad. Instintivamente, sabe que ese olor pertenece a Calzas. Del mismo modo que sabe que el otro, el olor a libertad y aun apetito ancestral y eterno, le pertenece al cocodrilo.

Sin pensar, sin comprender siquiera lo que hace, el niño se lanza a la refriega. Sus dedos rozan las escamas del cocodrilo en movimiento. El ruido del agua es como un trueno.

«Quieto», le dice a la bestia. «Quieto».

Y el cocodrilo se queda quieto.

«Suelta a Calzas», le ordena. Y el cocodrilo obedece de nuevo. Hay sangre, mucha sangre, pero la libertad y la lealtad siguen ardiendo con fuerza.

«Aguanta», le dice el niño a Calzas, y con una fuerza que no sabía que poseía hasta este momento, recoge a su ensangrentado y lastimero amigo y se dirige hacia la orilla. Solo entonces se acuerda de gritar.



Cuando Iseult regresó por fin a la posada, se encontró una escena encantadora. Lechuza y Aeduan estaban dormidos, ella en la cama y él sentado en el suelo, con la cabeza recostada en el colchón.

El vil brujo de la sangre no parecía tan vil con el rostro iluminado por el sol del atardecer. Incluso la niña endemoniada parecía dulce bajo aquella luz. Ninguno de los dos despertó cuando Iseult entró en el cuarto con la bolsa de suministros ni cuando cogió el aguamanil. Tampoco cuando salió de la habitación para llenar el recipiente en el grifo embrujado que había al final del pasillo.

Un hombre estaba llenando la jarra de su habitación y tres cantimploras. El tono aburrido de sus hilos pasó al color verde hierba del interés al ver a Iseult. Era una silueta femenina, y eso le gustaba. Iseult comprobó que llevaba bien puestas la capucha y las mangas y se reclinó contra la pared lo más lejos que pudo, pero sin arriesgarse a perder su sitio en la fila, en caso de que se presentara alguien más.

Fue un error. Eso no hizo sino aumentar la curiosidad del desconocido. Qué predecible: un hombre que se creía merecedor de la atención de una mujer. Giró el cuello y se estiró con disimulo, con la intención de echar un vistazo bajo la capucha de Iseult. Pero renunció a la sutileza cuando terminó con el agua. Al pasar a su lado se acercó con rapidez, agachó la cabeza y la miró a la cara.

La reacción fue inmediata. Sus hilos se tiñeron del color gris metálico de la hostilidad y su rostro esbozó una mueca de desprecio. Al menos no dijo nada mientras se iba; no la insultó ni la amenazó. Pero Iseult siguió percibiendo sus hilos cuando el hombre entró en su cuarto; los hilos de sus dos compañeros temblaron, preñados también de odio. Iseult no se molestó en llenar el aguamanil completamente antes de regresar al cuarto enseguida. Y una vez a salvo en la habitación, comprobó dos veces que la puerta estuviera atrancada.

La buena noticia era que el Bribón no andaba cerca.

Procurando no hacer ruido, Iseult vertió el agua fresca en la jofaina. Entonces oyó un leve grito y se giró rápidamente hacia la cama.

Los dos seguían dormidos. Aeduan había gritado en sueños. Se estremecía una y otra vez, como si le estuvieran pegando. Una y otra vez. Su rostro...

Iseult pestañeó. Aeduan no temblaba por el maleficio que le habían echado, sino por pena. Por desesperación, como si le hubieran arrebatado lo

que más quería en el mundo.

Era una imagen horrible. Iseult quería sacarlo de ese trance. Quería acercarse corriendo y zarandearlo para que despertara. Quería tomar su rostro entre las manos y decirle que no pasaba nada, que los fantasmas que lo atormentaban ya se habían ido. Era un deseo visceral, no lógico. Cruzó la habitación de dos largas zancadas.

Se arrodilló y extendió las manos hacia su rostro. La piel de Aeduan emanaba calor, un calor infernal. Se estremecía, se estremecía... Tenía la frente perlada de sudor.

«Tiene fiebre», pensó vagamente. Por suerte, había comprado un tónico para eso.

Entonces Aeduan dejó de temblar.

E Iseult se quedó helada, con los dedos a un centímetro de su mentón. Contuvo la respiración. Segundo a segundo, mientras el corazón de Iseult palpitaba con fuerza, las líneas del rostro de Aeduan se fueron suavizando, regresando de nuevo a la inocencia de un sueño reparador. Una parte de Iseult quería continuar. Un rinconcito secreto de su pecho, justo delante del pulmón izquierdo, quería continuar, acariciar el contorno de su mandíbula y contemplarlo mientras despertaba.

Pero era una parte de sí misma que se negaba a aceptar, porque mientras pudiera fingir que no existía, no tendría que plantearse su significado.

Retiró las manos. Le temblaban como si fuera la primera vez que lo hacía. Como si no hubiera estado delante de su cuerpo inconsciente el día anterior, observando sus pómulos marcados y sus densas pestañas. Mientras dormía, le resultaba muy fácil tocarlo. Cuidarlo. Entonces no clavaba en ella sus ojos de cristal. Pero despierto...

«Qué calor hace aquí». Ahora era Iseult la que sudaba, la que parecía tener fiebre. Y no era por las llamas del brujo del fuego, sino por otra cosa. Algo que le formaba un nudo en el estómago y le encogía las costillas.

Silenciosa como un gato, tal y como le había enseñado Habim, Iseult retrocedió de nuevo hasta la jofaina. Con un poco de suerte, Aeduan no se despertaría hasta que ella hubiera preparado todo lo necesario para que se curara las heridas él solo. Entonces podría salir a hurtadillas del cuarto y buscar algún rincón oscuro de la sala común donde esconderse. Un sitio donde reflexionar sobre lo que había ocurrido con el Bribón, donde pedir algo de comer para Aeduan y Lechuza sin que la vieran los demás huéspedes.

Y sin que la viera Aeduan. Todavía le parecía oír lo que había dicho. «No». No quería su ayuda. «No». No quería que Iseult lo tocara. Y ella, boba

fantasiosa, había estado a punto de hacerlo...

Y todavía quería hacerlo.

No podía ni imaginarse la expresión de horror de Aeduan si hubiera despertado *mientras* ella lo tocaba. Habría sido mucho peor que la vez anterior.

«No».

Pero resultó que la Madre Lima no estaba de parte de Iseult esa noche. Aunque consiguió colocar varias vendas de lino limpias, dos ungüentos de los brujos de la tierra, unos polvos de los brujos del fuego y el tónico de los brujos del agua cerca de Aeduan sin molestarlo, cuando intentó acercarle la jofaina llena de agua, esta se derramó y le mojó el muslo.

Aeduan abrió de par en par aquellos ojos tan azules. Tan perdidos.

—Has vuelto —dijo con voz ronca, apenas un susurro.

La temperatura del cuarto aumentó. Iseult recuperó su tartamudez.

—S-siento haberte despertado. —Se escabulló enseguida.

O lo intentó. Aeduan la sujetó por la muñeca con una fuerza sorprendente.

—Quédate —susurró. Otra vez aquella mirada penetrante. La que conseguía que todo su mundo se viniera abajo.

Transcurrieron los segundos. Aeduan aflojó los dedos, pero no dejó de mirarla. Iseult podría haberse soltado de haber querido. Con un simple movimiento, un simple giro de muñeca.

Pero no lo hizo.

—La cicatriz —dijo finalmente Aeduan. ¿A qué se refería?

—No s... —empezó a responder ella.

—La cicatriz —repitió con énfasis. Sin dejar de mirarla, le acarició la muñeca con el pulgar y después la palma de la mano, donde, en efecto, había una pequeña cicatriz. Se la había hecho en Veñaza con un anzuelo—. Es culpa mía.

—Sí —admitió Iseult.

El pulgar regresó a la muñeca de Iseult. Tenía la piel áspera, pero su roce era delicado.

El cuerpo entero de Iseult se bloqueó. No había otra forma de describirlo, otra palabra que expresara la quietud que se adueñó de su interior. No respiraba, no le latía el corazón, no veía nada más que el movimiento del pulgar de Aeduan a lo largo de su mano.

—¿Por qué? —murmuró él finalmente, deteniéndose en su muñeca.

—¿Por qué... qué? —Iseult no sabía cómo había sido capaz de pronunciar esas palabras.

Aeduan tragó saliva. Aunque su cuerpo estaba débil, los músculos del cuello se movían con fuerza.

—¿Por qué sigues aquí?

Iseult pestañeó. La sorpresa le relajó la lengua por un momento. Le aclaró la mente.

—¿Y adónde voy a ir? ¿Es que... necesitas que te traiga algo más?

—No. No es eso... —Lo interrumpió un acceso de tos y soltó a Iseult. De pronto sentía la muñeca muy fría. Muy distinta del resto del cuerpo, que parecía estar en llamas.

—Con Lechuza —dijo Aeduan con un hilo de voz cuando se le pasó la tos—. Y... conmigo. ¿Por qué te quedas?

—Oh.

Era lo último que esperaba que le preguntara. Durante un tenso segundo, Iseult temió que Aeduan hubiera leído la nota de Mathew que tenía en el bolsillo. Que Aeduan supiera que ella tenía otra opción. Pero era imposible: acababa de recibir ese mensaje. Aeduan no podía saber que iban a venir a buscarla.

«¿Y qué más daría si lo supiera?», le dijo su cerebro. «Ya sabe que estás buscando a tu hermana de hilos. Sabe que tienes familia de hilos y que no puedes quedarte con él eternamente».

«Sí, puede que él lo sepa», susurró el rinconcito secreto que tenía sobre el pulmón. «Pero ¿tú estás segura?».

—Te... debo la vida —contestó Iseult finalmente. Era la única explicación que se daba a sí misma—. Me has salvado muchas veces. ¿Por qué? ¿Quieres que me vaya?

Le costó muchísimo pronunciar esas palabras. Aeduan no le ofreció respuesta alguna; se la quedó mirando fijamente, sin pestañear. A cada segundo, sus ojos ineludibles se iban despojando del sueño. La consciencia endurecía progresivamente su mirada.

En aquel cuarto hacía cada vez más calor e Iseult notaba la lengua cada vez más pastosa. Ahora se daba cuenta de que su corazón no se había detenido en ningún momento, ni tampoco sus pulmones. Le había dado esa impresión porque todo eso había quedado oculto tras la inmensidad de Aeduan. Detrás de sus ojos, de sus dedos, de su tacto.

Aeduan se incorporó hasta quedarse sentado, con un gemido de dolor y un espasmo, pero Iseult no intentó ayudarlo. «No». En vez de eso, lo observó mientras transcurrían los segundos y ella canturreaba para sus adentros: «Estabilidad, estabilidad». Pero era una letanía vana, porque cuando Aeduan

se irguió por completo y empezó a quitarse la camisa, Iseult ya no pudo soportar la frustración. El dolor de Aeduan parecía flotar entre ambos. El impulso de quitarle la camisa la obligaba a apretar las manos para dejarlas quietas.

Iseult era una olla hirviendo, a punto de rebosar.

Se levantó con movimientos algo ruidosos y atropellados, pero ni el cuerpo ni los hilos de Lechuza reaccionaron mientras Iseult regresaba a la mesa. Se agarró a los laterales y se obligó a mirarse al espejo. Sus ojos avellana resplandecían a la luz de la lámpara.

«Estabilidad, estabilidad, estabilidad». ¿Cuántas veces la había obligado su madre a colocarse ante un espejo, a concentrarse en dominar su calma de bruja de los hilos? ¿Cuántas veces la había obligado Gretchya a examinar su propio rostro en busca de tics, de temblores, del menor fallo en su expresión impasible? Iseult siempre había detestado ese ejercicio de pequeña. Pero ahora, en aquella habitación hecha de fuego, se sumergió en el consuelo de una lección fría y metódica de su pasado.

Si dominaba su rostro, enseguida sentiría de verdad la calma que aparentaba.

—No he podido conseguir ropa —murmuró finalmente, sin tartamudear. Sin emoción. Sin que Aeduan siguiera devorándole los sentidos—. Volveré a intentarlo mañana, cuando abran las tiendas.

—Puedo conseguirla yo... —Oyó un gruñido de dolor a sus espaldas. Un suspiro salvaje—. En la base del monasterio. Puedo conseguir más ropa allí.

—¿Todavía quieres ir?

—Tengo... que hacerlo.

Iseult reprimió un suspiro, aunque su reflejo no reaccionó. Quería discutir, pero sabía que era inútil. No era la primera vez que los actos de Aeduan no se correspondían con sus palabras. Aseguraba que detestaba a los Carawen y que había dejado de formar parte de ellos, pero había seguido respetando escrupulosamente sus normas durante las dos semanas de viaje. Meditaba al despertar, no se quitaba la capa Carawen y recitaba plegarias al atardecer.

Era igual que Safi. Ella siempre había dicho que despreciaba a su tío, pero hacía todo lo posible para impresionarlo. Buscaba oportunidades para demostrarle sus dotes de lucha, mencionaba sus últimas lecciones de historia cuando hablaban e incluso había cometido un par de robos delante de él.

Iseult sospechaba que, sencillamente, ambos rechazaban aquello que podía rechazarlos a ellos. Si lo hacías tú primero, el rechazo resultaba menos doloroso.

Le dio la espalda al espejo, sintiéndose más fuerte. Más fría. Helada. Aeduan se estaba limpiando las heridas del vientre, derramando el agua por el suelo con sus movimientos torpes.

Necio testarudo. Era un milagro que Lechuza siguiera dormida.

Empapó el paño. Limpió la herida. Empapó el paño. Limpió la herida. Empapó el paño... y se le cayó dentro de la jofaina. Sus dedos entumecidos no conseguían recogerlo del fondo.

En silencio, estoicamente, Iseult regresó a su lado, cogió el paño de lino y lo escurrió antes de ofrecérselo. Pero cuando los dedos de Aeduan lo tomaron, Iseult no lo soltó.

—¿Tan terrible es que te ayude? —Su tono era excesivamente fuerte, casi petulante. Pero quería saber la respuesta, así que aguardó.

El agua empezó a gotear en el suelo.

—Cuando... me tocas —dijo Aeduan al fin—. Es... demasiado.

«¿Demasiado?», quiso decirle. «¿Demasiado qué?». Eso podía interpretarse de muchas formas. La lógica le decía que se refería al dolor, claro, pero el lío que estaba montando al intentar curarse a sí mismo lo desmentía. Los dedos de Iseult eran más hábiles que los de Aeduan, y también más delicados.

Soltó el paño y la mano de Aeduan. Ya le había dado una respuesta y no iba a insistir, aunque aquel rinconcito secreto de su corazón quisiera hacerlo. Mientras regresaba al espejo, ese rincón diminuto le decía: «No es el dolor lo que le molesta. Es otra cosa. Es lo mismo que a ti te deja la lengua pastosa y el rostro encendido. Lo que hace que todo tu cuerpo se bloquee».

Y odiaba lo mucho que deseaba que ese rinconcito estuviera en lo cierto.

QUINCE



Las sombras eran crueles con Merik. Se burlaban de él, con una voz que no era la de Kullen. Una voz divertida, provocadora, que hablaba en un idioma que él apenas comprendía. Las sombras palpitaban, retumbaban, lo agarraban, se escabullían y se reían. No dejaban de reír.

En dos ocasiones logró abrir los ojos a duras penas. En dos ocasiones vio un límpido cielo azul y sintió el viento húmedo azotándole el rostro. En dos ocasiones recuperó la consciencia el tiempo suficiente para darse cuenta de que se estaba moviendo, de que alguien de brazos recios y manos fuertes lo llevaba en volandas.

Era lo único que podía ver Merik antes de que regresaran las sombras reidoras.

Cuando las sombras se retiraron por fin, el cielo ya no estaba azul. Estaba atardeciendo; el mundo se inclinaba bajo el cielo pintado de rosa. Un aire frío le helaba el rostro. Al incorporarse, se dio cuenta de que estaba empapado.

Tiritaba.

Un bosque se materializó a su alrededor, cobrando nitidez por segundos mientras los últimos restos del veneno se disipaban. La niebla reptaba alrededor de los troncos pálidos con manchas negras de los alisos. De entre los árboles más cercanos, a través de la hierba empapada, salía un camino de tierra ahora convertida en barro.

El sendero terminaba en una gigantesca losa de piedra vertical, a pocos pasos de donde se encontraba Merik. Era igual al megalito que Kullen había destruido, salvo porque la superficie de esta lucía intrincados grabados en espiral. En algunas zonas, las marcas se habían erosionado hasta desaparecer. Otras estaban invadidas por líquenes blanquecinos.

Fuera lo que fuera aquel monumento, estaba claro que era muy antiguo. Y que alguien le rendía culto. La hierba estaba sembrada de ofrendas y baratijas;

algunas eran recientes, mientras que otras llevaban tiempo pudriéndose bajo el frío sol arituano. Entre una hogaza de pan mohoso y ennegrecido y una muñeca de cuyo rostro pintado ya no quedaba nada, vio tres relucientes peras en el punto perfecto de maduración, con la piel verde con manchas rojas como el inminente atardecer.

Se le hizo la boca agua. Llevaba muchísimo tiempo sin comer nada, y el único líquido que había tomado era el bebedizo que le había dado Esme.

«Esme». Con su nombre llegó el recuerdo de dónde estaba y cómo había llegado allí, a cientos de leguas del convento de las brujas de la vista. A cientos de leguas de Cam, de Ryber, de todos aquellos a los que conocía. Y ahora alguien lo había depositado junto a un altar, en mitad de un bosque húmedo.

¿Habría sido un amigo o un enemigo? Merik no veía a nadie cerca y sus vientos tampoco le ofrecían información. Todavía llevaba puesto el collar de madera; por mucho que inspirara hondo, no conseguía conectar con su poder.

Estaba solo, sin magia y sin ayuda.

Pero eso también quería decir que no había nadie que pudiera detenerlo. Con un movimiento tan rápido que se mareó, Merik se levantó y echó a correr hacia el bosque. Sentía el corazón palpitando a máxima velocidad y los pulmones agotados. Los alisos pasaban a su lado en un borrón; sus hojas de color ocre destacaban entre la niebla. El suelo embarrado le succionaba los pies. Siguió adelante de todas formas, sin frenar ni un ápice. Iba a salir de allí. Buscaría ayuda y luego se las arreglaría para regresar al convento, con Cam y Ryber.

Acababa de llegar a un terreno más firme, donde el alisar daba paso a un bosque de hayas y abetos, cuando un fuerte dolor lo traspasó.

Fue como volver a estar atrapado en el barco en llamas: fuego, fuego por todas partes. Corriéndole por las venas, bajo la piel, detrás de los ojos. Un grito ahogado escapó de su garganta, le cedieron las rodillas y se desplomó sobre la tierra fría.

Unas vetas negras se agitaban bajo la piel de sus manos.

«No es por ahí». La voz de Esme, hecha de esquirlas de hielo y pesadillas, se deslizó por su pecho hasta colársele en el cráneo. «¿No estarás intentando huir de mí, príncipe? Yo creo que te has confundido, que vas a darte la vuelta y a volver».

—No —dijo Merik entre dientes, luchando por seguir adelante.

«Sí». El dolor abrasador regresó multiplicado por mil. Lo dejaba ciego. Sordo. Se oían gritos entre los árboles; sabía que eran suyos, pero sonaban a

un millar de kilómetros de distancia.

«Media vuelta, príncipe, o irá a peor. Porque sí, puede ser aún peor».

A Merik no le parecía posible, pero creyó las palabras de Esme. Y si el dolor aumentaba lo más mínimo, lo partiría en dos.

«Basta». ¿Lo estaba diciendo a gritos o solamente lo pensaba? Fuera como fuera, esa palabra ocupaba todo su interior.

«Basta, basta, basta». Se dio la vuelta a gatas y se arrastró de nuevo por donde había venido.

Las llamas no remitieron hasta el cuarto paso agonizante. Cuando lo invadieron el frío y la nada, Merik se dejó caer al suelo, temblando.

«Muy bien», gorjeó Esme. «Ahora vuelve al altar, príncipe. Vamos a empezar de nuevo».

—Sí —contestó con dificultad, aunque no podía hacer nada más que mirar fijamente las hojas ambarinas de un haya e intentar recuperar el aliento. El dolor seguía atenazándole el pecho al ritmo de su corazón desbocado. Seguía oyendo gritos.

Levantó las manos temblorosas. Aunque la luz del atardecer lo cegaba, distinguía las líneas negras que palpitaban bajo su piel. Esme lo había sajado (o había empezado a hacerlo). En la torre, había mencionado a otros sajados. Había dicho que eran suyos, como si ella fuera la responsable de su sajadura. Como si le hubiera hecho lo mismo a Merik.

«La Titiritera».

Se rumoreaba que el rey saqueador tenía a su servicio a una mujer capaz de controlar a los sajados. Se decía incluso que los había creado ella, pero Merik siempre había creído que eran mentiras, disparates destinados a asustar a los imperios y también a Nubrevna. En la Cumbre de la Tregua, Merik había culpado a los demás líderes de ignorar la amenaza de Arituania, pero él había hecho lo mismo.

Se había negado a ver muchas cosas por pura soberbia, y todo lo que había hecho lo atormentaría hasta que se redimiera.

Pero ahora mismo lo único importante era obedecer a Esme. Le avergonzaba ser tan sumiso, pero la verdad era innegable: estaba dispuesto a hacer todo lo que ella le dijera con tal de que mantuviera aquel fuego lejos de él.

Merik empezó a caminar por el bosque con paso vacilante y tembloroso. Miraba fijamente el suelo, concentrado en mantenerse en pie. No había sitio para la reflexión, para el miedo, para fijarse en la fría niebla que lo iba envolviendo.

Llegó al altar justo cuando el sol se ocultaba tras el horizonte. Esta vez, en cuanto vio las peras las engulló sin titubeos; el jugo le resbaló por el rostro y los dedos. Jamás había probado nada tan dulce.

Se estaba comiendo la tercera cuando la voz de Esme regresó. «¿Sabes dónde estás?». Sus palabras arrancaron a Merik de su deleite y la realidad lo golpeó con tanta fuerza que se atragantó y escupió trozos de pera en un cuenco plateado que había cerca.

—No —graznó Merik, limpiándose los restos de fruta de la boca pegajosa.

«Es un altar construido hace miles de años, antes de la era de los brujos».

Merik no sabía que hubiera existido una era sin brujos.

«Nadie recuerda el pasado a menos que se deje por escrito. Y los que lo escribieron ya han caído en el olvido. El pasado se borra con mucha facilidad, príncipe, y solo la Durmiente sabe a qué dios o fuerza de la naturaleza se dedicó este altar».

Sus palabras reflejaban un curioso dolor, como si Esme añorara ese pasado. Como si llorara la pérdida de la historia y del conocimiento.

«Ahora las ridículas tribus nomatsíes los utilizan para adorar a una diosa que nunca lo fue, la hermana mediana de la Madre Luna, que creen que adopta la forma de una golondrina. Necios supersticiosos». Sus palabras estaban cargadas de veneno. «La Golondrina no existe, nunca ha existido. Sin embargo, le dejan regalos muy bonitos. Quiero que me los traigas», añadió, como si se le acabara de ocurrir. «¿Ves alguna gema? Seguramente sean toscas».

Merik asintió. Había muchas diseminadas por el suelo. Entonces se dio cuenta de que tal vez Esme no era capaz de ver sus gestos, así que dijo con voz ronca:

—*Onga*. —Significaba «sí» en arituano. Se sentía más fuerte gracias a las frutas. Más despierto y alerta.

«¡Ah!». Un chillido estridente le llenó la cabeza como el zumbido de las avispas. Intuyó que su respuesta la alegraba mucho. «¡Eres pura perfección, príncipe! Ningún otro de mis sajados conserva la mente, ¿sabes? Puedo moverlos a mi antojo y obligarlos a realizar tareas sencillas, como atacar, defender o llevar en volandas a un príncipe dormido por el bosque. Pero eso requiere toda mi concentración. Tengo que sujetar la correa y dirigirlos hacia donde quiero que vayan. E incluso entonces me cuesta ver a través de sus ojos. Por eso, cuando tengo que recoger cosas, suelo hacerlo yo misma. Hasta ahora, claro. Si puedes ver las gemas, príncipe, puedes recogerlas. Ah, y

tengo muchas más gemas y otras cosas que necesito que me traigas. No podrías ser más perfecto ni aunque te hubiera diseñado yo».

El zumbido regresó. Sospechó que Esme se estaba riendo.

«Coge las gemas, príncipe, y vuelve conmigo».

—No conozco el camino. ¿Cómo voy a volver?

«Muy sencillo. Solo tienes que guiarte por el dolor». Y dicho esto, lo invadió la agonía más absoluta.

Merik gritó.

«¡Coge las gemas y dejará de dolerte!».

Empezó a recogerlas, y no solo las gemas. Agarró cualquier cosa que se pareciera a una piedra, cualquier cosa pequeña, redonda o a su alcance, y se las guardó todas en los bolsillos. Apenas veía nada. Tampoco podía pensar. Le ardían todos los nervios del cuerpo.

«Buen chico», le dijo Esme cuando ya no le cupo nada más en los bolsillos. «Y ahora, andando».

Merik echó a andar.

DIECISÉIS



El trayecto por Tirla fue de lo más engorroso. Aunque los ungüentos y tinturas de Iseult habían aliviado un poco los dolores de Aeduan, actuaban despacio y tendría que aplicárselos durante varios días para que surtieran efecto de verdad. Al menos eso suponía él, teniendo en cuenta la velocidad de curación de la gente corriente.

Qué extraño. Aeduan nunca había imaginado que un día sería igual que la gente corriente. Cuando era pequeño, nada le habría gustado más. Ahora, en cambio, lo detestaba.

Se estaba levantando viento, que parecía animarlo a caminar más rápido. El cielo empezaba a nublarse; si no se daba prisa, estallaría una tormenta antes de que hubiera terminado.

Cuando finalmente divisó las aguas agitadas del lago, Aeduan se irguió y respiró hondo. «No soy mi mente, no soy mi cuerpo». Entró en el muelle principal, que aún estaba abarrotado a pesar de la hora tan tardía, y se dirigió a la base Carawen, procurando caminar con paso firme.

El edificio se alzaba entre una caballeriza y una tienda de mapas. Apenas había cambiado en dos años: la misma fachada de piedra caliza castigada por el clima, el mismo emblema del grajo y el árbol sobre el umbral, ahora un simple óvalo desgastado por la erosión, y la misma puerta de roble macizo sin cerradura exterior.

Llamó a la puerta. Al momento se abrió una rendija a la altura de su rostro. Al otro lado, unos ojos oscuros le escudriñaron las facciones antes de fijarse en su pendiente de ópalo.

—Bien —dijo una voz. Con un chirrido de bisagras (eso tampoco había cambiado), la puerta se abrió de par en par. Aeduan no conocía al portero, pero tenía el aspecto marchito que esperaba. Los encargos de vigilancia de las

bases eran cómodos, lucrativos y perfectos para monjes mercenarios ya entrados en años.

—Estás hecho una mierda —dijo el monje.

—Es como me siento —contestó Aeduan. El portero soltó una risotada mientras él, cojeando, pasaba al claustro. Los acólitos, cuyos hábitos blancos parecían grises por la inminente tormenta, atendían el prolijo huerto de coles, remolachas y zanahorias. Bastardos con suerte... Aeduan había solicitado seis veces un traslado durante su entrenamiento. Lo que fuera con tal de estar lejos del monasterio.

Siempre se lo habían denegado, y en el fondo era de esperar. Nadie se fiaba de un brujo de la sangre. Nadie se fiaba de un diablo.

Giró a la derecha y rodeó el huerto hasta llegar al puesto de requisición. Las hojas de las remolachas y las zanahorias se agitaban con el viento. Empezaban a oírse truenos a lo lejos.

—Tú —dijo una voz sorprendida en cuanto Aeduan entró en el puesto, que tampoco había cambiado nada: el mostrador bajo al fondo, el casillero de la pared... En cambio, la marstokí al cargo de aquella base sí que había cambiado: tenía unas cuantas canas más, y también arrugas en los ojos—. Ha pasado mucho tiempo, monje. Antes tenías mejor pinta.

—Dos años. —Aeduan se acercó al mostrador. El dolor lo laceraba a cada paso, pero tenía que disimular. Aunque aquella mujer era de los pocos monjes que lo toleraban, tampoco se hacía ilusiones: Aeduan no le caía bien. Sencillamente, había traído mucho dinero a su base; los monstruos tenían su utilidad.

—He estado en Dalmotti —le explicó Aeduan—. Rango siete. Acabo de regresar.

—Un rango siete... Ahora ya entiendo toda esa sangre. —Al ver la expresión confusa de Aeduan, la mujer enarcó las cejas—. ¿O te refieres a un rango siete de los de antes?

Aeduan sacudió la cabeza.

—No comprendo.

La incredulidad de la mujer fue en aumento.

—¿No sabes nada de los cambios que ha hecho el nuevo abad? Ahora los encargos se clasifican por precio, no por duración.

«El nuevo abad». Aeduan no sabía nada de eso.

A la marstokí se le escapó una carcajada de sorpresa. Por lo visto, Aeduan no estaba consiguiendo disimular sus emociones.

—¿Cuánto hace que no visitas una base, monje? —Apoyó las manos en el mostrador—. Hace más de un mes que los deanes eligieron a Natan fon Leid como sucesor del viejo.

Aeduan ladeó la cabeza mientras sopesaba sus palabras. Llevaba más de dos meses sin pisar una base; los monjes de Veñaza no eran tan cordiales como aquella mujer.

Por tanto, era lógico que no supiera nada del nuevo abad ni de su sistema de clasificación... Y en parte deseaba no haberse enterado. Natan fon Leid, como buen cartorriano, siempre había sido un egocéntrico. Su sed de poder era insaciable ya desde pequeño. Aunque a Aeduan no le gustara, esas cualidades lo volvían idóneo para el puesto de abad Carawen.

La mujer soltó otra carcajada y se irguió.

—Parece que no te cae simpático.

—Mmm —dijo él por toda respuesta, molesto por su incapacidad para dominar su propio rostro. El mero hecho de mantenerse en pie ya requería toda su concentración, como para pensar también en controlar sus expresiones... ¿Cómo se las arreglaba la bruja de los hilos?

—¿Hay piedras doloras? —preguntó.

—Unas cuantas. —La mujer se giró hacia el casillero—. Pero los marstokiés están desviando todos los suministros a la frontera, así que he tenido que subirles el precio... Un momento. —Se detuvo con el brazo extendido y miró de nuevo a Aeduan—. ¿Para qué necesitas tú una piedra dolora?

—No es para mí —mintió.

La mujer no parecía muy convencida, pero tampoco insistió. Al cabo de un instante, depositó un saquillo en el mostrador.

—Según las normas nuevas, equivale a un rango cuatro. Bastante caro —le aclaró—. ¿Seguro que la quieres?

Todos los suministros del monasterio se pagaban con trabajo, pero a Aeduan le habría dado igual que aquella piedra costara un rango cuatro o un rango diez. Necesitaba algo que le devolviera las fuerzas hasta que encontrara a un brujo sanador. No iba a hacerle ascos a nada.

—Sí —contestó, apoderándose del saquito y guardándoselo en el bolsillo. Ya casi había terminado. Pronto podría escabullirse para ponérsela—. También necesito un uniforme nuevo. Negro.

El color negro disimularía las constantes manchas de sangre.

—¿También quieres una capa? —Miró fijamente la tela mugrienta y desgarrada—. Tengo muchas. Solo cuestan un rango uno.

Aeduan negó con la cabeza. Su capa tenía varias modificaciones especiales: fibras de salamandra ignífugas y una mascarilla antihumo incorporada. Prefería llevar su capa vieja antes que una nueva, aunque estuviera ensangrentada y agujereada.

Después de asegurarse de que seguía teniendo la misma talla (y acceder a un rango uno como pago, aunque Aeduan ya no sabía qué implicaba eso), pasó al siguiente punto de la lista:

—Necesito ropa de viaje para una niña. De unos seis o siete años. Bastante menuda para su edad.

—Oh... —Era evidente que la mujer se moría de ganas de saber para qué la quería, pero estaba prohibido preguntar. Los encargos eran un asunto privado y los monjes eran famosos por su discreción—. Vaya, pues la Dama Fortuna está de tu parte hoy... —Alargó la mano, cogió algo y lo dejó en el mostrador—. Llegó la semana pasada. No es nueva, pero está limpia y es de calidad.

Era verdad. La túnica y el pantalón de lana, de un color gris parduzco que le recordaba a la corteza de un haya, parecían un tanto holgados, pero habría sido peor que fueran demasiado estrechos. Y la capa de color verde pino tenía el tamaño perfecto.

Aeduan asintió. Estaba conforme.

—Te costará otro rango uno —dijo la mujer—. ¿Alguna cosa más?

—Más ropa de viaje. —Tragó saliva una vez, y luego otra—. Para una mujer más o menos de tu talla.

—Ah, para mujer hay muchas más opciones. —La monja abrió los brazos y señaló una estantería—. ¿De qué calidad las necesitas? ¿Para qué tipo de clima? Si esa mujer tuya es pudiente, tengo seda bordada importada de Dalmotti.

—No es mía. —Flexionó los dedos.

—También tengo género más recio, algodón y lana. Y telas de entretiempo... Por cierto, ¿falda o pantalón? —Sin esperar a que respondiera, la monja empezó a apilar prendas en el mostrador. Había toda clase de colores y tejidos: seda, lana, terciopelo, cáñamo...

Y Aeduan no tenía ni idea de qué elegir. En realidad Iseult no le había dicho expresamente que quisiera ropa nueva. Mientras miraba aquella montaña de prendas, empezó a preguntarse si la bruja de los hilos se enfadaría con él por haber dado por sentado que conocía sus gustos. O si se enfadaría si Aeduan volvía sin haber comprado nada para ella. Pero seguro que se alegraría de no tener que seguir llevando los mismos andrajos, aunque solo

fuera porque la ropa nueva la ayudaría a combatir el frío de la montaña. A lo mejor el traje de lana marrón...

Aeduan lo examinó, intentando evaluar sus ventajas con la lentitud del deshielo primaveral. «La camuflará. Es abrigado y no le estorbará en combate».

Y lo mirara como lo mirara, era un espanto.

Después se fijó en un vestido de terciopelo azul oscuro. El corte era el habitual de las montañas, el color era bonito y también parecía cómodo. El ribete de pelo de zorro en el cuello le daba un toque elegante. También estaba el traje gris de ahí. O el negro de al lado. O el de color mostaza con adornos turquesa.

Ya iba por la duodécima prenda cuando se dio cuenta de que la monja sonreía de oreja a oreja, como si supiera algo que Aeduan desconocía.

Notó que se le encendían las mejillas y apretó los dientes hasta que le rechinaron. Aquel asunto era totalmente trivial; estaba dejando que el dolor le nublara el juicio. La ropa de Iseult le daba exactamente igual. Le gustara o no, tendría que conformarse con lo que le comprara. Y punto.

—El negro —gruñó Aeduan, señalando con el dedo uno de los trajes que ya había visto.

—¿Seguro? —La mujer ensanchó su sonrisa y Aeduan la fulminó con la mirada.

—El negro —repitió. Retumbó un trueno en el exterior.

Cuando la mujer terminó de guardarlo todo en un saco de arpillera y apuntó la deuda de Aeduan en el libro (dos encargos de rango uno, uno de rango dos y otro de rango cuatro), ya había empezado a llover.

Se marchó sin despedirse.



Aeduan se cambió de uniforme en el baño de la base. El pantalón, la camisa, la brigantina, el cinto y el tahalí. Finalmente se pasó por el cuello el cordón de cuero de la piedra dolora. En el instante en que se metió la piedra bajo la camisa y esta le tocó el pecho, sintió los efectos de su magia.

De un segundo a otro, le cayeron encima los ruidos de la lluvia, la tormenta y las voces que se oían en el edificio. El mundo se volvió nítido, con un torrente de luz y color. Y el dolor retrocedió como la lluvia absorbida por la arena. Por fin podía respirar. Podía ver. Y todo ocurrió tan deprisa que estuvo a punto de perder el equilibrio y chocar con la pared.

Por los Pozos, se sentía renacido.

Apoyado en la pared de ladrillo, Aeduan inspiró hondo hasta que sintió la tensión de los pulmones en las costillas. Solamente ahora era consciente de cuánto dolor había sentido. De lo mucho que se le había encorvado la espalda desde la noche anterior. De lo mucho que había tropezado, farfullado y luchado por no perder la consciencia.

Exhaló, saboreando la sensación de libertad al respirar, la facilidad con la que se movían sus músculos ahora. Inspiró hondo de nuevo y esta vez invocó su magia, que cobró vida con un rugido, sin titubeos ni trompicones. Las esencias sanguíneas de los monjes y los acólitos eran un clamor, y todas ellas eran tan únicas y especiales como los cuerpos y las mentes a los que pertenecían.

Regresó de nuevo por el claustro, ahora desierto y neblinoso. La lluvia azotaba los cultivos del huerto. Cuando entró en la sala común, donde se colgaban los encargos disponibles, ya había empezado a relampaguear.

Entonces pensó, distraído, que semejante tormenta no era normal en esa época del año. Y menos en Tirla.

Las paredes de madera de la sala común se dividían en diez secciones. A su izquierda estaba el rango uno; el tablón estaba cubierto casi por completo de papeles. Eso seguía igual que siempre. Los encargos más breves, supuso, eran también los peor pagados. Los rangos dos y tres tenían casi la misma cantidad de encargos que el rango uno. Normalmente casi todos los monjes habrían estado consultando los rangos más bajos, pero ahora mismo ninguno se despegaba del extremo derecho de la pared.

El rango diez.

Un mar de capas blancas, algunas húmedas y otras secas, se fundían entre sí mientras sus dueños se inclinaban para ver mejor y estiraban el cuello para intentar leer el encargo clavado en la superficie de madera. Fuera lo que fuera, tenía que valer mucho dinero. En otra época Aeduan habría ido directo hacia allí, abriéndose paso a empujones, y habría disfrutado cuando lo fulminaran con la mirada y lo llamaran «diablo». Pero esta vez se dirigió al extremo izquierdo de la pared.

«Dos de rango uno, uno de rango dos y otro de rango cuatro». Mientras observaba las hojas de papel, escritas en diversos idiomas y con toda clase de caligrafías, se dio cuenta de que había empezado a rotar las muñecas. Una y otra vez. Estar allí eligiendo encargos, leyendo quejas sobre deudas vencidas y reses desaparecidas, solicitudes de fuego marino o misiones de vigilancia cerca de la frontera... Precisamente por eso había aceptado la oferta del

maestro gremial Yotiluzzi, hacía dos años. Quería el dinero, y también irse de allí.

«Ahora también podrías irte», lo incitaba su mente. «Puedes marcharte sin pagar». Al fin y al cabo, no debía lealtad al monasterio. No pensaba volver jamás. Pero... el pendiente de ópalo tenía su utilidad. Y la capa. Y aquellas bases. Si no pagaba sus deudas, no podría seguir utilizándolos.

Cogió dos encargos de rango uno de la pared. Los dos quedaban cerca de la ciudad y podría terminarlos antes de mañana.

—Me sorprendes, brujo de la sangre.

Aeduan apretó la mandíbula. No le hacía falta girarse para saber quién estaba a su lado. «Agilidad y guirnalda de margaritas, besos maternos y acero afilado».

—¿No vas a por el rango diez?

Aeduan se giró despacio hacia Lizl. Su piel ambarina estaba húmeda por la lluvia, y la capa blanca goteaba agua. Era alta, pero Aeduan se negó a levantar la barbilla para mirarla a los ojos. Solamente alzó la vista.

—No —contestó, impasible.

—¿Por qué no? —Sonrió con altivez, cruzándose de brazos con gesto despreocupado. Pero su porte relajado era engañoso: Lizl era la mejor monja mercenaria de todo el monasterio.

Después de Aeduan. Él todavía le sacaba ventaja.

—Diez mil tálaros. —Levantó un dedo, y luego un segundo y un tercero mientras añadía—: Más veinte mil piestras y veinticinco mil cleques. Con ese dinero se puede comprar un reino. Y además es un encargo abierto.

Cualquier monje podía intentar completar los encargos abiertos, que seguían estándolo hasta que alguien los terminaba. En todos los años que Aeduan había trabajado como mercenario, jamás había visto un contrato abierto. Tampoco había oído hablar de ninguno con una recompensa tan alta como aquella.

Pero eso no le hizo cambiar de opinión.

—No me interesa.

—Mejor. Porque pienso llevármelo yo.

—No me importa.

—Pues debería importarte. —Se echó a reír; su risa era como los cristales rotos—. Ándate con ojo, brujo de la sangre. Si vuelves a cruzarte en mi camino, te destruiré. —Se despidió con una sonrisa burlona, giró sobre sí misma (salpicando a Aeduan con la capa empapada) y salió de la sala común.

Aeduan no la miró mientras se iba. Al igual que todo lo que había allí, Lizl tampoco había cambiado nada en dos años. Daba igual que él no se hubiera cruzado en su camino a propósito, que no le interesara el rango diez ni que fuera imposible que ella lo destruyera: Lizl odiaba a Aeduan, siempre lo había odiado y siempre lo odiaría.

Se apresuró a arrancar los primeros encargos que encontró en los tablones de los rangos dos y cuatro y salió de la sala común, alejándose del pelotón de monjes con la intención de concluir lo que había venido a hacer: visitar el santuario de los caídos.

La lluvia goteaba por los escalones que descendían desde el claustro; todos los santuarios Carawen estaban bajo tierra. Al pie de la escalera se había formado un charco. Perseguido por los truenos del exterior, Aeduan recorrió el túnel hacia las profundidades de la tierra hasta que finalmente llegó a la sala de piedra, una versión en miniatura de las inmensas catacumbas subterráneas del monasterio. La luz temblorosa de las velas iluminaba el techo bajo y abovedado, pero el hexágono central de mármol negro del suelo la absorbía toda.

La gran losa de mármol medía unos dos metros de anchura y le llegaba a media pierna. Había cuatro monjes arrodillados a su alrededor, recitando diversos votos. Aeduan no pensaba acompañarlos. Él no conocía al monje muerto. Solo quería concluir la tarea.

Un quinto monje, una mujer, salió de entre las sombras. Todos los monjes estaban obligados a servir en el santuario de los caídos durante un año. La mayoría esperaban a hacerse viejos, pero aquella monja era joven. No podía ser más de diez años mayor que Aeduan.

—¿Has venido a presentar tus respetos? —le preguntó—. ¿O a notificar una muerte?

—Una muerte. —Sacó el ópalo del muerto del bolsillo—. No sé cómo se llamaba. Lo encontré al sur de Tirla, a un día de viaje. Era un monje artesano que se vio envuelto en un combate.

La mujer soltó un suspiro cargado de aflicción y tomó el ópalo de la mano de Aeduan.

—Es por el rango diez. —Miró la gema con el ceño fruncido—. Nos están matando uno a uno. Ya han caído cien de los nuestros en el intento. —Volvió a observar a Aeduan con una mirada penetrante y casi desesperada—. No hay fortuna que valga tanto como la vida, monje. No lo olvides.

Y con esas palabras, la monja inclinó la cabeza respetuosamente y volvió a fundirse con las sombras.



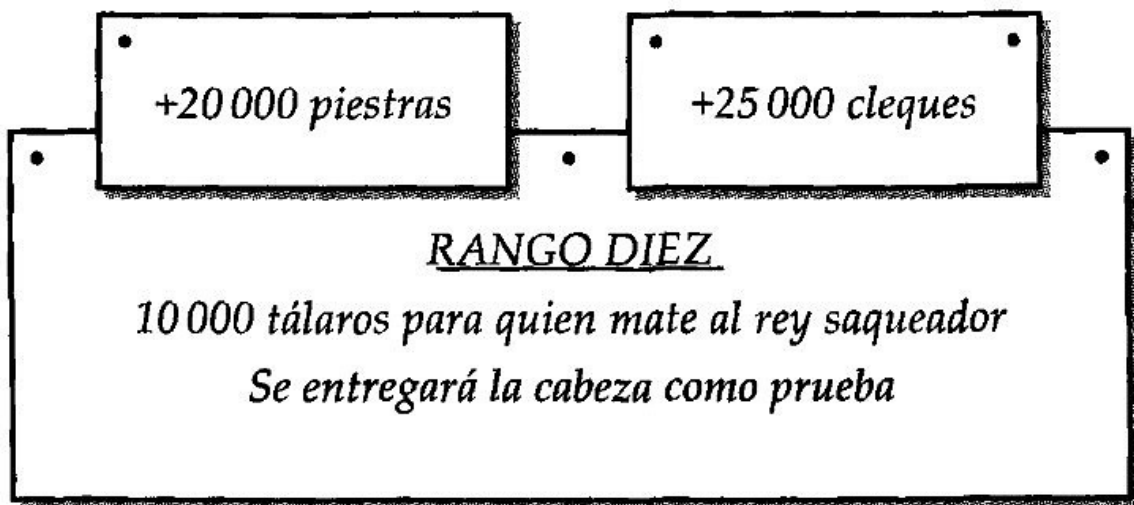
Aeduan regresó a la sala común. La curiosidad lo atraía hacia allí. La curiosidad y algo más fuerte. Algo similar a la certeza, aunque no sabía de dónde procedía.

Le hervía en las entrañas mientras caminaba a grandes zancadas bajo la lluvia.

Tuvo que abrirse paso a empujones entre los monjes apiñados delante del tablón. Algunos protestaron y otros lo miraron con rabia, igual que siempre. E igual que siempre, todos se apartaron en cuanto vieron los remolinos de sangre de sus ojos.

—El brujo de la sangre —susurraron—. El diablo del varío.

Entonces llegó hasta el solitario papel de color parduzco clavado en la superficie de madera; un papel demasiado sencillo para tan serias palabras. Encima habían clavado otros dos papeles con sendas cifras, como si la recompensa hubiera aumentado en dos ocasiones.



DIECISIETE



Con las primeras luces de la tarde, Safi acompañó a la emperatriz de Marstok y a Habim mientras paseaban junto al lago Scarza. Los barcos militares de velas blancas se extendían, rechinantes, hasta donde alcanzaba la vista. Había miles, y sin embargo no suponían más que una fracción de las fuerzas marstokíes. Safi sabía que la mayoría estaban fondeados en la costa sur o navegando en alta mar.

Tras la marcha de Vivia Nihar, Safi y Vaness habían acompañado a Habim hasta el extremo norte del lago, donde la Marina marstokí tenía su cuartel general. Safi se había disfrazado de víbora: túnica negra, bombachos negros y botines negros de piel flexible. La única diferencia entre el uniforme de Safi y el de los auténticos víboras era que ella no llevaba armas en el cinto de hierro. Tampoco tenía que llevar un pañuelo en la cabeza. Todavía.

Rokesh y otros once víboras escoltaban al grupo, aunque lo bastante separados como para no estorbar a Vaness mientras caminaba por el ancho adarve de arenisca que dominaba el puerto principal.

—Los cartorrianos quieren a vuestra bruja de la verdad —dijo Habim como si tal cosa. Con las manos entrelazadas a la espalda, observaba a los marineros con la misma expresión con la que solía evaluar a Safi y a Iseult cuando eran más pequeñas—. El emperador Henrick se vuelve más osado día a día, majestad. Nos provoca para ver hasta dónde puede acercarse antes de que le atacemos.

—Y cuando se acerquen demasiado —respondió Vaness, sin dejar de caminar con paso férreo—, los mataremos.

«Verdad, verdad, verdad».

—No —replicó Habim—. No haremos eso. —Se detuvo, obligando a Safi y a los víboras a hacer lo mismo—. Si avivamos el conflicto, Cartorra y Dalmotti tendrán la excusa perfecta para hacerlo también. Y no estamos

preparados, majestad. Nuestras tropas son numerosas, están organizadas y bien pertrechadas, pero eso no nos garantiza la victoria.

»El grueso de vuestras fuerzas son hijos de la Tregua. No han vivido la guerra, no entienden lo que hay en juego ni les importa.

Safi sintió un hormigueo de sinceridad en esas palabras. Se acordó de una frase similar, pronunciada en una tarde similar, hacía apenas un mes. «No tienes ni idea de lo que es la guerra», le había dicho el tío Eron.

Y tenía razón. Ahora lo veía. Safi también era hija de la Tregua.

Justo entonces un oficial pasó por el parapeto inferior y le ladró unas órdenes al portaestandarte, un muchacho al que aún no le había salido el bigote. De hecho, casi parecía que aún no había terminado de pegar el estirón.

Safi hizo una mueca al verlo y Habim soltó un bufido, pero Vaness no mostró la menor reacción.

Al cabo de un momento reanudaron el paseo. Ahora estaban hablando sobre infantería y cadenas de suministro, rutas fluviales y controles de carretera. Temas que Safi se había visto obligada a estudiar (bajo la tutela de Habim, por cierto), pero que siempre se le habían dado mejor a Iseult.

Safi conocía a Habim desde siempre, pero el hombre tras el que ahora caminaba solemnemente no era el mismo con el que se había criado.

Había similitudes, por supuesto. La impaciencia que abreviaba sus palabras, la parálisis del rostro cuando algo le desagradaba. En eso seguía siendo Habim de los pies a la cabeza. Pero todo lo demás era nuevo para Safi, desde el uniforme almidonado (verde con borlas doradas) hasta las profundas reverencias que le dedicaba todo el mundo. Y sobre todo, sus constantes referencias a lugares y acontecimientos pasados de los que Safi nunca había oído hablar, pero en los cuales resonaba una verdad atronadora.

¿Acaso toda la vida de Safi había sido una mentira? ¿Y cómo era posible que ella, la única bruja de la verdad de todo el continente, nunca lo hubiera sospechado siquiera?

Habim y Vaness se detuvieron frente a un buque de guerra, cuya resplandeciente cubierta dorada estaba repleta de ajetreados marinos vestidos de verde. En menos tiempo del que tardó Safi en secarse el sudor de la frente, aparecieron dos pajes que depositaron una mesa entre Habim y la emperatriz. Se escabulleron mientras Habim sacaba un papel de su bolsillo. Después de colocar una piedra en cada esquina para que no saliera volando, invitó a Vaness a acercarse.

—Este mapa muestra el noroeste de Marstok y las montañas Sirmayas —explicó—. Aquí aparecen señaladas las atalayas principales. Estos tres pasos

de montaña deberían estar mejor protegidos. Si perdemos una sola de esas torres, Tirla se quedará sin suministros. La ciudad no tardaría ni una semana en caer.

Un subido calor empezó a extenderse entre los hombros de Safi: una advertencia de falsedad. De pronto volvía a estar atenta y con muchas ganas de unirse a la conversación. Estiró el cuello para intentar ver las líneas y las cruces que Habim estaba dibujando en el mapa. Pero solamente veía el mapa en sí, tal y como él lo acababa de describir.

Y sin embargo... cuanto más lo miraba, más parecía emborronársele la vista. Safi se frotó los ojos y miró de nuevo la página.

Su magia ardió con más fuerza; el hormigueo se le extendió por el cuero cabelludo. «Mentira, mentira, mentira». Y entonces el mapa se desvaneció del todo.

No supo cómo se las arregló para no reaccionar, para que su expresión aburrida y cansada no flaqueara. Pero su mente iba a toda velocidad. Y los talones..., ay, sus talones no querían hacer otra cosa que acercarse a la mesa dando brincos.

En vez de eso dio un gran bostezo, abriendo la boca con descaro; de niña, se habría llevado una buena reprimenda por hacer eso. Fingió que intentaba disimular, que se giraba para darle la espalda a la emperatriz y que esta no la viera, y entonces aprovechó para acercarse unos centímetros hacia la mesa. Otro bostezo, otro paso.

Ahora veía perfectamente el mapa. Y veía que no era ningún mapa.
Era un mensaje.

No hagas nada. Tenemos un plan

Eso era todo. Safi lo leyó tres veces más, pero no decía nada más. Solamente seis palabras, escritas con la letra de Mathew en un documento claramente embrujado: «No hagas nada. Tenemos un plan».

Empanadas de comadreja. Safi no sabía si reír o llorar. ¿En serio, Habim? ¿De verdad le estaba diciendo que siguiera como hasta ahora? ¿De verdad pretendían que se quedara de brazos cruzados, esperando algún misterioso plan?

Safi había seguido el plan de su tío en Veñaza, y la cosa no había terminado bien. En una sola noche, Safi había tirado por tierra un ardid que llevaba veinte años gestándose, que abarcaba las Tierras Embrujadas en su totalidad y que pretendía evitar el regreso de la guerra y traer la paz de

manera permanente a los imperios. Oh, Safi había sido obediente y había cruzado el Jadansi en el barco de Merik Nihar, siguiendo el plan, pero después las circunstancias la habían hecho cambiar de opinión. Concretamente el tratado ridículo e injusto de su tío con Nubrevna. Y eso la había llevado hasta allí, hasta Marstok.

Pero no era culpa suya. Era culpa de un plan de pacotilla con demasiadas variables, por no hablar de que *nadie* le contaba nunca qué diablos estaba ocurriendo.

Y Safi, más que ninguna otra cosa, quería tener noticias de Iseult. Quería saber en qué rincón de las Tierras Embrujadas se encontraba su hermana de hilos. Quería saber si estaba sana y salva. Y sobre todo quería saber cómo iba a conseguir Habim que las dos estuvieran juntas de nuevo.

—Los nomatsíes —dijo Safi, pero Vaness y Habim la ignoraron y siguieron hablando sobre ventiscas y transportes. Safi lo repitió, con voz más alta y enérgica—: Los nomatsíes.

Esta vez, Vaness interrumpió lo que estaba diciendo.

—¿Qué problema hay? —Apenas se dignó a mirar de reojo a Safi—. ¿Qué les pasa a los nomatsíes?

—Actualmente sus tribus acampan a las afueras de las ciudades marstokíes. —Sin pedir permiso, Safi caminó hasta la mesa, con la barbilla bien alta. Su sombra oscureció el mapa. Clavó un dedo en el lugar donde *creía* que estaba Tirla—. ¿Adónde irán cuando estalle la guerra, majestad? ¿Cómo evitaréis que se conviertan en objetivo de los imperios?

Vaness observó a Safi. Las pulseras de hierro se deslizaron y giraron sobre sus brazos. La brisa del lago Scarza le agitaba el cabello.

—Muchas tribus nomatsíes —dijo finalmente— han jurado lealtad al rey saqueador. No necesitan mi protección, Safi. Si acaso, han pasado a ser enemigos.

—Pero no son todas —contratacó—. Y tal vez las tribus no acudirían a él si creyeran que están a salvo aquí.

—Mmmm. —Las pulseras de hierro se detuvieron y Vaness se giró de nuevo hacia Habim—. No le falta razón, general. ¿Habéis tenido en cuenta a las tribus nomatsíes? ¿Cómo pensáis protegerlas?

Safi tuvo que reprimir una sonrisa.

«Eso, ¿has tenido en cuenta a los nomatsíes, Habim? ¿Has tenido en cuenta a Iseult?».

Al general se le dilataron las fosas nasales.

—Hace veinte años, protegí a las tribus y a todos los que habitaban dentro de nuestras fronteras. Pienso volver a protegerlos, y me ofende que supongáis lo contrario. —Habim no dejó de mirar a Vaness mientras pronunciaba esas palabras, pero Safi sintió el temblor de su magia en el pecho mientras hablaba: estaba siendo totalmente sincero. Habim le lanzó una mirada asesina—. ¿La bruja de la verdad tiene alguna otra pregunta?

—No. —Safi le dedicó su sonrisa más descarada—. Creo que vuestra estrategia es sólida, general.

Su enojo era evidente: cambiaba el peso de una pierna a la otra y apretaba los labios. Safi sintió un curioso alivio al comprobar que, aunque ahora Habim era un general y ella la bruja de la verdad de la corte imperial, todavía podía sacarlo de sus casillas.

—Me alegra saber que la vida rural no os ha ablandado, general —le dijo Vaness con calma, casi como si hablara en broma.

Sin embargo, Habim no se lo tomó a guasa.

—La vida rural —le espetó— es tan dura como la vida militar, majestad. Y la emperatriz haría bien en recordarlo.

Antes de que Safi tuviera tiempo de pestañear, las pulseras de hierro de Vaness salieron disparadas hacia la garganta del general, convertidas en dos cuchillas en forma de media luna. Al mismo tiempo, los víboras sacaron sus cerbatanas y apuntaron.

Todo el mundo se quedó inmóvil, esperando. Los oficiales que patrullaban por los parapetos inferiores levantaron la vista, asombrados. Los pajes los miraban boquiabiertos. Incluso las velas, los mástiles y los gemidos de los buques de guerra parecían haberse quedado sin aliento.

—Y el general haría aún mejor —dijo Vaness, con toda la fuerza de su título y su magia dando peso a sus palabras— en recordar cuál es su posición.

Habim tragó saliva.

—Perdonadme, majestad. Al parecer, la vida rural sí que me ha ablandado.

—Pues procurad curtiros cuanto antes, o la próxima vez estas cuchillas comprobarán hasta qué punto os habéis ablandado.

La promesa permaneció en el aire mientras las cuchillas regresaban a las muñecas de Vaness, que acto seguido se alejó de la mesa y del general sin despedirse ni prestar la menor atención a la reverencia que este le hizo.

En unos segundos, con las cerbatanas todavía en ristre, los víboras cerraron filas en torno a Vaness y a Safi. En cuestión de un momento, el

mentor al que Safi nunca había llegado a conocer de verdad desapareció de su vista.

DIECIOCHO



No era la primera vez que Iseult se quedaba a solas con Lechuza, pero sí la primera vez que la niña no podía distraerse con Arándano. También era la primera vez que las dos estaban juntas en un lugar lleno de gente. E Iseult estaba decidida a seguir el consejo de la posadera: «No os metáis en líos».

Pero no la ayudaba nada el desdén indisimulado que Lechuza mostraba hacia ella, y a Iseult tampoco se le daba demasiado bien fingir que sentía por la niña algo que no fuera ese mismo desdén. Si se concentraba en mantener el rostro impasible, se le notaba en la voz. Y cuando procuraba hablarle con calma, fruncía el ceño sin darse cuenta.

En ese momento la pugna estaba igualada. Iseult quería que Lechuza se lavara. Lechuza no quería ni oír hablar del tema. Su viejo vestido, que en otro tiempo había sido de color verde salvia, ya estaba completamente marrón. Y su piel tenía una pinta parecida.

—Los tres estamos muy sucios —le explicó Iseult—. Mira. —Señaló la palangana llena de agua mugrienta—, todo eso ha salido de mi piel.

Lechuza miró fijamente la palangana; sus hilos lucían el color gris del odio más recalcitrante.

—Te iré a buscar agua limpia, claro —añadió Iseult—. Igual que cuando se fue Aeduan. ¿No quieres estar limpiita, Lechuza? ¿Quitarte toda la tierra?

—La tierra es buena. —Lechuza dio un pisotón.

Iseult suspiró. ¿Qué otra cosa cabía esperar de una bruja de la tierra? Además, estaba demasiado cansada para seguir discutiendo. Que Aeduan se ocupara de la niña cuando volviera.

Cuando Lechuza comprendió que se había salido con la suya, en sus hilos apareció el color rosado del triunfo. Incluso le sonrió con arrogancia a Iseult antes de subirse a la ventana desde la cama.

Por la diosa, qué insufrible. Era mala hasta decir basta, una verdadera diablesa, y cualquier duda que pudiera tener al respecto se despejó unos minutos después. Iseult acababa de terminar de secar el agua que se había vertido en el suelo cuando de pronto la niña dio un manotazo en la ventana.

—Muerto —gruñó.

Iseult se lanzó hacia ella, alarmada.

—Muerto —repitió Lechuza, golpeando el cristal con más fuerza, haciendo tanto ruido que empezó a atraer miradas desde el patio—. Muerto, muerto, muerto...

—¡Ya vale! —Cuando Iseult se acercó, Lechuza bajó de la cama de un salto, corrió hasta el centro de la habitación y se puso a dar pisotones.

—Muerto. —Pisotón—. Muerto. —Pisotón—. Muerto. —Con cada pisotón, la habitación entera temblaba. El espejo, la jofaina e incluso el cristal de la ventana se estremecían al son de sus pies. Y con cada golpe sus hilos se agitaban más y más, oscilando entre los tonos rojizos de la furia y el color pardo de la confusión, el gris pizarra del miedo y el púrpura del anhelo.

Había incluso hebras del azul de la tristeza entremezcladas en aquel batiburrillo.

No tenía sentido, y además era *muy* mala idea. Aquel jaleo tenía que estar sonando como un terremoto en la habitación de abajo. Además, si Iseult no conseguía que Lechuza se calmara, era posible que terminara desatando un terremoto de verdad. Como mínimo atraería a un montón de soldados mosqueados a su puerta.

—Para. —Iseult levantó las dos manos—. Lechuza, para ya. Tienes que parar. ¡Estás rasgando el tapiz! —Se acercó con cautela, sin bajar las manos. Esta vez, cuando trató de sujetarla, Lechuza no se apartó. Dio un último pisotón, señaló la ventana con el dedo y anunció:

—Muerto.

Iseult se quedó inmóvil durante largos segundos. Conteniendo la respiración, buscó con su magia cualquier indicio de hilos que se estuvieran aproximando. Pero la Madre Luna estaba de su lado, porque nadie parecía haber notado la pataleta de Lechuza. De hecho, parecía que se avecinaba tormenta, así que tal vez los huéspedes habían confundido los pisotones de la niña con truenos distantes.

—Afuera —dijo Lechuza. Era la primera palabra (aparte de «muerto») que pronunciaba desde hacía varios minutos, así que Iseult captó la indirecta. Se subió a la cama y se asomó al exterior. Había oscurecido; tuvo que

entornar los ojos para distinguir algo que no fuera el reflejo de la habitación en el cristal.

Abajo, en el patio, el aliso muerto extendía sus ramas hacia el cielo. Por su pálido tronco corrían las gotas de agua.

—Ya estaba ahí cuando hemos llegado —dijo Iseult—. ¿Por qué te molesta ahora?

—Peligro —le explicó Lechuza. En sus hilos apareció un breve destello de miedo.

Iseult apretó los labios (lo vio en el reflejo del cristal). «Una bruja de los hilos no tuerce el gesto».

—Bueno, supongo que la tormenta podría derribarlo y aplastar la posada —aventuró, dominando su expresión—. ¿Es eso lo que te preocupa? Después de tantos años, seguro que ya se habría caído... —Se interrumpió. Acababa de aparecer una silueta al lado del árbol. Un hombre con una capa parda y unos hilos tan brillantes como el sol.

«El Bribón».

La figura se detuvo junto al árbol e inclinó la cabeza hacia atrás, como para levantar la vista. Para mirar hacia su ventana...

Iseult se apartó del cristal y giró sobre sí misma hasta apoyar la espalda en la pared. El corazón le retumbaba. Miró a los ojos a Lechuza.

La niña asintió.

Pero Iseult había despistado al Bribón, ¿no? Sí, sí, estaba absolutamente segura. Por el gran tapiz de la Madre Luna, ¿cómo había conseguido encontrarla de nuevo?

Extendió su magia cuanto pudo, buscando y tanteando. Allí. Los hilos del Bribón aparecieron en su consciencia. Estaba entrando en la posada por la puerta delantera, pero ahora giraba a la derecha, hacia la sala principal. «A lo mejor no sabe que estoy aquí. A lo mejor no me está buscando. A lo mejor solo quiere pasar la noche».

Era poco probable. Y no valía la pena arriesgarse. Necesitaba resolver el problema antes de que empezara, y lo último que quería era quedarse atrapada en aquel cuarto diminuto y claustrofóbico. O peor, que fuera Lechuza quien se quedara atrapada y, presa del pánico, destruyera la posada entera.

«Quémalo», le sugirió el brujo del fuego, pero Iseult silenció su voz. Ella se movía por la lógica y la concentración. Nada de llamas. Nada de emociones.

«El pasillo está casi a oscuras. Al lado del grifo del fondo hay una escalera de servicio sin luz». Podía esconderse en esa escalera y observar

desde las sombras. Si el intruso se acercaba, podía intentar despistarlo antes de que llegara a la habitación.

—Lechuza —dijo Iseult, bajando de la cama. Tranquila, despreocupada. «Aquí no pasa nada»—. Voy a salir un momento al pasillo. Cierra la puerta cuando salga y no hagas ruido. ¿Vale?

Sintió un inmenso alivio al ver que Lechuza asentía y se sentaba en el suelo. Debía de haber notado que tenía prisa. ¿Y cómo no iba a darse cuenta? Mientras pronunciaba esas frías palabras, Iseult estaba avanzando a hurtadillas hacia la puerta, agazapada para que no pudieran verla por la ventana. Se detuvo ante el perchero donde había colgado el cinto con el sable. Pero no. Aunque en Marstok no estaba prohibido que los nomatsíes portaran armas en público, los nervios ya estaban a flor de piel. No merecía la pena arriesgarse.

Además, Iseult también era capaz de derribar a un hombre con las manos desnudas en caso necesario.

—Vuelvo enseguida —susurró antes de salir al pasillo. Oyó el ruido del cerrojo a sus espaldas.

Tras doce cautelosos pasos, Iseult llegó al final del pasillo. El grifo goteaba. Entró en la escalera de servicio; era un escondite perfecto. Se fundió con las sombras y extendió su magia de nuevo...

El hombre estaba subiendo las escaleras, y en sus hilos brillaba el verde de la concentración de un cazador al acecho. Sus movimientos eran fluidos. Un paso, dos pasos, tres... Siguió subiendo hasta llegar a la tercera planta. Entonces se dirigió a la puerta caminando de puntillas, con movimientos expertos, lentos y silenciados por la tormenta.

De no haber sido por su brujería, Iseult nunca lo habría oído llegar.

A tan corta distancia, sus hilos refulgían como una luna llena. Y cuanto más los miraba, más creía notar un chisporroteo de energía bajo su superficie. Como un río en invierno, cuyas corrientes oscuras revolvían el lento y gélido corazón.

«El Bribón», pensó de nuevo. «Peligro».

El hombre iba directo hacia la habitación número trece, sin titubeos, sin pausas. Las dudas que pudiera tener Iseult sobre sus intenciones se desvanecieron en un segundo. El intruso se acucilló delante de la puerta y se retiró la capa de un hombro.

Llevaba una pistola embrujada en una funda del cinturón.

Los hilos del hombre se encogieron y se tensaron por la intensa concentración. Y en ese momento, mientras estiraba el brazo por encima de la

cabeza y giraba la muñeca como para llamar (a la misma altura a la que lo habría hecho de pie, para pillarlas desprevenidas), Iseult cayó en la cuenta de que no le había dicho a Lechuza qué hacer en ese caso. No le había dicho que no debía abrir la puerta a nadie.

Lechuza abriría la puerta y el hombre atacaría.

Iseult entró en acción. Echó a correr por el pasillo desde las escaleras, con toda su velocidad y nada de sigilo. Alcanzó al hombre justo cuando en sus hilos empezaba a brillar el color turquesa del asombro. Justo cuando empezaba a girarse hacia ella y acercaba la mano a la pistola.

Una patada frontal al brazo. La pistola salió volando. Iseult giró sobre sí misma y le clavó la rodilla en la nuca. El hombre salió proyectado hacia delante y soltó un grito antes de golpearse la cara contra la puerta.

Pero aún no había terminado. «Quémalo, quémalo, quémalo». La capucha se le había resbalado, dejando al descubierto su cabello rubio. Iseult lo agarró por el pelo, atrajo su cabeza hacia sí y le propinó otro rodillazo, esta vez en la sien.

Siguió golpeándolo una y otra vez hasta que su cuerpo se quedó inerte y sus hilos se difuminaron, inconscientes.

Iseult permaneció allí plantada varios segundos, mirándolo desde arriba. Notaba las palpitaciones de su propia sangre en los oídos. Jadeaba. Tenía que hacer algo. Tenía que salir del pasillo antes de que alguien la viera. Ya percibía varios hilos curiosos que se dirigían hacia las puertas de las habitaciones vecinas. En cualquier momento llegaría alguien. Iseult era nomatsí y aquel hombre tenía pinta de cartorriano. La cosa no terminaría bien.

Pero tampoco podía dejarlo allí. Tarde o temprano despertaría y volvería a atacar.

«Quémalo, quémalo, quémalo».

Le tembló la nariz. Unos hilos se aproximaban desde el piso inferior. No había tiempo, no había tiempo.

—¿Lechuza? —dijo—. Abre la puerta, por favor.

La puerta se abrió al instante, como si la niña no hubiera dejado de estar alerta en ningún momento. Iseult entró, agarró al hombre por los hombros y lo arrastró al interior de la habitación.

No supo cómo consiguió cargar con él ella sola. El intruso no era especialmente corpulento, pero seguía siendo un peso muerto. Gracias a la diosa, la tormenta eclipsaba los roces y los arañazos al arrastrar el cuerpo por el suelo de madera.

Lechuza la observaba con hilos curiosos. Iseult no quería saber por qué, pero la niña parecía estar pasándoselo en grande.

Después de arrastrarlo lo suficiente, Iseult lo soltó, se agachó y le flexionó las piernas para meterlas dentro. Mientras introducía los pies del hombre por la puerta y se disponía a cerrarla, alguien salió al pasillo.

Era el mismo hombre con el que se había cruzado al ir a buscar agua. Ahora sus hilos ardían de espanto.

—Es que ha bebido demasiado —dijo Iseult antes de cerrar de un portazo y caer de rodillas.

DIECINUEVE



Aeduan se quedó mirando fijamente el encargo de rango diez, sin moverse. Sin pestañear. La sala, los monjes, sus voces e incluso sus esencias sanguíneas se difuminaron hasta quedar en nada. Notaba codazos y miradas furiosas, pero no se movió de allí. No apartó la vista.

Diez mil tálaros por la cabeza de su padre.

Una fortuna digna de un rey, desde luego.

Dos semanas antes, Aeduan habría aceptado el encargo sin titubeos. Habría avisado inmediatamente a su padre mediante un brujo de la voz y habría encontrado la manera de embolsarse la recompensa.

Era muchísimo dinero.

No habría tenido reparos en falsificar la prueba; la causa de su padre era más importante que la vulgar moralidad del monasterio. Tampoco le habría importado que murieran más monjes intentando cumplir el encargo.

El precio de la justicia era la vida, y la causa de Ragnor era justa. Había llegado el momento de terminar con la tiranía imperial. Dos semanas antes, Aeduan había tenido una convicción absoluta, sin la menor grieta en la pared, sin defectos en los cimientos. Él era el hijo de Ragnor, el rey saqueador, y su única misión consistía en ganar dinero para la causa.

Por eso debería aceptar aquel rango diez. Debería coger el papel ahora mismo y buscar un brujo de la voz.

En vez de eso, Aeduan le dio la espalda al tablón. El papel y sus palabras desaparecieron. Salió de la sala común.

La lluvia repiqueteaba en el claustro; la tormenta ya estaba en su apogeo. Las nubes tapaban el sol, transformando el ocaso en una falsa medianoche. Recorrió la galería cubierta, observando las hojas castigadas por las gotas de agua.

Cuando salió de la base Carawen, su mirada se deslizó por el muelle encharcado de agua sucia y espumosa, sin verlo realmente. Aunque ya había dejado atrás a los monjes, aunque ahora caminaba junto al lago Tirla mientras la lluvia lo empapaba, en realidad seguía estando paralizado.

Se debatía entre tres destinos. El primero era la posada. El segundo era su padre. Los encargos del monasterio eran el tercero. Estaba en una verdadera encrucijada. Le pasaba lo mismo que al protagonista del cuento del cordero. Y al igual que él, Aeduan sabía que tampoco podía eludir la mirada de la Dama Fortuna eternamente.

Ella lo encontraría y lo obligaría a escoger.

Los transeúntes sacaron a Aeduan de sus pensamientos. Pasaban corriendo a su lado, huyendo de los muelles para refugiarse en los edificios cercanos. Fue entonces cuando se fijó en las olas que se estaban formando en el lago. Los barcos se escoraban y bamboleaban, chocando entre sí con tal fuerza que se oía el crujido de la madera.

La lluvia arreciaba por momentos, y también el viento.

Pero fueron los animales los que convencieron a Aeduan de que debía echar a correr. Centenares de perros, gatos y ratas huían de los edificios e invadían las calles, rodeando el lago para salir de la ciudad. De haber estado solo en Tirla, los habría seguido. De haber sido el mismo Aeduan de hacía dos semanas, habría abandonado la ciudad a merced de la tormenta.

Pero ya no era ese Aeduan. Este otro Aeduan dudaba entre morir de hambre o sacrificar al cordero. Este otro Aeduan todavía no estaba preparado para escoger.

El viento y la lluvia aullaban con la fuerza de una pesadilla. Era imposible distinguir los nombres de las calles, y las fachadas de los edificios se fundían en la oscuridad. Si consiguió orientarse fue gracias a que conocía la ciudad.

Y a la piedra dolora. Sin ella se habría quedado atrapado en la base Carawen y posiblemente a esas alturas ya estaría inconsciente. De ningún modo habría podido hacer frente a la tormenta. Había empezado a granizar: las piedras de hielo repiqueteaban contra los adoquines, salpicaban en los charcos y le golpeaban en las piernas y el pecho. Crecían más y más a medida que Aeduan avanzaba. Ahora eran tan grandes como su puño; se partían contra el suelo, proyectando esquirlas que atravesaban toldos y carruajes. Si no se andaba con ojo, terminarían descalabrándolo.

Giró a la izquierda. Los tejados de aquella calle estaban más juntos y lo protegieron del granizo, pero enseguida se encontró en otra ancha avenida en cuesta. Se tapó la cabeza con el saco de la ropa nueva y echó a correr.

Entonces empezó a relampaguear. El primer rayo cegó a Aeduan, y el trueno que lo siguió casi lo hizo tropezar. Pero fue solo el principio. La ciudad se estremecía bajo el poder de los truenos y los relámpagos que no dejaban de estallar.

Aeduan apretó el paso.

Por el rabillo del ojo, a través de la lluvia, distinguió un cadáver ensangrentado, aplastado por el granizo. Y luego otro, fulminado por un rayo. No podía hacer nada por ellos; solamente podía seguir adelante.

Invocó su magia. Era más débil de lo que esperaba, pero tendría que bastar para dar energía a sus piernas y adentrarse todavía más en la tormenta. Izquierda, derecha...; ya no sabía qué calles estaba cruzando, tan solo intuía que se acercaba a la posada.

Justo cuando pisaba unos banderines caídos, llamativas notas de color entre tantas sombras, llegó a sus oídos un sonido distinto. O tal vez no era tanto un sonido como un temblor en las costillas, procedente del norte.

Miró hacia atrás y entornó los ojos para intentar ver algo a través de la lluvia y el granizo. Y entonces frenó en seco. Un ciclón negro avanzaba en zigzag por el lago. Se dirigía hacia Tirla a una velocidad imposible.

En cuestión de segundos alcanzó los barcos y los destrozó con la misma facilidad con la que la cuchilla del carnicero partía los huesos. Iba directo hacia él. Si no se alejaba de allí, lo atraparía.

Aeduan echó a correr, invocando toda la magia que pudo reunir. Concentró en sus músculos cada gramo de su brujería, cada gota de sangre. Echó a correr más deprisa que antes, a una velocidad inigualable para un ser humano.

Pero seguía sin ser suficiente. Nada podía dejar atrás a aquel ciclón. Le pisaba los talones. Lo oía acercarse, aplastando un edificio tras otro con enormes erupciones de madera y piedra. El viento no dejaba de aullar más y más fuerte.

Aeduan no podía escapar. Su única esperanza era encontrar refugio. Necesitaba algo hecho de piedra, sólido. Se lanzó hacia un lado, buscando el edificio más cercano. Cuerpos, cuerpos... ¿Cómo podía haber tantos? Se agazapó al lado de los escalones de un portal, se hizo un ovillo y se protegió la nuca con las manos.

Los vientos lo zarandearon. Le entraba agua en la boca. Le cayeron encima piedras de granizo grandes como ladrillos; notó que se le partían dos costillas y los nudillos de la mano izquierda. En cualquier momento, el ciclón

lo alcanzaría con toda su potencia. El edificio se vendría abajo. Aeduan no moriría, pero otros sí. Muchos otros.

Pero el ataque no se produjo.

En vez de eso, la tormenta amainó por completo. En cuestión de un segundo, los vientos se detuvieron. Dejó de granizar. La lluvia cesó, dejando apenas un eco en sus oídos. «Es el ojo de la tormenta», pensó. Se incorporó, dispuesto a echar a correr de nuevo.

Pero mientras se erguía, sin notar apenas el dolor de las costillas rotas gracias al efecto de la piedra dolora, captó una esencia sanguínea. «Heridas negras y muerte rota. Dolor y mugre y hambre infinita».

La sajadura.

Aeduan se levantó al instante y se dio la vuelta. Desenvainó la espada, listo para enfrentarse a la nueva locura que se aproximaba en aquella repentina quietud. Pero al girarse no vio a un hombre corrompido por la magia. Aquel hombre alto y de cabellos claros caminaba hacia Aeduan con decisión y firmeza. Sus ojos eran totalmente negros y resplandecían. Unas líneas del mismo color surcaban su piel. Pero la oscuridad se iba retirando a medida que él se acercaba.

Como gusanos hurgando en un cadáver, las sombras desaparecieron. La esencia de la sajadura también se desvaneció, y en su lugar quedó un joven cuya sangre olía a costas rocosas y resuellos. Pero había otras esencias en su interior, enmarañadas como un amasijo de lombrices sacadas de la tierra. Eran centenares, demasiadas para distinguirlas o catalogarlas.

Nunca había sentido nada igual.

—¿Eres el brujo de la sangre? —le preguntó el reden llegado en nubrevnés, sin dejar de caminar. Sus ojos, ahora azules, escudriñaron a Aeduan de arriba abajo—. Te pareces a él, eso seguro.

Aeduan se colocó en posición de combate, pero el joven se limitó a sonreír, tensando el rostro en una mueca inhumana. Le faltaba la mitad de la oreja derecha, que llevaba manchada de sangre ennegrecida.

—No te acerques más —le advirtió Aeduan.

—¿O qué? —replicó el hombre, aunque detuvo su avance—. Tu espada no puede dañarme. Ya deberías saberlo, brujo de la sangre. A menos que... —Ladeó la cabeza y se rascó el mentón—. A menos que tu padre no te haya contado quién soy.

«Mi padre». Aeduan sintió un hormigueo oscuro y vil en el cuero cabelludo. El joven soltó una carcajada de alegría.

—Ya veo que no te ha hablado de mí. Eso tiene remedio. —El hombre entrechocó los talones, se llevó el puño al corazón y se inclinó; era la reverencia nubrevnesa tradicional—. Me llaman la Furia. Trabajo con tu padre desde hace muchísimo tiempo, aunque por aquel entonces era distinto. Él sigue llevando el mismo rostro. —Ensanchó su sonrisa—. Yo no.

Aquellas palabras incomprensibles rebotaron inútilmente en la cabeza de Aeduan.

—Tu padre me envía a buscarte —continuó el hombre, avanzando un solo paso—. Tenías que haberte puesto en contacto con él hace semanas, brujo de la sangre. Tu padre temía que estuvieras muerto. Y sin embargo... —Abrió los brazos y enarcó sus espesas cejas—. Aquí estás. Debemos irnos ya.

—No. —Aeduan negó bruscamente con la cabeza—. Tengo asuntos pendientes en Tirla.

—¿Qué asuntos?

—¿Cómo me has encontrado? —replicó Aeduan, ignorando su pregunta.

—No ha sido difícil.

—¿Y mi padre también te ha pedido que arrases media Tirla?

—¿Esto? —El hombre soltó una carcajada ronca—. Esto no es nada, brujo de la sangre. Los huracanes reinan allá por donde viajo. —Giró sobre los talones, como si viera por primera vez la destrucción que había causado. Se echó a reír con más ganas.

La oscuridad que sentía Aeduan se le extendió hasta el cuello. Empezaba a percibir voces y esencias sanguíneas. La gente estaba saliendo a la calle para buscar ayuda. Se oían llantos y gritos.

—Tu padre —dijo la Furia, deteniéndose de pronto— querrá saber qué es lo que te retiene. No me hagas volver sin una respuesta. A él no le gustaría. Y a mí tampoco.

—Se lo explicaré todo a mi padre personalmente —dijo Aeduan, impasible—. Dile que tendrá un informe completo cuando vuelva.

—¿Y cuándo volverás?

—Pronto.

Ya se oían puertas rechinando al abrirse y pisadas en los charcos. La ciudad se iba inundando de gritos, llantos y desesperación. Aeduan no quería ni pensar en lo que le haría la Furia a cualquiera que osara acercarse a ellos.

—¿Serán unas horas? —insistió la Furia—. Te espero.

—Unos días.

Durante un instante, el rostro del hombre se contrajo de rabia y unas líneas negras le surcaron la piel.

—¿Cuántos días, brujo de la sangre? Déjate de rodeos.

—No lo sé.

Con una carcajada seca y cruel, la Furia señaló a Aeduan con el dedo.

—Entonces yo tampoco sé cuándo volveré. —Encogió un hombro—. Tal vez la semana que viene. —Encogió el otro—. O mañana mismo. Y no intentes huir de mí, brujo de la sangre. Te encontraré dondequiera que vayas. Y si no has zanjado tus asuntos para cuando vuelva, te los zanjaré yo mismo.

Con esas palabras, el cuchillo de la Dama Fortuna cayó por fin; su voluntad era la hoja del verdugo. Lo estaba obligando a escoger. Ahora se abría ante él un único camino.

—Así se hará —contestó, porque era lo único que podía decir.

—Bien —respondió la Furia. Las líneas negras volvieron a cruzarle el rostro. Entonces se levantó el viento y entre los dos cayó un relámpago ardiente y cegador. Cuando Aeduan recuperó la vista y el oído, la Furia ya no estaba.

VEINTE



El tiempo nunca había avanzado tan despacio. Merik corría a trompicones, intentando dirigirse hacia donde Esme quería que fuera, pero solo conseguía orientarse en el momento en que lo atenazaba el dolor.

Un fuego desgarrador significaba que se había equivocado de dirección. Los picotazos de abeja indicaban que iba por buen camino.

Divisó el río Poznín bajo las luces y las sombras del crepúsculo, recortado contra el horizonte. Ancho y pantanoso, separaba a Merik de las murallas de la ciudad. Sin la ingeniería y la brujería humanas para contener las crecidas estacionales, el terreno anegado había ido creciendo, tragándose y consumiéndolo todo. Cincuenta años después de la caída de la república, la naturaleza había reclamado aquellas tierras. Entre las aguas del río asomaban las ruinas de tejados y paredes.

No tenía ni idea de cómo iba a cruzarlo. Y el dolor vibrante que le recorría la columna tampoco le dejaba pensar.

«Hay puentes», dijo Esme con voz curiosa, como si quisiera saber qué pensaba hacer Merik ahora.

—Están todos sumergidos —contestó con un hilo de voz.

«Pues busca uno que siga en pie». Y con esa orden, el dolor que sentía Merik desapareció por completo. Ya podía pensar y respirar. Pero sabía que no duraría mucho. Sabía que Esme solo estaba jugando con él..., experimentando, tal y como había dicho.

De todas formas, daba gracias por aquel respiro. Y, por las aguas infernales, esta vez no sería tan necio como para intentar escapar.

Merik avanzó con cautela por la ciénaga, siguiendo los montículos de tierra blanda que asomaban entre las perezosas aguas, los juncos y las espadañas. Cuando llegó al puente estaba empapado igualmente, pero al menos no había tenido que ir a nado.

De las aguas surgía una estructura de bloques de mármol que le recordaba a un zorro marino abalanzándose desde el fondo del mar. Aunque no conducía a ninguna parte, estaba intacta. El mármol, antaño blanco, estaba grisáceo y cubierto por una gruesa capa de algas y suciedad. En el centro había dos columnas labradas en forma de sabuesos de las tormentas aullando a la luna, uno ileso y el otro descabezado.

Al otro extremo del puente, la ciénaga era más densa y fácil de vadear, pero también se veían más vestigios de la malograda república. Muros derruidos, madera podrida, escaleras que no conducían a sitio alguno. Los historiadores afirmaban que Poznin había sido una ciudad bella y próspera, pero ahora no era más que un cadáver descamado por los cuervos.

Cuando llegó a la muralla exterior, la escaló por una zona ruínosa. Al otro lado, las calles y los puentes también estaban inundados, pero habían colocado rudimentarias pasarelas que conectaban las franjas de tierra firme con los restos de las carreteras adoquinadas. Después de mil vueltas, subidas y bajadas, salían de las tierras anegadas e iban a parar a una colina coronada por una segunda muralla.

Esta parecía mucho más antigua, casi ancestral, a juzgar por el desgaste de los ladrillos. Al igual que la Torre del Color de Lovats, había resistido el paso del tiempo. Mientras se dirigía a una poterna medio derruida, con las piernas ardiendo por la caminata, reparó por primera vez en que estaba tiritando. Ahora que se había alejado del agua, el viento empezaba a secarlo, un viento que Merik no podía tocar ni dominar.

Le castañeteaban los dientes. No sentía los dedos de los pies. Aquel frío que le calaba los huesos era algo nuevo para él.

Llegó a lo alto de la colina y cruzó la poterna a trompicones. Al otro lado le aguardaba una ciudad distinta; en vez del agua, era el tiempo lo que la había engullido. Los árboles (robles, arces, abedules y fresnos) atravesaban los tejados, desgarraban las paredes y obstruían las carreteras con sus troncos.

«Reliquias renovadas».

Al principio le pareció un paisaje hermoso, pero entonces empezó a distinguir siluetas dispersas entre tanto verdor. Creyó que la luz y su mente sacudida por el dolor le jugaban una mala pasada, pero cuanto más miraba, más seguro estaba de que había figuras humanas en el bosque. «Son estatuas», se dijo, pero el vuelco que sentía en el estómago lo desmentía. Y cuando bajó la colina arrastrando los pies y penetró en la vieja ciudad, ya no tuvo ninguna duda.

Llegó hasta el primero. Era un hombre joven, hecho de carne y no de piedra, con un uniforme cartorriano raído cubriéndole los hombros esqueléticos. Sus ojos ennegrecidos estaban ausentes y su rostro estaba surcado por líneas oscuras, unas líneas que Merik conocía bien, pues también ardían en su interior. El joven no reaccionó en absoluto cuando Merik se le acercó, ni cuando pasó de largo.

Tampoco el siguiente, un hombre más maduro, cubierto de polvo de los pies a la cabeza. Ni la mujer que vio un poco más lejos. Ni el niño. Todos, del primero al último, montaban guardia.

Merik se dio cuenta de que había echado a correr de nuevo. Nadie lo perseguía ni lo azuzaba ningún dolor, pero sabía que tenía que moverse. Tenía que demostrarse a sí mismo que él no era uno más de esos sajados, de esos títeres. Él no estaba envenenado como Kullen. Todavía podía pensar por sí mismo y moverse por voluntad propia. Solo tenía que librarse de aquel collar y podría escapar...

Tropezó con una raíz y cayó de bruces aparatosamente, golpeándose las muñecas. No le dolió, pero aun así se le escapó un sollozo que hizo temblar sus cansados pulmones. Y aunque luchaba por respirar, no podía parar.

El sollozo cesó cuando una sombra se deslizó por el suelo hasta detenerse ante él. Merik levantó la cabeza: era una niña pequeña, con trenzas rubias y los ojos negros como la noche. Iba vestida a la nortea, con pieles y coloridos adornos de fieltro.

—¿Por qué te has parado, príncipe? —preguntó. Merik supo entonces que no era la niña la que le hablaba. Supo quién estaba pronunciando realmente esas palabras.

—Me he perdido —contestó con voz ronca. La niña sonrió, estirando los labios con un gesto siniestro y antinatural.

—Sigue a los títeres. —Y antes de que hubiera terminado de hablar, aparecieron las siluetas. Salían de los edificios ruinosos y de entre los árboles, con paso vacilante. Sajados de todas las edades, alturas y razas se iban colocando en una larga fila que se perdía en la ciudad hasta donde le alcanzaba la vista.

Y entonces, como uno solo, formando un escalofriante coro de voces, cantaron:

—Síguelos, príncipe Merik. Síguelos, síguelos hasta que encuentres el camino.

Merik no tuvo opción. Se puso de pie a duras penas y los siguió.



Vivia y sus brujos del viento llegaron a casa justo cuando las campanas daban la decimonovena. Aterrizaron en el muelle sur, cerca del cuartel principal y la academia naval.

—¡Podemos dejaros en palacio! —había bramado la capitana mientras los transportaba el viento—. ¡Os llevaremos hasta la puerta!

Pero Vivia se había negado, alegando que el viaje los habría cansado más a ellos. Pero lo cierto era que lo había hecho con la esperanza de ver a Stix. Por muy tensas que estuvieran las cosas entre ellas, Stix era la única persona con la que Vivia necesitaba hablar. La única persona con la que Vivia *quería* hablar.

Pero Stix no estaba en la academia. Tampoco en el cuartel. Vivia y los cuatro soldados que formaban su nueva escolta recorrieron toda la avenida del Halcón de camino al Cerro de la Reina, sin éxito. A una calle de distancia del apartamento de Stix, se planteó subir y buscarla allí...

Mejor no. Vivia quería hablar con su amiga a solas..., no con aquella escolta observando todos sus movimientos.

Regresó enseguida a su dormitorio del ala real del palacio, encantada de ver sus alfombras gastadas y oír el suelo rechinante después de pasar todo un día en aquella tierra de arenisca y blancura. Un cuarto de hora después, ya estaba desvestida y sentada en la cama.

Se quedó mirando el pergamino embrujado. Se había aplastado durante el vuelo, de manera que al desenrollarlo quedaron seis grandes pliegues.

Había una frase nueva debajo de las palabras que Vivia y Vaness habían intercambiado:

¿Habéis llegado bien?

Vivia se humedeció los labios, extendió la página sobre su regazo y trató de alisar las arrugas. Pero fue en vano. Después de varios minutos, decidió que le traía sin cuidado. No hacía faltar responder a Vaness.

Enrolló el pergamino y lo dejó en la mesilla, al lado de la cama. Después de apagar la solitaria lámpara embrujada de su alcoba, se tapó con la colcha de color iris e intentó dormir.

Una hora después, al ver que el sueño seguía eludiéndola, Vivia salió de la cama. En su escritorio había una pluma y un tintero. A la luz de la luna que entraba por el cristal ondulado de la ventana, volvió a desplegar la carta.

He llegado bien.

Se interrumpió. ¿Qué más podía decirle? ¿Y por qué sentía el impulso de decirle algo más? Después de varios minutos, se le ocurrió la frase perfecta y la escribió. Y esta vez, cuando volvió a meterse en la cama, se quedó dormida en un momento.

VEINTIUNO



La galeota surcaba veloz el lago Scarza, salpicando de espuma los ojos de Safi, la única parte del cuerpo que llevaba al descubierto. Rokesh, el Niñero, había insistido en que se cubriera la cabeza con un pañuelo de los víboras, y aunque el tejido de seda era sorprendentemente fresco, le agobiaba.

Igual que el mensaje que Habim le había dejado en el mapa. «No hagas nada. Tenemos un plan».

Pero Safi también tenía uno, y no pensaba renunciar a él solo por Habim Fashayit. Si conseguía crear una piedra sincera, podría irse. No tendría que seguir esperando.

Además, lo de esperar nunca había sido su fuerte. Safi era la que iniciaba, no la que completaba.

Y por los dioses, malditos fueran tres veces, ya estaba harta de obedecer órdenes. Ya puestos, Habim podía haberle dado algo más de información. Tenía todo el puñetero mapa como lienzo. ¿Tanto le costaba darle algunos detalles para que Safi no tuviera que saltar al vacío a ciegas (otra vez)?

A medio camino, los brujos de las mareas que pilotaban el barco viraron y dirigieron la galeota hacia la orilla principal de Azmir, en lugar de regresar al Palacio Flotante. Safi ya se lo esperaba. A diferencia de Habim, Vaness sí que la había informado del plan de la tarde.

—El desfile de mi aniversario —le había explicado la emperatriz con voz cansada el día anterior—. Sumamente largo y tedioso, pero debo hacerlo todos los años.

Por eso le habían dado a Safi el uniforme y el velo de los víboras: una cosa era que la emperatriz afirmara tener una bruja de la verdad y otra bien distinta pasearla delante de cientos de miles de personas.

La ciudad de la llama eterna se iba agrandando en el horizonte, enmarcada por las rojizas colinas de Kendura y los picos nevados de las Sirmayas. Los

pilares dorados repartidos por toda la ciudad (uno por cada distrito) refulgían como antorchas bajo el sol del atardecer.

Un cuervo pasó volando sobre la nave. Safi rezó por que no se le cagara en la cabeza.

—¿Lista para cumplir los veintisiete? —le preguntó a Vaness—. Tengo entendido que son muchísimo mejores que los veintiséis.

Vaness, de pie frente a la amurada, soltó un suspiro desganado; la «empeoratriz» no estaba de humor. Al menos le respondió:

—El año pasado, cuando hice este mismo viaje, no había ejércitos ante mi puerta, Safi. Y aunque el general Fashayit me culpe a mí de haber iniciado la guerra, se equivoca. Era inevitable que la Tregua terminara. La guerra siempre lo es. Además —añadió con aire animado—, como yo he sido la primera que ha infringido la Tregua, puedo elegir lo que pasa a continuación.

A pesar de su tono jovial, Safi sabía que Vaness no estaba precisamente alegre y pizpireta. No le hacía falta su magia para saber que la más fiera de las verdades reverberaba en todos los actos de la emperatriz. Sus ideales se correspondían con sus acciones; no exigía nada a los demás que no se exigiera también a sí misma, y ponía el bienestar de Marstok por delante de cualquier cosa, incluida su propia vida.

—Bueno —murmuró Safi—. Feliz cumpleaños por adelantado. —Esta vez se ganó una sonrisa de Vaness. «Verdad, verdad, verdad».

Cuando la nave llegó al puerto principal de Azmir, no fondeó allí mismo, sino que empezó a recorrer la costa hasta detenerse en un muelle aislado, donde los marineros colocaron una pasarela.

Rokesh abrió la marcha, guiándolos hacia una tienda de lona dorada con forma alargada, abierta e instalada sobre un armazón de varillas de hierro. Numerosos soldados de uniforme dorado y verde montaban guardia en perfecta formación de rectángulo alrededor de la tienda, cuyos pendones verdes ondeaban al viento.

En cuanto Vaness llegó al centro de la tienda, levantó los brazos, haciendo levitar la estructura de hierro (y la tienda) antes de empezar a caminar.

Safi se estrujaba el uniforme mientras la comitiva avanzaba. Sus piernas se morían por correr; sus rodillas estaban ansiosas por brincar. Era la primera vez que salía del Palacio Flotante desde su llegada a Azmir. La primera vez que podía ver a sus gentes, sus calles, sus edificios nuevos y antiguos. Vaness no le había mencionado qué ruta seguirían para cruzar la ciudad. Y a ella le traía sin cuidado. Como si se metían directos en un nido de serpientes. Lo importante era que estaba al aire libre.

Al pasar frente a los barcos, los marineros los vitoreaban y saludaban desde los mástiles. También se oían vítores y silbidos bajo las cubiertas. Cuando el desfile llegó al puerto principal, el rugido de la muchedumbre creció hasta volverse ensordecedor. «¡Salud y dicha!», gritaban algunos. También se oía el saludo marstokí más habitual: «¡Que el fuego todo lo perdone!». Pero por cada grito de alabanza, Safi oía una injuria.

No tenía ni idea de cómo lo aguantaba Vaness; cuanto más caminaban, más fascinada estaba Safi. Aunque la belleza, la fuerza y el heroísmo de Vaness en el paso de Kendura le habían granjeado la devoción más ferviente de su pueblo, seguía siendo la líder de un imperio. Sus acciones estaban a la vista de todos, y cada cual tenía su propia opinión acerca de la conducta de la emperatriz. Su resistencia a casarse, a sonreír, a inclinar la cabeza... La propia Vaness le había contado la clase de rumores que alentaba todo eso.

La llamaban «la perra de hierro».

Ese apodo empezaba a brotar ya entre las multitudes, alcanzando la tienda desde todas direcciones, reverberando con el eco de la verdad. Los que manifestaban su rechazo lo sentían con tanto fervor como aquellos que la adoraban a gritos.

—Esta gente ha venido de todos los rincones del imperio —le explicó Rokesh, colocándose al lado de Safi—. Vienen para ver los fuegos artificiales de esta noche y unirse a las celebraciones. Todas las posadas a treinta kilómetros a la redonda estarán a reventar.

«Muchísima gente ha venido a verla», pensó Safi. «Pero ninguno la conoce de verdad». Vaness debía de sentirse muy sola: amada y odiada, pero nunca entendida.

El desfile salió de los muelles y entró en una avenida principal de torres pardas con tejado rojo. Le dijeron que era el distrito mercantil; por todas partes se veían tiendas y puestos callejeros con toldos blancos. Llegaron a un cruce en cuyo centro se alzaba uno de los pilares dorados, una columna cuadrada que ascendía hacia el cielo, rematada por una cúpula en forma de llama.

Ojalá pudiera acercarse. No sabía de qué material estaba hecho, pero era distinto del resto de la ciudad: no era arenisca, mármol, caliza ni granito.

Dejaron atrás la torre y entraron en otro distrito donde cada edificio estaba pintado de cien colores diferentes. Rokesh le explicó que se trataba del distrito artístico justo antes de que se desviaran hacia el este, pasando por el distrito universitario y más tarde por el distrito médico. Continuaron de distrito en distrito, de pilar dorado en pilar dorado, recorriendo toda la ciudad

hasta que finalmente los edificios y las torres dieron paso a una larga muralla de arenisca. Al otro lado se veían las ramas de los cedros meciéndose con la brisa y el último pilar, el más alto de todos, recortado contra el cielo del crepúsculo.

Al llegar a la puerta de hierro, los soldados se detuvieron y se echaron a ambos lados lo justo para que Vaness, Safi y los víboras pudieran continuar. Sin frenar ni dejar de hacer flotar la tienda en ningún momento, Vaness extendió un dedo hacia la puerta y sus barrotes negros se abrieron.

La tienda se contrajo brevemente al atravesar la verja, como un gato. Safi percibió el aroma de los cedros mientras el barullo de la ciudad se iba acallando, hasta que la puerta de hierro se cerró con un fuerte golpe, aislándolos por completo.

Con cada paso que daban entre los cedros, el aire parecía volverse más denso y cargado; Safi sintió que el corazón se le salía por la garganta. No le hacía falta preguntar adonde iban. Intuía la respuesta, y el pilar dorado despejó cualquier duda que pudiera tener.

Estaban en el Pozo Originario de Marstok.

Pero había algo en el bosque que hacía que la magia de Safi rechinara mientras caminaban. Se le erizó el vello de los brazos en dos ocasiones cuando creyó ver siluetas escondidas entre los árboles. A la tercera, ya no pudo contenerse:

—Hay alguien en el bosque.

Rokesh se limitó a asentir.

—Son soldados. Esta es una zona privada, pero nunca corremos riesgos con la seguridad de su majestad.

Eso estaba muy bien, pero a pesar de la explicación de Rokesh, Safi todavía sentía una mano reptándole por la espalda.

Un centenar de pasos después llegaron a una empinada escalera, en lo alto de la cual el bosque se abría a un largo manantial canalizado con baldosas de arenisca. Alrededor de sus bravas aguas y dispuestos a la misma distancia, seis enormes cedros alzaban sus ramas hacia el cielo. Y al fondo, en el bosque del lado norte del Pozo, estaba el pilar dorado.

Vaness se detuvo por fin delante de las aguas e hizo descender la tienda. Recogió cuidadosamente las varillas del armazón, de manera que la lona se plegara como un acordeón, dejándoles ver el cielo violáceo.

La emperatriz de Marstok se volvió hacia Safi.

En parte le asombraba que Vaness no se lo hubiera preguntado hasta ahora, que en las dos semanas que llevaba en Azmir no hubieran ido a visitar

todavía ese lugar. Pero lo que más le asombraba era que la hubieran traído precisamente hoy, durante el desfile del aniversario imperial. No había motivo.

—¿Entonces es cierto? —preguntó Vaness, observando atentamente a Safi con gesto tan contemplativo como depredador—. ¿Eres una Cahr Awen?

—No... no lo sé. —Safi arrugó los dedos de los pies—. ¿Quién os ha dicho eso?

—Mi trabajo consiste en saber esa clase de cosas. Si es cierto, Safi, entonces también es responsabilidad mía protegerte. Hace más de un siglo que Marstok es el único imperio que posee un Pozo Originario intacto. Si hay otros..., si existe la posibilidad...

Safi notó que sus pulmones se relajaban y que dejaba de tensar los hombros. Era eso, ¿verdad? Safi era valiosa. Y también un peligro.

—Te lo pregunto de nuevo —continuó Vaness con voz más afilada. La impaciencia centelleaba en su mirada—. Safiya fon Hasstrel, ¿eres una Cahr Awen?

Safi tragó saliva. De pronto sentía mucho calor; el cinturón de hierro le apretaba demasiado. Sin pedir permiso, se despojó del pañuelo para sentir en la piel el beso glorioso y libre del aire.

Lo cierto era que Safi no tenía ni idea de qué eran Iseult y ella. Según la monja Evrane, eran las Cahr Awen; ciertamente, hacía un mes que las dos habían nadado hasta el corazón marchito del Pozo Originario de Nubrevna, y un terremoto había sacudido la tierra.

La monja Evrane aseguraba que Safi e Iseult habían restaurado el Pozo. Y aunque la magia de Safi le decía sin sombra de duda que Evrane estaba firmemente convencida de todo lo que les había contado, su sensatez le recordaba que era sumamente improbable. Hacía cinco siglos que no aparecían nuevos Cahr Awen. No había razón para que regresaran ahora, y menos para que fueran precisamente Safi e Iseult, de entre todos los habitantes de las Tierras Embrujadas.

Por no mencionar que Safi ya había vivido siempre con una diana en la espalda. ¿De verdad se merecía otra más? Por los dioses del subsuelo, cómo echaba de menos su agradable vida en Veñaza. Y cómo echaba de menos a su hermana de hilos.

Abrió la boca para repetirle a Vaness que no sabía si era una Cahr Awen, pero en ese momento un chillido rasgó el cielo oscurecido. Un chillido inhumano y ensordecedor.

Un halcón flamígero, ardiente como el sol, alzó el vuelo desde los árboles más próximos.

VEINTIDÓS



Iseult estaba furiosa, y lo de la estabilidad ya no le funcionaba.

Había sido una tonta, una imprudente. Y escandalosa, además. ¡Ella sabía luchar con sigilo! Sabía aproximarse al enemigo sin que la detectaran. Pero se había abalanzado sobre ese hombre como un camorrista beodo en una riña callejera.

Ahora lo tenía atado y tendido en el suelo, al lado de la cama. Su rostro ensangrentado parecía sereno, e incluso sus hilos vibraban con la tranquilidad de un sueño apacible. Lechuza se había quedado fascinada desde que Iseult lo había metido a rastras en el cuarto: se había apostado a su lado como una pequeña centinela y escudriñaba su rostro dormido con los ojos muy abiertos. No lo había tocado (gracias a la diosa), pero en sus hilos brillaba el color anaranjado del embeleso; Iseult no le quitaba ojo a la niña desde que había cerrado y atrancado la puerta.

Como si le hiciera falta echar más leña al fuego.

El huésped de la habitación doce la había visto meter al intruso en la habitación. La tonta, imprudente y escandalosa Iseult había llamado su atención; era cuestión de tiempo que se presentaran soldados en su puerta. Ese hombre avisaría a alguien (si es que no lo había hecho ya). Solo veía una solución para aquel desastre: Iseult y Lechuza iban a tener que marcharse de la posada. Aunque Aeduan no hubiera regresado todavía.

Un incendio aullaba dentro de Iseult mientras guardaba sus cosas en los morrales con brusquedad. No le hacía falta ver sus propios hilos para reconocer la rabia y el terror cuando los sentía.

Fuera relampagueaba. Llovía a cántaros.

—Es diferente —anunció Lechuza. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que Iseult había regresado a la habitación trayendo un cuerpo a rastras.

—Porque es cartorriano. —Iseult guardó los suministros de sanación en la bolsa—. En su país tienen la piel y el pelo distintos.

—¿Le pincho?

—¿Qué? —Iseult levantó la vista; Lechuza estaba inclinada sobre el hombre inconsciente, como un perro olfateando a una liebre acorralada. Llevaba en la mano algo que brillaba.

Un cuchillo. Debía de haberlo sacado de las cosas de Iseult.

—¿Le pincho? —repitió Lechuza, mostrándole el cuchillo—. ¿Lo despierto?

—Así lo matarás. —Por las puertas infernales y las ubres de una cabra, ¿tan mal le caía Iseult a la Madre Luna? Se lanzó a por el cuchillo—. Trae eso, Lechuza.

La niña retrocedió, riendo. Soltó un chillido infantil y luego una carcajada alocada y alegre cuando Iseult intentó sujetarla por la cintura. Pero estaba cansada y Lechuza fue más rápida; la niña se escabulló detrás de la cama, berreando con voz aguda:

—Pincho, pincho, pincho...

Alguien llamó con fuerza a la puerta. Iseult se quedó paralizada. Lechuza también. Entonces se oyó la voz de Aeduan:

—Soy yo.

Pues claro que era él. No había visto hilos; tenía que ser él.

Con un giro de muñeca, Lechuza describió el cerrojo y Aeduan entró a grandes zancadas, chorreando agua en el suelo de madera.

—Tenemos problemas —dijo, buscando instantáneamente la mirada de Iseult—. Debéis iros.

Fue como soltar una bala de cañón sobre un lago congelado. Pero en lugar de que el hielo se partiera, en lugar de que Iseult y Lechuza se pusieran en marcha al ver entrar a Aeduan, el hielo no se quebró. Nadie se movió. Las palabras del brujo de la sangre quedaron suspendidas en el aire mientras Lechuza e Iseult lo miraban boquiabiertas desde el otro lado de la cama.

Durante esa extraña pausa tras la declaración de Aeduan, antes de que Iseult asimilara lo que había dicho, se dio cuenta de la curiosa estampa que debía de estar viendo el brujo de la sangre ahora mismo: Iseult cerniéndose sobre Lechuza, Lechuza refugiada en un rincón con un cuchillo, y un hombre inconsciente atado a la cama, a pocos pasos de ellas.

Finalmente Aeduan se movió y ellas reaccionaron. Cerró la puerta. Lechuza soltó el cuchillo. E Iseult salió de detrás de la cama.

—Me estaba siguiendo. —Las palabras le salieron embrolladas y espesas —. C-creí que nos iba a atacar, así que le he atacado p-primeramente.

Aeduan se limitó a repetir lo que acababa de decir:

—Debéis iros. Te han visto atacarlo —añadió sucintamente—. Los soldados vienen a arrestarte, me los he encontrado mientras volvía. Han mencionado el número de la habitación y tu descripción. Lechuza y tú no podéis quedaros aquí, Iseult. Id al monasterio. Allí os protegerán.

Iseult se quedó sin aire. Ya sabía que aquello podía pasar. Pero su mente no se hacía a la idea.

—¿Están cerca?

—A unos minutos, como mucho. Los destrozos de la tormenta los han frenado. En el establo hay caballos. Yo me ocupo del príncipe Leopold.

Otra vez. La bala de cañón volvió a estamparse contra el hielo. «El príncipe Leopold. El príncipe. Leopold». Que la diosa la guardara, ¿qué había hecho?

Y justo entonces, una voz adormilada preguntó en cartorriano:

—¿Monje Aeduan? ¿Eres tú?

Iseult se giró hacia el hombre. Hacia el *príncipe*. Los hilos desvaídos del sueño habían desaparecido; en su lugar, el turquesa del asombro (con algunos destellos del gris del miedo) ascendía en espiral hacia el cielo.

—¿Qué significa esto? —insistió. Entonces clavó sus ojos verdes en Iseult y titubeó—. Tú.

Iseult no sabía qué quería decir con eso. «Tú». Leopold la había estado siguiendo y se había agazapado frente a su habitación con la intención de colarse dentro, así que evidentemente sabía quién era ella.

De pronto, la teoría de que su perseguidor trabajaba para Corlant ya no tenía sentido. Un millar de dudas empezaron a competir por un hueco en su cerebro. ¿Por qué la perseguía? ¿Por qué llevaba una pistola?

No había tiempo para preguntas. No había tiempo que perder. Los soldados estaban a punto de llegar por culpa de la estupidez de Iseult.

A toda prisa, terminó de guardar sus cosas en los morrales mientras Aeduan se ocupaba de Lechuza; la niña se había metido debajo de la cama y sus hilos brillaban de miedo.

—Llévame contigo —dijo el príncipe. Al ver que nadie le hacía caso, forcejeó con sus ataduras, intentando incorporarse y sin dejar de mirar fijamente a Iseult—. Por favor —insistió—. Por favor, Iseult det Midenzi, llévame contigo.

Al oír su nombre, se le helaron los pulmones. Se detuvo en seco, con la bolsa medio echada a la espalda y el rostro embargado por la confusión: los ojos abiertos de par en par, los labios separados. Y con el aluvión de emociones llegó otro de teorías y contradicciones.

«Él debe de ser el contacto de Mathew que iba a venir a buscarme».

«¿Entonces por qué me seguía? ¿Por qué no fue a la cafetería?».

«No, seguro que trabaja para Eron fon Hasstrel. ¿Cómo si no iba a saber mi nombre?».

«Pero ¿por qué querría derrocar a su propio tío?».

Antes de que Iseult pudiera dar un orden mínimamente lógico y coherente a sus pensamientos, unos hilos aparecieron en la periferia de su magia. Hilos hostiles, concentrados y unidos de tal forma que tenían que estar obedeciendo las mismas órdenes. Entraron en el patio de la posada.

Oh, definitivamente la Madre Luna la odiaba a muerte. En qué mala hora había atacado a Leopold, maldito fuera tres veces ese príncipe. Y en qué mala hora lo había metido a rastras en la habitación.

Iseult dejó caer su bolsa, echó a correr hacia la lámpara que estaba junto a la puerta y la apagó de un soplo.

—Soldados —dijo, escudriñando la repentina oscuridad—. Ya han llegado a la posada.

Tras pronunciar esas palabras, la habitación empezó a temblar. Al principio era tan sutil que Iseult no sabía de dónde venía ese sonido. Parecían las alas de un insecto o el susurro de unos helechos mecidos por la brisa. Pero entonces se dio cuenta de que eran los cristales los que temblaban: el del espejo y el de la ventana.

Y también se dio cuenta de que había hablado en nomatsí. Lechuza la había entendido, y ahora los hilos de la niña brillaban con más fuerza, cada vez con más fuerza, sobrecoídos por un terror que deshacía la oscuridad de la estancia. Y todo mientras iba extendiendo los hilos tenues y casi invisibles de su magia de la tierra, buscando cualquier sustancia que controlar. Primero la ventana, luego el espejo y ahora el candelero apagado. ¿Cuánto tardaría su magia en adherirse a los tomillos y los clavos, a los ladrillos y las piedras que mantenían en pie aquella posada? A Iseult le había dado miedo quemar la posada por accidente, pero era mucho más probable que Lechuza la echara abajo primero.

Al cabo de un momento, sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Aeduan estaba arrodillado junto a la niña. El príncipe seguía debatiéndose con sus ataduras, haciendo chirriar la cama. Por debajo del temblor del cristal se oían

gritos a través del suelo de madera. Los soldados ya estaban dentro de la posada.

—Puedo ayudarlos. —Era el príncipe; su voz y sus hilos estaban tensos por la concentración. Ya no había pánico, tan solo una insistencia medida—. He dejado un caballo en el establo, un capón; cogedlo y yo me ocuparé de los soldados.

—¿Cómo? —preguntó Iseult.

—No —contestó Aeduan al mismo tiempo.

—Puedo distraerlos lo justo para que escapéis. Pero para eso tenéis que desatarme.

—No —repitió de nuevo Aeduan, pero Iseult lo ignoró. Era ella la que había capturado a ese hombre, desatando así todos los fuegos del infierno. Tal vez... tal vez sus actos no tenían por qué ser un desastre absoluto. Sobre todo si Leopold era la persona con la que Iseult tenía que encontrarse.

Cruzó la habitación con cuatro largas zancadas y miró fijamente al príncipe. La luz de la luna que entraba por la ventana mojada le blanqueaba la piel.

—¿Por qué deberíamos fiarnos de ti?

—¿Qué otra opción os queda? —replicó él. Iseult tuvo que darle la razón. No había tiempo para sutilezas ni tampoco para palabrería. Iseult necesitaba una respuesta clara. Ya.

—¿Trabajas para el tío de Safi?

En sus hilos apareció la sorpresa y un fugaz destello de confusión.

—¿Lo sabes?

—Iseult —los interrumpió Aeduan; Lechuza iba abrazada a su pierna—. No puedes fiarte de él. Déjalo aquí.

Pero no podía hacer eso. Había demasiadas preguntas y muy poco tiempo. Apretó los labios, sacó el cuchillo que le había arrebatado a Lechuza, apoyó la punta en la última vértebra de Leopold y susurró:

—Si nos traicionas, si les das a esos soldados aunque solo sea una pista de adonde vamos, te quemaré vivo y despedazaré tus restos. ¿Entendido?

Leopold tragó saliva y sus hilos se estremecieron.

—Entendido.

—Bien. —Lo enderezó de un tirón y cortó las cuerdas. El príncipe chocó contra Aeduan, que lo sujetó y lo sacó por la puerta de un empujón. Un segundo después, Leopold había desaparecido.



Transcurrieron los segundos mientras Aeduan, Iseult y Lechuza aguardaban alguna señal de que los soldados estaban ocupados en la planta inferior. El cristal de la habitación vibraba cada vez más fuerte. Incluso la tarima había empezado a temblar. Lechuza no se tranquilizaba por mucho que la consolaran. Su magia estaba fuera de control debido al terror; Aeduan sabía muy bien lo que era eso.

La mano de Iseult le agarró del codo. Aeduan se quedó sin respiración.

—Lo siento —le dijo—. Estás débil y ahora tenemos que huir porque yo he sido una boba. No sabía quién era, lo juro.

Aeduan titubeó. Aquella alianza había prosperado demasiado como para empezar a pedirse disculpas ahora.

Se apartó de ella.

—He conseguido una piedra dolora en la base Carawen. Lo lograré.

Iseult abrió la boca para responder, pero entonces se oyó la voz jovial de Leopold abajo:

—¿A qué tantos soldados?

Ya no había más tiempo para charlas ni explicaciones. Aeduan e Iseult cogieron sus bolsas y Lechuza le dio la mano a Aeduan. Se le aceleraba el pulso con cada ruido que hacían sus cosas al moverse, con cada crujido de las tablas, con cada pausa en la conversación de abajo. Antes de llegar siquiera a la escalera de servicio, ya tenía los dedos entumecidos por la presión de la mano de Lechuza.

Y lo peor de todo era que la niña se había echado a llorar. Por ahora solo se sorbía la nariz discretamente, soltando algún que otro gemido quedo, pero Aeduan sabía que podía desatarse una tormenta en cualquier instante. Iseult también parecía saberlo, porque tomó la delantera.

—No hay hilos de momento —le susurró.

Llegaron a la primera planta justo cuando Leopold bramaba:

—¡Vuestros superiores tendrán noticia de esto!

Iseult los guio hacia una puerta trasera. En el pasillo se oían pisotones; los soldados estaban subiendo por la escalera principal.

Aeduan acercó la mano al cerrojo. Tenía que ser la puerta lateral de la cuadra, porque percibía caballos al otro lado: la sangre salvaje de la libertad y los caminos despejados. Pero Iseult lo agarró por la muñeca.

—Hay tres personas dentro.

Aeduan dio un respingo y Lechuza soltó un gemido. ¿Cómo se le había podido pasar por alto? ¿Cómo no las había detectado su magia? Iseult tenía razón: al inspirar hondo, notó un olor a sangre humana, pero muy débil, como

si la piedra dolora ya estuviera perdiendo sus propiedades. Como si su brujería estuviera desvaneciéndose, consumida por un maleficio.

Lo invadió la rabia. La rabia de que esas flechas le hubieran podido hacer algo así. La rabia de que la piedra dolora le hubiera durado tan poco. La rabia de que la Dama Fortuna hubiera golpeado tan deprisa y con tanta contundencia.

—Yo me ocupo de ellos —dijo Aeduan con un gruñido. Descorrió el cerrojo.

Iseult volvió a agarrarlo, mirándolo con recelo.

—Aeduan.

La rabia creció.

—No voy a hacerles daño.

—No son ellos los que me preocupan. —Le apretó el antebrazo con los dedos. Ojalá esos cinco puntos de presión desaparecieran.

Y ojalá no.

Iseult lo soltó.

—Lechuza, quédate conmigo —dijo.

Por una vez, la niña obedeció. Después de dejar su bolsa en el suelo, Aeduan entró sigilosamente en el establo. Olía a caballo y a serrín de pino. Habría sido un olor reconfortante de no haber estado mezclado con el de la sangre humana. Había tres esencias distintas, que se volvían más nítidas cada vez que respiraba lentamente. «Banderines e invierno». Venían del pesebre más cercano, donde también se oía el goteo del agua.

—Dichosa tormenta —murmuró una voz de muchacha. Dos pesebres más lejos, en la esquina del establo, aguardaba otra esencia. «Canela y crin de caballo».

Pero la tercera... Por mucho que olfateaba, no conseguía detectar la tercera esencia. Tal vez el mozo de cuadra había salido.

—¿Puedo ayudarle, señor?

El instinto tomó el control de los músculos de Aeduan. Giró sobre sí mismo, descargó una patada y el tacón de la bota golpeó una mandíbula. Se oyó un crujido. Antes de que el pie de Aeduan volviera a descender, el mozo de cuadra quedó tendido en el suelo cubierto de paja.

El olor de su sangre, fresca y abundante, le invadió la nariz. «Hierba recién cortada y canto de pájaro. Mantas cálidas y cuentos nocturnos».

Un niño. Aeduan había tumbado a un niño, un niño que ahora tenía la mandíbula rota. Tenía los ojos llorosos por el dolor, unos ojos oscuros que lo

miraban fijamente mientras su boca desencajada intentaba articular un grito de alarma. De traición. De horror.

Aeduan notó un intenso calor en los puños. Diablo. Monstruo. No podía escapar de su verdadera naturaleza.

—No te levantes —le ordenó antes de darle la espalda.

El muchacho no se levantó, pero logró soltar un quejido distorsionado. Los caballos piafaron y resoplaron. Los mozos restantes salieron rápidamente a la puerta de sus respectivos pesebres. Los dos vieron a Aeduan al mismo tiempo. Al mismo tiempo vieron también a su compañero en el suelo. Y al mismo tiempo abrieron la boca.

Aeduan les paralizó la sangre. No fue un ataque elegante, ni siquiera potente. Le costó horrores localizar siquiera las esencias de invierno y de canela que los hacían ser quienes eran. Pero lo consiguió. Los inmovilizó el tiempo suficiente para sumirlos en la inconsciencia, el tiempo suficiente para que sus cuerpos cayeran al suelo, uno tras otro.

Se hizo el silencio. De pronto se oyó el chasquido de la puerta e Iseult y Lechuza llegaron enseguida. Iseult se adelantó para asomarse a todos los pesebres; llevaba los dos morrales a la espalda. No intentó apoderarse de ningún caballo y tampoco dijo nada sobre el niño de la mandíbula rota.

Mientras, Lechuza se abalanzó de nuevo sobre la pierna de Aeduan. Casi al instante el pánico se apoderó de todo el establo. Los caballos más cercanos empezaron a relinchar. Algunos incluso cocearon la puerta de su pesebre.

—¡Aquí! —exclamó Iseult desde el pesebre de la esquina mientras descolgaba unos arreos de la pared—. Este debe de ser el capón. Voy a ensillarlo... —Se interrumpió cuando el caballo negro se encabritó.

—Lechuza. —Aeduan se arrodilló a su lado. Le corrían lágrimas por las mejillas pálidas e hipaba tanto que le temblaba el pecho. Era evidente que los caballos coceaban al ritmo de sus sollozos—. ¿Te acuerdas de los dos pececillos del cuento que te conté? —Tuvo que levantar la voz para hacerse oír sobre el relincho de las bestias—. Lechuza, ¿te acuerdas de que fueron valientes y escaparon de la Reina Cangrejo? Pues ahora tenemos que hacer lo mismo que ellos. Tienes que ser valiente y dejar de llorar. ¿Crees que podrás, Lechuza?

Ella meneó la cabeza para decir que no, pero sus sollozos remitieron y los caballos se tranquilizaron un tanto. Lo suficiente para que Iseult y Aeduan ensillaran juntos al capón. Lo suficiente para levantar en vilo a Lechuza (tan ligera y frágil entre sus brazos de diablo) y sentarla en la elegante silla del príncipe. Aeduan le tendió la mano a Iseult para ayudarla a montar.

Ella no quiso.

—Tú no tienes caballo. —Miró en todas direcciones. Ya lo entendía—. Antes has dicho que yo tenía que irme. Que yo tenía que ir al monasterio. Pero tú no.

Lechuza, sentada en la silla de montar, se echó a llorar de nuevo.

—Tengo asuntos en otra parte —contestó Aeduan.

—Asuntos —repitió ella, con la voz cada vez más ahogada—. ¿Tienes *asuntos* en otra parte? ¿Entonces vendrás a buscarnos cuando zanje tus... tus asuntos?

—No. —Le dio la espalda. Los soldados y su aluvión de esencias sanguíneas casi habían llegado al establo. Podía atrancar la puerta y sujetarla, pero solo era una solución temporal...

Iseult le puso la mano en el hombro.

—¿Y qué pasa con Lechuza? ¿Y su familia?

—No puedo ayudarlos.

Iseult soltó una risa de asombro.

—¿Hablas en serio? —dijo con incredulidad.

—Sí.

—No. —Iseult le cortó el paso—. No puedes irte sin más después de todo esto.

Las voces se acercaban:

—¡Registrad la cuadra!

Si quería que Iseult y Lechuza escaparan, era ahora o nunca.

Aeduan solamente tenía una opción. Si tenía que elegir entre sacrificar al cordero o salvarlo, iba a tener que sacrificarlo. Mejor eso que dejar que los soldados atraparan a Iseult y a Lechuza. Mejor eso que dejar que los encontrara la Furia.

—Puedo irme y me iré —dijo con frialdad—. No somos amigos, no somos aliados.

—Somos... —empezó a decir ella.

—No somos nada. —Se acercó a Iseult hasta que sus narices casi se tocaron—. No hay ningún «nosotros», ¿entiendes? Solo eras un medio para conseguir un fin. Y he encontrado un medio mejor.

El tiempo pareció ralentizarse. Entre un latido de su corazón y el siguiente, Aeduan cayó en la cuenta de que hasta ese momento nunca se había fijado en la cantidad de emociones que expresaba Iseult. Hasta ahora, porque ya no mostraba ninguna. Los movimientos sutiles, los tics y la tensión de los músculos de la cara... ¿Cómo había podido pasarlos por alto?

Y su mirada. Desde el principio, sus ojos habían expresado la más profunda de las emociones, pero él no se había dado cuenta.

Hasta ahora, porque la emoción se había desvanecido por completo. Su rostro estaba tan vacío como la luna. Y era mucho más inalcanzable.

—Puedes engañarte a ti mismo —dijo finalmente, con la voz tan lisa como la hoja de una guadaña y el doble de afilada—. Pero a mí no.

Le dio la espalda. Entonces llegaron los soldados por la puerta trasera, bramando y desenfundando espadas y pistolas. Lechuza chilló e Iseult subió de un salto al caballo.

Aeduan cargó contra los soldados. Eran ocho. No había tiempo para magia, para nada más que la fuerza bruta y la velocidad. Desenvainó su espada. Los contendría el tiempo suficiente para que Iseult y Lechuza...

El establo explotó. Las vigas de madera se partieron y el suelo tembló bajo sus pies. Llovieron astillas y polvo mientras el tejado se desgarraba. Entonces cayó sobre ellos un revoltijo de colmillos y de furia. Aeduan apenas tuvo tiempo para echarse a un lado antes de que el corpachón de Arándano chocara pesadamente contra el suelo y extendiera las alas.

Aeduan echó a correr sin pensar. Caían trozos de madera a su alrededor y los caballos huían, abiertas las puertas de sus pesebres como si una brujita de la tierra estuviera manipulando los pestillos de hierro a distancia. Se cruzó con cuatro soldados que habían llegado por la puerta delantera del establo. Unos soldados que ahora solo pensaban en escapar.

Pero uno tras otro, las garras los iban aferrando entre grandes alaridos.

Cuando salió al patio del establo, lo envolvió el aire fresco. Caballos y hombres corrían hacia la salida. Y allí, pasando al galope junto al gran aliso, cuya corteza blanca destacaba sobre el cielo nocturno, estaban Iseult y Lechuza.

Aeduan no se quedó mirando cómo se alejaban. En vez de eso, se volvió la capa del revés (porque ahora los soldados estarían buscando a un monje) y echó a correr en dirección contraria. Lejos de la posada, lejos de Tirla y lejos de ese cordero al que nunca había querido sacrificar.

VEINTITRÉS



El pañuelo de víbora se le escurrió entre los dedos. Safi ya había estado antes allí, contemplando el descenso en picado de un halcón flamígero, el calor rugiente que se acercaba más y más, el fuego que lo consumía todo. Pero esta vez Caden no estaba allí para salvarla; la magia de los bardas infernales no iba a contrarrestar el poder mágico de sus llamas.

Rokesh y los demás víboras se colocaron en estrecha formación alrededor de Safi y Vaness, y todo el grupo echó a correr hacia el sendero. Entonces Vaness levantó los brazos hacia el cielo y la tienda plegada salió volando. A juzgar por el chillido agudo del halcón, el improvisado proyectil había dado en el blanco.

Llegaron al sendero y a los escalones justo cuando los soldados marstokiés salían del bosque, con las espadas desenvainadas para enfrentarse al halcón...

Pero sus uniformes ya estaban manchados de sangre y de muerte. «¡Mentira, mentira, mentira!».

—¡Es una emboscada! —gritó Safi al mismo tiempo que el soldado más próximo alzaba su arma para atacar.

Rokesh se abalanzó para interponerse. La espada del soldado le alcanzó en un hombro, pero no antes de que el víbora le asestara una estocada en el corazón.

Uno tras otro, los víboras entablaron combate con los falsos soldados, manteniendo la formación para proteger a Safi y a Vaness. Pero el fuego seguía aproximándose a sus espaldas, un huracán de calor transportado por unas alas mágicas e impetuosas.

—¡No consigo controlar sus armas! —gritó Vaness para hacerse oír por encima del fragor del combate—. ¡No son de hierro!

«Mierda, mierda». Aquella emboscada estaba perfectamente planeada, y los soldados falsos eran demasiado numerosos. El víbora que estaba a la izquierda de Safi se separó de la formación. Luego cayó otro.

Y lo peor era que el halcón flamígero ya los había alcanzado.

Rokesh corrió hacia Vaness, y Safi hacia los árboles. Los troncos pardos y los uniformes verdes se fundieron en un borrón. Pero no la atacó ningún soldado. Todo el mundo estaba demasiado ocupado huyendo.

Empezaron a llover chispas. Se prendieron las ramas de los árboles. Y a diez pasos a su izquierda, el halcón se lanzó en picado. Su estela anaranjada redujo a cenizas cedros enteros... y soldados enteros, cuyos gritos de agonía le taladraron el cráneo, más fuertes incluso que el ruido de las llamas. Más ensordecedores que la criatura que se acercaba.

Safi apretó el paso. Giraba, se desviaba y se movía hacia donde la llevaran sus pies. Pero nadie la atacó al pasar corriendo a su lado. Estaban ocupados con el halcón flamígero, que ya volvía al ataque.

Sin embargo, algo chisporroteaba en un rincón del cerebro de Safi. «Te falta una pieza del rompecabezas», le decía. Pero ahora no había tiempo para pensar. Solo para correr.

Llegó hasta el tronco de un cedro caído y llameante, una muralla de humo y calor que no le dejaba ver lo que había al otro lado.

Saltó por encima, pero tropezó y cayó de bruces, con las manos extendidas.

Aterrizó sobre un muerto. O más bien sobre un centenar, una montaña de cadáveres a la espera de que los consumieran las llamas. Habían muerto hacía muy poco, porque la sangre seguía pegajosa. Solo les habían dejado la ropa interior y las armas.

Armas de metal. Esos eran los verdaderos soldados.

Dejó escapar un grito e intentó levantarse a toda prisa, como buenamente pudo. Pero resbalaba con la sangre de los muertos.

Las llamas y el humo la acorralaban, y también los chillidos del halcón. Varios soldados falsos pasaron de largo, saltando también por encima del árbol en llamas para escapar del halcón flamígero. «No hay tiempo, no hay tiempo». Safi se puso en pie, pero al hacerlo se torció el tobillo herido. Ahora era un dolor distante, pero sabía que más tarde se acordaría. Si es que sobrevivía.

Corrió hacia los soldados que huían, dándose impulso con los brazos, pero optó por tomar una dirección totalmente distinta. Si los seguía, tarde o

temprano llegarían a la muralla de arenisca y quedarían atrapados. Si de verdad quería escapar, tenía que dar un rodeo.

Pero la Dama Fortuna parecía querer chafarle los planes a Safi, porque el halcón flamígero salió volando directo hacia ella, chillando como los diablos del vacío. Calor, ruido y luz.

Y también muerte si Safi no se ponía a cubierto. Necesitaba algo que no ardiera. El bosque terminó de pronto, guiando a Safi hacia el Pozo en el que había empezado todo.

Solo le quedaba una opción: se zambulló en sus aguas.

Sintió el puñetazo del frío y se hizo el silencio. Entonces el halcón flamígero llegó al Pozo. Las aguas comenzaron a hervir de inmediato, y Safi empezó a nadar hacia el fondo con todas sus fuerzas, para no escaldarse. Más abajo, más abajo, más abajo.

Justo cuando llegaba al fondo del Pozo, las aguas hirvientes le abrasaron las plantas de los pies. Su mente se inundó de dolor, abrió la boca y se le escapó el aire de los pulmones con un burbujeo.

Pero entonces sus manos tocaron el suelo de piedra del manantial.

Notó un temblor. El agua la zarandeó, y con ella brotó una luz tan blanca y cegadora que creyó que había muerto. Que las llamas habían reclamado su alma. Y esta vez no sobreviviría. No renacería.

Pero al cabo de unos segundos, comprendió que no estaba muerta. Que estaba subiendo de nuevo hacia la superficie... Hasta que salió y abrió la boca para tomar aire mientras contemplaba el cielo del atardecer, teñido de gris.

Un fuerte chisporroteo la hizo girarse. En el corazón del Pozo se veía una luz, una columna que parecía girar y estremecerse. Era tan potente que Safi tuvo que entornar los ojos para ver lo que había dentro: el halcón flamígero. Su cuerpo de plumas doradas siseaba y humeaba. El fuego se había extinguido, y de su pico de ónice escapaba un lamento, el más triste que Safi había oído nunca.

Durante aproximadamente dos segundos, compadeció a aquella criatura. Pero entonces las plumas de la cola se prendieron de nuevo, y Safi decidió que era mejor reservar la lástima a las criaturas que no quisieran devorarla viva.

Nadó frenéticamente hacia la orilla del Pozo, salió a rastras y echó a correr hacia el camino, chorreando..., pero lo encontró bloqueado por los restos quemados de la tienda de Vaness. Mientras buscaba boquiabierto una ruta de escape alternativa, un pájaro negro y brillante pasó volando junto a

ella. Supo de inmediato que se trataba del viejo cuervo. El que le había dejado en su alcoba una piedra dolora gastada.

Durante un único y chorreante segundo, el tiempo se desdibujó hasta perder el sentido. El halcón flamígero, la luz del Pozo, los soldados que combatían a lo lejos...; todo se convirtió en un telón vacío ante el que el viejo cuervo planeaba.

Volaba directo hacia el pilar dorado, graznando.

Esa era la solución, comprendió Safi. El pilar, iluminado por la luz del Pozo, refulgía como si estuviera hecho de oro pulido. Sólido, enorme y definitivamente ignífugo.

Se lanzó a toda velocidad. El tiempo había vuelto a ponerse en marcha, y de pronto parecía avanzar el doble de rápido. *Demasiado* rápido. Safi dejó atrás el Pozo. Faltaban veinte pasos hasta el bosque. Y otros cincuenta hasta el pilar.

Cuando alcanzó los cedros, se arriesgó a mirar de reojo al halcón flamígero. Y por supuesto, el muy *puñetero* se había vuelto a prender fuego. Y ahora chillaba con una furia que le dejó claro a Safi que se había quedado sin tiempo. El siguiente ataque sería el último.

El halcón alzó el vuelo.

Más deprisa, más deprisa, tenía que ir más deprisa. Así era ella. No miraba atrás, no pensaba. Un haz de músculos y energía entrenados para moverse, para *vivir*. No iba a morir así. Ya había sobrevivido antes a un halcón flamígero y hoy tenía intención de volver a hacerlo, muchas gracias.

El resplandor dorado del pilar era cada vez mayor. Más cerca, más cerca. El viejo cuervo seguía volando, pero siempre permaneciendo a la vista de Safi. Siempre delante. Y el halcón flamígero, siempre detrás.

Más calor, más calor. Más ruido, más ruido.

El cuervo llegó hasta el pilar. Safi también. Se agarró al borde, lista para tomar impulso y refugiarse al otro lado antes de que el halcón la alcanzara.

Perdió pie. Se le dislocó el tobillo herido y cayó de bruces antes de poder recuperar el equilibrio.

Pero el suelo no frenó su caída. La oscuridad la engulló hasta que chocó contra una superficie de piedra, aunque se las arregló para pegar la barbilla al pecho, encajar el impacto con el hombro y transformar la inercia en una voltereta.

Una voltereta que la llevó directa hacia una potente luz azul.

Entonces le cayó encima un súbito aluvión de energía. Parecía estirla y aplastarla, despedazarla y recomponerla.

Finalmente dejó de rodar y se quedó mirando hacia un altísimo techo de piedra. Sus pulmones respiraban agitadamente, el corazón le retumbaba y sentía constantes escalofríos por todo el cuerpo. El tobillo le palpitaba con renovado y furioso dolor.

Pero ya no sentía en las venas el recuerdo del calor del halcón flamígero. Solo el hielo, el silencio y la luz azul que seguía viendo delante de ella.

«¿Dónde narices me he metido, por las puertas infernales?».

Apoyando el brazo magullado en el suelo, Safi se incorporó... y casi se cayó. Estaba sentada en un saliente poco más ancho que ella, y al otro lado se extendía un negro abismo de *nada*. De algún modo, al caerse había ido a parar a una cueva situada bajo el pilar dorado...

Una cueva tan grande que en ella habría cabido el Palacio Flotante entero. Y dos veces.

Safi sabía que era imposible. Mientras su mente intentaba comprender por qué ya no oía los ruidos de la lucha ni del halcón flamígero, por qué el calor ya no la perseguía, sabía en lo más profundo de su brujería que ya no estaba en el recinto del Pozo Originario.

Que ya no estaba en Marstok.

«Verdad, verdad, verdad».

Un graznido le taladró los tímpanos. Dio un respingo, se giró hacia la derecha y extendió la mano para sujetarse. El abismo era insondable.

El cuervo la estaba observando a poco más de un metro. Estaba posado en una antorcha apagada, fijada a la pared de la caverna. A su lado había una puerta. La puerta por la que había entrado Safi.

Su resplandor azulado parecía palpar, una sensación temblorosa no muy distinta de la magia que latía dentro de su pecho. Tuvo que estirar el cuello para verla por entero. La superficie de granito lucía unos intrincados grabados. A Safi le parecían antiguos, aunque el tiempo no los había desgastado.

El cuervo volvió a graznar. Pero esta vez Safi estaba preparada y le devolvió la mirada.

—¿Adónde me has traído? —le preguntó con brusquedad.

El cuervo parpadeó y empezó a abrir y cerrar el pico con un curioso croreo. Safi se habría apostado todas las piestras de Dalmotti a que el avechucho se estaba riendo de ella.

Fue entonces, mientras se sacudía las manos ensangrentadas, cuando apareció una nueva luz, roja y titilante.

«Iseult». Clavó la mirada en la piedra hilandera que oscilaba sobre su pecho. Debía de habérsele salido del uniforme durante la voltereta. Parpadeaba con un potente resplandor rojizo, proyectando sombras sanguinolentas en las paredes de la caverna.

¿Brillaba porque Iseult estaba en peligro o porque lo estaba Safi? No lo sabía ni tenía forma de averiguarlo. Antes de poder levantarse e intentar determinar en qué dirección estaba Iseult, el viejo cuervo extendió las alas y se abalanzó sobre ella.

Safi reaccionó sin pensar, echándose violentamente a un lado para esquivarlo. Al hacerlo, tocó la luz azul y volvió a cruzar el umbral.

Una vez más, se sintió pulverizada y desmontada, chafada y expandida, mientras el tiempo aceleraba tanto que se detenía por completo. Cuando salió de la magia, cayó en una pendiente embarrada. Había una diminuta rendija de luz en lo alto, pero el halcón flamígero no estaba. No sentía su calor ni su furia.

Miró de reojo la luz azul, ahora a su espalda. Procedía de un umbral en forma de arco y obstruido con piedras. Las raíces y la lluvia habían despejado la parte inferior. Safi debía de haberse colado por una grieta del suelo, junto al pilar, se había deslizado por aquel barranco secreto... y había cruzado de cabeza la puerta mágica.

Se estremeció. A lo lejos se oían disparos y gritos, así que subió a rastras por la pendiente. Además de empapada por el chapuzón en el Pozo, ahora también estaba cubierta de barro.

El tobillo protestó durante el ascenso. No estaba roto, pero tampoco contento.

Llegó al pilar dorado. Oía voces cerca, unas voces que creía reconocer, aunque se las tragara el chillido del halcón flamígero. Entonces alguien bramó en cartorriano:

—¿No sabéis hacer nada más?

Ignorando por completo el tobillo, Safi echó a correr.

—¡Ven a por mí, malnacido!

El Pozo apareció entre los árboles, todavía lejano y borroso por culpa del fuego y el humo. Con cada zancada renqueante, Safi distinguía más cosas. Cadáveres vestidos de verde marstokí. Y otros con el uniforme negro de los víboras.

Y el halcón llameante, que caminaba por el suelo dando brincos que hacían temblar la tierra. Se dirigía hacia la emperatriz de Marstok, que yacía inconsciente al lado del Pozo.

A diez pasos de Vaness había otra mujer, agazapada en posición defensiva. No llevaba casco ni armadura, y empuñaba un cuchillo con el brazo extendido como única arma.

Era Lev, la barda infernal.

Safi no sabía cómo había llegado allí ni por qué, pero el alivio le aceleró los músculos. Si los bardas infernales estaban de su lado, Safi y Vaness todavía tenían posibilidades de sobrevivir.

El halcón flamígero se lanzó contra Lev con el cuello extendido y el pico abierto. Cuando su corpachón alcanzó a la barda infernal, Safi vio con sus propios ojos cómo Lev se deshacía en sombras. Allí donde la magia del halcón tocaba su cuerpo, Lev se transformaba en un esqueleto hecho de oscuridad.

Un esqueleto que ahora apuñalaba al halcón en el pecho.

El monstruo soltó un chillido de dolor, pero no era más que el principio. Mientras Safi salía corriendo de entre los cedros, directa hacia la yacente emperatriz, los otros dos bardas infernales (el colosal Zander y el ágil Caden) cargaron desde otra arboleda para atacar al halcón por la retaguardia. Al igual que Lev, no llevaban armadura ni casco, tan solo unos simples cuchillos...

Y el poder del lazo de los bardas infernales. La facultad de resistir cualquier ataque mágico, incluido el de un halcón flamígero.

Cuando los dos bardas infernales alcanzaron la cola de la criatura, dos esqueletos más se adentraron en la tormenta de fuego. Zander se dedicó a atacar el ala mientras Caden saltaba a lomos de la bestia. Con cinco largas zancadas llegó hasta el cuello de la criatura y le clavó el cuchillo justo en la intersección de las alas, donde más podía dolerle. Quizá una bestia como aquella no pudiera morir, pero tampoco era invulnerable. Safi lo había comprobado de primera mano con los zorros marinos.

El halcón flamígero soltó un chillido tan fuerte que Safi sintió que le hendía el cráneo, que sacudía la tierra, que sacudía el mundo entero con su dolor. Caden se las arregló para aguantar encima de la criatura, semejante a una antorcha de llamas negras, mientras el halcón trataba de escapar.

«Puñalada. Impulso. Puñalada. Impulso».

Caden no saltó al suelo hasta que el corpachón de la bestia se alejó de los árboles. Safi vio cómo volvía a convertirse en un hombre que, un segundo después, se zambulló en el Pozo. Y al cabo de otro segundo el halcón había desaparecido, sin dejar más pruebas de su presencia que el humo y los restos carbonizados.

Mientras Lev y Zander se acercaban al Pozo para ayudar a Caden a salir, Safi fue tambaleándose hasta la emperatriz, que ya empezaba a volver en sí. Le sangraba la nariz: se había excedido en el uso de su magia. Más soldados comenzaban a aparecer entre los cedros humeantes.

Por los dioses del subsuelo, ¿aquella batalla no iba a terminar jamás?

Safi cogió el arma del soldado falso muerto más cercano, un sable sorprendentemente ligero. «No es de hierro», comprendió Safi mientras se erguía. «Ni de acero». Por eso Vaness no había podido manipularlo. Aquel ataque estaba perfectamente planeado, incluido el armamento y la ocasión.

Safi giró sobre sí misma, lista para hacer frente a la siguiente oleada de soldados, cuando Zander y Lev se colocaron a su lado, protegiéndole el flanco.

—¿Cómo tú por aquí? —la saludó Lev con una sonrisa; su rostro lleno de cicatrices estaba sudo de sangre y ceniza. Recogió dos espadas del suelo y le pasó una a Zander—. ¿Vienes a menudo?

Safi no pudo contenerse. Se echó a reír, soltando una carcajada aguda que casi parecía un relincho. Y cuando Caden se colocó en su otro flanco, les dijo:

—¡Creía que os habíais ido de la ciudad!

—Aún no.

Fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que los soldados salieran en tropel de los árboles. Pero esta vez la magia de Safi no tenía nada que decirle. No sentía en la espalda el chirrido entrecortado de las mentiras, porque esta vez los soldados eran reales. Y los comandaba Habim.

—Rendios o moriréis, cartorrianos —bramó. Como uno solo, todos los marstokíes apuntaron a los bardas infernales con sus pistolas y sus espadas.

Y a los bardas infernales no les quedó otra opción. Su poder era capaz de derrotar a la magia, pero no a las ballestas ni al frío hierro.

Se rindieron.

VEINTICUATRO



Iseult no tenía la menor idea de adonde iba. Las pocas calles tirlanas que reconocía estaban arrasadas: los edificios se habían venido abajo, había árboles caídos por todas partes y las carreteras estaban inundadas.

Lechuza gimoteaba, pero al menos no intentaba escapar y se agarraba con fuerza a Iseult, que a su vez se agarraba al caballo, un capón tan bien entrenado que ni se inmutaba ante la batalla que estaba estallando tras ellas. Los soldados las perseguían.

—¡Izquierda! —bramó entonces una voz. Unos hilos brillantes se aproximaban por su derecha. Era el príncipe, con el rostro ensangrentado y amoratado, cabalgando a lomos de una yegua ruana del ejército marstokí—. ¡Por la izquierda!

—¿Por qué? —gritó ella—. ¿Adónde vamos?

—Fuera de la ciudad y lejos de esos soldados..., a menos que tengas un plan mejor.

Iseult no tenía un plan mejor. Es más, no tenía ningún plan en absoluto. Siempre confiaba en Safi para esta clase de situaciones. Safi era capaz de pensar con las plantas de los pies y las palmas de las manos, mientras que Iseult solo conseguía quedarse bloqueada. Sin su estabilidad, no era de utilidad a nadie. Estaban pasando demasiadas cosas a su alrededor y no tenía tiempo ni para respirar. Ni siquiera había asimilado todavía que Aeduan ya no estaba. Que las había *abandonado*.

Se sentía encerrada. Atrapada en un camino que no había querido tomar. E incapaz de cambiar de rumbo. Si Leopold podía sacarla de esa senda, le haría caso. Ya la había ayudado a escapar de la posada; tenía que confiar en que volvería a ayudarla ahora.

Sobre todo porque empezaban a sonar campanas de alarma en los tejados cercanos.

—¡Derecha! —ladró Leopold; sus hilos centelleaban con un color verde tan oscuro que casi parecía negro. No sentía miedo ni pánico, tan solo una energía intensa concentrada en la huida.

El príncipe estaba tan bien entrenado como su caballo.

Entraron en una avenida más ancha y avistaron el lago más adelante. Los muelles estaban anegados; los barcos y amarraderos, aplastados y torcidos. Seguramente por la tormenta, aunque no sabía cómo había podido causar tantos daños y, en cambio, haber dejado la posada prácticamente intacta.

Sujetó a Lechuza con más fuerza y azuzó al caballo.

De vez en cuando volvían a ver el lago, en cuyas aguas flotaban restos de madera y escombros. Otras veces cruzaban calles tan estrechas que los caballos apenas pasaban por ellas. Y las alarmas sonaban continuamente. Incluso cuando salieron de la ciudad y pasaron por pequeñas granjas y chozas de paja. Incluso cuando el terreno se volvió más escarpado y penetraron en un bosque, seguían persiguiéndolos.

También percibía hilos. Cada cierto tiempo veía los rostros adormilados de sus dueños, asomándose a la puerta por curiosidad. Y a menudo por miedo.

Cuando cabalgaron varios kilómetros sin ver más hilos ni señal alguna de asentamientos, Iseult tiró de las riendas del capón para detenerse. Un puente desvencijado cruzaba un arroyo recrecido por la lluvia, en un claro musgoso y envuelto en niebla.

Muy a lo lejos seguía oyéndose el eco de las alarmas, una lejana llamada en el horizonte.

Antes de que Leopold pudiera detener también a su yegua ruana, Iseult pasó la pierna derecha por encima de la silla, desmontó y bajó a Lechuza. La niña había dejado de llorar, pero lo que hacía ahora era mucho peor. Tenía la mirada perdida, y sus hilos desvaídos y encogidos eran del color blanco de la insensibilidad. Estaba conmocionada.

—Lechuza —dijo Iseult—. Mírame. ¿Me puedes mirar?

Pero Lechuza no podía mirarla.

—¿Qué le pasa?

Iseult se giró bruscamente, sintiendo que sus llamas se prendían. Desenvainó el sable, que produjo un silbido al salir de su funda, y amenazó al príncipe con él.

—No te acerques.

—Sí, está claro que soy una gran amenaza. —Leopold la miró fijamente, con la frente sucia de polvo. Varios pasos más atrás, la yegua robada aguardaba, con la piel reluciente por el sudor. Tenían que abreviar y

almohazar urgentemente a los dos caballos—. Te he salvado la vida —añadió—. Dos veces.

A Iseult le daba igual. Le ardían los dedos. Aquella voz palpitaba en su mente: «Quémalo. Quémalo». Lechuza seguía sin reaccionar.

—¿Qué hacías allí? —le preguntó Iseult al príncipe.

—¿A qué te refieres? —Leopold frunció el ceño—. Me dejaste inconsciente, yo no...

—En Tirla —le espetó ella. Sentía la boca y la mente demasiado pequeñas—. ¿Qué hacías en Tirla?

—Y yo te repito: ¿a qué te refieres? —Los hilos del príncipe se tiñeron de confusión—. Ya te he dicho que trabajo con el tío de Safiya.

—¿Cómo sé que eso es verdad?

—¿Quieres... una prueba? —La miró perplejo.

Pero Iseult hablaba muy en serio. Después de tres segundos de resoplidos equinos, el príncipe pareció comprenderlo y soltó una carcajada, un sonido divertido que contradecía la frustración rojiza que le invadía los hilos.

—Todo lo que tenía se ha quedado en Tirla, Iseult det Midenzi. A menos que quieras que volvamos y nos enfrentemos de nuevo a todos esos soldados, me temo que tendrás que fiarte de mi palabra.

Iseult no se fiaba de su palabra. Pero tampoco sabía qué hacer. Todo había sucedido demasiado deprisa. Había que ocuparse de los caballos. Y de Lechuza. Había que interrogar al príncipe y decidir adonde iban.

Y, sobre todo, había que dejar de pensar en Aeduan. No iba a regresar.

—Ya veo que no me crees. —El príncipe suspiró, soltando una vaharada que se condensó en el aire. Empezaba a refrescar—. Es mejor que te lo explique todo desde el principio. ¿Nos sentamos? —Hizo ademán de acucillarse.

—Vuelve a moverte y te mato.

—De pie, entonces.

—Cállate. —Iseult le dio la espalda y se arrodilló delante de Lechuza. Leopold podía esperar, pero Lechuza no. La niña todavía no se había movido. Sus hilos no habían cambiado. Iseult no sabía dónde estaba, pero estaba claro que con ellos no. Sin embargo, esta noche no era tan distinta de aquella otra, hacía seis años y medio, y Lechuza no era tan distinta de cierta niña cuyos vínculos habían sido cortados sin previo aviso.

Iseult cogió una piedra del suelo, tal y como había hecho la monja Evrane aquella noche. Tomó la mano de Lechuza y le abrió los dedos.

—Coge esto. —Le puso la piedra en la palma de la mano—. Mírala y dime qué ves.

La niña no la miró ni dijo nada. Iseult tampoco lo había hecho entonces.

—Está manchada de cieno —dijo Iseult—. ¿Sabes lo que significa eso? Que ha salido de la ribera. Pero ¿ves lo áspera que es? Eso es que nunca ha formado parte del río. Y mira esto. —Iseult acarició las partículas brillantes de la superficie—. ¿Ves la mica? Parecen estrellitas. Incluso se puede distinguir a la Giganta Dormida.

Las pupilas de Lechuza se estrecharon levemente y bajó la mirada hacia la mano de Iseult.

—¿Y cómo llamarías tú a este color? ¿Gris? ¿O es negro? A mí me parece negra cuando le da el sol, pero con el brillo de la Madre Luna parece más...

—Vieja —contestó Lechuza, con una voz tan suave como el canto de su tocaya.

—Muy vieja —coincidió Iseult—. Tan vieja como las Tierras Embrujadas.

—Más vieja. —Lechuza pestañeó, y las primeras notas de color iluminaron sus hilos. El azul dan de la consciencia, errático al principio, era como una ola chocando contra un barco. Empezó a avanzar con más fluidez, con más calma. No estaba completo, pero pronto lo estaría.

—Se ha ido —murmuró Lechuza, sin dejar de mirar la piedra—. Se ha ido.

A Iseult no le hizo falta preguntar a quién se refería. De pronto, los músculos de las piernas le fallaron. Se dejó caer hacia atrás, apoyándose en los talones. Estaba cansada, muy cansada.

En Tirla, en la posada, cuando Aeduan le había dicho que no pensaba volver con ellas, Iseult no se lo había creído. «Nos seguirá», había pensado mientras montaba a caballo. «Nos seguirá», mientras salía al patio. Una y otra vez, mientras las zancadas de su caballo le entrecortaban el aliento. «Tiene que ser una broma, nos seguirá. Nos seguirá. Tiene que seguimos. Por favor, síguenos. Por favor».

Se habían marchado de la posada entre el ruido de los disparos, truenos rotundos que le sobrecogían el corazón. Pero Aeduan no la había seguido. La había abandonado, después de todo. Después de que Iseult le salvara la vida, de que él se la salvara a Iseult. Después de que Iseult hubiera sajado a un hombre por él.

Ella había regresado a por Aeduan aquel día, en las Tierras Disputadas, pero él no iba a volver a por Iseult. No volvería nunca. No había un

«nosotros», ella solo era un medio para conseguir un fin.

—Lo siento —dijo Iseult. Lo decía tanto para Lechuza como para sí misma.

—Volverá —dijo Lechuza. Una hebra de certeza se iba trenzando en sus hilos.

Iseult no contestó. Aquella esperanza, aquel deseo, le resultaba demasiado familiar. El convencimiento de que aquello tenía que ser un error, de que en cualquier momento quien la había abandonado cambiaría de opinión. Aeduan no iba a volver, como tampoco lo había hecho Gretchya hacía seis años y medio.

Por suerte, Iseult no tuvo que decir nada. Primero vio unos ardientes hilos plateados, y enseguida apareció el murciélago montañés, una silueta muda recortada contra la luna. Antes de que Iseult pudiera ordenarle a Lechuza que mantuviera alejada a la bestia, Arándano descendió en picado hacia ellos.

Los caballos se espantaron.

VEINTICINCO



Cuando Esme se ponía a cantar, Merik casi podía fingir que estaba en otro lugar.

Acurrucado junto al frío muro de la torre, tapado con una manta raída, podía cerrar los ojos y dejar que su voz se lo llevara lejos de allí.

No conocía la canción. Ni le hacía falta. Mientras Esme cantaba, Merik no estaba encadenado en su torre, despojado de su magia. No era un títere de hilos sajados que lo unían a ella.

Esme era como un zorro marino que cantaba con una voz de otro mundo. En los cuentos, los zorros marinos se despojaban de su piel y atraían con sus canciones a los marineros incautos hasta la orilla, para después ahogarlos. Aunque eso habría sido una muerte limpia y agradable, en comparación con el triste remedo de vida en el que estaba atrapado Merik.

Cuando las últimas notas de la canción de Esme se desvanecieron y dejaron de reverberar en las paredes de piedra, oyó que sus pies descalzos se acercaban. Merik mantuvo los ojos cerrados y procuró respirar de manera regular. «Sigo dormido. Déjame en paz. Sigo dormido».

—Sé que no duermes, principito. —Se acucilló a su lado—. Veo en tus hilos que estás despierto.

Merik se estremeció y abrió los ojos.

Ella le sonrió; su rostro estaba más cerca de lo que pensaba. Entonces algo plateado centelleó en su mano y Esme lo apuñaló en el corazón.



Las sombras eran crueles con Merik. Le cantaban con el rostro de una niña pequeña con trenzas rubias. Cuando le sonreía, la sonrisa no se detenía en su

cara; se extendía hasta salirse de la mandíbula, hasta el aire, sin dejar de cantar ni de reír.

Merik quería despertar, pero las sombras no le dejaban. Solo había risas, oscuridad y odio.



Despertó bajo un cielo nocturno y lluvioso. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, solo que había luz de velas por toda la torre y que le dolía el pecho.

«El corazón». Se incorporó como pudo y se miró, boquiabierto. Tenía la camisa manchada de sangre ya ennegrecida y había un agujero en la tela de lino...

Pero no había herida. Tan solo una cicatriz teñida de sombras, en el lugar por donde le había entrado el cuchillo. Y dolor... Eso siempre.

—Fascinante, ¿a que sí? —Oyó la voz de Esme antes de verla, caminando con parsimonia junto a la pared. Ahora llevaba un vestido distinto, de terciopelo color miel, tan sofisticado como el de una aristócrata, aunque le venía grande y arrastraba por el suelo al andar. Aferraba contra su pecho el mismo libro que le había enseñado a su llegada—. ¡Te has muerto, príncipe Merik! Y luego has resucitado, aunque no del todo. Los hilos que te atan a la Furia siguen intactos. Te alejan de la vida, pero también de la muerte.

Esme se sentó en el suelo de piedra, extendiendo el vestido a su alrededor. La tela resplandecía a la luz de las velas. Dejó el libro en el suelo y pasó las páginas con brusquedad, aunque el papel y el lomo rechinaban.

—Imagínate las consecuencias —dijo con vehemencia cuando encontró la página que buscaba, llena de diagramas dibujados a mano—. ¡Imagínate sus aplicaciones! La premisa se parece mucho al primer Telar que Eridysi creó hace mil años. —Señaló un boceto que recordaba vagamente a un telar—. Si no necesitáramos vivo a la Furia, probaría con otras muertes. Te ahogaría, te quemaría vivo... Incluso te decapitaría, pero me temo que esa clase de muerte sería demasiado para ti. —Sonrió. Merik se estremeció—. Hoy tengo más trabajo para ti, príncipe. —Buscó en el libro con impaciencia. Merik creyó oír que se rasgaba una de las páginas. Entonces Esme encontró lo que buscaba y dejó caer el libro abierto en el suelo—. Necesito más piedras como estas.

Merik echó un vistazo a la página.

—¿Como las que traje la otra vez?

—No. —Esme deslizó el dedo por el dibujo de una piedra cubierta de líneas en espiral. Debajo, escritas en lo que parecía ser arituano antiguo, estaban las palabras «Lazada de Arlenni»—. Estas deberían tener hilos o hebras enrollados.

—¿Para qué las necesitas?

Esme entornó los ojos. Durante medio segundo, Merik temió haberse excedido y tensó los músculos, preparándose para el dolor. La cadena arañó las piedras.

Pero entonces Esme sonrió y soltó un suspiro de satisfacción.

—Me diviertes, príncipe. Nadie me había preguntado jamás por mi magia. Solo Iseult, y ya casi nunca me visita.

«¿Iseult?». Era imposible que se refiriera a la misma muchacha que conocía Merik. Pero no hubo tiempo para preguntar ni pensar, porque Esme ya estaba describiendo los hilos con todo detalle. Señalaba los dibujos de la página, esperando que Merik la escuchara y observara.

—Los hilos —declaró— están por todas partes. En la piedra. —Tocó el suelo—. En las nubes. —Señaló la ventana—. En los árboles, en los pájaros, en tu corazón. —Con una sonrisa traviesa, hizo el gesto de apuñalarlo de nuevo en el pecho—. La magia no es otra cosa que la manipulación de los hilos, príncipe, y antiguamente solo los Paladines podían hacerlo. Salvo en Ultoriente, el lugar de origen de mi pueblo.

Merik frunció el ceño.

—¿Los matsíes?

Esme enseñó los dientes y levantó el mentón.

—Esa es una palabra ofensiva, príncipe. —Merik se encogió, preparándose para el fuego. Para el dolor—. Es hiriente. Desdeña lo que somos. ¿Tan difícil es pronunciar la palabra completa? Nomatsí. O como se decía antaño, no'amatsí.

—Lo siento —intentó decir—. No lo sabía...

—Querrás decir que no te importaba.

—¡No! —Levantó las manos con gesto de disculpa. Las llamas, las llamas... En cualquier momento el fuego sajador lo consumiría—. Nunca lo había oído..., lo siento.

—Sí que lo habías oído, pero preferiste no escucharlo. Todos los hombres de las Tierras Embrujadas sois iguales. —Sus fosas nasales se dilataron—. Dilo.

Durante un momento, no supo a qué se refería. Entonces lo entendió.

—Nomatsí.

—Dilo como es debido.

Que Noden lo ahorcara, ¿cómo le había dicho? Mierda, mierda. No la había escuchado. Esme tenía razón. Por pura arrogancia, había preferido no oír...

—¡No'amatsí! —Esme se sorprendió tanto como Merik cuando la palabra escapó de su garganta. La muchacha dio un respingo, se irguió y cerró las manos con fuerza, apoyadas en las rodillas. Merik estaba seguro de que iba a atacar. Con magia, con garras o con un cuchillo que le abriría el corazón.

Pero no lo hizo. Fueron pasando los segundos, marcados por el goteo de la lluvia. Una sonrisa apareció lentamente en su boca y, casi perezosamente,ladeó la cabeza.

—Muy bien, principito. Si tú puedes aprender la lección, quizá quede esperanza para las Tierras Embrujadas. ¿Por dónde iba? —Carraspeó con expectación.

La mente de Merik se apresuró a recordar.

—Decías... decías que en Ultoriente la magia es distinta.

—*Onga*. Sí. En Ultoriente, cualquiera que haya aprendido a hacerlo es capaz de tocar los hilos del poder. Hace mucho tiempo, el pueblo no'amatsí dedicaba su vida a enseñar a otros.

—¿Por qué? —preguntó Merik con cautela, suponiendo que Esme esperaba que le hiciera alguna pregunta—. ¿Por qué la magia es diferente allí?

Al parecer sí que esperaba preguntas, porque su sonrisa se ensanchó casi hasta los ojos.

—Bajo esa tierra duerme una diosa diferente, y su voluntad no es la misma que la de nuestra Durmiente. Ah, veo por tus hilos que estás confundido. Para ti no hay diosas, solo un dios. ¿Cómo no iban los nubrevneses a cambiar a una mujer por un hombre? El mero concepto de una mujer poderosa es demasiado para vuestras mentes endebles.

Esme se inclinó hacia delante, apoyándose en las manos y acercando el rostro al de Merik.

—Veis una mujer fuerte y la consideráis perversa. Veis una mujer sumisa... Ah, no, que a esas ni siquiera las veis. Dime la verdad: ¿qué pensaste de mí la primera vez que me viste?

Merik apretó los labios y miró fijamente el suelo de piedra. Esme tenía razón. Un mes antes, Merik habría refutado sus palabras. Con vehemencia. Con furia. Con la ira de los Nihar, desatada en unos vientos que aseguraba no poder controlar.

Ahora no tenía viento. Ahora no tenía mentiras con las que engañarse. Cam ya se lo había dicho hacía dos semanas. «Solo veis lo que queréis ver».

Se le encogió el corazón solo de pensar en el chico. Se le hundió el pecho de vergüenza. Cam había permanecido a su lado a pesar de que Merik no había hecho nada para ganarse su lealtad. Rezó a Noden... o... o al poder mayor que gobernaba las Tierras Embrujadas, pidiéndole que protegiera a Cam y a Ryber.

Esme soltó un suspiro de aburrimiento.

—Retomaremos la lección más tarde, príncipe. Ya ha escampado. —Señaló la ventana y agitó la mano—. Tienes que partir hacia el próximo santuario. —Sacó una llave de su bolsillo y soltó con habilidad la cadena del collar de madera—. Mis sajados te guiarán casi todo el camino. Síguelos, igual que anoche. Y una cosa más... —Sonrió de nuevo, mostrándole el hoyuelo de la mejilla—. No intentes huir, príncipe. Ya sabes lo que pasaría.

VEINTISÉIS



Desde el momento en que llegaron Habim y los soldados, todo sucedió muy deprisa, demasiado para que Safi pudiera asimilarlo o reaccionar. Los bardas infernales se rindieron, los encadenaron y se los llevaron.

También se llevaron a Safi, escoltada por unos víboras a los que no conocía y por una muralla de soldados tan densa que no se veía nada al otro lado. Esa noche no le dejaron ver a nadie conocido. Ni a Vaness ni a Rokesh ni a Habim...

Tampoco a los bardas infernales. Safi no tenía ni la menor idea de adonde se los habían llevado ni de lo que estaba ocurriendo.

Los sanadores del Palacio Flotante le examinaron el tobillo un momento, pero su guardia de víboras se la llevó enseguida. Había que reevaluar o reconsiderar todos los detalles de la fiesta de cumpleaños de la emperatriz. Por lo visto, los rebeldes habían penetrado en el recinto del Pozo Originario a través de una brecha ilusoria de la muralla norte, así que Safi tuvo que examinar cada centímetro del palacio en busca de ilusiones similares.

Nada.

Luego la obligaron a hablar con todos los soldados, criados y víboras, con mujeres y hombres a los que Safi ya había examinado y a los que aquella situación exasperaba tanto como a la propia Safi. Y mientras los entrevistaba, los víboras inspeccionaban armas y herramientas para cerciorarse de que el hierro no había sido manipulado.

Los víboras no encontraron nada, y Safi tampoco.

Ya era más de medianoche cuando acabó y la acompañaron de vuelta a su alcoba. A pesar del agotamiento que le tironeaba de los músculos y los párpados, sus pensamientos eran un incendio. Todos los acontecimientos del día se entrechocaban dentro de su mente, formando una enorme y salvaje

conflagración: el halcón flamígero, los falsos soldados del bosque, el umbral de luz mágica.

Y el mensaje secreto que Habim le había dejado en el mapa.

Por los dioses del subsuelo, ojalá pudiera hablar ahora mismo con Is. Pero por mucho que aferró su piedra hilandera o se imaginó el rostro impasible de su hermana de hilos, sus plegarias no se hicieron realidad. Iseult, dondequiera que estuviera, no podía (o no quería) visitar a Safi en sueños.

Al oír la tercera campanada a través de la puerta de su jardín, Safi renunció a seguir intentando hablar con Iseult. Tenía libros de la biblioteca de Vaness, gemas y un plan que aún no había llevado a término.

Despejó una zona del escritorio y se quitó la piedra hilandera del cuello. Dejó en la mesa el cuarzo con el que llevaba todo el día trasteando, abrió otro libro y se puso a trabajar. *Cómo entender los hilos*, de Anett det Korelli, traducido del nomatsí al marstokí, explicaba con todo detalle la creación de las piedras hilanderas, cómo hacían las brujas de los hilos para conectar los hilos de una persona a una piedra, para que los amantes, los parientes o los amigos siempre fueran capaces de encontrarse. Para que nunca perdieran a aquellos que más les importaban. Y teniendo en cuenta que las brujas de los hilos estaban vinculadas al éter, igual que la magia de Safi, ese parecía el paso más lógico.

Además, cada vez que leía algo sobre las brujas de los hilos, se ponía a pensar en Iseult, y el solo hecho de pensar en su hermana de hilos hacía que Safi se sintiera un poco mejor, y que los fuegos de su mente se aquietaran.

Sentada ante la mesa, el pasar de las hojas empezó a convertirse en un ritmo. Safi entrechocaba los talones al son de los grillos del jardín. Cri, cri. Cri, cri. También se había procurado unos hilos idénticos a los que describía el libro, y aunque no fuera capaz de entretejer los suyos, los hilos de su magia, como hacían las brujas de los hilos, sí que podía concentrarse en su poder. En la calidez cantarina de una verdad y el chirrido de uñas de una mentira.

Incluso recitó las palabras que entonaban las brujas de los hilos para concentrar su magia: «Unir y torcer. Medrar y crecer. La familia colma el corazón».

Una y otra vez, pronunció esa letanía mientras iba trenzando los hilos de color rosado:

—Unir y torcer. Medrar y crecer. La familia colma el corazón.

Y siguió murmurando hasta que terminó y dejó de enrollar la fina madeja alrededor del pedazo de cuarzo. A primera vista, su piedra parecía idéntica a

la piedra hilandera que Iseult le había dado, salvo por la diferencia de color. De hecho, Safi se había asegurado de que las dos tuvieran el mismo aspecto.

Pero no le hizo falta nada más que un vistazo para darse cuenta de que las dos piedras no eran idénticas. La piedra hilandera de Iseult parecía viva; Safi la *sentía* viva. En cambio, su intento de piedra sincera no era más que un pedazo de roca con un hilito enrollado.

—No, no, no —susurró sin poder evitarlo. Apartó el cuarzo inútil de un manotazo. Le picaban los ojos por las ganas de llorar, y lo detestaba. Lo detestaba tanto como ese palacio, y también detestaba que nadie se hubiera dignado a darle ni una puñetera respuesta desde que se habían marchado del Pozo.

Y por encima de todo, Safi detestaba que Iseult estuviera tan lejos. Con Iseult, Safi era valiente. Con Iseult, Safi era fuerte. Con Iseult, Safi no conocía el miedo. Pero ahora que estaba sola, no era más que una muchacha atrapada en un país extranjero y amenazada de muerte por enemigos desconocidos.

Agarró la piedra hilandera, la auténtica, por mucho que le pesara. Los ojos le hicieron chiribitas al levantarse demasiado deprisa. Había estado mucho tiempo sentada y había comido muy poco. Pero las ignoró, igual que ignoró el martilleo atronador de sus oídos. Abrió la puerta del jardín y salió al aire nocturno.

El cuervo no estaba allí. En realidad no sabía por qué había pensado que estaría. Lo que sí que había era una luciérnaga volando junto al telescopio. Su luz se desvaneció y después volvió a encenderse un poco más lejos.

Cuando era pequeña, Habim le había contado que los niños pedían deseos al ver una luciérnaga. Y no se le ocurría mejor momento que este para pedir un deseo. Se acercó sigilosamente y atrapó a la luciérnaga de un manotazo. El insecto se posó con suavidad, ignorando a Safi.

«Por favor», le suplicó mientras veía cómo se iluminaba y se apagaba. Su resplandor dorado hacía que la piedra hilandera que sostenía ella pareciera hecha de llamas. «Por favor, señora luciérnaga. Esté donde esté Iseult, mantenía a salvo».



Iseult no se sentía a salvo.

Aunque hubiera despistado a los soldados, la presencia de Leopold fon Cartorra conllevaba toda una nueva serie de peligros, peligros a los que no

estaba acostumbrada. Podía hacer frente a espadas, pistolas, puños y llamas sin pestañear, pero la elocuencia y la doblez de los cortesanos hacían añicos su calma de bruja de los hilos.

Iseult no quería dejar a Lechuza sola en el puente, pero tampoco estaba dispuesta a permitir que Leopold atrapara él solo a los caballos. Lechuza tenía a Arándano para protegerla, pero si el príncipe decidía fugarse con los dos caballos, Iseult y Lechuza se quedarían sin medio de transporte. Y peor aún, sin provisiones.

El capón negro se había internado en el bosque y la yegua ruana había ido tras él; los dos caballos habían ido dejando un rastro muy claro de maleza aplastada. Leopold iba delante, seguido de cerca por Iseult, que no despegaba la mirada de sus hilos ni la mano del pomo de su sable.

Se puso a tamborilear con los dedos en la empuñadura, pero ese movimiento le hizo pensar en Aeduan y paró enseguida.

—Los caballos no querrán volver al puente ni de broma —dijo el príncipe, echando un vistazo por encima del hombro—. Al menos mientras ese murciélago siga ahí.

—Primero hay que encontrarlos. Ya pensaremos luego en cómo llevarlos de vuelta.

—Oh, los encontraremos. No temas. —Leopold siguió caminando con aire confiado y seguro, como si estuviera paseándose por un palacio y no por un bosque de montaña, sin más luz que la de la luna—. Rolf está bien entrenado y la yegua lo seguirá.

—Pues dile a Rolf que vaya al puente y que la yegua lo siga.

—Está bien entrenado, pero no tanto. —Leopold se echó a reír, un gesto raro teniendo en cuenta dónde estaban. Y su risa también contradecía sus hilos: en lugar del rosa de la diversión, en ellos brillaba el miedo—. Ni siquiera los osos blancos de las Tierras Durmientes serían tan tontos como para acercarse a un murciélago montañés.

—Te da miedo.

—¿A ti no?

—No —contestó Iseult. Y estaba siendo sincera. En medio del caos de las Tierras Disputadas, no había tenido tiempo para sentir miedo. Arándano había atacado a los que querían matarla, y eso lo convertía en un aliado—. No nos hará daño.

—¿De verdad? ¿Es que no le gusta que la boca le sepa a príncipe?

Antes de que Iseult pudiera explicarle que Arándano solo hacía daño a quienes le hacían daño a Lechuza, Leopold se detuvo en seco. Iseult casi

chocó con él. Entonces vio por qué lo había hecho: habían llegado a un claro rocoso, sin maleza.

—El rastro se interrumpe. —Leopold se volvió hacia Iseult, y por un momento su expresión y sus hilos coincidieron: frustración. Le temblaron las mejillas—. ¿Puedes percibir sus hilos?

—Los animales no tienen hilos. —Iseult lo evitó y siguió caminando.

—¿No tienen o no los percibes tú? —insistió Leopold, siguiéndola varios pasos por detrás.

Ojalá cerrara la boca.

—¿Acaso importa? Sea como sea, mi magia no nos sirve. —Escudriñó la tierra grisácea a la luz de la luna, pero incluso así estaba demasiado oscuro para distinguir huellas de cascos.

Sin embargo, se oía un burbujeo. Agua corriente. Otro arroyo de montaña.

Si Iseult fuera un caballo y llevara una hora corriendo sin descanso, tendría sed. Y si tuviera sed, buscaría un arroyo sin murciélagos montañeses. Cruzó corriendo el claro, sin un ruido, bajo las largas sombras de los árboles. Poco después de internarse en el bosque, localizó a los caballos. En efecto, habían seguido el ruido del agua.

—Rolf —dijo Leopold. Su voz y sus hilos reflejaban un profundo agrado. Pero antes de que pudiera acercarse a su capón, Iseult desenvainó el sable. Leopold se quedó inmóvil, con el pie en el aire—. ¿Ya estamos otra vez?

—Sí, otra vez —contestó ella—. En el puente te has ofrecido a explicármelo todo desde el principio. Y vas a hacerlo ahora mismo.

—¿Ni un triste «por favor»? —Sonreía, pero sus hilos expresaban frustración—. Soy de la realeza, ¿sabes?

—Y yo la que empuña la espada.

—Ah. —Soltó una risa discreta, y con ella regresó el color rosado de la diversión. Al parecer le había gustado su respuesta. Sin otra palabra de protesta, Leopold IV, heredero imperial de Cartorra, comenzó su historia.

Al hablar, sus palabras tenían una cadencia musical, un ritmo perfecto de sonidos y pausas que acariciaba la piel de Iseult, el complemento ideal para el aire helado de la noche. Leopold le explicó que trabajaba con el tío de Safi. Su objetivo era impedir que Safi se casara con el emperador Henrick, el tío del propio Leopold. Luego le contó que había contratado a Aeduan con el supuesto objetivo de capturar a Safi, pero que lo había estado saboteando intencionadamente durante todo el viaje, haciendo constantes paradas y tratando de despistar al brujo de la sangre. Y todo con tal de que Safi pudiera ponerse a salvo antes de que Aeduan la atrapara.

Y lo habría hecho si la emperatriz de Marstok no hubiera interferido.

Iseult no interrumpió su relato. Le daba vueltas a cada afirmación. Todo encajaba con lo que le habían contado Safi y Aeduan, pero eso solo hacía que se fiara menos de Leopold. Mientras hablaba, esbozaba una media sonrisa cansada, como si todo aquello fuera un juego. Como si Iseult fuera una cría que necesitaba su condescendencia.

—Y entonces —concluyó Leopold, agitando la mano derecha como un jugador haciendo una reverencia— le robé las monedas al monje y ordené a mis bardas infernales que las dejaran en Lejna. Para que las encontraras tú. Todo es muy sencillo si lo piensas bien.

«De eso nada», pensó Iseult.

—Estuve en Lejna y no vi a ningún barda infernal.

—Porque tenían órdenes de no permanecer allí. Más tarde, cuando llegué, tú ya te habías ido. Llevo buscándote desde entonces. Mi misión era y sigue siendo llevarte al monasterio Carawen.

Iseult pestañeó. Ese era el último lugar que se esperaba. ¿Llevarla a Lejna? De acuerdo. ¿A Veñaza? Claro. Incluso habría tenido sentido que quisiera llevarla a Cartorra. Pero ¿a un monasterio en mitad de las montañas? Era tan extraño como...

Como que el heredero imperial hubiera ido a buscarla a Tirla.

—¿Por qué allí? —preguntó Iseult.

—Porque los monjes te protegerán —contestó Leopold, como si fuera lo más evidente del mundo—. Y también protegerán a Safiya cuando llegue.

«Safi». Por primera vez en aquella conversación, Iseult sintió que su calma flaqueaba. Lo único que quería era reunirse con Safi. Más que ninguna otra cosa de las Tierras Embrujadas, quería tener a su hermana de hilos a su lado, volver a sentir que el mundo se ponía del derecho. Safi, la que estaba hecha de luz y de risas. Safi, la que iniciaba para que Iseult pudiera completar. La que nunca la abandonaba. La que siempre hablaba en plural y que nunca veía a Iseult como un medio, sino como un fin.

Y la que sabría decirle al instante si Leopold mentía.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar al monasterio? —le preguntó en voz tan baja que casi se perdió bajo el rumor del arroyo.

Los hilos de Leopold se tiñeron de alivio y le mostró una sonrisa triunfal y demoledora.

—Si no hay imprevistos, podríamos estar allí mañana al mediodía.

Iseult tocó su piedra hilandera mientras miraba distraídamente el rostro del príncipe, amoratado e hinchado por los golpes que le había propinado ella.

También observó fijamente sus hilos, desesperados y esperanzados a la vez.

—Si te... Si Lechuza y yo te acompañamos al monasterio, no pienses que eso significa que me fío de ti.

Se hizo el silencio. Leopold se pasó el pulgar por el labio inferior; había cautela en sus hilos.

—¿Qué tendría que hacer para convencerte, Iseult? ¿Qué debo hacer para demostrarte que estoy aquí para servirte, única y exclusivamente? Llevarte al monasterio es mi única misión.

Casi se le escapó una risa al oírle. Un príncipe se estaba ofreciendo a servirla. «¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?». Entonces se dio cuenta de que, a pesar de las advertencias de su raciocinio, le creía. La urgencia y el ansia de sus hilos eran genuinas. Aunque Leopold fuera capaz de adaptar su expresión según sus necesidades, no podía cambiar sus hilos.

—Hazlo más a menudo —contestó Iseult al cabo de un rato, soltando la piedra hilandera—. Haz que tu expresión coincida con tus emociones y puede que empiece a creerte. Después de todo, la gente digna de confianza no se pone máscaras.

Los hilos del príncipe se fueron tiñendo de inquietud a medida que Iseult hablaba. Transcurrieron varios segundos. Y entonces, de repente, los invadió una calidez abrumadora y jovial. Leopold echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír; su risa plena y sincera se traducía en colores ardientes e intensos que ascendían hacia el cielo.

—¿Qué he dicho? —preguntó Iseult, bajando la punta del sable unos centímetros—. ¿De qué te ríes?

—De esto. —Los señaló a los dos—. Es fascinante. Admito que me sorprende lo fácil que te resulta desmontar mi..., en fin, mi actuación. —Hizo una reverencia casi cómica—. En lo sucesivo tendré que tener en cuenta tu magia cuando estés cerca, o confiar en que no le reveles al mundo lo que siento de verdad en cada momento. Al fin y al cabo, el carisma es la única arma verdadera de un príncipe. Pero si solo me hace falta ser sincero con esto —dijo, señalándose la cara— para demostrarte mi lealtad, entonces me temo que me has desarmado, Iseult det Midenzi.

Volvió a hacer una reverencia, pero esta vez con respeto. Y esta vez sus hilos vibraban de pura intensidad.

Qué raro era ver a un príncipe decir y hacer esa clase de cosas por ella.

—Ayúdame con los caballos —murmuró finalmente Iseult.

No se fiaba del todo, pero sí lo suficiente para acompañarlo al monasterio. Y de todas formas Aeduan también les había dicho que fueran allí; no pasaba

nada por dejarse escoltar por un príncipe.

Con rapidez y eficiencia, Iseult envainó el sable, que tintineó al entrar en la funda. Ya habían perdido suficiente tiempo. Lechuza los estaba esperando.

—Tenemos que conseguir que los caballos vuelvan sin asustarse de Arándano.

—¿*Coja'kess*? —repitió Leopold. Ah, claro, le habían puesto el nombre en nomatsí.

—Significa «arándano» en nomatsí.

—¿El murciélago se llama «Arándano»?

—Es su comida favorita.

Otra risa encantadora brotó de los labios del príncipe, tiñendo sus hilos del color exacto del amanecer.

—¿Has oído, Rolf? —Leopold palmeó el cuello de su caballo—. Es un murciélago de la fruta. Ya te dije que no tenías nada que temer, carcamal. Nada en absoluto.

VEINTISIETE



Aeduan ya había estado antes allí. Allí mismo, en ese oscuro valle, persiguiendo a un hombre distinto que le debía dinero a un comerciante distinto. Por entonces eso era lo único que sabía hacer, igual que ahora.

Era como si todo el mes anterior, desde que había dejado de servir a Yotiluzzi en Veñaza, no hubiera sucedido. Incluso más tiempo, los dos años anteriores. Porque allí estaba otra vez, cazando sin pensar. Ganando dinero sin pensar. Un contrato, el siguiente. Un pie, el otro. Cada objetivo era el mismo, cada cliente era el mismo. Y cada día, maldito fuera tres veces, era el mismo.

Lo odiaba. Odiaba lo fácil que le había resultado volver a la rutina. La indiferencia que le calaba los huesos mientras seguía adelante. La renuncia a planificar nada. No había futuro, solo completar cada encargo y buscar el siguiente. Y así hasta el día de su muerte.

Aeduan sabía que no podía seguir evitando a su padre eternamente. La Furia vendría a por él. Tendría que regresar con Ragnor. Debería dirigirse al norte antes de que eso pasara. Así ahorraría molestias a todo el mundo.

No fue al norte.

Tampoco buscó al príncipe Leopold, aunque eso también era algo que necesitaba hacer. Tenía preguntas que necesitaban respuesta, preguntas que Aeduan había considerado importantes tan solo dos semanas antes.

No fue en busca del príncipe Leopold.

Ya no le importaba con quién trabajaba el príncipe, no le importaba de quién era la sangre de inviernos gélidos y lagos cristalinos. Y tampoco le importaba quién había ayudado a Leopold a escapar en la selva nubrevnesa, le había robado a Aeduan sus tálaros de plata y lo había arrastrado por todas las Tierras Embrujadas en una persecución sin sentido.

De no haber sido por esa persona misteriosa, el camino de Aeduan no se habría cruzado con el de Iseult. No habría encontrado a Lechuza. Y el deseo que había pedido al ver a las luciérnagas no se habría hecho realidad.

Era un brujo de la sangre, era un monstruo. Y esa ansia que sentía en las entrañas y que le había hecho creer que era algo distinto... Había sido un necio al hacerle caso. Él solo servía para una cosa.

Y haría bien en no olvidarlo nunca más.



El amanecer ya empezaba a teñir el cielo cuando Aeduan localizó al deudor, un pastor con dos niños pequeños y una esposa postrada en cama por la fiebre. Todo el mundo aseguraba que la llegada de los saqueadores era inminente, así que el pastor se había comprado una espada para defender a su familia. Una espada que no podía permitirse.

Le resultó muy fácil intimidarlo, inyectarse los ojos en sangre, acallar todo pensamiento, toda expresión, toda inflexión de la voz. Fue otro el que desenvainó su espada. Fue otro el que vio al pastor caer de rodillas, temblando, y suplicarle un aplazamiento del pago.

Aeduan no sentía nada. No le importaba nada. Se llevó las pocas monedas que tenía el pastor.



Durante el segundo encargo, el rango cuatro, Aeduan notó que la piedra dolora empezaba a fallar.

Debía presentarse en una pequeña mina de hierro de Marstok, al este de Tirla. Iban a enviar un cargamento al oeste y necesitaban escolta. No habían contratado soldados, así que seguramente no fuera un envío legal.

Pero la legalidad le traía sin cuidado a Aeduan. El dinero era dinero, un contrato era un contrato. Echó a andar en dirección este, mientras el sol se iba alzando por el cielo y volvía a descender. No era un día caluroso, pero él tenía calor. Un calor agobiante. Insoportable. Finalmente, ya no pudo continuar y no le quedó más remedio que detenerse junto a un arroyuelo, un simple hilillo de agua que bajaba desde las montañas.

Se quitó la capa. Bebió de aquella agua arenosa hasta hartarse y se refrescó la cara para limpiarse el sudor. Luego se sentó en una roca y esperó a que los últimos restos del poder de la piedra dolora se desvanecieran.

Fue peor de lo que esperaba. Ayer, la repentina desaparición del dolor le había hecho darse cuenta de lo mucho que lo había sentido hasta entonces. Pero eso no fue nada comparado con su súbito regreso. Aeduan esperaba que fuera una cascada lenta, la sensación de estar en mitad de un río cuyo caudal iba aumentando despacio.

Pero el dolor fue un maremoto. Se le vino encima, hirviéndole la sangre con su fuego y su violencia. Le escaldó la mente hasta consumir todo pensamiento, hasta que no quedó de él nada salvo un cuerpo que se apagó sin más, acechado por las sombras.

Se desmayó en el arroyo.

VEINTIOCHO



Vivia miró fijamente su cuenco de gachas tibias. Sabía que debería empezar a comer. Pero desvió la mirada hacia la silla vacía que tenía a su lado, hacia el otro cuenco de gachas que se enfriaban lentamente.

Al parecer, Serafín no iba a presentarse al desayuno. Y eso solo podía significar una cosa: se había enterado de que Vivía había estado en Marstok y no lo veía con buenos ojos.

Se le escapó un suspiro entre los dientes, como el vapor de una olla hirviendo, con la diferencia de que su exhalación no alivió en absoluto el burbujeo que sentía en el vientre. Tendría que hablar con su padre, pedirle disculpas, arrastrarse incluso. Aunque no supiera exactamente por qué. A veces Vivía no llegaba a enterarse de qué había hecho para desatar la ira Nihar de Serafín.

Se abrazó el pecho. Era mejor ir a disculparse cuanto antes. Cuanto más lo retrasara, peor sería la tormenta. Tarde o temprano estallaría, y entonces las disculpas ya no valdrían para nada.

«¿Y qué pasa con Stix?». Esa pregunta le hacía cosquillas en la mente. Se puso de pie sin poder evitarlo y se dirigió a la puerta. Stix ya debería estar en la sala de guerra, esperando a Vivía para darle su informe matinal. No pasaba nada por hablar unos minutos con su mejor amiga (y hacer acopio de valor para enfrentarse a Serafín). Además, se moría de ganas de hablarle a Stix de lo que había pasado en Marstok, de la emperatriz y del documento embrujado que ahora llevaba guardado en el bolsillo del abrigo naval. Stix sabría encontrarle sentido a todo. Sabría decirle cómo proceder.

El problema era que Stix no estaba en la sala de guerra. Y lo que era peor, ninguno de los criados la había visto esa mañana. No había dejado ningún mensaje en la mesa, no le había enviado ningún recado ni había señales de

que alguien más hubiera entrado en la sala desde el día anterior. No había ni rastro de Stix.

Vivia salió del palacio y ordenó de malos modos a sus guardias que la dejaran en paz, antes de volver a recorrer la ruta de la noche anterior. Pero no obtuvo respuesta por mucho que llamó al apartamento de Stix. La telaraña que se extendía entre la puerta y el techo indicaba que hacía tiempo que esa puerta no se abría.

Cada vez notaba el estómago más revuelto y los pulmones más tensos. Stix no estaba en su puesto y llevaba al menos un día sin pasar por su casa. Aunque esto último no era tan inusual; en palabras de la propia Stix, ella era «un alma inquieta».

«Tal vez esté en el cuartel».

Pero Stix tampoco estaba allí. Los marineros y los oficiales no la habían visto. Tampoco tenían noticias de ella en la Torre del Color, en El Sajado ni en la casa familiar, en el Cerro de la Reina. Hacía dos días que no la veía nadie. Y por fin, cuando decidió visitar los Centinelas de Noden, Vivia encontró una pista de dónde podía estar Stix.

Su esquife no estaba. Y en efecto, cuando Vivia interrogó a un pescador llamado Aben, un joven que se pasaba todas las mañanas sentado en el puerto, pescando con caña en sus aguas turbias, y que solía informar a Vivia y a Stix sobre la salud de los peces, este le dijo:

—Sí, la vi coger el bote ayer. No dijo adonde iba, pero tenía cara de pocos amigos.

—¿Por dónde se fue?

Señaló hacia el sur.

—La perdí de vista antes de llegar al puente.

Vivia le dio las gracias con brusquedad mientras se marchaba. Podía pedir prestado otro esquife en el puerto y desde allí llegar al Centinela sur. Porque Stix tenía que estar allí, seguro.

Las aguas estaban repletas de embarcaciones que proyectaban largas sombras en la superficie, pero aunque su mente no dejaba de dar vueltas (¿dónde estaba Stix?), para Vivia navegar era algo tan natural como caminar. Esquivó todos los barcos del puerto y se dirigió hacia el puente de agua sur.

Los puentes de Stefin-Ekart transportaban el agua del río Timetz por encima del valle de tierras de labranza que rodeaba la meseta de Lovats. Eran tan altos que las nubes flotaban entre los barcos que competían para entrar en la ciudad, huyendo de la guerra que todos sabían inminente, buscando un refugio que Vivia se estaba esforzando por proporcionarles. Ya estaban dando

las nueve cuando avistó los Centinelas de Noden: sus rostros erosionados, grandes como barcos de guerra; sus yelmos pétreos, con un penacho de plumas altas como pinos. De las piernas de piedra sobresalía una serie de parapetos largos y redondeados, en niveles de diferentes anchuras, mientras que los imponentes torsos estaban repletos de ventanucos y aspilleras. A ambos lados del río, allí donde este devoraba la montaña, el agua ascendía por el aire gracias a la magia, transportando los barcos militares hasta un enorme orificio situado en la base de los Centinelas.

Los ancestrales guardianes de la ciudad también eran la sede principal de la Marina y el Terrestre de Nubrevna. En las almenas, los estandartes azules ondeaban con la brisa matinal.

Vivia apenas tuvo que adentrarse en la madriguera de pasillos del Centinela este para preguntar sobre el paradero de Stix. Ningún militar, civil ni refugiado había visto a nadie que coincidiera con su descripción.

Stix se había ido. No estaba.

Vivia regresó navegando, con la mirada y la mente ausentes. Ni siquiera se distrajo con las golondrinas que planeaban frente a su esquife, transportadas por las corrientes cálidas que ascendían desde el valle. Solían anidar debajo de los puentes de agua, y Stix y ella siempre les hablaban al pasar, deseándoles buen puerto y mejores vientos.

Vivia se ponía enferma al pensar en ello.

Todo era culpa suya.

Había sido una egoísta. Había sido una tonta y una ingenua al creer que podía ausentarse un día entero de la ciudad sin que hubiera consecuencias. Si se hubiera quedado, Stix no se habría marchado, al menos no sin darle una explicación. Si se hubiera quedado en la puñetera ciudad, ahora sabría dónde empezar a buscarla.

De pronto, Vivia entendía demasiado bien cómo se había sentido Merik cuando Kullen, su hermano de hilos, había desaparecido en las Sirmayas durante la construcción de unas atalayas, hacía un año. Merik había invertido cantidades obscenas de recursos en su búsqueda.

Esos recursos ahora se le antojaban absolutamente razonables. Casi irrisorios. Vivia haría lo que hiciera falta, todo lo que estuviera en su mano, con tal de averiguar dónde se había metido su mejor amiga.

Se arrepentía de muchas cosas, pero tenía que seguir adelante, seguir buscando.

Stix tenía que estar en alguna parte. La encontraría.



Era casi mediodía cuando Vivia regresó al Cerro de la Reina. Quería volver a la casa familiar de los Sotar; tal vez el vizier supiera dónde se había ido su hija. Y si no..., bueno, de todas formas alguien tenía que decirle que había desaparecido.

Estaba a medio camino cuando alguien le puso la mano en el hombro. Vivia se dio la vuelta. En su mente se iluminó el nombre de Stix..., pero en vez de la sonrisa descarada de su amiga, se encontró con un muchacho de bigote ralo, vestido con la librea real.

Era Ratilla, el paje más joven de su padre.

—Alteza, vuestro padre desea veros. —Su voz cambiaba de octava cada pocas palabras—. Está en su alcoba, se siente demasiado débil para salir.

Vivia notó que se le demudaba el rostro. Primero Stix, ahora Serafín... Era demasiado para un solo día. Dejó a Ratilla con un palmo de narices y siguió subiendo por la calle abarrotada al trote, ignorando los gritos y las miradas y abriéndose paso a codazos. Por una vez, le habría gustado tener a sus guardias para que le despejaran el camino.

Ayer mismo, el rey regente estaba en plena forma, sano como una manzana, y hablaba con la voz tonante con la que se había criado Vivia. «Es culpa tuya. Te fuiste porque estabas enfadada con él y ha vuelto a ponerse enfermo. Y Stix se ha ido. Todo lo haces mal». Qué egoísta, qué egoísta... ¿Cómo podía haber sido tan egoísta, maldita fuera tres veces?

Vivia llegó sin aliento al ala real del palacio, sudorosa y con el cabello aplastado. Ratilla, que la había seguido por la calle, se adelantó para abrirla la puerta.

—Vuestra hija... —empezó a decir, pero Vivia entró sin dejarle terminar.

Esperaba encontrar la alcoba a oscuras, como en los peores momentos de la enfermedad de su padre. Pero la luz del sol entraba generosamente por los altos ventanales. En lugar de postrado en cama, con los ojos cerrados y respirando con dificultad, Serafín estaba de pie. Ni siquiera sentado en la silla de ruedas: *de pie*, frente a la chimenea encendida.

Parecía sentirse incluso mejor que ayer. Tenía los hombros rectos y firmes, las mejillas encarnadas. Hasta parecía tener más pelo que antes.

Serafín no reaccionó cuando entró. No dejó de contemplar el fuego mientras su hija se acercaba. La luz anaranjada lo iluminaba.

—Majestad —dijo Vivia, vacilante—. ¿Estáis enfermo?

La mandíbula de Serafín se tensó.

—¿Dónde estabas? Llevo esperándote desde las nueve.

—No me habéis mandado llamar.

—No debería hacer falta.

Finalmente se apartó de la chimenea, aunque no se volvió hacia Vivia, sino que caminó hasta el escritorio situado bajo el ventanal. Se movía con rigidez y su rostro estaba crispado por el dolor.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿Ya han venido los sanadores? —No veía por allí los frascos ambarinos de los bebedizos y los ungüentos que solían traerle—. Iré a buscarlos, majestad. —Se giró hacia la puerta.

—Quédate. —La voz del rey regente era un relámpago ardiente. Vivia se quedó paralizada—. Tenemos que hablar de mis planes militares.

—¿Militares? —Se volvió—. No comprendo, señor.

Serafín soltó un resoplido, dando a entender que Vivia estaba siendo obtusa intencionadamente.

—Como almirante, yo decido cuándo, dónde y cómo nos enfrentaremos al rey saqueador. Ya me he encargado de todo. —Sin esperar a que Vivia respondiera a semejante declaración, se lanzó a describir sus planes para desplegar tropas en las Sirmayas, unos planes acordados con los generales y los vicealmirantes de la Marina y el Terrestre.

Unos planes que, por lo visto, llevaba dos semanas trazando. Sin consultar a Vivia ni una sola vez.

Ella no pudo hacer otra cosa que mirarlo fijamente. Era evidente que Serafín no estaba al tanto de su viaje a Marstok del día anterior. No parecía tener la menor idea de que Vivia se había ausentado de la ciudad.

Y lo más importante, Serafín no era el almirante de las fuerzas reales. Como reina sucesora, Vivia tenía el privilegio de designar a alguien para ese cargo. Hasta ahora no lo había hecho, por lo que seguía ostentándolo ella misma. Así que todos los planes de su padre eran tan improcedentes como fastidiosos.

Pero no podía decirle eso. A Serafín no. La sola idea de insinuar siquiera algo parecido hacía que su corazón temblara como un ratoncillo. Lo cual era ridículo, claro. Su padre todo lo hacía por su bien.

«¿De verdad?», dijo una nueva voz. «Aunque él diga eso, no significa que sea cierto. Recuerda que te robó el discurso...».

No, no. Vivia sacudió la cabeza. No quería pensar así. Ayer se había enfadado por la sorpresa. Pero ya estaba mejor.

Su padre siguió hablando, ensimismado, levantando papeles de su escritorio y agitándolos en el aire con toda la energía y la vehemencia del

antiguo Serafín.

—Al ritmo actual, los saqueadores llegarán a nuestras fronteras dentro de cuatro días. Sus brujos del hielo son poderosos, así que habrá que eliminarlos primero.

—¿Brujos del... hielo? —Vivia era consciente de cómo estaba sonando su voz, pero no tenía ni idea de lo que le decía su padre. Ni de qué eran todos esos documentos que meneaba.

Y por primera vez desde que Vivia había entrado, la expresión de su padre se relajó.

—Claro, ya entiendo. No has leído las misivas de las atalayas. —Sonrió. Esa sonrisa cálida y cautivadora era muy distinta del hombre ceñudo y convaleciente de hacía dos semanas.

Vivia debería haber estado feliz de ver a su padre sonreír así. Debería haber estado feliz de verlo tan derecho y altivo. Pero lo que sentía eran náuseas.

Tragó saliva.

—¿Qué misivas de las atalayas? ¿Por qué no se me ha avisado?

—Porque yo soy el almirante.

—Y yo la reina sucesora. Deberían enviárseme a mí.

—Sí, Vivia, sí. Si es lo que quieres, haré que te las envíen. Yo solo quiero lo mejor para ti. —Volvió a mostrarle la misma sonrisa, ahora rebosante de condescendencia. Como si Vivia fuera una niña que insistía en cenar en la mesa de los adultos—. Tu madre nunca quiso leerlas y había dado por hecho que tú tampoco querrías. Te pareces mucho a ella, ¿sabes?

La mente de Vivia se quedó en blanco al oír esas palabras. Tenía la boca seca. No quería ser como la loca de su madre. Quería ser fuerte, segura de sí misma, como Serafín.

«¿De verdad?», insistió la voz. «Aunque él siempre te lo haya dicho, no significa que sea cierto». De nuevo, Vivia apartó ese pensamiento.

—¿Qué dicen esos mensajes? —consiguió preguntar.

—Que el rey saqueador ya ha iniciado su avance. —Serafín volvió a sacudir los papeles—. Que sus brujos del hielo están congelando el Timetz y qué sus fuerzas son inmensas.

Pero los nubrevneses conocemos el terreno mejor que él y sus saqueadores. Acabo de decírtelo. ¿No me escuchas, Vivía?

Sí que le había estado escuchando. Y ahora tenía la información que le faltaba para llenar los huecos y entender del todo su estrategia para derrotar al rey saqueador.

Serafín pretendía enviar a todas sus fuerzas, terrestres y navales, a las fronteras del norte. Pretendía aprovechar su conocimiento del terreno contra los saqueadores y detenerlos antes de que se acercaran a Nubrevna. A primera vista, era una estrategia sólida; Vivia no esperaba menos de su padre. Pero también veía un boquete enorme en ella.

—¿Y qué pasará si perdéis? No quedarán soldados para defender la ciudad.

—Eso no ocurrirá. —Serafín se rio entre dientes. Era una risa pensada para hacer que los demás se sintieran más pequeños—. Le haremos frente y venceremos.

«¿Y si no podéis?».

Si aquella conversación hubiera tenido lugar dos años atrás, antes de que el rey cayera enfermo, Vivia habría seguido ciegamente los planes de su padre, sin plantear ni plantearse ninguna pregunta. Pero ahora mismo solo veía los agujeros del plan.

Si todas sus tropas caían, Lovats sería sitiada una vez más. Y aunque el asedio siempre había supuesto la salvación de Nubrevna en tiempos de guerra, la ciudad no era la que había sido veinte años antes. Y sus almacenes tampoco.

Vivia conocía Lovats de arriba abajo. Desde sus edificios apiñados y cada vez más altos hasta sus arterias secretas, sus pasadizos y sus canales. Había explorado y estudiado cada centímetro; primero de niña, con su madre, y luego sola. Y lo que había descubierto tras veinte años era que el interés por la infraestructura de la ciudad había muerto con Jana.

Hacía dos semanas, Serafín había sido testigo de la facilidad con la que se había roto el dique de Lovats, y sin embargo seguía creyendo que aquellas murallas y puentes lograrían contener a un ejército. Y también albergar a cientos de miles de refugiados.

—No es la primera vez que me las veo con saqueadores, Vivia. —La sonrisa condescendiente abandonó su mirada—. Soy perfectamente consciente de lo que me espera en la frontera.

—¿A vos? —Ahora sí que estaba totalmente perpleja.

—Sí. Yo soy el almirante. Y como tal, lideraré a nuestras fuerzas en batalla.

—No estáis lo bastante fuerte.

—¿Cómo dices? —Serafín tensó los hombros. Se le dilataron las fosas nasales.

—No estáis bien. No hace ni una semana que habéis empezado a caminar sin ayuda de la silla. ¿Cómo esperáis liderar a los soldados en una batalla?

—He luchado, y he vencido, padeciendo enfermedades peores que esta, Vivía. En los Cien Islotes, me enfrenté a los marstokíes con una puñalada en el muslo. Esta enfermedad ya no me controla, de modo que...

—No. —Se le escapó tan deprisa que no pudo contenerse. No pudo pensárselo mejor. Así que lo repitió—: No. No es verdad. No dirigisteis la batalla de los Cien Islotes. Os desmayasteis en cuanto os hirieron y vuestro primer oficial tomó el mando durante toda la batalla.

Evrane le había contado la historia a Vivía hacía mucho tiempo, antes de que Serafín expulsara a su hermana de la ciudad para siempre.

—Y además —continuó Vivía—, como reina sucesora, yo decido quién ostenta el título de almirante de las fuerzas reales. Y no os he nombrado a vos. La almirante sigo siendo yo, así que en lo sucesivo seré yo quien se ocupe de los asuntos estratégicos. Entretanto, interrumpiréis todos vuestros planes con la Marina y el Terrestre, y cualquier medida que ya hayáis tomado para avanzar hacia el norte queda anulada.

»En cuanto a las misivas que habéis estado recibiendo, eso se acabó. A partir de ahora, esos mensajes se me enviarán a mí. La ciudad de Lovats y el pueblo de Nubrevna deben ser nuestra prioridad en esta guerra, y lo serán.

Mientras Vivía pronunciaba esas palabras, mientras salían burbujeando de algún lugar de su cuerpo que hasta ahora no sabía que existía, su padre se transformó. En cuestión de segundos, la ira de los Nihar se prendió. Vivía la veía brotar de sus hombros tensos, de sus labios apretados. Todavía estaba a tiempo de detenerla si quería. Aún podía impedir que la explosión se desatara.

Solo tenía que disculparse. Arrastrarse y suplicar. Como había hecho toda su vida.

Eso habría hecho una buena hija, quizá. Una hija amorosa y leal. Pero tal vez Vivía no era nada de eso. Tal vez no le interesaba compartir la gloria ni la humillación.

Ya no. Con él no.

—Estáis invitado a la reunión del Alto Consejo de esta tarde —concluyó Vivía, levantando la barbilla con altivez—. Vuestro juicio y experiencia son siempre bienvenidos, Padre.

Y sin decir una palabra más, sin mirar atrás, Vivía salió de la alcoba real.

«No te arrepientas de nada. Sigue adelante».

No oyó ningún grito, pero sabía que era cuestión de tiempo. *Siempre* terminaban llegando.

Se alejó tres pasos por el pasillo, que pronto se convirtieron en diez. Seguían sin oírse bramidos procedentes de la habitación de Serafín. No fue hasta que Vivian salió del ala real y sus guardias se colocaron en formación que el rugido de su padre estalló por fin.

Siguió caminando con renovada determinación. Porque el rey saqueador se acercaba, y Vivian tenía una ciudad (y un ejército) que preparar.

VEINTINUEVE



Los sajados le indicaron el camino a Merik. En Poznin, se colocaban hombro con hombro, tal y como habían hecho la noche anterior, rodeando árboles, estanques y casas derruidas. Pasó por plazas que antaño habían estado abiertas al cielo nocturno, ahora llenas de robles y hayas. Vio estatuas ahogadas bajo las hiedras, cementerios engullidos por las zarzas y patíbulos de los que el musgo y la podredumbre no había dejado más que el esqueleto.

Todo estaba infestado de sajados. Estaban por todas partes, vigilando con ojos ausentes y rostros demacrados por el hambre. Merik no entendía cómo podían seguir vivos, cuando era evidente que no comían ni bebían. Tal vez ni siquiera se movieran del sitio.

Merik también estaba famélico. Esme no le había dado nada de comer desde que Kullen lo había dejado allí. Incluso el agua escaseaba. En un par de ocasiones la joven había comentado que tenía que alimentarlo, pero luego se le olvidaba. O tal vez solo había sido un juego, otro experimento. La cuchillada no lo había matado, pero tal vez lo haría el hambre.

Al llegar al límite norte de Poznin, Merik pasó junto a un edificio medio derruido e inundado. Los bloques de piedra blanca se habían teñido de marrón, los suelos de madera se habían podrido hacía tiempo y el techo se había venido abajo, dejando solamente unas paredes altas y torcidas y una escalera que no conducía a ningún sitio. El edificio se alzaba en tomo a un estanque turbio y lleno de espadañas, en cuya superficie se reflejaba la luz del sol. Habría sido un paraje bonito de no haber sido por los cadáveres.

Había decenas flotando en el agua, de todas las edades y razas. Merik no podía evitar preguntarse si los sajados habían entrado en el agua por voluntad propia o si la Titiritera les había ordenado morir así.

Se detuvo lentamente, con un escalofrío. A su lado pasó flotando un cadáver de mujer, con un escudo cuadrado en la espalda. La brisa agitaba las

espadañas.

Aquel lugar tenía algo, algo fresco y relajante que lo estaba llamando, que le imploraba que se metiera en el estanque para encontrar allí la liberación. Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya había metido los pies en el agua, que le heló las espinillas. Con un paso más, le llegó hasta las rodillas. Con el tercero, el agua se le coló dentro de las botas y el estremecimiento lo devolvió por fin al presente.

Se dio la vuelta violentamente, presa del pánico. Perdió pie y cayó en el agua helada chapoteando; ahora le llegaba hasta el pecho, mientras seguía revolviéndose entre las espadañas. «Ven», cantaba el agua, llamándolo. «Ven y encuentra la liberación».

Pero Merik no estaba en absoluto preparado para esa clase de liberación. Todavía no. Quería seguir vivo. Con todas sus fuerzas. Quería escapar, pero de otra manera. Escapar de verdad.

Cam y Ryber seguían ahí fuera, y Merik estaba decidido a volver con ellos. Y en cuanto a Kullen... a la Furia... Merik todavía no lo había dado por perdido.

Se puso en pie, chapoteando entre los juncos, y salió a rastras del agua. Echó a correr desde la orilla y no frenó hasta que el estanque, los cadáveres y las aguas cantoras quedaron muy lejos.

Siguió caminando, empapado y helado. Todavía no se había secado cuando llegó a las afueras de Poznin; la luna ya estaba descendiendo del cielo. Unas amplias praderas se extendían hasta donde le alcanzaba la vista. Allí, los edificios de piedra estaban prácticamente intactos; solamente el viento, las tormentas y la podredumbre habían ido destruyendo la madera.

Y allí el frío era el doble de feroz. Estaba en los Llanos Ventosos, un océano de hierba y corrientes de aire que deberían haber estimulado la magia de Merik, haciendo que cobrara vida. Deberían haberle hinchado los pulmones.

Pero no sentía nada.

En los llanos le esperaban los sajados, aunque eran menos que antes. Había uno cada cincuenta pasos: siluetas esqueléticas que parecían brotar de la hierba. Las colinas ondulantes no parecían terminar nunca, y tampoco los sajados.

Finalmente, justo después del alba, Merik avistó el santuario que buscaba, escondido entre las faldas de dos colinas. A su lado había un último sajado, un hombre fornido vestido con pieles raídas y pesadas botas. Parecía nortño, uno de los cazadores tribales que vivían en la periferia de las Tierras

Durmientes, allí donde la tundra seguía siendo habitable. Al igual que había hecho con todos los sajados que se había cruzado, se preguntó cómo había llegado ese hombre hasta allí. ¿Tendría familia?

En cualquier caso, ya no era nada más que un cadáver ambulante.

Muy a lo lejos, en el horizonte, avistó una columna de humo: una aldea o una granja, quizá. El impulso de echar a correr hacia allí para pedir ayuda le estrujaba el estómago vacío. Le quemaba las plantas de los pies. Era una ansia distinta a la del estanque, que lo había atraído en contra de su voluntad. Ahora, en cambio, su cerebro y su cuerpo estaban de acuerdo: esa sí que era la verdadera liberación, la manera de escapar.

Pero para eso tenía que ser rápido; para eso Esme no debía seguirlo. Y Merik sabía muy bien que lo haría. Esme o la Furia lo seguirían allí donde fuera. Era una verdad tan notoria como el acuático final de Noden. Mientras llevara aquel collar de madera, Merik seguiría siendo el juguete favorito de Esme.

Dejó atrás al norteño sajado y siguió avanzando a trompicones hacia el santuario. «Te lo ruego, Noden», suplicaba a cada paso. «Que haya algo de comer». Era lo único en lo que podía pensar mientras aceleraba sus pasos. Cuando la colina se transformó en llanura, corría a toda velocidad.

El megalito central era más alto que el del bosque. No había hierba, sino tierra negra removida por pies y pezuñas. Pero Merik solo tenía ojos para la comida: fruta, pan, un queso entero e incluso un jamón curado... Ahuyentó a los insectos y empezó a comer. Comió tanto y tan deprisa que se le revolviéron las tripas. Pero siguió comiendo, tragando y engullendo hasta que el estómago se le hinchó y sintió náuseas. Cuando terminó, gateó hasta el megalito y se sentó en el suelo, apoyando la espalda en él.

Perdió la noción del tiempo y se quedó dormido, pero se despertó con un sobresalto cuando un grillo se le posó en la cabeza. El sol había cambiado de posición. La sombra de la gran piedra se extendía sobre él, haciéndolo temblar de frío, pero Esme no estaba dentro de su mente. Hoy no había venido.

No sabía qué podía significar eso.

Se levantó; le dolían las piernas. Le habían encomendado una tarea, y era mejor encargarse de ella antes de que Esme viniera a buscarlo con los colmillos desnudos. Gemas, gemas, gemas. Esme quería gemas, y gemas le llevaría Merik. Las cogió a puñados de la tierra oscura y las fue guardando en el saco con cordón que le había dado ella. Las había de todos los colores y

tamaños. Aquel santuario parecía tener más feligreses que el anterior. Tantas y tantas ofrendas... para una diosa que Esme aseguraba que no existía.

Hasta ahora Merik no se había fijado en todas las ofrendas que había por allí, solamente en la comida. Pero ahora veía muñecas, cuencos, flores y alfombrillas de mimbre. Y también vio el cuchillo.

Lo habían dejado encima de una de las piedras más pequeñas, guardado en una vaina de madera con bellos grabados vegetales.

Merik quería aquel cuchillo.

Miró furtivamente a su alrededor, como si Esme pudiera andar cerca, lista para abalanzarse sobre él. Lista para castigarlo por su osadía al querer empuñar un arma.

No vio nada entre la hierba. No oyó ninguna voz dentro de su cabeza.

Con cuidado, cogió el cuchillo por la vaina. El viento agitaba las borlas rojas que pendían de la empuñadura. Lo desenvainó. La hoja produjo un siseo metálico al salir y centelleó bajo la luz de la tarde, bien afilada y bellamente forjada. El arma de un maestro armero.

Oh, Merik *quería* ese cuchillo.

Se miró las perneras del pantalón, que llevaba metidas en las botas altas, sucias pero intactas. Podía escondérselo ahí, de manera que no le estorbara al moverse. Se agachó y se sacó una pernera del pantalón de la bota.

Una sombra lo cubrió. Una sombra con forma de hombre.

Merik se irguió y se dio la vuelta con brusquedad; el corazón se le salía por la boca. Y entonces retrocedió un paso!

El sajado de la colina le devolvía la mirada a Merik, moviendo los labios como si intentara hablar. Pero los sajados no podían hablar. Tenía que haberlo enviado Esme. Merik empuñó su recién adquirido cuchillo. Podía matar a un sajado; no sería la primera vez.

Pero el sajado no lo atacó. Estaba quieto, balanceándose, tiritando y moviendo la garganta.

Allí pasaba algo. Algo muy raro.

Finalmente, de los pulmones del hombre brotó un sonido de papel rasgado. Inspiró hondo y repitió el sonido.

«Está hablando», comprendió Merik. Al mismo tiempo se dio cuenta de que sus pupilas ya no eran negras, sino azules. Y en la piel, en las venas... las sombras habían desaparecido por completo, dejando solo la textura natural.

Ese hombre ya no era un sajado.

Merik se irguió al tiempo que el norteño extendía el brazo con gesto suplicante. El antiguo sajado se desplomó sobre la hierba.

Él se acercó rápidamente y se agachó a su lado.

—¿Estás bien? —Qué pregunta tan estúpida. Ese hombre llevaba incontables semanas sin comer nada. Y por algún milagro que Merik no podía concebir, había sobrevivido a la sajadura de Esme.

Lo dejó allí mientras buscaba entre las piedras. Los cuencos que había visto antes estaban llenos de agua de lluvia. Agua fresca de la tormenta de anoche. Desde luego, lo bastante fresca para un moribundo.

Encontró un cuenco, un enorme recipiente de bronce batido. Teniendo cuidado de no derramar ni una gota, regresó con el norteño. Dejó el cuenco en el suelo y se quitó el abrigo y la camisa. Una ráfaga de viento helado lo hizo tiritar hasta los huesos. Volvió a ponerse el abrigo.

Después de emparar la manga de la camisa en el cuenco, se la acercó a los labios al hombre y la escurrió con cuidado. De pequeño, Merik había visto hacer lo mismo a Evrane un centenar de veces. Un *millar* de veces, para salvar de las garras de la muerte a los enfermos y los heridos. También cuando Kullen sufría sus ataques respiratorios. Y Merik siempre la había observado atentamente, retorciéndose las manos, con el pecho atenazado por el terror.

Ese mismo terror volvía a dominarlo ahora. Ese hombre había sobrevivido a la sajadura. No iba a dejarlo morir.

Pasó el tiempo, avanzando al ritmo del agua que goteaba de la manga de la camisa de algodón. Lentamente, el hombre fue dejando de tiritar. Lentamente, recuperó el control de la garganta, de la que salieron extrañas palabras roncadas que no sonaban como ningún idioma humano. Finalmente pudo incorporarse.

El sol ya estaba a medio camino por el cielo del este.

—No te entiendo —le dijo Merik cuando el hombre intentó comunicarse de nuevo. Señalaba mientras hablaba, primero la gran piedra y luego la colina. Merik negó con la cabeza y probó de nuevo en cartorriano—: No te entiendo.

Probó también en marstokí, en dalmotti y en nubrevnés. Cuando probó con el svodo, la expresión del norteño cambió por fin.

—¿Dónde? —preguntó el hombre en svodo. Señaló de nuevo el megalito y la colina.

—Arituania —contestó Merik.

El norteño frunció el ceño, con una confusión que pronto dio paso al horror.

—¿Cuándo?

—Año... —Oh, demonios, ¿cómo eran los números de dos cifras en svodo? No se acordaba, así que se conformó con decir—: Año diez y nueve.

El norteño se sobresaltó, y antes de que Merik pudiera sujetarlo, se dio la vuelta y vomitó. Primero expulsó grandes chorros de agua y luego una bilis oscura. Finalmente no le quedó nada más que el aire que eructaba entrecortadamente. Cuando terminó, unas lágrimas le dibujaban líneas claras en las mejillas sucias de polvo.

—¿Cómo? —dijo sin mirar a Merik. Tenía los ojos enrojecidos—. Cuatro años. ¿Cómo?

Merik se quedó sin aliento. Cuatro años. *Cuatro años*. No era posible que ese hombre llevara tanto tiempo siendo prisionero de Esme.

—¿Por qué... estás curado? —preguntó Merik. Se había recobrado de la sajadura; Merik quería... *necesitaba* saber cómo lo había hecho.

Pero el norteño se limitó a sacudir la cabeza.

—Se detiene —contestó—. Solo oscuridad, y entonces se detiene.

Antes de que Merik pudiera intentar interpretar sus palabras, la bruja regresó.

«¿Dónde estás, príncipe?».

Merik se apartó del norteño lo más deprisa posible. Si Esme podía ver a través de sus ojos, no quería que viera a ese hombre. Él todavía tenía una oportunidad de escapar; Merik no permitiría que la bruja volviera a reclamar su vida.

—Estoy en el santuario —contestó, caminando hacia la piedra central con paso vacilante.

«¿Por qué?». Merik sintió un relámpago fugaz, una mera caricia de dolor que le recorrió las venas. «Ya deberías haber vuelto a Poznin».

—Me he quedado dormido —se disculpó—. Me encontraba mal por la comida de las ofrendas.

La voz de Merik traicionaba su pánico; hablaba con una urgencia frenética. Pero no intentó disimular. Tenía que reaccionar igual que siempre delante de Esme, con norteño o sin él.

Sobre todo porque el dolor iba en aumento.

—Por favor —dijo Merik entre dientes—. Por favor, ya tengo las gemas, vuelvo enseguida. ¡Basta, basta, basta!

«Vas a volver corriendo», le ordenó Esme con tono desdeñoso y hastiado. «Si llegas más tarde de medianoche, no estaré nada contenta». Y sin más, retiró sus garras.

—Iré corriendo —prometió Merik, inclinándose. No sabía de dónde iba a sacar las fuerzas para correr tanto.

Ya se ocuparía de ese problema más tarde.

Merik respiró hondo durante largos segundos. Sentía el aire vibrándole en los pulmones. No contenía magia, tan solo frío y el olor a piedra y a tierra. Continuó respirando hasta que estuvo seguro de que Esme se había ido. Hasta que el norteño le dijo con voz ronca:

—Ayuda.

Merik se volvió hacia él, suponiendo que le estaba pidiendo ayuda. Pero no, el hombre señalaba a Merik y se palmeaba el cuello.

—Yo ayuda —repitió. Merik se dio cuenta de que se refería al collar de madera.

—No. —Merik negó con la cabeza—. No puedes ayudar. —El norteño no llevaba collar; ninguno de los sajados de Esme lo llevaba, salvo Merik. Y aquel hombre parecía no tener ni idea de cómo se había sanado, así que Merik no podía hacer nada. Si intentaba escapar, Esme lo obligaría a volver.

Merik regresó con el norteño y señaló colina arriba.

—Norte. —Señaló de nuevo—. Ve norte. Hay gente. Ellos ayudan. Toma... —Merik recogió el cuchillo que había dejado en el suelo. Las borlas rojas parecían estar riéndose de él.

Pero el norteño no lo aceptó.

—Tú. —Señaló a Merik y luego su cuello—. ¿Usas?

Merik quería hacerlo. Quería sentir la tranquilidad de saber que tenía protección, que contaba con algún arma secreta que Esme desconocía. Pero ¿qué podía hacer con ese cuchillo? No podía atacarla; Esme lo atacaría a su vez y lo destruiría primero. Y por muy retorcido que pareciera, en Poznin estaba a salvo. Ahora mismo Esme no sentía deseos de matarlo. Lo necesitaba por su vínculo con la Furia. Lo necesitaba para sus experimentos.

Además, si decidía echarle encima a su ejército de sajados, un simple cuchillo no serviría de nada contra millares de enemigos. Pero al norteño sí que le sería de utilidad. Quizá incluso le haría falta durante el viaje hasta aquellas columnas de humo.

—Tú —repitió Merik. Esta vez tomó la mano esquelética del hombre entre las suyas y lo obligó a cerrar los dedos en torno a la empuñadura—. Tú.

El hombre arrugó la frente blanca como el papel.

—¿Qué... lugar? —Señaló el santuario. La colina por la que había venido. El collar de madera de Merik—. ¿Qué lugar?

—Una pesadilla. —Fue lo único que acertó a decir Merik, preguntándose por qué recordaba esa palabra en svodo cuando se le habían olvidado hasta los números. Fuera como fuera, era la palabra perfecta, así que la repitió—: Una pesadilla. *Corre.*

TREINTA



Unas voces despertaron a Stix. Y no las oía dentro de su cabeza; eran voces reales, que salían de gargantas humanas. Unas voces que discutían.

Sobre ella.

—No podemos dejarla aquí, Ry.

—Tampoco podemos esperar a que despierte. Tenemos trabajo, Cam. Te prometo que volveremos a por ella después.

—¿Y si despierta antes? ¿Y si los saqueadores la encuentran primero? Por favor, Ry. Mi instinto me dice que debemos llevárnosla. Un resoplido de frustración.

—¿Aquí quién es la bruja de la vista, eh? —murmuró la otra voz. Luego, Stix oyó pasos acercándose. Cuando consiguió abrir los ojos, la cegó una luz —. Esbozó una mueca y levantó los brazos para protegerse la cara, aunque los notaba débiles y doloridos. ¿Dónde estaba?

—Estás despierta —dijo una joven de cabello negro y corto, piel morena (algo más clara que la suya) y ojos plateados como la luz de la luna. Llevaba un farol y tenía el ceño fruncido—. ¿Sabes cómo has llegado aquí?

Stix negó con la cabeza, con el más leve de los movimientos. Le palpitaba el cerebro y le dolía todo el cuerpo. Recordaba haber oído voces..., agua... y una puerta. Poco más.

—¿Sabes quién eres? —insistió la joven—. ¿Recuerdas cómo te llamas?

—Stacia... Sotar. —Su voz sonaba como una cuchilla mellada y le raspaba la garganta como tal. Que Noden la ahorcara, ¿dónde estaba? ¿Y por qué le dolía todo?

—Bien —dijo la chica, mirando de reojo hacia atrás—. Por lo menos está mejor que Kullen. Cuando lo encontré, él no recordaba ni su nombre ni su cargo ni nada.

—Pero el primer oficial Ikray ya estaba sajado, ¿verdad? —La segunda voz se aproximó: un muchacho de piel cobriza con manchas claras en la mejilla derecha. Llevaba una mano vendada y apretada contra el pecho—. No parece que la magia de la primera oficial Sotar se haya corrompido.

—Ahora soy la... capitana Sotar. —Stix intentó incorporarse; los músculos de su vientre protestaron enérgicamente, arrancándole un gruñido del abdomen—. Y no estoy... corrupta.

El chico se acercó, le puso la mano sana en la espalda y la ayudó a sentarse.

—Con cuidado, capitana. —Le mostró una sonrisa radiante, totalmente fuera de lugar en la oscuridad y la humedad que los rodeaba.

—¿Cómo sabéis quién soy? —dijo Stix con voz ronca.

—Eramos de la Marina real, señora. íbamos a bordo del Jana antes de que...

—Antes de que reventara —concluyó la muchacha. Se aproximó, se arrodilló a su lado y dejó el farol en el suelo antes de desengancharse una cantimplora del cinturón y ofrecérsela—. Me llamo Ryber. Él es Cam.

Stix aceptó la cantimplora, un gesto que sirvió para ensanchar la sonrisa del muchacho. Mientras bebía un trago de agua fresca, no pudo negar que su sonrisa resultaba reconfortante. Y tampoco podía negar que tanto el chico como Ryber le resultaban familiares.

—¿Qué lugar es este? —preguntó después de beber un último sorbo—. ¿Cómo he llegado aquí?

—Es el Pasado —replicó Ryber, como si fuera una respuesta perfectamente razonable. Se puso en pie y cogió del suelo un voluminoso morral—. Y en cuanto a cómo has llegado aquí, tengo una idea bastante aproximada. Pero no tenemos tiempo que perder, así que levántate y acompáñanos, primera oficial... quiero decir, capitana. A menos que prefieras quedarte aquí.

—No te quedes aquí —intervino Cam—. Nos siguen los saqueadores. No sabemos cuándo llegarán, pero no te conviene estar aquí cuando vengan.

Sus palabras tenían tanto sentido como si le estuvieran hablando en un idioma extranjero.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Stix—. ¿Qué lugar es este y de qué saqueadores habláis?

Ryber sacudió la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No hay tiempo. Puedo intentar explicártelo mientras caminamos, pero no podemos esperar ni un segundo más. —Ryber le tendió

la mano—. ¿Vienes?

Stix no veía muchas más opciones, así que aceptó la mano de Ryber.

—Voy.

Ryber tiró de ella mientras Cam le sujetaba la espalda con el brazo. Entre los dos la ayudaron a levantarse. Y que Noden la ahorcara, pero ahora mismo necesitaba toda la ayuda posible.

Antes de poder desembarazarse del brazo de Cam, su mirada se detuvo en un pedestal cercano. En él había una espada y un espejo rotos. «La muerte, la muerte, el último final».

Se le erizó el vello de la nuca y los brazos.

—¿Qué son? —Avanzó un paso hacia el pedestal—. Los... he visto antes.

—Esos objetos —dijo Ryber, interponiéndose en su camino— son peligrosos para alguien como tú. ¿Los has tocado?

—Creo... que sí. —Stix parpadeó y se frotó los ojos. «La muerte, la muerte, el último final»—. ¿Qué quieres decir con «alguien como tú»?

—Te lo explicaré todo —Ryber le puso la mano en el hombro, con firmeza pero sin brusquedad— mientras caminamos.

Entre Cam y ella apartaron a Stix del pedestal. La apartaron del último final que invocaba.

Más allá de la luz del farol se extendía una oscuridad sin final a la vista. Stix no veía el menor cambio en el suelo de losas ásperas ni en las sombras que los acechaban desde todas direcciones.

Y seguía sin recordar nada.

El túnel que se abría al otro lado del umbral era demasiado estrecho para que pasaran dos personas a la vez, así que después de asegurarse de que Stix podía caminar sola, Cam se adelantó un poco. Ryber y él se desvanecieron en aquellas fauces.

Stix se dispuso a seguirlos, pero sus pies no la obedecían.

«La muerte, la muerte, el último final».

Echó un vistazo por encima del hombro.

Vio siluetas flotando tras ella. Había un centenar, de toda clase de formas y tamaños, balanceándose como ahorcados en el patíbulo. La miraban; Stix *sentía* que la miraban, aunque no distinguía sus ojos entre las sombras.

«Ya no están enfadados», pensó, aunque no sabía por qué. Solo sabía que a los fantasmas no les importaba que se marchara, así que se apresuró a seguir el tenue resplandor del farol.

Y Stacia Sotar no volvió la vista atrás.

TREINTA Y UNO



El calor ruge. La madera cruje y saltan chispas.
—Corre.

Al hablar, de la boca de su madre gotea sangre que le cae en el rostro a él.

Ella se incorpora, impulsándose con los brazos teñidos de rojo. Quiere que su hijo deje de esconderse bajo su cuerpo. Quiere que escape. —Corre, hijo mío, corre.

Pero no se mueve, como no se movió cuando los saqueadores emboscaron a su tribu. Como no se movió cuando su padre desenvainó la espada y salió corriendo de su tienda.

Ni cuando los saqueadores llegaron a su puerta, tensaron sus arcos y su madre le cayó encima, ocultándolo con su cuerpo hasta que los intrusos pasaron de largo.

—Corre —susurra por última vez, mientras sus ojos plateados le dirigen una mirada de súplica desesperada. Hasta que la abandonan las fuerzas y se desploma encima de él.



—Arriba, brujo de la sangre.

Las costillas de Aeduan aullaron. El dolor lo despertó de un puñetazo. Le entró agua en la boca y se atragantó, sobresaltado. Abrió los ojos de par en par. Sentía la luz del sol quemándole la vista. Y el agua; debía de haber caído dentro del arroyo al desmayarse.

Estaba helado.

—Arriba.

Notó de nuevo un fuerte dolor en las costillas. Aunque solo le estaban empujando suavemente con un pie, Aeduan sentía que Evrane volvía a clavarle las cuchillas ocultas de sus botas. Inclino la cabeza hacia atrás hasta que apareció un rostro. Tez morena, trenzas negras y una capa Carawen resplandeciente.

—Monja Lizl —intentó decir, pero solo le salió una tos. «Agilidad y guirnalda de margaritas, besos maternos y acero afilado». Su esencia estaba ahí, aunque apenas la percibía.

Lizl lo agarró por los hombros y lo levantó lo justo para que Aeduan pudiera apoyar los brazos hasta quedar a gatas. Siguió tosiendo, aunque al menos ahora podía beber del arroyo, en lugar de ahogarse en él. Bebió con ansia cuatro largos tragos hasta que la tos remitió por fin.

Pero el dolor no. Eso nunca.

Como si estuviera leyéndole la mente, Lizl se acucilló a su lado. Empuñaba un estilete (el de Aeduan) del que pendía su piedra dolora, un cuarzo rosa gastado e inútil.

—¿Me lo explicas, brujo de la sangre? Creía que tú siempre te curabas.

—Y así es.

Ella soltó un resoplido.

—¿Y entonces por qué has manchado este arroyo con tu sangre? ¿Y por qué no te has curado todavía? Por difícil que parezca, ahora tienes peor pinta que cuando estabas inconsciente. —Sacudió el estilete y lanzó la piedra dolora entre los árboles—. Y estás tiritando. Entrenamos juntos durante trece años en el rincón más frío de las Tierras Embrujadas y no te vi tiritar ni una sola vez.

—Hay sitios más fríos que ese.

—Ajá. —Lizl se incorporó—. Me alegra saber que sigues siendo un capullo desavenido. Levántate de una vez.

Aeduan sacudió la cabeza y el bosque empezó a dar vueltas.

—No puedo —dijo entre dientes.

—En tal caso —sacó de su cinturón un grueso cordón de cuero— tendré que obligarte.

Antes de poder impedírselo, antes de entender siquiera lo que pretendía hacer, Lizl le ató el cordón al cuello como si fuera un perro.

Le dio un tirón. Aeduan se movió.

No tuvo más remedio. Empezó a ver las estrellas y se le cortó la respiración. Ahora ni siquiera podía toser. Si no se levantaba, volvería a desmayarse. Se puso de pie, sin saber de dónde sacaba las fuerzas.

La presión del cuello se aflojó.

Trató de mirar fijamente a Lizl, pero su rostro se fundía con el bosque. Quiso decirle que los monjes no se trataban de ese modo, pero solo le salió:

—Soy... monje.

—No, de eso nada —replicó ella, impasible. Soltó un silbido y de entre los árboles salieron una robusta yegua alazana y un asno gris ensillado, atados juntos—. Los monjes no conspiran con sus objetivos, ¿sabes? Y tampoco traicionan a los suyos.

Aeduan tardó un momento en entender lo que decía. Lo suficiente para que la yegua y el asno se acercaran y Lizl le ordenara:

—Monta.

Lo suficiente para que Lizl volviera a darle un tirón a la trailla al ver que no la obedecía.

Aeduan se agarró al borrén de la silla, jadeando. Pestañeando. De pronto Lizl apareció detrás de él y lo aupó de un empujón. Mientras subía, todo se convirtió en un borrón de colores y dolor. Una vez arriba, se dejó caer hacia delante y se abrazó al cuello del asno.

La trailla se aflojó ligeramente y Lizl lo miró, sonriente.

—Nunca pensé que llegaría a ver este día, brujo de la sangre. Yo atrapándote a ti. —Se echó a reír de buena gana antes de sacar algo de su capa blanca, limpia e impoluta. Era una piedra dolora nueva que centelleaba al sol—. Te gustaría que te la diera, ¿verdad? —Lizl miró la piedra de reajo, frunciendo el ceño con fingida consternación—. Apuesto a que con ella volverías a ser fuerte. Te librarías del tormento y la sangre. Tal vez te la dé, brujo de la sangre, si te comportas. Pero las armas no. Esas me las quedo.

—¿Qué quieres de mí? —consiguió decir a duras penas.

—Ya te lo dije. En Tirla. —Volvió a guardar la piedra bajo la capa, se dio la vuelta y se dirigió a su montura, tensando la trailla al alejarse—. Quiero esa recompensa.

—¿Qué... tiene eso que ver conmigo?

—No te hagas el tonto. —Montó de un salto—. Quiero la cabeza del rey saqueador, brujo de la sangre. Ya te lo dije. Y no se me ocurre una forma más sencilla de obtenerla que secuestrar a su hijo y usarlo como rehén.

TREINTA Y DOS



A la mañana siguiente, los víboras nuevos llevaron a Safi a una zona del palacio que no había visto nunca, oculta en lo más profundo de la isla: un largo pasillo de celdas de arenisca, todas vacías salvo por la última.

—Por los dioses —murmuró Safi, dejando atrás a los víboras para entrar en la celda.

Los tres bardas infernales estaban encadenados a la pared del fondo. Lev fue la única que parpadeó al oír el chirrido de la puerta de hierro. Caden y Zander seguían inconscientes.

—¿Lev? ¿Me oyes? —Safi se acercó corriendo a la mujer y le levantó con delicadeza la cara llena de cicatrices; sus mejillas sucias de tierra estaban surcadas por dos rastros de sal. Los párpados de Lev temblaron cuando Safi la tocó. Las pupilas se le ensanchaban y estrechaban, como si supiera que Safi estaba ahí, pero no pudiera verla—. ¿Qué te han hecho? —susurró Safi. Lev, aturcida, soltó un resoplido de risa.

—Pues... deberías ver cómo ha quedado el otro. —Fue lo único que pudo decir antes de que los ojos se le cerraran de nuevo. Su cuerpo volvió a quedar inerte, balanceándose de las cadenas.

Safi oyó pasos a sus espaldas y se dio la vuelta. Un víbora estaba entrando discretamente en la celda; era uno de los centinelas de su alcoba. Al principio se le aflojaron las piernas de alivio: a ese víbora sí que lo conocía. Seguro que la ayudaba con los bardas infernales.

Pero entonces se fijó en los dardos envenenados que traía en la mano izquierda. La famosa herramienta de los víboras marstokíes, no mayores que agujas de costura, con unos pequeños penachos negros en el extremo posterior.

En ese momento, Safi recordó todas las historias que había oído de pequeña sobre los víboras, brujos de los venenos tan poderosos que podían

corromper la sangre de una persona dentro de las propias venas. Historias de crueles asesinos que no se detenían ante nada con tal de proteger a su emperatriz. Historias de oscuridad, torturas y dolor.

—Los habéis... envenenado.

El víbora asintió en silencio.

Safi retrocedió un paso.

—¿Se van a morir?

—Dolor y sueños —contestó—. No les he concedido más.

—¿Concedido? —Safi miró las huellas de lágrimas del rostro de Lev—. No es ningún obsequio. Le han salvado la vida a vuestra emperatriz. Y a mí, y seguramente también a un montón de ciudadanos de Azmir. ¿Y se lo pagáis con dolor?

La postura del víbora no cambió; siguió sosteniendo los dardos entre sus dedos enguantados, impassible.

—Hazte a un lado, bruja de la verdad.

—No. —Safi se encaró con él—. ¿La emperatriz sabe lo que estáis haciendo? No me puedo creer que lo haya permitido.

—Tengo órdenes. —Avanzó un paso hacia ella—. Y debo obedecerlas.

Safi no retrocedió.

—¿Órdenes de quién?

—Hazte a un lado —repitió, esta vez en tono de advertencia.

—¿De quién?

—Mías. —Habim la sobresaltó al entrar en la celda sin previo aviso, con expresión seria—. Sal de aquí —le ordenó con la autoridad de un general—. Este no es lugar para una niña.

Safi no salió. De hecho, no pudo hacer otra cosa que mirarlo fijamente. Aquel no era el hombre que ella conocía. A primera vista podía tener el mismo rostro, la misma expresión. Pero debajo...

«Ya no te conozco».

—¿Qué hace ella aquí? —le preguntó Habim al víbora.

—La emperatriz quiere que use su magia con los cartorrianos.

—No funcionará. —Habim agitó la mano con desdén—. Los bardas infernales son inmunes a la magia.

«No te conozco. No te conozco». La recorrió un escalofrío; tenía ganas de gritar. Pero lo único que dijo fue:

—¿Cómo habéis podido torturarlos?

Safi aguantó la respiración durante tres largos segundos mientras le sostenía la mirada a Habim, conminándolo mentalmente a contestar. Le daba

igual su plan, le daba igual que ella fuera la bruja de la verdad de la corte y él un general de los brujos del fuego. El mundo se había vuelto del revés y Habim tenía que volver a enderezarlo.

—Si lo creyera necesario, bruja de la verdad, también les ordenaría que te torturaran a ti. —Era mentira, mentira, mentira. Y eso no respondía a su pregunta—. Llévatela —le ordenó entonces al víbora—. Y dile a su majestad que ya tengo todas las respuestas que necesito.

—No —gruñó Safi antes de que el víbora se le acercara—. No me iré hasta que los pongáis en libertad.

—Entonces tienes una larga espera por delante. *Llévatela*.

El víbora avanzó y Safi clavó los talones en el suelo. Si querían que se fuera, iban a tener que envenenarla a ella también.

El víbora la alcanzó de dos largas zancadas, pero Safi siguió sin moverse. Cuando la sujetó por la muñeca, ella levantó el brazo con un giro, una técnica sencilla que le había enseñado el propio Habim para que nadie pudiera inmovilizarla.

El víbora volvió a agarrarla; esta vez, la amenazó con uno de sus dardos...

—Basta. —Habim cruzó la celda y, por primera vez desde que había llegado a Azmir, su meticuloso autocontrol flaqueó. Unas llamas resplandecieron en las puntas de sus dedos.

—Despierta al comandante —le ladró al víbora. Mientras este le obedecía, Habim miró fijamente a Safi, con dureza—. No son tus amigos. Son enemigos. Ellos te harían cosas peores que la tortura.

La voz de Habim temblaba, reflejando una convicción que la magia de Safi identificaba como verdadera. Pero él no conocía a esos bardas infernales como ella.

Le dio la espalda a Habim y observó con horror cómo el víbora le arrancaba dos dardos de la nuca a Caden. Al cabo de unos momentos, el comandante abrió los ojos. Boqueó como un ahogado, mirando en todas direcciones. Safi se acercó a su lado y, como había hecho con Lev, lo cogió por la barbilla y se la levantó.

—Safi —dijo Caden con un hilo de voz. Sus pupilas temblorosas la miraron—. ¿Estás bien?

—Calla —murmuró ella; sentía que el corazón le daba coletazos dentro del pecho—. Siento que os hayan hecho esto, Caden. Lo siento muchísimo.

—Te estábamos esperando —murmuró él. Caden no arrastraba las palabras como Lev, pero a pesar de esa pequeña hazaña, era obvio que su mente estaba en otra parte, atrapada en la desesperación y el temor—. Te

esperamos, Safi. Y cuando vimos el ataque, entramos por el boquete de la muralla. Queríamos levantar barreras mágicas en la ciudad, pero no tuvimos tiempo...

—Quieta. —La orden de Habim reverberó por el interior de la celda—. Ese hombre es peligroso. Apártate.

Safi no hizo tal cosa. La paciencia de Habim siguió mermando. Caminó hacia ella y, sin apartarla, aferró el lazo de Caden, la cadena de oro que llevaban todos los bardas infernales.

—¿Qué crees que es este hombre, niña? ¿Qué crees que les hace el lazo a los bardas infernales? Ellos le consiguen al emperador Henrick todo lo que desea. Lo único que tiene que hacer su amo es tirar de la correa y sus perros le obedecen. —Le dio un tirón a la cadena; un gemido escapó de la garganta de Caden—. No tienen elección. Les han cercenado su magia, su propio éter, y ahora pertenecen al emperador. Si desobedecen una orden, mueren. Si se quitan el lazo, mueren.

—Ya lo sé —dijo Safi. Era verdad. Caden le había explicado qué eran los bardas infernales. Le había contado que su magia le había sido amputada del alma. Aunque no sabía que Henrick podía matarlos si le desobedecían.

«Pero eso no cambia nada».

—Dime, barda infernal. —Habim tiró del lazo, levantando el rostro de Caden hasta tensarle el cuello—. ¿Qué os pasará si volvéis con vuestro amo sin su bruja de la verdad? ¿Qué os hará Henrick? He oído rumores sobre las consecuencias de su enojo.

—No —replicó Caden, tosiendo. Miró a los ojos a Safi—. No... nos quedamos... por eso.

—No le mientas. —Habim le dio otro fuerte tirón a la cadena. Caden soltó un siseo y se le pusieron los ojos en blanco—. Si os importara la bruja de la verdad, os habríais ido lo más lejos posible de ella. Mientras sigáis cerca de ella, o de la emperatriz, seréis un peligro. Mientras sigáis vivos, seréis un peligro.

Siguió tensando y tensando el lazo hasta que Safi no pudo más. Agarró a Habim por la muñeca y tiró de él.

—Para, Habim. Suéltalo, por favor.

Para su sorpresa (y alivio), Habim le hizo caso y soltó la cadena. La cabeza de Caden cayó hacia atrás y se golpeó con la pared.

Habim se volvió hacia el víbora con expresión decidida.

—Termina con esto.

Antes de que Safi pudiera reaccionar, Habim la inmovilizó con ambos brazos y se la llevó a rastras hacia la puerta.

«Termina con esto. Termina con esto». Dos pasos después, Safi entendió lo que eso significaba. Inspiró hondo.

—¡NO! —Arañó a Habim. Luchó. Lo intentó, lo intentó, intentó liberarse, pero aquel era el hombre que la había entrenado. No tenía nada que hacer. «Ya no te conozco. Ya no te conozco».

Pero justo antes de que Habim sacara a Safi por la puerta de la celda, oyó la voz de Caden, fuerte y clara:

—¡Nos quedamos aquí por tu tío, Safi! Nos quedamos porque lo han arrestado por traición y lo ahorcarán dentro de una semana.

Habim se quedó paralizado. Safi también. Incluso el víbora parecía asombrado por aquella revelación. Y aunque no podía usar su magia con Caden, Safi no tenía ninguna duda de que decía la verdad.

«El tío Eron. Arrestado por traición. Lo ahorcarán dentro una semana».

En ese momento, tres preguntas se agolparon en la mente de Safi: ¿cómo habían capturado a Eron? ¿Cómo podía salvarlo ella? ¿Y por qué diablos rabones le importaba tanto? Safi se había pasado la vida convencida de que lo odiaba. Y ahora ni siquiera podía concebir un mundo sin su tío.

La impotencia que había sentido antes no era nada comparada con el peso que la aplastaba ahora. El tío Eron estaba en la otra punta de las Tierras Embrujadas. Safi podía hacer tanto por él como los tres bardas infernales encadenados.

Su mirada se cruzó con la de Habim, pensando que encontraría el mismo horror que sentía ella. Pero solo encontró dureza y determinación.

Se le revolvió el estómago. «Él ya lo sabía». Por alguna razón, Habim ya lo sabía y no se había molestado en avisar a Safi. Nada, nada... Habim no le había dado *nada* desde que había llegado.

Pero antes de que la ira de Safi terminara de prenderse, antes de que los gritos empezaran a brotar de su garganta, los dedos de Habim le apretaron el bíceps, un gesto firme y tranquilizador que la devolvió a su infancia. A las incontables veces que Habim se la había llevado a rastras de una timba de cartas o de dados, de una competición de gritos con el tío Eron.

El tío Eron, arrestado por traición.

El tío Eron, al que ahorcarían dentro de una semana.

Con seis pasos, Habim llevó a Safi a la salida de la celda. Seis pasos que aprovechó para susurrarle al oído sin que el víbora le oyera:

—Estate preparada. Actuaremos durante la fiesta. Estate preparada.

La soltó al llegar al pasillo, donde la esperaba la escolta de víboras.
La puerta de la celda se cerró a sus espaldas con un estruendo metálico.

TREINTA Y TRES



Era increíble lo mucho que podía cambiar el paisaje en un solo día.

La noche anterior estaban rodeados de abetos y serbales, ortigas y hierba, pero al amanecer los árboles caducos habían dado paso a los perennes. Y la hierba, a los juncos. Los caminos se fueron estrechando más y más, hasta que finalmente ya no pudieron seguir a caballo.

—A casa —le dijo Leopold a su capón después de coger los escasos suministros que llevaba en las alforjas. Para asombro de Iseult, Rolf pareció entender al príncipe, porque se dio la vuelta y desapareció enseguida entre los árboles, seguido obedientemente por la yegua robada.

—¿Eso no está muy lejos? —le preguntó Iseult, que observaba a Arándano con recelo. El murciélago volaba en círculos por encima de ellos, y aunque Lechuza les había prometido que no iba a devorar a los caballos, Iseult no las tenía todas consigo.

—Bastante, sí. —Leopold sonrió, y sus hilos brillaron con los colores de la picardía—. Ya te dije que es un caballo muy bien entrenado.

Al ir a pie, avanzaban más despacio: Lechuza tenía las piernas cortas y el terreno era cada vez más escarpado. A media mañana, todo estaba cubierto de nieve y de hielo: los árboles en miniatura, las rocas de granito y las cabañas para viajeros abandonadas. El suelo de gravilla estaba resbaladizo, por culpa del sol que derretía la escarcha.

Iseult se cayó al suelo dos veces. Leopold otras dos. Pero Lechuza no; la brujita de la tierra siempre sabía dónde poner los pies (o tal vez ordenaba a las piedras que se estuvieran quietas y estas la obedecían).

Los arbolillos perennes se fueron haciendo cada vez más dispersos hasta desaparecer; habían entrado en los dominios de la piedra y la nieve. Iseult nunca había visto tanta nieve junta. Decidió que no le gustaba: era fría, húmeda y no tenía fin.

Tampoco había estado nunca en un sitio tan alto. No sabía (ni se había imaginado siquiera) lo vasto e inmenso que parecía el cielo a tanta altitud. Tan grande, tan azul y tan vacío... Sobre todo cuando llegaron al final de la senda y vieron que no había nada al otro lado, nada salvo un acantilado y una larguísima caída hasta el río.

De espaldas a la montaña de granito, Iseult contempló el abismo que se abría a diez pasos de distancia. Hacía poco que se había levantado un fuerte viento que deslizaba la niebla por la cornisa como las olas de una playa. Curiosamente, el hecho de no poder ver el precipicio y la caída de medio kilómetro hacía que la altura pareciera mucho más terrorífica.

Lechuza no se despegaba de Iseult; le agarraba la capa con sus deditos mientras sus hilos se agitaban de terror. Aunque Iseult sabía que ella era el segundo plato (Arándano estaba surcando las corrientes de aire y no lo veían desde allí), tenía una sensación extraña en el pecho, una especie de calidez. No era exactamente placer (ni mucho menos amor), pero era algo.

Algo agradable que hacía que le temblara la nariz. Y que le hacía pensar en Aeduan; al parecer, ella tenía las mismas esperanzas vanas que Lechuza.

Mientras tanto, Leopold escudriñaba el acantilado en busca de algo llamado «pontón celeste», que insistía en que debía estar cerca. Cada pocos segundos se inclinaba peligrosamente por encima del abismo; cada vez que lo hacía, Iseult sentía ganas de vomitar y Lechuza hacía mohines y gimoteaba.

A la sexta, los hilos de Leopold se tiñeron de triunfo y le dedicó a Iseult una de sus sonrisas perfectas.

—Lo he encontrado. ¿Qué te había dicho?

Fiel a su palabra, desde la noche anterior el príncipe solo había mostrado emociones sinceras. Y a pesar de lo que él mismo había dicho, eso no lo había desarmado en absoluto. Si acaso, Leopold resultaba aún más encantador cuando su rostro y sus emociones coincidían.

Lo que Leopold había encontrado resultó ser una roca plana y redonda cubierta de piedrecillas. Después de apartarlas con el pie y arrojarlas al fondo del brumoso acantilado (y después de que Iseult volviera a marearse), Leopold se puso a zapatear sobre la piedra, marcando un complejo ritmo con el pie. «Un hechizo de cerradura», pensó Iseult al principio. Pero mientras el príncipe seguía dando toques con el pie, empezó a aparecer el pontón. Centímetro a centímetro, golpe a golpe, fue surgiendo entre la neblina.

«Un hechizo de ilusión». La embargó la fascinación. El pontón, que tenía la forma de una barcaza fluvial, estaba fijado a una larga cadena oxidada que ascendía en diagonal hasta perderse entre las nubes. En el centro de la

cubierta había una gran polea con dientes de acero por la que pasaba la cadena.

Leopold abrió los brazos de par en par.

—¿No te había prometido que sería fácil? Con esto no tendremos que escalar.

Lechuza fue la primera en hablar. Le tocó la pierna a Iseult.

—Muerto —susurró, señalando el pontón. En los hilos de la niña brillaba el tono tostado de la confusión.

Al ver que los hilos de Leopold reflejaban idéntica confusión, Iseult le tradujo:

—Dice que está muerto.

—Bueno, claro. —Se encogió de hombros—. La madera está muerta. Pero no por ello es peligrosa. ¿Ves? —Para demostrarlo, lanzó a bordo una de sus bolsas de provisiones, que cayó al lado de la polea. La madera rechinó como un barco en alta mar.

Pero el pontón apenas se movió.

Aun así, Iseult y Lechuza no subieron con el príncipe. Iseult no quería despegarse de la montaña, ni Lechuza de Iseult.

—¿Lo has usado otras veces? —preguntó Iseult.

—Muchas.

—¿Cuántas son muchas?

Leopold lanzó el segundo saco al pontón, desatando una segunda fanfarria de crujidos.

—He subido cuatro veces. Puede que cinco. Reconozco que no lo uso siempre que voy al monasterio.

Para Iseult, «cinco veces» y «muchas veces» eran cosas diferentes.

—¿Y cuántas veces has ido? —preguntó, aunque sabía perfectamente que estaba intentando ganar tiempo a propósito.

Leopold sonrió de oreja a oreja. El aire frío le sentaba bien; tenía las mejillas rosadas.

—Más de las que puedo contar, Iseult. Voy desde que era niño. El nuevo abad es el sexto hijo de un noble cartorriano, y su predecesor era el octavo hijo. Esa clase de hombres son muy útiles para un príncipe, ¿entiendes?

En realidad no lo entendía, pero supuso que no tardaría en descubrir a qué se refería. No podía quedarse allí, abrazada a Lechuza, esperando a ver si la valentía decidía hacer acto de presencia. Después de respirar hondo tres veces, Iseult se arrodilló junto a la niña.

—Tenemos que subir —dijo con toda la ternura posible—. Sé que da miedo, pero no podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué? —En los hilos de Lechuza resplandecía el color rojo de la resistencia.

—Porque esta es la única forma de llegar al monasterio. Y este... —Iseult señaló la niebla y el estrecho sendero— no es buen sitio para acampar.

—¿Por qué?

—¿Por qué... qué? —Le tembló la nariz. No quería empezar a discutir. Desde anoche todo estaba yendo muy bien con Lechuza. «Por favor, Madre Luna, que siga así»—. ¿Por qué no acampamos aquí? ¿O por qué estamos yendo al monasterio?

Lechuza se limitó a asentir. Iseult dedujo que se refería a lo segundo.

—Porque con los monjes estaremos a salvo.

—No quiero.

Entonces, antes de que Iseult pudiera detenerla, cientos de piedrecillas diminutas se deslizaron por el cuerpo de Lechuza. En cuestión de un segundo, la cubrían por completo.

Esta vez Iseult arrugó la nariz de verdad. «Estabilidad», se recordó mientras brotaban llamas de las puntas de sus dedos. La boquita de Lechuza apareció entre las piedras.

—Me gusta estar aquí. Me quedo.

«Ah», pensó Iseult. De pronto toda su frustración se esfumó. Ya había oído antes esas palabras. Las había pronunciado ella hacía diez años. «Me gusta estar aquí. Me quedo». Su madre había intentado arrancarla de un árbol del asentamiento Midenzi, el árbol en el que buscaba refugio siempre que los demás niños se metían con ella.

Ese día, Iseult se había negado a bajar cuando Gretchya la había llamado. «Tú misma», le había espetado su madre antes de alejarse. A Iseult se le había caído el alma a los pies; había sentido que todo el cuerpo se le vaciaba. Quería que su madre discutiera con ella, que le preguntara por qué se había subido a ese roble.

Pero Gretchya no se lo había preguntado. Ni ese día ni ningún otro.

Iseult no iba a cometer el mismo error.

—¿Por qué no quieres ir? —Iseult miró el montículo de piedras, obligándose a sonreír.

—Muerto —contestó Lechuza.

—Ya, pero hay muchas cosas que están muertas, Lechuza. La posada en la que dormimos estaba muerta. El cuero de la silla de montar estaba muerto.

Pero eso no quiere decir que sea peligroso.

La confusión reapareció en sus hilos. Frunció levemente el ceño.

—Es la única forma de llegar al monasterio, Lechuza. Tenemos que subir al pontón.

—Las piedras os pueden llevar. —Un temblor sacudió la tierra, arrancando rocas del desfiladero. Iseult se tambaleó. Los hilos de Leopold se iluminaron con el color blanco del espanto, pero ella consiguió que su rostro y su porte siguieran reflejando tranquilidad.

—Yo no tengo la misma magia que tú, Lechuza. ¿Te acuerdas? Y el príncipe tampoco. No podemos pedirles a las piedras que nos lleven. Tenemos que usar el pontón celeste. Estoy segura de que Aeduan ya ha subido en él alguna vez, ¿sabes?

Había elegido bien. En los hilos de Lechuza apareció tímidamente el verde de la curiosidad.

—¿Él estará allí?

Iseult se rascó la nariz. No quería mentir, pero temía lo que pasaría si le decía que no.

—Quizá —respondió. Tampoco era del todo mentira. Quizá Aeduan estaría allí. Algún día.

El color verde se volvió más intenso a medida que el interés de Lechuza crecía. En cualquier momento abandonaría su camuflaje.

Iseult se giró con calma hacia el pontón; el príncipe, siguiéndole la corriente, estaba apoyado tranquilamente en la amurada, examinándose las uñas. La valentía personificada. «¿Lo ves?», decían sus ademanes. «Es muy fácil. No hay nada que temer».

Sus hilos, en cambio, coincidían con los de Lechuza: el verde intenso del interés y una pizca del tono pardo de la ansiedad.

—Aeduan creció en el monasterio —continuó Iseult—. ¿No te apetece ver cómo es? A mí sí.

Dicho y hecho. Las piedrecillas se vinieron abajo con un crujido y Lechuza apareció. Pero la niña seguía temblando y la gravilla seguía bailando, con un movimiento tan sutil que parecía ocasionado por la brisa. Pero si Lechuza decidía hacerlo en el monasterio..., si decidía hacer brincar peñascos enteros...

—Lechuza —dijo Iseult, imbuyendo su voz de autoridad—. Vas a tener que dejar de usar tu magia cuando lleguemos al monasterio. Aeduan te lo pidió antes de que entráramos en Tirla, ¿recuerdas? Pues tienes que ocultársela a los monjes. —Por una vez, la niña no le preguntó por qué, pero

su mirada asustada e interrogativa era evidente—. Siempre pueden quitarnos la magia —le explicó Iseult—. Hay brujos de los maleficios que pueden robarle la magia a la gente. ¿Lo sabías?

Lechuza negó levemente con la cabeza. El miedo palpitaba en sus hilos, pero Iseult sabía lo que se hacía. Estaba recorriendo el camino que Habim había seguido con ella una vez, hacía mucho tiempo, cuando Iseult acababa de llegar a una ciudad desconocida y repleta de cosas de las que tenía que esconderse.

—Por eso —continuó Iseult— siempre es mejor hacer las cosas con disimulo. Si escondes tus poderes, la gente te subestima. Y cuando te subestiman... —señaló el pecho de Lechuza— eres tú quien tiene todo el poder. Y lo tienes, ¿verdad, Lechuza? Tienes a Arándano. Tienes a las piedras. Mientras los tengas, y mientras nadie sepa que los tienes, nadie podrá hacerte daño nunca.

Lechuza parpadeó tres veces antes de que el color aguamarina de la comprensión se apoderara de sus hilos. La gravilla dejó de agitarse a sus pies.

—Nadie —repitió en voz baja. Iseult no pudo evitar esbozar una sonrisa. Una sonrisa que se ensanchó cuando Lechuza añadió de pronto—: Vámonos. Venga.

Sin esperarla, con los hilos rebosantes de impaciencia, la niña se lanzó hacia el pontón celeste.

Iseult tuvo que recurrir a todo su entrenamiento de bruja de los hilos para no levantar el puño en alto de puro triunfo. Había persuadido a Lechuza ella solita. Sin discusiones ni fogonazos de frustración.

«Supera eso, Aeduan».



Aeduan no se explicaba cómo no se había caído todavía del burro. El mundo se desangraba a su alrededor, consumido por la palpitación constante que sentía en el pecho y el vientre. Devoraba todo pensamiento, todo deseo, sin dejar nada más que unas garras de fuego que deshacían las formas y los colores. Hasta que el mundo entero se volvió gris. Los árboles grises, el cielo gris, la gris Lizl a lomos de su yegua gris.

Al principio, mientras empezaban a avanzar en dirección noroeste, adentrándose en las montañas, Aeduan había intentado avisar a Lizl. Le había dicho que la Furia iba tras él y que ese hombre era un asesino. Pero ella se había echado a reír.

—Yo también soy una asesina. Y no me da miedo.

Al parecer, Lizl había visto a la Furia en Tirla. Mientras se guarecía de la tormenta, había oído su conversación con Aeduan. Pero no había visto los vientos que se habían levantado alrededor de la Furia. No había visto el ciclón que lo arrasaba todo, la magia sajada que le había vuelto negras las venas.

Por eso Lizl no le había hecho caso cuando Aeduan la había prevenido contra él. Al cabo de un rato le fue imposible seguir discutiendo, así que guardó silencio y se concentró en planear la fuga. Porque no podía quedarse con Lizl. Si la Furia aparecía, ella moriría.

Y Aeduan ya tenía bastante sangre en las manos.

El Aeduan de hacía dos días sencillamente habría tomado el control de su sangre, paralizándola el tiempo suficiente para escapar. Y por supuesto, el Aeduan de hacía una semana nunca se habría dejado atrapar.

Ahora, en cambio, apenas era capaz de oler la sangre de Lizl, y mucho menos de manipularla. Y cuanto más se sumía en esa especie de letargo vital, más sospechaba que lo que le impedía utilizar sus poderes no era el fuego que sentía corriéndole por las venas, ni tampoco la debilidad de su cuerpo al intentar curarse.

El maleficio lo estaba destruyendo. Estaba drenando su magia gota a gota, y pronto no quedaría nada. Quizá su cuerpo conseguiría sanar y recobrarse, pero temía que su brujería de la sangre desapareciera para siempre.

Llegó un punto en que el mero hecho de pensar en un plan le costaba demasiado. Necesitaba concentrarse al máximo para permanecer derecho sobre la silla. Las carreteras, si es que merecían ese nombre, eran estrechas e irregulares, rutas de caza y vericuetos llenos de maleza y ramas que le pinchaban en los ojos y le arañaban la piel.

El asno siguió avanzando. El sol siguió subiendo.

En una ocasión, creyó oír el ladrido de un perro. Muy cerca, como si por allí hubiera una granja. Era un sonido agradable. Un respiro que ahuyentaba las sombras. Le gustaban mucho los perros. Había querido mucho a Calzas... hasta que lo había matado. Después lo había odiado por haberse muerto tan fácilmente.

Pero ahora Aeduan sabía que todo se moría fácilmente.

—Vas demasiado despacio. —La voz de Lizl cortó el aire de la mañana. Había detenido a su yegua. El burro también había parado; Aeduan ni siquiera se había dado cuenta, tal vez porque la trailla no se había aflojado—. Pronto será mediodía, brujo de la sangre. Tenemos que avanzar más deprisa.

—Dame... la piedra dolora —dijo él con un hilo de voz—. Así iré más rápido.

Ella soltó un resoplido burlón y desmontó con agilidad. Tres perezosos segundos después, se detuvo al lado de Aeduan.

—Abajo —le ordenó, tirando de la correa. No le quedó otra opción que obedecer. Se dejó caer de la silla.

Lizl dio un paso a un lado y Aeduan se desplomó sobre la fría tierra. El impacto le sacudió los huesos y los pulmones. Se mordió la lengua y se hizo sangre. La sangre, siempre la sangre. Empezó a toser; las sombras acechaban en los límites de su visión, cada vez más espesas.

Ese maleficio iba a matarlo. Y se alegraba. Si se moría, dejaría de sentir dolor. Si se morían la Furia ya no vendría a por él. Aeduan ya no tendría que huir de Lizl para protegerla.

Cuando la tos remitió por fin, un odre de agua cayó a su lado. No lo cogió.

—¿Dónde... estamos? —Levantó la vista para mirar a Lizl. Le escocían los ojos.

—Cerca de donde nací. —Lizl descolgó un morral de su silla de montar—. Si hubieras sido bueno de pequeño, quizá lo reconocerías.

No supo qué responder. Él siempre había sido bueno. Era su monstruo interior el que no sabía jugar.

Cogió a tientas el odre de agua y se inclinó hacia atrás, arrodillado. Lizl había aflojado la trailla y pudo beber cómodamente hasta hartarse. Un fresco alivio le recorrió la garganta hasta entrarle en el pecho. No bastaba para deshacerse del dolor, pero algo era algo.

Respirando entrecortadamente, Aeduan tapó el odre y se lo lanzó a la monja, pero el recipiente aterrizó a varios pasos de Lizl, que lo fulminó con la mirada.

—¿Qué te pasa? —Frunció el ceño—. Te he visto curarte de una estocada en las tripas, y ahora... —Señaló a Aeduan—. ¿Qué te ha pasado?

La única respuesta de Aeduan fue inspirar hondo de nuevo, con los pulmones temblando. No podía decirle nada sin perjudicarse más. Si reconocía que lo habían maldecido, solo le daría más poder a Lizl, eso suponiendo que le creyera. No se había creído lo de la Furia. ¿Por qué iba a creerse lo del brujo de los maleficios?

—Heridas —dijo por fin—. De flecha. Muchas.

Lizl no parecía convencida, pero por suerte tampoco insistió.

—Toma. —Llegó a su lado de dos largas zancadas y le ofreció una bolsa de cuero muy gastado—. Apáñate.

Aeduan examinó el estuche marrón que había dentro de la bolsa; era un pequeño equipo de sanación. Negó con la cabeza.

—No... no sirve. Necesito la piedra dolora.

—Bueno, pues esto es lo que hay. —Lo meneó delante de su cara—. Tú mismo.

Aeduan cogió el equipo de sanación.

Bajo la luz moteada que se filtraba entre las hojas oscurecidas de un arce, Aeduan hizo lo que pudo por limpiarse las heridas. Los flechazos habían empeorado: los cortes supuraban sangre negruzca y la piel a su alrededor estaba hinchada y enrojecida. Cada vez que los tocaba, apretaba los dientes hasta hacerlos rechinar y ponía los ojos en blanco, pero se las arregló para no desmayarse.

Se estaba untando los últimos restos de un ungüento de los brujos del agua en la herida más grande, la que tenía debajo del esternón, cuando una pregunta hendió el aire:

—¿Qué se siente?

Lizl estaba sentada en un árbol caído, engrasando su espada. El paño silbaba rítmicamente al frotar el acero Carawen.

—¿Qué... se siente? —Le costó tres intentos cerrar el tarro. Le temblaban los dedos.

—¿Qué se siente al no poder morir?

—Sí que puedo morir —contestó. «De hecho, me estoy muriendo».

Ella lo miró, muy seria.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Tal vez fue su indiferencia lo que lo enfureció. O tal vez el dolor, el mareo y la luz roja como la sangre que atravesaba las ramas del arce. No lo sabía. Pero la respuesta brotó de su lengua, descarnada y sincera.

—Significa que se me olvida lo fácil que es matar a la gente —dijo hoscamente—, y por eso nunca puedo bajar la guardia. Significa que no sé lo que es el miedo, y por eso nunca puedo ser valiente. Significa que sigo vivo aunque todos los que me rodean mueran. Y significa —por fin consiguió encajar el tapón de corcho en el frasco— que no soy como tú. Ni como nadie.

El paño se detuvo a medio camino por la hoja. Lizl lo miró, con los ojos entornados e inescrutables. Finalmente, murmuró:

—No. No eres como yo ni como nadie, ¿verdad? —Dejó de mirarlo—. Y por eso el mundo te odia. Por eso siempre te odiamos. La muerte te sigue allá donde vas, pero, por la gracia de los Pozos, tú siempre vas un paso por delante de la tuya.

—Yo no quería esto.

—Nadie quiere lo que la vida le da. —Lizl resopló y siguió frotando su espada con más fuerza—. Lo que importa es cómo lo usas. Y por lo que a mí respecta, tú has malgastado una magia por la que los demás matarían. Ascendiste más deprisa que ningún otro acólito. Te quedabas con los mejores encargos, acaparabas a todos los patrones, todas las recompensas. Y siempre nos despreciaste a todos. Para ti no éramos más que barro que pisoteabas en tu camino hacia lo más alto. No tenías ninguna lealtad al monasterio, los Cahr Awen te traían sin cuidado.

Por primera vez desde que Lizl le había puesto la correa, los hombros de Aeduan se tensaron de rabia. Cerró los puños.

Porque Lizl se equivocaba en todo. Lo había dicho todo al revés. Aeduan no había despreciado a los demás monjes; ellos le habían dado de lado a él. No había malogrado su magia; su magia lo había malogrado a él.

—Y ahora —continuó ella con amargura, mientras untaba un poco más de grasa— resulta que eres el hijo del rey saqueador. No sé por qué me sorprendió tanto. Era evidente que tenías que ser leal a un hombre que mata inocentes e incendia las Tierras Embrujadas. Y era evidente que alguien así engendraría a un diablo como tú.

Aeduan rotó las muñecas. La ira corría por sus venas, cada vez más ardiente.

Quiso preguntarle por qué debería ser leal a nadie. Se había pasado la vida siendo una herramienta para los demás, un arma no muy distinta de la que estaba limpiando ahora ella. Incluso la bruja de los hilos lo había utilizado, engañándolo con sus propias monedas para poder encontrar a su amiga en las Tierras Disputadas.

Pero Aeduan no dijo nada. Se irguió e inspiró hondo. La rabia estaba avivando su magia con una llama débil pero salvaje y placentera. Aunque todavía no tenía fuerzas para controlar la sangre de Lizl y escapar, si tenía paciencia, si se enfadaba...

Quizá recuperaría suficiente poder. Y quizá el maleficio no lo destruiría todavía.



El monasterio Carawen era tal y como Iseult esperaba.

O incluso más, porque ahora era real. Ahora lo tenía justo delante, a unos minutos.

El rechinante pontón celeste avanzaba desde el sur. A medida que dejaba atrás una montaña tras otra, el monasterio se iba haciendo cada vez más visible. Era como si Iseult estuviera pasando una página de su viejo libro sobre los Carawen, revelando lentamente el hogar de los monjes en todo su esplendor.

Una fortaleza negra se asía a la ladera de una montaña, imponente, impenetrable y aislada en lo alto de la blanca cumbre. En torno a la mitad inferior se apiñaban los árboles nevados, formando un denso bosque que se extendía hasta el valle. Escalones de piedra, adarves y torres equipadas con catapultas ascendían hasta el punto más alto de la montaña. Y por toda aquella estructura de piedra oscura, dentro y fuera de ella, se movían diminutas siluetas vestidas de blanco.

Estaban demasiado lejos para que Iseult pudiera percibir sus hilos, pero era evidente que tenían prisa. Se movían en grupos, corriendo hacia la torre más alta. ¿Serían maniobras?

¿Una reunión imprevista? Probablemente iba a averiguarlo enseguida.

Tras años soñando con aquel lugar, Iseult det Midenzi finalmente había llegado al monasterio Carawen. Era idéntico a como aparecía en las ilustraciones, pero muchísimo mejor. Ningún dibujo podía captar todos sus ángulos, tonalidades y movimientos.

Sentía el pecho tan pleno que casi no podía respirar. El hielo que notaba en los hombros desde la noche anterior se derritió hasta convertirse en algo cálido, algo que se le expandía por el vientre y le presionaba los pulmones...

«Es la risa», comprendió. Si no tenía cuidado, corría el riesgo de que se le escapara una risa tonta. Se pondría a aplaudir. Y a brincar. Que la Madre Luna la guardara, ¿tan malo sería eso? Iseult no iba al monasterio como una simple aspirante, con la esperanza de entrenar con los monjes, de convertirse por fin en monja, como siempre había soñado. Estaba allí porque ella era una Cahr Awen.

Incluso una bruja de los hilos podía aplaudir por eso, ¿no?

—¿Ves a todas esas personitas, Lechuza? Son los monjes —murmuró Iseult.

Los hilos de la niña se iluminaron de rosa. Todo su miedo se había desvanecido, sustituido por la fascinación en cuanto la polea del pontón celeste había empezado a moverse. Lechuza les había asegurado que Arándano «la salvaría si se caía», y probablemente eso era bastante reconfortante. Para la niña, al menos. Iseult y el príncipe Leopold, por el contrario, estaban solos. Y la caída era larga.

A pesar de esa innegable verdad, incluso el miedo de Iseult se había ido aplacando al comprobar que, por mucho que la madera rechinara, la cadena continuaba haciéndolos avanzar sin incidente. Y tenía que admitir que la tranquilidad y la despreocupación de Leopold la ayudaban. No sabía si la presión que les taponaba los oídos lo incomodaba, pero desde luego no lo dejaba ver. Y si el viento, el frío y el abismo infinito que se abría a sus pies lo turbaban, sus hilos no lo reflejaban.

«¿Qué diría Safi si me viera así?», pensó Iseult, llevándose la mano a la piedra hilandera. Estaba ascendiendo hacia lo más alto de las montañas Sirmayas, en compañía de un príncipe y un murciélago montañés.

Lejos quedaban los días de la buhardilla de Veñaza.

«¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?». Iseult apretó la piedra hilandera entre sus dedos. Pronto se reuniría con Safi. Pronto el mundo volvería a tener sentido. Estaría del derecho, como debería estar.

La vocecilla de Lechuza interrumpió sus pensamientos:

—Grafo —dijo la niña, señalando hacia lo alto. En efecto, había un pájaro surcando las corrientes de aire.

Cuando Leopold levantó la vista de la polea con curiosidad, Iseult le tradujo las palabras de Lechuza. El príncipe asintió; un destello de sorpresa apareció en sus hilos mientras sonreía animadamente a la niña.

—Justamente, es un grafo. Los usan para enviar mensajes desde el monasterio... y para espiar a los visitantes. Supongo que los monjes nos recibirán en cuanto pongamos un pie en el monasterio.

Cuando Iseult se dio la vuelta para traducir, vio que la niña miraba fijamente a Leopold.

—¿Y tu corona? —preguntó Lechuza.

Iseult tradujo sus palabras a Leopold; era una pregunta comprensible para una niña.

Una carcajada de sorpresa brotó de los labios del príncipe. Pero su reacción no coincidía con sus hilos. Estaban sorprendidos, sí, pero también teñidos de miedo.

—Dile que la perdí mientras os buscaba.

Cuando se lo dijo, Lechuza frunció el ceño mientras sus hilos se volvían del verde salvia de la reflexión. Finalmente, asintió.

—Yo le haré otra —concluyó, antes de volver a contemplar el paisaje.

El pontón celeste no tardó en dejar atrás el último pico montañoso y mostrarles el monasterio en su totalidad. Iseult casi no podía respirar al verlo.

Sin pensar, y olvidándose por completo de la altitud, se acercó un poco más a la barandilla. Lechuza la imitó.

—Esa torre tan alta de allí —dijo Iseult, señalando un torreón negro, el doble de alto que cualquier otra estructura— se construyó hace mil años. ¿Y ves esa muralla baja que rodea el monasterio? Es tan ancha que podrían recorrerla veinte hombres a la vez, hombro con hombro y a caballo. Ah, y mira..., ese edificio del tejado inclinado es el gran salón. Tiene vidrieras de todos los colores que te puedas imaginar.

»¡Ah, y mira! —La voz le salió jadeante y cargada de emoción, una vergüenza para cualquier bruja de los hilos de las Tierras Embrujadas—. En esa isla —dijo con fascinación— está el Pozo Originario. —Señaló un ancho tajo plateado que dividía el valle por la mitad, y la larga isla en forma de media luna que había en su centro.

Gracias a su libro, sabía que el Pozo se encontraba exactamente en el extremo sur de la isla y que lo custodiaban seis frondosos abedules, cuyas hojas permanecían verdes incluso en invierno. El Pozo, por el contrario, estaba congelado todo el año. En verano, cuando las caravanas nomadsies peregrinaban hasta allí, tenían que dedicar un día entero a cortar el hielo para acceder a sus aguas curativas. La capa solo tenía unos centímetros de espesor, pero era dura como el granito.

—¿Qué le estás contando? —preguntó Leopold, acercándose. La brisa le agitaba los rizos y la luz del sol le volvía los ojos de un vivo color verde trébol.

—Le estoy enseñando el Pozo Originario —le explicó Iseult, entornando los ojos al ver sus hilos. La serenidad del rostro del príncipe ya no coincidía con sus emociones. Su calma de antes había desaparecido, reemplazada por un intenso tono amarillo de preocupación.

»¿Qué sucede? —le preguntó en voz baja, manteniendo la voz calmada para que Lechuza no se inquietara.

Leopold parpadeó antes de hacer una mueca.

—No puedo esconderte nada, ¿eh?

—Teníamos un acuerdo.

—Que te favorece desproporcionadamente a ti.

—Si te limitaras a mostrarme tus verdaderos sentimientos, no habría ningún problema.

—Pero, Iseult —contrató él, abriendo las manos—, los verdaderos sentimientos son peligrosos. ¿No lo sabías?

—Y también lo es intentar huir de ellos.

—Ajá. —Leopold parpadeó de nuevo y sus hilos quedaron bañados por un azul intenso, casi gélido. Como si las palabras de Iseult fueran un jarro de agua fría. Y cuando volvió a mirarla, su expresión mostraba algo parecido al respeto—. Respondiendo a tu pregunta... —dijo con lentitud, señalando discretamente con la cabeza una pendiente rocosa que estaba apareciendo ahora ante ellos. Estaba situada frente al monasterio, por encima del río que fluía entre ambas montañas—. Ese ejército de saqueadores me pone... nervioso.

Iseult siguió su mirada. Estaba a punto de preguntarle a qué ejército se refería cuando lo vio y se quedó sin aliento. Dentro del bosque, arracimadas, había centenares de tiendas de campaña y otras tantas espirales de humo deshaciéndose en la brisa. Y eso solo era el principio. Desde los árboles nevados brotaban incontables columnas de humo, un indicio de todas las tiendas que no podían verse desde donde estaban ellos.

—¿Qué hacen aquí? —La voz le salió aguda por la sorpresa. Lechuza levantó la mirada, con los hilos preocupados. Iseult se obligó a sonreír.

—Excelente pregunta —murmuró Leopold—. Me temo que mi respuesta es mucho menos excelente. Es posible que el rey saqueador esté esperando a que el río se hiele para llevar a sus fuerzas al sur. En ese caso, tendremos que dar gracias por estar dentro del monasterio y no ahí abajo, con ellos. —Sonrió cálidamente a Lechuza, una sonrisa mucho más natural que la de Iseult.

—¿Nos ven? —preguntó Iseult. Leopold negó con la cabeza.

—El pontón lleva un hechizo de ilusión. Los monjes, por el contrario, nos estarán viendo y... —Se interrumpió. Como uno solo, su cuerpo y sus hilos se tensaron—. Atrás. —Abrazó a Iseult, la apartó de la barandilla y la lanzó con fuerza hacia la polea.

Ella cayó de rodillas junto a los engranajes. Lechuza soltó un grito. Iseult se dio la vuelta...

Y vio lo que había visto Leopold: una catapulta lista para disparar. Una gran bola de llamas cargada en la honda, que apuntaba directamente al pontón.

Leopold empujó a Lechuza hacia Iseult y ella aferró a la niña.

¡Crac! La enorme palanca se liberó y el proyectil de fuego salió disparado hacia ellos.

—¡Sujetaos! —bramó Leopold. Se lanzó hacia la polea, abrazó a Iseult, que abrazó a Lechuza, y los tres se sujetaron con fuerza.

El proyectil pasó de largo con un rugido. Era tan grande como el pontón y tan abrasador como el sol. Cayeron chispas en la cubierta de madera y los

golpeó una bocanada de calor.

El ponton se sacudió lateralmente, empujado por el desplazamiento de aire. La gravedad tiraba de Iseult, de Leopold y de Lechuza, pero resistieron. «Montañas, abismo, nieve, muerte».

El pontón se escoró hacia el lado contrario.

Y otra bola de fuego se prendió en la catapulta. Ahora el pontón estaba más cerca del monasterio; les sería cada vez más fácil dar en el blanco.

—¿Por qué nos atacan? —Iseult tuvo que gritar para hacerse oír sobre los chillidos de Lechuza y el crujido de la madera.

—¡Ni idea! —respondió Leopold. Sus hilos estaban tan pálidos de miedo como los de Lechuza, pero entretejidos con el color verde de la determinación. Aún no se había rendido—. ¡Tiene que haber una forma de dar media vuelta!

Mientras el pontón seguía bamboleándose, aunque con menos violencia, Leopold inspeccionó el mecanismo de la polea. Iseult lo imitó, pero ninguno de los dos soltó a Lechuza mientras lo examinaban. Iseult se puso a rezar. «Te lo ruego, Madre Luna, ayúdanos a salir de esta, por favor».

—¿Habrá algún interruptor? —preguntó Iseult.

—¡No lo sé!

—¡Pensaba que habías estado aquí más veces de las que podías contar!

—Pero al pontón solo he subido cuatro veces... —Se interrumpió cuando oyeron el siguiente disparo de la catapulta.

Las llamas salieron volando hacia ellos. Leopold se quedó mirando el proyectil. Iseult también. Lechuza soltó un grito, un sonido capaz de fracturar una montaña, de invocar a las piedras...

O a un murciélago montañés. Convertido en una mancha de pelaje y velocidad, Arándano se lanzó en picado desde el cielo. Con las alas plegadas, volaba más deprisa que las llamas.

Chocó contra el proyectil de fuego, que se desvió. Los dos descendieron en espiral sin que hubiera espacio entre el fuego y la bestia, un borrón de carne humeante que se desplomaba en dirección a la tierra.

Esta vez Lechuza gritó con todas sus fuerzas, pero Iseult estaba preparada.

—Arándano está bien. —Le sujetó el rostro a la niña y la obligó a mirarla. Iseult sabía por su experiencia con los zorros marinos que las criaturas como Arándano eran casi imposibles de matar—. ¡Lechuza! ¡Necesitamos tu magia! Tienes que controlar el metal. Haz que la polea se pare. ¿Puedes hacerlo?

Lechuza no le hizo ningún caso. Estaba llorando, dejando escapar un débil sollozo mientras sus hilos se encogían y acortaban como la noche anterior.

—Siente mi mano —le ordenó Iseult, estrujando los dedos de Lechuza—. ¿La sientes? Siente la piel, su calor, lo fuertes que son los músculos.

Nada. No había respuesta, no había reacción, no había consciencia.

—¿Y sientes tu mano, Lechuza? ¿Sientes cómo la piel y el hueso se aplastan cuando la aprieto?

Los hilos de Lechuza seguían encogiéndose. Se quebraban, se quebraban.

Entonces resonó otro disparo, esta vez tan cerca que oyeron el chirrido de la palanca y el silbido del fuego.

Iseult no se atrevió a mirar.

—¡El cielo! —Ahora tenía que aullar para que el viento, las llamas y la madera no eclipsaran su voz—. ¿Ves lo azul que es? ¡Mira hacia arriba, Lechuza, mira arriba!

Iseult no se esperaba que Lechuza levantara la mirada, así que cuando la niña miró, ella también lo hizo.

Y en ese momento Arándano surcó el cielo azul. Tenía la cola en llamas y dejaba una estela de humo, pero estaba vivo. Estaba vivo.

El color se apoderó de los hilos de Lechuza. Ahora eran tan brillantes como los del murciélago, pero con un millar de matices girando y persiguiéndose mutuamente. Se movían demasiado deprisa para poder leerlos, demasiado deprisa para que eso importara.

—¡La cadena! —gritó Iseult, aprovechando la oportunidad—. Lechuza, por favor..., ¡detén la cadena!

La cadena se detuvo. La polea se quedó inmóvil y el pontón dio un tumbo tan violento que Leopold salió disparado hacia la barandilla.

—¡Para atrás! —gritó Iseult—. ¡Al revés, Lechuza! ¡Atrás, atrás!

El pontón dio marcha atrás.

—¡Deprisa! —gritó Leopold, regresando a gatas hacia la polea—. ¡Deprisa, deprisa, deprisa...!

No fueron lo bastante rápidos. El proyectil de fuego se estrelló contra el pontón, cubriéndolo de unas llamas cegadoras, ensordecedoras y tan calientes que podían derretir la carne de los huesos. Lo último que vio Iseult antes de que su mundo quedara hecho cenizas fueron los hilos feroces y plateados de Arándano, que se lanzaba volando hacia ellos.

Y entonces todo desapareció bajo la pira.

TREINTA Y CUATRO



Un ejército se dirige hacia Nubrevna.

Ya Lo sé.

¿Qué pensáis hacer?

Sobrevivir. ¿Qué sí no?

En tal caso, debo informaros de que he desplazado a diez mil soldados a mis fronteras y pretendo movilizar a cinco mil más lo antes posible. Dispondrán de todo un arsenal de armas con brujería del fuego y estamos construyendo barricadas en todos los accesos a Marstok, ya sean carreteras o puentes.

Los saqueadores no entrarán en mi imperio. Pero los oficiales tienen órdenes estrictas de dejar pasar a los refugiados.

*¿Por qué me lo cuentas?
¿Por qué ayudas a mis refugiadas?*

Porque si Nubrevna cae, Marstok la seguirá.



Las voces del Alto Consejo reverberaban en la sala de guerra. Voces urgentes, asustadas, erráticas y egoístas. Y todas masculinas. Las mujeres que habían acudido al funeral de Merik no se habían quedado en Lovats; al fin y al cabo, hasta que Vivia llevara la corona, nada las obligaba a ello. Sus padres y hermanos no renunciaban tan fácilmente al poder.

Y eso explicaba, por supuesto, por qué Serafín Nihar tampoco estaba allí.

Cinco de los doce vizeros querían enfrentarse cara a cara con el rey saqueador y sus huestes. Cada pocos segundos Vivia oía alguna versión de «¡Los superamos en número!».

Tres vizeros querían fortificar las fincas y terrenos del norte del país... porque pertenecían a sus familias, claro. Y otros tres querían intentar parlamentar con el rey saqueador. «Seguro que podemos negociar», murmuraban una y otra vez, como si a fuerza de decir esas palabras fueran a volverse ciertas.

Pero el rey saqueador no parlamentaba con nadie. Vivia lo había intentado; Vaness lo había intentado; muchos otros lo habían intentado. Los emisarios jamás regresaban.

Por supuesto, las diferentes facciones estratégicas tampoco se ponían de acuerdo sobre la táctica o técnica que debían seguir. Unos querían más soldados y otros menos. Unos querían atacar por tierra y otros por el río.

Lo único en lo que coincidían todos era en que la muerte se acercaba.

Y en que Nubrevna no estaba preparada.

El plan de Vivia solamente había conseguido el apoyo de una persona: el padre de Stix, el vizer Sotar. Él aprobaba su propuesta de enviar a una parte de las tropas al norte, para poner a salvo a los refugiados y ralentizar el avance del rey saqueador mientras mantenían al grueso de las fuerzas nubrevnesas en las inmediaciones de Lovats.

—¿Y qué dice el rey? —exigió saber el vizer Quihar, con una voz tan potente que llenó toda la estancia e interrumpió las discusiones en plena frase.

Se hizo un silencio abrupto y todos los ojos se volvieron hacia Vivia.

Y con esas miradas, con esa condenada pregunta («¿Y qué dice el rey?»), Vivia sintió que se le tensaban los hombros hasta casi tocarle las orejas. Quiso decirles que su padre ya no era rey. Ni almirante.

Y también que su padre se había negado a asistir a esa reunión del Alto Consejo. Vivia había ido a verlo a sus aposentos a primera hora de la tarde, para presentarle sus respetos (no para arrastrarse, como él esperaba, sino para reiterar que su sabiduría era bienvenida en la sala de guerra). Con un tono falsamente jovial, Serafín había insistido en que no le guardaba rencor.

—Tú eres la reina sucesora —le había dicho—. Yo solo actúo en tu nombre. Yo sé que eres fuerte, pero el Consejo no.

Luego había alegado estar demasiado cansado para asistir a la reunión, pero Vivia lo había calado. «Silencio, silencio, silencio». Era el castigo preferido de su padre: le ocultaba información que sabía que ella quería o le negaba su presencia cuando le hacía falta. Serafín sabía perfectamente qué era lo que Vivia más necesitaba, y evitaba dárselo a propósito.

Y lo cierto era que Vivia necesitaba allí a su padre. El Alto Consejo aún lo respetaba, aún confiaba en él. Su palabra tenía peso.

Pero eso ahora no tenía remedio. No podía perder más tiempo suplicando y esperando. Si Serafín no quería ayudarla porque estaba enfurruñado, tendría que solucionarlo ella misma.

—Mi padre —respondió Vivia por fin; todas las miradas seguían clavadas en ella— está ocupado en este preciso momento. Como reina sucesora y almirante, la decisión recae sobre mí. No sobre mi padre.

En cuanto Vivia pronunció esas palabras, se arrepintió. Las narices del vizer Quihar se hincharon. Al vizer Eltar se le salieron los ojos de las órbitas. Volvieron a resonar gritos en la sala de guerra:

—¡No sois la reina hasta que se celebre la coronación!

—¡Vuestro padre ha estado en más batallas que años tenéis vos!

—¡Él protegió la ciudad durante el asedio!

—¡El pueblo de Nubrevna confía más en su rey que en una reina bisoña!

Cada insulto (pasivo o directo) lo encajaba con un leve temblor de los párpados y una tensa sonrisa. Sí, apretaba los dientes y se frotaba los muslos con los dedos, pero nadie en el Alto Consejo parecía darse cuenta. O les traía sin cuidado.

Hasta que el vizer Quintay intervino:

—¡El rey parlamentaré con el saqueador! Fue él quien negoció la Tregua de los Veinte Años. ¡Volverá a conseguir la paz!

Fue el último grano de arena en el mar. Igual que cuando su padre había asegurado que había seguido luchando con un cuchillo clavado en la pierna. Habían ido demasiado lejos.

—No. —La voz de Vivia restalló por la habitación. Con esa única palabra (con esa única verdad) se alzaron seis chorros de agua de otras tantas copas que sostenían unos vizeros tan necios como para beber cerca de una bruja de las mareas.

No fue más que una exhibición de magia para hacerlos callar. Nada más. Seis surtidores de agua flotaron hacia el techo abovedado, describieron un

círculo en el aire y volvieron a caer dentro de las copas. Sin embargo, bastó para que volviera a hacerse el silencio en la sala. Y esta vez según los términos de Vivia.

—Qué pronto habéis olvidado todos —dijo en voz baja y peligrosa— que era el nombre de mi madre el que estaba escrito en ese documento, no el de mi padre. Porque fue mi madre la que viajó a la Cumbre de la Tregua y lo firmó.

Fue deslizándose la mirada por cada rostro, uno tras otro. Algunos vizeros apartaron la vista. Otros le sostuvieron la mirada, desafiantes. Pero la mayoría se limitaron a mirarla y escuchar.

—He escuchado vuestro parecer —continuó—. Y lo tendré en cuenta mientras decido nuestra estrategia. Os lo juro. Pero cada momento que desperdiciamos discutiendo aquí es un momento de ventaja que le concedemos al rey saqueador. Con la inacción solo conseguiremos seguir cavando nuestra propia tumba. Debemos actuar ya. Y deprisa.

Señaló al vizer Sotar, situado a su derecha, y este sacó pecho.

—Sotar ha puesto a nuestra disposición a la guardia personal de su familia para proteger las provincias del norte. Si alguno más está dispuesto a renunciar a sus escoltas, prometo que se utilizarán bien.

Nadie levantó la mano, pero Vivia no esperaba otra cosa. Acudirían a ella más tarde, cuando hubieran hablado con sus respectivas familias y decidido a qué daban prioridad, si a su seguridad personal o a la protección de la nación. Algunos elegirían lo primero y otros lo segundo. Y Vivia creía adivinar quién escogería qué. Tampoco los obligaría, porque solo podían pasar dos cosas cuando obligabas a un soldado a prestar servicio: la desertión o la muerte. Y Vivia no quería arriesgarse a ninguna de las dos.

Se inclinó sobre la mesa y señaló un mapa de las tierras del norte, lleno de pequeñas fichas que representaban la información detallada que Vivia había obtenido ahora gracias a las atalayas.

—Tiene a los velas rojas a pie. —Señaló las fichas rojas—. A los baedyed a caballo. —Las piezas amarillas—. Y a un centenar de facciones menores, tribus y brujos que se han unido bajo su estandarte. Todos quieren dar un escarmiento a los imperios.

—Y vemos muertos a nosotros —murmuró Sotar. Dicho eso, fue como si un suspiro colectivo se posara sobre la sala de guerra. Los hombros cayeron, los ceños se fruncieron y la atención se concentró en el mapa. Poco a poco, Vivia fue explicando su plan. Les indicó dónde desplegarían a cada unidad,

dónde enviarían las armas de brujería del fuego que había robado ella y qué carreteras emplearían como rutas de suministros.

Todas las preguntas planteadas durante la explicación fueron cordiales, y todas las objeciones o alternativas se enunciaron en tono cortés, aunque apremiante. El caos de antes pasó a ser una tensión subyacente que impregnaba el aire. Unos hilos invisibles pero muy reales.

Con la decimocuarta campanada, el Alto Consejo dio por finalizada la reunión. Los vizeros se marcharon con paso decidido; Vivia tendría que confiar en que contribuyeran a su plan. Sospechaba que al menos tres de ellos seguían aferrándose a sus propios argumentos y tácticas, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. Por no tener, no tenía tiempo ni para pensar en ello.

—Vizer Sotar —dijo antes de que este se marchara. El noble se detuvo en el extremo de la mesa. Vivia se acercó mientras se alisaba la pechera—. ¿Habéis...? —Se le quebró la voz. Volvió a intentarlo—. ¿Habéis visto a Stacia últimamente?

Sus labios se curvaron en una mueca de inquietud.

—No. ¿Debería?

Al oírlo, al ver su expresión, el vientre de Vivia se petrificó. Se le cayó la máscara y se le escapó el aliento de los pulmones. Tuvo que apoyar la mano en la mesa; de pronto le dolía mucho el hombro.

—Yo tampoco la he visto —contestó Vivia. Su propia voz le parecía muy lejana—. Hoy no ha venido a darme su informe matinal, no ha estado en su apartamento desde hace... no sé ni cuánto. Tampoco ha estado en los Centinelas, en los cuarteles ni en ningún sitio. La he buscado por todas partes. Solo sé que ayer salió de Lovats con nuestro eskuife y que nadie la ha vuelto a ver.

Esta vez fue Sotar el que se inclinó sobre la mesa.

—Un día entero... ¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—Lo siento mucho. —Vivia sacudió la cabeza—. Los saqueadores... —Señaló vagamente la mesa, pero sabía que no era excusa. Debería habérselo contado antes. Debería haber acudido a él desde el principio—. Sé que nos habéis prometido a vuestra guardia, pero si la necesitáis para buscar a Stix...

Sotar la interrumpió con un gesto de la mano.

—Pase lo que pase, mis guardias son vuestros. El reino está por encima de cualquier otra cosa. —Hizo una rígida reverencia, llevándose el puño al corazón—. Avisaré a la hacienda Sotar. Tal vez Stacia haya ido a visitar a su madre. Cuando tenga noticias de mi esposa, os lo haré saber.

Vivia se lo quedó mirando largo rato mientras se iba. Vio cómo la puerta se abría y volvía a cerrarse. Vio las motas de polvo revolotear y balancearse en el aire.

Inspiró una vez, temblando. Luego dos, tres, cuatro, más y más deprisa. Y por una vez, se sumergió en la locura de permanecer inmóvil.

Porque el Zorrito había sido una estúpida, *estúpida*. No debería haberse ido a Marstok. Debería haber avisado al vizer Sotar en el mismo momento en que Stix había desaparecido. No debería haber perdido la paciencia con su padre, sino haber buscado la forma de que renunciara él mismo al almirantazgo.

«Debería, debería, debería». Vivia nunca hacía nada a derechas. Siempre se quedaba corta. No tenía remedio, no podía hacer *nada* para solucionar los desastres que ella misma organizaba.

Tampoco tenía a nadie que la levantara y le sacudiera el polvo de las rodillas. Jana estaba muerta. Merik se había ido. Su padre volvía a darle la espalda. Y Stix...

Stix no estaba.

Y eso significaba que Vivia estaba totalmente sola, con el peso de Nubrevna sobre los hombros. El Zorrito nunca sería suficiente, era imposible. Su pueblo necesitaba a una osa. Y en eso tendría que convertirse.

Vivia hizo crujir el cuello, se ajustó el abrigo y se frotó el rostro con las manos para expulsar la locura. Y expulsó también al Zorrito, ahuyentándolo para que se escondiera en su madriguera, donde nadie pudiera verlo.

No había tiempo para arrepentirse. Tenía que seguir adelante.

TREINTA Y CINCO



A Safi le daba igual que Vaness estuviera ocupada. Le daba igual que se estuviera celebrando una reunión en el despacho privado de la emperatriz. Le daba igual que fuera de vital importancia para la seguridad imperial. Si los víboras no la llevaban ante Vaness de inmediato, alguien iba a perder una oreja.

Los víboras obedecieron.

Safi no se detuvo a pensar ni una sola vez si estaba haciendo lo correcto, del mismo modo que no se habría parado a pensar si hacía lo correcto antes de atarse al mástil de su barco durante un huracán. Los bardas infernales iban a morir; tenía que intervenir antes de que ocurriera.

—No matéis a los bardas infernales —le espetó en cuanto entró en la sala—. Ayer os salvaron la vida. No los matéis, por favor.

Diecisiete pares de ojos se volvieron hacia ella: ocho miembros del Sultanato, ocho oficiales imperiales y la emperatriz de Marstok. Aunque vendada y magullada, Vaness presidía la mesa con mirada de hierro.

—Bruja de la verdad —dijo con tono de reproche—. No es el momento.

—No dejéis que el general Fashayit los mate. —Safi quiso cruzar la estancia, pero dos víboras que montaban guardia en la habitación le cortaron el paso. Se detuvo—. Por favor, majestad. ¿No es suficiente con la tortura? ¿Por qué tienen que morir?

Vaness inspiró hondo muy despacio, tan pensativa como todos los presentes, cuya atención estaba fija en la emperatriz. Finalmente, sin dejar de mirar a Safi, Vaness le hizo una seña al víbora más cercano.

—Tráeme al general. Ya. Y también a Rokesh.

El víbora se inclinó y salió.

—Y los demás... —Recorrió con la mirada al Sultanato y a los oficiales—. Dejadnos.

Nadie osó desobedecer, aunque algunos fulminaron con la mirada a Safi al salir. Otros fingieron no verla. Pero la mayoría se limitó a fruncir el ceño, confundidos por la influencia de Safi, tal vez.

—Los víboras también —ordenó Vaness cuando se marcharon. Y como uno solo, los once víboras salieron sin hacer ni un ruido.

Cuando la puerta de madera se cerró, el porte de hierro de Vaness se deshizo. Bajó los hombros y caminó tambaleándose hasta el asiento más cercano.

—Yo no he ordenado que los torturen. —Sacudió la cabeza. Su voz delataba su asombro... y su sinceridad—. ¿Por qué haría algo así el general?

Safi no contestó. Tenía la voz atascada en el vientre, anclada por la sorpresa. Vaness se había transformado ante sus ojos. Ahora parecía diez años más joven, veinte incluso. Safi estaba frente a frente con la muchacha de diecisiete años que se había visto obligada a asumir el poder tras la muerte de sus padres.

Aquel no era el dolor desgarrador que Vaness le había mostrado en las Tierras Disputadas. Era algo nuevo. Algo peor.

Safi se aproximó rápidamente, y sin pensar en títulos ni protocolos le puso una mano en el hombro a Vaness.

—¿Qué te ocurre?

Vaness no se apartó.

—Estoy cansada —murmuró la emperatriz—. Estoy cansada y... —Titubeó antes de echarse a reír. Era una risa áspera que le daba escalofríos, una risa asustada, divertida... y de desprecio hacia sí misma—. Estoy perdida. —«Verdad», dijo el corazón de Safi—. Pensaba que al traerte aquí se solucionaría todo. Pensaba que limpiarías la corrupción de mi corte como la marea limpia la playa. Pero la podredumbre está demasiado arraigada y mi poder es demasiado precario. Esos rebeldes misteriosos casi triunfaron. A pesar de todas mis precauciones, casi triunfaron.

—Pero no lo hicieron.

—Todavía. —Echó la cabeza hacia atrás, miró el techo y parpadeó—. ¿Y quién me lloraría si muriera? Al pueblo le da igual quién lo lidere.

—El pueblo os adora.

—Me admira —la corrigió Vaness—. La diferencia no es baladí.

Safi no supo qué responder. Su mente no concebía que Vaness necesitara consuelo. Aquella mujer no era la perra de hierro a la que se había enfrentado en Lejna. Tampoco la perra de hierro con la que había viajado por las Tierras

Disputadas. Safi no sabía qué hacer con esta Vaness, fuese quien fuese. Una Vaness real, franca e imperfecta.

Antes de poder pensar en algo que mereciera la pena decir, llamaron a la puerta. Vaness dio un respingo y Safi le quitó la mano del hombro.

—¿Majestad? —dijo un víbora—. El general está aquí.

—Un momento —contestó ella. Miró de reojo a Safi; su rostro seguía desnudo y sin máscara—. Deprisa, Safi: ¿puedo fiarme del general Fashayit?

Al oír esas palabras, todo su cuerpo se puso en tensión. «¿Puedo fiarme del general Fashayit?».

Mentir le resultaba natural desde siempre. Era un talento que había heredado de su tío y que había perfeccionado bajo la estricta tutela de Mathew y Habim. Pero nunca había sido capaz de engañar a su familia de hilos. *Nunca*. Y después de todo lo que Vaness y ella habían pasado juntas...

«¿Y vuestra amistad es más importante que Habim?». Él también era su familia de hilos. Y Habim podía llevarla con Iseult. Fuera cual fuera su plan, era totalmente ajeno a Vaness, del mismo modo que la decisión de Safi de venir a Marstok había sido ajena a los planes del tío Eron.

Y también el trato que Habim había dispensado a los bardas infernales era ajeno a su plan. Safi no podía ignorar todo eso solo porque estaba enfadada.

Iseult le habría dicho que pensara con el cerebro y no con el corazón. Así que, con el cerebro en la mano, Safi contestó:

—Sí, majestad. Podéis fiaros del general Fashayit. Solo ha torturado a los bardas infernales para proteger al imperio.

«Y a mí».

Vaness asintió y su cuerpo se relajó de puro alivio, inclinando los hombros y la espalda. Pero apenas dos segundos después se había vuelto a transformar en la emperatriz de hierro. Se colocó la máscara en su sitio y endureció su porte hasta volverlo de acero. Clavó su mirada afilada en Safi.

—Haz pasar al general. Los víboras te llevarán a tus aposentos.

—¿Y los bardas infernales? ¿Qué haréis con ellos?

—Los acompañarán hasta la frontera para que vuelvan a casa.

«Verdad». Safi dejó de contener la respiración.

—Gracias, majestad. Gracias.

Vaness agitó la mano con displicencia.

—No me des las gracias por lo que pretendía hacer desde un principio. Aséate y prepárate para esta noche.

—Por supuesto, majestad.



Los víboras acompañaron a Safi el corto trecho hasta su alcoba. Durante unos minutos, mientras recorrían los pasillos, casi podía fingir que nada había cambiado. Seguía siendo la bruja de la verdad de la corte; iba a donde le decían, rodeada por una tropa vestida de negro. Nada más. No había bardas infernales torturados en la isla, Habim no había venido a liberarla ni la emperatriz se desmoronaba bajo el peso de su corona.

Y su tío no había sido arrestado por traición.

Cuando Safi llegó a la puerta, encontró a Rokesh esperándola. Su hombro izquierdo parecía varios centímetros más alto que el derecho, como si llevara un vendaje bajo la ropa.

—Niñero —dijo Safi—. Te han herido.

Asintió.

—Gajes del oficio. —Desvió brevemente la mirada. Safi supo que Rokesh se estaba acordando de los víboras que habían muerto en el Pozo. Y también en las Tierras Disputadas.

El víbora le abrió la puerta, que se deslizó en absoluto silencio. La alcoba relucía al sol del mediodía.

Safi no entró.

—¿Cuántos víboras murieron ayer?

—Siete —respondió Rokesh sin la menor inflexión, sin emociones. Pero su indiferencia era mentira, mentira, mentira.

Siete mujeres y hombres a los que ella nunca les había visto la cara habían caído luchando contra el halcón flamígero para que Vaness pudiera vivir. Y un centenar de soldados también habían muerto.

—Lo siento —dijo Safi—. ¿Los... los conocías bien?

Sus ojos oscuros parpadearon dos veces y se formó una leve arruga entre ellos, como si estuviera frunciendo el ceño bajo el pañuelo. Como si no supiera cómo tomarse la pregunta de Safi.

Finalmente, pareció encontrar las palabras adecuadas:

—En Marstok —dijo, pensativo—, cuando se manifiesta una magia como la nuestra, nos dan dos opciones: estudiar en las escuelas de sanación o convertirnos en víboras. Todos nosotros elegimos esta vida. Y lo hicimos a la misma edad. Sí, los conocía muy bien.

Safi tragó saliva, comprendiendo de pronto la gravedad de la situación. El enorme espacio que debía de ocupar el dolor de Rokesh dentro de sus pulmones. El gran peso que recaía sobre la cabeza de Vaness por las dudas y el agotamiento. Y Safi no tenía ni idea de cómo ayudarlos.

—¿Magia como la vuestra? —preguntó por fin, intentando llenar el silencio con alguna pregunta tonta—. ¿Te refieres a la brujería de los venenos?

Rokesh soltó un leve suspiro que casi era una risa. Negó con la cabeza. — Yo y todos los víboras nacimos con poderes de sanación, brujería del agua. Pero la facultad de curar la vida también puede servir para extinguirla. Toda moneda tiene dos caras, bruja de la verdad. El cuchillo de la Dama Fortuna es de doble filo. Y la magia es igual. Lo que importa es lo que decides hacer con ella.

La verdad de su afirmación golpeó a Safi como un relámpago, con tanta fuerza que todo su cuerpo se irguió.

Pues claro que la magia era lo que uno decidía hacer con ella. Pues claro que toda moneda tenía dos caras, y dos filos el cuchillo de la Dama Fortuna.

Había tenido delante de las narices la clave de la piedra sincera desde el principio, pero había estado tan centrada en los *dos* lados de la moneda que no se le había ocurrido que podía utilizar solamente uno.

—Gracias —murmuró distraídamente mientras se daba la vuelta. Pero una nueva inspiración le inundó el pecho al segundo paso. Se giró de nuevo hacia Rokesh—. ¿Cómo fabricáis vuestros dardos envenenados?

Si le sorprendía su pregunta, el víbora no lo dejó ver.

—Cuando los tallamos, les decimos lo que queremos que sean.

—Entiendo —dijo. Y era verdad. Las brujas de los hilos susurraban palabras a sus piedras, los sanadores imbuían su poder en el acto de creación...

Sin una palabra más, Safi se dirigió a su mesa. Lo tiró todo al suelo: todos los libros con tapas a juego, todas las piedras, los hilos y las herramientas, que podían servir a *otros* brujos.

Se volvió y miró el telescopio del jardín. Había estado tan ocupada con las piedras que utilizaban otros brujos del éter que no se había parado a considerar otras herramientas. No se le había ocurrido que tal vez necesitaba construir algo.

El viejo cuervo tenía razón desde el principio.

Safi salió al jardín para coger el telescopio, pero entonces oyó el ruido de un pico procedente del murete. Se le erizó el vello de los brazos al levantar la vista y encontrarse con dos ojillos negros mirándola.

—No eres un pájaro corriente, ¿verdad?

Un nuevo crotoreo. Safi sospechaba que significaba: «No, no lo soy».

—¿Pertenece a... alguien? —Sabía que era una tontería. Todo aquello era absurdo, en realidad. Estaba hablando con un cuervo, maldito fuera tres veces, y esperaba... *creía* que le respondería.

«Un cuervo que te salvó la vida al llevarte a una puerta mágica. Un cuervo que te dio la idea del telescopio y de las piedras sinceras».

No. Safi no iba a hablar con un pájaro ni a plantearse la posibilidad de que este pudiera entenderla. Perseguida por la risa estridente del cuervo, cogió el telescopio, regresó a la alcoba y cerró de un portazo.

Entonces se puso manos a la obra. Desmontó el telescopio pieza a pieza: lentes, armazones, espejos y tornillos. Mientras tiraba, desenroscaba y arrancaba, pensó en Iseult. Pensó en Habim y en los bardas infernales, torturados y envenenados en las mazmorras. Pensó en Vaness sin su máscara y en lo mal que estaba el mundo de repente.

Dedicó todos sus pensamientos, toda su energía y todo su ser a aquella sensación, a aquel pedacito de su magia. «Mentira, mentira, mentira. Falso, falso, falso». Se sumió en el hormigueo y el temblor en las costillas que le producían las mentiras, atenazándole la columna y estrujándole los órganos. Pensó en los sajados. Pensó en los velas rojas. Pensó en cada persona malvada y cruel que había conocido.

Las campanas sonaron tres veces. Nadie la interrumpió, así que continuó trabajando, siguiendo la intuición que siempre la había guiado. Y ahora que había dado con la senda correcta, era como si su magia lo deseara, como si ansiara la libertad tanto como Safi. Brotaba de su interior y se vertía en el cristal, el latón y los tornillos.

Horas más tarde, había terminado.

El resultado refulgía a la luz del sol: un diminuto catalejo armado con el ocular del telescopio, varias lentes internas y restos de hilo y cuarzo.

«Una lente sincera».

Safi caminó a trompicones hasta la cama, con la mente y el cuerpo totalmente huecos, y se durmió.

TREINTA Y SEIS



Las filas de sajados no llevaron a Merik de vuelta a la torre de Esme. La formación daba un rodeo hacia el oeste y ascendía por una colina boscosa. Si allí había habido algún edificio, ya no quedaba nada.

Ya se ponía el sol cuando finalmente Merik coronó la cima, con las piernas doloridas y la columna agarrotada por la caminata (y la carrera, cuando su cuerpo se lo permitía). No podía demorarse, así que se había despedido del norteño señalándole el horizonte y repitiéndole que allí lo ayudarían.

Sin esperar a verlo alejarse, Merik había recuperado su camisa empapada y había echado a correr hasta que le fallaron las piernas. Y no tardó mucho, porque estaba destrozado. La Titiritera se había encargado de ello. Pero aunque los músculos y los huesos le fallaran, su mente seguía tan afilada como siempre. Había recobrado el ánimo al encontrar al norteño. En su cabeza había estallado una tormenta de preguntas y conclusiones. Y un relámpago destacaba por encima de los demás.

Si ese hombre había sobrevivido a la sajadura, si se había liberado del control de Esme (aunque no supiera cómo), tal vez Merik también tuviera salvación. Y si Merik podía sanar, Kullen también. Y todas aquellas personas.

Ese pensamiento lo sostuvo durante todo el trayecto de vuelta a Poznin. Corría cuando podía, arrastraba los pies cuando no y procuró desviarse cuando avistó el hueco en la sarta de sajados que señalaba el mortífero estanque cantor.

Mientras Merik pasaba junto al último centinela de Esme, colina arriba, el bosque se abrió de repente. Una luz roja como el rubí iluminaba un estanque de forma larga y redondeada. Las aguas oscuras estaban tranquilas. Seis robles de tronco y ramas desnudos se alzaban hacia el cielo como cadáveres

saliendo de sus tumbas. Curiosamente, aunque llevaban mucho tiempo muertos, no los había derribado ninguna tormenta.

«No es tan curioso», pensaba Merik a medida que los miraba. Allí no había estructuras artificiales. No había losas de piedra en los bordes del estanque ni monumentos para rendir culto a su magia, solo hierba espesa, árboles frondosos y los susurros de las criaturas de la noche.

Con ese pensamiento, un recuerdo salió a la superficie, una canción de comba que le había enseñado su tía Evrane cuando era pequeño:

*Al aire lo honran el roble y la hierba;
al agua, ciprés y caliza.
Hayas y granito, dones de la tierra;
del fuego, cedros y arenisca.
Nieve y abedules, el seno del éter;
se esconde el vacío en setas lucientes.
Y en el corazón, donde no brilla el sol,
despierta la gigante llamada Durmiente.*

Robles. Hierba. Estaba en el Pozo Originario de Arituania. El Pozo vinculado a la magia del aire, la fuente del poder de Merik.

Y estaba muerto. Al igual que el Pozo Originario del agua junto al que había crecido él, las aguas de aquel Pozo habían dejado de fluir; sus seis árboles se habían secado.

—Ahí estás. —La voz de Esme surgió de los árboles y la joven apareció enseguida entre ellos. Lina estrecha senda se perdía en el bosque, a sus espaldas. Llevaba una rica capa de armiño con un ribete de terciopelo blanco en la capucha, que resplandecía al sol mientras se acercaba dando brincos.

«Siempre va dando saltitos», pensó Merik. Sus músculos se tensaron al verla aproximarse. «Siempre se lo pasa en grande con todos sus juegos». Y en efecto, cuando la muchacha se detuvo a diez pasos de distancia y se quitó la capucha, sonreía de oreja a oreja.

—Bienvenido a mi Telar. —Abrió los brazos—. Así lo controlo todo. ¿A que es bonito?

Merik titubeó. Intentó tragar saliva, pero la garganta había dejado de funcionarle. No veía ningún telar. No veía nada más que el Pozo. Aunque era innegablemente hermoso, le daba miedo admitir que solo veía la hierba, el agua y la luz de la luna.

Esme se echó a reír.

—Pues claro que no puedes verlo, príncipe. Solo pueden verlo las brujas de los hilos. O... —Ladeó la cabeza con coquetería—. O las brujas tejedoras. Y ahora dame las gemas —añadió, extendiendo su pálida mano.

Merik obedeció y se apresuró a desatar el saco que llevaba sujeto al cinturón. Las piedras se entrechocaron; le habían dejado la cadera dolorida por el golpeteo mientras corría.

—¿Tantas? —dijo Esme, abriendo los ojos de pura codicia.

—*Onga*. Había muchas en el santuario. —Merik le ofreció el saco con la cabeza gacha. Esme desató el cordón con un grito de júbilo.

Un grito que pronto se convirtió en un rugido.

—Lo has hecho *mal*. —Avanzó hacia él echando chispas por los ojos—. Te dije que me trajeras piedras con hilo, príncipe, pero casi ninguna de estas tiene. Me has desobedecido.

—No —jadeó Merik, alzando las manos—. No, por favor, ha sido sin querer. Lo juro.

A Esme le dio igual. Ya estaba levantando la mano libre, alargándola hacia el agua. Tocó el aire como si fuera la cuerda de un arpa.

Merik notó una explosión de dolor. Primero en el cráneo, un dolor incandescente y cegador. Después le fue horadando el cuello y bajó hasta el pecho, constriñéndole los pulmones y llenándole los órganos de aceite hirviendo. Se desplomó sobre la hierba.

Gritó, suplicó y lloró, pero el dolor siguió abrasándolo, acuchillándolo y escaldándolo hasta que lo único que pudo hacer fue aferrarse a la consciencia.

Cuando el suplicio remitió por fin y empezó a retirarse lentamente (aunque eso casi dolía más que el ataque en sí), Merik siguió retorciéndose sobre la tierra. El dolor era muchísimo peor de lo que recordaba. Después de un día entero sin padecerlo, se le había olvidado hasta qué punto podía hacerle daño Esme.

«Pero necesita su Telar». Un rincón de su mente se preguntó si a Esme le hacía falta estar presente físicamente para utilizarlo.

Oyó un golpe sordo al lado de su cabeza. Giró el cuello, que le temblaba tanto como el resto del cuerpo, abrió los ojos y vio que lo que había caído a su lado era el saco de gemas.

—Sepáralas —le ordenó Esme. Seguía al lado del Pozo, con el brazo extendido y los dedos listos para volver a tocar el Telar invisible.

Eso despejó sus dudas: por lo visto, Esme necesitaba estar cerca del Telar para utilizarlo. Era una información útil. Seguramente por eso no había tenido noticias de Esme durante el día: la Titiritera estaba en otro lugar.

—Y esta vez, príncipe —dijo la muchacha—, hazlo como es debido. Solamente quiero gemas envueltas en hilo. ¿Entendido?

Asintió como pudo; la garganta no le funcionaba. Sus músculos tampoco cooperaban mientras luchaba por incorporarse y coger el saco. Le temblaban los dedos y sus ojos parpadeaban sin cesar. Cuando lo consiguió, trató de quitarse el abrigo, pero tuvo que intentarlo varias veces. La manga de la camisa seguía húmeda; la fresca brisa de la tarde aliviaba el fuego que ardía dentro de sus venas.

Extendió el abrigo sobre la hierba y vació el saco encima. Entonces Esme apartó por fin la mano del Pozo. De su Telar.

Durante un rato, la joven se quedó mirando a Merik mientras este separaba las piedras en dos montones. Avanzaba despacio; apenas veía nada a pesar de la luz del atardecer. Cada pocos minutos un denso jirón de nube lo dejaba a oscuras, y a menudo los hilos eran tan finos que resultaban casi imposibles de detectar.

Odiaba que Esme lo estuviera vigilando. En cualquier momento colocaría una gema en el montón equivocado y ella lo castigaría. Aunque le ardían la garganta y los labios, se obligó a decir con voz ronca:

—¿Para qué las necesitas? No hemos... —Se humedeció los labios—. No hemos terminado la lección.

Al ver la súbita sonrisa de Esme, lo invadió un alivio tan grande que sintió que se le derretía la columna.

—¡Ya sabía yo que podía enseñarte! —chilló—. Qué bien nos lo pasamos, ¿eh? —Echándose las faldas a un lado, Esme se sentó con elegancia en la hierba y recogió las rodillas debajo del cuerpo—. La respuesta a tu pregunta, príncipe, es que mi Telar necesita poder. Y para obtener ese poder necesito una fuente externa. La magia no es infinita, ya lo sabes. ¿O no lo sabías? Veo por tus hilos que ya estás confundido. Qué seso tan embotado y lerdo tienes. —Esme señaló las aguas agitadas por la brisa—. Todo empezó con este Pozo. No estaba del todo muerto cuando yo lo encontré hace seis años. Casi, pero no del todo. Todavía le quedaba suficiente vida para que yo pudiera sajarla. —Los dedos de Merik, que se disponía a coger una gema roja, se quedaron paralizados. No podía haber oído bien—. La muerte de un Pozo fue el nacimiento de un ejército. —Esme soltó un suspiro lleno de cariño y nostalgia—. Qué emocionantes fueron esos días. Solo estaba experimentando, pero tuve éxito..., como puedes ver. —Sonrió.

Merik se apresuró a reanudar su tarea. Sí, la había oído perfectamente: Esme había sajado un Pozo Originario. No podía ni imaginar cómo era

posible una cosa así.

—Requiere un gran poder, príncipe —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento—. Hace falta una cantidad *inmensa* de hilos para crear un Telar, y casi morí en el intento. Hoy las cosas ya no son como en tiempos de Eridysi. Los Paladines podían acceder fácilmente a semejante poder, pero ahora... —Se interrumpió y contempló la hierba—. Ahora la magia es diferente. Para obtener el suficiente poder, tengo que... ir más allá. —Levantó los ojos de pronto, clavándolos en Merik.

No se atrevió a sostener aquella mirada enloquecida. Cogió otro puñado de piedras, las examinó y las descartó todas.

Todavía notaba su mirada penetrante mientras continuaba:

—Cuando encontré este Pozo, supe que podía proporcionarme lo que necesitaba. Por entonces aún no conocía el alcance de mis poderes. Solo sabía que no podía crear piedras hilanderas y que a mi tribu —dijo, escupiendo esa palabra— no le servía de nada una bruja de los hilos incapaz de fabricarlas.

»Eso me hace pensar... —dijo entonces, con la voz repentinamente distante—. ¿A cuántas brujas de los hilos habrán expulsado por ser como yo? ¿Cuántas padecieron el fracaso y el odio cuando lo cierto era que, sencillamente, no eran brujas de los hilos?

Merik no respondió. Sabía que Esme no esperaba que lo hiciera. Pero intuía que esperaba alguna reacción por su parte. Percibía su expectación.

—¿No... tienes tribu? —preguntó, intentando aplacarla con más preguntas.

Acertó con su corazonada: Esme dejó de prestar atención a Merik y volvió a contemplar el estanque mientras acariciaba la hierba.

—Ahora soy *amalej*. No tengo tribu, familia ni hogar. Y no por decisión propia, sino por obligación. Me expulsaron por no ser lo que ellos querían que fuera.

Durante un fugaz instante, se compadeció de ella. La habían expulsado de su hogar y su familia por no encajar... Merik se había sentido así durante toda su infancia, relegado a las tierras Nihar mientras Vivia se criaba en el palacio real.

Pero lo cierto, la verdad que no había visto hasta que ya era demasiado tarde, era que su familia siempre había estado allí. Evrane, Kullen, el pueblo de Nihar e incluso la propia Vivia. Pero Merik había sido demasiado arrogante para darse cuenta.

Miró de reojo a Esme, procurando no llamar su atención. El verdadero exilio, que le negaran el amor y el contacto con la gente... era un destino que

no le deseaba a nadie. Tal vez aún había una persona viva dentro de todo aquel odio, un vestigio de la joven que había sido antaño.

El estanque resplandeciente y el sol del atardecer iluminaban el porte majestuoso de Esme, su exquisita capa y su piel radiante. Merik se dio cuenta entonces de la quietud que reinaba en el Pozo. La tarde se le antojaba sobrenatural, como si no estuviera flotando en una pesadilla, sino en un sueño.

—Ellos fueron los primeros —continuó Esme, devolviendo a Merik al claro, a la lección. La Titiritera le sonreía con serenidad—. Todos y cada uno de los miembros de mi tribu. Destruí a todas las personas que me habían rechazado. —Sin apartar los ojos de Merik, extendió la mano hacia el Pozo. Con un giro de muñeca y un tirón, empezó a oírse un rumor en el bosque.

Uno tras otro, centenares de sajados fueron saliendo de entre los árboles, ocupando la hierba y los senderos. Y detrás venían otros tantos.

—Estuve a punto de morir, pero valió la pena, príncipe. No hay mejor sabor que el de la justicia. Y ahora puedo tocar sus hilos siempre que quiero... —rasgó el aire con los dedos— y verlos bailar.

«No», quiso decir Merik. «No los obligues, por favor». Pero era demasiado tarde: los sajados habían empezado a bailar. Algunos daban palmas, otros giraban sobre sí mismos y otros brincaban y se bamboleaban. Dos de ellos incluso comenzaron a mover los pies en una imitación grotesca y anárquica del cuádrupaso nubrevnés. Era como si cada sajado estuviera bailando a su manera.

Siguieron danzando y danzando mientras Esme, radiante, reía y daba palmas para marcarles el ritmo.

Merik tuvo ganas de vomitar. La compasión de antes se había evaporado.

—¿Cómo... cómo lo haces? —se obligó a decir. Notaba la bilis subiéndole por la garganta, pero tenía que detener aquello. Y tal vez la solución fuera hacerle otra pregunta.

Pero no. Esme lo ignoró y siguió riendo y aplaudiendo cada vez más fuerte y más deprisa. Más deprisa, más deprisa, hasta que los sajados empezaron a chocar entre sí o a tropezar con sus pies exánimes.

Merik cambió de táctica. Recurrió a un truco que había aprendido de Vivia, que tan bien sabía manejar a su padre:

—¿Cómo controlas a tantos a la vez, Esme? Qué habilidad.

Esme se detuvo. Los sajados se quedaron quietos, algunos con las piernas en alto, otros medio reclinados en los árboles. Apartó la mano del Telar con parsimonia.

—*Nadie* es más hábil que yo.

Entonces los sajados se colocaron rápidamente en formación, totalmente derechos. Pero no regresaron al bosque; se quedaron allí, vigilando a Merik con un millar de ojos ciegos.

—Es el poder del Telar, príncipe. Pero incluso sus dones son finitos. Y por eso debes ayudarme. Por eso debes *darme las piedras hilanderas correctas*. —Desnudó los dientes y entonces, con una velocidad sobrecogedora, se puso a cuatro patas y gateó hacia Merik.

Ahora Esme ya no parecía un sueño. Parecía la muerte al acecho; Merik sentía que las aguas infernales y los peces bruja venían a arrancarle el alma.

Cuando llegó hasta el abrigo, Esme agarró un puñado de gemas envueltas en hilos.

—Con *esto* obtendré el poder que necesito para construir mi próximo Telar, príncipe. Las brujas de los hilos vierten su poder en estas piedras y yo lo absorbo como el tuétano de un hueso. Me vuelvo más fuerte con cada una.

»Así, cuando el rey Ragnor se haga con el monasterio, estaré preparada para reclamar el Pozo del éter. Y cuando tengamos ese poder... —Soltó una carcajada alegre e infantil—. Usaremos las puertas de Eridysi para conquistar hasta el último palmo de las Tierras Embrujadas. Uno tras otro, todos los imperios caerán. Y uno tras otro, todos los Pozos serán míos.

TREINTA Y SIETE



«**Q**uémalos. Quémalos a todos».

Iseult soñaba con un campo de batalla envuelto en humo. Unas rocas inmensas ennegrecían los límites de su visión y el fuego arrasaba la tierra, imparable. Eran las Tierras Disputadas que recordaba, las Tierras Disputadas donde había matado al brujo del fuego, segando sus hilos y sajándolo de parte a parte.

«Cabello quemado y carne humeante. Piras otoñales y gritos de piedad».

Diez pasos más adelante, el brujo del fuego la miraba maliciosamente, convertido en un esqueleto hecho de llamas. La calavera sonreía y se carcajeaba, entrechocando los dientes. Clac, clac, clac.

El brujo también se tambaleaba; tenía los brazos extendidos a ambos lados, como un títere a la espera de las órdenes de Iseult. Las sombras se deslizaban sobre su cuerpo, unas oscuras telarañas que se movían por el interior de las llamas naranjas.

Unas llamas antinaturales invocadas por la magia. Dominadas a voluntad.

Pero esta vez no era el brujo del fuego quien había invocado las llamas, ni tampoco quien las controlaba. Iseult sabía que se trataba de su propio poder, de su propia voluntad..., porque ahora ella y el brujo del fuego eran uno.

Siempre habían sido uno. Sus caminos convergían, imparables.

Tres líneas negras se desprendieron del brujo. «Segar, segar, torcer y segar». Reptaron por el aire espeso y humeante antes de llegar hasta Iseult y enroscarse en su corazón. Eran unas hebras nudosas. Corruptas.

«Hilos que quiebran. Hilos que mueren».

—No —intentó decir Iseult. Pero de su boca solo salió una voluta de oscuridad.

Retrocedió dos pasos.

Y el muerto avanzó a trompicones, imitando perfectamente sus movimientos y sin dejar de reír. Clac, clac, clac.

—¡Tú me mataste! —gritó—. Y volverás a hacerlo. Una y otra vez, porque estamos unidos. Yo soy tuyo y tú eres mía.

Iseult tenía un nudo en la garganta y sus pulmones solo tragaban calor, pero esta vez consiguió balbucear:

—T-tengo que matarte. Para salvar a Aeduan. Debo hacerlo.

—Pero él te ha abandonado. Y volverá a hacerlo. Una y otra vez, Iseult. El mundo arderá a tu alrededor, pero él ya no vendrá.

El brujo del fuego volvió a reír, soltando un aullido tan agudo como el del aire que silbaba entre los leños de una hoguera. Y entonces, igual que la madera, el brujo chascó. Sus hilos se tensaron al máximo y su cuerpo se irguió cuan largo era. Echó los brazos hacia atrás hasta invertir los codos y las rodillas. Entonces abrió la boca y de ella brotó un fuego que lo engulló todo. Todas las imágenes, todos sus sentidos.

—¡QUÉMALOS! —bramó. Su muda promesa conquistaba hasta el último rincón de la mente de Iseult—. ¡QUÉMALOS A TODOS!

El fuego alcanzó a Iseult. Un calor, una luz y un dolor desgarradores. Aquello era el fin. Iba a morir. El brujo del fuego al que había sajado la estaba sajando ahora a ella. Iseult también gritó.

Pero la muerte no llegó. A medida que transcurrían los segundos, el dolor fue dispersándose lentamente. Muy muy despacio, demasiado despacio. Pero retrocedía. Y el fuego también se disolvía, abriendo orificios blancos en su visión, como si aquel mundo estuviera hecho de papel y otro mundo nuevo lo estuviera rasgando para abrirse paso. Hasta que finalmente no quedó nada, nada salvo Iseult y unas motas blancas que flotaban a su alrededor.

«Es ceniza», pensó al principio. «Es el fin y solo quedan cenizas». Pero entonces se dio cuenta de que eran frías al tacto. Se le posaban en los hombros y mantenían una forma cristalina perfecta.

Era nieve.

La pesadilla había terminado.

Pero ahora Iseult no tenía ni idea de dónde estaba, y alguien nuevo se acercaba, manifestándose en el tejido del Ensueño. Una figura alta y amenazante, con los hombros anchos y las manos rígidas a los costados. La única parte que parecía tangible y dotada de forma y textura era la corona de plata que llevaba en la cabeza.

Resplandecía como la escarcha. Era un rey de plata en un mundo nevado.

«Frío». Iseult no se había dado cuenta hasta ahora de que se estaba congelando. Le castañeteaban los dientes y le temblaba todo el cuerpo. Pero no era como el fuego, no le dolía ni la hería. Simplemente estaba ahí.

Se sentía cansada. De pronto, lo único que quería era acurrucarse en aquella gélida quietud y dormir. Pero obligó a sus ojos a permanecer bien abiertos y a su boca a articular palabras:

—¿Quién eres?

Pero no salieron sonidos de su garganta, ni tan siquiera una vaharada de aire condensado. Solamente estaban la nieve, el frío y el rey, que ahora le hacía una brusca reverencia. Levantó las manos, dejando una estela de sombras negras que le daba el aspecto de un enorme pájaro negro.

«Vamos», parecían indicarle sus alas. «Despierta».

Y eso hizo. Contempló cómo los últimos posos del Ensueño se desvanecían. Las alas del rey se encogieron, revelando debajo a una mujer de cabellos plateados, coronada por un manojo de cálidos hilos de preocupación.

«Despierta». Iseult estaba despierta, pero seguía temblando, seguía helada. No sabía dónde estaba. Unas lámparas tan intensas que la cegaban cubrían el mundo de un mortecino color ambarino. Incluso la mujer que tenía delante resplandecía como un sol naciente.

Después de jadear y parpadear tres veces, Iseult cayó en la cuenta: conocía a esa mujer. Conocía ese rostro arrugado y esos cabellos plateados que tenía encima.

«La monja Evrane». Le estaba frotando ungüentos en los brazos, trazando círculos lentos con los dedos. Iseult apenas sentía el tacto de sus manos; le había insensibilizado la piel con... algo. Su visión se fue aclarando a medida que miraba a Evrane. Círculos, círculos, siempre en círculos.

—Estás despierta —murmuró Evrane en nubrevnés, con una voz compasiva que reflejaba el color de sus hilos, aunque seguía concentrada en la tarea—. Noden me ha dado su bendición, está claro. Nunca creí que algún día vería a una Cahr Awen aquí, en su hogar sagrado.

Al oír la voz de la monja, Iseult sintió un cosquilleo en los ojos y la garganta taponada como con bolas de algodón. «Evrane está viva. No la maté en Lejna». Aeduan ya se lo había dicho, pero ella no había terminado de creérselo hasta ahora.

—¿C-cómo? —graznó Iseult, intentando incorporarse. Evrane se lo impidió sin esfuerzo. Con solo apoyarle con firmeza la mano en el hombro, Iseult no tuvo más remedio que volver a tumbarse. Posó la cabeza en un tejido

de terciopelo que olía a romero, y solo entonces fue plenamente consciente de que ella también estaba viva.

—Estás en el monasterio —le explicó Evrane—. En el alcázar principal. Conseguimos llegar hasta los restos del pontón celeste antes que los otros.

—¿Los otros?

Los hilos de Evrane se tiñeron de azul cobalto: pesar.

—Me temo que el monasterio se ha dividido en dos facciones. Los que apoyan al abad y los insurgentes. Yo respaldo al abad —añadió mientras dejaba de atenderla y ladeaba la cabeza—. ¿Los oyes? Han reanudado el asedio desde que os hemos traído.

Iseult frunció el ceño mientras escuchaba. Sí, sí... Se oía un rugido lejano, como de voces. Y cada pocos segundos había un estruendo; más que oírlo, sentía vibrar la cama.

—No dejan de disparar —dijo Evrane—. Aunque ya se han quedado sin pez y ahora solo nos tiran piedras.

—¿P-por qué?

Un suspiro. En los hilos de Evrane crecieron la tristeza y el pesar.

—Porque se han descarriado y han olvidado su juramento a los Cahr Awen. Es un milagro que no hayas muerto, Iseult. Pero supongo que Noden protege a quienes más necesita. —Sus ojos oscuros se cruzaron brevemente con los de Iseult y una leve sonrisa afloró a sus labios. Después desvió la mirada hacia un rincón—. El príncipe ha salido casi ileso. Dice que tú lo protegiste del golpe.

Por primera vez desde que había despertado, Iseult percibió el segundo conjunto de hilos que había en la habitación. Flotaban entre las sombras, pálidos de sueño. Esta vez, cuando intentó incorporarse, Evrane no se lo impidió, sino que la ayudó con delicadeza.

—Con cuidado, con cuidado.

La habitación terminó de materializarse en torno a Iseult: la cama con dosel de tela rica y gruesa de color verde bosque y azul marino, las cortinas altas, el armario coronado por una cabeza de camero y el espejo con marco de oro. Había candelabros de oro, una lámpara de araña de oro..., incluso los dos braseros que calentaban la estancia estaban pintados de dorado.

Pero quien captó la atención de Iseult fue el hombre del rincón: era el príncipe Leopold, repantigado en un sillón de satén. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y le habían vendado las dos manos y media cara. Sus hilos, desvaídos por el sueño, se enroscaban lánguidamente sobre su cabeza.

—Se ha negado a apartarse de tu lado —dijo Evrane con fastidio—. Aunque al menos me ha dejado curarte.

—¿Ah, sí? —murmuró Iseult, aunque apenas la escuchaba. Sus ojos escudriñaban cada centímetro de la habitación, cada piedra y cada sombra. Pero no veía ningún tercer conjunto de hilos.

No había ninguna brujita de la tierra escondida por allí.

—¿Y Lechuza? —Iseult se volvió bruscamente hacia Evrane—. ¿Qué le ha pasado?

Evrane negó con la cabeza. Sus hilos palidecieron de confusión.

—Lechuza —repitió Iseult, más alto—. Una niña. Una niña especial.

—No había nadie más...

—C-claro que sí. ¡Tuvisteis que verla! —Las palabras de Iseult salían cada vez más deprisa, acechadas por su balbuceo. Habían perdido a Lechuza. ¿Cómo podían haberla perdido? «Por la Madre Luna. No»—. Iba con nosotros en el pontón, monja Evrane. ¡T-tiene que estar en algún sitio!

—Tranquilízate. —Le puso una mano en el hombro.

—¿No visteis ningún cuerpo? —Su voz era cada vez más fuerte y aguda. Leopold se revolvió en su sillón, aún dormido.

Y los hilos de Evrane se oscurecieron por la preocupación hasta adquirir el color del musgo.

—Iseult —murmuró—. Tienes que calmarte. No podrás curarte si estás histérica.

Pero Iseult no estaba histérica. Había perdido a Lechuza. Una niña que nunca le había caído bien, pero a la que por fin había empezado a comprender, estaba ahí fuera, en algún sitio. Posiblemente atrapada en una guerra entre monjes...

Si es que seguía con vida.

Pero la voz se le atascaba detrás de la lengua. Las ondas del sueño se deslizaban por su espalda. Conocía esa magia. Era Evrane. Quería adormecerla hasta que se curara.

Iseult no quería dormir. Todavía no. Lechuza la necesitaba. Pero la magia de la monja era más fuerte que la desesperación de Iseult. Aunque intentó protestar, solo consiguió proferir un gemido apagado.

Lo último que vio antes de que la magia de Evrane la dominara fue la oscuridad. Unas sombras se deslizaban por el rostro de Evrane. Y también por sus hilos.

Entonces la negrura también se apoderó de Iseult. Se durmió.

TREINTA Y OCHO



Dos semanas después de salvar a Calzas, el niño ayuda a su madre a curarle las heridas al perro; cada día le ponen un ungüento en los puntos de sutura del vientre. El niño sabe que su perrito, aunque le duele el cuerpo y nunca podrá volver a andar ni a jugar como antes, es feliz. Cada vez que él se acerca, Calzas meneaba la cola y el niño percibe destellos de dicha en la sangre fiel del perro.

—Ese monstruo nunca te volverá a hacer daño —le susurra a Calzas todas las noches, mientras le rasca las orejas negras y peludas—. Yo siempre te protegeré.

Pero es mentira. Y tres semanas después de salvar a Calzas, el niño lo mata.

Ocurre de noche, mientras le rasca las orejas. Sus padres han ido a sentarse fuera de la tienda y hablan en voz baja, como hacen siempre que creen que el niño duerme. Su madre deja escapar risas quedas. Suele reírse así.

Ris. Ris. Ris.

—El monstruo nunca te volverá a hacer daño —le recuerda el niño a Calzas, que está echado a su lado sobre la esterilla—. Yo siempre te protegeré.

Calzas mueve la cola. Ris. Ris. Ris.

Y entonces se queda quieto.

El chico se incorpora, alarmado.

—¿Calzas?

Calzas no reacciona, y el niño se da cuenta de que el poder de sus venas se ha adherido a la libertad que late dentro de Calzas. Y

también a su lealtad.

Y ahora la sangre de Calzas fluye más despacio. Su corazón se ralentiza... hasta que se para.

El niño no lo está haciendo a propósito. Ni siquiera sabe cómo lo está haciendo. Solo sabe que lo ha hecho. Y ahora que ha clavado las garras, no es capaz de soltarlo.

¡Lo intenta! Lo intenta, lo intenta, lo intenta. Hinchaba los pulmones. Incluso se escabulle hasta la otra punta de la tienda y se echaba a llorar.

«Suéltalo, suéltalo, suéltalo», piensa mientras el terror se le enreda en el pecho.

Entonces grita:

—¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Sus padres irrumpen en la tienda. Madre está asustada; Padre, listo para defenderlos.

Pero no pueden hacer nada. Y por mucho que el niño grita y llora, él tampoco puede obligar al poder de su interior a soltarlo.

El corazón del niño late deprisa mientras nota cómo el de Calzas está cada vez más débil. Su madre intenta tranquilizarlo. Le tararea y lo abraza; su padre intenta reanimar al perro moribundo.

Y entonces el corazón de Calzas se detiene para siempre.

Pero en todo momento, mientras el niño chillaba y suplicaba, mientras le rascaba y sollozaba, Calzas no ha dejado de mirarlo con los ojos llenos de amor. Es su mejor amigo en el mundo entero. Hasta el mismo instante en que los últimos coletazos de vida lo abandonan, el animal jadea feliz, con la lengua fuera, y por sus venas sigue corriendo la lealtad.

Porque el perro no entiende que el niño ha roto su promesa. No entiende que el niño no lo ha protegido en absoluto.

Y no entiende que el verdadero monstruo siempre ha sido el niño.



Ya se había puesto el sol cuando Lizl obligó a Aeduan a ponerse en marcha de nuevo. Los ungüentos le habían aliviado, y también la loncha de queso

seco y la rebanada de pan aún más seco. Pero lo que más lo había ayudado era la ira que bullía en su corazón.

El frío endureció la noche. Había niebla, y siguieron ascendiendo más y más hasta llegar a un río demasiado ancho y bravo como para cruzarlo. No tuvieron más remedio que ir más despacio y seguirlo curso arriba hasta un puente de piedra. A unos cincuenta pasos había un acantilado con una gran cascada que despojaba a la noche de sus sonidos y condensaba la niebla en una bruma helada.

El asno estaba cruzando el puente cuando Aeduan lo olió: centenares de esencias sanguíneas claras, nítidas y expuestas al aire nocturno. Por muy débil que estuviera su magia, el aroma a matanza era inconfundible.

—Hay gente —dijo con voz ronca. Era la primera vez que hablaba desde hacía horas—. Más adelante. Guerreros.

Lizl le echó un vistazo por encima del hombro, pero esperó a salir del puente antes de hablar:

—¿Dónde?

Aeduan inspiró hondo y aferró la escasa magia que encontró.

—Al norte —contestó—. Al otro lado de la cascada.

—¿Está lejos?

—No lo sé. —Era verdad, aunque el antiguo Aeduan lo habría calculado inmediatamente. El antiguo Aeduan habría percibido cuántos eran en total y cuántos de ellos estaban heridos. Pero ahora solo sentía la vorágine de sangre y muerte.

Lizl miró en dirección a la cascada, con los ojos entornados y los labios fruncidos a un lado de la boca.

—No conozco este paraje —admitió—. He tomado un atajo para ahorrar tiempo, pero no vale la pena arriesgarse a perder la vida solo para que el viaje sea más corto. Al llegar a esa bifurcación, seguiremos por el sur.

Azuzó a su yegua y salió a galope sostenido. El burro la siguió; el ritmo de sus pasos sacudía dolorosamente el pecho de Aeduan. Con cada impacto volvía a escurrirle sangre por el torso. Con cada zancada, la trailla se tensaba.

Cuando llegaron a la bifurcación de la carretera, se oyó un estallido. «Una pistola», comprendió Aeduan. Oyó varios sonidos similares. Después empezaron los gritos, más agudos y cercanos de lo que esperaba.

Su magia se revolvió, buscando y hozando. Una esencia familiar le inundó las venas: habían herido a alguien a quien él conocía. Se estaba muriendo.

—¡Espera! —Aeduan intentó hacer frenar al burro—. Espera —repitió, más alto—. ¡Hay un monje con ellos!

Al oír eso, Lizl tiró de las riendas para detener a su yegua. Se giró sobre la silla y miró fijamente la oreja de Aeduan y su pendiente de ópalo. Pero ni el suyo ni el de la propia Lizl resplandecían; ningún monje cercano estaba pidiendo ayuda.

—Mientes —le escupió, girándose de nuevo hacia delante—. Intentas engañarme para escapar.

—No —protestó él.

—¿Y quién es?

Eso no lo sabía. Tal vez ni siquiera conocía su nombre. Su magia catalogaba muchísimas sangres distintas. Algunas las retenía, pero otras no.

Antes de que Lizl pudiera azuzar de nuevo a su montura, se oyó el eco de nuevos disparos. Más cercanos todavía, acompañados de voces y alaridos.

Una mujer con las vestiduras grises de los puristas apareció entre los árboles, junto al camino. Llevaba en brazos a un bebé que lloraba. Al ver a Aeduan y a Lizl, se detuvo en seco.

—Por favor —imploró en marstokí—. Por favor, no me matéis. Os lo suplico, por favor. Mi hijo...

Se le quebró la voz cuando una flecha la alcanzó por la espalda, atravesándole el pecho y el corazón. Y también al bebé. Una cascada de sangre se vertió sobre los sentidos de Aeduan.

Bajó con torpeza del asno mientras buscaba a la mujer con su magia. Tenía que paralizar su sangre y salvarla antes de que murieran ella y el niño. Pero estaba demasiado débil. Era demasiado lento. Y la correa de cuero se le clavaba en el cuello, reteniéndolo.

Hasta que Lizl desmontó también. Los dos echaron a correr hacia la mujer. Aeduan se agachó a su lado y miró fijamente sus ojos oscuros. Demasiado tarde. Los últimos destellos de vida ya se habían desvanecido. El bebé había dejado de llorar. Su cuerpecillo menudo estaba inerte.

Vagamente, Aeduan se preguntó si su madre había tenido el mismo aspecto esa noche, hacía tantos años. La herida de flecha, la sangre... la sangre infinita. Aeduan tampoco había podido salvarla.

«La muerte te sigue allá donde vas».

Un tirón de la correa lo obligó a levantarse. Lizl caminaba hacia el bosque con la espada desenvainada; no le quedó más remedio que seguirla.

Y se alegraba de ello. Quería seguirla. Quería matar.

Pasaron junto a otros cadáveres. Otra mujer y dos niños. Todos los cuerpos estaban erizados de flechas con plumas amarillas. Lizl no se detuvo. Aeduan tampoco.

El fragor de la pelea se acercaba. Los disparos y los gritos lo invadían todo. También se oían choques de espadas y una voz masculina que bramaba órdenes. Cuando llegaron a la linde del bosque, ante sus ojos apareció una masacre iluminada por la luna. Era un recinto de los puristas, protegido por una alta empalizada que, sin embargo, tenía las puertas abiertas de par en par. La tierra rocosa estaba sembrada de cadáveres alineados; era como si hubieran huido en una gran estampida y los hubieran ido abatiendo uno tras otro por la espalda.

La sangre burbujeaba y manaba. No solo eran puristas los que manchaban el suelo de rojo; también había nomatsíes. Aeduan veía cuerpos de diferentes edades y sexos, veía diferentes ojos vidriosos y extremidades desmadejadas. Pero la sangre parecía toda igual.

Se oyó un grito y un muchacho larguirucho salió corriendo por la puerta. No podía tener más de catorce años. Llevaba a la espalda un escudo nomatsí, pero iba desarmado. Huía.

Como uno solo, Lizl y Aeduan salieron de los árboles para protegerlo. Pero al igual que había ocurrido antes, el muchacho frenó y se detuvo nada más verlos. Abrió las manos y movió la boca, pero de ella no salieron palabras, tan solo terror.

Dos flechas lo alcanzaron: una le atravesó la oreja y la otra la garganta. De sus labios brotó sangre y le fallaron las piernas.

Lizl dejó escapar un grito ahogado. Aeduan se adelantó a trompicones.

Pero se quedó quieto cuando el asesino emergió del bosque. Llevaba una ondeante capa blanca manchada de suciedad y de sangre. Los miró a los ojos y asintió.

—Guiadlos hacia mí —exclamó, señalando el recinto con su ballesta— y los iré eliminando a medida que salgan.

Lizl parpadeó, confundida, pero Aeduan lo comprendió de pronto; la verdad le cayó encima con un golpe demoledor: lo había entendido todo al revés. Las masacres que había encontrado, el monje muerto al que había enterrado... Lo había interpretado mal.

Los puristas y los saqueadores no estaban luchando contra los nomatsíes. Los puristas, los saqueadores y los nomatsíes luchaban juntos.

Contra los Carawen.

Aeduan se volvió hacia Lizl para avisarla, para explicarle lo que estaba pasando. Pero no hizo falta, porque al cabo de un momento una niña vestida de gris salió corriendo del recinto. El vestido se le enredó en las piernas, tropezó con un cadáver y cayó.

El monje recargó su ballesta.

Lizl echó a correr hacia él.

—¡Quieto!

Pero no le hizo caso. La niña intentó levantarse, gimoteando, pero se había roto algo. Arañaba la tierra mientras lloraba cada vez más fuerte.

Se oyó el chasquido de la ballesta. El virote casi estaba cargado. Lizl se abalanzó sobre él. Aeduan levantó las manos.

Y paralizó la sangre del monje. Tuvo que emplear hasta el último ápice de sus fuerzas, y el dolor lo abrasó por entero. Pero fue suficiente. Fue suficiente para sujetarlo e inmovilizarlo durante un segundo. Dos.

Lizl llegó hasta el monje y le arrancó la ballesta de las manos.

Entonces las llamas lo derrotaron y Aeduan perdió su control sobre él.

El monje se puso en guardia al instante y se giró para atacar, pero con un movimiento demasiado veloz para la vista, Lizl desenvainó su espada y se la puso en la garganta antes de que el hombre pudiera terminar de volverse.

—¿Por qué lo has hecho? —Tenía la voz aguda y ahogada—. ¿Por qué los has matado?

—¿Qué quieres decir? —le espetó el monje—. ¿Por qué me has desarmado tú? ¡Tenemos órdenes!

—¿Órdenes de quién?

Aeduan se inclinó para intentar oír bien su respuesta. Sentía el corazón atronándole contra las costillas. Las sombras temblaban, y su magia... ya no podía alcanzarla, ya no percibía la sangre de nadie. Ni siquiera la de los cuerpos caídos a su alrededor.

—Del monasterio, claro. —Los ojos del monje iban de Aeduan a Lizl—. ¿Quiénes sois? Si no os envían para ayudarnos, ¿qué hacéis aquí? ¿Sois insurgentes?

—¿Ayudaros a qué? —exclamó Lizl—. ¿De qué insurgentes hablas?

Pero el monje no tuvo tiempo de responder antes de que se oyera una nueva voz:

—¡Baja el arma! Estamos en el mismo bando.

Como uno solo, Aeduan y Lizl volvieron la mirada hacia la puerta del recinto. Detrás de la niña a la que habían salvado había un monje que acababa de clavarle la espada en la espalda. La sacó de un tirón. La niña escupió sangre y su cuerpo quedó tan inerte como los demás.

Aeduan lo conocía. La suya era la esencia que había reconocido: ese hombre de cabellos claros lo había ayudado en Veñaza, mientras él perseguía

a la bruja de la verdad. Ahora llevaba el pelo más largo y tenía la pierna ensangrentada.

Pero no tanto como su espada.

Uno tras otro, once monjes se reunieron en torno al hombre de cabellos claros. Todas las espadas estaban bañadas en sangre. Se colocaron en fila y avanzaron hacia Aeduan y Lizl. Mientras caminaban, caían al suelo restos de órganos y excrementos. El líder se detuvo a veinte pasos de distancia. Los otros once lo imitaron.

—Retiraos —les dijo el jefe—. Luchamos en el mismo bando.

Lizl no bajó su espada.

—Habéis matado a inocentes.

—Hemos matado a alimañas.

—A madres. A niños —gritó Aeduan, aunque con cada palabra sentía la garganta en llamas.

—Que han jurado lealtad al rey saqueador —dijo una monja situada en el extremo de la fila mientras empujaba con su espada el cadáver más cercano, el de una anciana de cabello cano con el pecho horadado por las flechas.

—Exacto —coincidió el líder—. Y su prole engrosaría las filas de su rey. Estamos salvando miles de vidas al destruir unas pocas.

Con esas palabras, los monjes de los extremos de la formación empezaron a avanzar lentamente, con cautela, transformando la hilera en un semicírculo, como una manada de lobos acechando a un cordero.

Aeduan y Lizl no se movieron.

—Este —dijo Lizl, pinchando levemente el cuello del primer monje con la punta de su espada— ha dicho que tenéis órdenes del monasterio. ¿Quién las ha dado?

—El abad, claro. —El líder abrió los brazos como si les estuviera dando la bienvenida a una fiesta. Como si Aeduan y Lizl llegaran con retraso y él les estuviera haciendo un favor al invitarlos—. Nuestras órdenes vienen directamente del abad Natan fon Leid. ¿Osáis desafiarlo?

Los monjes siguieron acercándose poco a poco. Y Lizl siguió sin bajar su espada cuando dijo:

—No somos *asesinos*.

Aeduan estaba asintiendo sin darse cuenta. Estaba flexionando los dedos, preparándose para la pelea.

Sin duda iban a perder, pero merecía la pena luchar igualmente.

—¿De qué lado estáis? —El líder señaló a Lizl con su espada ensangrentada—. Sois monjes, como nosotros. Lleváis la capa y el ópalo. Y

yo a ti te conozco. —Esta vez apuntó a Aeduan—. Así que bajad las armas. Obedeced las órdenes de vuestro abad. O confesad que sois insurgentes y afrontad el castigo sagrado.

Los ojos de Aeduan se cruzaron con los de Lizl. En ellos ardía el odio, un odio que conocía bien. Un odio que también palpitaba débilmente dentro de sus venas. Quería justicia, quería venganza y quería sangre. Rara vez dejaba que aquella oscuridad saliera a flote. Rara vez la miraba a los ojos y le decía: «Sí, hoy tienes permiso para salir».

Hoy iba a ser la cuarta.

Iba a matarlos a todos.

—¡Ahora! —ladró el líder, alzando su espada. Los Carawen se les echaron encima en una carga coordinada.

Pero Lizl también se movió. Le lanzó algo a Aeduan, que lo atrapó al vuelo y se lo colgó del cuello. En cuanto la piedra dolora le tocó la piel, la noche se volvió nítida. Las esencias sanguíneas alcanzaron su magia y, con ellas, el poder de controlarlas.

Lizl cargó. Aeduan cargó. Y comenzó el combate.

Con un único golpe fluido, Lizl mató al primer monje, atravesándole la garganta con la espada. Dentro, fuera. La sangre salpicó a Aeduan mientras se lanzaba a por la ballesta cargada. Con los músculos espoleados por su poder y la ausencia de dolor, su velocidad era imparable. La cogió, apuntó y disparó.

Cayó el segundo monje. El tercero atacó a Lizl mientras el cuarto, una mujer, iba a por Aeduan. Este la esquivó con un paso transversal, colocándose detrás de ella antes de propinarle un puntapié en la corva. La monja cayó de rodillas, Aeduan la agarró por la cabeza y la giró con fuerza hasta partirle el cuello. Cogió su espada.

Las siguientes cinco muertes se fundieron unas con otras. Los intestinos, los alaridos y la sangre le embotaron los sentidos. No había emociones, solo muerte. Hasta que Aeduan se encontró frente a frente con Lizl, que evaluaba a los cuatro monjes que quedaban.

El líder, desde el centro de la formación, giraba la cabeza a uno y otro lado con expresión de rabia mientras gruñía:

—Cometéis un error. Cometéis un error.

Aeduan se lanzó sobre los dos monjes más cercanos, notando los músculos alimentados por su magia. La espada describió un tajo descendente y volvió a subir en diagonal, con movimientos amplios y circulares que habrían resultado demasiado lentos para cualquiera que no fuera un brujo de la sangre.

Pero Aeduan era un brujo de la sangre, y los dos monjes cayeron un momento después, dibujando cintas rojas en el aire mientras se desplomaban.

Se volvió hacia los monjes restantes..., pero ya solo quedaba el líder, porque Lizl acababa de despachar a otro.

—Cometéis un error. Cometéis un error —repetía.

Aeduan lanzó una estocada que el monje desvió; los dos aceros chocaron ruidosamente. Siguió atacando una y otra vez, pero el monje se defendía bien; Aeduan sabía por el combate de Veñaza que era buen luchador.

Pero un buen luchador no tenía por qué ser también un buen hombre.

Después de otros tres tajos y otras tantas paradas, por fin consiguió herirlo en la muñeca. Con un giro y un remesón le cercenó la mano, que cayó a tierra junto con su espada.

Aeduan llevó la suya hacia atrás, listo para atravesarle el corazón.

Pero Lizl fue más rápida. Con un grácil tajo que traspasó la carne, el músculo y el hueso, lo decapitó limpiamente.

La cabeza salió volando varios metros antes de caer al suelo con un ruido sordo.

Las rodillas del monje temblaron, empezó a manar sangre a chorros y su cuerpo descabezado se desplomó. Otro cadáver para la fosa común. Otra muerte para el festín de la noche.

TREINTA Y NUEVE



¿Por qué me habéis mentido?

No os he mentado.

Dijisteis que habíais enviado a cinco mil soldados y marinos a la frontera norte, pero mis exploradores aseguran que son más de diez mil.

Yo no he enviado esas fuerzas.

Pues alguien lo ha hecho.

Y sospecho quién ha sido.

—¿**Q**uién ha sido?

Vivia deslizó la mirada por la sala, pero los catorce oficiales de la Marina y el Terrestre permanecieron absolutamente impasibles. Por orden suya, estaban todos reunidos en torno a una larga mesa, en una sala fortificada de los Centinelas de Noden.

Nadie había dicho una palabra desde que Vivia había entrado, así que repitió la pregunta:

—¿Quién ha sido? Las tropas solo se mueven cuando alguien se lo ordena. Quiero saber quién ha dado esa orden.

Una general del Terrestre fue la primera en hablar, desde el lado opuesto de la mesa.

—Fuimos todos —contestó—. Tal y como se nos dijo.

Sacó una carta arrugada del bolsillo de su casaca verde y la deslizó por la mesa.

El lacre de color iris estaba roto, pero incluso a diez pasos de distancia distinguió claramente el sello real. Vivia extendió la mano y apretó los labios mientras esperaba a que los oficiales le pasaran la carta.

Cuando llegó a sus manos por fin, la abrió. Y tal como esperaba, la letra de su padre le devolvió la mirada. La misiva describía detalladamente todos los planes que le había explicado Serafín.

Y la fecha era de hacía una semana.

—Yo no he dado estas órdenes. Y el cargo de almirante sigue siendo mío. —Dejó caer la carta sobre la mesa. Sin golpes, sin pataletas. Una osa no necesitaba bramar; acobardaba a los animales del bosque con su tamaño y su fuerza—. Así que explicadme por qué habéis obedecido.

—El rey regente... —empezó a decir otro general.

—Ya no gobierna —lo interrumpió Vivia—. Ya no es regente. Y dejó de ser almirante hace meses. Así que decidme por qué —cogió de nuevo la carta y la agitó en el aire— nadie vino a verme cuando mi padre empezó a trazar estos planes. ¿Por qué a ninguno se os pasó por la cabeza informarme de los mensajes que estaban llegando de las atalayas? —Vivia ya adivinaba la respuesta mientras se lo preguntaba.

No se lo habían dicho porque no les había dado la gana.

Las fuerzas armadas de Nubrevna llevaban años siguiendo a Serafín Nihar. Décadas. Lo habían servido en la guerra, en la Tregua, en batallas y asedios. ¿Qué era Vivia al lado de eso?

«Soy la reina».

—Solucionadlo. —Sacudió la carta de nuevo—. Y deprisa. Retirad a esas tropas, movilizadlas para la defensa de Lovats y rezad por que no sea demasiado tarde.

Ninguno de los oficiales reaccionó a su orden. No hubo saludos militares ni gritos de «¡Sí, señora!». No hubo disculpas ni explicaciones por aquel cambio de rumbo tan sumiso. De hecho, todos los oficiales de la mesa se comportaban como si Vivia no hubiera abierto la boca en absoluto.

En ese momento se dio cuenta de que era peor de lo que temía. Había estado tan concentrada en proteger la ciudad, tan ansiosa por hacer lo que consideraba correcto, lo que *sabía* que requería la infraestructura de Lovats y su meseta..., que no lo había visto venir. Ahora tenía entre manos un motín con todas las letras. Y había sido su propio padre quien había prendido la mecha.

«Compartir la gloria y la humillación».

Las dudas se despejaron un momento después, cuando un vicealmirante de cabello negro y gris anunció:

—Los vizeros nos mandaron llamar hace una hora. —No mostraba la menor emoción, la menor inflexión en la voz—. Los vizeros Quihar, Eltar y Quintay nos han informado de que se os ha retirado la corona y el rey regente vuelve a gobernar.

—Ah. —Fue lo único que consiguió decir. El único sonido o aliento que pudo reunir. El mundo se había desplomado a su alrededor y ahora los peces bruja la arrastraban al infierno.

Daba igual que Vivia hubiera robado un arsenal de armas marstokíes para sus tropas. Daba igual que hubiera capitaneado un barco propio y se hubiera ganado la lealtad y el amor de su tripulación. Daba igual que hubiera encontrado y poblado la ciudad subterránea. Y daba igual que ese título le perteneciera por derecho de nacimiento y que el lago subterráneo la hubiera elegido *a ella*.

En cuanto Serafín Nihar, regente y almirante emérito de la Marina y el Terrestre los había llamado, todos aquellos oficiales y tres vizeros de Nubrevna habían acudido.

—Así pues —dijo Vivia en voz baja—, ¿no vais a ordenar a nuestras fuerzas que vuelvan para defender Lovats?

Tres oficiales negaron con la cabeza y dos dijeron «No, alteza», pero los otros nueve se limitaron a mirarla con gesto de fastidio.

—Muy bien. —Se apartó de la mesa—. Pero sabed que cuando la ciudad de Lovats caiga en manos del rey saqueador, será por culpa vuestra. Y la Furia nunca olvida.

Nadie la detuvo ni la saludó cuando salió de la sala. Si aquella amenaza (o promesa, más bien) los había incomodado, nadie dio señales de ello. Pero Vivia sabía que había dicho la verdad.

Sí, su padre podía tener experiencia en el campo de batalla, podía saber mucho más de tácticas bélicas que Vivia. Pero él *no conocía su ciudad*. Él no conocía a la gente que se hacinaba en las calles. Nunca había paseado por la Raposera ni había servido comida a los hambrientos en la Torre del Color. Nunca había nadado en las cisternas ni había explorado la ciudad subterránea.

Había llegado desde Nihar. Había subido al poder gracias a su matrimonio. Robaba discursos, títulos y gloria que no le pertenecían. El derecho de reinado no corría por sus venas.

Y a pesar de todo eso, habían bastado unas palabras a tres vizeres y a las fuerzas armadas. Entre una campanada y la siguiente, a Vivia le habían arrebatado en sus narices todo su poder, todos sus planes y sus concienzudas medidas.

Debería haberlo visto venir.

Pero no había sido así. En absoluto.

Su padre llevaba años diciéndole que solamente quería lo mejor para ella, que todo lo hacía por su bien. Y Vivía llevaba años creyéndoselo.

Minutos después, cuando llegó a su barca y sus guardias se le acercaron, Vivia los despidió con un gesto. Subió al esquife, invocó las mareas y se lanzó hacia las corrientes embrujadas que conducían al puente de agua sur.

Ya no sentía que estuviera dentro de su cuerpo. Ya no se sentía atada a la tierra. No eran los oficiales los que iban a ahogarse, sino ella. Ya se estaba ahogando. Ya se hundía bajo las olas y veía desvanecerse la luz del sol; muy pronto ya solo quedarían los peces bruja de Noden y la última bocanada de aire.

Lo había hecho todo mal. Se había parecido demasiado a su madre, tal y como temía el Alto Consejo. «Era la reina por derecho», habían dicho, «pero estaba mal de la cabeza». Habían querido que Vivia fuera igual que Serafín, alguien para quien mandar era tan natural como respirar. Querían seguridad, soberbia y una ira capaz de doblegar a sus enemigos.

Era de esperar que los oficiales de la Marina y el Terrestre quisieran lo mismo. Incluso después de que Vivia les enseñara la verdad acerca de la infraestructura de la ciudad, después de pasarse horas trazando una estrategia detallada para defender Lovats y retrasar al rey saqueador... *Incluso después de todo eso*, el rey regente los había puesto firmes ladrando una sola orden.

En algún momento había empezado a llorar, aunque no sabía cuándo. Las lágrimas dejaban un rastro caliente y furioso que espoleaba su brujería de las mareas y la hacía avanzar cada vez más rápido. El viento la azotaba mientras esquivaba barcos y pontones, virando y brincando sobre unas olas que creaba ella misma.

Pero no era lo bastante veloz. Nunca lo sería. No podía dejar atrás la vergüenza que le pisaba los talones ni la rabia que sentía por haber echado a perder su reinado de una manera tan desastrosa. Y no era una rabia de las que fingía para ganarse la aprobación de su padre, ni tampoco la rabia destructora de los Nihar, de la que la familia de su padre siempre había estado tan orgullosa.

La suya era una rabia real, capaz de deshacer las mareas y hacerle añicos el corazón. Y Vivía la dirigía hacia su interior, hacia la verdad que ahora estaba más que clara: ella no estaba hecha para reinar. Nunca sería aquello por lo que tanto había luchado.

Se preguntó si su madre se habría sentido así antes de saltar.

Allí estaba el lugar, justo delante. Una roca alargada y anodina en el puente de agua, desde donde su madre había decidido que ya no podía seguir luchando con las sombras. Que solo muriendo podía entender la vida, y que la corte de Noden era una solución más sencilla que el peso de la oscura vida que se extendía ante ella.

Vivia llevaba trece años sin mirar aquella roca cuando pasaba navegando. Siempre fijaba la mirada en las golondrinas que bailaban, libres y felices.

Pero esta vez la miró. Esta vez detuvo su esquife y miró fijamente la piedra gris, áspera y envuelta en jirones de nube, mientras dos golondrinas pasaban volando.

Durante todo este tiempo, Vivía había temido que si miraba aquel lugar, si no se giraba hacia el lado opuesto, sus pies la llevarían allí sin darse cuenta. Las sombras que había dentro de ella vencerían. El Alto Consejo y todos los demás tendrían razón: Vivía estaba mal de la cabeza y no podía ser reina.

De niña había intentado culpar a Merik de lo que había hecho Jana. Si era culpa de Merik, no podía ser culpa de Vivía.

Así no sufriría nunca el mismo destino. Así los golpes que sentía en el pecho no la derrotarían.

Lamentaba las cosas que le había dicho a Merik, pero nunca tanto como ahora. Con la brisa que le acariciaba el rostro, con el agua que lamía afectuosamente los costados de la barca. Porque Vivía no sentía el impulso de seguir a su madre y lanzarse al abismo. Solamente sentía el mismo dolor de siempre, el mismo vacío. Y nada, ni Noden ni el paso del tiempo, iba a hacerlo desaparecer.

No había sido culpa de Merik que su madre saltara. Tampoco de Vivía. Jana había muerto porque no había visto otra salida y porque nadie había sabido ayudarla.

Durante todos estos años, Vivía había creído que necesitaba ser más fuerte que su madre, que necesitaba luchar contra la oscuridad para poder llevar la corona. Pero se equivocaba; esas palabras eran de su padre.

Jana sí que había sido fuerte. Más fuerte que Serafín. Más fuerte de lo que nadie sospechaba, porque había vivido a diario con sus sombras y aun así había gobernado, había liderado y había amado. Pero en lugar de alimentar

esa fuerza, Serafín había alimentado sus sombras. La había socavado y manipulado, igual que estaba haciendo ahora con Vivia.

Porque sí, Vivia tenía sombras en su interior, pero no eran como las de Jana. Eran solamente suyas, tan únicas como los dibujos de los fuegos fatuos que resplandecían bajo la ciudad. Y después de veintitrés años conviviendo con ellas, Vivia era más fuerte de lo que nadie sospechaba.

Más fuerte de lo que sospechaba Serafín.

«Sé la reina que necesitan y la corona no tardará en llegar», le había prometido su padre hacía apenas dos semanas. Pero ahora se daba cuenta de que Serafín nunca lo había pensado de verdad. La había traicionado. A hurtadillas, le había robado el poder por el que ella tanto había luchado y trabajado. Se había esforzado por merecerlo y usarlo con sabiduría y compasión.

Pero Vivia no necesitaba una corona para proteger a Nubrevna del rey saqueador. Con o sin ella, podía ser la reina que necesitaban. Y podía serlo a pesar de la locura que palpitaba en sus venas... o quizá *gracias* a ella.

Se habían acabado las puñaladas y las manipulaciones. No volvería a buscar la aprobación de quienes la consideraban incapaz o inestable. No volvería a caminar de puntillas porque las mujeres no debían correr, gritar o reinar.

Y por encima de todo... no volvería a arrepentirse.

Vivia estaba preparada para ser reina.

CUARENTA



Durante la noche, Merik se despertó al oír la voz de Esme. Hablaba con alguien a quien él no podía ver, y en dos ocasiones le pareció que decía: «Iseult, ¿dónde estás? No te encuentro. ¿Iseult?».

Pero tal vez fuese una pesadilla. Era imposible separar el sueño de la vigilia: esqueletos danzarines, un estanque mágico bañado por la luna, ejércitos de sombras, puñaladas en el corazón... Todo era un lienzo emborronado.

Fue el frío lo que finalmente lo despertó. El hielo se le había ido filtrando en los huesos mientras dormía; respiraba débilmente, tiritando. Abrió los ojos.

—Hola, hermano de hilos —canturreó una voz familiar—. ¿Te alegras de verme?

Merik pestañeó y volvió a pestañear hasta que el rostro de Kullen se volvió nítido. Estaba apoyado en la pared, con los brazos entrelazados sobre su ancho pecho y un pie cruzado detrás del tobillo. Le faltaba la mitad de la oreja derecha, cubierta por una costra de sangre negra, pero Merik no sintió la menor satisfacción al contemplar su obra.

Las piedras que rodeaban a Kullen estaban revestidas de una escarcha que crecía y menguaba al ritmo de su respiración. No vio a Esme por ninguna parte.

—No tienes buena pinta —dijo la Furia.

Era verdad que se encontraba mal, pero no iba a admitirlo delante de Kullen; no quería darle esa satisfacción. Se incorporó sin decir nada, mareado, y se miró las botas manchadas de barro y la pernera suelta del pantalón.

El antiguo Merik se habría adecentado enseguida. Le gustaba alisar cualquier arruga. Pero ahora le traía sin cuidado. Su mejor amigo estaba allí en cuerpo, pero su alma se encontraba a mil millares de leguas.

Merik llevaba semanas preguntándose si su corazón cicatrizaría alguna vez. Ya había sido doloroso haber perdido a su mejor amigo por la sajadura. Luego había descubierto que su hermano de hilos también se había convertido en un monstruo. En la Furia.

Y ahora sabía que aquella herida permanecería abierta y fresca para siempre. Merik echaba de menos a Kullen. Echaba de menos su firmeza, su carácter constante como la marea. Echaba de menos la sonrisa tímida de Kullen y sus bromas sarcásticas y burdas. Y también, más que ninguna otra cosa, echaba de menos saber que había al menos una persona en el mundo que lo comprendía y a la que él comprendía a su vez.

Pero Merik no comprendía a la Furia. No sabía quién era esa criatura, cómo se había apoderado de la mente y el cuerpo de Kullen ni cómo el vínculo de sus hilos le había salvado la vida durante la explosión del Jana. La magia de Esme escapaba a su comprensión, y la de la Furia más incluso.

Pero había algo que sí sabía: si un norteño había podido recobrase de la sajadura, Kullen y él también podían. Tenía que aferrarse a esa esperanza. Tenía que convencerse de que podía ser cierto.

Kullen soltó una carcajada ronca, un graznido que ahuyentó los pensamientos de Merik.

—Debo admitir, Merik, que me divierte verte así después de haberte visto encadenar a tanta gente. ¿Cuántos dirías que fueron? —Empezó a contar con los dedos, pero pronto se rindió y se encogió de hombros—. La lista es demasiado larga para acordarse. Tú lo llamabas disciplina, pero confiesa: disfrutabas castigando a esos necios, ¿verdad? Te gustaba verlos debatirse.

Merik apretó los dientes, pero contuvo la lengua y no dijo nada cuando Kullen se apartó de la pared y caminó hacia él sin prisa. El hielo se extendía por el suelo, marcándole el camino.

—Yo desde luego sí que disfruto viendo cómo te debates. Viéndote reducido al mismo destino al que solías condenar a los demás. ¿Cómo era ese dicho? Ya sabes, el que tanto le gustaba a tu tía. —Agitó la mano en el aire—. «Todo lo que hagas volverá a ti multiplicado por diez, y te atormentará hasta que te redimas». Porque la Furia nunca olvida, Merik. —Kullen se acuclilló a un paso de él—. Yo nunca olvido.

Merik inspiró hondo el aire helado, pero siguió sin devolverle la mirada a Kullen.

—¿Es que no piensas decirle nada a tu hermano de hilos? Vamos. Yo solo quiero ayudarte, Merik. Solo quiero *liberarte*. Un rey no debe estar encadenado.

Al oír eso, Merik levantó la vista por fin.

—Yo no soy rey.

El aire se caldeó cuando Kullen le sonrió.

—Pero podrías serlo. De hecho, *deberías* serlo. Hazme caso, sé bastante de estos asuntos. —Se apoyó las manos en las rodillas y se levantó—. No tengo más que decir una palabra y la Titiritera te dejará libre, ¿sabes? Tan solo una palabra.

—Pues dila.

—Primero debes prometer que te unirás a mí.

—De acuerdo. —Merik se encogió de hombros, haciendo tintinear las cadenas—. Prometo unirme a ti. Venga, libérame.

Kullen soltó una risotada; de pronto el aire se volvió sofocante.

—Muy listo, pero ya sabes que no puedo fiarme de ti tan fácilmente. —Meneó el dedo índice de un lado a otro—. No has sido un hermano de hilos leal. Y hay demasiado en juego para arriesgarme a otra traición.

—Pues deja que te lo demuestre. —Esas palabras sorprendieron a Merik casi tanto como a Kullen. No sabía por qué las había dicho, pero la sensación cálida que invadió la estancia le hizo saber que era la respuesta correcta.

Kullen entornó los ojos, pensativo.

—¿Y cómo vas a hacerlo, Merik? ¿Cómo puedes demostrarme que eres un amigo fiel?

Se le aceleró el pulso. Sus palabras impulsivas le habían dado una oportunidad, una buena oportunidad que no podía desaprovechar. «Moveos con el viento», le había enseñado el maestro cazador Yoris; Kullen había recibido las mismas lecciones. «Moveos con la corriente. Un paso en falso, príncipe, y vuestra presa os detectará mucho antes de que la alcancéis».

Y tal como le había enseñado la tía Evrane: «La información se consigue mejor hablando».

—Si me dices cuál es tu objetivo —contestó lentamente—, sabré cómo puedo ayudarte.

Kullen no dijo nada. Con el paso de los segundos, la estancia pareció encogerse, como si su hermano de hilos estuviera atrayendo hacia sus pulmones cada gota de aire. Y con cada segundo de silencio, los pulmones de Merik se iban tensando más y más.

Hasta que finalmente la Furia levantó las manos.

—¿Por qué no? —musitó, y Merik dejó de contener la respiración—. En realidad no tiene mucho misterio. —La Furia volvió a reclinarse en la pared—. Quiero entrar en la montaña, pero el hilo de mi corazón me lo impide. La

entrada tiene protecciones mágicas y... digamos que el método de la fuerza bruta está resultando algo lento. Ya hemos llegado hasta las criptas, pero me temo que así no conseguiremos llegar al corazón de la Durmiente.

«Las criptas». Allí era donde Merik había dejado a Ryber y a Cam. Pero tenían que haber seguido adelante, haberse adentrado en esa montaña que Merik seguía sin entender.

—¿Y no has visto ninguna señal de Ryber? —preguntó, procurando mantener un tono de voz desapegado.

—No. Ella y ese mozalbete de Leeri se metieron en la montaña y ahora ya no tienen por qué regresar. Las criptas no son la única puerta de entrada y salida.

Otra vez. Otra referencia a unas puertas. Primero Ryber, luego Esme y ahora Kullen.

—¿Qué son esas puertas?

—Son poder —contestó Kullen sin más, como si con eso se explicara todo—. Quien controle las puertas controlará las Tierras Embrujadas. Atraviesan todo el continente, Merik. Entrás en la montaña por aquí —extendió el brazo derecho— y sales por aquí. —Extendió el brazo izquierdo.

—¿Y por qué no entras por alguna de esas otras puertas?

—Por desgracia —dijo Kullen, arrugando la nariz y dejando caer los brazos—, no recuerdo dónde están. Antes lo sabía, y estoy seguro de que encontré una al sur. Ryber me lo dijo, pero las malditas brujas de la vista me robaron la memoria. Aunque... —Miró a Merik con los ojos muy abiertos y le mostró una terrible sonrisa de oreja a oreja, antes de darse unos golpecitos en el cráneo con los nudillos—. No pudieron llevarse todos los recuerdos. Solo uno. Solo los de tu hermano de hilos. Los demás seguimos aquí dentro. La *Furia* sigue aquí dentro, y él presencié el día del juicio.

Merik no sabía qué había querido decir con eso. En realidad apenas entendía nada de lo que decía Kullen, pero mientras él siguiera hablando, Merik podía seguir trazando un plan.

—¿Entonces sí que sabes dónde están las entradas? —aventuró.

Al instante, la sonrisa de la Furia desapareció y lo envolvió un viento frío y cruel mientras empezaba a caminar de un lado a otro.

—Solo conozco una. —Un paso, otro paso, otro paso, media vuelta—. Pero la desgraciada de Eridysi se aseguró de que la puerta que conduce hasta los míos fuera de un solo sentido. No puedo usarla para entrar en la montaña. Y en cuanto a las demás, nunca se me permitió usarlas antes de que la traición nos asolara a todos. Y los que sobrevivieron como yo... —Al fruncir el ceño,

el suelo de piedra se congeló—. Esos recuerdan todavía menos que yo. Hatajo de inútiles. Así que, como ves, las criptas son nuestra única vía de acceso. Es la entrada que recuerdo, así que tenemos que ir por ahí. —Un paso, otro paso, otro paso, media vuelta. Un paso, otro paso, otro paso... Kullen se detuvo y se giró hacia Merik—. Y ahora dime: ¿qué propones, hermano de hilos? ¿Cómo vas a ayudarme a obtener lo que necesito?

Merik se humedeció los labios resecos. También notaba la garganta seca, pero eran molestias distantes, nimias. Ahora mismo lo único importante era moverse con el viento, con la corriente. Demostrar su lealtad. Deshacerse del collar de madera.

«Piensa, piensa, piensa».

Pero no tuvo oportunidad, porque entonces la Furia le hizo una oferta:

—Convéncelos de que salgan y mátalos. —Lo dijo casi para sí mismo, hablando en voz tan baja que Merik apenas lo oía sobre el silbido del viento. Kullen caminó hacia él y se acuclilló de nuevo—. Convéncelos de que salgan y mátalos, Merik. Si haces eso, volveré a confiar en mi hermano de hilos.

—¿Matar a quiénes? —preguntó Merik, aunque ya sabía cuál era la única respuesta posible. Aunque ya sabía que no podía negarse, a menos que quisiera perder el único regalo que le había hecho Noden desde que estaba allí.

—A Ryber y a Leeri. —Kullen sonrió de oreja a oreja. La muerte centelleaba en su mirada.

—Pero ella es tu hilo del corazón.

—Lo era —lo corrigió Kullen—. Al igual que tú, no ha sido precisamente leal.

Merik jamás podría matar a Ryber ni a Cam. Ni en un millar de vidas. Prefería matarse él mismo. Pero era lo único que podía decir si quería convencerlo. No debía ahuyentar a la presa. Tenía que adaptarse perfectamente al viento y la corriente.

—De acuerdo —contestó, levantando la barbilla—. Como ordenes, Kullen. Los haré salir y los mataré.

CUARENTA Y UNO



Algo había cambiado entre Aeduan y Lizl. Cuando terminó el combate, ella no lo amenazó con su espada. Él tampoco intentó escapar. Se quedaron allí plantados, entre el vapor que desprendían los cadáveres y la sangre que encharcaba el suelo. De pronto, la noche estaba demasiado tranquila.

—No has utilizado tu magia —dijo Lizl finalmente, puntualizando cada palabra con leves jadeos. Tenía la cara sucia de sangre y polvo—. Podrías haberlos dejado paralizados durante la pelea, pero no lo has hecho.

—Solo... la uso si es preciso. —Aeduan tomó aire; apestaba a muerte—. No es honorable usarla contra los nuestros.

—¿Qué te importa a ti el honor? —En la voz de Lizl no había desprecio, solamente agotamiento y confusión.

Aeduan no respondió; ella no parecía esperar que lo hiciera. Pasó el tiempo mientras los dos recuperaban el aliento. Mientras asimilaban lo que acababa de ocurrir. Habían luchado contra los suyos. Los habían matado. Y habían hecho bien.

—¿Hay supervivientes? —preguntó entonces Lizl. Aeduan asintió con dificultad. Su magia seguía débil incluso con la piedra dolora, pero percibía la sangre de cuatro personas vivas en el recinto.

—No podemos hacer nada por ellos —dijo con voz ronca—. Creerán que somos enemigos. —Señaló sus capas Carawen—. Intentarán huir o matarnos.

—Ah —respondió Lizl, frotándose los ojos. Solo consiguió embadurnarse la cara de sangre.

—Esta no es la primera matanza que veo. —Aeduan le describió las tribus masacradas que había encontrado, y también al monje muerto que había responsabilizado a los puristas. Por primera vez desde que el combate había terminado, el rostro de Lizl reflejaba indignación.

Ya no parecía atónita ni asombrada. Había dejado de jadear y enseñaba los dientes.

—¿Por qué iba a ordenar Natan una cosa así? —Se giró despacio, negando con la cabeza mientras contemplaba el campo de batalla—. Han dicho que lo hacían para detener al rey saqueador, pero... pero a mí me suena a patraña.

A Aeduan también le sonaba a patraña. El monasterio jamás había intervenido en una guerra.

—Yo pensaba que ese monje había ido a por los nomatsíes por culpa del rango diez. Pero ahora...

—Ahora eso tampoco tiene sentido. —Lizl se inclinó sobre el monje decapitado y limpió la espada en su capa con brusquedad. Casi con violencia—. Es verdad que a Natan solo le importa el dinero, pero ¿cuánto haría falta para justificar esto? ¿Cuánto vale la vida de unos niños? Lo voy a matar. —Levantó la mirada; las pupilas de sus ojos se habían vuelto tan pequeñas como la cabeza de un alfiler—. Lo voy a matar. —De pronto se irguió y soltó una risotada amarga—. Parece que la monja Evrane tenía razón desde el principio. Me dijo que los hombres como Natan nunca deberían gobernar. Que con él llegaría el fin de todo cuanto defendemos. Quería que yo me presentara como candidata para el puesto. —Lizl se dio un golpe en el pecho con el puño—. Y yo, tonta de mí, no quería quedarme enclaustrada en el monasterio cuando había tanto mundo por ver. Tanta... tanta *gloria* por ganar.

—Esto no es culpa tuya.

—No, no lo es. Es culpa de Natan, y tendrá que someterse a nuestra justicia. —Con un silbido metálico, Lizl envainó su espada y se dio la vuelta—. Vamos a ir al monasterio. Les contaremos a todos lo que ha hecho.

—Ya lo saben —dijo Aeduan—. Y está claro que les parece bien.

—Pero no a todos. Ha dicho que había insurgentes. Seguramente se opongan a lo que está haciendo.

—¿Y por qué nosotros no sabíamos nada?

—No lo sé. —Negó con la cabeza—. Tal vez hayan empezado hace poco. ¿Acaso importa? Esto tiene que acabar. Hemos jurado *proteger*.

—Sí, proteger a los Cahr Awen.

—¿Así lo justificas? —Lizl retrocedió—. Como no estás haciendo daño a los Cahr Awen, ¿esto te parece aceptable?

—Yo no estoy haciendo daño a nadie.

—¡Te has pasado la vida haciendo daño! ¿A cuánta gente has matado o mutilado, brujo de la sangre? ¿A cuánta gente has robado solamente porque

estabas cumpliendo un encargo? —La voz de Lizl se volvía más fuerte con cada palabra—. Has dicho que tienes honor, pero te he visto usar tu magia para matar. Has dicho que tienes honor, *pero luchas para el rey saqueador*.

Ahí estaba otra vez. Una chispa de rabia le tensó las muñecas y los puños. Pero ahora tenía una piedra dolora. Ahora tenía su magia.

Podía huir. Ni siquiera necesitaba paralizarle la sangre a Lizl; le bastaba con acelerar sus músculos para alcanzar una velocidad que ella fuera incapaz de seguir.

Pero Aeduan no podía correr más que la Furia.

—Tú —dijo entonces, controlando cuidadosamente su tono— no me conoces en absoluto. —Agarró la piedra dolora y se la quitó del cuello. Su cuerpo cedió de inmediato. Un incendio se le prendió en el pecho, el vientre, el cráneo. Se dobló en dos y *cerró* los ojos con fuerza. La piedra cayó sobre la tierra ensangrentada.

Aeduan se desplomó segundos después, a cuatro patas y con el pecho temblando. El monje decapitado estaba tan cerca que no le hacía falta la magia para olerlo.

—¿Qué haces? —Lizl se acercó.

—Quiero... que confíes en mí —dijo entre dientes—. Yo no he matado a esta gente. Mi padre tampoco. Han sido Natan y los monjes. *Ellos* son tus enemigos, no yo. —Lizl no dijo nada—. He encontrado a las Cahr Awen. Ellas... restauraron el Pozo Originario de Nubrevna. ¿No te lo dijo Evrane?

—Oí el rumor, pero no me lo creí. —Aeduan oyó un suspiro, el roce de la tela y el tintineo del metal. Lizl se acuclilló a su lado.

Se dio cuenta de que no olía su sangre. Estaba muy cerca, pero las guirnaldas de margaritas y los besos maternos se habían desvanecido.

—Es cierto. —Le goteaba sangre de la boca—. Y... volví a encontrarme con una de ellas. La destructora de sombras. Pero no conseguí protegerla. La envié al monasterio. La envié con el abad. —Lizl se quedó sin aliento—. Le dije que los monjes la protegerían. Que allí estaría a salvo. —Intentó sacudir la cabeza, pero empezó a toser. Al hacerlo, varias gotas de sangre fresca y cálida le salpicaron la capa a Lizl. Ella no se apartó; se quedó esperando mientras él tosía cada vez más fuerte—. Tienes —consiguió decir por fin— que salvarla de... él.

—Yo —dijo Lizl, incrédula—. Yo sola, quieres decir.

Aeduan apretó los dientes, levantó el rostro y se obligó a sostenerle la mirada. «Duele, duele, duele».

—Yo no puedo ir contigo.

Ella resopló.

—Por supuesto que no puedes. Tú siempre huyes, brujo de la sangre. Lo llevas haciendo desde que éramos críos.

Aeduan bajó la vista. La piedra dolora relucía a pocos centímetros de distancia. Podía volver a cogerla. Podía poner fin a los alaridos de sus músculos y volver a sentir su magia.

No la cogió.

—Cuanto... más tiempo sigas conmigo —dijo Aeduan—, más peligro corres, monja Lizl. La Furia... El hombre que vino a por mí en Tirla... volverá y te matará.

—¿Ah, sí? —Agarró a Aeduan por la barbilla y lo obligó a mirarla—. ¿Y qué quiere de ti ese tal «Furia»?

—Trabaja para mi padre. Y mi padre me quiere a su lado.

—¿Y tú quieres ir con él?

—No —respondió. Era verdad. Incluso sabiendo que su padre no era el responsable de aquellas muertes y que un hombre como Corlant había defendido a puristas y nomatsíes, seguía sin querer regresar.

Pero el cuchillo de la Dama Fortuna había caído, y para él solo había una senda posible.

—Ojalá pudiera creerte —dijo Lizl—. Pero no puedo. —A pesar de sus palabras, su expresión se suavizó. La arruga que separaba sus cejas desapareció—. Te arde la piel —murmuró—. Y no dejas de sangrar y sangrar. Te estás muriendo, monje Aeduan. ¿Verdad?

—Sí.

Cuando Lizl le soltó la barbilla, Aeduan dejó caer la cabeza. Le temblaban peligrosamente los brazos. Si no se movía, no tardaría en caer de bruces, y sospechaba que entonces ya no volvería a levantarse.

Lizl debió de pensar lo mismo, porque lo agarró por los hombros y lo ayudó a erguirse. Tuvo que emplear las escasas fuerzas que le quedaban para no caer de espaldas y concentrarse en seguir respirando.

—¿Sabes qué? —dijo Lizl—. Pensaba que disfrutaría al verte así. Solía imaginármelo cuando éramos pequeños. Me imaginaba que te derrotaba en la plataforma de combate, que conseguía más encargos que tú o que simplemente me ganaba más elogios de la monja Evrane.

»Pero no siento alegría. Siento asco. Todos estos años pensaba que eras especial. Pensaba que eras más fuerte, que eras *mejor*, porque tu magia te hacía imparable. Pero resulta que mueres como cualquier otro hombre. Y que eres tan cobarde como el que más.

»Conque vete. Lárgate y regresa con tu padre, que es lo que deseas desesperadamente. No quiero tener tu debilidad a mi lado.

Con un ágil gesto, recogió la piedra dolora del suelo ensangrentado. Se acercó a Aeduan y lo miró fijamente.

—Pero recuerda que ahora tienes tres deudas vitales conmigo, brujo de la sangre. Una por la piedra dolora. Otra por la Cahr Awen. Y otra por no matarte aquí mismo. —Soltó la piedra, que cayó en el regazo de Aeduan, pero sin tocarle la piel—. Y tengo intención de cobrarme esas deudas, así que no te mueras antes.

Lizl se marchó sin decir otra palabra. Se adentró en el bosque, alejándose de Aeduan, de los monjes que había matado y de los inocentes que había intentado salvar.

Aeduan se la quedó mirando. Aguardó hasta que la perdió de vista antes de ponerse la piedra dolora al cuello. Le temblaban las manos. Y los pulmones. En cuanto se la puso, la agonía se escabulló, escondiéndose bajo la mentira de un alivio mágico.

Al sentir de nuevo los músculos libres y fuertes, se levantó y se puso en marcha. Se dirigió al norte, hacia los picos más elevados de las Sirmayas. Hacia su padre.

El cuchillo de la Dama Fortuna había caído. Y había llegado el momento de comprobar cuán afilada era su hoja.

CUARENTA Y DOS



Iseult solo quería despertar. Solo quería que terminaran aquellas llamas y aquellas carcajadas sin fin. El brujo del fuego se presentaba cada vez que Evrane la adormecía, cosa que hacía cada vez que Iseult se despertaba.

Le dejaba el tiempo justo para ir al cuarto de baño; con cada paso tambaleante, las cortinas, la cabeza de camero y la cama con dosel daban vueltas. Se aliviaba, bebía un poco de caldo y... de vuelta a la cama. De vuelta al sueño. De vuelta a las llamas del brujo del fuego.

El rey de plata no volvió a salvarla.

Iseult le suplicaba a Evrane que la dejara seguir despierta, pero las palabras siempre le salían extrañas. Diminutas, deformes, como si estuviera hablando en un idioma equivocado y por boca de otra persona. Evrane, con el rostro y los hilos llenos de confusión, se limitaba a negar con la cabeza.

A veces Leopold también estaba allí, con el mismo ceño fruncido en la cara y los hilos radiantes. «¿Cuánto tiempo ha pasado?», intentaba preguntarle Iseult. «¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Qué hay al otro lado de esta puerta? ¿Los monjes siguen luchando?». Pero al igual que Evrane, lo único que podía hacer Leopold era negar con la cabeza y decirle que descansara.

Finalmente (ya había perdido la noción del tiempo, porque la puerta nunca se abría ni se descorrían las cortinas), Iseult abrió los ojos. Evrane no estaba allí; las sombras no la acosaban ni la magia la aletargaba.

Así que tomó aire profundamente, hinchando los pulmones. Intentó tragar saliva, y se sorprendió al conseguirlo sin toser, al sentir la lengua rozando el paladar. Notaba el movimiento de la garganta y la presión de los labios resecos.

Giró la cabeza, complacida al ver que la habitación permanecía más o menos en su sitio. Solamente se difuminaba un poco por el mareo. De hecho, distinguía a Leopold frente a las cortinas, asomado a la ventana. En sus hilos

se entrelazaban el dorado de la preocupación y el verde de la contemplación. Todavía llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

—¿Qué le ha pasado a Lechuza? —dijo con un hilo de voz. «Cartorriano». Lo había dicho en cartorriano, gracias a la diosa.

Los hilos de Leopold se tiñeron fugazmente del color azul marino de la sorpresa. Se volvió hacia ella, enarcando las cejas. El alivio eclipsaba las demás emociones. Caminó hacia ella con una leve cojera en la que Iseult no había reparado hasta ahora. No había podido.

—¿Cómo te encuentras, Iseult? ¿Quieres que llame a la monja Evrane?

—No. —La respuesta le salió sin pensar, errática y demasiado fuerte. Iseult confiaba plenamente en la monja y le debía la vida (varias veces), pero ahora mismo no quería dormir. Quería respuestas—. No la llames. Me encuentro bien. Pero responde: ¿dónde está Lechuza?

Leopold tragó saliva y una espiral de lástima cubrió sus hilos.

—No lo sé —reconoció el príncipe, acercándose a la cama—. Todo sucedió muy deprisa.

—Ah. —Iseult se frotó el rostro, pero se detuvo en cuanto sus dedos tocaron un vendaje. Qué curioso, no sentía dolor en la cara.

—Toma. —Leopold le sirvió un vaso de agua de la jarra que había en la mesilla. Aunque tuvo que hacerlo con una sola mano, seguía siendo tan ágil como siempre.

Pero Iseult rechazó la bebida agitando la mano. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que Evrane regresara y la durmiera de nuevo.

—Me pareció ver a Arándano. Cuando el fuego nos alcanzó, vi sus hilos. ¿Y si rescató a Lechuza?

—Ya sabes más que yo, Iseult. Yo solo vi las llamas. ¿Te ayudo? —Leopold señaló la cama. Cuando Iseult asintió, el príncipe la ayudó a incorporarse.

Y esta vez le vino bien. No sentía dolor, pero sus extremidades parecían hechas de mármol. Le pesaban demasiado para moverlas por sí sola.

—Hay que buscarla —dijo mientras Leopold le apoyaba la mano sana en la espalda. El príncipe reprimió una risa, pero no era de burla, sino de sorpresa, la misma emoción que reflejaban sus hilos.

—Me pondré a ello en cuanto te incorpores... Espera, ¿va en serio? —Retrocedió—. Iseult, por ahí hay monjes que quieren matarnos. —Señaló la puerta con la cabeza—. Y por ahí está la horda del rey saqueador. —Señaló la ventana—. Aunque la niña esté viva, y espero que lo esté, ahora mismo no podemos hacer nada para ayudarla.

—Siempre se puede hacer algo. *Siempre*.

Al oír sus palabras, unas hebras de un intenso color bermellón se filtraron por los hilos de Leopold. También había tonalidades anaranjadas. En cualquier otra persona, Iseult las habría interpretado como afecto o incluso deseo. Pero en él... no las entendía en absoluto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No he dicho nada.

—No, pero lo has sentido. Dime qué sientes.

Esta vez, el color trigueño del bochorno cubrió sus hilos. Leopold sonrió; su sonrisa arrepentida encajaba perfectamente con sus emociones. Iseult parpadeó, atónita. Leopold incluso parecía haberse ruborizado.

—No puedo ocultarte nada, ¿eh?

—No has respondido a mi pregunta.

—No. —Se pasó el pulgar por el labio inferior—. Por favor, Iseult. Todo hombre tiene sus secretos. —Se agachó para recoger algo que había detrás de la mesa—. Toma, te he traído una cosa.

Le estaba dando largas, pero a Iseult no le importó. Aún tenía que informarse de muchas más cosas, pero los ojos le escocían cada vez más.

—Sé que no es el libro que tenías tú, pero a Iseult es el mismo texto. En realidad, este es el original. Lo he sacado de los archivos del monasterio. —Depositó en la mesa un libro con tapas de cuero negro—. Se me ha ocurrido que así podría convencerte de que digo la verdad. Sobre Eron fon Hasstrel.

Iseult echó un vistazo al libro... y se le heló el vientre. Tragó saliva, notando que fruncía el ceño por la perplejidad, pero estaba demasiado atónita para contenerse.

Guía ilustrada del monasterio Carawen.

Era el mismo libro sobre los monjes Carawen que Iseult se había dejado en Veñaza. Leopold solo podía saberlo si era verdad que trabajaba con el tío de Safi.

—Supongo que no te apetecerá leerlo, pero he pensado...

—Gracias —lo interrumpió. Y lo decía en serio. Todo se había vuelto muy inestable desde que Aeduan se había ido, desde el accidente, los sueños y la oscuridad. Pero aquel libro era un ancla. Y Leopold se lo había traído... De verdad podía fiarse de él...

Suspiró. La estancia empezaba a derretirse; su pecho era un amasijo de emociones cálidas y frías, un centenar de variaciones que no reconocía.

Acercó el libro. Estaba a punto de abrirlo cuando se fijó en el sello de la cubierta. Un pájaro con tres patas y una corona en la cabeza.

—¿Qué es esto? —Levantó los ojos cansados para mirar a Leopold—. El mío no tenía esto.

—Es el emblema del rey Grajo. Se repite por todo el monasterio. —Lo tocó con la mano sana—. Hace mil años, este sitio era su fortaleza. ¿Nunca te has preguntado por qué el emblema de los Carawen es un pájaro?

Sí que se lo había preguntado, pero en su libro (en aquel libro) no había encontrado la respuesta.

«El rey Grajo», pensó. El hombre con el que soñaba. Tenía que ser él, aunque no se explicaba cómo era posible.

Volvió a frotarse los vendajes y esta vez arañó la tela con los dedos. Seguía sin sentir dolor, pero Leopold esbozó una mueca y susurró:

—No hagas eso.

—¿Crees en los fantasmas? —le preguntó ella, ignorándolo—. Los nomatsíes no, pero Safi siempre me juraba que existían.

—¿Ah, sí? —Parpadeó. En sus hilos apareció el color pálido de la confusión—. Bueno, es normal que ella crea en fantasmas. El castillo Hasstrel está lleno. Pero... ¿por qué lo preguntas?

Iseult se humedeció los labios.

—¿Entonces crees en ellos?

—Como casi todos los cartorrianos. No somos un pueblo religioso, pero nos tomamos muy en serio a nuestros ancestros. —Apoyó la mano sana en la cama y se inclinó hacia Iseult, frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo preguntas, Iseult? Insisto.

Ella se rascó la nariz. Más gasas. Una cosa era pedirle su opinión y otra contarle que los fantasmas la atormentaban en sueños.

—Por nada —respondió finalmente.

La expresión y los hilos de Leopold dejaban clara su incredulidad, pero el príncipe no insistió, cosa que Iseult agradeció. Cada vez estaba más cansada. Y se sentía pesada, como si el techo de una cueva se le hubiera venido encima.

—Lechuza —dijo, pero de su garganta escapó un largo gemido incoherente.

Leopold se puso de pie al instante, con los hilos iluminados de asombro.

—Te encuentras mal. Voy a buscar a la monja Evrane. —Se apartó muy deprisa, demasiado deprisa, dejando tras de sí una estela, un centenar de Leopolds, un centenar de versiones suyas que corrían a través del tiempo.

—No —exclamó Iseult. Pero, al igual que antes, no fue esa palabra lo que le brotó de la lengua.

Cuando Evrane entró corriendo, las sombras volvían a velarle la visión a Iseult. La monja desprendía oleadas negras, como si estuviera hecha de oscuridad.

«Alas», pensó Iseult justo antes de que la magia sanadora la embargara. «Parece que tiene alas».



Cuando despertó de nuevo, alguien estaba bramando en cartorriano:

—Levantadla.

Era una voz de hombre, unida a unos hilos tenues y desdibujados.

Iseult abrió los ojos y el mundo empezó a cobrar nitidez lentamente. Hilos, hilos, hilos... Los del hombre que hablaba y los de otras dos personas que ahora caminaban hacia la cama. Unos monjes a los que no conocía.

Durante un fugaz momento de desorientación, sus capas blancas parecieron fusionarse; era como si una única entidad estuviera cruzando la habitación, con los hilos grises de la hostilidad y los verdes de la concentración. Cuando aquel borrón blanco llegó hasta Iseult, se dividió y dos rostros se materializaron frente a ella.

Una mujer y un hombre. La mujer agarró a Iseult por el brazo izquierdo y el hombre por el derecho. Clavándole los dedos en los vendajes y en la carne, la obligaron a sentarse en la cama y la empujaron hacia atrás hasta que su espalda chocó contra el cabecero.

El mundo empezó a dar vueltas. No sentía dolor, solamente vértigo y confusión. El sueño se resistía a dejarla ir. Seguía oyendo la risa del brujo del fuego.

Los dos monjes se alejaron, esta vez sin fundirse en uno, aunque sus hilos ahora mostraban un solo color: el plata de la repugnancia. Les asqueaba la debilidad de Iseult. O quizás era por haber tenido que tocarle la piel. Pero Iseult ya estaba acostumbrada al asco y al odio; si esas emociones pudieran matar, llevaría mucho tiempo muerta.

Inspiró hondo, aliviada al notar que los pulmones se le hinchaban hasta presionarle las costillas y su visión se aclaraba cada vez más. Por las cortinas abiertas entraba un rayo de luz de luna. No veía a Evrane ni a Leopold; tampoco percibía sus hilos.

Tuvo poco tiempo para preguntarse por su ausencia, porque el tercer monje, el que había hablado, apareció enseguida ante ella.

Al principio, mientras Iseult veía acercarse sus hilos, pensó que los colores parecían mezclarse por culpa del agotamiento. Por culpa del sueño sombrío que se negaba a soltarla del todo. Pero el resto de la habitación ya se había cristalizado. Se sentía alerta, despierta. Incluso sentía los músculos lo bastante ligeros para moverse por sí sola.

Entonces cayó en la cuenta: «Es un desteñido». Alguien que enlazaba una emoción con la siguiente, sintiéndolas todas con una intensidad frenética pero sin demorarse apenas en ninguna. Los hilos de los desteñidos siempre tenían un aspecto emborronado. «Son personas inestables», le había advertido Gretchya hacía años. «Sus emociones están raídas y apelmazadas a la vez. Es imposible predecir lo que puede hacer un desteñido».

Al instante, el cuerpo de Iseult se quedó tenso. La invadió el frío, un frío que resultaba doloroso tras aquellos sueños saturados de llamas.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el desteñido. Era joven, a lo sumo unos años mayor que ella. La piel cetrina y el cabello rubio hacían que sus facciones parecieran fundirse igual que sus hilos, una ilusión potenciada por las líneas más bien redondas de su mandíbula y su figura.

De no haber conocido el riguroso entrenamiento del monasterio, Iseult habría pensado que ese hombre no había trabajado ni un solo día en toda su vida.

Y apestaba a incienso.

—El abad —contestó Iseult. El ribete rojo de su capa lo delataba. Entonces recordó algo que Evrane había dicho de pasada—. Natan fon Leid.

En sus hilos apareció el color gris del desagrado, pero también el tono rosado del placer, con toques del rojo de la irritación, el lila del ansia y el naranja de la impaciencia. Pasaban veloces como moscas; eran demasiados para captarlos todos.

—Tus protectores —el abad agitó la mano en dirección a la puerta— no dejan entrar a nadie. Ni siquiera a mí, el abad de este condenado monasterio. Pero quiero saber quién nos ha causado tantas desgracias. Quiero ver el rostro de la mujer que está destruyendo mi hogar.

Iseult se puso rígida, sobrecogida por sus palabras. Por el tono venenoso de su voz.

—Yo no estoy destruyendo vuestro hogar.

Él se echó a reír.

—Los insurgentes te quieren a ti. Y harán lo que haga falta con tal de echarte el guante.

—¿Por qué?

En lugar de contestar, el abad se inclinó hacia ella, mirándola de arriba abajo. Con cada latido de su corazón, sus hilos se iban cubriendo de violencia.

—¿Cómo te llamas?

—Iseult det Midenzi.

—Eres una matsí.

Era una afirmación, no una pregunta, así que Iseult se quedó totalmente quieta. Nunca le había parecido tan importante como ahora mantener el rostro vacío de emociones. Aferrarse a su estabilidad impertérrita. Natan fon Leid era la víbora que acechaba en el lecho del bosque; su peligro radicaba en lo anodino y vulgar que parecía a primera vista.

Ahora entendía lo que había querido decir Leopold. «Esa clase de hombres son muy útiles para un príncipe». Al ser el sexto hijo de un noble, seguramente lo habían ignorado toda su vida. Y ahora que era abad, necesitaba que todos lo supieran.

Iseult no sabía cómo la monja Evrane podía respaldar a un hombre así. A menos, claro, que los insurgentes fueran aún peores.

—Quinientos años —musitó el abad para sus adentros; sus hilos brincaban y se mezclaban, ilegibles—. Quinientos años sin verlos y ahora dos brujas del éter dicen que son los Cahr Awen.

Se abalanzó sobre ella tan rápido que Iseult no pudo reaccionar. Ni sus hilos ni su cuerpo le sirvieron de advertencia. Un momento antes estaba hablando y de pronto la agarró por la garganta y la estampó contra el cabecero.

Al sentir el fuerte golpe en el cráneo, el instinto de Iseult tomó el control.

Levantó los puños, lista para golpearle debajo de los brazos y doblarle los codos hacia arriba hasta partírselos. «Quémalo, quémalo».

Pero se detuvo, con los dedos a pocos centímetros de la colcha de terciopelo. El abad no la estaba estrangulando, y además había otros dos monjes armados hasta los dientes en la habitación. No podía ganar esa pelea. «Si te superan en armamento o en entrenamiento», le había enseñado Habim, «no te resistas. Es mejor sobrevivir y buscar una oportunidad que morir en inferioridad de condiciones».

El rostro del abad se fue acercando más y más, hasta que Iseult pudo distinguir los pelos encarnados del bozo, los capilares de los ojos. A esa distancia, sus hilos le caían encima como un alud de barro.

—Dame una razón —gruñó, salpicándole la mejilla de saliva—. Dame una buena razón para que no te entregue a los insurgentes.

—Porque soy una Cahr Awen —contestó ella sin inmutarse—. Lo acabáis de decir...

Respuesta incorrecta. El abad la estampó de nuevo contra el cabecero. El golpetazo en la cabeza le hizo ver las estrellas.

El abad empezó a estrujarle el cuello, dejándola sin respiración.

—Lo único que veo yo es a una matsí asquerosa. Tienes suerte de contar con la protección de un príncipe; si por mí fuera, ya te habría destripado y estarías colgando de las almenas, a la vista de los insurgentes.

La soltó. Tan bruscamente como la había agarrado, la soltó y se irguió.

Iseult se llevó la mano al cuello. Ahora sí que sentía dolor, tanto en la garganta como en los pulmones. Y además le había desgarrado los vendajes. «Quémalo, quémalo, quémalo».

Podía hacerlo. Debería. Los monjes no podrían hacer nada contra unas llamas capaces de devorar las pesadillas.

—Entérate, brujita de los hilos —dijo el abad—. Si esos rebeldes toman las murallas, te dejaré a merced de sus espadas mientras los demás nos ponemos a salvo.

—Y si hacéis eso —respondió ella con frialdad—, les diré por dónde os habéis ido.

Le dio una bofetada. Y aunque esta vez Iseult se esperaba el ataque, eso no impidió que su visión se oscureciera por el dolor que le recorrió la mejilla y la mandíbula.

—No eres una Cahr Awen —siseó el abad—. Y no vales lo que me ha prometido el príncipe.

Se marchó, dejando el eco de sus palabras resonando en la mente de Iseult. Era una mancha blanca con ribetes rojos, un borrón de cien emociones violentas, temblorosas y supurantes. Los otros dos monjes lo siguieron; sus hilos, más comedidos, estaban iluminados por la satisfacción.

Iseult esperó a oír el portazo antes de cerrar los ojos. Le retumbaba el corazón. Le dolía la zona del cuello por donde la había agarrado. Y a pesar de eso, se sentía... bien. Fuerte, incluso. Alterada, sí, pero también ansiosa por moverse, como un vino espumoso a punto de escaparse de la botella agitada.

«Estabilidad», se recordó. Necesitaba reflexionar sobre lo que acababa de pasar. Necesitaba comprenderlo todo y trazar un plan. Ya prestaría atención al dolor más tarde. Tenía que canalizar esa energía desbordante hacia su plan.

Era evidente que el abad no se creía que Iseult y Safi fueran las Cahr Awen. También estaba claro que Leopold pagaba al abad a cambio de su protección. Posiblemente también le había pagado para que sacara a Safi de

Marstok. Pero no habría rescate ni reencuentro mientras los insurgentes continuaran su asedio.

Iseult bajó las piernas al suelo con cautela. Llevaba un pantalón y una camisa holgada de algodón negro, sin suciedad ni polvo. Evrane debía de haberla bañado y vestido. Incluso era posible que lo hubiera hecho estando ella despierta. Podían haber pasado semanas desde su llegada, o solamente un día.

Sus pies descalzos tocaron una superficie de lana. Había pieles de oveja extendidas sobre las esterillas de mimbre. No las había visto hasta ahora.

Por la diosa, ¿tan grave había estado? Evrane tenía razón: Iseult tenía suerte de seguir viva.

Se puso de pie, apoyándose en la mesilla. Los frascos del equipo de sanación de Evrane tintinearón mientras se levantaba. Al cabo de unos momentos, sus piernas recordaron cómo tenerse en pie y su espalda cómo erguirse.

Por suerte, la habitación no se puso a dar vueltas. Ni siquiera cuando Iseult se alejó tres pasos de la cama. Ni siquiera cuando siguió caminando hasta llegar a la ventana. La humedad se condensaba en el cristal, creando burbujas y líneas que deformaban las vistas del valle.

No había nubes en el cielo; la luna iluminaba el valle con la más pura de las luces. «Es noche de hilos», habría dicho Gretchya. «La Madre Luna borra todos los colores y solo deja los hilos. Solo deja nuestro trabajo». Por entonces, ese trabajo consistía en vincular los hilos a las piedras (o en el caso de Iseult, en fracasar en el intento).

Pero ahora su trabajo consistía en observar. «Estudia a tus oponentes. Estudia el terreno».

El ancho río que serpenteaba por el valle estaba rodeado de ciénagas en ciertas zonas y de orillas bien definidas en otras. Las aguas profundas y negras estaban salpicadas de pequeños islotes; una serie de puentes avanzaban en zigzag hasta la isla donde se ubicaba el Pozo Originario, poblada de árboles perennes. Al norte de allí, las aguas parecían estar congeladas.

Lechuza tenía que estar en alguna parte. Y Safi también. Iseult tenía que encontrarlas. A las dos. Si conseguía llegar hasta esos puentes, podría cruzarlos hasta el Pozo Originario y continuar hacia la orilla norte por el hielo. Después sería relativamente sencillo seguir el curso del río en dirección este sin atraer la atención de ninguno de los dos lados. Estaría más cerca de los saqueadores, sin duda, pero el frondoso bosque la ocultaría.

El único problema era cómo llegar hasta esos puentes cuando se interponían en su camino los monjes, los insurgentes, las murallas y un escarpado acantilado. Sin embargo, el abad había mencionado una ruta de escape, y era evidente que los monjes habían tenido que abandonar el monasterio para rescatar a Iseult y a Leopold de los restos del pontón. Y eso quería decir que había una manera de salir. Solo tenía que encontrarla.

Se rascó distraídamente la nariz. Esta vez no tocó ningún vendaje al hacerlo. La magia de Evrane debía de estar funcionando. «Aunque el abad habrá echado a perder su trabajo», pensó mientras se apartaba de la ventana y se palpaba las vendas del cuello.

Estaban casi hechas jirones. Se las recolocó; por suerte, no le dolía. No eran las únicas vendas rotas: las de los brazos también se le habían despegado. Iseult giró el brazo hacia la luz de la luna para recolocárselas y vio la piel que había debajo.

Estaba lisa. Sin la menor marca.

Eso... no tenía sentido. Se arrancó las gasas del antebrazo. Ahí tampoco tenía nada. Ni la piel rosada e hinchada de una herida recién curada... ni las marcas y rugosidades de la piel muerta. Era su piel, la misma de siempre.

No había raspones, magulladuras ni costras.

Iseult se quitó las vendas del otro brazo y volvió a encontrar la misma piel pálida e intacta. Imposible, imposible.

Se acercó corriendo al espejo del armario. En cuestión de segundos, se arrancó todas las tiras de gasa que pudo alcanzar. Las del cuello, la cara, el vientre, los muslos... A sus pies se fue acumulando un pequeño montículo de tela blanca. Pero cada zona de piel expuesta revelaba lo mismo: no había heridas.

Ninguna. En absoluto. Iseult sabía el aspecto que tenía la piel sanada mediante magia; Evrane la había curado otras veces. Y no era así.

Pero Evrane no tenía motivos para mentirle. No tenía sentido que le curara unas heridas inexistentes, que la adormeciera constantemente. Se estaba equivocando. Sin duda Iseult estaba pasando algo por alto. Algún dato esencial que pondría en orden todos los pensamientos que ahora se agolpaban dentro de su cabeza.

«Su equipo de sanación».

Le dio la espalda al espejo y corrió (corrió sin ninguna dificultad) hacia la mesa. Abrió el cierre del estuche y volcó el contenido sobre la cama.

Pero no había nada que ver. Frascos vacíos, botellas vacías y rollos de lino. Era falso.

—¿Qué haces, Iseult?

Se quedó sin respiración. Que la Madre Luna la guardara. Presa del pánico, no se había acordado de tantear el tapiz del mundo. Y ahora Evrane estaba allí; la puerta se abría con un chirrido y los hilos de la monja brillaban, alarmados.

Muy despacio, con el corazón retumbando, Iseult se giró hacia la monja. «Esta mujer te salvó», se dijo. «Tiene que haber una explicación». Pero cuando sus ojos se encontraron finalmente con los de Evrane, supo que no había explicación alguna. Al menos ninguna que pudiera terminar bien para ella.

La oscuridad había regresado; Evrane la irradiaba, como si fueran ondas de calor. La monja no estaba sajada (aquello era distinto, algo nuevo para Iseult), pero tampoco era ella misma. Desde el principio, Iseult había creído que se imaginaba las sombras, que pertenecían a sus pesadillas, que su agotamiento y las llamas eran lo que las traía al mundo real. Pero ahora estaba despierta, y sin embargo las sombras seguían envolviendo a la mujer que la había salvado.

—¿Q-qué te ocurre? —intentó preguntar, pero sus palabras volvieron a apelmazarse. Volvía a hablar en varios idiomas a la vez, o en ninguno.

—Iseult —dijo Evrane con calma—. No estás bien. Deberías acostarte. —Cruzó la estancia con paso elegante. Su expresión (y sus hilos) eran tan serenos y compasivos como siempre los había visto Iseult—. Necesitas dormir. Duerme, Iseult. *Duerme*.

Las sombras se extendieron desde Evrane como un centenar de alas negras emprendiendo el vuelo. Avanzaron hacia Iseult hasta chocar con su cuerpo e introducirse dentro de ella. Cien millares de alas batían dentro de su cráneo.

Le fue imposible resistirse. Fuera lo que fuera ahora, Evrane ya no era la monja que Iseult conocía y quería.

Se le derritieron las rodillas. Se desplomó.

Y las alas la arrastraron.

CUARENTA Y TRES



Safi despertó al oír voces en su alcoba. Habían entrado dos sirvientas para bañarla y vestirla. Ya las conocía; las había interrogado antes, y la más bajita la había hecho reír.

Esas chicas no tenían nada que ocultar, así que la magia de Safi ronroneó de satisfacción y verdad al verlas allí. Se dejó llevar por su cháchara: quiénes eran los invitados de la fiesta, quién llevaría tal vestido, cómo había reaccionado la nobleza ante el estricto protocolo de seguridad.

Era agradable estar limpia. Descansada. Y llevar ropa nueva. El vestido de seda era precioso, aunque poco práctico: mangas largas y holgadas, escote pronunciado y una falda vaporosa hasta los tobillos. Enseñaba mucho pecho y poca pierna. Además, las mangas le estorbarían en caso de pelea.

—Pero es la última moda en Dalmotti —insistió la criada más alta. Safi no pudo evitar preguntarse por qué se llevaría también en Marstok.

Al menos tenía un bolsillo con el tamaño perfecto para su lente sincera. Safi se la guardó, notando el pecho henchido de triunfo. Se moría de ganas de dársela a Vaness.

Cuando las sirvientas se fueron, llegó Rokesh. Ya no llevaba el hombro vendado y se movía con más agilidad. Le indicó a Safi que saliera de la habitación, frente a la cual ya la esperaban sus guardaespaldas víbora, que se colocaron en formación sin decir nada. Safi agradecía su silencio.

Esta noche iba a haber ruido más que de sobra. La exhibirían ante todos los miembros del Sultanato, oficiales militares, consejeros, parientes nobles y burócratas de rango. *Todos* estarían congregados en un mismo sitio, mirando boquiabiertos a la bruja de la verdad, sabedores de que Safi los estaba poniendo a prueba.

Esperaba que la condujeran directamente al salón del trono, al despacho de Vaness o incluso a los aposentos imperiales. Pero en lugar de eso,

volvieron a llevarla por las entrañas del Palacio Flotante hasta otra zona de la isla que no había visto nunca, un inmenso almacén repleto de estantes y cajas. Al fondo había un umbral que daba directamente al lago Scarza.

Habim estaba esperando a Safi y a los víboras en esa puerta. Llevaba su traje de gala completo, un resplandeciente uniforme dorado y verde con un centenar de fajines de colores que representaban los distintos honores que le habían otorgado. A Safi le resultaban tan ajenos como todo lo que había averiguado sobre él ayer. Detrás de Habim había una larga hilera de sirvientes y soldados, todos con la barbilla en alto, como esperando órdenes.

Habim no saludó a Rokesh, que le hizo una pequeña reverencia, y si le guardaba rencor a Safi por haber intercedido en favor de los bardas infernales, no lo aparentaba. Agitó la mano, abarcando todo el almacén.

—¿Está todo en orden, bruja de la verdad?

Safi frunció el ceño, confundida, y se frotó la cicatriz del pulgar.

—¿El que?

Habim suspiró.

—Los fuegos artificiales. —Señaló la caja más cercana—. Van a llevar esas cajas al lago para el espectáculo. Y esas de allí —le indicó unas cajas más pequeñas— contienen bengalas de mano para los invitados. Debo asegurarme de que no supongan ningún peligro.

Safi miró de reojo las cajas. Su magia no reaccionó. No sentía el zumbido de la verdad ni el siseo de las mentiras. Se acercó a la caja más cercana y levantó la tapa. Una hilera de vasijas de arcilla perfectamente normales le devolvieron la mirada; era exactamente el aspecto que debían tener unos fuegos artificiales.

Rokesh apareció a su lado.

—Di algo —murmuró, con la voz más áspera de lo habitual. Ella lo miró, parpadeando. Sorprendida—. Di algo —repitió.

Y Safi dijo algo:

—No hay peligro.

—Bien —ladró Habim, volviéndose hacia los criados y soldados—. Distribuidlos y colocaos en vuestros puestos. —No le dijo nada más a Safi, así que Rokesh se la llevó del almacén.

Regresaron por donde habían venido, pero esta vez los víboras la escoltaron hasta los jardines principales del palacio. Se detuvieron frente a dos hileras de soldados antes de llegar al nivel superior de las terrazas. La brisa traía música y murmullos. Algunas voces eran tensas y otras alegres, pero todas discretas y quedas.

Entonces los soldados se separaron y la fiesta apareció ante Safi en todo su esplendor. Vaness y su propio contingente de víboras aguardaban sobre un estrado. Habían colgado entre los árboles finas cadenas de hierro con farolillos, y todo estaba lleno de elaborados arreglos florales de rosas y lirios de día.

En un nivel inferior al de la emperatriz, seis músicos tocaban flautas, arpas y un tambor de copa. Y en el nivel más bajo estaban los invitados, un mar de siluetas vestidas de gala: la seda, el satén, el terciopelo y el tafetán se movían en un corro de baile, rodeados por ornamentados postes de hierro con llamas embrujadas.

Pero los invitados no eran nada en comparación con lo que aguardaba más allá del Palacio Flotante. El lago estaba repleto de embarcaciones. Safi veía mástiles blancos, remos extendidos, redes de pesca ondeando en la brisa, cubiertas llenas de marineros... Sin embargo, una flota de barcos militares colocados proa con proa los mantenía a raya a todos. La orilla de Azmir, por su parte, era un hervidero. Cientos de miles de marstokíes se habían reunido para ver los fuegos artificiales de la emperatriz.

La emboscada en el Pozo Originario no había disuadido a nadie.

Vaness se volvió al oír los pasos de Safi. Estaba radiante en el centro del estrado, con un vestido de crepé rojo fuego, muy apropiado para la emperatriz de los hijos de la llama y la hija elegida del Pozo Originario del fuego. Llevaba el cabello recogido en lo alto de la cabeza y decorado con cintas a juego, como una antorcha. Había alargado y afinado sus pulseras de hierro, que le recorrían los brazos en espiral. En lugar de un cinturón de hierro, se había puesto uno de oro.

Al ver a Safi, su pecho se movió de forma casi imperceptible. Safi no pudo contener una sonrisa al ver aquel suspiro de alivio tan sutil. Vaness esperó a que Safi y Rokesh se colocaran detrás de ella antes de girarse hacia la multitud.

Hacia las decenas de miles de marstokíes que la amaban sin conocerla en absoluto.

Vaness levantó los brazos. El pueblo de Azmir rugió. Era un sonido capaz de dispersar las nubes y engullir el pensamiento.

Aquel bramido sacudía a Safi, zarandeándole los pulmones, las piernas y el cráneo. Había muchísima gente, tan cerca y tan lejos. Todos ellos vitoreaban... y todos ellos eran sinceros.

Ahora no había señales de desaprobación. Los azmireños querían que los deslumbraran, que los entretuvieran. Así que Vaness les dio lo que pedían.

Giró las manos y apuntó al cielo con los dedos extendidos...

Tres flechas de luz ascendieron por el cielo y detonaron, desatando una cascada de mil estrellas fugaces. Un segundo después, cuando sonaron los estallidos, la muchedumbre redobló su rugido.

Safi quería gritar con ellos. Era una tormenta infinita de luces de colores que crecían y se deslizaban por el aire. Algunos eran meros estallidos de fulgor que llenaban el cielo, pero con otros cobraban vida intrincadas escenas de batallas, ciudades y bosques, formando un tapiz explosivo. Uno tras otro, iban creando un espectáculo como ninguno que ella hubiera visto u oído nunca. Y Safi estaba en el mejor sitio posible para admirarlo: el patio de la mismísima emperatriz.

También estaba en el mejor sitio para evaluar constantemente a los invitados. No podía evitarlo; había algo *raro* allí. Algo le rascaba la nuca. Algo que no era su magia. Pero por mucho que los escudriñaba, solo percibía verdad; lo único que bullía en su vientre era el disfrute y las conversaciones sinceras.

Y por fin, mientras una hilera de soldados hechos de fuegos artificiales desfilaban por el cielo negro, mientras su reflejo avanzaba sereno por el lago, lo entendió: lo que estaba sintiendo era sencillamente imposible. Todo el mundo mentía. Era un hecho ineludible, y sin embargo Safi no percibía la menor falsedad en ninguno de los invitados.

La marea inagotable de mentiras que arrastraban las verdades ya no estaba. Había desaparecido por completo.

Que los dioses la condenaran, ¿qué había hecho? Claramente, había gastado su magia al fabricar la lente sincera. Pero solo una mitad, la mitad que reconocía las mentiras. La mitad que había decidido imbuir en el cristal. No entendía cómo era posible. Su magia existía sin más. Existía dentro de ella. Estaba siempre presente, siempre activa.

Hasta ahora. Había dejado de ser así.

Buscó a tientas la lente sincera. Aunque no quería enseñarla en público antes de dársela a Vaness, ahora no tenía elección. Tenía que asegurarse de que funcionaba; tenía que saber si aún podía recuperar su magia. Pero cuando se metió la mano en el bolsillo, sus dedos no tocaron metal.

Tocaron papel. Safi, boquiabierta, se quedó mirando fijamente la bengala que tenía en la mano. Tenía casi la misma forma y el mismo peso que la lente. Le habían dado el cambiazo.

La pregunta era quién. Y por qué. Y *cuándo*. Le dio la espalda al horizonte y a los fuegos artificiales. Habían tenido que acercarse mucho a ella

para quitársela sin que se diera cuenta.

Sus ojos se detuvieron sobre Rokesh, que estaba a diez pasos de ella. Él le sostuvo la mirada sin inmutarse, observándola. Entonces Safi recordó de pronto que Rokesh le había puesto la mano en el codo en el almacén. Apenas había sido nada, pero esa distracción habría bastado para que le birlara la lente sincera y la sustituyera por una bengala.

Pero no tenía sentido. Rokesh no tenía ningún motivo para quererla, para *quitársela*. Le habría bastado con pedírsela. Además, Safi ya había puesto a prueba a Rokesh y sabía que era leal. «Hasta que deja de serlo».

Antes se había fijado en que ya no llevaba el hombro vendado. Y luego, en el almacén, Rokesh le había ordenado que dijera algo y ella lo había hecho. Había obedecido sin pensar.

Y luego estaba la brecha en la muralla del Pozo Originario, camuflada con una ilusión. Los brujos de las ilusiones no eran comunes, y tampoco los vestidos de seda dalmotti con un bolsillo del tamaño *exacto* para guardar una bengala.

Y no podía olvidar la sencilla verdad que Habim le había dicho desde su llegada: «Tenemos un plan». No había dicho «tengo», sino «tenemos».

«Con la mano derecha les das lo que esperan, y con la izquierda les cortas la bolsa».

Rokesh desenvainó su espada.

—¡¡No lo hagas, Mathew!! —gritó Safi.

CUARENTA Y CUATRO



La Furia se deshizo enseguida de las cadenas que retenían a Merik en la torre, pero para abrir el collar de madera habría hecho falta la magia de Esme. Kullen sacó a Merik al exterior y emprendieron el vuelo.

Fue glorioso. Aunque no fuera la magia de Merik la que los transportaba, aunque llevara una argolla en el cuello y notara la magia sajada corriendo por sus venas, volvía a sentirse él mismo al volar, aunque fuera por poco tiempo.

No habían pasado ni dos días desde que el viento le azotaba la cara y rugía a sus pies, pero sentía que habían transcurrido siglos enteros. La luz de la luna bañaba en plata la ciudad perdida de Poznin. Desde arriba parecía distinta, viva e irreal. Reliquias renovadas. Bajo aquel resplandor, incluso los incontables sajados parecían sanos y despiertos.

El viaje terminó demasiado pronto. El bosque se fue haciendo más y más frondoso hasta que apareció ante ellos el Pozo Originario. A su lado había una figura diminuta vestida con una capa de armiño, con los ojos cerrados y los brazos extendidos mientras trabajaba en su Telar.

No reaccionó cuando llegaron, cuando Kullen aterrizó ni cuando a Merik le cedieron las rodillas por el impacto y cayó a gatas sobre la hierba. Tampoco cuando la Furia gruñó:

—Titiritera. —Sus dedos siguieron tocando y trenzando hilos invisibles. La Furia perdió la paciencia enseguida—. ¡Titiritera! —Pero no sirvió de nada. Kullen empezó a caminar de un lado a otro, dejando un surco torcido de hierba aplastada a su paso. Mientras caminaba, se toqueteaba la costra de la oreja mutilada.

Ingratos, ingratos... —murmuraba para sí—. No soy ninguna marioneta. Soy la Furia. Presencí la conversión de los Sois, igual que él. —Unas líneas negras reptaban por su rostro, y había empezado a caer una nieve sombría. Llegó al final del surco y dio media vuelta, rascándose todavía la oreja. Ris,

ris, ris—. Eso cambiará contigo a mi lado, Merik. A diferencia de ti, el general no es un rey. Y cuando encuentre la espada y el espejo, ya no lo necesitaré. Ni a ninguno de ellos. —Fulminó con la mirada a la Titiritera y caminó hasta ella. Se la quedó mirando bajo la nieve, mientras la oscuridad seguía deslizándose por su cuerpo—. Seis se enfrentaron con seis y se tornaron en reyes —cantó—. Cinco se enfrentaron con uno y le robaron la suerte.

La Furia siguió canturreando rimas mientras Esme trabajaba concentrada en su Telar. No dejó de cantar ni siquiera cuando empezaron a salir sajados del bosque, uno tras otro, rodeando el Pozo por ambos lados.

Merik apenas reparó en ellos. Se le había subido la sangre a la cabeza por el vuelo, tenía los oídos taponados y la energía de la comida ya se había desvanecido. Y lo más importante, su mente no dejaba de dar vueltas a lo que había dicho la Furia... y al hecho de que cada cual parecía querer algo distinto. Sí, todos querían entrar en esa montaña, pero Esme quería los Pozos Originarios. El rey saqueador quería acabar con los imperios. Y la Furia quería una espada, un espejo y también tener a Merik a su lado...

Era información valiosa. Era más fácil enfrentar a las personas entre sí cuando tenían diferentes objetivos.

Cuando Esme abrió los ojos por fin, giró la cabeza para mirar a la Furia.

—¿Qué quieres? —siseó. Antes de que Kullen pudiera responder, la muchacha se fijó en Merik, que estaba a varios pasos de distancia. La rabia invadió su rostro—. ¿Cómo te atreves a traerlo aquí? —Pasó con brusquedad junto a la Furia, levantando un brazo y también la voz—. ¡Vuelve a la torre, príncipe! ¡Te lo ordeno!

Todo el cuerpo de Merik se puso en tensión; los hombros casi le tocaron las orejas. Dolor. Sabía que se avecinaba el dolor.

—No. —La Furia le puso la mano en el hombro a Esme—. Se viene conmigo.

Esme se desembarazó de Kullen. Echaba fuego por los ojos y curvaba los dedos como si fueran garras.

—No he terminado con él.

—No es tu juguete. Quítale el collar.

—Es mío. Los dos sois míos. —Volvió a levantar el brazo, como disponiéndose a usar el Telar.

Pero la Furia se echó a reír. El eco de su risa burlona y ronca resonaba en el Pozo.

—No puedes controlarme, Titiritera. Y tampoco puedes hacerme daño. Mi poder es demasiado inmenso para tu magia, como tú muy bien sabes.

—No necesito controlarte. Puedo controlarlo *a él*. —Esme movió los dedos y Merik se movió con ellos.

Sin pedirle permiso, sus pies caminaron hacia el Pozo. No podía hacer nada para impedirlo. Sintió las aguas frías en los pies, en los tobillos, en las corvas. Por mucho que giraba el torso o intentaba darse la vuelta, sus pies seguían avanzando. Estiró los brazos para tratar de agarrarse a la orilla, pero fue en vano. Un paso, otro paso, otro paso. Chof, chof, chof.

Esta vez fue la risa de la Titiritera la que reverberó en las aguas.

La cadera. La cintura. El pecho. El frío le estrujaba los pulmones. Unos pocos pasos más y se sumergiría del todo. Respiraba entrecortadamente.

—Por favor —intentó decir, pero una tormenta incipiente se tragó el sonido de su voz. La tormenta de la Furia.

—Basta. —Kullen se giró hacia Esme—. Libéralo.

—No. —Esme se irguió, desafiante—. Quiero ver lo que pasa si se ahoga. ¿Crees que se recuperará de una muerte así?

Merik dio otro paso involuntario y el agua lamió el collar de madera.

—¿Quieres entrar en la montaña o no? —le preguntó la Furia, enojado—. El príncipe es la clave para entrar.

—No me digas.

Otro paso. Aunque inclinaba la cabeza hacia atrás tanto como podía, el agua le alcanzó la barbilla. Y ahora los vientos de la Furia agitaban las olas, que se le colaban por la garganta.

—Ha prometido engañar a la bruja de la vista para que salga por la puerta de la montaña. Libéralo.

—¿La puerta de la montaña? —Esme soltó una risotada—. ¡Si ni siquiera habéis *llegado* a la puerta de la montaña! ¡Tus soldados siguen luchando contra los monstruos de las criptas!

El cielo se oscurecía más y más mientras Merik luchaba por respirar sin atragantarse. Ya no había luna, solo aguas infernales y ceniza.

—Márchate —le ordenó Esme a la Furia, haciéndose oír sobre el ruido de la tempestad—. O lo ahogo.

—No solo he venido por él... —El agua le entró en los oídos y la boca, impidiéndole distinguir el resto. Cuando consiguió volver a oír con claridad, Esme estaba respondiendo a Kullen:

—Ya te lo dije —le espetó—. No es tan fácil de encontrar como los demás.

—¿Por qué no?

—Porque él no tiene hilos. Está fuera del tapiz del mundo.

—Eso es imposible. No me mientas.

—Nació en el hielo durmiente. Tú, más que nadie, deberías acordarte —se burló Esme. Y por fin, *por fin*, la tormenta amainó. El viento y las olas se sosegaron. Merik contuvo la respiración, bajó la barbilla y giró el rostro hacia la orilla.

La Furia parecía perplejo. Las sombras de su piel, la nieve, los vientos..., todo se había desvanecido.

—Ya lo has encontrado otras veces.

—Porque estaba con personas que conozco. —Esme agitó la mano con displicencia—. Y ya no lo está.

—El general se disgustará.

—Pues dile que venga y me lo diga en persona.

—Ah, ya entiendo. —Kullen echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada hacia el cielo—. Aún te fastidia, ¿verdad? Sigues resentida porque no te llevó con él.

—No. —Con esa palabra, un fuerte dolor recorrió a Merik como un relámpago. Arqueó la espalda y abrió la boca, sin aliento.

Se terminó tan deprisa como había empezado.

—El rey —gruñó Esme— me llevará con él en cuanto abra las puertas.

—Intentas convencerte, ¿verdad? —La Furia chasqueó la lengua—. Es una ilusión de lo más tierna, Titiritera, pero ya le has dado lo único que quería de ti: *a mí*.

El silencio y la quietud se adueñaron del Pozo, pero la tormenta volvió a desatarse un instante después. Merik tuvo el tiempo justo para tomar aire.

El dolor lo consumió todo. Se le agarrotaron los músculos y se le escapó un grito.

Después llegaron las olas, el viento y el repentino golpeteo de la lluvia. No podía respirar, no veía nada. Ya no podía gritar, solo ahogarse y retorcerse.

Finalmente, los pies de Merik volvieron a moverse y avanzó tres largas zancadas hasta sumergirse del todo. El frío y la oscuridad lo envolvieron por completo, ahogando todos los sonidos. Aunque sabía que debía conservar el aire, no pudo evitar que se le escaparan las burbujas. Ahí abajo no podía conservar nada. No podía pensar, no podía moverse. Lo único que podía hacer era ahogarse, atenazado por la sajadura de Esme mientras los últimos restos de su vida se deshacían.

No supo durante cuánto tiempo perdió el sentido ni cuánta agua tragó. Las últimas chispas de dolor lo arrastraban al infierno... y de pronto regresó a su cuerpo. Estaba a gatas en la orilla, vomitando.

En plena arcada, mientras escupía agua y bilis en la hierba, se dio cuenta de que estaba consciente. De que estaba *vivo*.

Esme estaba sentada a varios pasos de distancia. Su pose delicada era una mentira; su sonrisa tensa era como una máscara pintada sobre su rostro. Arrancaba la hierba a puñados, estrujando las briznas y dejándolas caer a sus pies.

Merik pestañeó varias veces, escudriñando el bosque y el Pozo en busca de la Furia, pero no lo encontró. Solo quedaban los sajados de costumbre, montando guardia. ¿Cuánto tiempo había estado sumergido? ¿Cuántas veces se había ahogado?

—Desagradecidos. —Esme siguió arrancando hierba, mirando a Merik con su sonrisa falsa—. No me agradecen lo que hago, príncipe. No entienden lo difícil que es. Acuden a mí, me ordenan que busque a alguien y se marchan. *Desagradecidos*.

Se parecía mucho a lo que había dicho la Furia. A pesar del malestar, Merik procuró tomar nota de esa información.

—¡No tiene hilos! —continuó Esme—. Solo puedo encontrarlo si está cerca de Iseult. Aunque eso no se lo he dicho a ellos. —Otro puñado de hierba—. Ella es mía. No suya. Y tú eres mío, príncipe. No *suyo*.

Merik se obligó a asentir.

—Soy tuyo —consiguió decir con un hilo de voz, antes de que sus pulmones empezaran a temblar de nuevo y regresaran las arcadas.

Pero Esme dejó de arrancar hierba y ladeó la cabeza; sus ojos amarillos ya no parecían tan furiosos.

—¿Entonces no vas a ayudar a la Furia a entrar en la montaña?

Merik tuvo que esperar a que el estómago le dejara de temblar, a que la tos remitiera.

—No —musitó.

—¿Y por qué la Furia ha dicho que sí?

«Moveos con el viento, moveos con la corriente».

—Porque quiere asustarte. Eres la favorita del rey saqueador.

Su sonrisa artificial flaqueó.

—¿Por qué piensas eso, príncipe?

—Porque es evidente. —Respirando entrecortadamente, Merik obligó a sus ojos agotados a sostenerle la mirada a Esme—. El rey envía a la Furia a

hacer recados sin importancia. Llevar y traer personas... es el trabajo de un paje. —Las fosas nasales de Esme se dilataron. Le temblaron los labios; en sus ojos se intuía una sonrisa sincera—. Tú, en cambio, eres dueña de una ciudad. Tienes un ejército entero a tus órdenes, mientras que la Furia no tiene autoridad sobre nadie.

Esta vez se equivocó. Esme torció el gesto y volvió a arrancar puñados de hierba.

—El también comanda un ejército. La Furia lidera el asalto del rey saqueador contra el convento de las brujas de la vista, al sur. Y cuando hayan entrado en la montaña, abrirá la puerta que conduce a Lovats y se apoderará del Pozo secreto que debería ser mío. —Le dio un vuelco el estómago al oír eso. «La puerta que conduce a Lovats». Por Noden, no—. Los soldados de la Furia invadirán la ciudad desde el subterráneo. Él se llevará toda la gloria. —Enseñó los dientes—. Y yo tengo que quedarme aquí sin ganar nada, *esperando* a que ellos encuentren la puerta que conduce a Poznin.

Por Noden. No, no, no. El mundo empezó a temblar y a difuminarse. Su patria estaba en peligro. Lovats no había caído jamás, ni siquiera durante los momentos más crudos de la guerra. Los Centinelas y los puentes de agua siempre la habían protegido.

Pero si los soldados atacaban desde dentro, si usaban esos portales mágicos y accedían al subterráneo...

Merik volvió a vomitar. La bilis se derramó por la hierba.

El plan de Vivia era alojar a los refugiados en la ciudad subterránea. El descubrimiento de la antigua ciudad había sido un milagro: un lugar donde albergar a los indigentes, los hambrientos y los perdidos. Pero ahora ellos serían los primeros en morir.

Merik tenía que impedirlo. Tenía que deshacerse de ese collar de madera fuera como fuera. *Tenía que impedirlo.*

—No debería haberlo sajado —continuó Esme—. Primero debería haber creado otro Telar. De haberlo hecho así, ahora sería yo la que encabezaría la marcha...

—Pues hazlo —dijo Merik con voz ronca, desesperada y febril—. Hazlo. Llega antes que él a las criptas. Yo haré salir a la bruja de la vista y la mataré. Así podrás entrar antes que la Furia.

Esme miró a Merik con recelo, como si estuviera sopesando lo que acababa de decir. Como si se lo estuviera imaginando paso a paso...

—Sí —susurró—. Ay, sí, sí, sí. Puedes llevarme volando, príncipe. Y mientras tú engañas a la bruja de la vista para que salga de su escondrijo y la

matas, yo me encargaré de los monstruos de las criptas. Sé cómo controlarlos; lo he leído en el diario de Eridysi. ¡Sí, sí, sí! Yo haré entrar al ejército en la montaña antes que la Furia, y así el rey saqueador se dará cuenta de lo mucho que me necesita. ¡Oh! —suspiró—. Al estar tan cerca del hielo durmiente, a lo mejor se lo traga y todo. Así eliminaría a la Furia y todos sus recuerdos para siempre.

Esme se puso de pie con energía, levantando la hierba arrancada a su alrededor. Ahora sonreía: estaba exultante, con las mejillas coloradas y los ojos brillantes. Se acercó a Merik dando tres brincos. Toqueteó y giró el collar de madera, como si estuviera apartando una trenza de hilos que Merik no podía ver. Movía los ojos de lado a lado y meneaba los talones arriba y abajo, sin dejar de sonreír.

Entonces el collar emitió un leve siseo, como una tetera soltando vapor. La madera se abrió con un chasquido y las dos mitades se soltaron. Ni Merik ni Esme intentaron atraparlas antes de que cayeran al suelo.

Merik se dispuso a invocar su magia mientras Esme extendía las manos hacia el Pozo.

—Eres mío, príncipe. Ya sabes el dolor que te aguarda si me desobedeces. Merik asintió.

—No te desobedeceré. —Para terminar de convencerla, inclinó la cabeza—. Estoy a tus órdenes, Titiritera.

Esme se rio entre dientes. Merik aprovechó el momento para inspirar lo más hondo que pudo, buscando, buscando... Su magia estaba ahí; sentía la más tenue de las chispas dentro de sus pulmones. Pero estaba débil. Cansada. Se negaba a despertar.

No le importó. Si intentaba escapar mientras Esme estaba cerca de su Telar, ella lo castigaría con un dolor inimaginable. Y si lo intentaba en algún otro momento, la Furia percibiría su magia y regresaría. Merik tendría que seguir moviéndose con el viento y la corriente, dejando que su magia se fortaleciera con cada paso.

Sin embargo, su plan duró poco. Mientras levantaba la cabeza para mirar a Esme, que seguía brincando y riendo, absorta en sus sueños de gloria, una figura salió corriendo del bosque. Avanzó velozmente entre las filas de sajados, que permanecieron inmóviles y ajenos a aquel ser humano vivo.

El norteño, empuñando el cuchillo de borlas rojas, se abalanzó sobre Esme y la apuñaló por la espalda.

CUARENTA Y CINCO



Cuando Aeduan llegó al campamento de su padre, sentía el dolor atascándole las venas, un claro indicio de que la piedra dolora ya estaba casi agotada. Había ido corriendo casi todo el camino; solamente había aminorado el paso cuando el terreno o la presencia humana lo obligaban a ello. Se había topado con cuatro escaramuzas durante el trayecto... y las cuatro veces habían sido sus oídos los que lo habían advertido. No su magia.

Razón de más para volver con su padre. Así podría encontrar a Corlant. Si había sido Corlant quien había maldecido aquellas flechas, también podía curarlo.

O eso esperaba Aeduan.

Desde luego, siempre había sabido que aquel día podía llegar: el día en que su poder desapareciera, en que dejara de ser brujo de la sangre. Pero hasta ahora se le había antojado imposible. La pérdida era un concepto sumamente abstracto... hasta que uno terminaba aplastado bajo su peso, obligado a mirar fijamente sus ojos marchitos.

Aeduan aceleró, forzando los límites de la piedra dolora y de su magia, y evitó todos los enfrentamientos con los que se encontró. Nubrevneses y marstokíes, baedyed y velas rojas. Sangre, muerte y violencia que ya no conseguía oler.

Llegó a la periferia del campamento cuando la luna empezaba a ocultarse. La nieve se iba posando sobre el permafrost, y el aire le hería el rostro y los dedos. Aeduan había crecido con ese clima, pero el paso de los años le había hecho olvidar aquel frío capaz de calarte los huesos.

En aquel bosque de píceas nevadas se habían instalado miles de nomatsíes, puristas y cualquiera que tuviera motivos para huir. Eran un ejemplo de eficiencia: centenares de hogares improvisados embutidos en cualquier resquicio que les dejaba el terreno. De las tiendas holgadas de los

nomatsíes brotaban pálidas columnas de humo. Más espesas y oscuras eran las que salían de las tiendas picudas de los norteños y los nativos de las Sirmayas. Por todas partes se veían hogueras y familias.

Pero no había soldados ni saqueadores. Aquellos eran los desplazados por la guerra, no los que luchaban en ella. Lo más parecido a un guerrero que vio Aeduan fue algún que otro centinela armado con un arco o una lanza. Pero él ya había visto a las tropas de su padre: decenas de miles de mujeres y hombres que pretendían acabar con el yugo imperial... y también decenas de miles de saqueadores. Las escaramuzas con las que Aeduan se había cruzado de camino tan solo representaban una pequeña fracción de esos soldados; no podía evitar preguntarse dónde se habían metido el resto de sus fuerzas.

Mientras Aeduan atravesaba un grupo de tiendas nomatsíes, dos ancianas que vigilaban la hoguera central se fijaron en él, abrieron los ojos de terror y se apresuraron a llevar a todos los niños cercanos al interior de las tiendas.

Un paso más tarde de la cuenta, Aeduan se acordó de que no le había dado la vuelta a su capa Carawen. Con las prisas por llegar, no se había parado a pensar en cómo lo recibirían.

Al fin y al cabo, en el pasado nadie lo había mirado dos veces; algunos incluso lo habían reconocido como el hijo del rey saqueador. Ahora, en cambio, una capa blanca era un presagio de muerte.

Pero ya era demasiado tarde para darle la vuelta a la prenda: una cazadora nomatsí corría hacia él con el arco tensado. Llevaba un escudo cuadrado a la espalda.

Aeduan levantó las manos.

—No vengo a haceros daño...

—¡De rodillas!

Aeduan se arrodilló. La mujer se acercó y, con movimientos rápidos y expertos, sacó una cuerda del cinturón y le ató las manos. No se resistió; tampoco habría podido de haber querido. Su magia estaba desfallecida. Le hizo falta inspirar hondo tres veces para poder percibir siquiera un atisbo de la esencia sanguínea de esa mujer, así que paralizarla para escapar estaba descartado.

Tampoco podría curarse si la cazadora decidía herirlo. Y no solo porque su magia le estaba fallando, sino también porque la piedra dolora se agotaba rápidamente. Aeduan sentía un ardor cada vez más intenso, como si tuviera hormigas rojas correteándole bajo la piel. Como si le estuvieran mordisqueando y picando para salir a la superficie.

—El rey Ragnor... —intentó decir—. Soy su hijo.

La mujer lo ignoró. Se estaban acercando más nomatsíes, con los ojos llenos de odio y de miedo. Y bien merecidos. No había manera de convencerlos de que él no era como los demás monjes.

¿Cómo podía haber sido tan tonto? El agotamiento y el dolor le habían arrebatado el sentido común.

Una segunda cazadora llegó con un saco de lona. Estaba a punto de ponérselo en la cabeza a Aeduan cuando se oyó una voz:

—¡Alto!

Era una voz de mujer, frágil y avejentada. Sin embargo, los nomatsíes más cercanos guardaron silencio al instante. Cuando la vio, Aeduan lo entendió todo. Bajo una gruesa capa de pieles, la anciana llevaba, aunque desvaído, el vestido negro de una bruja de los hilos, que la señalaba como líder de su tribu.

Su rostro inescrutable estaba lleno de arrugas y cicatrices por culpa del frío. Era evidente que aquella anciana cansada estaba acostumbrada a salirse con la suya. Se detuvo delante de Aeduan y lo miró fijamente, con la misma serenidad inquebrantable de Iseult.

—Eres un monje —le dijo en marstokí. Claramente, daba por hecho que Aeduan no hablaba su lengua materna.

Pero él le respondió en nomatsí:

—Así es. Y también soy hijo del rey saqueador.

No hubo ningún cambio en su expresión. Ni la menor reacción.

—¿Es cierto? —le preguntó, esta vez en nomatsí—. ¿Es verdad que Dirdra está en el monasterio?

Aeduan frunció el ceño. Sacudió la cabeza.

—¿Quién es Dirdra?

—Una niña de mi tribu. —La expresión de Aeduan no cambió—. Una niña importante. La raptaron unos saqueadores. Y creemos que ahora la tienen los monjes.

«Lechuza». Tenía que ser ella.

Aeduan inspiró hondo, buscando los restos de brujería de la sangre que aún tuviera dentro. Le ardían los pulmones y le dolía la piel al hacerlo, pero aguantó. Buscó, buscó a tientas hasta que...

«Brezo veraniego y decisiones imposibles». Esa anciana era la mujer a la que había estado siguiendo. La única superviviente de la tribu de Lechuza. Por fin la había encontrado, sana y salva bajo la protección del rey saqueador.

Aeduan abrió la boca para decirle que había salvado a Lechuza y que, si era verdad que estaba en el monasterio, volvería a salvarla. Pero antes de que

pudiera decir nada, un viento sacudió las tiendas. Era tan fuerte que varias personas cayeron al suelo y la enorme hoguera chisporroteó.

Se oyeron algunos gritos y todos los nomatsíes corrieron a refugiarse en las tiendas, salvo las cazadoras y la bruja de los hilos. Cuando la Furia entró en el campamento, lo miraron fijamente, con altivez.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó la Furia, pasando junto a la hoguera. La nieve se le arremolinaba en torno a la cabeza y los pies—. Me dicen que ha llegado un monje al campamento y resulta que no es otro que el hijo del general. Confieso, brujo de la sangre, que después de todas las molestias que me he tomado para buscarte, ganas me dan de dejarte aquí. —Se detuvo y abrió los brazos—. Por desgracia, el tiempo apremia. El ataque es inminente.

—No puedes llevártelo —protestó la bruja de los hilos en un arritmo apenas comprensible. Su porte era férreo. Su mirada, gélida—. Aún no he acabado con él.

—Mucho me temo que sí. —La Furia agitó la mano.

Una ráfaga de viento derribó a la bruja de los hilos; al caer, se oyó un chasquido de huesos. La Furia tumbó también a las cazadoras antes de que estas pudieran tensar sus arcos. Caminó hasta Aeduan, lo agarró del hombro y lo puso de pie.

Aeduan intentó volverse hacia la bruja de los hilos para decirle que no sabía dónde estaba Dirdra, pero que él la encontraría. Sin embargo, el viento cargado de nieve rugía cada vez más fuerte. No veía ni oía nada.

Dos segundos después, Aeduan y la Furia alzaron el vuelo.



Llamas infinitas y risas ineludibles.

Iseult moría una y otra vez en ese campo de batalla. La llamarada la engullía una y otra vez, pulverizándole el corazón, su vulgar corazón. Pero ni siquiera la muerte traía consigo el alivio, tan solo más fuego infernal, más carcajadas.

Allí estaba el brujo del fuego al que había matado. El brujo del fuego al que iba a matar. Iseult era de él y él era de Iseult. Y así sería hasta el fin de los tiempos, hasta que la Madre Luna los liberara a todos y les diera la eternidad.

Iseult intentaba suplicar, lo intentaba siempre, pero lo único que le salía era un rugido amortiguado y retumbante, como si fuera otra mujer la que gritaba, una mujer enterrada en lo más profundo de una montaña.

Una y otra vez. Sin principio ni final.

Y al igual que antes, el mundo nuevo se abrió paso por el suyo sin previo aviso. Iseult lloró al ver los primeros agujeros que desgarraban el campo de batalla, como lágrimas cálidas en un rostro carbonizado.

Una tras otra, las llamas se fueron extinguiendo mientras las sombras grises y los vientos helados la envolvían. Ella seguía llorando, sollozando e hipando en silencio sobre un cuerpo desplomado en la nieve.

No supo cuánto tiempo estuvo así, pero finalmente sus lágrimas cesaron, sustituidas por el castañeteo de los dientes y el temblor de los huesos.

El rey de plata había llegado.

Percibió su presencia un momento antes de verlo. Ya no estaba sola.

Esta noche estaba más nítido. Le había parecido que era jorobado, pero ahora veía que simplemente llevaba unas gruesas pieles abrigándole los hombros. Le había parecido que su cuerpo estaba anquilosado, pero ahora veía que solamente estaba tenso. Alerta, como si temiera que Iseult fuera a atacarlo.

Su corona resplandecía tanto como antes, iluminando con su brillo gélido los cabellos oscuros y la piel olivácea. Pero eso era lo único que veía ella. Su rostro era un borrón sin boca ni ojos.

—¿Eres el rey Grajo?

Le sorprendió la fuerza de su propia voz entre aquellas sombras grises. Era más musical y cristalina que en la vida real. Casi se echó a llorar al oír su sonido; llevaba muchísimo tiempo sin poder hablar.

El rey inclinó la cabeza.

Iseult supuso que era un sí.

—¿Cómo puedes estar aquí si moriste hace siglos?

Asintió de nuevo, haciendo centellear su corona de plata. Pero no era una respuesta adecuada para la pregunta de Iseult... Aunque, claro, si no tenía boca, no podía formar palabras. Sus preguntas tendrían que responderse con un sí o un no.

De acuerdo. «Piensa, Iseult, piensa». No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que regresara el brujo del fuego. Tenía que empezar por las preguntas importantes.

—¿Me has ayudado a escapar del brujo del fuego?

Un asentimiento solemne.

—¿Puedes ayudarme a hacerlo de nuevo?

Abrió los brazos y las sombras se extendieron como plumas. No sabía que quería decirle con eso... A menos que...

—¿No lo sabes?

Asintió.

—¿Y Evrane? ¿Puedes ayudarme a escapar de ella?

Esta vez le hizo una profunda reverencia al asentir, como un caballero jurando lealtad a una reina. Luego levantó los brazos por encima de la cabeza y el paisaje cambió.

Primero apareció una pared de piedra a espaldas del rey. Después unas estanterías que se llenaron de libros y una alfombra bajo sus pies. Objeto tras objeto, una habitación entera se materializó en torno a Iseult y al rey Grajo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Iseult cuando la sala quedó terminada. Aunque habían salido del paisaje nevado, seguía tiritando de frío.

El rey no dijo nada. No dio la menor señal de haber oído su pregunta. Avanzó hasta una esquina de la habitación, donde las dos paredes iban a juntarse en un estrecho hueco entre los estantes, frente al cual había una discreta silla de madera bajo un candelero de hierro apagado. Se volvió hacia Iseult y en su rostro borroso aparecieron brevemente dos ojos oscuros. Tan oscuros que eran casi negros.

Miró fijamente a Iseult mientras señalaba la pared. Agitó la mano tres veces, dejando una estela de sombras, y entonces apareció una puerta. Los estantes y la pared de piedra se habían esfumado. En su lugar había un túnel que se perdía en la oscuridad.

El rey Grajo agitó la mano de nuevo. La pared de piedra y las estanterías reaparecieron.

—¿Qué es eso? —preguntó Iseult, aunque sabía que no podía responderle. Volvió a escudriñar su rostro, pero los ojos habían desaparecido. Todo había desaparecido, en realidad: sus facciones se habían corrido como la tinta fresca.

Iseult avanzó un paso hacia él. «Piensa, Iseult, piensa».

—Tus ojos van y vienen. ¿No tienes boca? ¿No podrías hacerla aparecer?

Él levantó las manos bañadas en sombras. Le estaba diciendo que dejara de acercarse.

Iseult se detuvo.

Lentamente, con los brazos aún estirados, el rey Grajo negó con la cabeza. Ni boca... ni respuestas. Pero entonces un tercer brazo hecho de sombras le brotó de un hombro. Se estiró hacia la estantería más cercana y se detuvo frente a un libro de aspecto corriente, con tapas de cuero.

En cuestión de un momento, el libro desapareció.

—El libro de los Carawen —susurró Iseult—. El que Leopold sacó de los archivos. ¿Es ahí donde está esa puerta? —El rey Grajo asintió y el brazo de

sombras se disolvió—. Pero yo no puedo entrar ahí. —Se encogió de hombros, desesperada—. No consigo despertarme. Evrane me duerme con... con una magia oscura.

Silencio. El pecho del rey Grajo se expandió, como si estuviera inspirando hondo. Sus ojos reaparecieron bajo unas cejas oscuras. Caminó hacia Iseult y levantó la mano izquierda, pero esta vez no estaba envuelta en sombras, sino en luz. Unas esquivras brillantes, como niebla cristalizada.

Iseult intentó echarse atrás, pero tenía los pies paralizados. Y las manos. Incluso la cabeza. No pudo hacer otra cosa que mirarlo mientras se acercaba.

Cuando llegó hasta ella, le tocó el rostro con la mano. Iseult sintió una puñalada de frío que la dejó sin aliento y se adueñó de su mente. Hielo. Luz de luna. El Ensueño se vaciaba.

«VETE».

Sintió que esa orden la recorría de pies a cabeza. No era tanto una palabra como un instinto apremiante. «Vete, vete, vete, es hora de irse».

Despertó un segundo después. No sentía ninguna magia reteniéndola. No había alas de cuervo sombrías. Evrane no estaba.

Iseult ya era libre.

Y era hora de irse.

CUARENTA Y SEIS



La casa familiar de los Sotar se alzaba orgullosa en la avenida de la Cuerda, en la cuesta del Cerro de la Reina. Su frondoso jardín de naranjos y jazmines estaba rodeado por un muro de caliza y barrotes de hierro; al ver a Vivia y a sus soldados, los dos guardias Sotar les abrieron inmediatamente la puerta.

Vivia pretendía mantener una conversación privada, así que dejó allí a sus guardaespaldas y entró sola. Un paje se apresuró a recibir a la reina sucesora.

«Pero ya no lo soy», pensó Vivia. No sabía qué era. Antes había sido princesa. Y capitana.

En el fondo daba igual.

El vizer Sotar la recibió en una luminosa sala de estar con sillones gastados y suelos y cortinas todavía más gastados. Vivía no esperaba menos. La familia Sotar era la que producía más riquezas de toda la nación, pues sus tierras habían quedado a salvo de la ponzoña y las llamas de la guerra, pero también eran los más generosos con su pueblo.

—Todavía no he tenido noticias de mi esposa —dijo Sotar al entrar en la habitación bañada por el sol. Se detuvo frente a Vivia, al lado de la ventana del jardín, y la saludó con una reverencia.

—No vengo por eso. —Vivia se giró para mirarlo. Ahora no llevaba máscara alguna; no era ni una osa ni una Nihar. Tan solo era Vivia, el Zorrito. Y esperaba que fuera suficiente—. ¿Sabéis que me han retirado la corona?

Sotar frunció el ceño, como si no la hubiera oído bien.

—¿Retirado?

Vivia le explicó lo que acababa de descubrir en los Centinelas, sin malgastar palabras. Sin lágrimas. Sin emociones. Sin locura. Con cada palabra, el rostro de Sotar se desencajaba más y más.

Cuando terminó, el vizer tuvo que apoyarse en el alféizar.

—Serán bastardos... —Miró a los ojos a Vivia—. Alteza, os juro que yo no sabía nada de esto. Quihar, Eltar y Quintay han actuado a espaldas de los demás vizeros. Le hicieron lo mismo a vuestra madre, hace trece años.

Por supuesto. No sabía de qué se sorprendía. De pronto, empezó a preguntarse si su padre también había estado detrás de todo en aquella ocasión, si el Alto Consejo había decretado que Jana era incapaz de gobernar... a instancias de Serafín.

Fuera como fuera, eso no cambiaba la situación de Vivia. Si no contaba con el apoyo unánime del Alto Consejo, no podía gobernar. El poder regresaba a manos del regente.

Pero aunque había perdido la lealtad de tres vizeros, catorce oficiales y su propio padre, Vivia sabía que había mucha gente que la apoyaba y que acudiría si ella los llamaba.

—Debéis hablar con los demás vizeros —le dijo Vivia—. Confío en vuestra habilidad para determinar a quién son leales. Reunid a aquellos que respalden mi autoridad y pedidles que nos presten a sus guardias y a todos aquellos capaces de luchar y dispuestos a ello. No voy a obligar a nadie, pero necesitamos a cuantos podamos encontrar para defender la ciudad.

—Sí. —Sotar asintió con firmeza—. Así se hará.

—Yo reuniré a mi tripulación. He capitaneado a muchos por los ríos y mares de Nubrevna, y me formé con otros tantos. Hay varios soldados en los que confío plenamente; les pediré que contacten con otros.

—Podemos reunirnos aquí —dijo Sotar, abriendo los brazos. Pero Vivia negó con la cabeza.

—No. Aunque ninguna ley nos prohíbe reunirnos, mi padre se dará cuenta si lo hacemos en un lugar tan visible. Y... —Inspiró hondo para armarse de valor—. Y sospecho que volvería a actuar contra nosotros. —«Contra mí».

En el rostro de Sotar apareció una mueca compasiva que le traspasó el corazón a Vivia. El vizer sabía que estaba sufriendo, pero también que el tiempo apremiaba. Los habían traicionado a todos (pero especialmente a Vivia) y ahora lo único que podían hacer era minimizar los daños y las muertes.

Vivia levantó la barbilla y echó los hombros atrás. Ella era hija de su madre. Podía hacerlo.

—Nos encontraremos en la Torre del Color, vizer Sotar. Con la vigesimosegunda campanada. Traed a los miembros del Alto Consejo que aún me apoyen. Yo traeré a los soldados. Entre todos trazaremos una nueva estrategia.

Esta vez fue Sotar el que inspiró hondo. El que echó los hombros atrás y se llevó el puño al corazón.

—Estoy a vuestras órdenes, mi reina.

Sintió un escalofrío en los brazos al oír esas palabras. Nadie la había llamado nunca «mi reina». Nadie le había brindado un respeto y una aprobación tan genuinos y reales. Los había buscado en su madre, pero Jana siempre había tenido demasiados demonios propios.

Por eso Vivia había acudido a su padre. Había suplicado, se había arrastrado y disculpado para que, de vez en cuando, le concediera algunas sobras que ella devoraba con ansia. Pero ahora veía que Serafín no respetaba a nadie más que a sí mismo y que solamente daba su aprobación cuando su propia imagen no corría peligro. Él quería toda la gloria y ni una pizca de la humillación.

—Gracias —dijo Vivia, totalmente en serio—. Os veré pronto a vos y a los demás vizeros.

Y dicho esto, Vivia Nihar, la legítima reina de Nubrevna, la elegida del Pozo Originario del vado, el Zorrito de Nubrevna, regresó al bullido de la noche.



Safi se lanzó de un salto delante de Mathew. A ella no le haría daño; su cuerpo lo sabía instintivamente, aunque su cabeza no hubiera tenido tiempo de asimilarlo. Consiguió interponerse antes de que la espada alcanzara a Vaness. Mathew se vio obligado a desviar el golpe, levantando la punta en el último segundo, pero de todas formas la hirió con un tajo en la cara.

La emperatriz no se apartó. No reaccionó en absoluto.

—¿Qué haces? —gritó Mathew. Era su voz. Su voz. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo no se había fijado en el color claro de sus ojos y sus pestañas? «Porque Habim y él te han dado lo que esperabas ver». Y ahora se disponían a cortar la bolsa.

Haciendo gala de sus dotes de espadachín, Mathew giró sobre sí mismo hasta alejarse dos pasos. Le estaba buscando el flanco. Safi imitó su movimiento, manteniéndose siempre entre él y la emperatriz.

Vaness seguía sin reaccionar, al igual que los víboras y los invitados; todos contemplaban los fuegos artificiales, absolutamente ajenos a lo que estaba sucediendo.

Entonces Safi se dio cuenta de que Vaness no sangraba. La espada la había alcanzado claramente en la cara, pero no manaba sangre.

«Una ilusión». La emperatriz debía de estar oculta bajo una ilusión hecha a su imagen y semejanza.

«Orines de comadreja». Debería haberlo visto venir. El tío Eron había utilizado ese mismo plan en Veñaza: había camuflado el ataque bajo una ilusión. Por lo tanto, tenía que haber un brujo de las ilusiones cerca, probablemente el mismo que habían empleado en aquella ocasión.

De haber tenido su magia, lo habría visto venir. De hecho, si Safi hubiera prestado una pizca de atención, maldita fuera tres veces, habría visto las señales. Por eso los falsos soldados no la habían atacado a ella en la emboscada del Pozo. Por eso, cuando había interrogado a Habim, había percibido que mentía.

Habim no había oído hablar de una conspiración para derrocar a la emperatriz y arrebatarle el trono; la había organizado él.

Habim, Mathew y el tío Eron. Tres hombres a los que Safi conocía desde hacía diecinueve años. Tres hombres a los que no conocía en absoluto. Y ahora su cuerpo era lo único que se interponía entre la emperatriz de Marstok y la muerte.

—Hazte a un lado —siseó Mathew, y avanzó un paso, señalándola con su espada de víbora—. ¿Por qué interfieres, Safi?

—¿Por qué la atacas?

—Porque este era el plan. El plan en el que hemos estado trabajando todos. Ya lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Porque Habim y tú no me habéis contado nada!

—Te lo explicaremos más tarde. —Mathew siguió moviéndose alrededor de la emperatriz, y Safi con él—. No es el momento...

—¿Cuándo me lo explicaréis? ¿Cuándo la emperatriz esté muerta? ¿Cómo va a traer eso la paz a las Tierras Embrujadas, Mathew?

—¡Habremos eliminado a alguien que desea la guerra! Fue ella quien violó la Tregua de los Veinte Años, Safi. La guerra ha regresado por su culpa.

Durante medio segundo, Safi se lo creyó. Al fin y al cabo, eso decía todo el mundo, incluida la propia emperatriz. Vaness había desembarcado tropas en Nubrevna. Al hacerlo, había anulado la magia que la ataba a la Tregua de los Veinte Años, a ella y a las demás naciones e imperios. Sí, lo había provocado ella.

Y sin embargo, mientras todos esos pensamientos le alanceaban la mente, Safi se dio cuenta de que no notaba en el pecho la vibración de la verdad de

las palabras de Mathew. Su magia no titilaba ni cantaba.

Y eso quería decir que era mentira.

Le dio un vuelco el estómago y se le vinieron los pulmones a los pies. Tenía ganas de vomitar. De chillar. De exigirle a Mathew que lo desmintiera, que le dijera que no habían sido *ellos* los que habían provocado el final de la Tregua y el retomo de la guerra.

Pero consiguió no hacer nada de eso. Sin saber cómo, consiguió canalizar la estabilidad de Iseult y colocarse en guardia.

—Fuisteis vosotros los que acabasteis con la Tregua, ¿verdad? No sé cómo, pero no fue la emperatriz. Fuisteis *vosotros*.

A pesar del pañuelo que le cubría la cabeza, Safi vio que Mathew cerraba los ojos; era una mueca de dolor que le atravesaba el corazón. «Verdad, verdad, verdad».

—Te lo dije —contestó él con un gruñido—. En Veñaza te dije que había engranajes muy grandes en marcha...

No pudo terminar la frase. En ese momento, la ilusión flaqueó. Fue muy sutil, como si el mundo entero pestañeara al mismo tiempo. Y durante ese instante, el mundo real se hizo visible.

Era mucho peor de lo que se imaginaba. La emperatriz estaba exactamente en el mismo lugar, pero el lado derecho de su rostro sangraba abundantemente. A sus espaldas, doce víboras yacían muertos, ensartados con sus propias espadas. Pero fue el lago Scarza lo que hizo que Safi se quedara sin aliento y retrocediera. La multitud hizo lo mismo, profiriendo un grito colectivo de horror cuando el mundo que veían quedó fugazmente sustituido por otro.

Los barcos militares estaban en llamas y se hundían. El muro de soldados era un muro de cadáveres. Todo estaba lleno de humo, y los fuegos artificiales camuflaban el ruido de las explosiones.

La ilusión regresó de pronto. Los barcos volvían a flotar. Los soldados y las víboras montaban guardia. Y Vaness no sangraba.

Pero era demasiado tarde. El mal ya estaba hecho. La gente sabía que todo era un engaño.

—¡Safi! —ladró otra voz. Habim apareció de un salto en la terraza, con una pistola embrujada en una mano y una espada en la otra. Se colocó al lado de Mathew—. Ríndete, Safi. No lo echés todo a perder. Sé que la emperatriz te importa, pero...

Safi soltó una risotada tan súbita que Habim se quedó sin habla y Mathew se estremeció; una carcajada escandalosa que no podía desentonar más con las

multitudes presas del pánico ni con los fuegos artificiales que seguían estallando.

—¿Que no lo eche a perder? —repitió Safi—. ¡Creía que ya lo había echado a perder! Todo este tiempo, desde lo de Veñaza, creía que había arruinado vuestro precioso plan. Creía que había tomado decisiones propias y que el plan de mi tío se había ido por las puertas infernales por mi culpa.

»Y ahora entiendo que solo he sido vuestra marioneta. Me imagino que sabíais desde el principio lo del compromiso con Henrick. Sabíais que acabaría en Marstok. Y supongo que pensabais que os ayudaría esta noche, ¿verdad? Pues os equivocáis. No pienso hacerlo.

—La emperatriz no es quien tú crees, Safi... —empezó a decir Habim.

—Mira quién fue a hablar, *general*.

—Vaness es lo que sus padres le enseñaron a ser, Safi. Solamente traerá la guerra a Marstok.

—No —gruñó Safi, con toda la convicción que pudo conjurar. Volvió a escupir esa palabra con más fuerza—. No. Te equivocas. Tú no la conoces, Habim.

—Nos quedamos sin tiempo —le advirtió Mathew. Ahora estaba erguido, al lado de Habim: dos hilos del corazón que hacían lo que creían correcto. Y tal vez Safi habría pensado igual que ellos... si no hubiera visto lo que había tras la máscara de Vaness—. Puedo obligarte —insistió Mathew—. Se lo he hecho a la emperatriz y puedo hacértelo a ti.

—¡Ya lo has hecho! —Safi volvió a soltar una carcajada estridente y ridícula que le rechinó dentro del cráneo. Mathew debía de haber utilizado su poder para ordenarle a Vaness que no se moviera, que se estuviera quietecita mientras él le clavaba la espada en las tripas. Y ahora amenazaba con hacerle lo mismo a Safi—. Me has embrujado en el almacén, Mathew. Y me embrujaste hace un mes, en Veñaza.

Aquella traición ya había sido un duro golpe, pero esta le rompía el corazón.

Esos dos hombres habían formado parte de su vida desde siempre. La habían reñido, la habían instruido, le habían curado las heridas después de una sesión de esgrima accidentada. No eran malas personas; Safi estaba tan segura de eso como de que Vaness tampoco lo era.

Sencillamente, eran lobos en un mundo de conejos, lobos que habían olvidado que los conejos también tenían su importancia.

Safi no tenía ninguna duda de que Mathew, Habim y el tío Eron tenían *fe* en su causa. Estaba segura de que, veinte años antes, todo había empezado

siendo un proyecto altruista y noble. Pero por el camino se habían convertido exactamente en aquello que odiaban.

«Verdad».

Y ahora le tocaba a Safi recordarles que los conejos también tenían su importancia.

«Verdad, verdad, verdad».

Metió la mano en el bolsillo.

—Decís que Vaness es lo que sus padres le enseñaron a ser. Pues yo también. Los dos me enseñasteis a distinguir el bien del mal, a tener conciencia. Os quiero —concluyó—. Pero no os voy a ayudar.

Sacó la bengala y se la lanzó a los dos hombres que la habían criado como si fuera hija suya.

—Préndete —susurró Safi mientras se daba la vuelta para abalanzarse sobre Vaness y echar a correr como si el vacío le pisara los talones.

Gracias a los dioses, Vaness era menuda. Y gracias a los dioses, Mathew y Habim la habían entrenado exactamente para ocasiones como esa, para cargarse al hombro a una emperatriz hipnotizada y salir corriendo.

Tal y como esperaba, la bengala no era ninguna bengala. Oyó una explosión detrás de ella. Oyó que Mathew rugía su nombre, conminándola a detenerse mediante su poder. Y ella no habría tenido más remedio que obedecer, incapaz de resistirse a su brujería de las palabras.

Pero ya había llegado al final del jardín. Mathew había tardado demasiado.

Safi y la emperatriz se precipitaron hacia el lago.

CUARENTA Y SIETE



La Furia lo llevó volando pendiente abajo, en un brusco descenso que le hería los oídos y le aplastaba los pulmones. El bosque estaba totalmente a oscuras; por mucho que entornara los ojos contra el viento, Aeduan no distinguía nada del paisaje. Tan solo sabía que se estaban acercando al valle que separaba las dos montañas: la de Ragnor y la del monasterio.

Al parecer, la Furia lo llevaba con su padre.

Entraron en un claro rodeado de árboles perennes. Uno de ellos destacaba sobre el resto, un pino el doble de alto y ancho que cualquier otro. Los vientos de la Furia apartaban la nieve al descender, formando una duna circular a su alrededor.

Cuando aterrizaron, a Aeduan casi le cedieron las rodillas; apretó los dientes al sentir la repentina punzada de dolor. La piedra dolora ya solo le ofrecía destellos de magia; le quedaba como mucho una hora antes de que el maleficio volviera a adueñarse por completo de él.

Como mucho.

—Deprisa —le ordenó la Furia. Su porte y su voz reflejaban su impaciencia mientras cruzaba el claro. Desde la oscuridad de los árboles, unos ojos brillantes los observaban al pasar. «Soldados», dedujo Aeduan al reparar en las armas que empuñaban y ceñían. Algunos estaban sentados y otros de pie; era evidente que aguardaban alguna señal.

Ya había encontrado a las fuerzas de su padre. Y el ataque parecía inminente. Pero desde aquella posición solo había un objetivo posible: el monasterio.

Dejaron atrás filas y filas de arqueros, todos atareados fabricando flechas con la velocidad y la destreza de los veteranos. También vieron a los jinetes baedyed, que habían camuflado a sus monturas con gualdrapas blancas. Finalmente, la Furia llevó a Aeduan hasta una tienda de techo redondo de la

que salían voces. Por las grietas de las paredes de cuero y el respiradero superior se veía luz, pero no humo.

Esa tenía que ser la tienda del comandante, lista para desmontarse y trasladarse con rapidez. La custodiaban diez mujeres y hombres de tez y vestimentas dispares: Ragnor había elegido una guardia personal de cada una de las facciones que estaban bajo su mando. Todos fruncieron el ceño al ver llegar a la Furia, pero nadie osó detenerlo.

La Furia entró en la tienda sin miramientos; todas las voces se acallaron de inmediato. Cuando Aeduan lo siguió, un momento después, una intensa luz naranja lo deslumbró.

Cuatro siluetas se fueron materializando gradualmente, situadas en torno a una larga mesa cubierta de mapas. En el lado izquierdo había una mujer con la piel tan oscura como el cielo nocturno y cabellos blancos, recogidos en lo alto de la cabeza. Sostenía una pipa con la que estaba señalando algo justo cuando él entraba en la tienda. En el dedo pulgar lucía un resplandeciente anillo de jade.

A su lado había un hombre moreno, con el rostro cubierto de tatuajes de serpientes. Llevaba el cinturón dorado en forma de serpiente de los baedyed. En el lado derecho había una bruja de hilos muy alta; sus ojos verdes, bastante separados, brillaban a la luz del brasero.

Y a la cabeza de la mesa se encontraba el padre de Aeduan, el rey saqueador del norte.

Ragnor det Amalej.

No era demasiado alto (Aeduan le sacaba media cabeza), pero las pieles con que se cubría hacían que sus hombros parecieran más anchos. Debajo llevaba la misma ropa de seda negra y cuello alto que vestía siempre. En su cabello había más hebras plateadas que la última vez que Aeduan lo había visto. También tenía más arrugas alrededor de los ojos, unos ojos de color avellana y pestañas densas.

La edad, la altura y el color de los ojos. No había ninguna otra diferencia entre padre e hijo.

—Dejadnos solos —dijo Ragnor. Los tres comandantes obedecieron al instante. El baedyed y la bruja de los hilos ignoraron a Aeduan, pero la mujer de cabello blanco se detuvo lo justo para mirarlo de arriba abajo. Y lo justo para murmurar:

—Nieve manchada de sangre. —Aeduan no sabía si hablaba para sus adentros o si se lo decía a él. Cuando la mujer salió, la Furia se dio la vuelta para seguirlos.

—Espera —le ordenó Ragnor en arituano.

La Furia obedeció y se acercó a la mesa; la tienda era demasiado baja para él y tenía que inclinarse bajo las varillas. Cuando se detuvo frente a los mapas, se revolvió y pestañeó como un leopardo enjaulado.

Pero no tenía signos de sajadura. No había sombras ni crueldad; solamente su cabello rubio, los ojos azules y la oreja mutilada. Unos copos de nieve giraban en torno a su cabeza. Hizo una reverencia.

—General. —No era el título adecuado, pero Ragnor no lo corrigió.

—Busca a Corlant. Tráemelo.

La Furia se irguió.

—¿Qué hay del ataque a las criptas? Tengo una nueva estrategia para cruzar la puerta...

—Y este encargo no la entorpecerá en absoluto.

El rostro de la Furia se crispó y la nieve empezó a girar más deprisa.

—Discrepo. He perdido un tiempo precioso con la Titiritera. Me contradice siempre que puede.

—Pues tendrás que ser más insistente.

Otra mueca. Otra ráfaga de nieve.

—¿Y si tus soldados llegan al monasterio antes de que yo consiga entrar en las criptas?

—Pues que así sea. —La voz de Ragnor se endureció—. ¿Por qué discutes conmigo, Bastien? Vuelve con Esme, dile que busque a Corlant y tráemelo aquí. Esas son tus órdenes.

Durante un largo momento, el aire de la estancia pareció extenderse como un arco tensado... hasta que finalmente la Furia disparó.

—Corlant no me gusta —le espetó. Al pronunciar esa frase, el suelo se cubrió de escarcha que trepó por los postes y las paredes de la tienda. Las botas de Aeduan crujieron—. Sabes perfectamente que esta encamación es una abominación. Mátales y en paz.

—Lo necesitamos. Un bebé no serviría de nada a nuestra causa.

—¡Tampoco nos sirven los saqueadores! Se volverán contra nosotros y se atacarán entre sí al primer atisbo de oro.

—Hemos decidido aceptar a todos, sin excepción. —La voz de Ragnor había ido adoptando un tono grave y letal, impasible al hielo de la Furia—. Vete ya. Se acabó la discusión, no quiero volver a oír hablar de este asunto. Ya conoces tus órdenes. Cúmplelas. —Sin decir ni una palabra más, Ragnor le dio la espalda a la Furia y se puso a estudiar los mapas que tenía delante.

El rostro de la Furia se cubrió de líneas negras. La nieve se transformó en sombras y la escarcha en oscuridad.

En ese momento, todo su cuerpo se puso en tensión y ladeó la cabeza como si estuviera oyendo algo a lo lejos. Las sombras se disolvieron. Se le relajó el rostro y suspiró ruidosamente, esbozando una sonrisa.

La Furia se marchó con una ráfaga de viento helado.

Aeduan se aproximó entonces a la mesa, al hierro ensangrentado y el hielo durmiente que impregnaban la sangre de su padre. Aliento de bebé helado, pérdida insondable. Por muy débil que estuviera Aeduan, la esencia de Ragnor era demasiado familiar para no percibirla, demasiado fuerte para eludirla. Despertaba su magia, avivando una chispa de poder asfixiada por el dolor del maleficio.

Su padre había mandado llamar a Corlant; Aeduan podría ocuparse del veneno que le corría por las venas cuando llegara el causante.

Mientras rodeaba la mesa, se fijó en un mapa del valle recién dibujado, que incluía el caudal del río y las islas. En la ladera este habían colocado varias monedas que representaban la posición de las tropas. Cuando su hijo se detuvo a su lado, Ragnor se limitó a mirarlo sin la menor expresión.

El rey saqueador siempre parecía tranquilo. Lo acompañaba una calma pensativa que daba a entender que él siempre sabía cuál era el mejor rumbo y que, para sus adentros, había sopesado todas las posibilidades antes de dar con el resultado más favorable para todos. No hablaba sin pensar ni tomaba decisiones sin una larga deliberación previa. Y eso estaba haciendo ahora.

—Hijo —dijo finalmente Ragnor en nomatsí.

—Padre —contestó Aeduan. Hacía dos años que pronunciaba esa palabra, pero todavía se le antojaba extraña.

—Me alegro de que hayas llegado ahora —dijo Ragnor—. No quería iniciar el ataque sin ti. —Se inclinó sobre el mapa.

—¿Planeas atacar el monasterio?

—Ya hemos empezado. —Su padre señaló las monedas plateadas colocadas sobre el río—. Son brujos del hielo —le explicó—. De la tribu Herkhül del norte. Ahora mismo están congelando el río para que podamos cruzarlo con la infantería y la caballería. —Señaló las monedas de bronce y de cobre—. En cualquier momento sonará el cuerno de ataque.

—Morirán muchos soldados.

—Sí —reconoció su padre.

—El monasterio se construyó para resistir años de asedio. Décadas, incluso.

—Sí —repitió su padre—. Pero ¿qué te digo siempre?

Aeduan tragó saliva y jugueteó con el pomo de su espada.

—Que los imperios se han vuelto perezosos y sin ambición.

—Y lo mismo les ha pasado a los monjes. Han empezado a guerrear entre ellos, sin sospechar que podría haber alguien aguardando a que se presentara esa oportunidad. —Con movimientos escuetos y eficientes, se acercó a un montón de mapas apilados junto a la mesa, sacó uno y lo desplegó en una zona despejada.

A pesar de los bordes sucios y la tinta descolorida del mapa de vitela, Aeduan identificó enseguida la disposición del monasterio y sus terrenos. Sin embargo, faltaban grandes secciones del edificio. La forja y los molinos estaban mal ubicados y había errores en el paisaje. Una arboleda en lugar del arroyo, un peñascal en lugar del bosque...

Notó que le caía el sudor por la frente.

—Así era la fortaleza hace mil años —dijo Ragnor—. Cuando todavía pertenecía a los reyes. Esta cueva —señaló con el dedo un círculo sombreado al pie de la colina— conduce a un túnel. Antaño se usaba como ruta de escape. Hoy en día está abandonado... y abierto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Aeduan. El maleficio avanzaba rápidamente, le constreñía las entrañas y se le enroscaba en los huesos.

Su padre no contestó. Aeduan tampoco esperaba que lo hiciera. Al fin y al cabo, no era la primera vez que Ragnor decía algo procedente de otra era. A menudo contaba historias como si las hubiera vivido. Hablaba de leyendas como si las hubiera tenido delante.

Aeduan sabía que su padre había trabajado como soldado para un noble de aquellas montañas. Que había conocido a la madre de Aeduan y se habían unido a una tribu nomatsí que pasaba por allí. Pero un simple soldado no hablaba sobre los reyes de antaño. En las tribus no sabían nada sobre castillos contruidos mil años atrás.

—Lo que quiero que me digas —continuó Ragnor— es qué hay al final de este túnel.

Recorrió con el dedo una línea que ascendía por el acantilado, por debajo del monasterio. La línea se dividía a medio camino: uno de los túneles pasaba de largo y terminaba fuera del monasterio, pero el otro continuaba hasta un segundo círculo oscuro, dentro de una sala larga y rectangular con el rótulo de «Capilla». Pero ya no era una capilla.

—Es la biblioteca principal —contestó Aeduan—. En esa esquina no hay ninguna puerta. Solo una pared maciza.

—Ya me lo esperaba. Por eso tengo un brujo de la piedra preparado. ¿Está vigilada?

—No.

—¿Y la disposición de la sala?

Aeduan titubeó. El sudor empezaba a resbalarle por la mandíbula. Sentía tanto dolor que le temblaba la visión. Inspiró hondo.

—¿Qué... piensas hacer cuando entres?

—Justicia. Los monjes han masacrado a nuestra gente. Ese crimen no quedará sin respuesta.

—¿Y tu respuesta es masacrarlos a ellos también?

—¿Acaso te importa?

Le palpitaban los oídos. Pensó en Lizl.

—No todos los monjes saben lo de esos ataques. No todos merecen morir.

—Puede ser —admitió Ragnor—. Pero si nos ponemos a separar a los buenos de los malos, a los supuestos «insurgentes» de los demás, morirán más de los nuestros. Demasiados. Recuerda: siempre es más fácil matar a las hormigas cuando están dentro del hormiguero que cuando se dispersan por el campo.

Sin esperar a que Aeduan respondiera, Ragnor se apartó de la mesa y volvió a estudiar el primer mapa. Para el rey saqueador, una vez tomada la decisión, no había más que hablar. No actuaba así por crueldad, sino por simple lógica. La transacción ya estaba hecha. ¿Qué quedaba por decir?

A Aeduan solía gustarle esa actitud. Sencilla, clara. Recibía órdenes y las obedecía. El dinero y la causa, el dinero y la causa.

Pero ahora mismo, mientras la tienda empezaba a dar vueltas a su alrededor, las expectativas de su padre le resultaban exasperantes. Le arañaban la piel hecha de llamas.

—Habrás dos grupos principales —le explicó su padre mientras Aeduan regresaba también al primer mapa—. La infantería, la caballería y los arqueros lanzarán un ataque frontal en cuanto los brujos del hielo terminen su trabajo. Y un pequeño grupo (al que nos uniremos tú y yo) entrará por la cueva. —Depositó una moneda de madera sobre el monasterio—. Cuando estemos dentro de la biblioteca, el resto de la infantería nos seguirá. —Deslizó el resto de las monedas hacia la cueva del acantilado—. Al amanecer, el monasterio será nuestro y la Cahr Awen será eliminada.

«La Cahr Awen será eliminada. La Cahr Awen. Eliminada».

Y entonces Aeduan comprendió el verdadero motivo por el que su padre quería entrar en el monasterio: quería a Iseult. Quería hacerla desaparecer.

Pero no tenía sentido.

—¿Por qué? —preguntó con voz ronca. Ragnor se sorprendió, pero Aeduan no se desdijo—. ¿Por qué quieres a la Cahr Awen?

Su padre lo miró, pensativo y con el ceño fruncido. Aeduan jamás le había pedido explicaciones, jamás había exigido respuestas. Pero ahora Aeduan no solamente quería esas respuestas. Las *necesitaba*.

Su padre pareció comprenderlo, porque de pronto las arrugas de su rostro se alisaron y le sostuvo la mirada un segundo más de la cuenta.

—Tienes... sus ojos. —Se dio la vuelta. Apretó los labios y las arrugas regresaron—. Puede que ya sea hora de que te explique lo que quería tu madre...

Un potente cuerno sonó a lo lejos. Dio tres toques cortos seguidos por un cuarto toque más largo.

El porte de Ragnor se petrificó de nuevo. Ya no era un padre, sino un rey.

—Quítate la capa. Encontrarás una de pieles en ese baúl. —Señaló hacia un rincón con la frente—. Póntela y lleva también la espada. Te espero al pie del pino más alto. Salimos con el segundo cuerno.

Con una ráfaga de viento y el aleteo de la tienda, el rey saqueador salió.

Aeduan se quedó solo.

Solo, pero sin dudas. En Tirla se había equivocado. El cuchillo de la Dama Fortuna no había caído todavía. Ahora mismo pendía sobre él. Sus dos filos resplandecían, listos para derramar su sangre.

Despacio, con cuidado, se despojó de su vieja capa. Sus fibras de salamandra blancas, ahora hechas jirones y manchadas de sangre, lo habían llevado muy lejos. Había vivido dentro de aquella prenda durante tres años, creyendo que lo protegería. Que sería un muro contra las llamas.

Pero los muros no habían salvado a su madre. No habían salvado a la mujer ni al bebé que habían muerto tendidos en el lecho del bosque. Y la capa tampoco lo había salvado del maleficio de las flechas nomatsíes.

Cuando la prenda cayó a sus pies, todo terminó. Aeduan se miró el pecho: la piedra dolora formaba un pequeño bulto bajo el uniforme apergaminado por la sangre seca. Por mucho que lo intentaba, por muy hondo que respirara, no sentía el latido de su corazón. No sentía sus órganos ni su sangre.

Estaba vivo..., pero vacío. El maleficio se había completado.

Ya no tenía remedio. Sabía que ese momento llegaría, y ahora le parecía impensable angustiarse. Si de verdad hubiera querido detener el maleficio, habría tomado otras decisiones, habría seguido otros caminos.

Ya no era un brujo de la sangre. Ya no era un monje.

Era un hombre, tan solo eso.
Pero tendría que ser suficiente.



Iseult estaba agazapada junto a la cama, conteniendo la respiración mientras miraba fijamente su piedra hilandera, que parpadeaba de manera insistente. Ineludible.

Safi tenía problemas. Y a juzgar por el brillo de la gema, su hermana de hilos estaba lejos. Muy lejos.

Incluso si se las arreglaba para escapar del monasterio, llegaría tarde. Safi la necesitaba ya. Su vida corría peligro *ahora*.

Miró de reojo a Leopold, dormido en su sillón. ¿Era su enemigo o su salvador? ¿Podía ayudarla a llegar hasta Safi o la ralentizaría? Con los labios entreabiertos y la cabeza ladeada, parecía mucho más joven, un niño inocente y soñador. Incluso bajo la luz mortecina de la luna, seguía teniendo un aspecto tan resplandeciente como el sol. Sus hilos estaban hechos de oro; sus promesas, de elocuencia. Y aunque Iseult quería creer desesperadamente que Leopold estaba de su parte, ni siquiera ella era *tan* ingenua.

Y menos después de lo que había visto esa noche.

Evrane, el abad, el brujo del fuego sajado, las sombras que volaban con alas negras... No podía confiar en nadie más que en Safi.

Pero Safi estaba a muchas leguas de allí, y su vida pendía de un hilo. Cada segundo que Iseult pasaba encadenada por la indecisión era un segundo perdido para siempre, era otro momento en que Evrane o el abad podían regresar. Otro momento en que los insurgentes podían abrir brecha en las murallas de la fortaleza. Otro momento en que el peligro que amenazaba a Safi podía acabar con ella para siempre.

¿Confiaba en Leopold o lo abandonaba allí?

Era un príncipe. Tenía contactos. Conocía los planes de Eron fon Hasstrel. Y también era la única forma que tenía Iseult de llegar hasta los archivos sin perderse por el camino.

Pero ¿y si Leopold estaba compinchado con el abad? ¿O con Evrane? ¿O con los dos? La llevaría directa a sus garras y ella no sabría lo que pretendía hasta que fuera demasiado tarde. Iseult no tenía armas para defenderse. Ni estrategias de huida.

Y tampoco tenía tiempo, ya no. Había que decidirse.

—Despierta. —Su voz resonó en el dormitorio, tan clara como en el Ensueño. Imperiosa y pura.

Leopold se despertó. Una sacudida le recorrió el cuerpo y los hilos, que se llenaron de confusión al ver acercarse a Iseult. Con tres largas zancadas, su sombra se proyectó sobre el príncipe.

—Has dicho que estabas aquí para servirme, príncipe. Única y exclusivamente. Demuéstramelo. Llévame a los archivos.

Se quedó boquiabierto.

—Iseult...

—Ahora. —Al pronunciar esa palabra, liberó su fuego sin contenerse. Unas chispas prendieron el aire. Pop, pop, pop, destellos de luz y sonido. Leopold retrocedió, con los hilos totalmente blanqueados por el susto—. O te hago arder —lo amenazó Iseult—. Llévame a los archivos. Ya.

Leopold asintió y se puso de pie con sorprendente agilidad. Aunque perplejo, no parecía agitado; no protestó ni le preguntó cómo había conjurado esas llamas. Se mostraba igual de impávido que en Tirla.

—Si quieres ver los archivos, a los archivos iremos..., pero antes deberías calzarte.

Se acercó al armario y lo abrió con la mano sana; dentro había un par de botas y la capa de lana parda del príncipe.

También había otra capa, blanca como la luna y con forro de pelo. El uniforme de un monje Carawen, reluciente y a punto.

Iseult llevaba toda la vida queriendo ponerse una. Siempre había querido formar parte de esa orden luminosa que aceptaba a cualquiera sin prejuicios.

Mentira, mentira, todo era mentira. Aeduan ya se lo había advertido en las Tierras Disputadas, pero Iseult no había querido creérselo. Sin embargo, ahora que veía aquella capa, deseaba que fuera la de Aeduan. Rota, ensangrentada, protectora y familiar. La prefería a aquella falsa devoción, aquella falsa pureza.

Pero era su única opción, así que se la puso.

—¿Por qué... a los archivos? —le preguntó Leopold entre gruñido y gruñido, mientras intentaba ponerse la capa con una sola mano—. ¿Qué hay allí?

—Una ruta para escapar del monasterio.

Un destello del turquesa de la sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Vamos. —Iseult señaló la puerta.

—Iseult, no entiendo...

—Toda mujer tiene sus secretos, Leopold. Vamos —insistió, imitando el tono urgente del rey Grajo. Sin otra palabra de protesta, Leopold asintió y salió.

El pasillo estaba vacío, las ventanas tapiadas y los candeleros apagados. Cada veinte pasos un temblor sacudía las superficies de piedra. El impacto de las catapultas era cada vez más atronador. Leopold la llevó escaleras abajo y la fue guiando por los pasillos que se entrecruzaban. Las puertas eran incontables.

En cuatro ocasiones, Iseult percibió hilos que se acercaban; tras prevenir a Leopold en voz baja, este la arrastraba hasta un nicho o un dormitorio vacío donde los dos esperaban en silencio; Iseult sentía su corazón palpitándole en la garganta y miraba los hilos del príncipe, cuyo color dorado estaba deslucido por la cautela y la ansiedad. Cuando los hilos (y los monjes a los que pertenecían) se alejaban, Leopold volvía a guiarla.

Al llegar a los archivos, el suelo retumbaba tanto que a Iseult le temblaban las rodillas y le castañeteaban los dientes. Las murallas asediadas debían de estar justo al otro lado de la inmensa biblioteca. Al igual que en los pasillos que habían recorrido, las ventanas estaban tapiadas y los candeleros apagados. Delante de las ventanas también habían apilado grandes sacos de arena; solo resultaban visibles gracias a las rendijas de luz que todavía se filtraban por la parte superior.

Esa claridad le permitía ver que la sala tenía techos altos y filas y filas de librerías, pero poco más. Nada específico.

Como si estuviera leyéndole el pensamiento, Leopold se acercó rápidamente a un candelero cercano, sacó la pequeña vela que había dentro del cristal y murmuró:

—Préndete.

Se encendió una llama diminuta.

—¿Adónde vamos? —le preguntó en voz baja. La vela le iluminaba el rostro.

—Al rincón más alejado —contestó Iseult. Una vez más, el príncipe fue primero. Sin hacer preguntas. Se limitaba a obedecer; sus hilos verdes estaban totalmente concentrados en la huida.

Se aproximaron al rincón, cruzando los pasillos y rodeando las estanterías.

Estaban a medio camino cuando la puerta del archivo se abrió de sopetón, con el chirrido de las bisagras y el quejido de la madera. Se oyó la voz de Evrane desde el otro lado de la sala:

—¡Iseult! ¿Dónde estás?

No, no, no. Agarró a Leopold por la capa.

—Corre.

Sin inmutarse, sin preguntar, Leopold echó a correr. La llama embrujada tembló y chisporroteó, pero no se apagó. Sus pasos retumbaban en el suelo de piedra; a Evrane le resultaría fácil seguir ese sonido. Y no solo a ella. También había otros hilos. Hilos despiadados y al acecho, deslizándose hacia ellos. Hilos de monjes. Y entre ellos, los hilos desteñidos del abad.

—¡Teníamos un acuerdo! —vociferó—. ¡Me prometisteis un ejército, príncipe!

«¿Un ejército?». No sabía a qué se refería ni tenía tiempo para pensar en ello. Casi habían llegado al rincón más alejado, a la puerta secreta del rey Grajo.

Al dejar atrás la última fila de estanterías, la esquina de piedra apareció ante ellos. No había ninguna galería, ninguna salida.

El suelo tembló y se oyeron voces al otro lado de la pared. Las voces de los insurgentes. Iseult también percibía sus hilos frenéticos y furiosos. Estaban atacando allí mismo.

Leopold se volvió hacia Iseult con los ojos muy abiertos.

—¿Y ahora? No veo ninguna salida.

Iseult tampoco.

—Es peligroso que deambules por el monasterio, Iseult —dijo Evrane desde el otro lado de la sala—. No estás bien. Tienes que volver conmigo para que te cure.

No, no, no. Tenía que haber una forma de salir de allí. ¿Qué le había enseñado el rey Grajo? «Piensa, Iseult, piensa». Aunque no tenía tiempo ni para respirar, siempre podía seguir el frío camino de la lógica hasta el final.

Una pared de piedra. Estanterías. Candeleros y una silla de madera. Era exactamente igual que en el Ensueño, pero aquel rincón era real. Aquel rincón estaba delante de ella.

Otro estruendo le sacudió las rodillas. Los tenían totalmente rodeados.

—Iseult —murmuró Leopold; en sus hilos empezaba a brillar el color blanco del pánico—. Por favor, dime que sabes lo que estás haciendo.

Iseult lo ignoró. Ignoró los hilos que se acercaban, el redoble de las pisadas, los bramidos del abad sobre recompensas, acuerdos y encargos de rango diez incumplidos. E ignoró las vibraciones que sacudían los cimientos del monasterio.

Iseult era estabilidad. Era hielo.

Una pared de piedra. Estanterías. Candeleros y una silla de madera. Todos esos objetos estaban perfectamente quietos. Tan tranquilos como Iseult en mitad de aquel caos.

«Pero no deberían estar quietos». Todo lo demás estaba temblando, ¿por qué ellos no?

Iseult se lanzó hacia delante, empujando a Leopold. Golpeó la pared con las palmas de las manos. La piedra estaba fría y áspera, como la de verdad. Pero también sentía el crepitar de la magia. Aquella pared era una mentira. No era real. Estaba embrujada, igual que el pontón celeste. Solo necesitaba la combinación correcta de toques.

O agitar la mano tres veces, como el rey Grajo.

A toda prisa, Iseult dio tres toques en la pared. Se oyó el zumbido del aire electrificado y la esquina desapareció por completo. Ante ella se extendía ahora un gran túnel.

Esta vez fue Leopold quien agarró a Iseult por la capa. En sus hilos destellaban la fascinación, el alivio y la sorpresa más vertiginosa. Pero también había regresado el tono verde de la concentración. El príncipe se lanzó hacia la oscuridad. Iseult se apresuró a seguirlo, pero una vez dentro se detuvo el tiempo suficiente para darse la vuelta. Con tres giros de muñeca, la pared reapareció. Y los dos echaron a correr.

Gracias a la Madre Luna que Leopold había conservado la vela, o habrían tenido que avanzar a tientas en la oscuridad más absoluta, sin saber cuándo agacharse, girar o evitar las estalagmitas. Los ataques de los insurgentes hacían temblar las paredes de roca, pero Iseult ya no oía pisadas ni percibía hilos tras ellos.

Finalmente, el túnel se abrió a una pequeña caverna. El camino se dividía en dos: uno de los túneles subía y el otro bajaba.

Leopold se detuvo, jadeando. La luz de la vela proyectaba sombras temblorosas en las paredes oscuras.

Sombras que parecían alas. Sombras que le daban escalofríos. ¿Adónde los había llevado el rey Grajo? Iseult se concentró en el príncipe, en sus hilos ardientes, luminosos y sinceros.

—¿Cómo... podías saberlo? —dijo Leopold entre jadeos.

—No me creerías si te lo dijera. —A Iseult también le costaba recobrar el aliento. Se había quedado sin energías: demasiado tiempo en cama y sin comer decentemente—. Hay que continuar.

Leopold se irguió y entornó los ojos. Sus hilos se oscurecieron por el recelo.

—¿Por qué? ¿Por qué teníamos que irnos, Iseult?

No le contestó. No podía decirle nada creíble. «Evrane está poseída por la oscuridad y me tenía atrapada en sueños. Ah, y el fantasma del rey Grajo me ha enseñado a escapar». Apenas se lo creía ella misma.

—No estábamos a salvo —contestó finalmente—. Y como Safi tampoco puede venir aquí, no hay motivos para quedarse. Tienes que confiar en mí.

Leopold se mordisqueó el labio. Su expresión y sus hilos seguían recelosos, aunque ahora el color verde salvia de la reflexión se entrelazaba con el tono tostado. De pronto, los dominó una potente oleada de verde helecho. Había tomado una decisión.

—Confío en ti —murmuró—. Pero ¿por dónde vamos?

Leopold apartó la vela de Iseult y escudriñó los dos túneles.

—Hay que bajar —contestó Iseult, arrebatándole la vela y tomando la delantera. En realidad no lo sabía, pero esa parecía la opción más lógica. El valle estaba abajo; si seguían bajando, terminarían llegando.

O tal vez ese túnel los llevaría directos a las llamas infernales. No tenía ni la menor idea. El rey Grajo solamente le había mostrado la manera de salir del monasterio, no de la montaña.

El fragor del combate se desvanecía a medida que bajaban; Iseult lo interpretó como una buena señal. Las formaciones rocosas también se hacían más lisas y el aire se enfriaba hasta convertirse en un mordisco afilado. Ojalá eso fuera una señal de que había viento más adelante.

Entonces lo sintió en la cara: un viento helado e intenso. Poco a poco las rocas empezaban a iluminarse. Iseult aceleró el paso. Estaba agotada, pero lo había logrado. Había escapado. No sabía en qué se había convertido Evrane, qué quería el abad ni qué era el rey Grajo en realidad, pero ahora todo eso daba igual.

Se había escapado. Ahora Leopold y ella buscarían a Lechuza. Y luego a Safi.

La boca del túnel apareció ante ellos, gris y helada. Era noche de hilos; la luz de la luna era tan clara que la deslumbraba.

Iseult echó a correr; oía los pasos de Leopold a sus espaldas. La orilla pantanosa estaba justo delante. Cada vez más cerca.

Cruzaron la salida del túnel a la carrera.

Fue entonces cuando Iseult percibió los hilos. Fue entonces cuando vio a sus dueños, a cincuenta pasos de distancia. Veinte figuras vestidas con gruesas pieles, agazapadas entre los juncos helados y unidas por sus hilos de color azul desvaído. Brujos con idéntica magia, trabajando juntos. Todos se

volvieron hacia Iseult y Leopold, boquiabiertos, y todos sus hilos se tiñeron de sorpresa y de alarma.

Todos salvo los de un hombre, el único que permanecía separado del grupo, el único que no había reparado en que Iseult y Leopold acababan de llegar corriendo desde el túnel. Se había llevado un gran cuerno a los labios; una fracción de segundo después, el cuerno sonó, emitiendo un bramido potente y sobrecogedor. Tres toques cortos.

Mientras sonaba el cuarto toque, esta vez largo, los otros veinte se pusieron de pie, enarbolando hachas y espadas. Con un rugido, sus hilos se tiñeron del color acerado de la violencia y se abalanzaron sobre Leopold e Iseult.

CUARENTA Y OCHO



La hoja del cuchillo asomó por el pecho de Esme con un chorro de sangre. El norteño arrancó el arma y Esme cayó de bruces, boqueando. Asombrada. Muda.

Merik se lanzó hacia ella, sin saber muy bien por qué sentía el impulso de sujetar a la Titiritera antes de que cayera al suelo. Su cuerpo reaccionaba sin pensar. Cuando la abrazó, su sangre le manchó la ropa.

—El Telar... —dijo Esme con voz ahogada—. Llévame al Telar. Merik no la llevó al Telar.

—No te muevas —le dijo, pero ella se revolvió, arañándolo y tosiendo.

—El Telar, el Telar, el Telar...

El norteño alzó el brazo para apuñalarla de nuevo.

—¡No! —Merik dejó a Esme en el suelo sin miramientos, se volvió y alzó las manos—. ¡No mates!

El norteño lo miró extrañado. La sangre que goteaba del cuchillo era más roja que las borlas.

—Ayudo —dijo, claramente confundido—. Yo ayudo. Vete. —Señaló los árboles—. Yo ayudo.

Esme empezó a sollozar, tendida sobre la hierba. Había muchísima sangre.

—El Telar —susurró de nuevo, agarrándose a la pierna de Merik—. Llévame a mi Telar.

Pero Merik no la llevó al Telar. Sabía por instinto y por lógica que aquella era su oportunidad de escapar. Que era un regalo de Noden que no debía desdeñar. Pero sus pies permanecieron anclados al suelo. Sus ojos estaban fijos en la muchacha moribunda.

Sangre, sangre. Había muchísima sangre, y Merik no sentía el menor triunfo al verla. No sentía alivio al contemplar el rostro de Esme, crispado de

dolor, ni el temblor de su pecho cada vez que intentaba tomar aire.

Solamente sentía lástima. Quizá todavía hubiera una persona dentro de todo aquel odio. Al fin y al cabo, ella sangraba igual que él.

«Nubrevna». El recuerdo de su patria centelleó en el fondo de su mente, las calles atestadas y los altísimos puentes de agua que los barcos recorrían para volver a casa. Era el único lugar en el que siempre había creído, lo único que siempre había tenido sentido para él.

Y dejar que la Titiritera, el rey saqueador o la Furia lo destruyeran... Eso no tenía sentido.

Esme sangraba igual que él, pero todos los demás también. Todos aquellos sajados, aquellas personas que antaño habían tenido vidas, familias y seres queridos propios. Ella los había destruido del mismo modo que iba a destruir Nubrevna.

A menos que Merik hiciera algo para impedirlo. No iba a matarla. Esme había sajado a Kullen; tal vez ella fuera la única persona capaz de curarlo. Tampoco sabía qué pasaría con el Telar o con sus sajados si Esme moría. ¿Y si todos morían con ella?

Era un riesgo que no podía aceptar. Y con ese pensamiento, se puso en marcha. Llevó en brazos a Esme hasta el Pozo, hasta su Telar. La muchacha boqueaba entre espasmos mientras su sangre seguía regando la hierba. Merik no podía hacer nada para curarla, pero tal vez sus sajados sí.

Se volvió hacia el norteño.

—Vamos —dijo—. Nos vamos. —Porque si los sajados de Esme podían salvarla, también podían perseguir a Merik.

El norteño no discutió. Dejó que Merik lo condujera hacia el camino principal y echó a correr a la vez que él. Sus pisadas resonaron por la colina mientras cruzaban las abigarradas sombras que proyectaba la luna brillante e indiferente, en lo alto de un cielo igualmente brillante e indiferente. Los troncos pasaban a toda velocidad, al igual que los sajados, inmóviles ahora que su Titiritera no podía manejarlos.

Merik no sabía dónde iba. Lejos, lejos. Hasta ahí llegaba su plan. Lejos del Pozo, lejos de Esme. Y cuando su magia estuviera lo bastante fuerte, lejos de Poznin.

Cuando llegaron al pie de la colina, la luz de la luna cayó sobre ellos; las calles serpenteantes se alejaban en varias direcciones. Merik se detuvo, jadeando, y apoyó las manos en las rodillas. El norteño lo imitó. Después oteó cada uno de los caminos posibles.

Por la derecha estaba la torre de Esme. Por la izquierda, el río. Y recto, los Llanos Ventosos.

«A los llanos», murmuró su magia. Sonrió. En los llanos habría gente. Y viento. Todavía no estaba lo bastante fuerte para volar, pero pronto... Bajo sus resuellos, su poder se caldeaba poco a poco.

Se irguió, levantó una mano para señalar...

Y avistó movimiento entre los árboles. Varias siluetas avanzaban tambaleándose hacia ellos. Los sajados.

Mierda, mierda, mierda. Esme estaba reaccionando más deprisa de lo que esperaba. Pero ya era demasiado tarde para detenerla. ¿Cómo decía siempre Vivía? «No te arrepientas de nada, sigue adelante».

Merik agarró al norteño por el hombro.

—Corre. —Como uno solo, se lanzaron a la carrera.

A los sajados no les hizo gracia, y sus pies exánimes aceleraron también. Salían dando tumbos del bosque y de los edificios. Cuerpo tras cuerpo, fueron invadiendo las calles y convergiendo en una gran estampida que perseguía a Merik y al norteño desde todos los ángulos.

Siguieron corriendo.

Merik y el norteño recorrieron calles, saltaron tapias, sortearon estatuas caídas y cruzaron plazuelas invadidas por la vegetación. Superaron o evitaron todos los obstáculos sin dejar de correr.

Hasta que los dos llegaron a una amplia avenida, despejada de árboles pero engullida por la hierba. El suelo retumbaba bajo sus pies. Los tallos de hierba oscilaban y temblaban.

Y ahora, otro centenar de sajados venían hacia ellos de frente. No había escapatoria. Los tenían totalmente rodeados.

El norteño hizo ademán de detenerse, pero Merik lo agarró del brazo y tiró de él para que continuara. No podían parar. No podían frenar.

Merik disponía de cien pasos para encontrar una salida... o para conseguir que su magia regresara. La notaba fortalecerse cada vez que respiraba. Noventa pasos. Ochenta. Sesenta. Merik ya veía los ojos negros de los sajados. Cincuenta. Distinguía las sombras que les surcaban la piel...

«Allí». Un edificio ruinoso, a su derecha, ocultaba un callejón lleno de arbolillos. La vegetación ralentizaría a Merik y al norteño, pero también a los sajados.

Tiró de su compañero para llevarlo hasta el hueco que quedaba entre las ruinas. Las hojas y las ramas los golpearon mientras avanzaban en zigzag. No se detuvieron, porque la tierra temblaba tan fuerte que caían escombros de los

edificios. Porque oían a sus espaldas el roce de la carne y el crujido de los árboles aplastados.

Llegaron al final del callejón. Otra carretera, otra explanada... y más sajados. Pero Merik conocía esa carretera. Había pasado por allí la noche anterior y sabía que más adelante había un estanque lleno de cadáveres.

Un estanque que lo había atraído. Y que tal vez pudiera atraerlos a ellos también.

Si conseguían entrar en esas aguas y llegar a la escalera del fondo, tal vez el tropel de sajados los seguirían. Aunque el agua no los matara, al menos los ralentizaría. Merik ganaría el tiempo que necesitaba para recuperar el aliento.

Y la magia.

Entonces lo divisó: los juncos, las aguas turbias y los cadáveres flotantes, totalmente inmóviles bajo el cielo nocturno. Se lanzó hacia allí, rezando por que el norteño no rechistara ni frenara.

Vio por el rabillo del ojo que se acercaban más sajados, pero no se atrevió a volver la cabeza. Si aquel estanque no era su salvación, ya no tenía más opciones.

—¡Nada! —rugió Merik, señalando hacia delante. Sus pies chapotearon en el barro al entrar en el juncal.

Al instante, el poder del estanque lo alcanzó. «Ven», cantaba. «Ven y encuentra la liberación». Pero esta vez estaba prevenido. Esta vez sabía que debía resistirse.

Siguió chapoteando hasta que el agua le alcanzó las rodillas. Los muslos. En ese momento se zambulló, seguido de cerca por el norteño.

Cuando sumergió la cabeza, el poder del estanque se multiplicó por diez. Era un coro que vibraba dentro de su cerebro, irrumpiendo y colándose en cada resquicio, en cada recuerdo.

«Ven, ven y encuentra la liberación». Los puentes de agua y los barcos de velas blancas. «Ven, hijo mío, y duerme». Kullen perseguía cangrejos por la orilla. «Ven, ven, el hielo te acogerá». La madre de Merik, cansada y triste, le leía el cuento de la Reina Cangrejo y sus tesoros.

Merik siguió descendiendo, impulsándose con brazos y piernas.

«Ven, ven y afronta el fin».

En el fondo del estanque, en una pared de piedra, brillaba un tenue resplandor azulado. El agua estaba llena de cadáveres. Algunos, más recientes, estaban pálidos y flotaban, pero otros se habían hundido ya, totalmente podridos. Todos habían intentado llegar hasta esa luz y habían fracasado.

Pero Merik no fracasaría.

Algo chocó contra él y se le escapó el aliento de los pulmones en grandes burbujas que no le permitían ver nada. De pronto se dio cuenta de que le ardía el pecho. Y el cráneo. Y los ojos. Y la mente.

Se estaba ahogando.

Unos brazos lo envolvieron y tiraron de él hacia arriba. No se resistió. Segundos después, Merik y el norteño salieron a la superficie. Pero no podían parar a descansar: los sajados entraban en el estanque de diez en diez, fila tras fila, tropezando, manoteando y agitando las aguas.

Su plan había funcionado demasiado bien.

Se adelantó y, seguido por el norteño, nadó hacia la escalera, apartando los cadáveres a su paso hasta que llegaron a los primeros escalones.

Merik se apoyó para auparse.

El escalón se vino abajo y Merik cayó de nuevo al agua, dándose un golpe contra un cadáver y enredándose en sus cabellos largos y negros.

El norteño probó suerte con el siguiente escalón, pero también se hundió bajo su peso. El estanque se estaba llenando muy deprisa. No tardarían en estar arrinconados. Atrapados. Ellos no podían mantenerse a flote eternamente y los sajados tampoco podían seguir hundiéndose. Tarde o temprano el estanque estaría tan lleno que los sajados que siguieran vivos podrían caminar sobre los cuerpos de sus compañeros.

Las aguas agitadas le lanzaban cadáveres a Merik mientras el norteño chapoteaba y luchaba por llegar a los escalones más altos.

Había llegado el momento; Merik ya no podía ganar más tiempo. Si no conseguía hacer funcionar su magia ahora mismo, si no conseguía resucitarla, todo habría terminado. No solo para él, sino también para el hombre que había regresado para salvarlo.

Y para Nubrevna, vulnerable e ignorante del ataque del rey saqueador.

Merik no estaba preparado para ese final. Cerró los ojos.

«Ven», cantaba el agua a su alrededor. «Ven y encuentra la liberación». Aquellas aguas contenían poder. Merik no conocía su procedencia ni su significado, pero contenían magia.

«Escucha», le dijo a la chispa que habitaba en sus pulmones. «Escucha y observa».

Merik siempre había sido un brujo débil. Se había ganado su marca de brujo a duras penas, decepcionando a su padre. Y a sí mismo. Solamente parecía tener algo de poder cuando despertaba su temperamento.

«La ira de los Nihar», lo llamaba su familia.

Pero era imposible escuchar con la ira. Era imposible observar con la rabia. Y era imposible entender con la furia.

Esme tenía razón, igual que Cam. Merik solo veía lo que quería ver. Se decía a sí mismo que tomaba todas sus decisiones, buenas o malas, por el bien de Nubrevna, como si eso justificara su deliberada estrechez de miras. Como si eso compensara su dependencia de aquella ira que le hacía hervir la sangre.

Y Safiya fon Hasstrel también estaba en lo cierto: a Merik le encantaba sentirse necesario. Eso le daba un propósito en la vida... y también una *excusa*.

Durante casi dos días, había vivido sin su magia. Se había movido por voluntad ajena y había podido ver sin el velo de la ira. Habían sido las palabras, no la ira, las que lo habían liberado del yugo de Esme. Y lo que podía liberarlo de ese estanque colmado de cadáveres tampoco era la ira. Ni siquiera la magia.

«Escucha y observa. Escucha y observa». La chispa de su pecho se hacía más fuerte. Las aguas cantaban y lo reclamaban. El poder que habitaba en ellas quería que Merik alcanzara la luz azul. Que la atravesara. Que aceptara la magia que aguardaba al otro lado.

Abrió los ojos de par en par. Las aguas le salpicaban la cara y el cadáver de una mujer le devolvía la mirada. Había demasiados cuerpos en el estanque, todos chapoteando, encaramándose unos sobre otros y elevando el nivel del agua segundo a segundo.

Merik inspiró profundamente, con una bocanada desesperada y carente de elegancia. Pero fue suficiente.

El viento acudió a él.

Con una segunda bocanada llegó una segunda ráfaga. La tercera, la cuarta, la décima. Los vientos eran cada vez más fuertes y salvajes. El agua giraba, arrastrando los cadáveres hasta que finalmente lo envolvió un ciclón lo bastante potente para sus propósitos.

Merik levantó las manos y el aire se acumuló bajo sus pies y los del norteño, elevándolos por encima de las olas.

Bajó las manos con fuerza y el agua, los cadáveres y los sajados salieron despedidos hacia atrás, lejos de Merik y de su compañero. Lejos de la luz azul que seguía brillando allí abajo.

«Poder, poder, poder».

Esa era la auténtica sensación de su magia, lo que su magia siempre había querido ser. No necesitaba que la ira de los Nihar la espoleara ni que la magia

oscura de la Furia la corrompiera. Ojalá Merik la hubiera escuchado antes. Ojalá se hubiera molestado en observarla.

—¡Abajo! —gritó Merik para advertir al norteño. Dirigió sus vientos hacia la luz y ambos descendieron a toda velocidad.

En unos segundos habían aterrizado delante de la luz azul y la pared de piedra que la rodeaba. En lo alto y a sus espaldas, retenida por una muralla de viento, aguardaba el agua del estanque, llena de sajos que forcejeaban y chocaban entre sí.

—Vamos —le dijo Merik al norteño, señalando el portal hecho de luz azul.

Pero el norteño no se movió; Merik tampoco podía culparlo. Agarró la manaza del hombre y tiró de él hacia la luz.

—Los dos —dijo, tratando de sonreír—. Vamos los dos.

Cruzaron juntos el portal.

Y entraron juntos en la montaña que todos codiciaban.

CUARENTA Y NUEVE



A «unque lo que hagas sea una estupidez», le decía siempre Safi a Iseult, «precisamente por eso nadie lo verá venir». Pero esta vez Iseult no estaba allí para salvarle el pellejo. Para completar lo que ella había iniciado. Era Safi y solamente Safi quien caía a plomo hacia el lago Scarza, al lado de Vaness.

Cuando el lago las engulló, la luz y el calor las golpearon, feroces e hirvientes; unas garras de fuego las arañaban bajo las olas, donde la ilusión no podía ocultar el gran buque de guerra que se hundía delante de ellas.

Safi notó que Vaness volvía en sí; Mathew ya no la controlaba. Los efectos de la ilusión también se habían disipado: unas volutas de sangre flotaban en el agua, alrededor de la emperatriz.

Safi nadó hasta Vaness, la agarró y se dirigió hacia la superficie. La emperatriz también intentaba nadar para ayudarla, pero se le enredaban las piernas en los dos vestidos empapados, estorbando a Safi.

Ella continuó subiendo. El calor y la luz de los barcos incendiados hacían imposible ver adonde iban. Le dolían los pulmones de tanto aguantar la respiración y todo le daba vueltas por la presión de los oídos.

Finalmente, Safi sacó la cabeza del agua y Vaness también apareció a su lado. Pero no sabía dónde ir ni qué hacer ahora. Estaban atrapadas entre barcos en llamas y una isla infestada de enemigos.

Vaness tomó la iniciativa. A pesar de la atroz herida de su rostro, consiguió levantar un brazo débilmente.

Un látigo de hierro se soltó de su muñeca, les rodeó la cintura a las dos y tiró de ellas hacia la orilla.

—¡Sujétate! —gritó Vaness.

Safi se sujetó. El alambre las llevó a través del humo y las llamaradas, entre barcos y cadáveres, surcando olas que se hacían más altas con cada

nueva explosión. Pero Vaness sí que sabía dónde ir. Al cabo de un rato, las dos mujeres volvieron a sumergirse.

Las aguas oscuras cubrieron a Safi. El alambre se le clavaba en las caderas y el vientre. No veía nada, no sabía dónde estaban yendo. Tan solo sabía que estaban descendiendo y que sus pulmones le exigían respirar.

De pronto cambiaron de trayectoria y dejaron de avanzar. Safi sintió un tirón hacia arriba y el agua la golpeó con más fuerza todavía. No podía pensar. No podía moverse. Tocó con los dedos una superficie de metal áspero y rezó por que no se tratara de otro barco hundido.

Safi salió disparada del agua. Transportada por el hierro y la magia, emergió de la oscuridad y aterrizó sobre un estrecho saliente de piedra, jadeando y tosiendo. Entornó los ojos.

—Las alcantarillas —dijo Vaness entre jadeo y jadeo.

Bueno, eso explicaba el tufo. También explicaba que el túnel fuera redondo y que lo atravesara una corriente de agua continua. Cuando se le acostumbró la vista, vislumbró un solitario farol que brillaba más adelante, junto a una escalerilla que se perdía en un túnel superior.

Pero fue la sangre lo que le llamó la atención. Desde la frente hasta el lado derecho de la mandíbula, la cara de Vaness sangraba en abundancia. El profundo tajo le había dejado el ojo derecho totalmente inútil. La emperatriz se tapó la cara con la mano, respirando con dificultad.

—Hay que vendarlo. —Safi se acercó y agarró la manga de su vestido para rasgarlo, pero Vaness fue más rápida.

—Espera —dijo sin aliento. El alambre de hierro se transformó, encogiéndose antes de volver a expandirse, afilarse y dividirse en dos. Al cabo de unos segundos, el alambre se había convertido en unas tijeras con las que Vaness cortó un trozo de su falda roja.

Safi plegó la tela de crepé. No estaba limpia, y menos después de haberse dado un chapuzón en las alcantarillas. Tampoco lo estaba la herida. Pero dadas las circunstancias, tendrían que arreglárselas.

—Lo siento —dijo Safi mientras envolvía la cabeza de la emperatriz con la tela. Le dio varias vueltas, apretándola cada vez más—. Siento muchísimo no haber podido detener el ataque.

—Lo he visto, ¿sabes? He visto cómo empezaba, pero no podía hacer nada.

—Por la brujería de las palabras. —Safi sintió un ardiente bochorno en los hombros y el vientre. Debería haberlo visto venir. ¿Por qué no lo había visto venir?

—Tú conoces al hombre que me ha hecho esto. —Era una afirmación, no una pregunta. Y Safi no podía mentirle.

—Sí, lo conozco. Y al general Fashayit también. Ellos dos me criaron. Siento muchísimo no habérselo dicho. Confiabais en mí y os he fallado. — Safi ató el improvisado vendaje de crepé. Y entonces, con toda la verdad que pudo reunir, extrayéndola directamente de su corazón, dijo—: Majestad, os juro que no sabía lo que planeaban. Pensaba que Habim había venido a la ciudad para llevarme de vuelta a casa. Nada más. De haber sabido que planeaban...

Se le quebró la voz. No era capaz de decir la palabra «asesinar». No podía creer que sus seres queridos, su familia de hilos, pudieran hacer algo así.

Vaness observó a Safi. Su ojo izquierdo pestañeaba sin parar. Le temblaba el pecho. Pero estaba impasible, sin dar la menor pista de lo que sentía.

—Te creo. —Apartó la mirada—. He oído lo que les has dicho a esos hombres. Y..., en fin, supongo que la gente no salta al vacío por cualquiera.

—No —contestó Safi con una risa nerviosa—. Es verdad. Ni siquiera yo.

Mientras Safi respondía, Vaness cambió. Entre un segundo y el siguiente, la emperatriz pasó de estar herida y débil a solemne e ilesa.

—Mierda —susurró Safi—. Otra vez la ilusión.

La expresión de la Vaness embrujada no cambió, pero Safi oyó sus jadeos y el roce de su vestido mientras se miraba frenéticamente.

Safi solamente veía a una emperatriz tranquila, serena, con la vista al frente. Y si esa ilusión había regresado, seguramente las demás también. Ahora les sería mucho más difícil escapar.

—Los bardas infernales —dijo Safi.

—Los cartorrianos —dijo Vaness al mismo tiempo.

—A ellos no les afectará. —Al ver que la Vaness embrujada asentía, añadió—: ¿Dónde están ahora?

—Un nivel más arriba. —La falsa Vaness se puso en pie con elegancia, pero enseguida se dejó caer contra la pared. Safi comprendió que apenas era capaz de mantenerse consciente. Le pasó un brazo por la espalda a la pétrea emperatriz.

—Sujetaos a mí —dijo. Caminaron juntas hasta la escalerilla y empezaron a subir (Vaness primero, por si le fallaban las fuerzas).

Tardaron una eternidad en subir esos peldaños. Y cuanto más ascendían, más sonidos les llegaban desde lo alto: un estallido rítmico (que podían ser tanto fuegos artificiales como explosiones) y un rugido que sonaba igual que el agua de la alcantarilla. Como el viento en un día de tormenta.

Cuando llegaron a la pequeña trampilla que daba acceso al palacio, Safi entendió por fin qué era ese sonido.

Fuego.

Estaban volviendo a utilizar todo lo que habían empleado durante la huida de Veñaza: ilusiones, distracciones, soldados de lealtad dudosa... y fuego, mucho fuego.

Notaron el calor a través de la trampilla.

—Deberíamos volver —exclamó Safi, pero Vaness no pudo oírla (o la ignoró), porque derritió la puerta con su magia. El calor y el rugido se hicieron más fuertes.

Vaness formó un escudo, una táctica que ya había empleado con éxito dos veces en presencia de Safi. Aunque entonces el humo había tenido una vía de escape. Ahora, en cambio, el humo rodeaba la barrera de hierro de Vaness y Safi mientras estas subían y cruzaban una estancia envuelta en llamas.

O tal vez fuera un pasillo. O un armario. Safi no tenía ni idea de dónde estaban. Le lloraban los ojos y le ardían la garganta y los pulmones. Si siguió adelante fue solo porque Vaness también lo hacía. Cuando se refugiaron en el hueco de una escalera que aún no habían consumido las llamas, Vaness se dejó caer sobre Safi.

No lo vio venir, porque a ella seguía faltándole la mitad de su magia y solo veía a la emperatriz perfectamente serena.

La ayudó a subir por unos escalones bajos, envueltos en humo y calor.

Cuando llegaron a la siguiente planta, vislumbró un pasillo de arenisca en el que ya había estado. Ahora, sin embargo, todo estaba en llamas y no quedaba nadie vivo.

Vaness llegó a la misma conclusión que ella. Sacudió la cabeza, impertérrita, y gritó:

—¡Es imposible que sigan vivos! —Tiró de Safi para que continuaran subiendo.

Pero Safi no se movió. En Veñaza, había sido Habim quien había hecho estallar el incendio. Y las llamas de los brujos del fuego eran mágicas.

—¡Liberadlos! —gritó—. Puede que sigan con vida. ¡Por favor!

Vaness asintió. Safi oyó una tos ahogada procedente de una boca inmóvil. La emperatriz levantó un brazo, inclinó la muñeca hacia arriba y aguardaron. Safi escudriñó las llamas mientras la embrujada Vaness parecía no hacer nada en absoluto.

Después de dos abrasadores segundos, aparecieron unas sombras negras y esqueléticas que avanzaban hacia ellas.

Safi soltó un grito de alegría sin poder contenerse. Los bardas infernales estaban vivos. Habim no los había matado. Y el incendio tampoco.

Zander fue el primero en salir. Su lazo dorado brillaba y tenía el rostro enrojecido por el calor. Lev llegó corriendo tras él. Finalmente, Caden salió tambaleándose.

—¿Cómo tú por aquí? —dijo Lev, tosiendo. Safi se limitó a agarrarla por el brazo.

—¡Vamos! —rugió.

Sin que nadie se lo pidiera, Zander cogió en brazos a Vaness y se la cargó al hombro. La herida de la emperatriz debía de ser verdaderamente preocupante, pero Safi no podía verla mientras la ilusión estuviera activa y su magia siguiera fallando.

Safi y los bardas infernales echaron a correr juntos, subiendo por unas escaleras que se sacudían bajo sus pies al ritmo de unas explosiones que claramente no eran fuegos artificiales.

—¡Esperad! —chilló Safi al pasar de largo frente a un pasillo. Lo había reconocido: conducía al almacén de los fuegos artificiales. La puerta del fondo daba acceso al lago—. Majestad. —Se acercó a la emperatriz, tendida sobre el ancho hombro de Zander. Pero Caden negó con la cabeza.

—Está inconsciente.

—Yo la puedo espabilar —se ofreció Lev—. Pero no os va a gustar.

Safi asintió.

—Hazlo.

—Está bien, domna. Pero si luego quiere matarme, dile que ha sido idea tuya. —Sin previo aviso, Lev le metió el dedo en el ojo herido a Vaness.

La emperatriz se despertó con un alarido.

Era una imagen horrible de ver y de oír: un rostro inexpresivo emitiendo un sonido de pura agonía. Pero Safi la necesitaba despierta, y el dolor era preferible a la muerte.

—¡Un barco! —chilló Safi, haciéndose oír por encima de los gritos y las llamas—. ¿Hay algún barco al otro lado de este almacén?

—¡SI! —aulló Vaness. Lev la soltó y la emperatriz volvió a desplomarse sobre el hombro de Zander.

Gritando a los bardas infernales que la siguieran, Safi salió corriendo de las escaleras y entró en el pasillo. Caden iba a su lado, Zander los seguía con la emperatriz y Lev cerraba la marcha. Cruzaron el pasillo sin que nadie los detuviera. No había soldados ni llamas.

Atravesaron el almacén sin contratiempos, pasando junto a las cajas de bengalas... que no eran bengalas. Por lo tanto, si el fuego que los perseguía llegaba a esa sala...

—¡Deprisa! —los apremió Safi. Los bardas infernales obedecieron.

Llegaron a la puerta del fondo. Tal y como había visto Safi, al otro lado había una caverna inundada que servía como embarcadero y daba directamente al lago, donde varios buques militares parecían flotar inofensivamente en sus aguas. Pero ella sabía (aunque su magia no) que todo era mentira. Los ecos de la batalla lo desmentían.

Y allí, en el otro extremo del cavernoso embarcadero, había un barco. Un barco pequeño y de casco plano, claramente concebido para trasladar mercancías entre naves de mayor tamaño. Pero era su única opción, así que todos se dirigieron hacia allí sin protestar. Caden y Zander depositaron a Vaness dentro del barco. Safi subió mientras Lev soltaba las amarras.

—Es de remos —dijo Zander—. Así no llegaremos lejos.

—Y menos con lo que nos espera fuera. —Caden miró fijamente el lago, con el rostro tenso por la concentración, viendo algo que Safi no podía ver.

—Guiadme. —Un hilo de voz brotó de la emperatriz. Safi no se había dado cuenta de que había vuelto en sí; tenía los ojos cerrados y parecía dormir plácidamente.

Vaness intentó levantarse y Zander la ayudó a sentarse. Su espalda estaba encorvada y débil; ni siquiera la ilusión conseguía ocultarlo.

—Indicadme la dirección —insistió la emperatriz—. Yo... —Tomó aire temblorosamente—. Yo impulsaré el barco. —Como para demostrarles que era capaz, Vaness movió la muñeca hacia un lado y el barco se apartó del embarcadero.

—No estáis en condiciones —protestó Safi.

—Todo recto —dijo Caden al mismo tiempo. Miró a los ojos a Safi con aquella mirada implacable y ceñuda—. Es nuestra única oportunidad, Safi.

Sabía que Caden tenía razón. Ya empezaba a brotar humo desde el interior del almacén; en cualquier momento lo invadirían las llamas. La explosión les arrancaría la carne de los huesos y los mandaría de cabeza al vacío.

Sin rechistar, Safi le dio la mano a Vaness y repitió:

—Todo recto.

CINCUENTA



Aeduan llegó enseguida al claro. Al pie del pino más alto lo esperaba su padre, acompañado por un grupo de mujeres y hombres; una docena de caballos piafaban y resoplaban algo más lejos.

Ragnor buscó la mirada de Aeduan entre el gentío y asintió. Le pareció ver el atisbo de una sonrisa en los labios cansados de su padre. Agrado, quizá. O alivio.

El Aeduan de hacía dos años se habría quedado paralizado al ver esa sonrisa. Incluso el Aeduan de hacía dos semanas habría frenado en seco y habría notado el calor de la sangre en las venas.

Pero ya no percibía su propia sangre. Tampoco olía la de su padre, ni el aliento de bebé ni la pérdida insondable.

Lo único que sentía era una leve constricción en los pulmones. Pesadumbre, quizá, por el rumbo que había tomado todo. Al fin y al cabo, su padre no era un mal hombre. Su causa incluso podía considerarse justa.

Pero no hacía falta ser malvado para terminar cometiendo maldades.

Aeduan pasó de largo junto a su padre, sin detenerse, y desvió la mirada hacia los doce caballos destinados a la pequeña escuadra de Ragnor. La yegua negra del fondo tenía las orejas echadas hacia atrás y pisoteaba la nieve con impaciencia; ella tendría la energía necesaria para lo que Aeduan pretendía hacer.

—¿Aeduan? —lo llamó su padre.

Él lo ignoró. Se acercó a la yegua joven e inquieta. No había cogido la capa de pieles del baúl; todavía le sangraban las heridas y no quería lastrarse con más prendas. Se ajustó la espada (esa sí que se la había llevado) para no molestar a la yegua mientras montaba.

—¿Aeduan? —repitió su padre, alarmado. Cuando Aeduan lo miró por fin, su expresión era de angustia.

—Lo siento —contestó. Y era verdad. Aeduan clavó los talones en los flancos de la yegua, que salió al galope y se internó en los árboles.

Oyó voces tras él, gritos de advertencia, de sorpresa y de amenaza, conminándolo a detenerse. Pero Aeduan no se detuvo, y en cuestión de segundos los había dejado atrás.

Su padre ya no estaba. Solamente oía el estruendo de los cascos de la yegua, que levantaba la nieve y la tierra al galopar cada vez más rápido. Estaba yendo demasiado deprisa por un terreno que no conocía; corría el riesgo de que su montura perdiera una herradura o se torciera una pata. Pero no podía frenar. El cuchillo de la Dama Fortuna se acercaba.

Mientras descendían por la pendiente, evitando los árboles, Aeduan y la yegua iban dejando atrás bancos de nieve, tiendas de campaña y soldados. Solamente podía oler el frío de la noche y el aroma almizclado y dulzón de su montura. Cuando al fin llegaron al pie de la montaña, el valle se extendió ante ellos.

El río, blanco y congelado, resplandecía a la luz de la luna llena. Y muy lejos, al otro lado, Aeduan distinguió el monasterio, semejante a un pájaro negro posado sobre el precipicio.

Al pie del acantilado, justo delante de él, se veían siluetas. Los brujos del hielo de su padre, seguramente. Hincó los talones en los ijares de la yegua, se inclinó hacia delante y el animal avanzó de nuevo, con un ritmo casi musical. Corría con alegría, con los músculos y el corazón rebosantes de energía y velocidad. No le importaba lo que hubiera más adelante, tan solo la pureza de aquel instante, el terreno llano y sin obstáculos.

Aeduan creyó percibir movimiento en el cielo, una inmensa sombra con forma de murciélago que cruzaba velozmente por delante de la luna. Pero cuando levantó la mirada, no vio nada.

Ya habían avanzado unos cien pasos por el río helado cuando se dio cuenta de que no estaban solos. Lo supo por las catapultas, por el rugiente siseo de los proyectiles de fuego. Uno de ellos salió disparado desde el monasterio, surcando el cielo en dirección a la otra orilla del río. Cuando se giró para ver el impacto, avistó a los saqueadores.

No podía percibir sus esencias sanguíneas, y el ruido que hacían quedaba eclipsado por el galope tendido de la yegua y el crujido de la nieve.

Esa era la distracción de su padre: una oleada de miles de saqueadores que emergían de los árboles, al sur de su posición.

Eran demasiado lentos. Aeduan y la yegua eran demasiado *lentos*. Azuzó a su montura, que aceleró. El animal estaba sudando a pesar del frío, pero era

obediente y estaba preparada.

Siguió galopando.

Las catapultas dispararon más proyectiles de fuego que impactaron al sur de Aeduan; las bolas de luz naranja atraían su mirada, a pesar de que él intentaba concentrarse en lo que tenía ante sí. Había unas siluetas más adelante, dos personas que no formaban parte de los brujos del hielo. Dos personas que iban a pie, directas hacia Aeduan.

Más tarde se preguntaría cómo supo que era ella. Se preguntaría si quizá su magia no había desaparecido del todo y había sentido la llamada de la sangre muda de la muchacha. Pero en ese instante supo que era Iseult quien corría hacia él. Que era Iseult quien huía de los brujos del hielo.

Y que él debía alcanzarla antes que ellos.

Otra esfera de fuego salió disparada desde el monasterio y surcó el aire con un rugido. El proyectil iba directo hacia él, así que Aeduan desvió a la yegua hacia la izquierda. La bola de calor y luz negra pasó de largo y chocó contra el hielo.

Pero esta vez las llamas oscuras se extendieron y lo devoraron todo a su paso. Su blanco corazón alquímico brillaba con fuerza. Se propagaba a toda velocidad, como solo podía hacerlo el fuego marino.

La yegua entró en pánico.

Otras dos catapultas dispararon, apuntando también a Aeduan. Al parecer, el monasterio había decidido que él, un jinete solitario, era la mayor amenaza de todo el valle. El viento no podía extinguir aquellas llamas furiosas, y el agua no hacía sino avivarlas. A sus espaldas, Aeduan olía a los saqueadores asados vivos. Sentía el calor avanzando por el hielo.

El muro de fuego iba a atraparlo, y ahora no tenía su capa de salamandra.

Aeduan tiró de las riendas, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, para esquivar los dos impactos volcánicos, que estremecieron el hielo. Llovía fuego marino. El calor arreciaba cada vez más, hasta que la yegua se dejó llevar totalmente por el pánico y se encabritó. Se habían acabado la alegría y la energía. Bajo aquellas llamas negras solo podía haber terror. Aeduan no tuvo más remedio que clavarle los talones en los flancos para que siguiera corriendo.

Ya distinguía a Iseult. Llevaba puesta una capa Carawen, y el hombre que corría a su lado iba vestido de color pardo. Pero Aeduan no prestó la menor atención a su acompañante. Solamente veía a la bruja de los hilos, un faro blanco entre aquellas llamas eternas.

No debería haberla abandonado.

No debería haberla dejado marchar.

Cuando disparó la siguiente catapulta, Aeduan calculó la trayectoria y desvió a la yegua con antelación.

Pero medio segundo después del proyectil de fuego marino, surgió una lluvia de flechas desde el monasterio. Un centenar de arcos largos, tensados por otros tantos monjes que no veían a uno de los suyos cabalgando hacia ellos. Solo veían a un jinete. Y disparaban a matar.

Aeduan podía esquivar el fuego marino, pero no esas flechas. Cayeron sobre él, oscureciendo la luna.

Y dieron en el blanco. En Aeduan y la yegua.

Detuvieron su avance en seco, desgarrados por incontables heridas.

El relincho de la yegua le partía el corazón aún más que las flechas que lo perforaban. Lo invadió el dolor que tan bien conocía, el dolor que había sentido un millar de veces a lo largo de su vida, pero del que esta noche ya no podía curarse.

La yegua cayó.

Y Aeduan con ella.

Intentó quitársela de encima. Tiró, empujó y arañó el hielo cubierto de llamas, pero el peso de la yegua lo aplastaba. El animal profería chillidos estridentes, unos sonidos que ninguna criatura debería emitir jamás. Unos sonidos a los que Aeduan habría querido poner fin, que deseaba no haber provocado. La yegua intentó levantarse, pero estaba totalmente erizada de flechas. Las tenía clavadas en el vientre, en el lomo y en los ojos.

Y Aeduan tenía casi tantas como ella. No veía nada ni podía respirar. Estaba atrapado debajo de la yegua. El humo se le colaba por la garganta. La vida se le derramaba por el suelo.

«No ha sido suficiente», pensó antes de morir. «Ser un hombre no ha sido suficiente».



Iseult lo vio morir.

Lo vio alcanzado por las flechas y consumido por las llamas. Vio caer a su caballo negro, arrastrándolo consigo.

Y en ese instante supo que la lógica ya no importaba. Ni escapar de los saqueadores. Ni salvar la vida. Lo que importaba era el brujo de la sangre llamado Aeduan.

No iba a terminar así. Ese no sería el final del hombre sin hilos, del hombre que le sostenía la mirada sin miedo, que la había salvado de sajados y saqueadores, de ríos y de soldados.

Desde el día en que Iseult había apuñalado a Aeduan en el corazón, ese mismo corazón había pasado a ser suyo. Y no iba a permitir que terminara así.

Leopold le gritaba que se detuviera, pero era como si estuviera a un millón de leguas. Iseult no le escuchó y siguió corriendo cada vez más deprisa. Habían dejado atrás a los saqueadores, y aunque estos los perseguían, las catapultas los distraían y estorbaban.

Le ardían los pulmones, sentía las piernas cansadas y el humo lo envolvía todo. Pero podía ignorar esas trivialidades. ¿Quién necesitaba respirar cuando tenía poder? ¿Quién necesitaba ver cuando tenía hilos? Se concentró en el interior de su mente y susurró: «Sal. Es tu momento».

El brujo del fuego despertó al instante. Eufórico y atento, se deslizó hasta la parte frontal de su mente y se echó a reír con deleite al contemplar el campo de batalla que se extendía ante él.

Muerte, llamas y humo. Y todo para él solo.

«Sí», lo apremió Iseult. «Trágate todo ese fuego. Es tuyo. Es mío».

Levantó los brazos y exclamó:

—¡SAL!

Fue frenando su carrera hasta que dejó de correr y siguió caminando.

Y, caminando, entró en las llamas.

El fuego la atrajo con la pasión de un amante, mientras el brujo del fuego chillaba y reía. Aquel era su hogar. Y ahora también era el de Iseult.

Sentía el calor en la piel y el humo rasguñándole la garganta. Y le encantaba. Iseult y el brujo del fuego eran uno. Y el brujo era uno con las llamas. Las llamas se movían según su voluntad y se apartaban a su paso.

La amaban, pero no osaban tocarla.

Finalmente encontró a Aeduan; el fuego marino consumía a su caballo negro y empezaba a lamer su cuerpo.

—Quietas —les ordenó a las llamas, y estas obedecieron.

Iseult se agachó al lado de Aeduan, ensangrentado y moribundo. Quemado y quebrantado. Le acunó la cabeza con una mano y le palpó la garganta con la otra.

No había pulso.

No había pulso, no había vida, no había brujo de la sangre llamado Aeduan.

—No. —La palabra se le escapó de la garganta, ronca y lejana—. No.

No podía estar muerto. No iba a permitir que se muriera, que aquel fuera su final. No después de lo que había sucedido en Tirla. No después de todo lo que había pasado entre los dos.

Iseult agarró a Aeduan por las axilas y, con una fuerza que no sabía que poseía, tiró de él. Tiró, tiró y tiró hasta que sacó el cuerpo de Aeduan de debajo de la yegua. Las llamas la acariciaron, hambrientas y deseosas de algo que Iseult no estaba dispuesta a darles. «Ahora no», les dijo. «Ahora no, ahora no». Las llamas la escucharon, envolviéndola como una crisálida mientras ella luchaba por levantar a Aeduan.

Lo intentó. Por cuatro veces intentó cargárselo sobre los hombros. Pero aunque Aeduan no era excesivamente pesado ni voluminoso, Iseult no conseguía manejar su cuerpo inerte.

Al quinto intento, se dio cuenta de que estaba llorando. No sabía cuándo había empezado, y ahora ya no había forma de parar.

«No llores», susurraron las llamas. El brujo del fuego también susurraba dentro de ella: «No llores, Iseult, no llores. El fuego devora cuanto desea y tú debes hacer lo mismo».

«Ah», pensó. «Ya entiendo». Y no mentía. Los hilos eran poder, y eran suyos. Solamente tenía que cogerlos.

Eso hizo. Absorbió el poder del calor, de las llamas negras y del hombre al que había sajado en las Tierras Disputadas. Y entonces canalizó ese poder en sus músculos. En las piernas, los brazos, la espalda...

Al sexto intento, Iseult levantó a Aeduan lo suficiente para ponerse de pie y echárselo sobre los hombros.

Empezó a caminar. Un paso tambaleante se convirtió en dos y luego en tres. Dejó atrás al caballo muerto y cruzó el fuego marino.

No sabía dónde iba. Solo veía el fuego oscuro y la luz de la luna. Sin embargo, algo se agitaba en su interior. Era una cuerda que se iba tensando más y más, pero solo si continuaba caminando en aquella dirección, la correcta.

Poniendo un pie delante del otro, siguió la cuerda hasta que dejó atrás el río helado y ardiente. Hasta que sus pies tocaron por fin la tierra firme y pedregosa.

Más adelante, al otro lado del humo, vislumbró un abeto. A pesar del caos y del fuego, el árbol parecía resplandecer, lozano, verde y fuerte, como una mano que la invitara a acercarse. Iseult avanzó.

Pero le fallaban las fuerzas. Lejos de las llamas, Iseult no era más que una muchacha. Una muchacha que cargaba con un hombre mientras las lágrimas,

inexplicables e involuntarias, le resbalaban por las mejillas.

«Las brujas de los hilos no lloran», pensó mientras seguía acarreado a Aeduan. «Las brujas de los hilos no lloran».

Se internó entre los pinos; se respiraba una sensación de vida cada vez mayor. Incluso en plena noche se oía el canto de los pájaros. Los galantes estaban en flor.

De pronto las coníferas se terminaron e Iseult entró en el Pozo Originario de los Carawen.

Seis abedules se mecían en la brisa cargada de humo, ajenos al incendio y a las explosiones cercanas. El hielo, resplandeciente bajo la luna, se extendía entre los árboles. Mientras que el río reflejaba un brillo blanco, el Pozo Originario parecía emitir su propia luz. Era como si presintiera la cercanía de Iseult y se hubiera parado a escuchar, aguardando y dándole la bienvenida.

Algunos lo llamaban el Pozo del éter. Iseult siempre había creído que su magia estaba vinculada a ese manantial. Pero ya no era tan ingenua. Ahora sabía que ella estaba atada al vacío, que el futuro solo le deparaba sajaduras e hilos segados.

Pero Iseult también era una Cahr Awen. Estaba *convencida* de ello, aunque el abad no lo creyera. Y si alguien podía salvar a Aeduan, era ella.

Iseult llegó al borde del Pozo; una corteza de nieve bordeaba el hielo. Consiguió dar dos pasos más antes de que le cedieran las rodillas. Al caer al suelo, Aeduan se desplomó a su lado, bocarriba.

El hielo del Pozo no tembló ni se quebró. Por supuesto, ella ya sabía que la superficie era tan dura como la piedra. Sabía que los peregrinos nomatsíes se pasaban un día entero picando para romperlo. Pero ella no disponía de un día entero. Tarde o temprano, la batalla la alcanzaría. Y entonces Aeduan ya no tendría salvación, si es que aún la tenía.

Ella creía que la tenía. Que siempre la había tenido.

—Aeduan —dijo entre jadeos, volviéndose hacia él. Tantas flechas, tantas quemaduras... No hubo respuesta.

«No, no, no».

Iseult desenvainó la espada de Aeduan y se alejó unos pasos a trompicones. Tenía que quebrar ese hielo. Tenía que ingeniárselas para acceder a las aguas antes de que la batalla llegara hasta ellos.

Si había podido atravesar el fuego, ¿cómo no iba a poder romper el hielo?

Agarró el pomo con las dos manos, levantó los brazos y descargó la espada contra el hielo con furia. Crac.

Otra vez. Crac, crac, crac. Concentró todas sus fuerzas en la espada, en el hielo, una y otra vez. Y una y otra vez, fracasó. El Pozo no se quebraba. Sus aguas curativas no acudían a su encuentro.

Detrás de ella, el cuerpo de Aeduan se enfriaba, el alma se le escapaba. Y detrás de ambos, el humo se espesaba y arreciaban las explosiones.

Se le había agotado el tiempo. Y la paciencia. Seguían resbalándole lágrimas por las mejillas. No sabía de dónde venían ni por qué las derramaba. Después de diecinueve años aguantándolas, finalmente se habían desbordado.

Y en ese instante lo comprendió. «Las brujas de los hilos no lloran, pero quizá las brujas tejedoras sí». Lo estaba haciendo mal. La magia del Pozo era lo que congelaba sus agrias. Y el Pozo estaba vinculado al éter; las espadas y la fuerza bruta nunca podrían romperlo.

Arrojó la espada lejos de sí; el arma repiqueteó al chocar con el hielo. Se secó las lágrimas y se arrodilló. Cuando Esme le había enseñado a sajar, el chasquido de los hilos al romperse le había recordado al momento de caer dentro de un lago helado. Bueno, pues aquí tenía el lago. Aquí tenía el poder que quería manejar.

Golpeó el hielo con el puño; los nudillos y la muñeca protestaron.

Volvió a golpearlo otra vez. Y otra, ignorando la sangre de los nudillos y las sacudidas de la muñeca. Cambió de mano y brazo. Otra vez, otra vez, otra vez.

Unas líneas negras empezaron a extenderse como telarañas.

Al verlas, Iseult siguió golpeando más deprisa, más fuerte. Las líneas se volvieron más anchas y gruesas. «Segar, segar, torcer y segar». Ahora cambiaba de mano con cada puñetazo. «Hilos que quiebran. Hilos que mueren».

Notó que el hielo se combaba bajo su cuerpo. La fractura se extendió, dividiendo el aire. Dividiendo su corazón.

El hielo se partió.

E Iseult y Aeduan cayeron dentro del Pozo.

El agua le vació los pulmones de aire y la mente de pensamientos. Durante varios segundos eternos, Iseult se hundió, perdida en las aguas cálidas y revueltas del Pozo Originario. Entonces vio unas volutas de sangre delante de ella y recordó dónde estaba y por qué.

«Aeduan».

Se dio la vuelta y nadó, atravesando aquellas aguas vivas y poderosas. «Aeduan, Aeduan». Era la sangre lo que la guiaba. Un reguero que la unía a Aeduan como un hilo del corazón.

El brujo de la sangre tenía los ojos cerrados y se hundía mientras su sangre flotaba en un centenar de hebras que se desplegaban hacia la superficie.

Cuando llegó hasta él, le pasó los brazos por la cintura. Estaba *ardiendo*. Quemaba como el fuego que habían atravesado juntos, pero aquellas llamas parecían proceder de su interior.

Iseult empezó a nadar, agarrada a Aeduan. En Nubrevna, cuando Evrane la había sanado, la monja le había dicho que bajara hasta el corazón del Pozo, así que hacia allí se dirigió Iseult, nadando con brazos y piernas. La oscuridad lo iba dominando todo a medida que descendía. La oscuridad, la presión y el ardiente tacto de Aeduan.

Los pulmones de Iseult chillaban. Quería aire. Quería luz. Quería vida. Pero allí, en las sombras del Pozo, quería a Aeduan más que todas esas cosas.

Con las dos últimas patadas, sus dedos notaron un burbujeo. Y entonces tocó la roca. El origen del agua, la fuente de la magia.

El poder la recorrió y brotó una luz, una luz tan intensa que la cegaba. Las aguas la golpearon con una fuerza ensordecedora, arrojándola de vuelta hacia la noche.

Pero en ese momento, mientras Iseult seguía abrazada a Aeduan, mientras entornaba los ojos para protegerlos del fulgor, vislumbró algo de color rojo escarlata. Algo verdadero y que los envolvía a ambos.

Y no era sangre. Eran hilos rojos que salían de su corazón y entraban en el de Aeduan.

«Imposible», pensó.

Entonces se quedó sin aire. Y el mundo se oscureció.

CINCUENTA Y UNO



Jamás había habido tanto silencio en la Torre del Color. Vivía nunca había sentido tantas miradas clavadas en ella dentro de sus paredes de piedra. Aquel era su refugio. Su madriguera. Y lo que tenía que hacer ahora era peor que la inauguración de la ciudad subterránea. Ahora tenía que liderar. Ya no bastaba con un discurso bonito.

Vivía estaba en la sala principal, subida a un escabel para ver bien a todo el mundo. Para poder contarlos y evaluarlos. Había soldados, marinos, guardias y todos aquellos dispuestos a defender Lovats y a desafiar a Serafín Nihar.

No eran muchos. Vivía calculaba unos trescientos, y tampoco iban precisamente sobrados de armas y armaduras. Sin embargo, todavía quedaba tiempo para reunir luchadores y equiparlos lo mejor posible. Las fuerzas navales y terrestres que su padre había enviado al norte ralentizarían al rey saqueador, pero Vivía estaba segura de que no conseguirían detenerlo.

Por el amor de Noden, y ella que pensaba que su lista de tareas ya era larga. Ahora se componía de dos páginas enteras, garabateadas a toda prisa en el despacho de arriba. Mientras observaba a los congregados en la sala principal, seguía anotando. La lista no tenía un orden concreto; escribía todo lo que se le ocurría mientras pasaba revista. «Piedras de afilar. Plumas para flechas. Grasa lanar. Botas. Piedras doloras. Vendas». Etcétera, etcétera.

Cuando terminó de escribir furiosamente, se dispuso a bajar del taburete para entregarle la lista a la jefa de los guardias del vizer Sotar, una mujer madura de barbilla afilada y mirada aún más afilada.

Pero antes de que los pies de Vivía tocaran el suelo, la tierra tembló. Una fuerte sacudida recorrió toda la Torre, estremeciéndole las rodillas. Vivía braceó para recuperar el equilibrio, pero chocó contra la pared. Hubo una

segunda sacudida. Luego una tercera y una cuarta, cada vez más seguidas, hasta que todo empezó a temblar de manera continua.

Y entonces, tan deprisa como había comenzado, el terremoto cesó. El movimiento se disolvió lentamente hasta que regresó la calma. Pero no sin daños; Vivia oía gritos procedentes de la Raposera y del sótano de la Torre del Color.

Durante medio segundo, estuvo a punto de gritar. ¿Es que no tenía ya bastante? ¿Noden y sus peces bruja no habían arrastrado lo suficiente a su pueblo bajo las olas?

La jefa de los guardias del vizer la ayudó a levantarse. Tenía el rostro polvoriento. El aire de la sala estaba turbio y grisáceo.

—La ciudad subterránea —dijo Vivia—. Tenemos que comprobar si hay daños en la ciudad subterránea. —Sin esperar respuesta, se volvió hacia la siguiente persona que tenía más cerca, que no era otro que el vizer Sotar—. A las calles —ladró—. Enviad gente a la ciudad para verificar los daños...

—¡Señora! —Una voz rasgó el aire, aguda y tensa—. ¡SEÑORA!

Vivia se dio la vuelta, aterrada solo de pensar a qué podían deberse esos gritos de alarma. De qué clase de daños estaban a punto de informarla. Pero a quien vio fue a un muchacho que se acercaba tambaleándose. Un muchacho que le resultaba familiar, muy joven, de ojos oscuros muy abiertos y piel morena con manchas blancas que ahora estaban enrojecidas.

Lo conocía... Lo conocía, pero, que Noden la guardara, no recordaba dónde lo había visto.

—Señora —repitió el muchacho cuando llegó hasta Vivía. Estaba cubierto de polvo blanco, como si hubiera salido del subterráneo en mitad del terremoto. No se amilanó al ver a los guardias que se acercaban para detenerlo—. Señora —dijo una vez más. Y se dobló en dos.

Vivia se lanzó a sujetarlo antes de que se cayera. Tenía la piel húmeda y áspera.

—La primera... oficial... —dijo sin aliento, levantando la vista para mirar a los ojos a Vivia. Hasta las pestañas las tenía llenas de polvo—. Quiero decir..., la *capitana* Sotar... me envía.

«Stix». Vivia se quedó sin respiración. Helada.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Stix?

Pero el muchacho se limitó a sacudir la cabeza con desesperación.

—Los... los saqueadores, señora. —Tosió, estrujándole el brazo con la mano. Vivía apenas era consciente de que la sala había vuelto a enmudecer.

Todo estaba tan silencioso como el mar abierto antes de una tormenta—. Los saqueadores... ya vienen —concluyó el muchacho.

—Lo sé —intentó decirle Vivia, pero él sacudió la cabeza con vehemencia.

—Vienen por la ciudad subterránea. Llegarán enseguida, señora. Tenéis... tenéis que evacuarla. Y debéis defender... la puerta.

Esta vez fue Vivia quien negó con la cabeza. Lo que decía ese chico no tenía ni pies ni cabeza. ¿Y de dónde diablos había salido?

—¿Qué puerta? —preguntó Vivia—. ¿Y dónde está Stix?

—La puerta —insistió el muchacho, con la voz cada vez más aguda—. Bajo tierra, señora. Yo... yo os llevaré. —La soltó, se levantó y se dio la vuelta, dispuesto a echar a correr hacia el sótano.

Y entonces Vivia se fijó en que el muchacho llevaba la mano izquierda vendada. Ya sabía de qué lo conocía. Lo había visto en la ciudad subterránea, en compañía de Merik. Su hermano lo había llamado «Cam»..., aunque Vivia lo había confundido con una chica hacía dos semanas.

Pero seguía sin saber de qué conocía Cam a Stix. Seguía sin saber dónde estaba su amiga. Y no entendía ni una palabra de lo que decía el chico.

Pero antes de que pudiera insistirle o levantarse para seguirlo, Cam añadió en voz baja, para que solo le oyera ella:

—Me pidió que os dijera una cosa más, señora. La capitana Sotar dijo que con esto sabríais que es verdad que me envía ella, que es verdad que se acercan los saqueadores. Me dijo: «Noden y los peces bruja deberían doblegarse a la voluntad de una mujer».

Al oír esas palabras, todo se difuminó. Un frío abrumador se le filtró hasta las extremidades y el cerebro, entumeciéndolos. «Así que esto es lo que sientes cuando te ahogas», pensó Vivia. Y entonces supo que se había quedado sin luz y sin aire.

CINCUENTA Y DOS



Merik sintió que lo vapuleaban, que le estiraban la mente en todas direcciones, que su magia se encogía hasta no ser mayor que la cabeza de un alfiler y que al mismo tiempo se inflaba hasta volverse inmensa.

De pronto volvió en sí y apareció en un mundo nuevo. Un mundo subacuático, oscuro y frío. Allí no podía invocar el viento, solamente nadar hacia la superficie con la esperanza de que la hubiera.

Cuatro patadas..., diez... y su cabeza salió por fin del agua. Jadeando y atragantándose, se puso a dar vueltas para buscar al norteño en aquel mundo mortecino, iluminado tan solo por el resplandor azul de la puerta.

Merik notó que el agua se agitaba y le zarandeaba las piernas; tres segundos después, el norteño emergió a su lado, chapoteando.

—¿Dónde? —dijo tosiendo.

—No sé —contestó Merik. Y en gran parte era verdad. Sabía que estaba dentro de una montaña con puertas mágicas conectadas con el mítico convento de las brujas de la vista, pero sus escasas nociones de svodo no le permitían explicárselo al norteño.

Por las aguas infernales, ni siquiera estaba seguro de poder expresarlo en nubrevnés.

De hecho, su mente no terminaba de asimilarlo del todo. Se lo había oído decir a Esme y también a la Furia, pero no había *creído* de verdad que tal cosa pudiera existir. Hasta ahora; ahora estaba allí.

E incluso ahora, mientras flotaba en un estanque en cuyo fondo resplandecía una puerta azul luminosa, seguía sin estar seguro de creérselo. Pero como solía decir Evrane: «El tiburón te comerá aunque te niegues a mirarlo». Y si Merik tuviera delante un tiburón, su objetivo sería escapar de él.

Ningún sajado había atravesado la puerta por ahora, pero eso no quería decir que no pudieran hacerlo. Y la Furia y el rey saqueador podían acceder a esas puertas en cualquier momento.

Con cinco brazadas, Merik llegó hasta un saliente de piedra, se aupó y ayudó a subir al norteño. Estaba temblando de frío y las pieles que vestía el norteño chorreaban, pero eran distracciones distantes. Lo importante era lo que tenían delante: una caverna tan inmensa como para albergar toda la ciudad de Lovats.

Era tan grande que habría cabido la meseta entera, y aquella cuenca de agua no era más que un talud que circundaba la pared de la cueva. Merik se acercó al borde, se asomó hacia abajo...

Y por primera vez en toda su vida, lo embargó el vértigo.

Desde que su brujería había despertado cuando era un niño, jamás le habían dado miedo las alturas. Pero aquel no era un abismo cualquiera. Se estaba asomando a otro universo. Al mismísimo corazón de la corte de Noden.

Merik inspiró hondo antes de levantar la mirada, más y más arriba. Había unas luces titilando al otro lado de la caverna, además de otros resplandores azules. Y allí, en lo más alto, había una formación de hielo alargada que le recordaba a un puente.

—Arriba —dijo Merik, señalando el saliente más cercano. Alguna de esas luces azules tenía que ser la puerta que lo llevara a Lovats; la única opción era comprobarlas una por una para saber adonde conducían... y, por supuesto, rezar a Noden para que no lo escupieran en un sitio aún peor que Poznin y la Titiritera.

Cuando el norteño asintió, Merik cerró los ojos e invocó su magia.

Esperaba encontrar resistencia; bajo tierra había muy poco aire y nada de viento. Además, manipular el aire en exceso era peligroso bajo tierra. Las corrientes provocaban tormentas, y desatar una tormenta en un espacio tan estrecho era muy mala idea.

Pero sus vientos acudieron sin problema. Una fuerte ráfaga los golpeó al norteño y a él. Los dos se tambalearon, pero antes de caer al agua, Merik desvió los vientos hacia su espalda y sus pies.

«Poder, poder, poder».

Merik y el norteño salieron volando. Era tan natural como respirar... Merik no podía creer con cuánta facilidad respondía su poder. Y tampoco estaba canalizando la magia de la Furia gracias al vínculo que compartían. Esos eran unos vientos fríos, vengativos. En cambio, estos... refulgían.

Era la única palabra que se le ocurría para describir la sensación. Sentía que la galaxia luminosa de abajo alimentaba sus pulmones y lo impulsaba más deprisa, más alto y más fuerte de lo que nunca había conseguido él solo.

Aterrizaron en el primer saliente, donde resplandecía una segunda puerta azul, idéntica a la que había visto sumergida en Poznin.

—Espera aquí —le dijo al norteño mientras avanzaba hacia la puerta.

Pero el norteño no estaba de acuerdo, porque sacudió la cabeza y se apresuró a seguirlo. Los dos tomaron aliento antes de entrar y cruzaron la puerta juntos. Al igual que antes, Merik se sintió estrujado y dilatado, paralizado y empujado al mismo tiempo. Y de pronto el norteño y él estaban al otro lado.

Los envolvió la noche. El viento agitaba los pinos. Sintió de inmediato un dolor en los tímpanos, como cuando volaba demasiado deprisa y demasiado alto. Había luna llena.

Aquello no era Nubrevna. Merik agarró al norteño por el antebrazo y tiró de él para regresar por la puerta mágica.

Presión, extensión, detención y movimiento. Aparecieron de nuevo en el saliente, jadeando.

—Frío —dijo el norteño. Merik asintió y señaló hacia arriba. Una vez más, los vientos se les enredaron en las piernas y los impulsaron hacia lo alto.

La siguiente puerta, situada en un saliente apenas lo bastante ancho para los dos, los hizo aparecer dentro de una zanja, una estrecha grieta en la tierra que olía a cedro y a humo rancio.

Aquello tampoco era la ciudad subterránea de Lovats.

Regresaron a la caverna y volaron hasta el siguiente saliente, hasta la siguiente puerta. Al aterrizar en el saliente, resbaladizo por el agua de la cercana cascada de la caverna, el norteño resbaló. Los vientos de Merik lo atraparon, aunque sin mucha elegancia. Empujó al norteño hacia el resplandor azul...

Y una vez más los azotó el frío. Pero esta vez no había viento. Justo delante tenían una escalera congelada por la que subieron rápidamente. Pero arriba solo encontraron la nada.

Una nada vasta y llana. Blanca e iluminada por la luna. Resplandeciente y sin vida.

—Las Tierras Durmientes —dijo el norteño mientras retrocedía por las escaleras, claramente asustado—. Muerte —le advirtió—. Muerte. —Regresó corriendo a la puerta mágica.

Merik se apresuró a seguirlo. Había oído hablar de las Tierras Durmientes, cómo no: un páramo helado e impracticable que engullía a los viajeros incautos. Tan solo los nomatsíes (o más bien los no'amatsíes) habían conseguido cruzarlo.

Una vez más, la magia de la puerta lo zarandeó y golpeó. Pero esta vez, al aterrizar dentro de la caverna, se dio cuenta de que algo iba mal. Al inspirar hondo para invocar sus vientos, estos acudieron, y con fuerza. Con poder, poder, poder al alcance de su mano.

Pero bajo ese viento se deslizaba el frío, una rabia gélida que Merik reconoció al instante.

—Hay que darse prisa —dijo Merik en nubrevnés. Aunque el norteño no le entendiera, fue lo único que consiguió decir. Merik tomó impulso y se lo llevó volando hacia la siguiente puerta, oculta al fondo de la caverna.

Esa puerta no brillaba; al entrar, tampoco notó el embate de la magia. Solamente veía sombras. La siguiente puerta, la siguiente... Tenían que llegar a la siguiente antes de que la Furia apareciera. Antes de que trajera consigo al rey saqueador. La puerta no estaba lejos; una escalera la conectaba con el saliente en el que se encontraban ellos.

Pero entonces la montaña se estremeció con tanta fuerza que Merik cayó al suelo y el norteño se precipitó al vacío.

Merik extendió sus vientos, atrapó al norteño y lo trajo de vuelta al suelo..., un suelo que no dejaba de temblar. Llovían piedras y polvo. Y mientras Merik y el norteño seguían allí, abrazados y esperando a que el temblor remitiera, el frío se introdujo en los pulmones de Merik y le robó el aliento.

«Poder, poder, poder».

Entonces llegó la oscuridad, ondulante y helada. Mientras giraba en torno a Merik y al norteño, los dos hombres se volvieron hacia la puerta que acababan de abandonar. En su oscura boca flotaba una nube de polvo.

Y en ella se formó una silueta.

—¿Por qué llevo una navaja en la mano? —preguntó—. *Para que todos recuerden que soy tan afilado como cualquier hoja. ¿Y por qué llevo una esquirra de vidrio en la otra? Para que todos recuerden que siempre estoy al acecho.*

La Furia emergió de las sombras; irradiaba frío en oleadas violentas y enormes. Hacía honor a su nombre: era la furia personificada.

Clavó en Merik sus ojos ennegrecidos.

—¿Dónde están, Merik? —le preguntó—. ¿Qué has hecho con mi espada y mi espejo?

La Furia se lanzó al ataque.

CINCUENTA Y TRES



El aire abrasador golpeaba el barco mientras Vaness lo impulsaba hacia el lago Scarza, hacia una batalla que solamente los bardas infernales podían ver.

El calor le apartaba el cabello del rostro a Safi, le chamuscaba las mejillas con brasas invisibles y le quemaba los pulmones. El barco no dejaba de subir y bajar, guiado por la magia de Vaness, que a su vez seguía las instrucciones de Caden, sentado al timón. Se dirigían a la orilla.

Pero no fueron lo bastante rápidos. Antes de que llegaran, la explosión recorrió todo el Palacio Flotante, un estallido súbito y visceral que le cayó encima a Safi como una paliza. No oía ni sentía nada más. La tormenta de fuego la desgarró y anidó en su interior, respirando por medio de sus pulmones resecaos.

En ese momento, la ilusión cayó. Fue apenas un destello, igual que antes, pero bastó para que Safi pudiera contemplar el campo de batalla en su totalidad.

Justo delante tenían un barco en llamas y partido por la mitad del que brotaban grandes columnas de humo en dirección al cielo. El agua estaba teñida de sangre. Los marineros se aferraban a los restos, y los cadáveres carbonizados flotaban a la deriva.

Habim siempre había dicho que la guerra no tenía sentido. Sin embargo, había sido él quien había provocado todo este horror sin sentido. *Esto* era lo que había conseguido el plan del tío Eron, y no era precisamente la paz en las Tierras Embrujadas.

El vendaje de Vaness estaba tan empapado en sangre que la tela de crepé roja se había vuelto casi negra; ahora también le sangraba la nariz.

Entonces la ilusión se rehízo y una falsa paz lo envolvió todo de nuevo.
—¡A la derecha! —rugió Caden. El barco viró—. ¡Más a la derecha!

—¡Más, por los dioses! —chilló Lev.

Vaness movió las manos hacia la derecha con tanta fuerza que el barco estuvo a punto de volcar. Pero Zander se agarró a Vaness, Lev a Zander, y Caden y Safi al barco. Le entraba ceniza en la boca y le escocían los ojos por un humo que no veía.

Entonces el barco se bamboleó en la dirección opuesta y todos salieron volando hacia ese lado. A un lado, al otro, a un lado, al otro. Siguieron deslizándose de lado a lado mientras Caden gritaba indicaciones y Vaness obedecía.

La ilusión cayó tres veces más, permitiéndole ver los barcos destrozados, la muerte y la sangre que caía de la nariz de Vaness. De pronto sobrepasaron el alcance de la ilusión. En cuestión de un instante, Safi pudo ver de nuevo. En cuanto la emperatriz también recuperó la visión, se irguió con determinación.

El barco avanzó más deprisa, surcando las olas. El lago estaba repleto de embarcaciones que huían de la batalla camuflada bajo la ilusión, pero Vaness las esquivaba todas, llevándolos siempre adelante.

Hasta que, de repente, ya no tuvieron adonde ir. Casi habían llegado a la orilla y el embarcadero se acercaba a toda velocidad. Pero Vaness no frenó; casi pareció acelerar. No se detuvo ni siquiera cuando Caden se lo ordenó a gritos.

—¡Nos vamos a matar! —aulló Lev.

Pero Vaness levantó los brazos y apuntó el barco hacia la carretera, donde había miles de personas. La sangre que corría por el rostro de la emperatriz le salpicaba las mejillas a Safi, pero le daba igual. Solo tenía ojos para la muerte que venía directa hacia ella, una muerte hecha de piedra, cuerpos y dolor.

Ahora Zander también gritaba. Incluso Safi se unió a ellos, pero Vaness no les hizo caso.

El barco alcanzó el reborde de piedra que señalaba la orilla.

Y entonces se elevó por encima del lago, entre gritos de la multitud y salpicaduras de agua. Cuando aterrizaron, el impacto le sacudió todos los huesos del cuerpo.

Durante varios segundos, todos permanecieron sentados, boquiabiertos y aturdidos. No solo Safi, Vaness y los bardas infernales, sino todos los marstokíes que habían salido corriendo para escapar del barco. Todos los miraban fijamente, jadeando e intentando entender qué narices acababa de suceder.

Pero el momento de respiro duró poco. Enseguida oyeron tiros de pistola; al darse la vuelta, Safi vio otro barco que avanzaba hacia ellos, repleto de soldados de proa a popa. Disparaban sus armas hacia el cielo en señal de advertencia para que la gente se apartara, una advertencia que todos se apresuraron a obedecer entre alaridos frenéticos.

Safi, Vaness y los bardas infernales se quedaron solos, sentados en una barca varada en tierra, aguardando a que la muerte los alcanzara.

—Bueno —dijo finalmente Lev—. No creo que me equivoque al suponer que esos marstokíes no están de nuestro lado.

—No. —Safi salió del barco de un salto—. Corred.

Los bardas infernales obedecieron. Zander volvió a echarse a Vaness sobre el hombro sin que esta protestara lo más mínimo. Seguía sangrándole la nariz, estaba lívida y el vendaje de crepé goteaba sangre que le caía por el rostro, salpicando la calle al ritmo de las zancadas de Zander.

Salieron del muelle y se desviaron por una calleja. Tras cruzar una intersección, aparecieron en una amplia avenida. Había mucha gente y oían disparos a sus espaldas. No podían frenar ni mirar atrás. Se abrieron paso entre el gentío a empujones, esquivando y luchando.

—¿Adónde vamos? ¡Necesitamos un plan! —preguntó Lev dos calles más adelante, haciéndose oír por encima del ruido del tráfico.

—¿Tú crees? —contestó Caden—. No quiero que se repita lo de Ratsenried.

—En Ratsenried teníamos un plan —apuntó Zander—. Pero no salió bien.

—¡Porque se te ocurrió a ti! —gritó Lev—. Por las fosas infernales, si me hubieras dejado...

—¡Callaos ya! —Safi agarró a Lev por el brazo—. ¡Callaos todos y seguidme! —Los bardas infernales obedecieron de nuevo. En el siguiente cruce, Safi giró a la izquierda. Al oeste, hacia las montañas.

Tenía un plan. Desde luego, era una chapuza e Iseult lo habría hecho trizas en un segundo, pero menos daba una piedra. Tenían que actuar ya; las consecuencias, para luego. Además, así tendría una meta hacia la que correr, con puntos de referencia sencillos: los pilares dorados. Uno tras otro, los fue buscando por encima de los edificios y la multitud; uno tras otro, los fue siguiendo hacia el corazón de la ciudad. Hacia el pilar más alto de todos.

—Ayer... —le gritó Safi a Lev cuando faltaba poco para llegar—. ¿Cómo entrasteis en el Pozo Originario? ¿Dónde estaba el agujero de la muralla?

—¿Por qué? —preguntó Caden con ojos desorbitados mientras apartaba a una mujer que llevaba a un niño llorón en brazos.

Pero Lev (la bendita Lev) ladró:

—Silencio, comandante. Me ha preguntado a mí. —Señaló hacia el norte —. ¡El boquete estaba por allí!

Y hacia allí fue Safi. Cuatro calles y dos esquinas más adelante, avistó la muralla. Ya no estaba hechizada, pero sí muy bien custodiada. Al otro lado del gran agujero irregular se adivinaban cedros y sombras.

—¡Vaness! —exclamó Safi sin frenar, mientras los doce soldados los veían acercarse. Los dos de la derecha desenvainaron sus espadas.

—Sí —contestó Vaness con un hilo de voz. Chasqueó los dedos...

Y las dos espadas se les derritieron en la mano a sus dueños.

Los soldados gritaron. Sus armas cayeron al suelo y Vaness volvió a chasquear los dedos.

Todo el hierro cercano se fundió, prendiendo fuego a cuanto tocaba: vainas, uniformes y personas. Al pasar corriendo, Safi notó el tufo a piel y pelo quemados. Pronto llegaron al agujero de la pared; al cruzarlo, aparecieron en un bosque carbonizado y ennegrecido.

Cuando alcanzaron las baldosas del Pozo Originario, Safi se arriesgó a mirar atrás. Tal vez tuvieran tiempo de curar a Vaness antes de que...

No, definitivamente no. Centenares de soldados estaban irrumpiendo en el recinto del Pozo. Si Safi y los bardas infernales no se daban prisa, verían hacia dónde corrían exactamente.

—¡Más rápido! —gritó, pisoteando las baldosas. Seguida por los bardas infernales, Safi dejó atrás el rumor de las aguas y corrió hacia unos cedros que no estaban quemados; servirían para ocultarlos mientras hacía lo que tenía en mente.

Llegaron al pilar dorado.

Safi giró hacia la izquierda.

Y allí, oculta entre la tierra, las piedras y los árboles, estaba la zanja que recordaba.

—Por aquí.

—Domna —le advirtió Lev—. Esto parece una pésima idea.

—¡Fiaos de mí! —Tal y como esperaba, la luz azul apareció ante ella. Safi se deslizó por la pendiente, resbalando sobre las piedras sueltas. A medida que se acercaba, sentía la magia palpitándole en la piel.

Una magia verdadera, cálida y dichosa que le hacía vibrar el corazón. Que la invitaba a entrar. Ayer había llegado allí por accidente. No había podido sentir la magia. No había podido deleitarse con su poder ni analizar su significado.

Lev bajaba detrás de ella. Cuando Safi la miró de reojo, vio que la barda infernal estaba boquiabierta; sus ojos desorbitados reflejaban la luz azul.

—¿*Este* era tu plan? —preguntó Lev. Su voz era apenas un susurro.

—Sí. —Safi sonrió de oreja a oreja—. Seguidme.

Y cruzó al otro lado.

CINCUENTA Y CUATRO



El calor ruge. La madera cruje y saltan chispas.
—Corre.

Al hablar, de la boca de su madre gotea sangre que le cae en el rostro a él.

Ella se incorpora, impulsándose con los brazos teñidos de rojo. Quiere que su hijo deje de esconderse bajo su cuerpo. Quiere que escape.

—Corre, hijo mío, corre.

Pero no se mueve, como no se movió cuando los saqueadores emboscaron a su tribu. Como no se movió cuando su padre desenvainó la espada y salió corriendo de su tienda.

Ni cuando los saqueadores llegaron a su puerta, tensaron sus arcos y su madre le cayó encima, ocultándolo con su cuerpo hasta que los intrusos pasaron de largo.

—Corre —susurra por última vez, mientras sus ojos plateados le dirigen una mirada de súplica desesperada. Hasta que la abandonan las fuerzas y se desploma encima de él.

Las seis flechas que atraviesan a su madre se clavan en el cuerpo de Aeduan. Dolor, jadeos y sangre, sangre, sangre. Siempre la sangre.

Lo aprisionan las flechas de cedro y el cadáver. Su madre está muerta.

Ahora ya no puede correr. Ahora solo hay llamas.

Se echa a llorar.



Aeduan se veía a sí mismo. Estaba en el lugar desde donde el saqueador le había disparado las seis flechas a Dysi. Estaba en la entrada de la tienda, solo que ahora no había tienda. No había muros ni emboscada. Solo lo rodeaban el fuego y las sombras.

Ese día había muerto una y otra vez. Había muerto un millar de veces hasta que había empezado a llover y Evrane lo había encontrado. Las flechas lo desangraban y el fuego lo consumía, pero él siempre volvía. Al despertar sobresaltado, lo primero que veía era el rostro de su madre muerta, envuelto en humo y llamas.

«La muerte te sigue allá donde vas, pero, por la gracia de los Pozos, tú siempre vas un paso por delante de la tuya».

Era cierto. Aeduan siempre había ido un paso por delante de la muerte, empezando por ese día, hacía quince años.

Pero Lizl se equivocaba en una cosa: el poder que lo había salvado no era un don. Era una maldición. Ese día, lo único que quería Aeduan era morir y no volver a despertarse. Reunirse con su madre y escapar de las llamas para siempre.

Pero la muerte se había negado a reclamarlo. La magia de Aeduan le curaba las heridas y el cadáver de su madre se llevaba la peor parte de las llamas devoradoras, hasta que no quedó de ella nada más que un cascarón carbonizado. Las flechas se consumieron, dejándole las puntas incandescentes ardiéndole dentro del pecho.

Con el tiempo, la lluvia apagó las llamas, dejando tan solo el humo. Con el tiempo, el rostro y las manos amables de Evrane encontraron a Aeduan entre los restos.

Cada noche revivía el ataque en sueños.

Pero era la primera vez que lo veía desde fuera. Nunca había visto cómo moría su madre ni cómo sus propias heridas vertían sangre por el suelo.

Ahora estaba fuera de la escena, observando al niño que moría bajo el cielo ardiente, sin él. Vio silbar y humear la carne de su madre. Vio las lágrimas que se deslizaban por las mejillas quemadas del niño, evaporándose al instante por efecto del calor. Vio cómo su tierna piel se quemaba, ennegreciéndose al mismo ritmo que se curaba.

Vio cómo la vida abandonaba su cuerpo y regresaba un momento después. Una y otra vez.

Vio prenderse las plumas de las flechas que sobresalían de la espalda de su madre; seis fogonazos que pronto se propagaron hasta los astiles, que se

fueron consumiendo a través de su madre... hasta entrar en él.

Pero seguía curándose. Seguía sollozando. Seguía muriendo.

Pero esta vez Evrane no vino a por él. No se puso a llover.

Aeduan tardó mucho en darse cuenta de que el recuerdo había cambiado, de que no se ceñía a la verdad de aquel día, quince años atrás. La verdad de lo que sucedía cada noche en sus sueños.

Evrane ya debería haber venido.

Por primera vez desde que había despertado dentro de este recuerdo, Aeduan se dio la vuelta, como si creyera que Evrane podía estar detrás de él. Como si no la estuviera dejando pasar y Evrane estuviera esperando a que él se apartara para entrar en la tienda.

Pero no había nadie, claro. No había nadie. Solo más fuego. Más humo. Más sombras y más dolor.

Estaba solo en aquella pesadilla. Evrane no estaba. No había escapatoria. Solo estaban la oscuridad y él.

Se volvió hacia el niño. Hacia el muchacho que había sido en otro tiempo. No veía a un diablo. No veía a un monstruo.

Y en ese momento, Aeduan lo entendió: ese día no solo había querido morir; había muerto. El niño que tenía dentro se había calcinado junto con su madre. Y desde entonces, aunque él había seguido existiendo, nunca había estado realmente vivo.

Nadie venía a rescatarlo en aquella pesadilla porque esa era la verdad: nadie había venido a por él. Aunque Evrane le había quitado de encima el cadáver de su madre, aunque le había curado las heridas y lo había llevado al monasterio, no lo había salvado.

Siempre se había culpado por lo ocurrido. Si hubiera luchado, si hubiera reaccionado, su madre no habría muerto. No se habría quedado atrapado bajo su cuerpo. Su tribu no habría ardido en el incendio.

Al culparse a sí mismo, estaba dando un significado a sus muertes. Un motivo. Y ese motivo era su propia existencia. Sus propios fracasos. Sus debilidades. Su monstruosa magia del vacío, alimentada por la sangre.

Pero no había ningún motivo. No lo había habido nunca. Aeduan no era más que un niño atrapado en los desastres de la guerra. Él no lo había provocado, no había sido culpa suya. Pero había perdido la vida de todas formas.

Y ahora nadie más que él podía salvarlo.

De cuatro largas zancadas, Aeduan llegó hasta el niño. Observó su propio rostro, medio oculto tras los restos carbonizados de su madre. Dysi había sido

muy bella en vida. Ahora no era más que un cadáver humeante y un puñado de recuerdos.

Aeduan la agarró delicadamente por los brazos para levantarla. Pero en cuanto la tocó, se deshizo en un polvo negro que se dispersó al instante. Se acuclilló junto al niño, junto a sí mismo, y miró fijamente sus fríos ojos azules.

Aeduan nunca había contemplado sus propios ojos. Vio los remolinos rojos girando.

—Corre —le dijo al niño—. Corre.

—No puedo —dijo el niño.

—Sí puedes —replicó Aeduan—. Podemos hacerlo. Juntos.



El calor ruge. La madera cruje y saltan chispas.

Lo aprisionan las flechas de cedro y el cadáver. Su madre está muerta.

Pero no debe morir con ella. Su madre le ha dicho que corra y eso es lo que piensa hacer.

Empuja con tanta fuerza que un grito le brota de los pulmones. Asciende por su garganta quemada y resuena entre las llamas. Empuja, empuja... Su madre pesa, pero no puede dejarse vencer por haberla perdido.

Sus gritos se vuelven más agudos, sus músculos bregan y gimen. Las flechas se le clavan más profundamente en el pecho y las llamas le chamuscan las mejillas.

Y entonces se levanta. El cuerpo rígido de su madre cae de lado, liberándole las piernas. Tiene vía libre: ve un hueco entre las llamas, un camino por el que serpentea una línea roja. Una hebra delicada y fina que termina en su pecho.

Pero se debilita rápidamente. A cada segundo que pasa, con cada lengua de fuego que lo lame desde todas direcciones, la línea se encoge como una cuerda en llamas. O como un hilo que se consume hasta convertirse en polvo.

Pero las llamas no pueden destruir ese hilo. La sangre del niño podrá quemarse, pero su alma no.

El brujo de la sangre llamado Aeduan echa a correr.

CINCUENTA Y CINCO



Cuando Aeduan abrió los ojos, lo deslumbró una luz, como si la noche se hubiera convertido en día. Como si acabara de caer en el corazón del sol. Vio moverse las aguas oscuras y cegadoras... hasta que adoptaron la forma de un rostro.

Iseult.

Estaba suspendida en el agua, con los ojos cerrados. El cabello le flotaba alrededor del rostro, como un halo de noche envolviendo la luna. La capa Carawen ondeaba pesadamente a su espalda. No le salían burbujas de la nariz ni de la boca.

El pánico se apoderó de los músculos de Aeduan. La sujetó, le abrazó la cintura y le soltó el cierre del cuello.

La capa cayó y empezó a hundirse.

Aeduan sacudió las piernas con movimientos fuertes, rápidos y desesperados. Era como si su sangre hubiera estado esperando este preciso momento. Como si esto fuera lo único que había querido hacer nunca. Su magia se prendió en su interior y espoleó sus músculos, dotándolos de una velocidad y una fuerza inalcanzables para cualquier otro hombre y lanzándolo hacia la superficie, con Iseult a su lado.

El Pozo había eliminado el maleficio, tal y como había prometido Iseult. Había resucitado a Aeduan y le había devuelto lo que llevaba odiando toda su vida. Pero ahora se daba cuenta de que había estado equivocado desde el principio.

Podía ser un brujo de la sangre... y también un hombre.

Arrastró a Iseult hacia la noche, y un momento después ambos salieron a la superficie y al aire frío y estremecedor. Aeduan se lanzó hacia el pedazo de hielo más cercano y se sujetó, abrazando a Iseult con fuerza para que no se le escapara flotando.

La luz y el vapor los envolvían, difuminando el mundo hasta convertirlo en un borrón informe. No veía a nadie más. No oía a nadie más. Era como si no quedaran más personas vivas en aquella batalla.

En el mundo entero.

—Iseult —dijo, intentando despertarla—. Iseult, Iseult, Iseult. —No podía dejar de repetir su nombre mientras respiraba entrecortadamente. Mientras buscaba la manera de salir del agua, algún asidero para auparse. El nombre de la muchacha bullía dentro de su pecho y no podía parar de decirlo—. Iseult, Iseult, Iseult.

Ella lo había salvado. Aeduan había contraído otra deuda vital con ella, pero ahora se daba cuenta de que eso no importaba. Había dejado de importar desde que Iseult lo había apuñalado en el corazón, al pie de un faro. Desde que Aeduan le había dado su capa de salamandra y le había dicho «*Mhe varujta*».

—Iseult, Iseult, Iseult.

Apenas veía su rostro entre tanta luz y vapor. Tenían que salir del Pozo. Con un brazo, se impulsó por el hielo quebrado, arrastrando a Iseult.

Sabía que aquello iba más allá de las deudas vitales. Sabía que el miedo que sentía andado en el pecho iba en contra de todo lo que Aeduan había querido ser, de todo lo que había creído ser.

«Ahí». Sus dedos tocaron un saliente al que podía agarrarse.

—Iseult, Iseult, Iseult.

Se sujetó y tiró, clavando las uñas en el hielo. Los músculos de su antebrazo aullaban. Se le escapó un grito y ya no pudo seguir pronunciando su nombre. Pero siguió pensándolo: «Iseult, Iseult, Iseult».

Aeduan batió las aguas con las piernas para impulsarse, sintiendo que su magia cantaba. Enseguida consiguió sacar el brazo entero del agua. Su cabeza. La de Iseult.

«Iseult, Iseult, Iseult».

Ya tenía el pecho fuera. Con una última patada, sacó todo el torso. El movimiento no fue delicado ni suave; el cuerpo de la chica se raspó contra el hielo, pero logró subirla lo suficiente para poder soltarla durante un segundo.

Aeduan aprovechó para terminar de auparse y se dio la vuelta para sacarla a ella. El cuerpo de Iseult desprendía vapor. El suyo también. Notaba el frío del valle calándole los huesos.

—Iseult. —Pronunció su nombre de nuevo, con voz ronca. Una y otra y otra vez.

Su piel estaba caliente y tenía pulso. El leve movimiento de su pecho significaba que no se había ahogado. Que respiraba.

En algún rincón perdido de su mente se le ocurrió que las Cahr Awen no podían ahogarse. Al menos allí. En las aguas del Pozo, Aeduan había sentido conciencia. Unidad. Armonía. Ahora sabía sin lugar a dudas lo que era Iseult.

Le palpó los brazos y las piernas empapados, buscando huesos rotos. Buscando cualquier cosa que explicara por qué no se despertaba. Pero no encontró nada. Todo lo que tocaba estaba intacto, pero Iseult estaba cada vez más fría.

—Iseult, Iseult, Iseult.

Aeduan y ella habían sobrevivido a los víboras sajados de Lejna. Habían sobrevivido a los saqueadores y al Amonra. Habían sobrevivido a un brujo del fuego, a las Tierras Disputadas y a un trayecto de varias semanas por las montañas Sirmayas.

No podía perderla ahora.

Cuando le palpó la nuca para comprobar si tenía daños en la columna, notó que el cuerpo de Iseult se tensaba.

Se quedó inmóvil, esperando. Mirándola.

De pronto Iseult arqueó la espalda e inclinó el rostro hacia atrás, tomando una única y ansiosa bocanada de aire antes de que su cuerpo volviera a relajarse. Abrió los ojos.

Unos ojos dorados con vetas verdes. Los únicos ojos que no apartaban la vista cuando lo miraban.

El corazón se le encabritó al verlos. Todo su cuerpo sentía una extraña mezcla de alivio y confusión. Intentó retroceder para dejarle sitio, pero con un movimiento demasiado rápido para resistirse, Iseult lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él con fuerza. Perdió el equilibrio y cayó sobre ella, pecho con pecho. Sus rostros estaban casi juntos.

«Iseult, Iseult, Iseult».

Aeduan tenía las manos a ambos lados del cuerpo de Iseult; sentía el tacto frío del hielo. El viento se le colaba bajo la ropa empapada y le goteaba agua de la cara. Una gota cayó en la mejilla de Iseult y resbaló hacia un lado. Aeduan quiso secársela con la mano, pero le daba miedo moverse. Le daba miedo que ella recordara quién era él y retrocediera, espantada.

Estaba tan cerca de ella que ahora veía todos los detalles de su rostro. La línea de la mandíbula que terminaba en el mentón afilado. Los labios separados que dejaban entrever el borde de los dientes, la lengua. Pero eran sus ojos los que atraían su atención, igual que siempre. Las pupilas palpitaban

al ritmo de su respiración; Aeduan notaba en las costillas cómo su pecho subía y bajaba.

¿Cómo podía haberle parecido fea?

Los dedos de Iseult le estrujaron el cuello de la camisa, acercándolo hasta que casi se tocaron. Iseult tenía la nariz y las mejillas rosadas por el frío.

«Iseult, Iseult, Iseult».

Aeduan notó que contraía el vientre para inclinarse hacia él. Su respiración le hizo cosquillas en los labios.

—Aeduan —dijo—. Te...

La luz interior del Pozo se apagó. Sin previo aviso, el bosque cobró forma a su alrededor, al igual que el humo, el incendio...

Y los rostros. Un centenar de soldados emergían de los árboles, al norte. Aeduan se puso de pie. El aire nocturno era gélido.

—Ponte detrás de mí —le dijo a Iseult. Pero la muchacha ya estaba detrás de él, agazapada y en guardia.

¿Cómo no había visto venir a los saqueadores? El poder del Pozo debía de haber interferido en su brujería. Pero ahora... ahora era imposible no sentir la mezcla de sangres, tan diversas como los rostros a los que pertenecían. Y la primera de todas era el aliento de bebé helado y la pérdida insondable.

El rey saqueador, su padre, salió de entre las sombras.

—Aeduan —dijo, deteniéndose junto al borde congelado del Pozo—. Entrégamela.

«No», quiso responderle Aeduan. Pero antes de que pudiera abrir la boca, una nueva esencia sanguínea apareció. «Fría agua de manantial y acantilados salobres». Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo Evrane aparecía entre los árboles, en el lado contrario. La seguían un centenar de monjes con las espadas desnudas.

Durante medio segundo, sus músculos se relajaron de alivio. Evrane le había salvado la vida. Estaba de su parte. Protegería a Iseult. Pero la muchacha negaba con la cabeza.

—No —murmuró—. No, Aeduan. Evrane no es lo que parece.

No sabía qué quería decir, pero no la cuestionó. Si Iseult no quería ir con Evrane, Aeduan la mantendría alejada de ella.

Las venas le palpitaban, rebosantes de poder. Sus músculos estaban llenos de fuerza; su corazón, de magia. Su sangre parecía refulgir como la luz que había emitido el Pozo hasta hacía unos segundos.

—Aeduan —le imploró su padre, con un destello de desesperación en la sangre—. Ya sabes lo que ocurre. Sabes que la necesito. —Le tendió la mano

en un gesto que no era del todo suplicante ni del todo autoritario—. Entrégamela, hijo.

—No, entrégamela a mí —exigió Evrane—. La Cahr Awen ha venido a salvamos, Aeduan. Recuerda cuál es tu deber.

«Lo recuerdo», pensó. Y en ese momento, era verdad. Se volvió hacia Iseult.

—Dame la mano. —Sin dudar, Iseult entrelazó los dedos con los suyos. Sus ojos dorados le sostuvieron la mirada sin desviarse.

Confiaba en él. Iseult llevaba su éter y ahora guiaría su espada. Era la dadora de oscuridad, la destructora de sombras. Y Aeduan no la traicionaría. Nunca más.

Inspiró hondo, serenando la mente y el cuerpo para que su brujería alcanzara su máximo poder. Un millar de esencias sanguíneas se abatieron sobre él. A lo lejos serpenteaban otras tantas.

Y todas estaban a su alcance. Podía controlarlas.

Pero Aeduan ya tenía suficiente sangre en las manos, y la muerte no tenía por qué seguirlo allá donde iba.

Ya no.



La mano de Aeduan era cálida, a pesar del viento frío que los arañaba. A pesar de la ropa empapada.

—Sígueme —le dijo mientras empezaba a caminar hacia los cedros. Iseult lo siguió.

—Aeduan, ¿qué haces? —exclamó Evrane—. ¡Entrégame a la Cahr Awen! Recuerda el juramento.

—La sangre es más fuerte que cualquier juramento —gritó el hombre que lideraba a los saqueadores. Le recordaba a Aeduan, aunque mayor. Y él sí tenía hilos, unos hilos del color verde oscuro de la autoridad, pero con destellos del blanco del miedo y el azul de la pérdida—. Aeduan, por favor —le suplicó mientras el miedo y el dolor se avivaban.

El mismo tono blanco del pánico no tardó en aparecer en los hilos de Evrane.

—¡Aeduan! —gritó—. ¿Adónde vas? ¡Quieto!

Pero no se detuvo. Tampoco Iseult. Casi habían salido del Pozo.

Los hilos de Evrane se inflamaron de rabia.

—¡Prendedlos! —vociferó.

—¡Detenedlos! —ordenó al mismo tiempo el líder de los saqueadores.

Y con esas palabras, cada figura y cada manojo de hilos que rodeaban el Pozo se lanzaron al ataque, como un inmenso enjambre que solo tardaría unos segundos en llegar hasta ellos.

Le dio un vuelco el corazón y sus músculos se tensaron, listos para emprender la huida. Pero Aeduan le apretó la mano con más fuerza y siguió caminando con paso firme. Sereno.

En una ocasión, Iseult había pensado que Aeduan se movía como si procediera de otra época. Como si llevara caminando un millar de años y pensara seguir un millar más. Pero ahora había una calma distinta en su porte; de pronto, un millar de años parecían muy poco tiempo para un hombre con una fuerza como la suya.

Aeduan e Iseult salieron del hielo y sus botas empapadas se hundieron en la nieve. Dos monjes se abalanzaron sobre ellos; en sus hilos brillaban el azul de la concentración y el gris de la violencia.

El primer monje levantó su espada, descargó el golpe...

Y se quedó paralizado con el pie en el aire, el brazo en alto y la boca abierta, a solo dos pasos de Iseult.

La monja que lo seguía blandió sus dos cuchillos con hilos frenéticos y temblorosos.

Ella también se quedó paralizada. El siguiente fue un tercer monje, y luego dos saqueadores que trataban de cortarles el paso por la izquierda. Uno tras otro, todos aquellos que se acercaban para atacarlos se quedaban totalmente inmóviles.

Y Aeduan no mostraba la menor reacción. Seguía caminando con paso decidido hacia delante, hacia la eternidad.

Iseult y él avanzaron entre los cedros. Los troncos rojizos y las agujas resplandecientes parecían irrealmente vividos entre tanto humo. Entre las siluetas que cargaban contra ellos desde todas direcciones.

Pero Aeduan no se apresuró. En sus ojos giraban remolinos rojos y respiraba con calma. Iseult sentía el latido de su corazón a través de la mano. «Brujo. Sangre. Brujo. Sangre». Esas palabras marcaban el ritmo de sus pasos.

Cuanto más avanzaban, más enemigos les caían encima. Monjes de capa blanca o saqueadores vestidos con pieles. Todos ellos lucían los hilos verde bosque de la persecución hasta que los alcanzaban. En ese momento, mientras sus cuerpos se quedaban paralizados, un color uniforme y brillante

sobrepasaba cualquier otra tonalidad: el asombro. Y entonces ya solo se movían los cabellos, las capas y las barbas, agitados por la fría brisa.

Los ojos también se movían. Incontables ojos miraban frenéticamente en todas direcciones, vigilantes, furiosos e impotentes.

Iseult no sabía que Aeduan fuera capaz de paralizar a tantas personas a la vez. Quizá él mismo lo acabara de descubrir. Quizá esta fuera la única vez que podría hacerlo.

Al salir de la arboleda, la isla terminó. Ante ellos, sobre el río congelado, se desataba una batalla. Los saqueadores y los monjes estaban trabados en combate: un amasijo de cuerpos e hilos invadía todos los rincones a los que no había llegado todavía el fuego marino.

Iseult no veía manera de atravesar ese caos. Ya no sentía afinidad alguna con esas llamas, no sentía el deseo ni la capacidad de controlarlas. El brujo del fuego atrapado en su interior se había callado. Tal vez la magia del antiguo Pozo lo había liberado.

Se volvió hacia Aeduan. A sus espaldas, entre los árboles, los saqueadores y los monjes formaban una procesión de estatuas de piedra. Un mudo tributo al aullido de las llamas y a los gritos de los combatientes y los moribundos.

Aeduan inspiró hondo, hinchando el pecho. Rotó los hombros una sola vez y levantó la mano libre. Le temblaba el brazo. Cerró los ojos con fuerza y, como una ola al abatirse sobre la playa, su poder se propagó. Las espadas y los escudos se detuvieron en plena estocada, en plena parada. Las armas permanecieron clavadas en la carne y los rostros se quedaron rígidos, atrapados en la agonía, la furia o la sorpresa.

Y a esa oleada la acompañaba una marea de asombro. Al cabo de un momento, el tapiz de la batalla brillaba más que la luna.

Aeduan abrió los ojos. Se habían vuelto totalmente rojos, sin rastro de azul ni de blanco.

—Toca correr —dijo, ahora que la batalla había enmudecido. Solamente se oían las llamas.

—Sí —contestó Iseult—. Toca correr.

Le apretó la mano.

Aeduan fue delante, zigzagueando por el hielo para evitar las llamas y rodear a los guerreros y los cadáveres paralizados. El humo negro se le metía en los ojos y el calor la golpeaba; vagamente, Iseult se preguntó cuántas veces el brujo de la sangre llamado Aeduan y ella habían corrido como ahora. Atravesando llamas infernales.

Pero cuanto más corrían, más empezaban a moverse todos. Avanzaban centímetro a centímetro, como atrapados en arenas movedizas.

Aeduan estaba perdiendo su control sobre ellos. Iseult aceleró, y él también. No tardaron en dejar atrás el calor, y a través del humo apareció un oscuro acantilado. En su base, rodeada por una marisma helada, se abría la boca oscura de una caverna.

Iseult quiso detenerse al verla, pero Aeduan tiró de ella para que continuara. Le costaba respirar. Sus ojos se habían oscurecido hasta adoptar un color oxidado, como el de la sangre secándose en la hoja de una espada.

—¡Por ahí se vuelve al monasterio, Aeduan! —Tuvo que chillar para hacerse oír sobre el fuego marino.

—También lleva al exterior —intentó gritar él, pero su voz también era débil e inestable—. Hay una... bifurcación.

Claro, claro. Iseult se acordaba de que el túnel se dividía. Leopold y ella habían decidido tomar el camino que descendía...

«Leopold». Por la diosa, ¿dónde estaba? Lo había abandonado en el campo de batalla y no había vuelto a pensar en él ni por un momento.

—Si giramos a la derecha en la bifurcación —continuó Aeduan—, nos llevará más allá del monasterio... —Se le quebró la voz. Iseult miró de reojo hacia atrás, sospechando que el agotamiento lo había vencido.

En efecto. La batalla se movía cada vez más deprisa; un millar de figuras se arrastraban hacia ellos como si caminaran por el barro. Pero Aeduan seguía corriendo. Seguía dándole la mano a Iseult sin tambalearse.

En el cielo percibió unos grandes hilos plateados. «Arándano», pensó vagamente. El murciélago andaba cerca. Iseult rezó por que Lechuza no estuviera con él. Pero antes de que pudiera buscar a la bestia con la mirada, un nuevo conjunto de hilos apareció en su consciencia. Unos hilos frenéticos, emborronados y peligrosos, que pasaban de la muerte al hambre, al placer y a la ira.

El abad.

Iseult miró de nuevo al frente. Natan fon Leid estaba saliendo de la boca de la cueva, empuñando una espada y un broquel. Aunque llevaba puesta la capucha Carawen y la solapa le tapaba la cara, Iseult no necesitaba ver sus facciones. Conocía esos hilos y esa capa de ribete rojo.

Aeduan levantó el brazo mientras avanzaba hacia el abad, sin frenar apenas. Sacudió la mano.

Pero no ocurrió nada. El abad no se quedó paralizado. Sus hilos desteñidos no se cubrieron de asombro. Se echó a reír.

—Fibras de salamandra —exclamó—. Ese truco lo aprendí de ti, brujo de la sangre. Y ahora, entrégame a la Cahr Awen. —Sus hilos eran del color celeste de la calma, como si pretendiera esperar pacientemente. Como si acabara de pedir que le pasaran la sal para condimentar su ración de cordero.

Por eso Iseult no lo vio venir cuando se abalanzó sobre ellos. Era mucho más rápido de lo que sugería su figura; al fin y al cabo, seguía siendo un luchador entrenado por los Carawen.

Aeduan apenas consiguió retroceder a tiempo. Iseult tuvo que tirar de él y empujarlo, soltándole la mano, pero lograron esquivarlo.

A sus espaldas, la batalla recobraba la velocidad. Los hilos se acercaban; era cuestión de tiempo que Aeduan perdiera totalmente su influencia sobre ellos. No podía luchar al mismo tiempo que paralizaba a los saqueadores y a los monjes. Apenas era capaz de tenerse en pie.

«Quémalos», le dijo su corazón. Y esta vez no lo hacía por boca del brujo del fuego. Sabía lo que tenía que hacer. Ya lo había hecho antes y no le hacían falta llamas para ello. Un fuego distinto ardía en su interior: un poder capaz de quebrar hielo mágico y Pozos Originarios.

Levantó los brazos y extendió los dedos. Tal y como le había enseñado Esme. Tal y como había hecho en las Tierras Disputadas.

Pero mientras buscaba los hilos desteñidos del abad, Aeduan se lanzó sobre ella.

—No. —Le golpeó el brazo al mismo tiempo que la espada del abad silbaba por el aire, atravesando el lugar en el que se encontraba Iseult un instante antes.

Una ráfaga de aire frío la golpeó: Aeduan estaba cargando con ella y retrocedía hacia un lado, alejándose del abad. De pronto estaban delante de la cueva. La batalla ahora era atronadora. Los combatientes ya se movían a la mitad de su velocidad normal.

—Corre —le ordenó Aeduan, empujando a Iseult para que se pusiera detrás de él—. Corre y no mires atrás.

—Puedo sajarlo —dijo.

—Puedes..., pero no debes. No te conviene tener su mente dentro de ti. —Así que Aeduan ya lo sabía—. Yo me ocupo de Natan.

—No. —Iseult lo agarró del antebrazo—. Ven conmigo. No te he salvado para que mueras ahora.

—Iré enseguida.

Iseult se dio cuenta de que no conseguiría hacerle cambiar de opinión. Asintió y se llevó la mano a la moneda manchada de sangre que guardaba

bajo la blusa.

—Búscame.

—Siempre —le prometió él. Durante un breve instante, se miraron a los ojos en mitad de aquel caos. Los suyos eran tan claros, tan azules... Cuando había visto esos ojos en Veñaza, le había parecido que tenían el color azul de la comprensión.

Y no se equivocaba.

—*Te varuje* —le dijo Iseult—. *Te varuje*.

Entonces Iseult obedeció a Aeduan y echó a correr.

CINCUENTA Y SEIS



La caverna había cambiado desde ayer. Ahora, en lo alto, había un puente de hielo que la cruzaba y desprendía frío. Y un fuerte viento lo azotaba todo.

Safi no tenía ni idea de cómo podía soplar el viento bajo tierra, pero sospechaba que no era natural y que tenía algo que ver con las voces que resonaban en la oscuridad, al otro lado de la cueva. Unos sonidos lejanos y reverberantes que se le enredaban en las entrañas. Que parecían llamarla. Pero eso no tenía sentido.

Como todo aquel lugar.

A su lado, los bardas infernales intentaban recuperar el aliento; Vaness todavía yacía inconsciente sobre el hombro de Zander.

—¿Sabéis? —dijo Caden, jadeando—. En las montañas Orhin tenemos un dicho: «Salir de la cascada para caer en los rápidos». Es lo que me viene a la cabeza ahora mismo, Safi. ¿Adónde diablos nos has traído?

—A mí también —dijo Lev, levantando la mano— me gustaría saberlo.

—Magia —murmuró Zander, contemplando la puerta azulada con la boca abierta.

—No lo sé —reconoció Safi—. La encontré por accidente mientras huía del halcón flamígero, y ahora... —Se encogió de hombros con impotencia, porque realmente no se le ocurría qué más decir.

—Bueno, ¿y adónde conduce? —Caden escudriñó la oscuridad, aproximándose con cautela al borde del precipicio—. Esos soldados nos encontrarán tarde o temprano. Si es que no vienen ya de camino. Hay que moverse.

—Magia —repitió Zander más fuerte, señalando la puerta—. *Magia*.

—Sí, Zan. —Lev le dio unas palmadas en el hombro—. Lo sabemos.

El viento arreció y le revolvió el cabello a Safi. Las voces lejanas se volvieron más fuertes, lo bastante para distinguir tres palabras: «Hermano de hilos».

Safi levantó la vista y entornó los ojos, intentando ver y escuchar. Porque la voz había hablado en nubrevnés. Y era una voz que ella conocía. Era *su* voz. Pero él había muerto en una explosión, hacía dos semanas...

—Safi —dijo Caden—. ¿Me escuchas?

«No puede ser», pensó ella, sacudiendo la cabeza. «No puede ser él. Merik está muerto, está muerto». Y sin embargo, esa voz era idéntica a la que había oído a bordo del Jana. A la que había oído aquella noche, en una carretera polvorienta.

Esos vientos... ¿Y si eran suyos?

—¡Safi! —Caden le puso la mano en el hombro. Safi dio un respingo—. Tenemos que cruzar el puente. —Bajó la cabeza para mirarla a los ojos—. No podemos quedarnos aquí.

Safi parpadeó, confundida. Perdida. Estaba segurísima de que aquella voz pertenecía a un muerto.

—¿El puente? —murmuró, devolviéndole finalmente la mirada.

—Ese de ahí. —Caden señaló directamente hacia el abismo. Cuando Safi siguió la trayectoria de su dedo con la vista, solamente encontró sombras.

Y abajo, muy abajo, había una galaxia.

—Magia —repitió Zander. Por primera vez desde que había entrado en la caverna, el gigantón dio un paso hacia el borde del precipicio, directo hacia el abismo.

Safi se abalanzó para sujetarlo, pero tardó demasiado y...

Y Zander no se precipitó hacia la muerte. En vez de eso, caminó por el aire, cruzando la caverna; Vaness rebotaba sobre su hombro a cada paso.

—Es otra ilusión —le explicó Lev, acercándose a Safi—. Ya debes de estar hasta el moño de espejismos. —Con una sonrisa descarada, ella también echó a andar sobre la nada invisible.

—No te alejes —murmuró Caden, dándole la mano a Safi—. El puente es estrecho y la caída es larga.



Merik se lanzó de cabeza contra la Furia en un choque de vientos y magias. El frío y el hielo contra las estrellas que ahora cantaban dentro de su sangre. Los dos vientos se embistieron...

Y se detuvieron. Una muralla de ruido y tormenta.

—¡Corre! —le gritó Merik al norteño, que seguía en los escalones, tras él. Le había dicho lo mismo muchas veces a su compañero, pero nunca había sido tan importante como ahora—. ¡CORRE!

El norteño echó a correr y Merik lo perdió de vista.

«¿Se los has dado a él?», rugió la voz de Kullen sobre sus vientos... ¿O solo la oía dentro de su cabeza? Fuera como fuera, el vendaval se inclinó en favor de la Furia. Su poder sombrío y atronador se estrelló contra Merik y lo empujó hacia atrás hasta que notó que sus piernas chocaban con la escalera y perdía el equilibrio. Al caer, los vientos lo pulverizaron. De pronto Kullen pasó a su lado, envuelto en un torbellino de sombras que iba directo hacia el norteño.

Merik no pensó ni calculó; se lanzó volando hacia Kullen. Y en el mismo momento en que este aterrizaba, justo cuando el norteño se marchaba por una puerta luminosa que conducía donde solo Noden sabía, Merik lo embistió.

La Furia y él cayeron por el borde y se precipitaron al vacío, enredados el uno con el otro y girando sin parar. Durante varios segundos interminables, la gravedad tiró de ellos con más fuerza que cualquier magia o tormenta.

Pero entonces llegaron los vientos helados de Kullen, seguidos de cerca por los de Merik, y los impulsaron de nuevo hacia los salientes, hacia las puertas luminosas y medio ocultas por el polvo.

«¿Dónde están?». La voz de Kullen le horadaba el cerebro. «¿Dónde los has puesto?».

—¿El qué? —intentó gritar, pero era imposible hacerse oír por encima de aquella tempestad. Y tampoco podía dejar atrás a Kullen; contrarrestaba todas sus maniobras. Tras cada giro, tras cada acelerón, Kullen le daba alcance antes de que Merik pudiera apartarse.

«Te has llevado la espada y el espejo. Pero los recuperaré, hermano de hilos. A mí no puedes escondérmelos».

La Furia lo agarraba y lo arañaba con su magia. En dos ocasiones, unos dedos de hielo lo aferraron, tan afilados y fríos que le abrieron y le cauterizaron la carne al mismo tiempo, primero en la cara y luego en el pecho. Y le habrían desgarrado la garganta si Merik no hubiera interpuesto sus vientos.

Cuanto más rápido volaba él, más rápido volaba la Furia para atraparlo y más viento invocaban ambos, condensando el aire cargado de hielo y de nieve, pero también de electricidad y de rabia.

Entonces restalló un relámpago tan cerca de Merik que le chamuscó la piel. Sintió la electricidad recorriéndole el pecho y las venas. El fogonazo fue tan intenso que tanto él como la Furia se sobresaltaron.

Merik aprovechó la oportunidad. Aprovechó el instante de deslumbramiento para alejarse sin rumbo, pero canalizando cada pizca del poder que había dentro de él... y de las estrellas que giraban por debajo.

Funcionó. Merik se lanzó hacia arriba a toda velocidad. Kullen lo persiguió con un rugido capaz de quebrarle el cráneo, un grito que desató más relámpagos y más viento. Pero Merik ya tenía el impulso que necesitaba y se catapultó hacia arriba, cada vez más lejos.

Y mientras volaba, hurgó en su mente en busca de algo que pudiera ayudarlo, cualquier cosa. Kullen creía que Merik le había robado una espada y un espejo; tenía que haber alguna manera de usar eso a su favor. Además, mientras Kullen estuviera allí, con él, no podría dejar entrar al rey saqueador... y este no podría llegar a Lovats.

Pero Merik no podía distraer a Kullen eternamente.

Sus vientos lo lanzaron hasta el puente de hielo. Desprendía frío, un frío distinto al hielo de la tormenta de Kullen. Parecía vibrar. Cantar. «Ven, ven y encuentra la liberación».

Era la canción del estanque de los cadáveres. Pero ahora era más apremiante y firme. Como una madre llamando a su hijo para acostarlo.

Merik redujo la velocidad. La canción resonó con más fuerza. «Ven, hijo mío, y duerme. Ven, ven, el hielo te acogerá».

Siguió con la mirada aquel puente que cruzaba el oscuro abismo; terminaba en un saliente con una puerta muy alta, medio obstruida por el hielo.

«Ven, ven y afronta el fin».

Pero antes de que Merik pudiera volar hacia allí, antes de responder finalmente a esa llamada, la voz de Kullen retumbó en su mente. «¿Y ESOS INTRUSOS QUIÉNES SON?».

Merik se estremeció; el temblor de sus músculos ahogó el hielo y la canción. Miró hacia abajo, temiendo ver al norteño. En efecto, se veía movimiento dentro de la tormenta, unas manchas de color que no eran relámpagos. Unas siluetas que no eran la de la Furia.

Pero tampoco la del norteño.

Cuatro personas estaban cruzando la caverna a la carrera, justo por encima de la galaxia, aunque no había ningún puente que los sostuviera.

A pesar de que le lloraban los ojos y le deslumbraban los relámpagos, a pesar de la canción del hielo, Merik reconoció a una de las figuras en cuanto la vio. Ese cabello dorado, más corto de lo que lo recordaba. Su manera de correr a grandes trancos.

«Pero está muerta», pensó con el corazón en un puño. La mente le daba vueltas. «Murió hace dos semanas en una explosión».

Un segundo después, otro pensamiento se coló en su cabeza: «Igual que tú».

En un instante, Merik invocó sus vientos.

Y salió volando hacia ella.

CINCUENTA Y SIETE



Vivia abría la marcha hacia la ciudad subterránea. Cam se apoyaba en ella, con el brazo vendado pegado al pecho; no dejaba de balbucear cosas incomprensibles. El vizer Sotar iba justo detrás, farol en mano. El vizer no se fiaba de Cam, pero tampoco se había negado a acompañarlos cuando Vivia se lo había pedido.

—Ryber y yo —decía el muchacho en ese momento— encontramos a la capitana Sotar en la montaña. O quizá fue ella la que nos encontró... No lo sé, señora. Estaba siguiendo la espada y el espejo de Eridysi. Esos chismes llaman a los que son como ella, ¿entendéis?

Vivia no entendía nada. Sotar carraspeaba de pura frustración. A medida que el túnel de caliza descendía bajo tierra, la luz verdosa de los hongos se volvía más intensa.

—Luego Ryber se llevó a la capitana a la tumba. Es la forma más rápida de llegar al convento.

—¿A la tumba? —dijo Vivia. Entonces se le ocurrió otra pregunta—. ¿Y Merik? ¿Dónde está? Os marchasteis juntos de la ciudad hace dos semanas.

Cam esbozó una mueca; Sotar dio un paso en falso. Claro, el vizer no sabía que Merik seguía vivo. Nadie lo sabía en todo el reino. Todos lo creían muerto en la explosión del Jana.

—Merik venía con nosotros —admitió Cam—, pero nos... nos separamos. No está muerto —se apresuró a añadir el muchacho—. Mi instinto me dice que no está muerto.

«¿Tu instinto?», quiso preguntarle Vivia. Quería sonsacarle más información: dónde habían estado, por qué se habían separado... Pero no era el momento, con el vizer Sotar delante y con una ciudad que defender.

Regresó a la información anterior:

—Has mencionado unas tumbas, Cam. ¿Dónde están? ¿Y de quién son?

—Están en el convento de las brujas de la vista —contestó, como si con eso quedara todo aclarado—. Ry decía que las tumbas de hielo eran la forma más rápida de llegar a la superficie. Por eso la capitana Sotar y ella subieron por allí. Van a destruir los megalitos, ¿entendéis? Cuando estén rotos, la montaña se vendrá abajo y las puertas mágicas dejarán de funcionar. Así el rey saqueador ya no podrá llegar a Lovats. Ni a ningún otro sitio.

Vivia frunció profundamente el ceño, porque todo eso era absurdo. Puertas mágicas, megalitos, el convento de una orden desaparecida... Era de locos. Parecía sacado de los sueños de su madre. Pero mientras Cam seguía hablando, mientras seguía explicándole todos esos imposibles como si fueran reales, Vivia empezó a preguntarse si tal vez, solo tal vez... lo eran de verdad.

Si el Pozo Originario del vacío había resultado estar activo y dentro de Lovats, quizá hubiera más prodigios en el mundo.

—Y por si acaso el plan de Ry no funciona —concluyó Cam con voz cansada—, ella y la capitana Sotar me han enviado aquí. A advertiros.

—Por si acaso —repitió Vivia. Miró de soslayo al vizer Sotar. Este tenía las fosas nasales dilatadas y negaba con la cabeza, como advirtiéndola.

Al final del túnel los esperaba la puerta decorada con los peces bruja. Vivia entró sin miramientos; un joven padre que llevaba un bebé en brazos se inclinó con torpeza al verla llegar. Varias personas más que caminaban por la estrecha calle de piedra caliza también la vieron. Hubo algunas sonrisas dubitativas, algunas reverencias y más saludos con el puño en el corazón de los que Vivia se merecía. Pero a esas horas casi todos dormían. Ajenos a todo, creyéndose a salvo.

Vivia apretó los dientes. Si Cam decía la verdad, todas esas personas estaban en peligro. Y cada vez se sentía más inclinada a creerlo. La historia de Cam podía ser inconexa y demencial, pero había dicho algo que solamente conocía Stix.

«Noden y los peces bruja deberían doblegarse a la voluntad de una mujer».

—Por ahí —murmuró Cam cuando llegaron a un cruce. Vivia apretó el paso, llevando a Cam en la dirección que le indicaba. Tres intersecciones después, llegaron a un estrecho túnel al fondo de la caverna. Ya lo había visto antes, pero no conducía a ninguna parte, así que los obreros lo habían ignorado.

Siguió a Cam al interior del túnel. Cuando llegaron al final, el vizer Sotar se adelantó y alumbró la pared de piedra con el farol. Era un rectángulo tan

alto como Vivia, enmarcado por un centenar de recuadros diminutos con líneas diagonales.

—Aquí es —dijo Cam, palpando la piedra con la mano sana.

—Aquí —dijo Sotar, impertérrito— solo hay una pared.

Vivia coincidía con él. Daba la impresión de que habían empezado a excavar una puerta, pero se habían rendido antes de terminar.

—No —insistió Cam. Miró a Vivia con ojos suplicantes y sinceros—. La puerta es de un solo sentido, señora. Se puede llegar hasta aquí desde la montaña, pero no al revés. Los Seis originales la construyeron así para mayor seguridad. Os juro que yo he llegado por aquí.

«De un solo sentido». Se le escapó un suspiro. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? No podía fiarse de un muchacho al que apenas conocía solo porque había mencionado una frase de Stix...

¿O sí? ¿Podía confiar en él?

—Por favor, señora —susurró Cam, poniéndole la mano en el antebrazo—. Tenéis que creerme.

Vivia se giró y lo miró a los ojos. Unos ojos sinceros, inocentes, sin sombras ni engaño. Merik confiaba en ese chico. Y estaba claro que Stix también. Y si Stix había enviado allí a Cam porque creía necesario advertir a Vivia y a Lovats, entonces no podía arriesgarse a ignorarlo. Por muy increíbles que parecieran esos cuentos sobre puertas mágicas y brujas de la vista. Vivia prefería evacuar la ciudad subterránea y que la odiaran por ello antes que perder centenares de vidas.

Se giró hacia el vizer Sotar.

—Vamos a evacuar la ciudad subterránea.

El vizer retrocedió.

—No hablaréis en serio.

—Deprisa —contrató ella, ajustándose los puños del abrigo—. Y después la meseta entera, vizer. Al menos hay que intentarlo. Quiero todos los tambores de viento de la ciudad tañendo sin parar.

Sotar abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Os ruego que recapacitéis, majestad. Para evacuar la ciudad, harían falta...

—Todas las mujeres y los hombres que tenemos en la Torre del Color —lo interrumpió Vivia—. Sé exactamente lo que hace falta. Y sé exactamente lo que está en juego si decidimos ignorar a este muchacho. Si dice la verdad, vizer Sotar... No podemos arriesgarnos. Obedeced. Por favor.

Al oír ese nombre, Cam se irguió de pronto y enarcó las cejas.

—Oh. Sois vos, señor. Lo siento muchísimo. Si me hubiera dado cuenta, os lo habría dicho antes. La capitana también tenía un mensaje para vos. —Inclinó la cabeza con solemnidad—. Dice que siente haberse perdido vuestro cumpleaños y os jura que el año que viene irá con vos a El Sajado.

Fue como ver cambiar el viento. Un momento antes, el barco de Sotar tenía las velas hinchadas y surcaba las olas a toda velocidad... y de pronto se quedó clavado en el agua. Le cayeron los hombros y cerró los ojos.

—No hay sitio que odie más que El Sajado —dijo entre dientes—. Y la muy condenada lo sabe perfectamente. Pero me obliga a ir año tras año.

Vivia se aproximó a Sotar. Tal y como había hecho Cam con ella, le puso la mano en el brazo.

—Ya sabéis lo que debemos hacer.

—Sí. —Asintió lentamente, como para convencerse a sí mismo. Cuando abrió los ojos, saludó a Vivia llevándose el puño al corazón, despacio—. Así se hará, majestad. Evacuaremos el subterráneo y la ciudad.

—Gracias. —Vivia tragó saliva y se alisó la pechera—. También quiero que me traigáis a todos los brujos de la ciudad, vizer. Hay que obstruir esta puerta, y deprisa.

CINCUENTA Y OCHO



Te varuje.

«Confío en ti como si mi alma fuese la tuya».

Aeduan nunca había imaginado que algún día le dirían esas palabras a él. No desde la muerte de su madre. No desde que había descubierto que era un diablo... y que todos los diablos morían solos.

Te varuje.

Iseult se desvaneció en la oscuridad de la cueva.

Y Natan soltó un bramido de furia. Todos los olores de su sangre apestaban a ira: risa carcajeante, frío de montaña, hambre infinita y nudillos magullados.

Aeduan tenía dos opciones. Podía enfrentarse a Natan y dejar que los combatientes le cayeran encima. O podía mantenerlos paralizados y dejar que Natan lo matara. Ambos caminos terminaban con Aeduan muerto e Iseult en peligro.

Y ambos se harían realidad si no conseguía mantener el control de la batalla. El poder del Pozo se evaporaba rápidamente de su sangre.

«Iseult, Iseult, Iseult». Ella era lo único importante. Tenía que ganar tiempo para que pudiera escapar.

Natan cargó contra él. Aeduan estaba preparado. Durante un solo y vertiginoso segundo, Aeduan alteró el equilibrio de su magia, alejándola de la batalla para introducir más poder en sus propios músculos. El suficiente para esquivar el tajo de Natan con un quiebro. Al subir de nuevo, le golpeó en el brazo para que soltara el broquel, que cayó sobre la nieve.

Los saqueadores y los monjes del río se movieron de pronto, como una avalancha a punto de desatarse. Millares de guerreros listos para destruir.

Mientras Aeduan recogía el broquel, Natan se lanzó de nuevo a por él. Había perdido su escudo, pero seguía estando fuerte y descansado. Seguía

siendo un Carawen. Estaba preparado para todo.

Aeduan levantó el broquel para desviar el golpe; el impacto le sacudió el brazo entero.

La batalla volvió a acercarse a ellos.

Cuando Aeduan detuvo el siguiente golpe de Natan, este se echó a reír. Su risa era el mismo graznido vengativo y burlón que Aeduan había soportado a diario cuando eran niños.

—Yo puedo continuar todo lo que haga falta, brujo de la sangre. Pero me pregunto cuánto aguantarás tú.

Natan descargaba tajos, reveses y estocadas que Aeduan esquivaba, desviaba o detenía, pero cada movimiento era más lento que el anterior. Cada ataque se quedaba a un centímetro menos de acertar.

Y entonces Natan le hundió la espada en el corazón, cortándoselo en dos. Cuando volvió a sacar la espada de un tirón, la magia de Aeduan cedió como el hielo al derretirse. La batalla se le escapó de entre los dedos. El fragor del combate lo envolvió, repentino y nítido. Avanzaba hacia él, arrasándolo todo a su paso.

Natan dio un respingo al oír el estruendo y echó un vistazo por encima del hombro.

Y Aeduan actuó. Embistió a Natan y lo tiró al suelo; la espada salió volando muy lejos. Los dos rodaron por la nieve. El corazón de Aeduan sangraba a chorros, salpicando a Natan, pero la herida ya empezaba a curarse. Su magia se estaba concentrando involuntariamente en remendarle el corazón.

Y ahora que no podía utilizar esa misma magia para dar mayor velocidad a sus músculos, no tenía ninguna oportunidad. Natan se le subió encima. Por mucho que levantaba las caderas y se retorció, Aeduan no conseguía liberarse.

Así que dejó de luchar. Se tendió sobre la nieve; la sangre le corría por el pecho, pero apenas sentía el dolor, igual que apenas sentía el frío de la nieve. Se quedó mirando a Natan mientras este se reía de él. Mientras desenvainaba un cuchillo ancho del tahalí.

—Jamás pensé que algún día te tendría así —dijo Natan, evocando lo que le había dicho Lizl el día anterior. Pero, a diferencia de ella, Natan estaba saboreando el momento—. Me he imaginado muchas veces que te separaba la cabeza del cuello. Y mira tú por dónde.

»Siempre fuiste el mejor luchador, el que se llevaba los mejores encargos. Pero ¿quién es el abad ahora? ¿Y quién es el que está a punto de morir?

Mientras Natan hablaba, mientras Aeduan yacía indefenso y jadeante, percibiendo las esencias sanguíneas que se acercaban una tras otra, su magia

encontró una nueva sangre que destacaba sobre las demás. «Agilidad y guirnalda de margaritas, besos maternos y acero afilado». Venía de la cueva, y no estaba sola.

—¿Qué sientes al saber que te voy a matar? —prosiguió Natan—. ¿Al saber que tu magia no te va a salvar? —Estaba muy cerca. Casi había llegado...—. Pienso hacerle lo mismo a esa chica, ¿sabes? A esa matsí asquerosa que dice ser una Cahr Awen. Pienso cortar la cabeza.

Entonces Aeduan la vio: una figura borrosa, manchada de sangre y ceniza.

—Y no puedes hacer nada. No puedes matarme...

—No —gruñó Lizl a sus espaldas—. Pero yo sí.

La punta de su espada asomó por el pecho de Natan, con un golpe opuesto al que el abad lo había asestado a Aeduan: le entró por la espalda y le atravesó el corazón. Y al igual que había hecho Natan, Lizl retorció con saña la espada al sacarla.

El cuerpo de Natan cayó de costado, chorreando sangre, y Lizl le tendió la mano a Aeduan. Mientras le ayudaba a levantarse, se fijó en que el bajo de la capa de Lizl se había manchado de sangre, formando una especie de ribete idéntico al de la capa del abad, que Natan ya no volvería a llevar.

Tras ella, un centenar de monjes emergían de la cueva ruidosamente.

—¡Ahora me debes cuatro, monje Aeduan! —Lizl levantó la voz para hacerse oír sobre el estruendo de los saqueadores y los monjes enemigos que corrían hacia ellos. Le puso la espada de Natan en las manos—. Cinco por darte esta espada y seis por los rebeldes que traigo para salvarte.

Se volvió hacia los monjes que la seguían, levantó el puño en alto y rugió:

—¡Por las Cahr Awen!

Los insurgentes, una maraña de cuerpos, espadas y sangres repletas de determinación, cargaron contra el enemigo. Pasaron corriendo junto a él, haciendo temblar la tierra y los juncos helados. Y durante un siglo (o tal vez solo fueran unos instantes), Aeduan se quedó quieto, viéndolos alejarse mientras la herida de su corazón terminaba de cerrarse. Mientras su sangre, poco a poco, empezaba a bombear con más fuerza y su brujería acababa lo que había empezado.

Cuando terminó, inspiró hondo, hinchando los pulmones al máximo; su corazón palpitaba con fuerza. Por primera vez en sus veinte años de existencia, Aeduan sabía quién era y lo que tenía que hacer.

Se irguió.

Y se lanzó a la refriega.

«Por las Cahr Awen».



Iseult oía el eco de sus propios pasos reverberando en las paredes del túnel. Inhalaba y exhalaba rítmicamente. Había entrenado para eso, y el poder del Pozo la impulsaba.

Estaba corriendo. Otra vez. Siempre estaba corriendo. La luz del valle y de la lima le mostraba el camino, pero cuando un recodo del túnel la dejó a oscuras, siguió caminando con los brazos extendidos, intentando recordar la ruta que había seguido al pasar por allí con Leopold.

«Leopold, Leopold». Lo había abandonado. Que la Madre Luna se apiadara, Iseult lo había abandonado. La culpa la atormentaría el resto de sus días, la misma culpa que sentía por haber abandonado a Aeduan. Cada pocos segundos echaba un vistazo hacia atrás, rezando por ver su rostro en la oscuridad. Rezando por oír una respiración carente de hilos y saber que ya había llegado.

Pero Aeduan no venía. Iseult siguió avanzando hasta que, más adelante, avistó un tenue resplandor. Después de doblar un recodo, llegó a la bifurcación de antes.

Se detuvo. Incluso retrocedió dos pasos. En el suelo, en el centro del túnel, había una vela. La misma vela que había llévalo Leopold. Gracias a su magia, la cera no se había derretido. El pábilo ardía con fuerza.

Pero le dio un vuelco el corazón al reparar en los cuerpos. Por todas partes había saqueadores y monjes paralizados, pero a diferencia de lo que les había hecho Aeduan, estos estaban revestidos de piedra. Parecían estatuas talladas en granito, pero de un realismo inalcanzable para cualquier escultor.

«Lechuza». Estaba segura. La niña había pasado por allí. Los dos caminos, el que llevaba de vuelta al monasterio y el otro, el misterioso, estaban sembrados de guerreros petrificados.

Iseult percibió unos hilos que se acercaban; hilos aturridos, horrorizados, confundidos e incluso aliviados. Oyó una voz femenina cargada de autoridad: —¡Adelante!

Iseult echó a correr hacia el túnel que salía del monasterio y se agachó para recoger la vela al pasar. Justo cuando los primeros hilos entraban en la caverna, ella se lanzó hacia el camino ascendente, donde había más monjes y saqueadores de piedra. Iseult los esquivó y apretó el paso, a pesar de la pronunciada pendiente.

El suelo del túnel dio paso a unas escaleras. Aunque le ardían los pulmones por el esfuerzo, Iseult subió los peldaños de dos en dos. El aire era

cada vez más frío y las paredes estaban cubiertas de escarcha. Sin embargo, los escalones estaban cubiertos de gravilla..., como si una brujita de la tierra hubiera pasado por allí.

Iseult siguió corriendo, llevando su cuerpo al límite de sus fuerzas. La luz de la luna y el invierno cayeron sobre ella... y con un último esfuerzo, salió del túnel y regresó a la noche.

Los abetos nevados la rodeaban. Se había levantado el viento y los primeros zarcillos del amanecer ya reptaban por el cielo. Incluso allí (dondequiera que estuviera) seguía oyendo el ruido de la batalla y el incendio. Pero estaban lejos.

Demasiado lejos como para percibir los hilos de los combatientes o establecer la dirección.

Pero entonces se dio cuenta de que había dos conjuntos de hilos muy cerca de allí, un poco más adelante. Uno de ellos irradiaba el color verde intenso del poder de la tierra; en el otro se agitaba el color azul tormenta.

Iseult alcanzó a Lechuza y a Leopold en unos segundos. Estaban al lado de dos montones de rocas; cuando oyó las pisadas de Iseult, Leopold se dio la vuelta enseguida, pero sus hilos se iluminaron con un alivio tan puro que le dolían los ojos al mirarlos. Por su parte, los hilos de Lechuza se tiñeron del tono rosado de la dicha. La niña, absolutamente mugrienta, lucía una sonrisa de oreja a oreja que Iseult no había visto nunca. Rebosaba felicidad y ternura.

Iseult casi se echó a llorar al verla.

De hecho, estaba llorando. Le caían lágrimas de los ojos, y en ese momento se dio cuenta de que antes se había equivocado. En el pontón celeste. La calidez que había sentido en el pecho sí que era amor, amor por aquella niña tan rara que no era una niña en absoluto.

—Has tardado mucho —dijo Lechuza. Antes de que Iseult pudiera interpretar sus palabras, Leopold se acercó a ella y, sin mediar palabra y con un brazo en cabestrillo, la abrazó. Iseult se sorprendió tanto que no se resistió. Los hilos de Leopold (su gélido alivio, su felicidad rosada y su preocupación verde) ocultaron brevemente el mundo, como un velo.

—Te perdí de vista en el río —dijo—. No te encontraba. Pensé que todo estaba perdido.

«No», pensó Iseult, retrocediendo. «Fui yo la que te abandonó». Pero ya se lo confesaría más tarde.

—Tenemos que irnos —le dijo al príncipe en cartorriano—. Los saqueadores y los monjes vienen hacia aquí... —Se interrumpió al

comprender de pronto lo que significaba la escena. Lechuza y Leopold... con dos montones de rocas a sus espaldas.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Se lo preguntó primero a Leopold y luego le repitió la pregunta a Lechuza en nomatsí.

Fue Lechuza quien contestó:

—Irnos —dijo sin más—. Conozco el camino.

Se volvió hacia la pila de rocas más pequeña, hizo levitar una de ellas y la dejó caer sobre el otro montón con tanta fuerza que hizo temblar el suelo y la nieve se desprendió de los árboles.

—El murciélago me encontró —le explicó Leopold—. Me tenían acorralado y él los ahuyentó. Entonces apareció Lechuza y la seguí.

El príncipe sacudió la cabeza, con la expresión y los hilos llenos de confusión. Como si aún no entendiera qué había pasado ni por qué.

Crac. Crac. Crac. Las rocas se iban amontonando. Los hilos de Lechuza relucían. El viento seguía soplando.

—¿Qué es, Iseult? —le preguntó Leopold, mirando a Lechuza—. No es una niña corriente.

—No —coincidió Iseult, pero no supo qué más decirle. Lechuza era especial, eso era lo único que sabía.

—Por aquí —los interrumpió Lechuza. Tras apartar velozmente la última roca con un estruendo, apareció un agujero en la tierra que recordaba a una osera. Emanaba una luz azul.

Antes de que Iseult pudiera impedírselo, Lechuza volvió a sonreír (en sus hilos apareció fugazmente el tono rosado de la diversión) y se metió en el agujero. La luz azul la engulló.

Iseult se lanzó tras ella, seguida por Leopold.

CINCUENTA Y NUEVE



Los relámpagos dominaban la oscuridad. Le escocían los ojos. Se le estaba friendo el corazón, y cada vez que respiraba la boca le sabía a fuego y muerte. Pero Safi y los bardas infernales no dejaron de correr.

Daba igual que Safi no pudiera ver el suelo que pisaba, sino solamente la galaxia que giraba al fondo del abismo. Daba igual que aquella tormenta antinatural arreciara por segundos. Los bardas infernales sabían adonde iban y Caden no le soltó la mano en ningún momento.

Hasta que, de pronto, lo hizo. En realidad no tuvo opción, porque el suelo empezó a temblar y le arrancó a Safi de la mano. El puente se sacudió violentamente hacia un lado.

Y Safi cayó de cabeza hacia la oscuridad.

Gritó, pero el sonido se lo llevó el viento. Se lo tragaron sin piedad los incesantes relámpagos. O tal vez fuera la montaña que se venía abajo la que le robó la voz. Era imposible saber qué provocaba el sobrecogedor estruendo que la envolvía, qué clase de muerte estaba a punto de golpearla. Ni cuándo, ni dónde ni cómo.

Entonces su cuerpo chocó contra algo sólido. Algo helado. Pero no estaba muerta; la vida no se le estaba escapando de las venas. Unos brazos recios la sujetaron y oyó la voz de un hombre:

—*AGÁRRATE.*

Safi se agarró mientras su mente trataba de asimilar lo que estaba pasando. Mientras sus ojos luchaban por ver y sus dedos luchaban por sujetarse. No sabía quién la estaba abrazando, tan solo que lo hacía con fuerza y que estaba... volando.

Los vientos los impulsaban desde abajo. Subían y subían mientras la tormenta se abatía sobre ellos. El vendaval intentaba aplastarlos, hervirlos, impedir que ascendieran.

Entonces cayó un relámpago muy cerca, a solo unos palmos de distancia. El fogonazo fue tan intenso que por un momento se hizo de día. Fue tan intenso que, aunque Safi cerró los ojos con fuerza, tuvo tiempo de vislumbrar el rostro que tenía delante.

«Es imposible», pensó al mismo tiempo que su magia gritaba: «¡Verdad!».

Y él también debió de verle la cara, porque su magia se quedó paralizada durante un segundo. Se quedaron suspendidos en el aire. El mundo se ralentizó, y en esa pausa en su vertiginoso ascenso, Safi vio cuanto necesitaba ver.

Por primera vez desde hacía un mes, vio a Merik Nihar. Vio al hombre que creía muerto.

Unas cicatrices de un vivo color rojo le recorrían un lado del rostro hasta perderse en su cabello oscuro, que llevaba más corto. Le faltaba media ceja y había perdido peso. Tenía los pómulos muy marcados bajo las cicatrices de las mejillas, y unas extrañas sombras le ondulaban debajo de la piel.

Pero era él. Safi habría reconocido el rostro de Merik en cualquier parte. Habría reconocido sus ojos en cualquier parte. «Verdad, verdad, verdad».

El tiempo y la tormenta se abatieron sobre ellos. Safi ya no pudo ver ni oír nada. Sentía la electricidad en su interior, arañándole la piel, mientras Merik volvía a alzar el vuelo.

Siguieron ascendiendo, enfrentándose a aquella tormenta gélida, imparable y viva. La tierra temblaba; la vibración le estremecía los pulmones. Las rocas caían a toda velocidad.

Finalmente, Merik frenó y sus vientos los soltaron bruscamente en una tosca escalera excavada en la pared de la montaña. La tormenta seguía arreciando y las piedras temblaban. Safi apenas podía mantener las rodillas firmes mientras trataba de encontrar un asidero en la pared de la caverna.

Merik aterrizó un escalón por debajo de Safi y se sujetó a la pared de roca con un brazo. El otro no le soltó la cintura. La miró a los ojos; los suyos eran tan marrones como ella los recordaba, incluso en aquel mundo de relámpagos. Estaba vivo. Estaba ahí mismo.

—¿Cómo...? —intentó decir Safi.

—Estabas muerta... —dijo él al mismo tiempo.

Los dos negaron con la cabeza a la vez, frenéticamente. Pero antes de que ninguno pudiera preguntar, moverse o hacer cualquier cosa que no fuera seguir mirándose, una voz atravesó la tormenta. Una voz hecha de hielo y pesadillas que canturreó:

—*No puedes huir eternamente, Merik. Vayas donde vayas, te encontraré.*

Una ráfaga de viento golpeó a Safi. Agitaba la nieve y se le colaba bajo la ropa, como si fueran unas manos que la palpaban, que la registraban...

—Vete —dijo Merik. La soltó y se apartó de ella al tiempo que lo envolvían unos vientos nuevos, fuertes y decididos—. Vete —repitió con más fuerza, con los ojos muy abiertos, suplicantes—. Por favor, Safi. *Vete.* —Y antes de que ella pudiera impedírselo, antes de que pudiera implorarle que se quedara, que le diera una explicación o que al menos le dijera dónde encontrarlo, Merik se lanzó hacia la oscuridad.

Safi lo miró mientras se iba. Lo vio empequeñecerse hasta que no quedó de él nada más que una sombra. Hasta que los relámpagos y los ciclones se lo robaron. Y siguió mirando hasta que las rocas que caían la obligaron a moverse.

La escalera se estaba hundiendo bajo su peso, con ensordecedoras erupciones de ruido y de polvo que se acercaban cada vez más. Dentro de poco no tendría dónde apoyar los pies.

Safi dio media vuelta y echó a correr. Se agarraba a los siguientes escalones, lo único que encontró para mantener el equilibrio y sujetarse mientras la tormenta infernal y los terremotos la vapuleaban.

Las rocas y los sedimentos caían y se hacían pedazos. Siguió corriendo, levantando las rodillas y pisando con fuerza, hasta que la escalera se terminó de pronto y sus manos tocaron el aire. Delante de ella había un saliente.

—*¡SAFI!* —rugió una voz que conocía.

—*¡Safi, deprisa! ¡Por aquí, Safi!* —bramó otra.

Safi corrió sin pensar, todo recto, hacia las dos siluetas que se acababan de materializar entre las sombras, frente a una luz azul.

Caden y Zander la agarraron cada uno por un brazo y tiraron de ella hacia la puerta.

Tuvo el tiempo justo para mirar atrás antes de atravesarla, el tiempo justo para buscar a Merik por última vez.

Pero no fue a Merik a quien vio pasar volando, sino a un viejo cuervo de plumaje negro y brillante que surcaba la tormenta.

La luz azul cayó sobre ella, deteniendo el tiempo y transportando a Safi y a los bardas infernales muy lejos de allí.



Merik no miró a Safi mientras se iba. No podía. La Furia casi la había alcanzado y Merik debía alejarlo de ella.

Y ahora también tenía un plan.

Le faltaba cohesión; tal vez ni siquiera fuera posible, pero era la única opción que veía, lo único que podía hacer para apaciguar de una vez por todas a la Furia.

—¿Los quieres? —bramó Merik, canalizando su magia en su propia voz—. Pues ven a quitármelos. —Cogió dos piedras rotas de entre los restos de la montaña. Desde lejos podían confundirse (o eso esperaba él) con los instrumentos de la Furia.

Con una cuchilla y una esquila de vidrio.

Un aullido desgarró la caverna, transportado por los relámpagos y amplificado por la tormenta, sacudiendo aquella montaña que no dejaba de temblar. Y entonces la Furia apareció dentro del vendaval.

Merik se lanzó hacia el puente de hielo, impulsado por la luz de las estrellas y por el deber de proteger a Nubrevna a cualquier precio.

Y también lo impulsaba la llamada maternal de un hielo durmiente que Esme había dicho que podía tragárselo.

Tal y como Merik esperaba, la Furia lo persiguió.

Merik aterrizó en el puente de hielo. En cuanto sus pies lo tocaron, la canción lo bombardeó al instante, viva y hambrienta.

«Ven, ven y encuentra la liberación. Ven, ven, el hielo te acogerá».

Eso era exactamente lo que Merik quería que hiciera.

Echó a correr por el puente, haciendo crujir el hielo con los talones. Sonaban truenos a su alrededor.

La Furia aterrizó detrás de él.

—¿Adónde vas? —bramó—. ¡Ahí no encontrarás la liberación!

Merik corrió más deprisa, impulsándose con brazos y piernas. La puerta estaba tan cerca que ya distinguía los detalles de la madera y la cerradura obstruida por el hielo.

—¡Quieto! —La voz de Kullen ahora estaba preñada de pánico. También desprendía electricidad que crepitaba en el aire y le arañaba la piel a Merik—. ¡Quieto! —le suplicó de nuevo—. ¡No entres ahí!

En cuanto llegó a la puerta, se puso de costado y avanzó entre el hielo. La canción se volvió diez veces más potente; ahora le palpitaba en los pulmones, más imperiosa que afectuosa. Se le arraigaba en el corazón, haciéndole castañetear los dientes.

Mientras Merik se retorció y revolvía, luchando por colarse por aquel estrecho pasadizo en el que brillaba una luz azul, el hielo se extendió con un crujido, formando unos dedos que intentaban pincharlo y sujetarlo.

«Ven, ven y encuentra la liberación. Ven, ven, el hielo te acogerá».

—Todavía... no —dijo entre dientes. Con un último impulso, salió del pasadizo y cayó dentro de una sala abierta.

Pero allí, como en toda aquella montaña, el suelo también temblaba. En lugar de rocas, llovía hielo, grandes pedazos de hielo que se hacían añicos al caer e impregnaban el aire con una neblina cristalizada.

Merik avanzó a trompicones, protegiéndose el rostro con los brazos mientras entornaba los ojos para examinar aquella gélida estancia en forma de caracola que ascendía en espiral. Había centenares de puertas, todas ellas obstruidas por el hielo.

Todas salvo una, casi en lo más alto.

«Ven, ven y encuentra la liberación. Ven, ven, el hielo te acogerá».

Merik tomó aliento. El hielo le hirió la garganta y los pulmones al respirar, pero venía acompañado por el viento. Por el poder. Era igual que la luz estelar de la caverna, pero más fuerte y afilada. Más salvaje.

—*Quieto* —le ordenó Kullen, entrando también en la habitación. Le resultaba muy extraño ver a la Furia tan asustado. Sus sombras se encogían; en sus ojos había aparecido un ribete azul.

Merik salió volando. Antes de que Kullen pudiera ver que solamente tenía dos vulgares piedras en las manos. Antes de que cayera más hielo y ya no pudiera escapar.

Sus vientos lo impulsaron hacia lo alto. Recorrió tres de las espirales de la sala, girando y esquivando los meteoros de hielo y los relámpagos ardientes. Kullen y su magia no fueron lo bastante rápidos. Merik llegó a la puerta abierta y entró volando.

Lo que encontró allí fue una tumba. Lo supo en cuanto llegó, porque dentro de la pared de hielo ya había dos sombras suspendidas, dos figuras menudas e infantiles absorbidas por aquel hielo eterno y durmiente. Entre ambas había dos huecos vacíos, expectantes, del tamaño de un hombre.

Merik avanzó tres largas zancadas hacia el hueco de la derecha. Cuanto más se acercaba, más se abría el hielo, ávido e impaciente. «Ven, ven y encuentra la liberación. Ven, ven, el hielo te acogerá».

Pero Merik no entró en el hueco. Todavía no.

La sangre le rugía en los oídos, los músculos le temblaban y el estómago le daba vueltas. Y no era por la montaña. Era porque sabía lo que tenía que

hacer.

Tal y como sabía que ocurriría, la estancia se oscureció y las sombras se deslizaron por el suelo tembloroso. Aunque Merik ya lo estaba esperando, nada podía prepararlo para el ataque de la Furia.

El viento lo golpeó con la fuerza de un ariete, aplastándole la espalda antes de arrastrarlo hacia la entrada. Hacia Kullen, que lo observaba desde fuera.

—Dame mi espada —le ordenó la Furia desde el otro lado de la tumba—. Dame mi espejo.

Merik le enseñó las manos vacías; había soltado las dos piedras mientras ascendía por la espiral. Y tal y como esperaba, como suponía, la Furia perdió los estribos. Entró corriendo en la tumba, convertido en un borrón furibundo de viento, sombras y nieve negra, y empujó a Merik contra el hielo con su magia.

Luego lo agarró del cuello, dejándolo sin respiración y acallando la magia de sus venas.

—¿Qué has hecho con ellos? —siseó.

Pero Merik no pudo evitar reírse de su pregunta y de la bestia que tenía delante, con un gemido ahogado que le retumbó en el pecho. Porque Kullen ya no estaba. Ahora lo veía claro. Y por eso el siguiente paso (el último) iba a ser mucho más fácil.

Porque, a pesar de todos sus errores, Merik había aprendido al menos una cosa: uno por el bien de muchos.

Kullen le estrujaba la garganta tan fuerte que los ojos le empezaban a hacer chiribitas. No podía respirar, no podía pensar. Pero daba igual; ya no necesitaba hacer nada de eso. Tan solo necesitaba sus músculos y unos segundos más...

Merik echó ambos brazos hacia atrás, hacia la tumba más cercana. Hacia el hielo expectante. Se le entumecieron las manos en cuanto lo tocaron. Y el hielo empezó a cantar, a cantar aquella canción incesante.

«Ven, ven y encuentra la liberación».

El hielo se extendió, trepándole por los brazos como un ser vivo. En cuanto le cubrió los hombros, se propagó hasta las manos de Kullen, cuyas sombras se quedaron congeladas en el aire.

«Ven, ven, el hielo te acogerá».

Kullen boqueó como si se acabara de zambullir en un mar helado. El hielo siguió creciendo: cubrió el pecho de Kullen antes de descenderle por las piernas. Merik notó que también se deslizaba por la espalda de ambos.

Cuando ya lo tenían a la altura de la garganta, Merik lo miró por fin a los ojos. Eran sus ojos de verdad. Ya no estaban negros. Ya no parecían perdidos, tan solo sinceros y tristes. Los ojos azules de su hermano de hilos.

—Lo siento —dijo Kullen con la voz quebrada.

Merik quiso decirle lo mismo. Nunca había deseado nada con tanta fuerza. Kullen estaba ahí. Estaba vivo. Y Merik tenía que disculparse por muchas cosas.

Pero el hielo acababa de taparle la boca. Solamente pudo parpadear una y otra vez para apartar las gruesas lágrimas que avanzaban hacia sus mejillas.

—Lo siento —repitió Kullen—. Los saqueadores ya han entrado en la montaña.

El hielo le cubrió las lágrimas. Le cubrió los ojos.

«Ven, ven y afronta el fin».

Merik y Kullen se quedaron dormidos.

SESENTA



Todo sucedió muy deprisa. Safi sintió cómo su mente y su cuerpo se separaban y volvían a ensamblarse. Y antes de que sus pensamientos pudieran dar alcance a sus músculos, apareció al otro lado.

Cayó en brazos de Lev. El aire frío y húmedo de la noche la envolvió.

Un segundo después, llegaron Caden y Zander. Pero Zander no estaba bien; tenía la mano y la muñeca derechas ensangrentadas y machacadas. La luz de la luna se reflejaba en los huesos de los nudillos.

—Oh, por los dioses —dijo Lev, acercándose—. Hay que curarte eso.

Durante varios segundos eternos, mientras los bardas infernales se dirigían a un roble caído, Safi daba vueltas, vueltas... y más vueltas, buscando en cada haya, en cada pino y en cada sombra a la persona que faltaba. Oía el rumor de un río cercano, aunque no podía verlo. Y allí, al lado de un montón de rocas tan alto como ella, estaba la puerta luminosa.

La persona que faltaba tenía que estar en algún sitio, escondida entre la bruma que reptaba entre los árboles o en el montículo pedregoso que se alzaba un poco más adelante.

Pero no. Por mucho que la buscó, no encontró a la emperatriz Vaness.

—¿Dónde está? —Safi se volvió hacia los bardas infernales—. ¿Y Vaness?

Ninguno la miró. Lev le sujetaba la espalda con fuerza a Zander.

—Aguanta —murmuraba una y otra vez—. Aguanta, Zan.

Caden le vendaba apresuradamente la mano destrozada con la manga de su camisa, totalmente ajeno al pánico de Safi.

—Hay que lavar la herida —le decía a Zander—. Y necesitas un sanador. Te has partido todos los huesos, y al estar tan expuestos...

—¿Dónde está Vaness? —La voz de Safi retumbó por el bosque. Irritada. Aterrada.

Finalmente, Lev apartó la mirada de Zander. Se mordió el labio y negó con la cabeza.

—La emperatriz se cayó del puente, domna. Justo antes de que entráramos. Zander intentó salvarla, pero...

—Llegué tarde —dijo Zander. El dolor que le crispaba el rostro no se debía solo a la herida. Tenía lágrimas en los ojos—. Lo he intentado. Lo he intentado, lo juro.

La magia de Safi le confirmó que decía la verdad. Sabía que Zander necesitaba ayuda, y pronto. Pero Vaness estaba atrapada en una caverna que se venía abajo; hasta que la encontrara, no le importaba nada más.

Se dirigió de nuevo hacia la puerta. La luz azul temblaba. Caden y Lev le gritaron que se detuviera, pero Safi se lanzó con decisión.

Y se estrelló contra la piedra maciza. La fuerza del impacto la lanzó hacia atrás más de diez pasos. Cayó al suelo, sin aliento. El mundo se oscureció y empezó a dar vueltas. Sentía el poder vibrándole en el pecho y palpitándole en la piel.

—No —gimió, mirando el cielo y pestañeando—. No, no, no. —Se incorporó, decidida a intentarlo de nuevo.

Lev se acucilló a su lado.

—No funciona, domna. Ya lo he intentado. La magia no nos deja volver. —Le tendió la mano, pero Safi no la aceptó. No podía. Tantas carreras, tantas huidas, tanta violencia y tantas llamas... ¿para esto? Habían perdido a Vaness por el camino.

«No, no, no». No podía creerlo. Después de todo lo que había pasado, Vaness no podía haber desaparecido. No podía estar muerta. Ella también no.

«Pero Merik está vivo», le recordó su cerebro, aunque ahora se le antojaba imposible. ¿De verdad lo había visto? ¿O había sido una aparición hecha de nieve y relámpagos? Y aunque fuera real, aunque siguiera vivo, Merik también estaba atrapado dentro de la montaña.

«No, no, no».

Lev regresó con sus compañeros. Safi se quedó allí sentada, con la vista fija en los árboles. Veía montañas a lo lejos, vagas siluetas recortadas contra el cielo oscurecido. Las nubes flotaban delante de la luna. Las criaturas de la noche reanudaron sus cantos con vacilación.

Safi no lloró. Casi habría sido mejor. Las lágrimas parecían la respuesta más apropiada después de todo lo ocurrido. Habim y Mathew, Vaness y Merik. Y también Rokesh; Safi no sabía qué había sido de él. Seguramente

estaba tan muerto como todos los demás víboras. ¿Acaso su Niñero no merecía lágrimas?

Pero no lloró. Safi solo podía seguir respirando, con la mirada perdida.

Y dar golpes en el suelo. Su mano izquierda, roñosa y helada, no dejaba de tamborilear sobre la tierra. Más rápido. Más rápido. El ritmo aceleraba, imparable.

—No podemos quedarnos aquí. —Oyó la voz de Caden a lo lejos, aunque sabía que en realidad estaba ahí mismo, arrodillado a su lado. Pom, pom, pom —. Creo que estamos en las Orhin, Safi. En las tierras Grieg. Conozco ese río.

Las montañas Orhin. Las tierras Grieg. Estaban literalmente en la otra punta de las Tierras Embrujadas. Por los dioses del subsuelo, ¿qué probabilidades había? Tantos imposibles en una sola noche... Pero Safi no dudaba de que Caden estaba en lo cierto. Esos árboles, ese frío, esa niebla... Ella se había pasado la infancia en esas montañas.

—Grieg tiene guardias patrullando —continuó Caden—. Si nos encuentran, nos llevarán ante él. Y volverás a perder la libertad.

«Sí», pensó Safi. Era verdad. Dom Fon Grieg era uno de los nobles predilectos del emperador Henrick. En cuanto le echara la vista encima a Safi, la mandaría directa a Pragua...

Se le crispó la espalda al pensarlo y se irguió ligeramente. Pom, pom, pom. Se giró y miró a Caden a los ojos. La puerta azul ya apenas resplandecía; su tenue halo enmarcaba el rostro del barda infernal, que apretaba los labios.

—Bien. —Safi dejó que esa palabra se le escapara de la lengua. Tenía un regusto metálico—. Bien —repitió con decisión—. Que nos encuentren. Zander necesita ayuda, y un hombre tan rico como dom Fon Grieg tendrá acceso a los mejores sanadores de las Tierras Embrujadas.

Al ver que Caden fruncía el ceño sin decir nada, Safi le tendió las muñecas.

—Mira. Te lo pongo fácil, barda infernal. Átame y llévame a su castillo.

—¿Qué? —Caden retrocedió, mirando a Lev con gesto preocupado.

—Ya me has oído. —Con la ayuda de Caden, Safi se puso de pie. El bosque se difuminaba y daba vueltas. Volvió a extender los brazos—. Átame y llévame a su castillo.

—Domna —le advirtió Lev—. ¿Es que esa magia te ha ofuscado la sesera?

Tal vez sí. No lo sabía ni le importaba demasiado. Siguió marcando el ritmo con el talón. Ahora sabía lo que tenía que hacer. Estaba tan claro como

si la propia Iseult hubiera trazado ese plan y se lo hubiera susurrado al oído. «Iniciar, completar».

Zander fue el primero que lo adivinó, a pesar del dolor que lo tenía casi desmayado.

—Quiere... salvar a su tío —dijo con voz ronca.

—Exacto. —Safi les dedicó su sonrisa más descarada—. El gigantón lo ha pillado. Así que te lo diré por última vez, Caden: átame las manos, llévame a ese castillo y entrégame. Porque tengo pendiente una boda con un emperador y no creo que Zander quiera seguir desangrándose.



Vivia contempló la ciudad subterránea. *Su* ciudad subterránea. Estaba tan vacía como el día que la había hallado, pero ahora, en lugar de polvo, telarañas y hongos, había ropa, mantas y muñecas olvidadas dentro de las casas o abandonadas por las esquinas de las calles de piedra.

Se sentía derrotada.

Por supuesto, Vivia sabía que esta era la única opción que tenía, la única manera de salvar a su pueblo. Y sabía que esto era lo que hacían los zorritos cuando alguien amenazaba su madriguera y a sus cachorros: huir.

Pero seguía teniendo la sensación de que le estaba dando un regalo al rey saqueador. «Aquí tienes mi ciudad, te la he dejado limpia y desierta».

Las calles de Lovats debían de tener un aspecto cien veces peor. El puente de agua sur estaba abarrotado de barcos y la gente escapaba de la ciudad a pie, en dirección a las granjas y el valle.

No era una evacuación oficial. El rey regente ya había empezado a tomar medidas para contrarrestar las órdenes de Vivia, pero había tardado demasiado. Los tambores de viento ya habían dado la alarma: los saqueadores se acercaban. La gente huía.

Tan solo esperaba que su padre y sus oficiales se tomaran la advertencia en serio y trajeran a las tropas a la ciudad.

Ya debía de estar sonando la segunda campanada. Vivia era la única persona que quedaba en la ciudad subterránea. Había despedido a todos sus voluntarios, incluido Cam, por mucho que este insistiera en quedarse. Tanta lealtad, tanta bondad y sinceridad. Si salían de esta... No, *cundo* salieran de esta, Vivia esperaba que el chico decidiera quedarse en Lovats.

Le echó un vistazo por encima del hombro a la barrera que habían levantado los únicos brujos capaces de ayudarles: dos brujos de las plantas y

un brujo de la piedra. Habían erigido un muro de raíces y rocas que ralentizaría a cualquier ejército que entrara por la puerta mágica.

«A lo mejor todo queda en nada», pensó Vivia, dándole la espalda a la puerta y regresando a la ciudad subterránea, a la luz de los fuegos fatuos. «A lo mejor Stix y esa tal Ryber destruyen la puerta mágica. O a lo mejor ni siquiera existe tal puerta».

Vivia ya estaba sacando de su bolsillo la llave para salir de la ciudad cuando sus pies frenaron en seco. Su mano se quedó inmóvil.

Un trueno hizo retumbar toda la caverna. Luego otro. Y otro, como si alguien estuviera llamando a una puerta. Con vasijas de fuego.

Con la cuarta explosión se oyó también el crujido de la madera y el choque de las piedras. El suelo tembló bajo sus pies. No le hacía falta volverse para saber qué era lo que había ocurrido. No le hacía falta *ver* para saber que acababan de destruir la barrera de la puerta mágica. Que los saqueadores estaban entrando en la ciudad.

Una ciudad que no estaba preparada. Una ciudad que necesitaba más tiempo. *Su* ciudad.

A lo lejos oyó gritos en arituano y en marstokí. Oyó pasos resonando por la piedra caliza y supo que los saqueadores avanzaban hacia allí. En cuestión de minutos llegarían hasta Vivia y la barricada de madera. En cuestión de minutos alcanzarían la segunda barricada que daba acceso a la Torre del Color y la harían pedazos, igual que la otra.

Iban a invadir Lovats.

Pero cuando un zorrillo ve amenazados a sus cachorros y su madriguera, cuando encuentra cortada su ruta de escape, se da la vuelta. *Lucha*. Y una capitana siempre se hunde con su barco.

Vivia soltó la llave y, sin pensar, se alejó de la puerta y se dirigió al corazón de la ciudad subterránea. Al lugar donde le había salvado la vida a Merik hacía dos semanas, una plaza cuyo suelo de caliza era particularmente delgado.

A Vivia no le hacía falta una corona para proteger a Nubrevna del rey saqueador. Nunca le había hecho falta, porque ella poseía algo muchísimo más poderoso.

Se detuvo en el centro de la plaza. Las sombras verdes bailaban a su alrededor. Los pasos y las voces se acercaban. Pero no iba a apresurarse. Necesitaba poder para lo que se disponía a hacer. Poder y confianza.

Clavó una rodilla y apoyó ambas manos en el suelo de piedra. Separó los dedos y cerró los ojos. Y entonces Vivia Nihar se concentró. Buscó hasta que

su magia rozó el agua. Buscó y buscó hasta que percibió todas las gotas que fluían por la meseta, que serpenteaban por los vastos túneles y las arterias ocultas, que discurrían por las cisternas y resbalaban por las paredes de caliza, que fluían por encima de las criaturas de la oscuridad y los tesoros ocultos.

Esa inmensa cantidad de agua estaba vinculada a un lago iluminado por fuegos fatuos. Al Pozo Originario del vacío que respondía ante Vivia, solamente ante ella. Sus aguas le cantaban en la sangre. Y cuando las raíces del Pozo se extendieron en todas direcciones, la magia de Vivia hizo lo mismo.

«Venid», les ordenó Vivia a las aguas y al Pozo. «Venida mí».

El agua y el Pozo la obedecieron. Unos pequeños riachuelos empezaron a avanzar y a trepar, convergiendo y ensanchándose. Cada vez más altos, cada vez más fuertes.

Vivia oía gritos de guerra acercándose. Sentía la estampida que hacía temblar el suelo de piedra. Pero fue el agua la que le dijo exactamente dónde estaban los saqueadores, con sus pequeñas vibraciones y temblores. Centenares y centenares de intrusos corrían hacia allí, y muchos más seguían irrumpiendo por aquella puerta imposible y mágica.

Casi habían llegado a la plaza.

«Venid», les ordenó a las aguas. «Deprisa».

El agua acudió más deprisa, formando vastos ríos que ascendían a toda velocidad hacia la superficie. Hacia Vivia.

Los saqueadores también apretaban el paso. Ya habían llegado a la plaza. Habían visto a Vivia. Por muy concentrada que estuviera ella en las aguas y en el Pozo, los bramidos que resonaban a su alrededor eran inconfundibles.

«Venid», pensó de nuevo, pero esta vez no se dirigía a las aguas. Esta vez levantó la barbilla, abrió los ojos y se dirigió a los hombres que corrían hacia ella. Baedyed y velas rojas. Pielles, barbas, seda negra y tatuajes. Una masa violenta y voraz.

«Venid».

Durante un segundo que duró una eternidad, Vivia se imaginó lo que estaban viendo: a una mujer esperando a la muerte. Sumisa, débil, postrada ante la potencia de la rabia masculina. Pero los hombres ya habían gobernado suficiente las Tierras Embrujadas, y no habían conseguido nada más que caos y sangre. Ya iba siendo hora de que Noden y los peces bruja se doblegaran a la voluntad de una mujer.

Cuando Vivia se levantó, el agua se alzó con ella. Dos géiseres atravesaron el suelo de piedra justo cuando los primeros saqueadores

irrumpían en la plaza.

El agua los destruyó.

Los levantó por los aires con la fuerza de un maremoto. Vivia alzó los brazos y el agua la obedeció, arrastrando cuerpos y armas y arrojándolos en todas direcciones, en una cascada de espaldas rotas y cráneos quebrados.

La siguiente oleada de saqueadores avanzó, intentando evitar los chorros de agua y la lluvia de cuerpos.

Cuando Vivia giró, el agua giró con ella y se extendió, dividiéndose en un centenar de látigos que obedecían su voluntad, golpeando, hiriendo y derribando a sus enemigos. El agua era una extensión de su cuerpo y de su mente. Quería lo mismo que ella: proteger su hogar y expulsar a los intrusos.

Perdió la noción del tiempo. Perdió la cuenta de las personas que abatía. El agua medía el tiempo en sequías e inundaciones, medía la vida en olas y erosiones. La humanidad le traía sin cuidado. Le daba igual que su alma se manchara de sangre.

El agua subía y subía. Y cuanto más lo hacía, más fuerte se sentía ella. Los saqueadores seguían cargando; ella seguía atacando y matando. Libre, viva e imparable. Sin grilletes que la sujetaran ni máscaras que la limitaran.

Hasta que de pronto encontró resistencia. Hasta que el agua chocó con un cuerpo que no se rendía, que no se doblegaba.

Vivia regresó a su mente, sobresaltada. Sus látigos se detuvieron. Se quedó sin aliento al ver las gélidas garras del agua y lo mucho que habían crecido. Ya le llegaba por el muslo, y no dejaba de subir. Había cuerpos flotando por todas partes; algunos se retorcían y tosían, pero la mayoría estaban inmóviles y muertos.

Seguían llegando saqueadores. Vivia los oía chapotear y gritar.

Pero la persona que tenía delante captó toda su atención: una mujer con un vestido empapado se tambaleaba en el agua, protegida por dos escudos de hierro que habían detenido los ataques de Vivia.

El pecho de la emperatriz de Marstok temblaba al ritmo desesperado de su respiración. Tenía media cara ennegrecida. Miró a Vivia. Vivia la miró a ella.

Y entonces, como una sola, echaron a correr la una hacia la otra, vadeando con dificultad el agua llena de cadáveres.

Cuando estuvieron frente a frente, la emperatriz de Marstok se desplomó sobre Vivia. Tenía la piel helada; la luz de los hongos le daba una enfermiza tonalidad verdosa. Vivia se dio cuenta de que la mancha negra era una costra de sangre seca.

No había tiempo para preguntarle a Vaness cómo había llegado allí. No había tiempo para levantarla y seguir luchando con los saqueadores. Ahora entraban en la plaza demasiado deprisa para las aguas de Vivía, demasiado deprisa para verlos a todos.

Pero el agua ya no la necesitaba. Había respondido a la llamada de Vivía y ahora era ella la que mandaba. Su masa creciente y espumosa pronto sería demasiado alta para los saqueadores.

Vivía dejó caer sus látigos de agua, abrazó con fuerza a la emperatriz de Marstok, tan menuda y desfallecida, y se alejaron juntas a través del agua y los cuerpos.

Salieron juntas del subterráneo. Y juntas echaron a correr hacia la noche.

SESENTA Y UNO



Tormenta, piedra, relámpagos y terremotos. El cuerpo de Iseult conducía el ruido y la electricidad. El viento y la lluvia la despellejaban. Ella se agarraba a Leopold, que a su vez agarraba a Lechuza. Los hilos de ambos brillaban como dos faros, guiando a Iseult hacia casa.

Sabía que dejar que una niña la guiara a través del fin del mundo era tan imposible como atravesar una luz azul y aparecer dentro de una pesadilla. Pero no había alternativa. Soltar a Leopold supondría perderse, y soltar a Lechuza supondría perder la única ancla que tenían en medio de aquel caos.

No veía nada en aquel tumulto, no podía distinguir arriba de abajo. Temía que en cualquier momento la piedra helada y resbaladiza que estaba pisando se viniera abajo.

Pero el suelo jamás traicionaría a una bruja de la tierra. Lechuza los guiaba con decisión.

En una ocasión, Iseult creyó oír voces. Le pareció ver hilos asomando entre el caos, un ejército de personas, muy por debajo de ellos. Pero podía ser un espejismo, sombras con forma humana que bailaban en la tormenta.

Caían rocas a su alrededor, pero ninguna golpeaba a Iseult ni a Leopold, ni tan siquiera el extraño puente de hielo que cruzaban. Lechuza las desviaba todas con la misma facilidad con la que una niña arroja un juguete lejos de sí. Iseult se preguntó si Lechuza había tenido juguetes. Ahora no parecía una niña.

«La hermanita de la Madre Luna».

—Por aquí —les dijo Lechuza, aunque Iseult sintió el temblor de la piedra más de lo que oyó sus palabras. Habían llegado a una puerta que, en medio de aquella vorágine, resplandecía con luz propia. Pero la luz era débil y se encogía por segundos.

Tal y como había hecho antes, Lechuza cruzó la puerta sin esperar a Iseult ni a Leopold.

Los dos la siguieron. Pues claro que la siguieron; lo que fuera con tal de escapar de aquel torbellino. Iseult entró primero, arrodillándose con ayuda de Leopold antes de avanzar a gatas. Se sintió apaleada, estirada, comprimida y demediada.

Y entonces apareció al otro lado, envuelta en el aire frío y el silencio, el bendito silencio. Lechuza estaba acucillada un poco más adelante; sus hilos eran una mezcla volátil de regocijo y brujería de la tierra. Iseult gateó hacia la niña... y se desplomó en la tierra húmeda y embarrada. Dos segundos después, Leopold aterrizó a su lado.

Iseult y el príncipe jadeaban. Los hilos de Leopold irradiaban la misma fascinación y horror que sentía ella. Le temblaban los músculos como si siguiera relampagueando. Le pitaban los oídos.

—¿Qué era eso? —dijo Leopold sin aliento, incorporándose con el brazo sano—. Por los Doce, Iseult, ¿qué era eso? ¿Y ella? —Miró con recelo a Lechuza y en sus hilos apareció un fugaz destello de desagrado. O tal vez fuera repulsión. O una prolongación del horror que sentía hacía un momento.

Estaba demasiado agotada para interpretar nada.

—Creo que la pregunta más importante es dónde estamos ahora.

Definitivamente, ya no estaban en el monasterio. Hacía frío, aunque no demasiado, y se oía agua corriente.

También había hilos cerca.

—Hay gente —dijo Iseult.

—Se acabó, se acabó, se acabó —gorjeó Lechuza al mismo tiempo.

Esta vez fue Iseult quien la miró con recelo. Lechuza había cambiado desde que habían salido de la montaña. Era como si, después de haberlos guiado por un mundo en ruinas, hubiera regresado de pronto a su personalidad infantil.

Se puso a dibujar en el suelo con el dedo mientras cantaba:

—Se acabó, se acabó, se acabó.

—Quedaos aquí —le dijo Iseult al príncipe, aunque sin dejar de mirar a Lechuza—. Voy a ver quién es. A lo mejor nos pueden ayudar.

—¿Por qué no te quedas tú y voy yo?

Iseult lo miró de reojo.

—No tenemos armas, príncipe. Y que yo sepa soy la única con una brujería capaz de hacer daño. Bueno —se corrigió—, también está Lechuza. Pero... —Agitó la mano.

Y Lechuza levantó la mirada de su dibujo.

—Se acabó, se acabó, se acabó.

—¿Y si vamos los tres? —sugirió Leopold; sus hilos se encogían de inquietud.

—¿Y arriesgamos a que nos ataquen a todos? No. —Iseult apoyó las manos en el suelo y se puso de pie. Al hacerlo, los pinos y las hayas iluminados por la luna se emborronaron, pero enseguida recuperaron la nitidez—. Yo puedo acercarme y espiarlos sin que me vean. Vuelvo enseguida.

La única respuesta de Leopold fue un gruñido de fastidio, pero no protestó. Él tendría la corona, pero Iseult tenía el poder.

Se internó a hurtadillas entre los árboles. El paisaje le recordaba a las Sirmayas, a los bosques por los que había viajado a lo largo del mes anterior. Pero era diferente; instintivamente, lo sabía.

Y desde luego, era totalmente opuesto a Veñaza. «¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?».

Los hilos estaban un poco más adelante; no tardó en oír voces en cartorriano. Voces tensas pero no furiosas. Una discusión, seguramente, o quizá un debate, porque en esos hilos aparecía y desaparecía el color verde de la concentración.

Sin embargo, los hilos de tres de esas personas eran raros. Desde lejos no resultaba evidente, pero cuanto más se acercaba, más claramente veía los zarcillos negros que se retorcían en el centro de sus hilos.

«Son hilos segados», pensó. Pero... no. No se parecían a nada que Iseult hubiera visto, a nada que le hubieran enseñado.

Iseult habría seguido observándolos para evaluar sus intenciones y el peligro que suponían, pero dos pasos más adelante consiguió distinguir palabras. Y oyó una voz que había temido no volver a oír jamás.

—Orines de comadreja —dijo la única silueta que no tenía oscuridad en sus hilos—. Conozco estas montañas mejor que tú, Caden. ¿Quién es la domna aquí, vamos a ver?

—¿Eres consciente de que me apellido Fitz Grieg?

Se hizo el silencio.

—¡Serás bastardo! —gritó Safi. Se oyó un sonido muy parecido al de un puñetazo—. ¡Eres un pedazo de bastardo, literalmente! ¿Por qué puñetas no me lo habías dicho?

—¡Si ya lo dice el apellido! No es culpa mía que seas tan lerda y egocéntrica.

No podía creerlo. Agarró la piedra hilandera que le colgaba del cuello. Y entonces, sin pensar, sin tomar precauciones, sin seguir ni una sola de las lecciones que Habim y Mathew le habían enseñado, Iseult echó a correr.

Los matorrales la azotaron. Tropezó con una raíz y se golpeó los codos contra los troncos. Delante de ella, los cuatro manojos de hilos se iluminaron con el color de la alarma. Empezaron a dar voces; Iseult supo que la habían oído y que estaban desenvainando sus armas o preparándose para un ataque.

Pero le daba igual. Sentía el corazón tan grande que se le iba a salir del pecho. Y al igual que antes, había empezado a llorar. Pero estas lágrimas las entendía. Las agradecía.

Apareció en un claro. Cuatro sombras resplandecían a la luz de la luna, en guardia y con los brazos en alto. Pero ella solo tenía ojos para una persona. ¿Cómo no había reconocido antes esos hilos tan vivos y coloridos?

—Safi —dijo en un susurro—. *Safi*.

No hizo falta más. Su hermana de hilos bajó las manos.

—¿Iseult?

Estaba boquiabierta. Sin esperar respuesta, Safi salió corriendo hacia ella y la embistió, agarrándola y dejando escapar una carcajada.

—No puede ser, no puede ser.

Nunca la habían abrazado (ni había abrazado a nadie) con tanta fuerza. «¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si...?». Sus especulaciones y ensoñaciones ya no importaban.

Porque Iseult había vuelto a encontrar su sitio. Iniciar y completar. Hermanas de hilos hasta el final.

Y volvían a estar juntas, mientras en el cielo cantaban las estrellas y una niña susurraba:

—Se acabó, se acabó, se acabó.



Stix no recordaba haberlos cogido.

De hecho, recordaba con toda claridad que había obedecido a Ryber y no había tocado esos objetos.

«La muerte, la muerte, el último final».

Y sin embargo, allí estaban, sobre una losa de granito rota. En el suelo helado yacían los restos de un megalito. El hielo se derretía, envolviendo el amanecer con un sudario de niebla espesa y blanca.

Con paso cauteloso, Stix se acercó a la losa de granito. Escudriñaba cada rincón con los ojos entornados. Ryber y ella habían destruido la mayoría de los megalitos a los que estaba atado el poder de la montaña mágica, pero seguía habiendo saqueadores en la montaña, en las criptas que conducían a ella y en los bosques cercanos.

Stix se detuvo delante de los dos objetos que sabía que no había tocado.

A la derecha había una espada rota; la empuñadura y el arriaz estaban intactos, pero de la hoja solo quedaba un pedazo dentado. Le dio un vuelco el estómago al verla.

«La muerte, la muerte, el último final».

Al lado había un marco cuadrado con un mango. Le recordaba al espejito preferido de su hermana mayor, pero aquel cristal no era reflectante, sino transparente. Y también estaba hecho añicos. Solo quedaban algunas esquirlas de vidrio roto adheridas al marco.

Stix alargó la mano para cogerlo. Al igual que la espada, aquel objeto la llamaba. Pero en él no intuía la muerte, sino las respuestas. Ese espejo roto y vulgar era una forma de ver. La única..., si estaba dispuesta a mirar por él.

Precavida, echó un vistazo por encima del hombro para ver si Ryber la estaba mirando. ¿Volvería a advertirle que no los tocara?

Pero la bruja de la vista estaba demasiado absorta registrando en su diario lo que acababan de hacer con las piedras, con la montaña. No se había dado cuenta de que Stix se había alejado de ella.

Stix cogió el espejo roto con cuidado. Y con cuidado, miró a través de él.

El mundo se desplomó.

Stix ya no estaba junto a los megalitos. Ahora la rodeaban un espeso bosque y unas montañas blancas. Estaba nevando; oía el rumor de un tío cercano. Y un hombre vestido con pieles negras caminaba hacia ella, recorriendo el puente de piedra que cruzaba las aguas oscuras.

Llevaba una corona de plata en la frente y una espada de plata en la mano.

El rey Grajo clavó la mirada en Stix.

—Todo terminará enseguida —le dijo, antes de levantar la espada y descargarla sobre su cuello.

Cuando oyó el ruido del metal contra la piedra, se dio cuenta de que estaba paralizada. Y cuando la espada atravesó la roca al tercer tajo, se dio cuenta de que estaba recubierta de granito.

Entonces la espada le cortó la carne.

Y murió.

SESENTA Y DOS



Sobre la nieve, la sangre parecía fresca. Después de manar y fluir, ahora el hielo y el frío la habían dejado atrapada en el tiempo. El río helado no aceptaría la ofrenda de los cadáveres; los muertos permanecerían allí durante meses, hasta el deshielo del próximo verano.

Deslizó la mirada por los incontables cuerpos, percibiendo todas sus esencias sanguíneas. Aeduan no había matado a ninguno, ni monje ni saqueador. Había luchado para proteger a las Cahr Awen, para darle tiempo a Iseult, pero no había arrebatado ninguna vida.

La muerte no tenía por qué seguirlo allá donde iba. Ya no. Le dio la espalda a la batalla. Algunos seguían combatiendo en la otra punta del valle; otros avanzaban entre los muertos y recogían a los suyos. En algunos rincones, el fuego marino seguía buscando el cielo con la lengua.

Aeduan se alejó de todo ello. Había una esencia sanguínea que debía seguir, una promesa que debía cumplir.

Rastreó la esencia a través de un túnel que cruzaba la montaña, donde se topó con unos hombres de piedra, unas creaciones grotescas que Aeduan prefirió no examinar con demasiada atención. El túnel se bifurcaba y la esencia seguía por el camino de la derecha. Continuó subiendo y subiendo hasta que llegó a un bosque, encima del monasterio.

La luna llena hacía resplandecer la nieve. Un rastro de huellas se alejaba; el tamaño coincidía.

La esencia se volvía más fuerte: olía a la sangre de Aeduan mezclada con luciérnagas. La mujer que llevaba su moneda tenía que estar cerca. La mujer que había cargado con él cuando nadie más podía. La que le había mostrado que nadie más que él mismo podía salvarlo.

Los árboles se dividían. Había más huellas desperdigadas y las esencias Sanguíneas de otras dos personas a las que también conocía.

Echó a correr. Las huellas y las esencias entraban en una pequeña zanja, justo delante. Bajó de un salto al llegar al borde.

Y se detuvo en seco. Porque el camino terminaba allí mismo, en una pared de piedra maciza. Sobre la nieve había una reluciente moneda de plata.

Aeduan no supo que había estado conteniendo la respiración hasta que suspiró. No supo que el corazón le latía a toda velocidad hasta que se le paró por un instante. Y el mundo también se paró.

Porque Iseult había perdido el tálaro de plata. La bruja de los hilos había perdido el único medio que tenía Aeduan para encontrarla. Él había perdido el único medio que tenía para encontrarla.

Se inclinó con brusquedad y recogió la moneda. Estaba fría y húmeda; el águila bicéfala manchada de sangre le sonreía. Parecía que se estaba riendo de él; quiso arrojarla de nuevo a la nieve.

Pero no lo hizo. La apretó entre los dedos, le dio la espalda a aquella extraña pared vacía y regresó al claro, a la luz de la luna.

Por primera vez en su vida, Aeduan era libre de ir donde quisiera. No lo ataba ninguna capa, ningún contrato, ninguna trailla. Incluso su promesa se había perdido tras una pared de piedra y nieve.

Ya no era una herramienta. Ya no era una espada manejada por otros ni blandida por la Dama Fortuna. Era Aeduan. Solo Aeduan. Y podía elegir la vida que quisiera. Podía ir allá donde lo guiara su voluntad.

Y sabía exactamente adonde iría. No hacia un lugar, sino hacia una persona. No hacia un encargo, sino hacia una promesa. Y no hacia una obligación, sino hacia un deseo. Aunque ya no pudiera rastrearla, la sangre no era la única forma de encontrar a una persona en las Tierras Embrujadas.

Guiado por ese pensamiento, se guardó la moneda en el bolsillo. Después de rotar dos veces las muñecas y hacer chasquear el cuello, el brujo de la sangre llamado Aeduan se internó en la noche.

LUCIÉRNAGAS



No la oye venir; no la huele. Solo es consciente de su presencia cuando ya la tiene detrás, mientras él se lava en el arroyo.

La había dejado en el campamento, con la niña y el murciélago montaños. Tenía que montar guardia mientras él se adelantaba para explorar, como han hecho todas las noches durante la semana que llevan viajando juntos.

—Estás herido —dice ella.

Él se gira para mirarla. De no ser por sus heridas, la habría atacado. Habría entrado en acción. Pero es verdad que está herido. Se ha vuelto lento.

—Deja que te ayude —se ofrece, caminando hacia él. La luna en cuarto creciente brilla en el cielo cuajado de estrellas, tiñendo de negro la sangre que le mancha el pecho.

No sabe por qué quiere ayudarlo. Pero tampoco se aleja de ella.

Cuando la tiene delante, aunque quiere retroceder, aunque tamborilea con los dedos en las piernas, no se mueve. Deja que se aproxime. Deja que le ponga la mano en el hombro y agarre la primera de las seis flechas que le asoman por el vientre.

Son el regalo de despedida de un camino nomatsí, al norte de allí.

—¿Por qué —pregunta ella en voz baja mientras sus finos dedos rodean el astil de la primera flecha— tengo la impresión de que me paso el día sacándote flechas?

La arranca de un tirón. Él tose y brota sangre.

Repite la operación cinco veces más; él se la imagina calculando las deudas vitales que se deben mutuamente. Pero sabe

que se habría curado igualmente de esas heridas; por lo que a él respecta, esto no cuenta.

—Por lo menos —dice ella al terminar; a sus pies hay un montoncillo de plumas rojas— has esperado a venir aquí antes de sacártelas. Y has dejado que lo haga yo... Ahora se curarán mejor.

Su magia no funciona así. En absoluto, pero no la contradice.

—¿Ahora eres una experta en brujos de la sangre?

—No. —Esboza una sonrisa—. Solo en cabezotas.

—El que lo dice lo es.

Al ver que su sonrisa se ensancha, el corazón se le acelera sin saber por qué. Le agrada poder ver las puntas de sus dientes blancos. Tiene la impresión de que no se los había visto nunca.

—No he notado que venías —le dice, desviando la mirada de su boca hacia sus ojos amarillos—. ¿Te has quitado la moneda?

—No. —Ella se aparta el cuello de la camisa para demostrárselo, pero él no mira el tálaro de plata ni el cordón de cuero. Mira fijamente su cuello y el pequeño hueco que se forma bajo la clavícula.

Nota que a ella se le acelera el pulso.

—Supongo que necesita más sangre —añade finalmente, devolviéndolo a la noche y ala luz de la luna.

Se miran a los ojos. Tiene la impresión de que ahora están más cerca. De que le falta el aire. No respira. Ella tampoco.

Hasta que, de pronto, es demasiado para él. Retrocede dos pasos y balbucea:

—Me marcharé pronto. Ahora ya no tendrás que preocuparte de que te encuentre y te haga daño.

No sabe por qué le ha dicho eso. No pensaba avisarla. Pero, claro, también había decidido marcharse la noche anterior. Y la anterior. Y todas las noches desde que encontraron a esa niña en las Tierras Disputadas.

Pero aún no lo ha hecho.

—¿Ibas a marcharte sin despedirte? —le pregunta ella.

—¿Es que te habría molestado? —contrataca él.

Ella no responde. Se limita a mirarlo con esa expresión inescrutable suya. Él va notando que se le caldean los hombros. Las mejillas. No era la respuesta que esperaba; en realidad no sabe qué esperaba.

Sin previo aviso, ella se agacha y recoge una flecha de la orilla pedregosa. Avanza un paso hacia él. Aunque quiere retroceder, resiste mientras ella salva la distancia que los separa. Mientras le coge del brazo.

Con la delicadeza de la nieve al caer, ella le rodea la muñeca con los dedos y le levanta la mano.

Al principio tiene la impresión de que quiere leerle la palma, como si fuera una bruja de la vista de siglos pasados. Como solía hacer su madre. Pero entonces levanta la flecha y, antes de que él pueda hacer nada, le desliza la punta por la palma de la mano.

Lo recorre un leve dolor y suelta un siseo mientras gotea la sangre.

Entonces, con la mano libre, ella coge el tálaro de plata que le cuelga del cuello, suelta el cordón de un tirón y le pone la moneda en la palma de la mano.

El corte ya está empezando a curarse. La sangre se coagula y la piel áspera empieza a cerrarse sola, pero no antes de que la moneda se manche de sangre fresca que se introduce en los surcos del águila de plata.

—¿Quieres que sea capaz de encontrarte? —Apenas oye su propia voz. Está atrapada dentro de su pecho.

Pero ella sí que le oye:

—No quiero que me mates. Si es que volvemos a vernos.

—Ah —murmura, aunque eso no es lo que quiere decir en realidad.

Dos segundos después, ella le quita la moneda de la mano, procurando no mancharse la piel de sangre. Luego le ofrece otra de sus sonrisas sutiles y astutas, esas que solo se ven cuando sabes lo que estás buscando.

Y él sabe lo que está buscando.

—Y sí —añade ella en voz baja—, también quiero que seas capaz de encontrarme.

Sin decir una palabra más, se da la vuelta y se aleja. El corazón le palpita con fuerza en el pecho. Los pulmones le presionan el esternón como si tuviera algo que decir. Como si quisiera decirle algo antes de que se vaya.

Tiene la impresión de que (a su manera extraña y desconcertante) le está pidiendo que se quede. Nadie le había pedido eso antes.

Nadie. Jamás.

Pero no dice nada. No la sigue. En unos segundos, el bosque la acoge y desaparece. La noche se vuelve más fría. Y él se queda allí, tan rígido como la tierra que pisa.

Y observa, segundo a segundo, latido a latido, cómo el corte de su palma se cierra hasta no dejar más que un cerco de sangre seca alrededor de un círculo vacío.

AGRADECIMIENTOS



A Whitney (Ross) le Riche: esta saga nunca habría llegado a los lectores de no ser por ti. Gracias por dar una oportunidad a mi enrevesada fantasía. Gracias por ser mi defensora interna y sobre el papel. Gracias por ser mi amiga durante unos años bastante duros. Te echo de menos.

A Rachel: *Tu me manques*. Ya lo dije en el libro anterior y me reafirmo. Me has acompañado en mis tormentas creativas, además de ser una lectora crítica y una amiga de verdad. Cuando volvamos a vernos en persona, te invito al tailandés.

A Diana: gracias por pasarte noches en vela conmigo. Gracias por coger el timón y pilotar este nuevo barco a través de la borrasca de los plazos por sorpresa. Ha sido un verdadero placer trabajar contigo y no sabes lo orgullosa que estoy de lo mucho que hemos logrado en tan poco tiempo. ¡Arriba, equipo!

A Joanna Volpe, Suzie Townsend, Hilary Pecheone, Pouya Shahbazian, Devin Ross, Mia Roman y Abbie Donoghue: no sé qué haría sin todas vosotras. Creo que reformulo la misma frase en todos los libros..., pero es que es verdad. ¡Gracias! Por leerme, apoyarme y aportarme. Os quiero a todas.

A Alex: mil gracias por aguantar incansablemente mis largas y alambicadas explicaciones sobre las Tierras Embrujadas. Gracias por las sesiones creativas, por escucharme y por estar siempre a mi lado.

A Sam(antha) Smith: gracias por tu apoyo y tu paciencia infinitos. Eres la leche y estoy muy agradecida por trabajar contigo.

A Cait Listro y a Melissa Lee: os quiero, señoritas. Me animáis cuando necesito ánimos y me criticáis cuando necesito críticas. ¡¡Gracias, gracias, gracias!!

A Holly Black: gracias por ayudarme a encontrar el tema que no conseguía ver en mi saga. Literalmente, salvaste este libro con una sola conversación vespertina.

Y muchísimas gracias a mis otras amigas que me han ayudado a sobrevivir a la creación de este libro: Erin Bowman, Leigh Bardugo, Victoria Aveyard, Amie Kaufman, Courtney Moulton, Elise Kova, Robin LaFevers, Jenn Kelly, Rae Chang, Kristen Simmons, Shanna Hughes, Karen Bultiauw, Kelly Peterson... Madre mía, seguro que me estoy dejando a alguien...

A Alexis Saarela, Kristin Temple, Lili Feinberg, Zohra Ashpari, Lucille Rettino, Eileen Lawrence, Kathleen Doherty y todos los rostros increíbles que están detrás de Tor y Macmillan: gracias por soportarme todos estos años. No podría estar más agradecida por formar parte de vuestra familia y confío en que sepáis lo mucho que os aprecio y dependo de vosotras.

A mi familia: mamá, papá, David, Jennifer..., gracias por estar a mi lado en una época difícil. Es más, gracias por estar a mi lado siempre y por ser mis fans número uno.

Y a Seb... En fin, ¿qué podría decir para expresarte mi gratitud? Casi todo el mundo habría perdido la paciencia con una pareja como yo, pero eres un hombre maravilloso, generoso y eternamente paciente. Gracias y *je t'aime*.